

Una pasión  
para siempre.

*Amor*  
SUBLIME

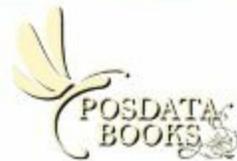
MILE BLUETT



*Una pasión  
para siempre.*

*Amor*  
SUBLIME

MILE BLUETT



Título: *Amor sublime*.  
Autora: Mile Bluett  
Primera edición: Diciembre, 2017.  
©Mile Bluett, 2017

Banco de imagen: ©Shutterstock  
Diseño de Portada y maquetación: China Yanly's Design®  
Info: [chinayanlydesing@gmail.com](mailto:chinayanlydesing@gmail.com)

[mileposdata@gmail.com](mailto:mileposdata@gmail.com)  
Instagram: @milebluett  
Twitter: @milebluett  
Facebook: Mile Bluett

Esta obra está debidamente registrada y tiene todos los derechos reservados.  
Queda prohibida la reproducción y la divulgación de la misma por cualquier medio o procedimiento sin la autorización del titular de los derechos de autor.

Es una obra de ficción. Cualquier similitud entre nombres, lugares, personajes o situaciones de la novela con personas, hechos o lugares de la vida real del presente o del pasado es pura coincidencia.

DEDICATORIA

PREFACIO

I

II

III

VI

V

VI

VII

VIII

IX

X

XI

XII

XIII

XIV

XV

XVI

XVII

XVIII

XIX

XX

XXI

XXII

XXIII

XXIV

XXV

XXVI

XXVII

XXVIII

XXIX

XXX

XXXI

XXXII

XXXIII

XXXIV

XXXV

XXXVI

XXXVII

XXXVIII

XXXIX

XL

XLI

XLII

XLIII

XLIV

XLV

XLVI

XLVII

XLVIII

XLIX

L

LI

LII

LIII

LIV

[LV](#)

[LVI](#)

[LVII](#)

[LVIII](#)

[LIX](#)

[LX](#)

[LXI](#)

[LXII](#)

[LXIII](#)

[LXIV](#)

[LXV](#)

[LXVI](#)

[LXVII](#)

[LXVIII](#)

[LXIX](#)

[LXX](#)

[EPÍLOGO](#)

[Estimados lectores](#)

[Agradecimientos](#)

## Biografia

# DEDICATORIA



A toda *mi familia* por permitirme crecer rodeada de amor. A mis *padres* que me dieron una niñez extraordinaria. A *mis hermanos*, dos hombres que siempre están en mi corazón. A *mis abuelas*, las mejores que he podido tener, mujeres de familia, de historias, que nos guiaron a todos desde el amor. A *mis abuelos*, hombres de noble corazón. A *mis tíos y mis primos*, por su alegría, su complicidad, su amistad. Y muy especialmente, a mi *esposo y mi hijo*, los que me han hecho conocer el *amor más sublime que existe*.

# PREFACIO

*Amado mío:*

*En la soledad de mi alma, su recuerdo me persigue, el sonido de su voz, su risa clara. Su mirada me envuelve desde la lejanía en un azul profundo e infinito, como el mar que lo separa de mí.guardo su regreso, y sobre todo, su promesa de matrimonio, nuestro dulce secreto. La espera ha sido dura, más porque mis padres desconocen sus intenciones y no han cejado en su propósito de unirme en santo matrimonio, con cuanto caballero de rancio abolengo ha pretendido mi mano. Rechacé a un marqués, dos condes y hasta al sobrino del Capitán General, no sé qué treta más urdir para dejar la vía libre para usted. Regrese pronto que se agotan mis fuerzas. Ya no sé cómo cumplir con mi cometido, de sortear a los pretendientes y esperar el día en que nuestra tierra se vista de gala para recibirlo. Ya no sé cómo vivir sin tener noticias suyas y sin que esta carta encuentre el camino hasta sus manos.*

# I



*Isla de Cuba,  
en las afueras de la villa de San Francisco Javier  
y San Julián de Güines.  
A mediados del Siglo XIX, 1851.*

**E**l sol era ardiente casi todo el año, los esclavos traídos desde la lejana África para ser bestias de trabajo en esta isla antillana, trataban de sobrevivir a la cruel explotación y al abrasador clima. Era un atentado a la sensibilidad de Celeste Pontevedra y Cáceres, que obligada por las circunstancias, recorría aquel camino amplio, bordeado por tierras sembradas de caña, que comunicaban las dos haciendas de su familia. De un lado se erigía La Celeste, propiedad de su madre y del otro a varias leguas de distancia estaba Bellavista, la hacienda de su tía doña María Antonia de Alvarado. El camino tortuoso y accidentado, se extendía entre las dos heredades como un río de tierra de caudal sinuoso. En la calesa iban los pasajeros sacudiéndose al compás de las grandes ruedas, que esquivaban las

irregularidades del terreno por obras del azar. La señorita Celeste, con sus grandes ojos oscuros, su tez muy clara, ligeramente rosada hacia las mejillas y el cabello peinado en bucles que se movían como resortes por el vaivén del camino, iba acompañada de su tía y el hijo de ésta, Antonio Alvarado. Se dirigían a la hacienda denominada como la señorita y no precisamente en honor a su persona, había sido al revés, a ella le habían dado el nombre del lugar donde había nacido hacía veinte años atrás.

Al pasar cerca de uno de los campos de caña, se encontraron con el joven Federico Navarro, albacea de la herencia que había dejado el padre de Celeste al morir. El licenciado observaba al mayoral dirigir a la dotación en el duro trabajo. Al pie del cañaveral, un esclavo abatido por el calor y las condiciones inhumanas de la labor, cayó de rodillas vencido por la fatiga. Celeste lo observó aterrada y no entendió la furia del mayoral al descargar un fuerte latigazo sobre la espalda del mismo, curtida por el sol y llena de cicatrices de anteriores torturas. Ella cerró los ojos estremecida, aquella violencia la hizo sentir una fuerte angustia muy adentro de su ser.

El hijo de doña María Antonia, propuso terminar el recorrido en aquel instante, para que su prima no presenciara más la crudeza de la plantación:

—Ya es suficiente con lo que hemos visto nos basta —dijo rotundamente.

—No. Lleguemos a la casona, necesito encargarme de unos asuntos en persona —concluyó doña María Antonia.

—¿Qué le pareció, niña? Esta zafra será mejor que las anteriores —le dijo el mayoral a Celeste, después de colocar el látigo en su lugar y al no recibir respuesta de la señorita continuó—: ¡De qué trabajan, trabajan! Ya lo verá, aunque no esté su finado padre la producción no decaerá. Le voy a mantener a la dotación a raya —hizo una pausa para mascar un tabaco—. ¡Cómo siempre! ¡A palo limpio si es preciso!

El licenciado Federico Navarro, administrador de los bienes de la familia Pontevedra y Cáceres, un hombre de unos treinta años, rió con sarcasmo ante las palabras del mayoral y lo felicitó, según él, por lo bien que marchaba todo, luego se volvió hacia Celeste y añadió:

—Dígale a su madre que no se preocupe por el ingenio ni el resto de los negocios, para eso está este servidor. Hoy mismo regreso a La Habana pero estaré al tanto, aunque tenga que viajar de un lugar a otro. Ya sabe cómo son los asuntos de dinero, hay que vigilarlos de cerca.

—Confiamos en usted, señor Federico, igual que lo hizo mi padre —le comentó Celeste.

—Lo hago por mi infinita gratitud hacia el difunto don Diego y por la confianza que siempre depositó en mí —respondió el aludido.

—Mi madre se lo agradece. Sólo recuerde que nuestra familia no está de acuerdo con maltratar a los esclavos. Mi padre no lo hubiese permitido. Tome las providencias necesarias para que la hacienda funcione como cuando mi padre vivía.

Antonio Alvarado le pidió a Federico Navarro que no agobiara a la señorita con los pormenores del ingenio y que aquella visita se limitara a los fines de la misma, inspeccionar la casona en cuanto a cuestiones domésticas y acondicionarla para el regreso de la familia Pontevedra, para eso había escoltado a las mujeres. Por lo que el resto del recorrido transcurrió en silencio. Una vez que concluyeron con su tarea, se regresaron, pero esta vez por la entrada principal, prefiriendo un camino más largo pero menos abrumador.

Al atravesar el portón de salida, Celeste pidió que se detuvieran unos instantes para observar el grabado de su nombre, y a la vez el de la hacienda, en el dintel. No pudo evitar sentir tristeza al recordar el día que había salido por última vez en compañía de su padre. A pesar de que aquellas tierras

pertenecieron por generaciones a su familia, sólo ella llevaba su nombre, hecho que la hacía sentirse más conectada con cada palmo de tierra, con cada árbol y hasta con la brisa que recorría La Celeste. Anduvieron un trecho hasta llegar a la hacienda colindante, donde aguardaba junto a su hermana a que su madre convaleciente se recuperara.

Azucena, de escasos dieciséis años de edad, con ojos color miel y cabello dorado, que le daban una apariencia angelical, esperaba a su hermana Celeste con ansias.

—¿Cómo les fue? —dijo Azucena antes de llegar hasta los demás.

—Bien —dijo Celeste porque no quiso comentarle los detalles que había conocido en los cañaverales.

—¿Sabes cuánto tiempo nos quedaremos en La Celeste? Añoro que nuestra madre se recupere para regresar a La Habana.

Doña María Antonia al escucharlas conversar se les acercó y les dijo:

—Todavía pienso que marcharse las tres para La Celeste no es apropiado. Mi hermana ha amanecido con ese propósito, quiere reestablecerse por completo en sus tierras, hice lo que me pidió y dispuse todo para su regreso pero por su estado de salud no estoy de acuerdo.

—¿Nosotras qué podemos hacer, tía? Ella así lo dispuso —dijo Celeste y luego volviéndose a su hermana añadió—: Sólo será un breve tiempo. Nuestra madre desea aguardar en su propiedad hasta que nos sea posible viajar a La Habana.

—Tu madre no quiere aceptar la gravedad de su estado. Tendrán que quedarse aquí durante un tiempo, los cuidados que necesita mi hermana son delicados y ustedes son muy jóvenes para ocuparse de ella. Si accedí a ir a La Celeste fue sólo para no contrariarla, ya comprenderá que precisa de mi apoyo —resolvió doña María Antonia.

—¿Se recuperará pronto? —les interrogó Azucena y más que una

pregunta parecía una súplica.

—Espero. ¿Además, quién las cuidará mientras su madre permanece en cama? Ustedes también me necesitan —reconoció la señora de mediana edad, de elegancia sombría.

—Gracias por toda su hospitalidad, tía. Sólo espero que sus hijos no se sientan incómodos por nuestra presencia en su casa —le reveló Celeste.

—Ni lo menciones, no es propio de una señorita. Somos la familia más cercana que ustedes tienen. Sabes que mis hijos las adoran. Antonio es un amor de Dios y Josefina les tiene mucho cariño. Con respecto a Fernando para cuando regrese de Europa, le alegrará tenerlas con nosotros.

—Para ese entonces ya nos habremos marchado —dijo Celeste dubitativa.



Ese nombre, Fernando y la mención de un regreso, que aunque no tenía fecha, algún día debía ocurrir, le había robado el sueño a Celeste hasta altas horas de la noche. Salió a hurtadillas de sus aposentos, con una vela en la mano y caminó hasta los de Fernando Alvarado, empujó levemente la puerta que cedió con un leve crujir. Un suspiro se le atravesó en la garganta al saberse en sus dominios, acarició el lomo de un libro olvidado cerca de la cabecera de la cama, sintió la sedosidad de su almohada y esbozó una tímida sonrisa. Un pequeño ruido, propio de la noche, la alertó y huyó de prisa, antes que la sorprendieran.

De regreso en su alcoba intentó dormir, pero ni cuando cerró los ojos encontró la paz. Esa noche mientras dormía, Celeste se debatía con los recuerdos del día que su familia intentó regresar a La Habana, luego de haber pasado unas vacaciones en La Celeste como siempre acostumbraban:

Al canto del gallo la familia Pontevedra y Cáceres había abandonado la hacienda repentinamente esa mañana. Celeste aún no lograba entender por qué partían de improviso. Se levantaron aún con el sueño pegado al rostro, por aquella costumbre que tenía su padre de madrugar.

El olor de aquella mañana nunca lo olvidaría, era tan diferente el olor del campo al de la ciudad; los jazmines podían disfrutarse a lo largo del sendero hacia el portón principal, por donde salió el carruaje con sus ocupantes dentro. Don Diego Pontevedra, su esposa, sus hijas, la esclava Mercedes y el cochero. Iban medio dormidos, medio despiertos por el vaivén del coche de un lado para el otro, a excepción de don Diego que tenía los ojos abiertos de par en par, con la mirada clavada en la pequeña ventana de la portezuela. Al poco rato del camino el cielo, comenzó a nublarse, amenazaba tormenta.

—¡Lo que nos faltaba! —comentó enojado con el clima don Diego—. Tendremos que guarecernos en el pueblo más cercano. Con la lluvia los caminos quedan intransitables, las ruedas pueden quedar atascadas. ¡Moisés, más aprisa hasta el pueblo, antes que nos caiga encima la tormenta!

El esclavo apresuró la marcha pero eso no impidió que la lluvia torrencial comenzara a caer por doquier y que formaba charcos que pronto se convirtieron en surcos por el peso de las ruedas.

—¡Moisés, más rápido o nos atascaremos!

—No quiero reclamarte, esposo mío, pero hubiese sido más sensato regresarnos en ferrocarril, San Francisco Javier y San Julián de los Güines puede presumir de ser la primera villa en la isla de contar con uno —le dijo con suavidad doña Angelina, la madre de familia.

—Esposa mía, mis razones he tenido. Perdóname si mi decisión ha traído este infructuoso desenlace. Creí que llovería pero no con tal fuerza —se justificó don Diego Pontevedra.

El esclavo agitó más a los caballos que asustados se agolpaban unos con otros. El viento comenzó a levantar todo lo que se encontraba a su paso y unido a la tormenta que arreciaba, obstaculizaba cada vez más la visibilidad.

—Mi amo, es mejor esperar a que se calme el agua, el camino está resbaloso y lleno de piedras —arguyó el esclavo.

—¡Sigamos, no vamos a detenernos al descampado! Si te apresuras en veinte minutos llegaremos al pueblo.

Don Diego Pontevedra dijo la última palabra y sobrevino la desgracia, el coche quedó fuera de control hasta que terminó volcado por el suelo. Por unos minutos todo fue silencio, apenas interrumpido por las gotas de lluvia que golpeaban los charcos. Celeste había quedado inconsciente producto de la caída. Al fin, abrió los ojos con el ruido del estruendo haciendo eco en sus oídos, sumida en la confusión, escuchó la voz de Azucena llamándolos a todos.

Celeste percibía los gritos de su hermana pero no podía volver en sí. Estaba enredada en la telaraña de una pesadilla... De golpe abrió los ojos y ya no sabía donde se encontraba, ya no escuchaba la lluvia golpeando el carruaje, ni los gritos de Azucena, pero su corazón seguía latiendo desbocado. Miró a su alrededor, lo primero que divisó fue el techo de la habitación e intentó calmarse. Despertar bruscamente en medio de la noche con el recuerdo del accidente que habían sufrido no hacía mucho, era la secuela que le quedaba del mismo. Buscó a tientas un vaso de agua, el sudor en gotas compactas cubría a totalidad su cuerpo. Se sentó en la cama abrazada por la oscuridad de la noche, mientras transcurría en su cabeza lo acontecido durante el incidente:

A duras penas había logrado quitarse de encima los cuerpos y los objetos que la inmovilizaban. Su hermana parecía ser presa de una crisis de pánico, gritaba ante la idea de quedar atrapada. Celeste respiró hondo para no ser blanco de los nervios y le pidió a Azucena que procurara calmarse, lo que

fue en vano. Intentó abrir la portezuela que permanecía atascada, hasta que la hizo ceder. Tanteó a su alrededor en busca de su hermana. Fue palpando varias manos que permanecían inertes, hasta que al fin encontró otras que la sujetaron con fuerza.

—Tranquila, te voy a sacar de aquí —dijo con firmeza para calmar a su hermana menor.

Se esforzaron hasta que Azucena pudo sentirse liberada. Se retiraron hacia un costado y en el otro acomodaron con trabajo a sus padres. La única forma de salir era por la escueta ventana por la que sus descomunales vestidos jamás podrían pasar, tuvieron que prescindir de algunas capas de sus amplias faldas y deslizarse por la abertura. Salieron con timidez y desespero a la vez, mientras el aguacero se les escurría por el cuerpo. Afuera se encontraban Mercedes y Moisés, él herido e inmovilizado por las piezas del coche que tenía encima, mientras que la vieja nana yacía en el suelo sin conocimiento. La piel se les hacía de gallina y se les coloreaba de morado por el agua fría, mientras tiritaban intentaron liberar al esclavo pero fue en vano.

—Una de la dos tendrá que ir al pueblo por ayuda —le dijo asustada Azucena.

—Yo iré, soy la mayor. Quédate junto a ellos para que encuentren a alguien cuando vuelvan en sí.

—Espero afuera, no quiero volver a entrar al coche. —Azucena se negó a refugiarse en el carruaje. Celeste la sacudió para que recobrarla la razón.

—No puedes esperar debajo de la tormenta.

Azucena obedeció llena de espanto. Buscó a tientas su capa de viaje y se la entregó a su hermana para que se cubriera.

—¡Amita! —murmuró el joven esclavo y extendió el brazo para entregarle su machete con empuñadura de plata—. Tenga.

—¿Y yo qué voy a hacer con eso, Moisés?

—Para su protección, uno nunca sabe. Llévase al Pinto que es el más veloz.

Celeste miró a los caballos echados en el suelo, heridos.

—Creo que el Pinto no podrá andar, me llevaré otro. Trataré de llegar lo antes posible.

Celeste cabalgó enfrentándose al viento cargado de gotas de agua, duras como piedras, que le pegaba en la cara. No sabía si era ella o el caballo el que guiaba, llegó al pueblo casi desfallecida. Todos estaban escondidos en sus casas por el temporal. La hilera de casas deprimentes que se veía a lo largo del camino, parecía que sería arrancada de raíz. Las puertas de las mismas permanecían herméticamente cerradas. Hacia el centro había otras casas, éstas eran más portentosas. Se dejó caer en el portal de la primera a la que pudo llegar. Salieron sus habitantes a socorrerla, de repente veía a cuatro, otras veces el doble o el triple. Antes que la imagen desapareciera por completo alcanzó a decir donde estaban los demás.

Al recobrar el conocimiento, se encontró en la cama de un dispensario médico. Al lado suyo permanecía su hermana observándola.

—Tía María Antonia ya fue avisada, vendrá por nosotras —le comunicó Azucena.

—¿Cómo están nuestros padres? —preguntó Celeste.

—Su madre está siendo atendida, pronto podrá verla —dijo el galeno que los atendía sin darle tiempo a Azucena para contestar.

—¿Y mi padre? —preguntó Celeste y la interrogante se quedó en el aire, tambaleante.

El hombre bajó la mirada y dejó caer con fuerza la mano que había sostenido en el aire para indicarle que guardara reposo. Azucena abrió los

labios temblorosos para decir algo, mas sólo se escuchó un gemido. No hizo falta más, Celeste comprendió que su padre no había alcanzado a llegar con vida. Luego supo que su nana tampoco regresaría con ellas a casa y su dolor fue inmenso.

Esa fue otra noche de recuerdos e insomnio...

## II



Celeste despertó más tarde que de costumbre por la desvelada, ese sueño de terror se repetía constantemente. Josefina y Azucena la esperaban para dar un paseo a caballo. «¿Cómo pueden levantarse de la cama como si nada hubiera pasado? ¿Por qué se empeñan en aparentar que todo continúa igual cuando la realidad es abrumadora? Bellavista y su parsimonia me asfixia. Si no fuera por la ropa negra que vestimos, no podría adivinarse que una tragedia arrasó con nuestra familia, porque la rutina diaria se sigue al pie de la letra», pensó Celeste.

Su prima llegaba con la sonrisa de siempre a querer levantarla. «Quiero quedarme en la cama», quiso decir Celeste aunque prefirió tragárselo. Le habría contestado si hubiese tenido ganas de decir algo pero prefirió dejarse llevar, al final, en Bellavista se hacía lo que doña María Antonia ordenase.

—Mi madre me encomendó que tratara de distraerlas. No pueden pasarse tanto tiempo encerradas. Verán que salir a tomar aire fresco les sentara bien —les dijo Josefina irrumpiendo su privacidad, luego de abrir el

gran ventanal para dejar que el sol se colara en la habitación.

Las tres jóvenes galoparon por el valle rodeado de árboles gigantescos y fulgurante verdor, en donde a lo lejos las altas palmas parecían rozar las nubes. Los caballos estaban alegres, al parecer no les importaba el peso que llevaban con tal de salir a correr por el campo, ilimitado de cercas o barreras. Se detuvieron en el extremo en que se podía apreciar en toda su amplitud el imponente valle.

—Es tan hermoso lo que se puede observar desde aquí —comentó Azucena.

—Por algo se llama Bellavista. Tenemos la vista más hermosa del valle de Güines. Lo más admirable es el río —añadió Josefina—. Es el mismo que atraviesa La Celeste.

—De todos modos a pesar de la belleza de este lugar no creo que me acostumbre a vivir en el campo, la vida es demasiado tranquila —argumentó Azucena.

—La vida es como te la hagas, no importa en qué lugar —le dijo Celeste a su hermana. Luego se dirigió a su prima—: La hacienda es muy extensa. Por fortuna tienes hermanos que se ocuparon de todo cuando falleció tu padre.

—Así es, Antonio está al mando. Imagino que Fernando hará lo mismo a su regreso —contestó la joven Josefina.

Fernando, de nuevo ese nombre. Escucharlo era sinónimo para Celeste de recibir una oleada de dolor, que se alojaba en su pecho y la dejaba taciturna el resto del día.

—Hace cinco años que no vemos a tu hermano mayor. ¿Verdad, Azucena? —dijo Celeste y aunque no quería hacerlo evidente, necesitaba saber de él.

—De seguro para cuando regrese ustedes estarán aquí. Si lo vieran no lo reconocerían, ha cambiado mucho. Es una pena que no hayan podido verlo durante la breve temporada que nos visitó. Coincidió con el viaje de ustedes a Puerto Príncipe. Estoy emocionada porque va a estar para mi boda. Me prometió traerme el vestido de novia más hermoso de París.

—De seguro será precioso. Eres muy afortunada, Josefina —le dijo Celeste.



Terminado el paseo, las hermanas Pontevedra, pasaron la tarde al lado de su madre. Doña Angelina permanecía acostada porque no podía sostenerse en pie, las múltiples fracturas de las que se recuperaba lentamente habían mermado su anterior lozanía. De lo contrario, nadie la hubiese convencido de guardar reposo. Estaba muy deprimida por la muerte de su esposo y eso empeoraba su estado físico. Su matrimonio con don Diego Pontevedra había sido arreglado por los padres de ambos, pero para ella fue una noticia inesperada y bien recibida, desde que se lo habían presentado lo había amado en silencio. Doña Angelina languidecía la pérdida de su gran amor, pero no quería verse débil ni descuidar a sus hijas, aunque deseaba llorar y gritar infinitamente, se tragaba su dolor para sacarlas adelante.

—Siéntense a mi lado, quiero tenerlas más cerca de mí, luces de mis ojos —les dijo a las jovencitas y volviéndose a la esclava que acababa de entrar con su medicina, añadió—: ¿Verdad que son lindas mis hijas, Juana?

—Sí, mi ama —dijo aquélla sin levantar los ojos del suelo.

—Son mis dos grandes tesoros, lo que más quiero —añadió la señora.

—Nosotros también la queremos mucho a usted, madre —dijo Celeste. Juana se retiró a toda prisa.

—Es un poco extraña esa esclava. ¿No cree? —le preguntó Azucena a su madre.

—Debe estar triste por la muerte de la nana Mercedes, recuerda que era su madre —les recordó doña Angelina.



Por su lado, Josefina aprovechaba que sus primas estuvieran ocupadas y que no la podían escuchar para reclamarle a su madre. Doña María Antonia la miraba con el ceño fruncido mientras aquella sin controlarse le reprochaba.

—¿Cuánto tiempo se van a quedar en Bellavista?

—El que se necesite —respondió la madre.

—No las resisto más. Celeste se cree la princesa a la que debemos servir y su hermanita sólo sabe repetir lo aburrida que es la vida en el campo. Si lo ve así, ¿por qué no se regresa cuanto antes a su palacete en La Habana?

—Exageras, Josefina. Ya eres una señorita y te comportas como una niña maleducada. Lo apruebes o no, durante el tiempo que mi hermana se recupere, le ofreceremos nuestra hospitalidad.

—¡De acuerdo! Pero me niego a seguir sirviéndoles de distracción —sentenció.

—Harás lo que te diga y te comportarás a la altura de nuestra familia —le dijo su madre.

Ambas se dieron la espalda. Doña María Antonia se dirigió a la habitación de su hermana y Josefina, aún enojada, llamó a gritos a su esclava de compañía, caminando hacia su recámara. La joven esclava llegó casi sin aire por subir corriendo las escaleras, antes que Josefina se quedara sin voz.

—¡Tula! ¿No pudiste demorarte más? Ya no voy a seguir teniéndote a mi servicio. Eres lenta y torpe. Estarás mejor en la cocina o en el cañaveral.

—No amita, se lo *pío*, *por* el amor de Dios.

—Pido. Se dice pido. Estoy harta de corregirte. Mientras mis primas se la pasan presumiendo a su calesero vestido con ropas finas rematadas en plata y argolla de oro, yo tengo que ir acompañada de ti a todas partes. Busca la ropa que ya no uso. Te la voy a dar, para que te veas un poco decente, si es que eso es posible.

—A la doña no le va a *gustá*. —Una mirada de Josefina bastó para que Tula hiciera silencio.

—Haré que Juana te enseñe a hablar con soltura delante de mis invitados. ¡Si no aprendes te regresas a cortar caña! —la amenazó.



Celeste aprovechó la tranquilidad de la tarde para conversar con su madre y su hermana. Su tía se apareció de pronto en la habitación y se las encontró en una escena enternecedora de amor familiar. Su tía hizo un gesto de complacencia. Celeste sabía que doña María Antonia estaba pasando por una fase difícil, le costaba comunicarse con Josefina, la escuchó decírselo a doña Angelina antes del accidente. Celeste recordó las palabras exactas de su tía: «Cómo desearía que mi relación con Josefina fuera así, como la tuya con tus hijas. Me tendré que conformar con saber que en el fondo me quiere aunque no me lo demuestre. Yo en cambio fui muy diferente con mi madre, siempre tuvimos una relación cordial la una por la otra». Celeste también había escuchado mencionar a su madre en el pasado, que doña María Antonia había estado más apegada a su madre y doña Angelina más unida a su padre, don José. Celeste atribuía el motivo a los lazos sanguíneos.

Sus abuelos habían llegado cada uno con una hija al matrimonio de un casamiento anterior, tras una viudez que les había sorprendido en su juventud,

teniendo la pequeña Angelina en aquel entonces cuatro años y María Antonia dos. La crianza que habían tenido juntas las había hecho considerarse hermanas de la misma sangre. El amor de don José como el de su esposa, fue en la misma medida para la una como la otra, aunque doña María Antonia siempre le había reprochado a su madre que don José prefería a su hija sanguínea. Debido al origen de cada una, las señoras no eran parecidas físicamente, doña Angelina era rubia y doña María Antonia castaña oscura, de rasgos y complexiones muy disímiles, pero eran idénticas en lo encumbradas, aristocráticas y en el excesivo abuso de los usos añejos de sus antepasados.

Celeste, con todas esas ideas en la cabeza, se le acercó a su tía y la invitó a sentarse. Doña María Antonia comentó:

—Espero que el paseo y la compañía de Josefina les haya hecho bien. Mañana iremos a la inauguración de la nueva iglesia. Les sentará de maravilla.

—Dudo que mi humor me acompañe —murmuró Celeste que continuaba triste tras la pérdida de su padre.

—Lo sé, mi niña. Debes poner de tu parte —le comentó su tía con suma dulzura.

—Hermana, no sabes cuánto te agradezco lo que haces por nosotras —susurró entre pausas doña Angelina.

—Estamos para compartir más que los buenos momentos —le dijo doña María Antonia.

### III



Como les había prometido su tía, la siguiente mañana, fueron al pueblo, la comitiva de la familia estaba conformada por la señora, las tres jóvenes y Antonio Alvarado. La recién construida iglesia de dos torres, dedicada a San Francisco Javier y más especialmente a San Julián, estaba engalanada por la presencia de las autoridades civiles, religiosas y militares. El Capitán General de Cuba, don José Gutiérrez de la Concha, intercambió unas palabras antes de marcharse con Antonio Alvarado y su señora madre, en agradecimiento a los esfuerzos que el difunto señor de Bellavista había hecho siempre a favor de la villa, y los que sus sucesores continuaban haciendo. Para doña María Antonia esas relaciones eran importantes, y presionaba a su hijo para conservarlas. Celeste lo notó y sintió compasión por su primo, quien sostenía el peso de la herencia de los Alvarado tras la muerte de su padre y la ausencia del primogénito de la familia.

Después de todo el protocolo, Celeste divisó a Antonio Alvarado refugiarse entre los álamos y los laureles, que recién habían sembrado a los costados de la iglesia, ella intuyó que por la carga tan pesada que llevaba

sobre los hombros a sus tiernos años, se había apartado para tomar aire y reponerse. Tenía veintiuno recién cumplidos, era bastante alto para su edad, con las mejillas doradas en ocasiones por la exposición al sol a la que se sometía para supervisar el ingenio y una dulce mirada aguamarina que inspiraba confianza. La gente comenzó a dispersarse, algunos hicieron lo que solían hacer después de misa, recorrer en calesas las calles principales, lo que se volvía un desfile. La arquitectura colonial, los adoquines, los abanicos y las sombrillas de las señoras no apartaron la atención de Celeste de lo que la había acaparado, Antonio. Sacudió la cabeza con gracia y disimuló, pues su primo ya había notado su mirada y se sintió algo avergonzada de espiar un momento tan íntimo.

Celeste prefirió concentrarse en el gentío que había sido reunido por la fecha señalada. Eran tantas las personas que iban y venían, que por un instante se le olvidó que estaba en un pueblo del interior. Y así, mientras aguardaba a la salida de la iglesia, a que Josefina y Azucena terminaran de hablar con sus amistades a unos pasos de ella, fue sorprendida por Antonio, quien sin titubear fue directo al grano:

—Al fin solos, aunque sea rodeados de tanta gente. Le preguntaré porque no sé si tenga otra oportunidad como ésta, en Bellavista no puedo estar cerca de usted sin mi madre presente, mi hermana o la suya. Quisiera saber si todavía tengo esperanzas de que me acepte como su futuro esposo.

—Perdóneme. Con la muerte de mi padre no logro pensar con claridad —se escudó Celeste.

—La última vez que hablamos la vi tan segura que pensé que me aceptaría. Luego me sorprendió su repentina partida. ¿Se iba usted sin despedirse de mí, sin darme una respuesta? —le dijo el joven.

—¿Una respuesta?

—¿No lo recuerda? El día anterior a su partida prometió responderme

si aceptaba que la cortejara. Aún espero ansioso. No he insistido por respeto a su pérdida, pero no puedo más, solo quiero saber si tengo alguna esperanza, por ínfima que sea y aguardaré a que termine el luto para hablar con su madre.

De repente ambos se quedaron mudos. La señorita Hortensia Hidalgo llegó de improviso a saludarlos, abanicándose sin cesar por el intenso calor. Su enorme vestido lleno de encajes y atavíos se había cruzado entre los dos. Antonio tuvo que dar unos pasos hacia atrás antes de ser atropellado por los ornamentos.

—Los buscábamos. ¿Nos acompañan? —inquirió la recién llegada.

—Sigan ustedes —les sugirió Celeste que prefería estar sin compañía.

—Como desee la señorita —le dijo Antonio con el rostro algo desencajado.

Los vio alejarse mientras él le brindaba el brazo a Hortensia Hidalgo. Celeste sabía que Antonio decía la verdad. Todo había comenzado por la insistencia de su hermana de aprender a montar a caballo. Su padre siempre les había negado subirse a uno. Fue a partir de entonces que su vida había comenzado a girar y a girar hasta salirse de su eje. La mente de Celeste se llenó de recuerdos que la dejaron distante por unos minutos... Rememoró:

—¿Viste los caballos que compró nuestro padre? Están hermosos. Estas vacaciones no me iré sin aprender a montar. —Celeste volvía a escuchar aquellas palabras de Azucena.

—Sabes que a nuestro padre no le gusta esa idea —y también se acordó de su continuo tono de reproche.

—No le pediré permiso. No sé si se moleste de llegar a descubrirlo —añadió riendo Azucena—, de lo que sí estoy segura es que esta temporada aprenderé.

Azucena le dio instrucciones precisas a Moisés, el joven calesero de

dieciséis años, que inició siendo su paje para luego elevar su condición al puesto que hoy ocupaba. Celeste no pudo aguantar la curiosidad y se dirigió hasta ellos para averiguar lo que tramaban.

—Me traerá un caballo a escondidas del mayoral y sus hombres —le reveló su hermana.

—No seas egoísta, castigarán a Moisés si lo descubren.

—Moisés —le dijo Azucena al esclavo—, no estás obligado a servirme, para mi padre es tu obediencia, pero si quieres arriesgarte no te abandonaré si nos descubren. ¿Qué decides?

—Lo que quiera, mi niña. Como dice el amo: ¡Moisés, tú estás para servirle a las señoritas! —le contestó el esclavo sonriente.

Moisés era un mulato alto para su edad, simpático y agradable a la vista. Acostumbraba a vestir a la usanza de los caleseros, botas de campana con adornos de plata, camisa de crea de hilo con tres botones de oro sujetos por una cadenilla, cinta negra a modo de corbata y la chaqueta de dril crudo que conformaba junto con el sombrero de alas anchas, su indumentaria para el campo. Una distintiva argolla de oro en forma de media luna en la oreja izquierda, resaltaba la belleza del tono de su piel. Él había nacido al igual que Azucena en el palacete de La Habana y habían crecido juntos. Siempre la secundaba en todas sus travesuras desde que eran niños, hasta escuchaba las lecciones que le daban a Azucena escondido detrás de un sillón y se las aprendía mejor que ella misma. Por lo que don Diego siempre había considerado que era una buena compañía para sus hijas, además de ser fuerte e inteligente, era muy fiel. Sabía que teniéndolo como calesero de su esposa e hijas, su familia estaría protegida.

—Eres muy inteligente, Moisés. Por eso me gusta tenerte a mi servicio —dijo Azucena.

—Mejor di que te sigue en todas tus diabluras —le reprochó Celeste.

—Puede ser pero es más divertido que andar todo el día con la nana Mercedes, escuchando sus historias más antiguas que ella misma —dijo Azucena.

—No hables así de Mercedes, sabes cuánto la quiero.

—Igual yo, pero es la verdad —dijo Azucena y emitió unas carcajadas. Mientras ellas continuaban discutiendo, Moisés se dirigió al establo, al regresar, Celeste se quedó boquiabierta al ver lo que traía consigo.

—¡Azucena, Moisés te trae una calesa completa!

—Es el plan. Nos subimos en la calesa, nos alejamos de la vista de todos, separamos al caballo y listo. Es para evitar sospechas. ¿Nos acompañas? —Azucena le reveló su plan.

—¡Qué remedio! —decidió Celeste.

Justo en los lindes de las tierras entre Bellavista y La Celeste, cuando estaban enfrascados en la operación de separar al caballo de la calesa apareció Antonio Alvarado. Lo que menos imaginaron fue encontrarlo por allí. Celeste intentó inventar una excusa, sólo que ninguna le parecía creíble.

—Mis distinguidas primas, es grato encontraras esta bella mañana. ¿Tienen algún problema? —les preguntó luego de saludarlas.

Las dos hermanas se quedaron en blanco. Cuando Azucena creyó que estaban perdidas, a Celeste se le ocurrió contestar.

—Tuvimos un pequeño contratiempo pero ya está enmendado. Con un calesero tan eficiente todo siempre tiene solución. Moisés, termina de preparar la calesa para regresar.

—¡No! —intervino Azucena—. Quedémonos un poco más, apenas hemos disfrutado el paseo.

—En ese caso sigo mi camino. Iba a ofrecerles escoltarlas hasta su casa por si tenían otro percance, pero si desean quedarse... —les dijo Antonio Alvarado.

—Es usted muy amable y se lo agradecemos. Es mejor regresarnos, hermana, mañana continuamos —dijo Celeste.

—¿Mañana? —balbuceó enojada Azucena pero Celeste dio la última palabra.

Dentro de la calesa, Azucena le reclamó a su hermana haber desperdiciado aquella ocasión y Celeste le requirió a su vez por su falta de educación delante de su primo. Le aseguró que era mejor dejar pasar la práctica en ese momento, alguien más podría sorprenderlas y lo mejor sería idear otro plan, uno que incluyera decirles la verdad a sus padres.

Al llegar a la hacienda, Azucena le celebró a Antonio Alvarado su magnífico potro y acariciándole la crin insinuó como quien no quiere decirlo:

—Sería tan feliz si pudiera aprender a montar a caballo.

—Si mis tíos lo permiten puedo mostrarles. Yo mismo enseñé a Josefina —dijo Antonio.

—Claro que nuestro padre está de acuerdo, sólo que no tiene tiempo para enseñarnos —añadió Azucena con una mirada triunfante que le carcomió la paciencia a Celeste y la hizo palidecer ante los embustes de su hermana.

—Mañana mismo podríamos empezar las lecciones —sugirió Antonio.

Al irse Antonio Alvarado, Celeste le lanzó una mirada de desacuerdo a su hermana, la que no perdió un minuto en implorarle:

—No me hagas perder de nuevo esta oportunidad. Sugeriste que lo hiciéramos sin ocultárselo a nuestro padre.

—Estás mintiendo —le reclamó Celeste.

—Cuando nuestro padre sepa que Antonio Alvarado nos ha ofrecido su ayuda no se negará, querrá corresponder a sus atenciones. Si prefieres estar todo el día bordando flores, está bien. A mí no me limites si prefiero hacer algo más interesante.

—¿Y quién te dijo que yo...? De acuerdo, ganas de nuevo, Azucena.

Cuando una mañana después volvieron a recibir en la hacienda la visita de Antonio Alvarado con el pretexto de enseñarles a cabalgar, Celeste negó con la cabeza presintiendo que el juego de su hermana no traería nada bueno. Doña Angelina se quedó sin saber qué decir, hasta que mencionó:

—¿Lecciones? ¿A mis hijas?

—Sí, madre —se adelantó Azucena—. Nosotros le comentamos a nuestro primo que nos gustaban los caballos y él se ofreció a enseñarnos. Él fue quien le enseñó a Josefina —dijo para tratar de evitar una negativa—. Claro, si usted está de acuerdo.

Celeste y Azucena, se le quedaron viendo a doña Angelina que lo pensó unos segundos antes de dar su consentimiento. Sucedió que doña Angelina había visto más allá de lo superficial y como madre de dos muchachas casaderas, notó que Antonio Alvarado había venido por algo más y no estaba equivocada. Esa misma mañana antes de marcharse, el joven le reveló a Celeste lo que hacía tiempo se había despertado en su corazón. Ante aquellas palabras de evidente afecto, la joven titubeó:

—¿Usted está sugiriendo que siente algo especial por mí y pide mi autorización para hablar con mi padre?

—Así es, no quiero pasar por alto sus deseos. Si está de acuerdo hablaré con don Diego como se debe y le compartiré mis intenciones de pedirla en matrimonio.

—¿En matrimonio? No me parece prudente. Usted y yo somos primos en un grado cercano —le dijo Celeste.

—No sanguíneos. Su madre y la mía fueron criadas juntas pero no son hijas de las mismas personas, no comparten ningún lazo de sangre.

—Pero sí de amor.

—Eso es indiscutible pero no ha evitado que yo me enamore de usted.

—Habla usted con tanta seguridad que le creería. ¿Cómo puede estar seguro? Somos muy jóvenes aún.

—Sólo quisiera saber si le agradecería que intentara ganarme su corazón. ¿Aprueba que la corteje?

—Aún no estoy preparada para pensar siquiera en esa posibilidad. Discúlpeme si hice algo que le llevó a pensar lo contrario. Siempre lo he visto como a un hermano, no podría mirarlo con otros ojos. Sé de otros primos que se han casado pero créame, yo no podría, la familia es sagrada para mí.

—No somos primos en realidad, nuestra sangre es...

—Le he entendido, olvídense de la sangre, de los vínculos, no puedo, es... Perdón, lo veo como un amigo, como un hermano.

—Perdóneme usted a mí, no debí importunarla pero no pude resistirme, me resulta demasiado encantadora —dijo Antonio y sus mejillas se tornaron ligeramente rosadas—. Me siento tan apenado con usted. No osaré incomodarla con ese tema jamás.

Antonio Alvarado se marchó desilusionado y cabizbajo. Doña Angelina que los observaba no lejos de allí, al tenerla cerca, abordó a su hija con preguntas y cuando conoció el hecho en cuestión le reclamó a Celeste por su falta de tino:

—¿Cómo pudiste rechazarlo, hija mía? ¿Otro más? Primero al marqués, luego dos condes, después el sobrino del Capitán General. ¿Qué estás buscando? ¿No me digas que pretendes vestir santos porque si esa es tu vocación ya te estás tardando?

—No es eso, madre. Si deseo casarme, algún día.

—Ya no tienes edad para seguir esperando, al menos deberías estar comprometida. Veinte años, por Dios, a tu edad ya estaba casada. Deberías

estar feliz de que un joven como Antonio te hable en esos términos. No es sólo por la cuantiosa riqueza que posee, ni por lo bien que maneja el patrimonio de su familia, Antonio es la persona más noble que conozco, es un caballero en toda la extensión de la palabra y estarás con un hombre que se desvivirá por hacerte feliz. Te enamorarás de él, es tan buen mozo, dignísimo de ti. Hablaré con tu padre y si él está de acuerdo tendrás que retractarte.

—Madre, no lo haga. Siempre lo he visto de otra manera. No me sentiría cómoda.

La última palabra la dio don Diego Pontevedra. Celeste oyó a su padre decir:

—No quisiera pensar en el día que se casen y abandonen mi techo; pero tu madre me convenció que va siendo hora de que tú, que eres la mayor, vayas pensando en tu futuro. Ya le tocará a Azucena el año próximo. Mejor que sea con alguien que conocemos perfectamente. Además, que aceptes sus cumplidos no quiere decir que se casarán de inmediato, eso lleva su tiempo; primero se comprometen y más tarde se unen en santo matrimonio.

—Padre, se lo ruego, no lo permita, no lo amo —dijo avergonzada pero resuelta a luchar por los designios de su corazón.

—El amor llega después de casados, antes es pecado —dijo la madre.

Celeste se fue corriendo a su habitación, su hermana que había escuchado le siguió detrás.

—Lo siento, hermanita —le dijo Azucena a Celeste dándole un cariñoso abrazo—. No estés triste, ve el lado bueno de las cosas. Antonio es un joven agraciado y educado, con esa claridad en el rostro, con ese corazón tan noble. ¿No me digas que no?

Celeste se dejó mimar por la vieja esclava Mercedes, que permanecía a su lado, con un nudo en la garganta por verla llorar. Mercedes la había criado desde que había nacido, la había cuidado con esmero y devoción. Hasta

se había encargado de conseguirle una nodriza que la alimentara para que creciera sana y fuerte.

—Mi niña, si pudiera haría que su pena me hiciera sufrir a mí —le dijo la nana.

—No me quiero casar con él —le reveló Celeste.

—Niña, algún día tenía que ser. El niño es de buen ver y la quiere. ¿Qué más necesita para casarse?

—Sentir algo en el pecho que me haga vibrar cuando lo vea; una señal que me revele que algo hermoso puede surgir entre los dos.

—Mira que usted habla bonito. ¿Acaso ya ha conocido el amor? —dijo con unas carcajadas la nana.

—¿Quién no sabe lo que es el amor, mi nana querida? De seguro alguna vez usted se enamoró.

—¿Yo? ¡Qué va niña! Estoy muy vieja para hablar de eso. Los esclavos no se enamoran.

—Yo también vivo esclavizada por mis padres; la única diferencia es que no duermo en los barracones ni trabajo para ellos, pero dominan mi voluntad y mi vida —dijo Celeste invadida por la ira.

La esclava rió a carcajadas y añadió:

—No sabe usted lo que dice. ¡Niña, si lo tiene todo para ser feliz!

—A veces como en este preciso momento, no me siento tan libre como dice —le hizo ver Celeste.

—El amo, don Diego, es bueno. Quiere lo mejor para usted.

De repente se abrió la puerta de la habitación, era doña Angelina.

—Azucena y Mercedes, déjenme conversar con Celeste. —Cuando estuvieron a solas, su madre le dijo sin darle rodeos—. Esperemos a que Antonio se te declare otra vez para que aceptes inmediatamente.

—Creo que es demasiado tarde, madre, no volverá a hacerlo, fui

tajante.

—Si está enamorado de ti, te lo propondrá otra vez y si no lo hace te encargarás de que así sea —sentenció la señora.

—¿Yo qué puedo hacer? —dijo Celeste haciéndose la desentendida.

—Debes lograr que se interese más en ti.

—¿Me está insinuando que sea diferente con él?

—No. Te estoy aconsejando que seas avispada y no dejes pasar la felicidad por tu lado.

—Para usted y para mi padre, felicidad es sinónimo de matrimonio.

—Definitivamente así es. Si te casas con él esta hacienda será tu herencia, siempre has querido vivir aquí. Si no lo haces, te desconoceré como hija. Si no lo aceptas te enviaremos a un convento. ¿Eso quieres? No puedes darte el lujo de seguir rechazando pretendientes, no toleraré que llegues a los veintiún años sin comprometerte.

A Celeste no le quedó más remedio que pedirle a Antonio que continuara con sus clases de equitación, lo que los llevó a pasar juntos más tiempo. Cada mañana su madre esperaba y propiciaba que Antonio volviera a declarársele. A doña Angelina se le había metido en la cabeza y cuando eso ocurría era difícil hacerla cambiar de opinión. Uno de esos días en que él le enseñaba a Celeste a mantener el equilibrio encima del caballo, doña Angelina que como siempre estaba presente le dijo:

—No sabes cuán agradecidas estamos. A diario nos dedicas tiempo, querido sobrino. Has hecho que esta temporada en La Celeste sea inolvidable. Sabemos lo ocupado que siempre te encuentras atendiendo los asuntos de Bellavista y por eso mi gratitud es mayor.

—Es un placer para mí hacer feliz a sus hijas, querida madrina. No quiero que se marchen pensando que desaprovecharon las vacaciones —

contestó el joven.

Doña Angelina se retiró con el pretexto de mandar a preparar limonada. Se llevó a Azucena consigo y no regresó. Lo que a Celeste le resultó particularmente extraño y agobiante a la vez, su madre, en su sano juicio, jamás la dejaba a solas con caballero, ni aunque fuera de la familia. Celeste lo sabía, doña Angelina no daría vuelta a atrás, así se encargó de hacer lo que ella misma no había querido, propició el momento para que Antonio, desesperanzado, olvidara su desplante e intentara conquistarla una vez más.

—Todo lo hago para estar cerca de usted, para ver si conociéndome mejor cambia de opinión. ¿Dígame, todavía piensa igual? —le dijo Antonio a Celeste.

—Prefiero no responder pero puede inclinarse hacia el lado positivo. Hablé del asunto con mis padres y están a favor —le contestó ella, casi a punto de ahogarse con sus propias palabras.

—¿Me está dando una esperanza?

—Puede verlo de esa forma —dijo e intentó sacar una sonrisa.

—Esperaré ansioso a que se decida.

—Si me asegura que tiene las mejores intenciones será antes de lo que se imagina. —Celeste sintió que una daga cortaba su respiración pero no se retractó.

Su madre no le había dejado otra opción. Para ella casarse con el hermano de Fernando Alvarado sería uno de los mayores castigos que tendría que soportar. Fernando, a quien no veía hacía cinco años. Ahora le tocaba alargar ese compromiso hasta el regreso de Fernando, no le había quedado otra opción. Pero ni siquiera las buenas nuevas alegraron a doña Angelina, aquella tarde su madre le reclamó por no darle una respuesta definitiva al pretendiente.



Celeste fue sacudida de sus recuerdos por Antonio Alvarado que acababa de regresar junto a ella, devolviéndola a aquel momento, justo en las afueras de la iglesia, el mismo día de su inauguración. Aún Azucena y Josefina conversaban con Hortensia Hidalgo a varios pasos. El gentío se había disipado y los que quedaban se disponían a marcharse. Antonio quiso retomar la conversación que la señorita Hortensia había interrumpido minutos atrás. Celeste se quejó de dolor en los pies por permanecer tanto tiempo parada, fue un pretexto para no escuchar las palabras que él acostumbraba a decirle cada vez que tenía oportunidad.

—Esperaré con toda la paciencia del mundo —le dijo Antonio. Celeste se lamentó por la demora de su hermana y su prima, que no llegaban para poner fin a aquella situación.

—¿Su madre sabía de sus intenciones de matrimonio antes del accidente?

—Aquel día me tomé la libertad de comentárselo. ¿Por qué lo pregunta?

—Por nada en particular. Creo que tardan mucho Azucena y Josefina, podría apurarlas por mí. Estoy demasiado fatigada, deseo regresar a la casa.

—Buscaré a mi señora madre. Ya es hora de regresar.

Por supuesto que por algo Celeste lo preguntaba, recordaba la misteriosa visita de su tía un día antes de la partida y de cómo se encerró en el despacho con sus padres. Luego de aquello, su padre estuvo de mal humor toda la tarde y a la mañana siguiente habían regresado de improviso a la capital.

## VI



**A**maneció un nuevo día, llovía a cántaros. Celeste

miraba desde su ventana como las gotas formaban charcos en el suelo. Todo estaba cubierto de agua, los árboles, las flores del jardín, los grandes escalones que daban a la terraza, las sillas de la misma que habían sido olvidadas la tarde anterior, el vasto valle. Un recuerdo la sorprendió de repente, un mozalbete alto, delgado, de gesto grave, que cabalgó a través del campo, para luego acercarse a la entrada, bajarse de un solo salto y amarrar al caballo con destreza. Las memorias de la despedida de Fernando, la última mañana que ambas familias habían compartido, le venían de golpe. Él había arribado a la terraza, luego de su cabalgata matutina, y al tropezarse con ella, la había mirado directo a los ojos sonriéndole con la mirada. Ella de apenas quince años, había osado devolverle el saludo con el mismo afán, y tampoco es que hubiese sido la primera vez, la irreverencia de Fernando la había envuelto en un halo de valentía, y es que aunque el pudor fuera la bandera que una señorita de su posición debería enarbolar, los encantos de Fernando la rebajaban a los anhelos más impuros. Aquella forma en que la miraba al

centro de los ojos, por largo rato, mientras conversaban sin hablar, no solo le robaba el aliento, también le hacía sentirse atravesada por las flamas de algo, que no se atrevía a llamar amor, pero que la quemaba y que se proclamaba eterno.

Siempre le había sentido un cariño especial, añoraba la llegada de las vacaciones para disfrutar de su compañía. Y cuando Fernando marchó a estudiar al Real y Conciliar Colegio Seminario de San Carlos y San Ambrosio, no se privó tampoco de su compañía en La Habana. Fueron durante un tiempo los mejores amigos, pero en la capital él estaba sumamente ocupado y cuando los visitaba en el palacete, doña Angelina jamás los había dejado sin supervisión. Bellavista era donde tenían la oportunidad de intercambiar más de tres palabras, siempre en presencia de Josefina, Azucena o Antonio, jamás a solas, pero la pasaban muy bien. Así hubiese seguido, si los planes de Fernando de ingresar a la Real y Pontificia Universidad de La Habana no se hubieren interrumpido por la orden de su madre de enviarlo al extranjero.

Bellavista no era lo mismo sin él. Recordó cómo, la mañana de la despedida tras el intercambio de miradas, él observó hacia la arboleda contigua a la casa y le dijo con los ojos que lo siguiera con discreción. La mirada de Fernando tenía un efecto poderoso en Celeste, era como un elixir que la embriagaba y ante la inminente separación, Celeste hizo lo impensable, examinó a su alrededor y al ver que todos estaban distraídos, especialmente su madre, se dirigió tras los pasos del joven con cautela. Él ya la esperaba, recostado a uno de los muros de piedra del gran acueducto, que atravesaba la propiedad. Fernando hizo silencio unos segundos, devorándola con aquellos ojos tristes, sumergiéndola en la profundidad de su azul.

—Parece que me tengo que ir. No negaré que me emociona conocer otras tierras pero cómo le haré para vivir sin su sonrisa, adorada Celeste.

Ella bajó los ojos, sacudida por su revelación y susurró:

—Será una aventura maravillosa del otro lado del mar. De cierto modo le envidio por todo lo que podrá aprender y conocer. Los días pasarán lentos hasta su regreso, aguardaré por sus anécdotas de Barcelona.

—Espéreme y compartiré con usted cada uno de los detalles. Tardaré en regresar, pero lo primero que haré al culminar mis estudios será acudir ante su padre y pedirle su mano en matrimonio. Tendrá mucho tiempo para pensarlo. Despóseme y me comprometo a hacerla feliz.

—Somos demasiado jóvenes para pensar en matrimonio —dijo Celeste mientras sus mejillas se tintaban de rosa.

—Si tardo todo el tiempo, que me ha procurado mi madre para terminar de formarme, me temo que a mi regreso estará usted comprometida o casada, sólo quiero cerciorarme de que sepa de mis sentimientos. Confío que mi promesa de matrimonio pueda frenar a los pretendientes que se arriesguen a intentar conquistarla.

—No necesita angustiarse por quienes pretendan hacerme la corte, acepto su proposición, lo esperaré.

La mirada de él se volvió aún más honda al escucharla, Celeste temió perderse en ella y antes que sus rodillas flaquearan, Fernando se le acercó y le robó un beso inesperado a escondidas de todos, el primero para ambos, dulce y trémulo, con sabor a despedida. Dos bocas adolescentes que probaban por primera vez la miel de otros labios, fue un beso largo, con los ojos cerrados y con la esperanza latiendo más abajo de sus corazones. Cuando se despegaron, él le susurró aún muy cerca:

—No se enoje por mi atrevimiento, sé que mi comportamiento no es digno ante mi futura esposa, pero lo necesito para tener un recuerdo al que aferrarme cuando muera pensando en usted, mi ángel.

Ella lejos de importunarse ante la ofensa a su castidad, lo tomó de la camisa y se aproximó de nuevo a él, lo miró con dulzura, lo besó con

devoción, aún insegura de qué hacer con sus labios y con su lengua, pero dejándose llevar por el fuego que comenzaba a quemarla por cada rincón de su cuerpo. Él se sorprendió ante su respuesta y la abrazó con más ímpetu mientras le rogaba:

—Espéreme, se lo suplico.

—Hasta el fin de los tiempos —dijo con una sonrisa y luego se alejó corriendo.

Impropio para una señorita de su posición pero no lo había podido evitar. Fernando y Celeste, siempre habían tenido una complicidad especial, la cual se selló con aquel beso tras su partida a Barcelona, la que no evitó que Celeste se sintiera desconcertada, cuando recibió la noticia del cambio de planes de Fernando, que abandonó España y se marchó a Francia con la promesa de un futuro mejor. Algo que atormentó a su familia, en especial a su madre, pero no fue el único sobresalto que recibió la familia Alvarado tras la partida de su primogénito.

Celeste se acarició los labios, mientras un suspiro acallaba su secreto más íntimo y se consolaba murmurando el nombre de su amado en la quietud de su alcoba.

Sintió que alguien se acercaba a su recámara, dio un brinco al ser interrumpida de sus recuerdos mientras se abandonaba a aquella fuerza que la consumía aún desde la distancia. Era Juana, una mulata que le doblaba la edad, la esclava que siempre había estado al servicio de doña María Antonia.

—Le traje el desayuno, como se tardó en despertar ya todos lo hicieron. Su tía desea que baje lo antes posible.

—Gracias por traerlo pero será mejor que te lo lleves, con la prisa no me dará tiempo. Bajaré de inmediato —dijo Celeste.

—Tiene que probar bocado, sino se va a enfermar. Aquí se lo voy a dejar por si se anima.

—Sin Mercedes ya no tengo quien me cuide. Ella no era como tú, que le leías a Josefina historias antes de dormir. Mi nana no sabía leer pero era única. Me contaba de sus abuelos que sí vivieron en África, el paraíso de los esclavos. ¿Es verdad que era tu madre?

—Así es. ¿Quién le dijo?

—Lo escuché. Debes estar muy triste por su muerte—. La esclava asintió con la cabeza e intentó disimular la pena que la devoraba—. Yo igual la extraño mucho, igual que a mi padre.

—Coma algo que si no se va a poner flaca y el niño Antonio va a dejar suspirar por usted.

—¿Cómo sabes de los sentimientos del joven? —preguntó Celeste mientras las mejillas se le encendían de la vergüenza.

—Lo oí por ahí. Perdome mi atrevimiento —se disculpó Juana.

—Acá se sabe todo. No tienes que pedir disculpas. Me agradas mucho, Juana, saber que mi nana fue tu madre me hace sentir que puedo confiar en ti.

Celeste bajó lo más rápido que pudo. Al llegar se excusó con su tía y con el licenciado Federico Navarro que acababa de llegar. Escuchó lo que ésta le revelaba a aquél.

—Celeste no ha podido dormir bien. Creo que sería conveniente que la vea un médico.

—Concuerdo con usted, doña María Antonia. Lo último que queremos es que se enferme también la señorita. Mi compromiso con su padre va más allá de lo legal. Nunca olvidaré que a mi difunto padrino le debo todo lo que soy. Por eso he resuelto velar no sólo por los intereses económicos de su viuda y sus hijas, quiero ayudar en todo lo que sea posible —dijo Federico Navarro.

—Es muy amable. Mi padre estaría muy complacido de escucharlo

hablar así, para él usted era como un hijo. Donde quiera que esté, debe estar tranquilo sabiendo que usted está con nosotras —le dijo Celeste.

—Es mi obligación —dijo aquél.

—Mi hermana hubiese querido bajar a recibirlo personalmente, pero sabe que aún no puede abandonar la cama por órdenes médicas —comentó doña María Antonia.

—No es necesario. Me complace saber que gracias a sus cuidados logrará recuperarse —comentó el joven señor.

—Lo dejo en compañía de mis sobrinas un par de minutos. Iré a preguntarle a mi hermana si desea que le comunique alguna cosa —dijo doña María Antonia.

Azucena llevaba rato esperando a que se retirara su tía. Al comprobar que se había alejado, le preguntó a Federico Navarro.

—¿Entregó mis cartas?

—Por supuesto, señorita y le traje respuesta. No sé por qué se empeña en ocultarle a su tía que mantiene la comunicación con sus amigas de la capital. No creo que doña María Antonia vaya a negárselo —dijo él.

—Me gusta tener mi privacidad, a mi tía le gusta revisar nuestra correspondencia. Dice que para cerciorarse del contenido, no vaya a ser que recibamos malas influencias de nuestras amigas.

—La entiendo. Recuerden que pueden contar conmigo para lo que se les ofrezca. Se lo debo a don Diego, sé que lo más importante para él siempre fueron ustedes. Él habría hecho todo para que fueran felices, permítanme ahora que él no está que sea mi responsabilidad —añadió Federico.



Doña María Antonia dejó a su hermana en compañía de una esclava,

después de preguntarle si no deseaba encomendarle algo más a Federico Navarro. Caminó por el largo corredor lleno de cuadros de los antecesores de la familia y de candelabros que permanecían apagados, porque la luz del día se colaba por una ventana al final del pasillo. Se disponía a bajar la enorme escalera, al comenzar a deslizar la mano por el barandal de caoba, escuchó la conversación de Josefina con su esclava de compañía.

—Te ves mucho mejor con esa ropa, Tula.

—*Gracia*, niña —contestó su joven esclava.

—Graciasssss. Por favor, no olvides el sonido de la s. De todas formas, vestirse no es lo único. Debes tener clase, como las esclavas de La Habana. Vas a acompañar a la futura señora de Santillán, debes estar a mi altura, de lo contrario me vería en la necesidad de reemplazarte. ¿Estás haciendo todo lo que te dije?

—Sí, niña.

—Di que me preparen de inmediato una calesa. Estoy harta de estar encerrada, iré a casa de mi amiga Hortensia para cambiar de aires.

Doña María Antonia terminó de abrir de golpe la puerta que permanecía inclinada.

—¡Pensabas dejar a tus primas solas, ahora que tanto les haces falta!

—Ante aquellas palabras sorprendidas de su madre, Josefina se sobresaltó, llevándose un gran susto.

—No, madre —mintió Josefina—. Pretendo llevarlas. Les hará bien salir.

—Mejor dile a Hortensia Hidalgo que venga a visitarlas. Sabrá entender la situación.

—Creo que no es conveniente. ¿Cómo se sentiría la pobre Hortensia si supiera que Antonio pretende a Celeste? Antonio al principio estaba entusiasmado con mi amiga, hasta pensamos que se le declararía, pero vino

Celeste y cambió de parecer.

—No se lo tienes que decir —le dijo la madre en un tono más alto.

—De todos modos lo notará. Antonio no lo disimula. Será mejor que la visite en otra ocasión.



Y así los días transcurrieron unos iguales a otros. Celeste esperaba que las palabras de Josefina se hicieran realidad y que Fernando regresara a cumplir la promesa que le hizo en la adolescencia. Mientras, esquivaba la tan ansiada respuesta que Antonio Alvarado aguardaba y lidiaba con el deseo apremiante de su hermana de volver a su hogar en La Habana. Ella también lo deseaba y a la par lo temía, no sería lo mismo sin su padre y sin la nana Mercedes, pero estaba segura que se asemejaría más a la realidad. La estancia en Bellavista le alargaba el luto que llevaba en el corazón. La salud de su madre no mejoraba, permanecía todo el día sentada mirando por la ventana de su habitación, como si se hubiese detenido el tiempo. Eso era lo que Celeste sentía desde que habían llegado a Bellavista, que las manecillas del reloj se habían quedado adormecidas y marchaban lento, sólo podrían romper la inercia escapando lo antes posible.

Inesperadamente, sucedió algo diferente ese día; recibieron una carta de Fernando Alvarado, el primogénito, donde decía que llegaría antes de lo previsto. Celeste sintió que el corazón se le apretaba y no supo si estaba feliz o triste por la noticia. Aquella carta aceleraba todo lo que su pecho sentía por él. Fernando desordenaba sus hormonas sólo con una sonrisa y desplegaba una atmósfera a su alrededor que la sacaba de la órbita de su rutina.

Celeste vio que su tía se dirigía a la habitación de su madre con la carta; imaginó que se la leería, así que se dispuso a escuchar sin que nadie la

viera.

—Te voy a leer la carta que acabo de recibir. Dice:

*Querida madre, antes de lo que imagina estaré con ustedes. Para cuando reciba esta carta, estaré navegando a su encuentro. Voy para estar presente en la celebración del compromiso de mi hermanita y si no se posterga demasiado, me quedaré hasta su boda. Vaya mandando a preparar esas comidas que me gustan tanto y que desde ahora me ensillen mi caballo, no veo la hora de abrazarlos y recorrer el campo hermoso de Bellavista.*

—Imagino que estás muy contenta —dijo doña Angelina.

—Sabes que para mí Fernando es un hijo más. Cuando me casé con su padre fue todo tan difícil al principio... Un viudo con un hijo. Yo esperaba casarme por amor, pero le agradezco a nuestro padre que haya arreglado ese matrimonio, después fui feliz. Dios tenga a mi difunto esposo en la gloria.

—Sé que quieres mucho a Fernando y por lo mismo creo que lo tienes más consentido que a tus propios hijos. Siempre te lo he dicho, te reflejas en él. Sé que le has reprochado a nuestro padre que tuviera preferencias conmigo por ser su hija sanguínea y quieres compensarle a Fernando lo que crees que te faltó a ti, pero te aseguro, hermana, que nos quiso por igual a las dos.

—Así como nuestra madre nos quiso por igual a ambas, como si en vez de un solo alumbramiento hubiera tenido dos. Tal vez por eso quiero tanto a Fernando porque me enseñó con su ejemplo a ser una excelente madre y me tocó la misma suerte que a ella, casarme con un viudo con un pequeño hijo.

—Igual Fernando supo ganarse tu cariño.

—Fernando fue la luz que me ayudó a aceptar mi destino. Él, recién

nacido sin una madre y yo tan inconforme con mi realidad. Presiento que esta vez no se querrá regresar. Acaba de terminar sus estudios, no veo la necesidad de que siga lejos. Ya debe ayudar a su hermano con la hacienda y con el resto del patrimonio.

—Es su obligación —dijo doña Angelina.

—He estado pensando cómo lograr que se quede. A doña Genoveva de Santillán le gusta Fernando para su hija.

—¿Te lo ha dicho?

—Lo hemos comentado. No hay muy buenos partidos por esta región. El mejor candidato para mi Josefina es Lorenzo Santillán, el hijo de doña Genoveva. A su vez, ella me pidió que le devolviera el favor casando a su hija con nuestro primogénito.

—Pero es demasiado jovencita.

—Valeria tiene diecisiete, es un año mayor que Azucena. Es muy bonita y está muy bien educada. Estoy segura que se enamorará de ella.



Celeste no quiso seguir escuchando y prefirió salir al jardín. Se encontró a su hermana y a Josefina sentadas en la terraza. Estaban conversando sobre el regreso de Fernando Alvarado. Celeste respondió con monosílabos a las preguntas que le hacían y al unísono vio entrar una calesa por el portón principal.

—Es Hortensia Hidalgo —dijo Josefina entusiasmada—. Espérenme aquí, voy a recibirla.

Josefina Alvarado fue caminando al encuentro de la recién llegada, su compañera de juegos desde la más tierna infancia.

—Amiga, que gusto me da tu visita

—Vine a ofrecerles mi apoyo. Tus primas no se ven muy bien. Pretendo darles un poco de ánimo —dijo.

—Tú como siempre, tan piadosa. Si supieras —sembró cizaña Josefina.

—¿Qué sucede?

—Algo que no debería decirte, pero primero está nuestra amistad y sé cuán importante es para ti mi hermano Antonio. Creo que pretende a Celeste —soltó de golpe.

—¿Sí? Ya lo sospechaba. —La señorita Hortensia se detuvo ante las palabras de Josefina.

—Sigamos caminando, no quiero que sospechen. Después de todo Celeste no sabe de tus sentimientos.

—Tal vez pero me siento muy desilusionada, no sabré ni cómo saludarlas.

Cuando se reunieron las cuatro jóvenes, Celeste recibió a Hortensia Hidalgo con estas palabras:

—Nos alegra su visita.

—Mi estimada Hortensia vino a tratar de alegrarlas aunque ya la previne —Josefina tosió al terminar la frase — que hace meses lo intento y no he obtenido resultados.

—¿Cómo sigue doña Angelina de salud? —preguntó la recién llegada.

—Mejorando —contestó Celeste.

—Se recuperará, tengan fe. ¿Qué les parece la vida en el campo? Nunca habían estado tanto tiempo por estas tierras —dijo la señorita Hidalgo.

—Demasiada quietud, pero es lo que necesitamos en estos momentos —Celeste le respondió.

—Imagino que tendrán muchos deseos de regresarse a La Habana. No

ha de ser fácil acostumbrarse al hastío —continuó la visitante.

Azucena, que no había abierto la boca, se paró de pronto y todas se volvieron a ver qué estaba robando su atención. A pocos metros de allí, pasaba el mayoral con un esclavo, al que llevaba sometido a la fuerza y propinándole despiadados latigazos, sin obtener ninguna resistencia. El esclavo se dejaba subyugar, estremeciéndose ante cada dolorosa tortura. Azucena caminó hacia él de inmediato llena de indignación. Celeste sintió un dolor a la altura del estómago por la escena impactante, pero se quedó congelada sin perder de vista a su hermana.

—¿Por qué lo maltrata así? —Azucena le preguntó exaltada al mayoral.

—Señorita —dijo el mayoral acercándoseles—, atrapamos a este esclavo bañándose en el río.

—¿Y por eso lo castiga? —le replicó Azucena.

—Se fugó del trabajo en plena jornada —dijo el mayoral con un tono calmado.

—Siga su camino, mayoral —intervino Josefina—. Aquí no ha pasado nada.

—¿Cómo que no ha pasado nada? —Azucena seguía indignada.

—El mayoral está cumpliendo con sus obligaciones —manifestó Josefina.

—Es muy cruel su labor —rebatía Azucena.

—Pero alguien tiene que hacerlo —le contestó con firmeza Josefina.

Celeste que al fin salió de su estupor enfrentó al mayoral y defendió la postura de Azucena, le dijo al hombre:

—Al menos que no lo haga frente a mi hermana. Es muy temprano para que comience a padecer los sinsabores de la vida. Tampoco es correcto delante de las visitas.

—Por mí no hay inconvenientes —añadió Hortensia.

—De acuerdo, le comentaré que para la próxima pase por donde no lo puedan ver —dijo Josefina tratando de contener su ira.

La discusión cesó cuando vieron a doña María Antonia que se disponía a salir. Josefina se apresuró a alcanzarla para preguntarle a dónde se dirigía, antes que subiera a la calesa.

—Voy a casa de doña Genoveva. Le voy a dar la buena noticia. Se alegrará cuando sepa que tu hermano regresa.

—Tal vez deberíamos ofrecer un almuerzo para celebrar el regreso de Fernando.

—¡Qué cosas se te ocurren! ¡Aún estamos de luto! —le regañó la madre.

—Creo que no deberíamos estarlo. Es demasiado tener que vestirnos todos de negro como si el que falleció hubiese sido nuestro padre. Cuando nuestro padre murió, ni mis primas ni mi tía lo hicieron así, más allá de unos días.

—No se hable más del asunto. Fueron otras circunstancias. Debemos solidarizarnos con ellas.

—Pero madre...

—Pensaré lo del almuerzo y lo del luto también.

Josefina llamó a gritos a Tula mientras iba de regreso a la terraza para volver a sentarse con su invitada y sus primas. La joven esclava llegó de inmediato. Llevaba puesto uno de los vestidos que le había dado Josefina sin los accesorios correspondientes.

—Tráenos ahora mismo jugo de naranjas y también la carta de Fernando, quiero mostrársela a la señorita Hortensia.

—*Dipense* niña, yo no sé dónde está ese papel.

—Debe estar entre las cosas de mi madre, en su habitación.

—Su merced, doña María Antonia, no deja que saque *ná* sin su autorización.

—¿Tula, me estás cuestionando mis órdenes?

—Ahora lo hago, niña. No hace falta que lo repita —dijo la esclava y desapareció de la terraza.

Hortensia Hidalgo no podía parar de reírse. Reía y reía sin parar. Josefina exasperada le dijo sin rodeos:

—¿Y a ti qué te causa tanta gracia?

—Es que la verdad tener que estar acompañada todo el día de Tula es gratificante, aunque estés deprimida te hace reír cada vez que abre la boca.

—No veo que haya dicho nada fuera de lo común —dijo Celeste.

—Yo tampoco —añadió Azucena.

—Lo más gracioso de todo es esa ropa que lleva. ¿Cómo puede ocurrírsele vestirse así? —continuó Hortensia sin disimular su sarcasmo.

Josefina no dijo nada pero no pudo disimular su cara de desagrado. Trató de darle otro giro a la conversación para de una vez salirse del tema.

## V



**L**a insistencia de Josefina trajo frutos. Su madre decidió organizar un pequeño almuerzo al que convidó a pocas personas, entre las que se encontraban los Santillán, los Hidalgo, los Garcés y demás allegados de la familia. Todos estaban sentados a la mesa decorada, que permanecía en un extremo del jardín. A excepción de doña Angelina que por su delicado estado de salud, se había quedado en sus aposentos. En lo que servían unos aperitivos, las señoras estaban de un lado platicando asuntos que sólo les incumbían a las damas, los señores al otro extremo comentaban de sus negocios o de la situación política del país y los jóvenes permanecían dispersos en grupos de dos o tres, mientras paseaban por entre los arbustos cercanos a la casa grande.

De un lado Antonio Alvarado hablaba con su amigo Gustavo Garcés, no quitaban la vista de Celeste y de Hortensia Hidalgo que hablaban en otra área, cerca de ellos, en el jardín.

—Ya era hora que tu hermano se dignara a venir —dijo Garcés que compartía amistad también con Fernando.

—Espero que se quede. Ahora más que nunca necesito de su ayuda. Los negocios marchan bien, pero con la muerte de mi tío se me han sumado otras responsabilidades —manifestó el joven Antonio.

—Supe que tu difunto tío dejó un albacea.

—A su ahijado, a quien estimaba mucho. Sin embargo, mi tía insiste en que me mantenga al tanto de todos sus asuntos y sus bienes son cuantiosos y dispersos por toda la zona occidental.

—Tal como los de tu familia, sé que el ingenio marcha excelente y que es uno de los que más toneladas de azúcar produce. Estás a la cabeza de la edad de oro de la economía cubana gracias a Bellavista. ¿Pero que tal marchan los cafetales?

—Excelente, no con tanta bonanza como el ingenio, por la lejanía con estas tierras tenemos a un administrador encargado. Sabes lo que dicen de los administradores, tienen doble salario, el que paga el patrón y el que ellos mismos se prodigan. Los viajes constantes para mantenerme al corriente de las cuentas son agotadores. El ferrocarril es una bendición.

—Ya veremos qué historias nos contará Fernando de la romántica ciudad de París. Hay que celebrar su regreso por todo lo alto. Iré encargándome de ello. El recién graduado de la Universidad de La Sorbona, con qué aires vendrá tu querido hermano.

—Espero que venga con ánimos de trabajar, lo necesito. Si mi hermano supiera que mi madre ya está pensando en casarlo, de seguro no regresaría.

—¿Y tú? ¿Aún no obtienes la tan ansiada respuesta? —dijo Gustavo Garcés sin quitarle la vista a Celeste. Antonio prefirió no responder, se contentó con observarla—. Mira nada más al lado de quien está. La verdad, amigo mío, es que a ti no hay quién te comprenda. Siempre creí que quien te interesaba era Hortensia Hidalgo —dijo Gustavo.

—Aún me agrada, pero Celeste tiene algo que no sé describirlo, es...

—intentó explicar Antonio y se quedó sin palabras.

—Tiene la cara de un ángel pero con un contrapunto que induce a pensamientos pecaminosos, esos labios carnosos tan populares y tan escasos entre las señoritas de bien. No me fusiles con la mirada que lo digo con el mayor respeto. Es hermosa y muy atenta. Piel como el nácar, rizos abundantes cual hermosa cascada, ojos risueños, figura esbelta y bien proporcionada. En dulzura no hay quien le gane y en belleza, prefiero no prodigar más elogios a la que podría ser tu futura esposa.

—También lo prefiero, amigo, ya la has enaltecido por los dos. A mí no me han funcionado sus atenciones.

—Tampoco te ha dicho que no. Ten paciencia. Celeste es más agradable que el resto, tiene mejor humor. La señorita Valeria Santillán, por ejemplo, antes de dirigirte a ella, primero debes preguntarte cómo será que amaneció, puedes tener la suerte de que sea amable o se le olvide que te conozca; con tu hermanita no hay tal fortuna, para ella sólo existe Lorenzo Santillán. Hortensia Hidalgo sólo es agradable cuando le conviene, como ahora —aquélla les ofrecía una sonrisa—. Si no llegas a estar a mi lado no se hubiese percatado de mi presencia. ¿Me pregunto de qué conversarán esas dos? —se refería a esta última y a Celeste, que hablaban que parecía que no tendría fin la conversación.

Los jóvenes se quedaron observando a las señoritas que caminaban por el jardín.



Por casualidad o destino, Celeste y Hortensia Hidalgo, también conversaban sobre el matrimonio y por supuesto, Antonio Alvarado era un tema obligado en el diálogo.

—Falta tan poco para la boda de Josefina. ¡Quién pudiera estar en su lugar! La verdad es que es muy afortunada, se va a casar con el hombre que ama —dijo la señorita Hidalgo.

—Le ha sido fácil enamorarse de él, desde que nació está oyendo que están predestinados el uno para el otro —le comentó Celeste.

—Tengo esperanzas de hacer un buen matrimonio. Si nada se interpone entre mi destino y yo —dijo Hortensia, quien desde que se percató que era blanco de las miradas de Antonio Alvarado, no cesaba de sonreír, ocultando su felicidad tras el abanico.

—Dios así lo quiera —le dijo Celeste sin dejar de mirar lo que su interlocutora hacía.

—¿Dejó usted algún pretendiente en La Habana?

—No. Por ahora no deseo pensar en matrimonio.

—Debe haber muchos caballeros apuestos y encumbrados en La Habana. —Luego de una breve pausa Hortensia Hidalgo añadió—: Escuché que Antonio Alvarado la pretende.

—De seguro se lo dijo Josefina —dijo Celeste y la otra tragó en seco.

—¿Qué piensa al respecto?

—No se preocupe por mí.

—No entiendo la intención de sus palabras.

—Lo aprecio pero como a un hermano. Jamás podría verlo con otros ojos —dijo Celeste y Hortensia Hidalgo apaciguada sonrió aún más.

Todos quedaron complacidos con el almuerzo, en especial la anfitriona al comprobar que hasta el detalle más insignificante quedó según sus deseos.

## VI



**B**ellavista estaba en función de la llegada del primogénito. Cada miembro de la familia lo esperaba y se llenaba de expectativas al respecto. Pasaron las semanas más aprisa de lo común con los preparativos, cuando de repente llegó un aviso del joven heredero comunicándoles que ya había arribado el barco al puerto, sólo le quedaba el recorrido hasta la región, el que haría tan pronto se repusiera del largo viaje. Celeste advirtió que no todas las noticias eran buenas, al percatarse que la sonrisa de doña María Antonia se desvaneció al llegar al final de la lectura, por lo que no pudo contener su curiosidad y corrió a escuchar a escondidas lo que su tía le iba a leer a doña Angelina.

—Te vas a quedar atónita cuando oigas lo que me escribió. Dice que viene con su prometida, para que la conozcamos puesto que piensa casarse con ella y quedarse a vivir en Europa.

—¡Válgame el gran poder de la Virgen Santísima! ¡No lo puedo creer!  
—dijo doña Angelina llevándose la mano al corazón. Celeste desde su escondite hizo el mismo gesto de su madre, su añoranza sobre el regreso de

Fernando Alvarado daba un giro de golpe.

—No sabes lo preocupada que estoy y lo triste que me he puesto. Sabes que nunca he hecho diferencia entre Fernando y mis propios hijos. No es justo que me pague así, que se quede a vivir allá lejos de nosotros, que ni siquiera me pida la aprobación de la joven elegida para desposarse, que abandone sus responsabilidades.

—Tal vez ahora que te vea cambie de opinión.

—No hables, Angelina. Sólo escúchame, no quiero que te fatigues — dijo colocándole una almohada para que se incorporase un poco.

—No quiero que nadie sospeche que mi estado de salud es más grave de lo que se imaginan, ni que la debilidad respiratoria que me ha acompañado desde mi niñez, se ha complicado por el largo período en cama.

—Estoy guardando silencio como me lo pediste. Además, sé que te recuperarás pronto. Sólo necesitas reposo y poner de tu parte como dijo el médico.

—Ya no estoy tan segura, incluso he comenzado a desistir de irme a mi hacienda con mis hijas. ¿Qué será de ellas si yo dejo de existir?

—Eres muy fuerte, te mejorarás.

Celeste salió de allí casi corriendo, se encerró en su habitación sin poder contener la ansiedad. Tenía fe en que su madre se estaba recuperando y saber lo contrario fue un golpe muy fuerte. Ese gran dolor se acrecentó por la sorpresa de que Fernando regresaba comprometido. «¿Comprometido?», pensó y se sacudió el ramalazo tras la nefasta noticia. Se centró en la salud de su querida madre. Si la situación de su madre era más grave de lo que se imaginaba eso le hacía temer que no hubiera recuperación. Pensar en su madre postrada en esa cama por más tiempo o para siempre la desgarraba por dentro. Fue interrumpida por su hermana que entró sin llamar a la puerta, Celeste trató

de tranquilizarse para no preocupar a Azucena con lo que acababa de escuchar.

—Celeste, llevo rato buscándote. ¿Vamos a cabalgar con Josefina y Antonio? Estamos esperando por ti.

—Vayan sin mí, me siento mal —trató de evadirla.

—Acompáñanos —dijo arrastrándola por el brazo—. Él dice que nos animará, no podemos estar todo el día sin hacer nada, eso nos hace pensar más de la cuenta.

—No me gusta cabalgar con el pasto mojado —dijo buscando cualquier excusa para no ir.

—Ya casi está seco, el sol se está levantando.

A Celeste no le quedó más remedio que dejarse arrastrar por su hermana menor. Los cinco jóvenes salieron cabalgando por el valle. Celeste, Azucena y Moisés iban delante, los hermanos Alvarado iban detrás.

—Apuesto a que puedo llegar primero que tú hasta aquel árbol que se ve a lo lejos —le dijo Azucena al esclavo.

—¡Qué manía la tuya de querer superar a Moisés en todo! —le replicó su hermana.

—Eso será imposible, él es más fuerte —dijo Josefina desde atrás.

—No se trata de fuerza, sino de astucia —dijo Azucena y se preparó.

Azucena agitó al caballo y emprendió la carrera. Segundos después la siguió Moisés. Ésta al ver que el esclavo se le iba acercando, apresuró aún más al potro. Celeste lo sospechaba, que a Azucena más que ganar lo que le interesaba era disfrutar de la intensidad del momento. La competencia era un pretexto para correr, para que no fueran a pensar que estaba loca si salía galopando a todo lo que podía el caballo por el centro del campo, hasta que éste no pudiera continuar andando y tuviera que detenerse. Celeste la admiraba

por eso, por esa actitud que en ocasiones ella misma quería tomar y por prudencia no se atrevía.

—¡No podrás ganarme! —le dijo Azucena volteando a verlo.

Moisés agitó aún más a su caballo y en una encarecida pelea logró rebasarlo. Continuó al mismo paso hasta acercarse a un metro del árbol que se había convertido en la meta, donde se detuvo para cederle el honor de ganar a Azucena. Al llegar, ella le dijo tratando de contener la sofocación:

—Te detesto. ¿Por qué siempre me haces lo mismo?

—No me perdonaría llegar primero que usted, niña —le dijo Moisés.

—¡Nunca dejarás de ser el mismo presuntuoso y engreído de siempre!  
—le recriminó Azucena.

Moisés sólo le respondió con una sonrisa.

Los hermanos, que se habían quedado muy atrás, venían conversando. Josefina con cara de pocos amigos llevaba el tema de la conversación y él con su desenfado natural la soportaba, sin quitarle la vista a Celeste que se acercaba a los otros jinetes.

—¿Por qué Azucena tiene que llevar a ese esclavo a todas partes? —le dijo aquélla a Antonio Alvarado.

—Él está para cuidarlas. ¿Por qué te fastidia si siempre ha sido igual?

—Te digo que nuestra prima está muy consentida. Se cree una princesa que tiene que ir escoltada.

—Josefina no enturbies el paseo, vinimos a divertirnos.

—¡Sí, ya veo como te diviertes! Tu ideal de una tarde espléndida es suplicándole a la otra Pontevedra. No te dice ni sí ni no. No tienes porqué implorarle, muchas señoritas estarían complacidas si las pretendieras.

—Mientras me acepte no me importa cuánto tenga que esperar —dijo la última palabra.

Antonio apresuró el paso de su caballo hasta alcanzar a Celeste, una vez cerca de ella le preguntó—: ¿Aún no ha decidido qué hará conmigo?

—Le juro que no tengo cabeza para pensar en mí —dijo Celeste agobiada.

—Lo que más ansío es que sea feliz y lograr que todas sus preocupaciones se conviertan en alegrías.

—Hay algo que aún no entiendo. Luego de una visita misteriosa de su madre, mis padres decidieron marcharse antes de la fecha prevista. ¿De qué hablarían? —regresó Celeste sobre la misma duda. Estaba convencida de la relación entre la visita y el cambio repentino en el día señalado para partir.

—¿Está segura de lo que me dice?

—Completamente. Podría asegurarle que lo que le dijo tía María Antonia a mis padres, tenía que ver con nosotros y provocó que nos regresáramos antes de lo que teníamos pensado a La Habana. Mis padres sabían que mi respuesta ante su petición sería afirmativa y ellos estaban de acuerdo.

—¿Todavía está dispuesta a darme esa respuesta? —rogó Antonio Alvarado.

—Ahora no lo sé, han pasado muchas cosas y estoy terriblemente confundida. Sólo consigo pensar en mi madre, en mi hermana, en la responsabilidad que tengo para con ellas.

Antonio Alvarado sin dar explicaciones abandonó el paseo. Salió a todo galope hasta la casona. Azucena y Josefina se quedaron sorprendidas observándolo.

## VII



**D**oña María Antonia escuchó a su hijo preguntar por ella con un tono de voz exaltado y se turbó, Antonio jamás había hecho algo así. Los esclavos de servicio le dijeron que se encontraba acompañando a doña Angelina. Los pasos de Antonio se escucharon subiendo las escaleras. Doña María Antonia no entendió por qué su hijo llegaba sofocado, hasta que éste abrió la boca y le dijo intempestivo:

—¿Qué fue a decirle a mis tíos el día antes de su partida?

—No sé a qué te refieres. Compórtate delante de tu tía y respeta su delicado estado de salud —pidió la madre.

—Algo les dijo usted que provocó que partieran sin que la señorita Celeste pudiera darme la respuesta que tanto yo anhelaba. —Antonio se hincó ante doña Angelina—. Dígamelo, tía. Por favor.

—Hijo —le respondió doña Angelina con voz dulce y pausada—, nosotros supimos de tus buenas intenciones con Celeste, la animamos para que te aceptase. ¿Quién mejor que tú? Pensamos. Ella como hija obediente aceptó. Tu madre vino a pedirnos en buena ley que aceptáramos el compromiso entre

ambos, pero entre palabra y palabra le revelamos la verdad, que Celeste en el fondo no te ama, sólo aceptó para no ir en contra de nuestros deseos. Tu madre quiso salvarte de un matrimonio sin amor. Así que entre todos decidimos que era mejor que dejaran de frecuentarse y que no siguieras lastimándote. Por eso nos marchamos.

—¿Por qué decidiste por mí, madre? —Antonio le reclamó—. Toda mi vida te escuché decir que el amor en un matrimonio llegaba con el pasar de los años. Yo habría luchado por hacerla feliz y por ser merecedor de su cariño.

—Lo siento, hijo. No fue mi intención lastimar tus sentimientos.

Doña María Antonia le agradeció a su hermana haber intervenido cuando Antonio abandonó la habitación.

—Tus palabras fueron las adecuadas, hermana, gracias. ¿Qué le iba a decir?

—Han ocurrido bastantes desgracias, no necesitamos otra más —dijo doña Angelina.

—Estoy tan preocupada con la situación de Fernando y ahora esto. No soportaría que Antonio me guardara rencor por no haber permitido ese compromiso.

—Se le pasará. Conocerá a otra joven hermosa y no recordará a Celeste.

—Eso espero. Antes que vinieran ustedes estas últimas vacaciones, él estaba de lo más entusiasmado con Hortensia Hidalgo y la verdad es que me parece perfecta para él. Pero Celeste llegó convertida en una señorita, diferente a las de por acá, con aires de La Habana.

—¿Por qué no le propones que corteje a la señorita Hidalgo? —le sugirió doña Angelina.

—Ahora ya no estoy tan segura. Si Fernando no se casa con Valeria

Santillán tendrá que hacerlo Antonio. Comprometí mi palabra, no puedo fallarle a doña Genoveva. Un disgusto entre ambas familias podría traer consecuencias negativas para el compromiso de Josefina y eso no lo puedo permitir.

—Debes esperar a que llegue Fernando para tomar decisiones.

—Sería demasiado tarde, tengo que comunicarle a Genoveva lo que está ocurriendo. No sea que se entere por otras personas.

Doña María Antonia mandó a que le prepararan de inmediato la calesa. Con las ideas dándole vueltas en la cabeza se preparó para salir. Consideraba que no había nada más difícil que ser madre y cuando de matrimonio se trataba, peor aún. Creía que los hijos nunca se daban cuenta de algo, que todo lo que las madres hacen es por su bienestar. Estaba convencida, los hijos, o al menos los suyos, no valoraban su esfuerzo y encima la veían como si fuera su enemiga. Para ellos su madre siempre estaba en contra de la felicidad, como si no tuviera corazón y sentimientos, como si nunca se hubiese enamorado, como si no supiera que el amor no se le podía negar a nadie. Doña María Antonia sabía que se puede prohibir a un enamorado estar al lado de la persona amada, pero no impedir que la siga amando.

Azucena se le acercó y la sacó de sus reflexiones. Al saber hacia dónde se dirigía le pidió que la llevara con ella.

—Es mejor que te quedes. No voy de visita, querida. Me llevan otros asuntos.

—Por favor, tía. Me encantaría visitar a Valeria Santillán. Ahora que vamos a estar mucho tiempo por aquí, necesito tener amigas de mi edad.

—Tienes razón. Además, a mí también me conviene que surjan lazos de amistad entre ustedes dos. Vamos.

Cuando llegaron a la casona que estaba ubicada en la mejor zona del pueblo, las recibieron con gran alegría. Entraron por la puerta principal, por donde podían pasar dos calesas una al lado de la otra al mismo tiempo. En el interior se veían los esclavos de servicio, con sus vestidos de un blanco impecable, caminando de un lado a otro desempeñando alguna labor. Doña Genoveva impaciente no pudo aguantar un minuto más, así que les pidió a las señoritas que las dejaran tratar sus asuntos a solas.

—Imagino lo que te trae por aquí. ¡Estoy tan feliz! No veía la hora en que Fernando regresara. Desde que teníamos la edad de Valeria soñábamos con que casaríamos a nuestros hijos, sin imaginar realmente que se convertiría en realidad.

—Y así será —dijo doña María Antonia.

—¿Por qué lo dices tan seria? ¿Le ocurrió algo a tu hermana?

—No es eso. Angelina está estable. Es un asunto muy penoso el que me trae a tu casa. Espero que en nombre de nuestra amistad de tantos años, me puedas comprender. No dudes ni por un segundo de mi palabra, vengo a proponer una solución para no ver empañado el cumplimiento de nuestro trato.

—Di a lo que has venido.

—Fernando regresa comprometido —soltó de una vez llena de inquietud.

—¡Por Jesucristo! —dijo doña Genoveva y se le desencajó el rostro. A partir de ahí no pudo emitir ninguna otra expresión, ni siquiera la del asombro.

—Tal vez es mejor así —intentó remediar la situación doña María Antonia—. Fernando tiene planes de regresarse a vivir a París y tú no soportarías estar tan lejos de tu hija.

—¿Si ya está comprometido, cómo es que piensas cumplir tu promesa?

—Valeria puede casarse con mi dignísimo hijo Antonio, es hasta mejor

para tu hija. Él es un hombre de bien, afanoso y con un gran corazón.

—Tienes razón, cada cumplido para tu valioso Antonio es merecido pero no es lo que yo había soñado. Fernando es el primogénito. Yo guardé a Lorenzo para Josefina. No te estoy ofreciendo a mi segundo o tercer hijo. Colócate por un minuto en mi lugar.

—Yo también estoy destrozada.

—¿Cómo puedes estarlo si estás logrando un buen matrimonio para tus dos hijos? ¿Lo haces para proteger a Antonio? En definitiva Fernando sólo es el hijo de tu difunto marido.

—Aunque no lo creas mi corazón nunca ha hecho diferencia entre los tres. No pude hacer nada. Ni siquiera me lo consultó, ni pidió mi consentimiento. Me lo comunicó, lo admito avergonzada y suplicándote que seas muy discreta con esta revelación. Es el precio de que los hijos se vayan a estudiar a otro país con otras costumbres.

—Y otras mujeres.

—Si Fernando se marcha, Antonio se quedará al frente de la hacienda. Valeria será la señora de Bellavista de cualquier manera. Acepta, querida amiga. Los bienes que están a mi nombre puedo legarlos a Antonio y así aumentar su fortuna. —Ante el silencio de aquélla, doña María Antonia no siguió insistiendo—. Piénsalo y luego me dices. Aceptaré tus términos.

## VIII



**L**legó el gran día para la familia Alvarado, de un momento a otro llegaría el hijo mayor con su prometida. El primogénito levantó su mirada altiva al llegar al pueblo que tantas veces había recorrido. Bajó del ferrocarril que lo había traído, a su lado una señorita con la falda más amplia que se había visto por esos parajes, se mantuvo altiva, escrutando hasta el último rincón de la modesta estación ferroviaria. Fernando divisó a Antonio, quien lo había ido a esperar al pueblo junto con su amigo Gustavo Garcés. Al tenerse uno frente a otro, los hermanos se fundieron en un largo abrazo:

—¡Hermano, qué alegría tenerte de regreso! —le dijo Antonio.

—¡Estoy muy feliz de verte! Los años se van de prisa. ¿Gustavo, amigo, cómo te ha tratado la vida? —les dijo Fernando.

—¡No tan bien como a ti! En cuánto supe de tu regreso comencé a planear un buen recibimiento, pero me acaban de informar que regresas comprometido y me dije, tengo que verlo para creerlo —dijo Gustavo Garcés.

—Es una larga historia que ya les contaré —terminó por decir Fernando Alvarado enarcando una ceja y procedió a presentarles a su

prometida. Luego la acompañó al carruaje, a la par que terminaban de subir el equipaje con el apoyo de un esclavo—. Vamos, ya estoy desesperado por llegar a la casa.

Antes que el joven Fernando se subiera al carruaje donde le aguardaban su prometida y el equipaje, Antonio lo detuvo con estas palabras:

—No pensarás llegar a Bellavista en coche.

—¿Y cómo?

Antonio le acercó el espléndido corcel que comenzó a resoplar ante su amo. Fernando sintió unas cosquillas recorrerle desde la nuca hasta el resto de su epidermis cuando lo tuvo delante. Una de las nostalgias que más lo acompañaban en su destierro autoimpuesto. Lo acarició y le estampó un beso, a lo que el caballo contestó con un relincho, dándole a entender que también lo había extrañado. Se subió a la montura con la destreza del jinete que sabe cabalgar desde niño y emprendió la marcha dirigiendo a la caravana por el camino que conocía como la palma de su mano.

A medida que se iban adentrando en Bellavista, el corazón de Fernando iba llenándose de un sentimiento que se remontaba a su niñez. Respiraba el aire de la tierra de donde era originario. Miraba la vegetación salvaje que crecía alrededor del camino, sin la intervención de la mano del hombre. Era el jardín más maravilloso que podía imaginarse, pero cuando observó a lo lejos los cañaverales, a los esclavos agachados bajo el sol, cortando sin parar la caña dulce, una sombra se le posó en el semblante. Los brazos laboriosos parecían máquinas que bajaban y subían al compás de las gotas de sudor que les caían de las frentes, y eso empañó su regreso, quiso correr y alejarse de allí, pero los deseos de abrazar a su familia le ayudaron para seguir adelante.

Fernando miró hasta donde la vista alcanzaba. Descubrió que en la hacienda ya los esperaban, de seguro ya habían divisado al grupo que se

acercaba cada vez más a la casona o un esclavo se había adelantado para avisar que se estaban aproximando. Era un evento tan especial que hasta habían ayudado a bajar a doña Angelina, para que también disfrutara del momento. Fernando lo primero que hizo fue besar el suelo con vehemente amor hacia la tierra que lo había visto nacer. Luego se lanzó a los brazos de doña María Antonia, la única madre que había conocido y a quien amaba profundamente:

—¡Hijo, qué alegría tenerte en casa! —dijo doña María Antonia.

—Madre, no se imagina cómo los he extrañado —le dijo Fernando.

—Tu hermana y tus primas se cansaron de esperarte. Salieron a dar un paseo a caballo mientras tanto.

—Perdonen el retraso.

Antonio por el camino ya le había puesto al tanto sobre la novedad de su tía y que debido a eso se encontraba en Bellavista en compañía de sus hijas. A Fernando le dolió verla postrada en una silla, marchita y con la sonrisa apagada. Se le acercó y le dijo:

—Madrina, sé que ha pasado tiempo pero la acompaño en su dolor. Lamento no haber estado presente para reconfortarla y prodigarles mis atenciones.

—Gracias, hijo —le contestó doña Angelina.

Después se dirigió al coche para ayudar a bajar a su prometida, una hermosa joven que desilusionó a su futura suegra sólo de verla. Fernando lo supo por la mirada de su madre, la conocía tan bien, que por más que intentó disimular su descontento, para Fernando fue evidente que no era lo que doña María Antonia esperaba, ni la mujer que pensó que algún día ocuparía su lugar como la señora de Bellavista. Fernando leyó del rostro el reclamo, que tarde o temprano saldría de la boca de su madre. Hasta imaginó sus palabras y el tono al decirle: «Puedo ver que la inocencia se le escapó hace ya mucho».

—Madre, le presento a la señorita Isabel Quintero —le dijo Fernando de todos modos, tragando un poco de saliva, aunque no le permitía entrometerse en sus decisiones, como sucedía con sus hermanos menores, su madre lograba hacerlo trastabillar.

—Mucho gusto señorita... —dijo doña María Antonia.

—Quintero —dijo la aludida—, el gusto es mío.

—Disculpe. Estoy tan sofocada con el regreso de mi hijo y con la noticia del compromiso que no retuve su nombre. ¿Pensé que vendría acompañada por sus padres, señorita Quintero? —le dijo la señora.

—Iban a venir pero se indispusieron a última hora. No todos soportan un viaje tan extenuante. Les mandan saludos y una disculpa por no poder estar aquí —dijo la recién llegada con una mediana sonrisa.

—Pensé que era usted francesa —continuó doña María Antonia.

—Lo soy de nacimiento, pero mis padres son originarios de esta maravillosa isla por eso mi fluidez en el castellano. Dios quiso que conociera a su hijo del otro lado del mar, para reencontrarme con mis raíces y aquí estoy, por primera vez.

—¡Qué increíble es la vida! Domina usted a la perfección su lengua madre, con un poco de acento, lo que es habitual —dijo doña María Antonia con las mejillas coloradas y no por la vergüenza, volviéndose a Fernando agregó—: Mandaré por tu hermana y tus primas, están ansiosas por verte.

—Déjelas, madre. Las veo cuando regresen. Prefiero aprovechar para descansar mientras tanto —contestó Fernando.

—Tienes razón. Deben estar agotados. Sus habitaciones están listas, Juana los guiará.

Fernando escuchó a doña María Antonia llamar a un esclavo para que llevara a doña Angelina de vuelta a su habitación, se volvió a ella y le dijo:

—No hace falta que busques ayuda, madre. Yo mismo la llevaré. ¿Me

permite alzarla hasta su habitación, querida tía? —A lo que doña Angelina asintió—. Me sentiré aliviado si puedo resarcir mi falta de no acompañarla durante su pena.

—Fernando es tan efusivo, me recuerda a su padre —reflexionó en voz alta doña María Antonia.



Mientras tanto Juana acompañó a la prometida de Fernando hasta su recámara. Aquella no dejaba de elogiar la magnificencia que observaba por doquier. Desde las extensas tierras que parecían no tener fin, los innumerables esclavos, los animales, las plantaciones y todas las espléndidas edificaciones que había dentro de la hacienda: la capilla, las bodegas, los establos, el inmenso batey, el acueducto, el largo puente, todo lo que desde la terraza pudo apreciar. Dentro de la casa todo era igual de hermoso, desde la construcción, las columnas, los ventanales, las puertas de madera maciza, los muebles de caoba, los tapices, hasta los adornos más insignificantes eran de gran valor.

La esclava se le quedó viendo asombrada por la expresión del rostro de la señorita Quintero.

—Así que tú eres Juana —dijo la recién llegada al notar que era blanco de la mirada de Juana—. Fernando me ha hablado mucho de ti. ¿Sabes que te tiene mucho cariño?

—Lo soy. Cuando yo vine a esta casa, los hijos de la familia estaban muy pequeños. Me trajeron para que me ocupara de la crianza de los tres pero ninguno se apegó tanto a mí como su prometido. —Juana hablaba sin volverse para mirar de nuevo a la joven, ocupándose de que todo quedara listo en la habitación. Al terminar su quehacer pidió permiso para retirarse y añadió—: ¿Necesita algo más?

—Por ahora que le digas a Fernando que venga lo antes posible.

—Si me perdona el atrevimiento... A la doña no le gustará que él la visite en su habitación pero usted manda y yo obedezco.

No fue necesario. Fernando Alvarado abrió la puerta de repente.

—Mi amor —le dijo Isabel abrazándolo delante de la esclava que no daba crédito a lo que veía.

Juana se dirigió a la puerta como si no hubiera visto nada.

—Espera, Juana, tengo algo para ti.

—¿Para mí, niño? ¿Por qué se molestó? —Él le extendió un envoltorio que aquella abrió con timidez—. ¡Una túnica de seda! Gracias, me va a provocar el llanto.

Fernando abrazó a la esclava para demostrarle su afecto. Juana apenas se dispuso a retirarse y cerró la puerta tras de sí. Isabel le comentó cuando quedaron a solas:

—Cuándo me hablabas de Juana pensé que era una anciana, aún es joven, no pasa de cuarenta años, es una mulata muy hermosa, que facciones tan exquisitas tiene y su piel es tan clara. ¿Qué pecado oculta esa esclava?

—La vergüenza de la esclavitud y todo lo que conlleva.

—Es increíble la cantidad de esclavos que tienen. Ahora entiendo cuando te referías a que la hacienda te asfixiaba. Ya no podrás acostumbrarte a vivir aquí, después de vivir en París, sería como regresar al pasado.

—Nuestra villa tiene los ingenios más adelantados del país, fuimos uno de los primeros en tener ferrocarril en América.

—Se sirven de la esclavitud.

—Tienes razón, Isabel. No defenderé lo indefendible.

—Tampoco imaginé que la hacienda era tan grande... y mucho menos que yo era tu prometida.

—¿Estás segura? Incluso lo sabías antes que yo. Aún no puedo creer

que hayas adulterado la carta que le envié a mi familia llegando al puerto y que de buena fe te pedí que enviaras. Aún no puedo asimilar que lo hayas admitido con tal desvergüenza delante de mí, como si confesarme todos tus pecados te redimieran. No volveré a reclamarte por haberte subido al barco sin mi consentimiento, ni por todo el ardid que fraguaste para llegar conmigo hoy ante mi familia. Sólo te pido que te comportes delante de mi madre —le dijo Fernando con seriedad.

—No me hagas sentir peor de lo que ya me siento. Quise buscar una solución, te vi angustiado sin saber qué hacer conmigo. ¿Me perdonas? —le suplicó Isabel Quintero haciendo un mohín con la boca.

—Espero que comprendas la magnitud de lo que has hecho.

—Dijiste que no seguirías reclamándome. ¿Si tanto te incomoda por qué me trajiste?

—No lo habría hecho de haber sido posible. Decidiste salir cuando ya estábamos en altamar, no me quedó otro remedio. Un caballero nunca dejaría a una dama en apuros. ¿Qué habrías hecho sola en la isla?

—Si me subí a ese barco sin tu autorización es porque te amo, no soportaría estar lejos de ti.

—Te prometí que regresaría y que retomáramos todo donde lo habíamos dejado.

—¿Dónde? Porque no recuerdo que me ofrecieras algo que consolidara nuestra unión.

—Isabel, abusas de mi nobleza.

—Te amo y mi cariño es responsable de cada una de mis faltas. Solo quería proteger nuestro amor.

—Creo que estás confundida. Por el bien de los dos lo mejor será que cuando regrese a París no vuelva a visitarte. Jamás te pedí exclusividad, la pasamos bien, eres encantadora pero no quiero compromisos. Perdóname si en

mi inmadurez di a entender que mis intenciones eran otras.

—¿Así de simple?

—No somos una pareja, sólo compartimos algunos momentos. Eres un encanto pero no abuses de mi buen corazón. No tengo intenciones de casarme absolutamente con nadie.

Isabel Quintero se echó sobre la cama y empezó a sollozar sin consuelo. Un Fernando muy serio, sintiéndose responsable de su dolor, le dijo:

—Perdóname, no debí hablarte así. Sólo es que me pones en una difícil situación.

—En París nunca te avergonzaste de mí. Sentí que lo nuestro era distinto, que tú eras diferente a todos los canallas con los que me he topado, pensé que te importaba.

—Me interesa lo que te pase. No soy un desalmado. Sólo quiero que tengas presente la realidad. No soy lo que tú esperas. Me gustaba lo que teníamos, tal cual estaba—. La ayudó a levantarse de la cama—. No estés triste, Isabel. Te ves muy bonita sonriendo.

—Si lo nuestro se acaba llegando a París tendré que buscar un nuevo benefactor muy a mi pesar.

—No hagas ese gesto, me harás retractarme de mis palabras. Tienes habilidad para convencerme.

—¿Por qué no me llevas a recorrer la hacienda?

—Ahora no, estás cansada.

—Necesito tomar aire puro, en donde pueda poner mis ideas en orden. Llévame a conocer ese lugar tan hermoso del que siempre estás hablando.



En la cocina Tula, la esclava de Josefina Alvarado, observaba a Dora

la cocinera preparar el almuerzo. Se sentó a la mesa de la cocina. Se creía afortunada porque además de dedicarse a la señorita Josefina no tenía más obligaciones y cuando aquélla paseaba a caballo tenía verdaderos ratos de descanso. Pero eso no era suficiente ahora, creía que había otra más privilegiada en la hacienda y eso no lo podía tolerar. Aprovechó que la aludida no estaba presente para manifestar su descontento en su contra. No era que Tula tuviera malos sentimientos, sino que el escenario de continua competencia en que la ponía Josefina, había terminado por despertar sus celos.

—Juana se cree de la familia, le tocó regalo del niño Fernando.

—Calla, eso no te importa —dijo Dora.

—Digo lo que veo.

—Habla que te habla. Trabaja que hay mucho que hacer en esta casa.

—Cuando mi niña sea la señora, seré la esclava *prefería* de su casa.

Criaré a *su hijo* y seré como Juana. La niña tiene mucho *plane pa' mí*.



Para cuando llegaron las señoritas del paseo, Fernando Alvarado ya no se encontraba en la casa. A Josefina Alvarado y a Azucena Pontevedra, les dio mucha alegría saber que ya había arribado así que desearon salir a toda prisa a buscarlo, doña María Antonia aún con el fervor del reencuentro se los permitió. Celeste, la mayor de las hermanas Pontevedra, se opuso, lo último que deseaba era correr tras Fernando Alvarado y su prometida, pero cómo explicar sus razones, no podía, y ante la insistencia de las otras dos, no le quedó más remedio que acompañarlas. Recorrieron toda la hacienda y no lo hallaron.

—No sé dónde estarán —dijo Josefina—. Si le está mostrando la hacienda a su prometida deberían estar por aquí.

—A no ser que haya ido a enseñarle el río —agregó Azucena.

Para sorpresa de ellas tampoco estaban allí. Josefina Alvarado se quedó dubitativa por unos segundos hasta que recordó el rincón preferido de su hermano en toda Bellavista. Siguieron caminando río arriba. A medida que se acercaban se iba tupiendo más el camino, como si los árboles ocultaran un preciado tesoro, sólo que de riqueza natural. Escuchaban el sonido de la corriente de agua, que fluía en sentido contrario al paso de ellas. Sólo Josefina Alvarado podía guiarlas, era la única de las tres que conocía de la existencia de aquel lugar. Allá solía llevarlos su padre, cuando eran niños, a disfrutar de las maravillas de la naturaleza. Más adelante, había una caída de agua, estaba tan rodeada de árboles que casi no penetraban los rayos del sol. Iban con una sonrisa en los labios, que se les congeló en los rostros al ver a Fernando Alvarado con su prometida en el río y no precisamente nadando, mientras sus vestiduras reposaban en la orilla del mismo, algo insólito en Bellavista.

—Creo que llegamos en mal momento —les dijo Celeste sin poder salir de su contrariedad.

—Ni tan malo —le dijo Azucena aguantando la risa.

—Es mejor que nos marchemos y hagamos como que no vimos nada —resolvió Josefina—. Esto es vergonzoso y para evitarle un disgusto a mi madre les ruego que guarden el secreto.

—Tienes razón, vamos antes de que nos vean —añadió Celeste.

—Demasiado tarde —les dijo Azucena al ver que los del río las habían divisado.

Ellas se voltearon de espaldas mientras el joven Fernando e Isabel Quintero salían con la ropa interior chorreando. Celeste no pudo evitar detallarlo con el rabillo del ojo. Fernando no era el adolescente de sus recuerdos, ahora estaba más alto, más robusto, con aquellas gotas de agua resbalando por las líneas de su abdomen, con músculos lozanos enfundados en

una piel tersa que invitaba al pecado; incluso tuvo tiempo de recorrer su espalda y asombrarse, al término de ésta, con la firmeza de la parte carnosa y redondeada que continuaba, la que ni siquiera se atrevió a nombrar ni con el pensamiento, tragó en seco y volvió a mirar de soslayo. El rostro del infame, que había olvidado la promesa de amor, también había cambiado, sus labios estaban más llenos, la nariz recta y la firmeza de sus rasgos eran la prueba de que se había convertido en un hombre. Sonreía, como un niño atrapado en una travesura, sin una pizca de pudor y sus blancos dientes se asomaban de un modo indecente, invitando a pecar. Lo vio terminar de vestirse y escuchó una sonora carcajada que se escapó su pecho, el timbre de su voz tampoco era igual.

Fernando caminó hasta ellas sin nada de vergüenza, con el agua aún escurriéndole del oscuro cabello y sonriendo. Abrazó a su hermana, empapándola, aún envolviéndola en sus brazos, reparó en Celeste, le clavó los ojos y la miró como antaño.

—¡Hermanita, cuánto tiempo! —dijo Fernando y para intentar disculparse añadió con una sonrisa—: Señoritas Pontevedra, espero que sepan disculpar a dos enamorados. Perdonen mi comportamiento, les juro que no es lo que podrían pensar. Solo disfrutábamos de las bondades de Bellavista.

Celeste lo observó negándose a permitir que los ojos de Fernando le siguieran atravesando el alma, ese privilegio lo había perdido al romper la promesa de amor. Pero era imposible mantenerse firme, aún no salía de la conmoción, de verlo entregado a otra mujer. ¿Qué más pruebas quería de su olvido? El corazón de Celeste latía tan aprisa que temía que sus precipitados latidos fueran percibidos por los presentes, solo podía susurrarse para sus adentros: «Calla, corazón, por favor, no me delates». No era para menos, el Fernando que tenía delante no tenía nada que ver con el muchacho que había partido a estudiar a Europa, su presencia imponía y si lo había esperado

durante años, ahora se sentía sentenciada a morir, esos labios nunca más serían suyos y ese cuerpo no volvería abrazarla con pasión.

—Señorita Celeste, señorita Azucena, permítanme decirles que lucen encantadoras, la última vez que las vi eran dos niñas —dijo Fernando. Aquellas palabras no le sentaron bien a Celeste, ni siquiera cuando las halagó —: Les ruego que nos disculpen. Les presento a la señorita Isabel Quintero ya habrán escuchado sobre ella.

Celeste sonrió con el corazón hecho pedazos y se dejó conducir por los demás de regreso a la casona, ya no era responsable de sus pensamientos, ni de sus piernas, que se habrían pasado entre la hierba alta, sólo deseaba una cosa, desaparecer y olvidar que una vez ese hombre le había pedido que lo esperara.



Josefina aún no había podido superar la vergüenza que había pasado enfrente de sus primas. Al llegar a la casa fue directo hasta donde estaba su madre y modificó un poco el incidente del río, más por no hallar qué palabras utilizar para decírselo que por otro motivo. El efecto causado en doña María Antonia fue el mismo que si se lo hubiese relatado con lujos y detalles.

—Madre, no me gusta para nada esa señorita Isabel —le dijo.

—Concuerdo contigo.

—Los sorprendimos nadando en el río con poca ropa —omitió que prácticamente sin ninguna.

—¡Válgame la sangre que derramó el Redentor! ¡Qué falta de decencia! ¿No podían esperar a casarse? Yo también estoy muy preocupada, no me parece una señorita de familia, vino sin sus padres.

—Amo a mi hermano pero es necesario que lo reprenda, no puede

dejarnos en vergüenza nuevamente, si algo así llegase a los oídos de los Santillán no quiero imaginar la repercusión que tendrá para mi compromiso.

—Es el precio de que los hijos se vayan a estudiar lejos. Lo peor es que piensa irse a vivir a Europa. Creo que ya perdimos a Fernando. Si me opongo a su compromiso será peor, lo perderemos para siempre. Fernando no es como Antonio que obedece sin discutir lo que le digo. Estoy cruzada de brazos. Lo siento mucho, hija mía.



Esa misma noche, Celeste abrumada por el insomnio como de costumbre, tanteó la mesa de noche buscando agua. El accidente no era el responsable de su angustia, la promesa de amor olvidaba la laceraba por dentro. Al encontrarse con que la jarra estaba vacía, se dispuso a bajar a la cocina. En su camino, sintió risas en el corredor, observó como Fernando Alvarado salía a hurtadillas de la habitación de su prometida; Celeste se ocultó tras una columna para que él no la descubriera, luego de verlo encerrarse en su recámara, prosiguió hacia la cocina. Allá se sentó en una silla para beber el agua. «Fernando ha cambiado mucho, Josefina tiene razón, no puedo llorar por haberlo perdido, él no es el dueño de mi corazón, el Fernando de mis recuerdos no existe, éste es un extraño, que espero sólo esté en mi vida de paso», pensó Celeste. Al concluir la frase y levantar los ojos, que habían permanecidos pegados al vaso de agua del que no se atrevió a beber, lo vio aparecer y se quedó perpleja.

—Vine por un vaso de agua. Es una noche muy calurosa —dijo Fernando y se sentó frente a ella—. Siento mucho lo que le pasó a su padre, permítame darle mis condolencias a pesar de que haya pasado algo de tiempo de su deceso.

—Ya casi cumplimos el luto, llevamos una larga temporada en Bellavista. Nunca me ha gustado la ropa negra, pienso que el luto se lleva en el corazón —dijo ella y se reprochó por dirigirle la palabra. Al menos a solas no tenía que seguir las normas que dictaban las buenas costumbres, no con quien la había traicionado. Celeste se arrepintió del giro de la conversación, él lograba alterarla y los nervios le hacían decir cosas impensables.

—¿Entonces, por qué viste de negro hasta para dormir? —preguntó acariciando el borde del vaso que ya tenía entre sus manos.

—La verdad es que no lo sé, supongo que me dejo llevar por la tradición de la sociedad —Celeste le pasó la jarra de agua para que se sirviera.

—La vida puede ser muy aburrida si se sigue al pie de la letra esas prácticas —mencionó Fernando mientras el sonido del agua llenando su vaso le hacía recordar a Celeste el susurro del río, donde lo encontró con su prometida.

—Voy a subir a tratar de dormir, si no mañana no podré levantarme —dijo Celeste.

—¡Qué tenga dulces sueños! —le deseó y se bebió toda el agua, culminando con un gemido de alivio tras calmar su sed.

—Ojalá esta noche logre quedarme dormida. La verdad es que desde el accidente me desvelo casi todas las noches —de nuevo su lengua fue más rápida que su sensatez. «¿Por qué le doy tantas explicaciones? ¿Por qué no puedo guardar silencio? Ni siquiera desea conversar conmigo, solo vino porque estaba sediento tras cohabitar en el pecado», pensó.

—Cuando era pequeñito solía tener pesadillas, me despertaba llorando, Juana venía me calmaba y me daba una tila para dormir.

—A mí eso no me funciona —le dijo Celeste sorprendida de continuar alargando la conversación.

—Porque de seguro no se la ha preparado Juana.

Una vez a solas en su cama, Celeste con los ojos clavados en el techo de la habitación intentó conciliar el sueño. «Tal vez sea mejor que Fernando esté ya comprometido, quizá no es lo que Dios tiene reservado para mí», pensó y luego negó. No se engañó más, le dolía verlo. En el fondo siempre creyó que él sentía lo mismo por ella y era desconcertante percatarse de lo contrario. A punto de quedarse dormida sintió que llamaban a la puerta.

—Soy Juana, el niño Fernando me dijo que no podía dormir y le traje una tila. Tómesela, verá que le dará un sueño que mañana no se va a querer levantar. Si quiere me quedo a vigilar mientras se duerme.

—¿Harías eso por mí? —le preguntó Celeste conmovida.

—Claro, para eso estoy.

—Ve a descansar. No quiero que por mi culpa estés cansada mañana, sé que siempre madrugas. De seguro que con la tila me duermo.

## IX



**L**a inconstancia del clima era propia de Bellavista. Se pasaba de la frialdad al calor insoportable, sin hablar de las fuertes lluvias que lejos de refrescar, propiciaban la humedad para que luego de escampar, el sol azotara sin clemencia los cañaverales. Era una mañana soleada y como ya era costumbre, las hermanas Pontevedra estaban dando su cabalgata matutina, única diversión de Bellavista, esta vez Josefina y Antonio no los acompañaban.

—¿Qué te pareció la prometida del flamante heredero de Bellavista?  
—preguntó Azucena.

—Es diferente y no una réplica como nosotras de las señoritas de sociedad.

—¿Por qué dices eso?

—Porque todas somos iguales, hacemos lo mismo y seguimos el mismo ejemplo, por eso nunca vamos a conocer el verdadero amor, no arriesgamos nada. ¿Acaso tú te atreverías a bañarte en el río con tu prometido como ella lo hizo?

—Espero que el hombre que se convierta en mi esposo sea igual de apasionado.

—Si te oyera nuestra madre...

—Me preguntaste tú, no me cuestionó nuestra madre. A ella le respondería «Dios me libre de semejante liviandad».

—Al menos ten un poco de pudor al hablar de esos temas delante de Moisés, no olvides que viene detrás de nosotras.

—Moisés es una tumba, jamás nos delataría.

—Lo digo por tu desvergüenza, Azucena, no por la prudencia de Moisés.

Iban entretenidas conversando cuando Fernando Alvarado y su supuesta prometida les salieron al paso cabalgando a toda velocidad, tan rápido que los caballos de las hermanas Pontevedra se asustaron y comenzaron a galopar desenfrenados. Moisés se lanzó detrás del caballo de Azucena para detenerlo. Fernando tuvo que abandonar la carrera que había comenzado con Isabel Quintero, para intentar detener el caballo de Celeste que a toda prisa se dirigía al río, vaticinando hacer toda una comedia si recibía un baño de agua helada.

A lo lejos su hermana que ya estaba a salvo, se desmoronaba de la risa viendo como Celeste trataba de mantener el equilibrio, segura de que lo más grave que podría ocurrir sería un chapuzón. El mayor de los Alvarado galopó aprisa, hasta que logró sujetar de las bridas el caballo de Celeste, lo que no impidió que los dos fueran a parar directo al río. Él la abrazó para que los caballos, en su intento de escapar del agua, no la lastimaran. Luego la ayudó a salir. Celeste tomó la bocanada de aire más honda de toda su vida, miró como Azucena aún se reía y trató de disimular su enojo.

—¡Vaya susto! —dijo Celeste apenada.

—Perdóneme. Ha sido mi culpa. Si no le hubiese insistido a la señorita Quintero en realizar esa lamentable carrera... El caballo iba tan aprisa que no lo pude detener —le suplicó el joven a Celeste sosteniéndole la mano. A lo lejos los otros cabalgaban hacia ellos, a excepción de la joven llegada de París—. ¿Me perdona?

—La verdad es que debe tener más cuidado, pudo haber sido más grave y ahora estuviéramos lamentando una desgracia —le reclamó Celeste.

—Por fortuna no fue así —y sin poder contener más la risa agregó—: Lo siento. Ya pasado el susto, tengo que reconocer que ha sido hilarante verla caer de bruces sobre el agua, claro que yo no me quedo atrás, también me he empapado, puede reírse de mí, lo merezco.

Aunque estaba furiosa, Celeste se hizo la desentendida para que no continuara burlándose y dijo:

—Con el calor que hace, créame que disfruté mucho el baño en el río.

—Aún está a tiempo de seguir deleitándose —dijo él sin parar de reír.

—No necesito más. —Celeste quiso gritar de rabia pero se contuvo y sonrió.

—Es increíble cómo a las señoritas las educan para sonreír cuando lo que en realidad desean es estallar de ira.

—Se equivoca —insistió Celeste.

—Lo veo en los ojos.

—¡Basta! —dijo sin poder contenerse más—. Debería ser más responsable, pudo provocar un accidente. ¡Es un insensato!

—¿No es liberador desahogarse? —Él atacado de la risa, se sentó en el suelo para reírse más a gusto.

—Por lo menos disimule que se mofa de mí, parece que no tiene modales y que no le enseñaron a comportarse delante de una dama.

—No me malinterprete, disfruto el momento, usted también debería

hacerlo. ¿Por qué habría de burlarme de la señorita más bella que he conocido en toda mi vida? —dijo poniéndose serio, cautivado por los intensos ojos negros de Celeste—. Si era hermosa la última vez que la vi, ahora lo es más.

—¿Así que no es sólo aventado para correr a caballo? —dijo ella a punto de ruborizarse sorprendida por las palabras de Fernando, después de la indiferencia sostenida desde su regreso.

—Discúlpeme, no sé ni lo que digo.

—Mejor vaya a buscar a su prometida, le está esperando.

Azucena llegó a interrumpirlos y le dijo a su hermana:

—Es lo mejor que ha pasado desde que llegamos a Bellavista.

Después de cambiarse de ropas, Celeste se sentó a tomar sol en la terraza, de un momento a otro llegaría el señor Federico Navarro, venía a almorzar y a poner a doña Angelina al tanto de los asuntos en la capital. Antonio Alvarado se acercó a ella muy preocupado.

—Supe que casi tiene un accidente. Para la próxima la acompaño.

—Se lo agradezco, pero no se preocupe. Sé lo ocupado que está y encima se toma la molestia de visitar cada día La Celeste. Quiero darle las gracias por ocuparse de la hacienda de mi familia, con todo el trabajo que tiene y aún nos dedica tiempo.

—Es lo menos que puedo hacer.

Antonio subió a prepararse para el almuerzo. Federico Navarro tardaba, Celeste se cansó de esperarlo así que salió a caminar. Sentía algo en el pecho desde aquella mañana, que a cada segundo se le hacía más agudo, era una mezcla de sentimientos que iban desde el más intenso al más sublime y todos iban dirigidos a Fernando. Siguió caminando sin medir sus pasos, embriagada por el canto de las aves. Llegó al lugar donde había sorprendido a

Fernando con su prometida, el que permanecía oculto como un tesoro entre los árboles. Se sentó en una piedra, se desató los zapatos y metió al agua sus pies desnudos: «Las paradojas de la vida, ahora no me quisiera ir de Bellavista», pensó. El agua transparente corría pasando a través de sus blancos pies, los mecía mientras recordaba las palabras que Fernando había proferido hacía pocas horas acerca de su belleza. Su recuerdo se ensombreció al acordarse de la escena del día anterior de Fernando y su prometida en ese mismo sitio. Observó el río y quiso imaginarse que dentro del agua estaba Fernando, justo como lo había visto antes, con la tersa piel que enfundaba su musculatura totalmente empapada, con unas gotas salpicando sus mejillas.... Se ruborizó sin siquiera terminar de pensarlo.

Sintió el crujir de las hojas tras de sí, se sobresaltó, sacó los pies del agua y los cubrió con su amplia falda. Era Fernando Alvarado. A Celeste el dolor se le hizo más penetrante, era una especie de angustia que amenazaba con despedazarla cada vez que lo tenía cerca, y más ahí, sin nadie a su alrededor.

—No debería andar sola por aquí —le susurró Fernando.

—¿Qué me podría pasar? —le rebatió con el mismo tono que había usado para recriminarle haberse reído de ella.

—Podría aparecer un cimarrón o un bandido.

—Es tan bonito este lugar que me entretuve —dijo Celeste suavizando el tono.

—Es el rincón más hermoso de Bellavista. Ahora que tal vez me vaya para siempre, siento como si me pidiera que no me marche.

—Dicen que la tierra hala y aprisiona, que nos obliga a echar raíces. Yo misma lo he sentido. Cada vez que mis pasos recorren La Celeste, una fuerza superior a mí, me retiene y trata de no dejarme partir.

—¿Cree usted en el amor a primera vista? —le dijo él.

—Creo en el destino y en Dios. No sé ni cómo es el amor. ¿Así se enamoró usted de su prometida? ¿A primera vista?

—Es una historia muy larga de contar. Supe que rechazó la proposición de mi hermano, de dos condes, de un marqués y del sobrino del Capitán General.

—En esta casa todo se sabe —dijo Celeste recordando las palabras de Juana.

—¿Algún motivo en especial?

—Deseo casarme por amor —le dijo Celeste con pudor, tomada por la sorpresa.

—Es usted muy pretenciosa. —La calidez de la voz de Fernando distaba mucho de la arrogancia del reencuentro, la hizo sentirse en confianza, así que Celeste no midió el peso de sus palabras.

—¿Acaso no lo hará usted? Se nota que ama a la señorita Quintero.

—Estoy a su lado porque es una mujer diferente.

—Ya lo he notado, es muy resuelta. Eso les cautiva a los hombres —dijo sin mirarlo llena de vergüenza.

—Otras cosas también.

—No sé por qué hablamos sobre esto, es mejor que me regrese. No es apropiado que estemos conversando a solas en este lugar tan apartado.

—Creo que sí lo sabe, sólo que comenzó a ser decidida y le ha dado miedo. ¿Me perdona haberla arrojado al río?

—¿Qué remedio tengo! No voy a seguir enojada toda la vida por algo que ya pasó.

—¿Y si le digo que pude haberla salvado de haberse caído al agua, pero que no quise privarme del placer de abrazarla mientras la rescataba? ¿Me seguiría perdonando? —ante su revelación ella guardó silencio y él le susurró—: Creo que sí. ¿Me odiaría toda la vida si la vuelvo a arrojar al río,

justo ahora?

—¡Por supuesto!

—Sus ojos me dicen que no le crea a sus hermosos labios.

Fernando la abrazó con fuerzas contra su pecho y la besó con desesperación. No tenía nada que ver con el tierno beso que le robó de adolescente, ahora su barba a punto de crecer le rozaba las mejillas y sus fuertes brazos la cubrían por completo, haciéndola demasiado pequeña dentro de él. Ahora no fue un beso impetuoso de adolescente, sus labios sabían cómo moverse, dónde succionar y cómo hacerle perder el control sobre su cuerpo que quedó sometido a la voluntad del infiel. Celeste se quedó sorprendida, dejándose contener por ese hombre, aunque su instinto la había prevenido, no lo creyó capaz de atreverse a cruzar la barrera, menos ahora que estaba prometido en casamiento. Y aunque su conciencia le exigía ponerle un alto, su corazón, que siempre había latido diferente ante la presencia de Fernando, quedó desestabilizado y eso le impidió reaccionar, se dejó besar, cerró los ojos olvidándose por un instante de las horas, de los días, de las personas y hasta de que existía. Ese momento era todo lo que anhelaba vivir, esa mujer que se sentía al estar cerca de su pecho era todo lo que quería ser, ese amor que le subía por las piernas y se le clavaba en las entrañas era todo lo que necesitaba sentir.



Azucena y Moisés estaban buscando a Celeste para avisarle que ya había llegado Federico Navarro y que su tía la esperaba para servir el almuerzo.

—¿Dónde estará mi hermana? Ya no hallo donde buscarla. Celeste está

cada día menos juiciosa, mira que hacernos una cosa así —dijo Azucena.

—¡De seguro usted no lo haría! —le dijo el esclavo bromeando—. ¡De juiciosa a usted no hay quien le gane!

—¡No seas imprudente, Moisés! A veces te olvidas que soy tu ama —dijo sonriendo.

—Créame que eso no se me olvida nunca. —Moisés quedó cabizbajo.

—¡No lo dije para que te pusieras triste, cabeza dura! Sabes que somos amigos.

—Así lo entendí, no me haga caso. Me siento muy agradecido que entre tantos dueños sea usted a quien tenga que servir.

—Fue una pésima broma. Eres mi mejor amigo, Moisés, cuando dependa de mí te daré tu carta de libertad.

Se acercaron a ese lugar como último recurso antes de darla por desaparecida. Se quedaron anonadados cuando vieron a Celeste y Fernando Alvarado besándose.

—¿Y ahora? —murmuró Azucena.



Celeste ni siquiera notó la presencia de los recién llegados, se separó con brusquedad de Fernando cuando tuvo la fortaleza para hacerlo y huyó a toda prisa, tan ensimismada, que por no estar atendiendo al camino, se tropezó con Azucena que aún estaba asombrada.

—¡Se besaron! ¿Acaso con el que te ibas casar no era con el hermano? ¡Qué importa con cual sea si son de la misma familia! ¿No crees? —dijo Azucena tratando de componer las cosas y brindándole apoyo incondicional a su hermana como siempre.

—No lo sé. De más está decirles que de esto ni una palabra a nadie —

exigió Celeste aturdida.

Azucena se volteó al esclavo:

—¿Oíste Moisés?

—Soy una tumba, amita. Ni falta que hace decírmelo.

—¿Sentiste las señales? —le preguntó Azucena a su hermana, aún atónita por lo que acababa de presenciar hacía unos minutos.

—No me preguntes ahora, que no sabría qué contestar.



Al llegar a la casa, ya casi servían el almuerzo. Todos estaban en el comedor a excepción del mayor de los Alvarado. Azucena y Celeste se apresuraron para llegar hasta la mesa, la que había sido mandada a construir para la familia, con la ilusión de acomodar a una numerosa generación de hijos y nietos. Era de catorce sillas, la mitad de las cuales permanecían vacías. Celeste ocupó su lugar. Aún tenía los pies empapados y los dedos comenzaban a entumecerseles. Trató de soportar la tortura hasta que terminara el almuerzo, sabía que en Bellavista uno de los descuidos más grandes era no llegar a la hora de los alimentos al comedor y era castigado con un enorme sermón por parte de su tía. Le habló directamente al señor Navarro.

—Disculpe la tardanza, es un honor tenerlo aquí.

—El placer es mío, señorita.

—Mi primo Antonio me comentó sobre lo bien que marcha todo, al menos en la hacienda. Espero que nos traiga noticias igual de favorables de la capital.

—Por allá se les extraña mucho. Sus amigas no dejan de preguntar por su fecha de regreso, rezan por el restablecimiento de doña Angelina.

—Esperemos que pronto podamos volver —intervino Azucena.

En ese preciso momento llegaba Fernando Alvarado sacudiéndose las botas, al ver que todos lo miraban se disculpó. Se refrescó, se lavó las manos de inmediato y se dirigió a compartir la mesa con ellos.

—Todos han llegado tarde —comentó apenada doña María Antonia—. ¡Qué descortesía con nuestro invitado! Hoy que nos honra con su visita.

Antes de marcharse Federico Navarro le entregó la correspondencia a Azucena como tenían acordado, la que agradecida le dijo:

—Dios se lo pague.

—Lo hago con mucho gusto, señorita Azucena.

—¿Y usted señorita Celeste no se escribe con sus amigas?

—Mi hermana me mantiene al tanto. Mande mis saludos a todos, agradézcales por tener a mi madre en sus oraciones.



Esa noche antes de retirarse a dormir, Celeste se cruzó con Fernando en las escaleras, bajó los ojos apenada. No sabía cómo sostenerle la mirada después del suceso del río. Por un lado la vergüenza y por otro la tristeza que la estaba carcomiendo por saberlo prohibido. Ella intentó pasar por su lado lo más rápido posible. Él la retuvo.

—Necesito hablar con usted sin que nadie nos interrumpa —le suplicó.

—Si lo que desea es disculparse délo por hecho. También estoy contrariada por lo ocurrido. Lo mejor es no volver a hablar del tema. Usted se va a casar y yo tengo que mantener mi honor a salvo, cualquiera podría escucharnos.

—Por eso le propongo citarnos en otra parte.

—No sería correcto. Nos podrían escuchar hasta en el lugar más apartado, esta hacienda está llena de oídos. Con su permiso me retiro.

—Déme un segundo.

—No insista. Me abruma hablar con usted sobre ese asunto.

Se alejó de él.

Aunque lo intentó, Celeste tampoco pudo dormir. Arrimó una silla a la ventana y se puso a observar a través de ella. Los árboles a lo lejos parecían fantasmas. Todo era silencio, salvo un perro que le ladraba a la luna para que saliera detrás de las cortinas negruzcas de la noche. Miraba el cielo oscuro sin ninguna estrella, cuando percibió unos caballos que emprendían el galope. Eran los hermanos Alvarado. Se asustó, lo primero que pensó fue que había empeorado la salud de su madre y habían ido por el médico, pero pronto comprendió que no ocurría nada. «Seguro fueron a celebrar por la llegada de Fernando», se dijo en voz baja, recordando que Antonio siempre se dormía temprano.

Las siguientes noches los hermanos continuaron haciendo lo mismo. Celeste se había convencido que aquella celebración al parecer no tenía fin. No se propuso espiarlos pero como sufría de insomnio, era imposible no escucharlos partir. Al cabo de una semana, al asomarse antes de acostarse, sólo vio a Fernando salir en su caballo. Se acostó en la cama y luego de mucho pensar se quedó dormida. Se despertó bruscamente en la madrugada, sacudida por una pesadilla. Respiró llena de alivio al comprobar que estaba soñando. Hacía un calor sofocante. Bajó a la cocina por agua.

Se sentó en una silla con el vaso vacío entre sus dedos, dándole vueltas. Se sirvió el agua pero no la bebió, se limitó a observarla y seguir pensando: «¿Por qué tenía que regresar comprometido? Pensé que se acordaría de mí. Al parecer para él sólo fue un juego de adolescentes».

Salió caminando con el vaso en la mano hacia su cuarto y al salir de la

cocina se tropezó con alguien, al que le derramó el líquido encima. Levantó la mirada y al contemplar su rostro se quedó conmovida. Era Fernando Alvarado. «¿Es que este hombre no duerme?», pensó. Él venía buscando la claridad de las velas que permanecían encendidas en la cocina, para leer un papel que traía en las manos. Al verla lo guardó con nerviosismo.

—Disculpe, no lo vi llegar.

—¿Insomnio? —preguntó él.

—Sólo tenía un poco de sed.

—Permítame traerle otro vaso de agua.

—No hace falta.

—Insisto. —Mientras lo hacía continuaba mirándola y luego de darle vueltas a estas palabras en su cabeza decidió expresárselas—. Me dio mucha alegría volver a verla. Despertó una parte de mí que creía ya olvidada.

Fernando intentó acercarse y Celeste dio dos pasos hacia atrás, pero cuando él extendió una mano para rozarle una mejilla, se dejó vencer. Él se aproximó más, le sostuvo el rostro dentro de sus manos y se le acercó, mirándola embriagado. Nada lo detuvo, ni siquiera el honor que Celeste debía resguardar, ni el temor a que doña María Antonia, Isabel Quintero o alguien más los sorprendiera. Fernando juntó sus labios con los de ella, saboreó el dulce néctar del pecado y la ciñó contra su pecho, en un abrazo infinito. Ella esperó ansiosa otra palabra que la tranquilizara, un beso no sería suficiente. Deseaba escuchar que la promesa de amor no había sido arrojada al viento.

—Será mejor que se vaya a dormir —dijo Fernando tembloroso—. No sea que se vuelva a desvelar.

Celeste tragó en seco y sintió como su árida garganta se cerraba. Humillada, por ese hombre que no le prometía amor y que se creía con el derecho de besarla e irrespetarla a su antojo, se fue caminando sin mirar atrás, con el corazón lacerado y miles de ideas suplicando no ser reveladas jamás.

## X



**E**l joven Fernando se recostó sobre la mesa de la cocina y allí hubiese amanecido si no llega a ser por Isabel Quintero que bajó a buscarlo. Tal vez por el efecto del vino que había disfrutado en compañía de su amigo Gustavo Garcés o por alguna preocupación que lo agobiaba.

—¿Qué haces aquí? —le dijo él.

—Estaba preocupada por ti. No te encontré en tu habitación. Ya casi va a amanecer.

—Regresa a dormir, estoy bien.

—No puedo seguir aguantando esta situación. Mientras tú sales de juerga cada noche yo tengo que quedarme encerrada —le reclamó.

—Tienes lo que querías. Así es la vida de una señorita en estos lugares.

—No estoy dispuesta a seguir esperando.

—Puedes regresarte en cuanto lo decidas. Di una palabra y dispongo tu regreso.

—Regrésate conmigo. —Ante el silencio de Fernando, Isabel

prosiguió—: ¿Quieres que me vaya? Dímelo porque eres lo único que me mantiene en esta casa donde por lo visto nadie quiere mi presencia. No me gusta la forma en que me miran tu madre y tu hermana. Aunque por lo menos lo hacen, para los demás parece que no existo.

—Quiero que estés tranquila. Vamos a dormir. Dentro de poco se despertarán todos.

Fernando dejó a Isabel en la puerta de su habitación. Él no se fue a la cama. Volvió a salir sin que nadie lo viera. La sombra de la inquietud se reflejaba en su rostro. Bajó los escalones tratando de no hacer ruido y se dirigió a un bohío lejos de los barracones y cercano a la casa donde dormían las esclavas de servicio. Uno de los hombres del mayoral que lo vio, le preguntó si se le ofrecía algo y fingiendo otra necesidad cualquiera, le dijo que llamara a Juana.

Cuando la esclava estuvo despierta acudió a toda prisa hasta él. Iba temblorosa. Se le acercó con timidez:

—¿Niño, otra vez con lo mismo?

—Sabes que por eso me fui de esta isla. No puedo estar aquí, menos en esta hacienda, es como si un león se me metiera en el pecho... Y me han prometido que acabarán con ese mal de raíz.

—Shhhh —le calló Juana.

Él le confió la carta que le habían entregado esa noche. Le dijo que era lo de siempre y que ya sabía lo que tenía que hacer con la misiva. Fernando siempre había sido diferente, pero desde su regreso de Europa estaba aún más disímil. La esclava se retiró a dormir como si nada hubiese sucedido y Fernando hizo lo mismo.



Cuando el sol ya estaba caliente, Juana acompañada de otra esclava de servicio, se dirigió a la plaza principal en el pueblo para realizar compras. Dispuso que la esclava se ocupara de la diligencia a la que habían venido, mientras aquélla se rehusaba por el temor a que descubrieran que no estaban juntas. Con voz firme y enérgica, Juana le dijo que si se tropezaba con alguno de los amos por casualidad, dijera que andaba entre la gente comprando. Juana se escurrió entre la muchedumbre y los puestos de vegetales y viandas. Caminó aprisa entre los portales y callejuelas hasta llegar a una sin salida. Llamó de prisa a la última casa de la izquierda y le entregó a un esclavo una cesta de verduras, dentro de la cual había colocado la carta. Volvió a la plaza tratando de mezclarse con la mayor cantidad de personas posibles. Se encontró con la otra esclava, terminaron los mandados y regresaron a la hacienda.



Fernando la esperaba ansioso. Al llegar Juana, buscó el pretexto para ir a los aposentos de aquél. Ella le susurró dos o tres palabras con la intención de que nadie que pasara cerca pudiera escucharla.

—Entonces, sí. Tengo que buscar la forma de hacer llegar... —dijo Fernando.

—Niño, baje la voz. Hoy no va a poder hacer nada. Es peligroso. Lo que pretende es una locura, no va a poder hablar con ellos, son muy necios. Nada más lo vean lo van a matar sin dejarle decir una palabra. Usted se fue hace cinco años. Benito y los otros quizá no lo reconozcan, eso si no se marcharon lejos.

—Entonces tengo que mandar a alguien en quien confíen... Lo difícil es que yo también confíe en él.

Juana le acomodó una almohada detrás de la espalda, ya que insistía en permanecer pensativo en aquel sillón. Le pidió que tratara de descansar, recordándole que no había cerrado un ojo en toda la noche. Ella le diría a doña María Antonia que se encontraba indispuesto.

Cada dos o tres días, Juana repetía el recorrido para entregar las misivas, buscando siempre un buen pretexto para ir al pueblo. Fernando cada día dormía menos, las noches se la pasaba en la cantina con su amigo Gustavo Garcés, y aprovechaban para ver a otro que tenía su misma preocupación. A altas horas de la noche, cuando el licor hacía estragos en los presentes, intercambiaban cartas o mensajes sin que nadie se percatara.

## XI



**S**emanas después llegó el día en que terminaba el luto. Celeste se levantó temprano y guardó apurada toda la ropa negra en el fondo de un baúl, esperando no usarla nunca más. Juana llegó a primera hora con la ropa limpia. Celeste se quedó observando sus vestidos de colores recién lavados, sus cintas, sus sombrillas y lo encontró todo aún más hermoso. No supo qué escoger. Finalmente se decidió por los colores más alegres, pero doña María Antonia pasó muy temprano a recomendarle el tono más pálido.

—Poco a poco, deben aprender —le sugirió.

Celeste acataba las reglas que tanto detestaba pero que cumplía. Su tía también era portadora de buenas noticias, todo estaba preparado para pasar un día en La Celeste en familia. Las hermanas Pontevedra llevaban días suplicándoles tanto a su tía como a su madre, que extrañaban su hacienda y que deseaban visitarla. Almorzarían allá y se marcharían al atardecer.



Los preparativos habían comenzado con el canto del gallo. Ya casi todos estaban listos a excepción de Fernando Alvarado que aún no se había levantado. Doña María Antonia impaciente por aquella situación que se repetía a diario, mandó a Juana por él. Ésta bajó y le comunicó a su señora:

—El niño pide que lo dispensen, dice que no se siente bien. Se quedará en cama.

Doña María Antonia sabía que Juana acostumbraba a solaparlo, sin terminar de escuchar la respuesta subió a la habitación de su hijo. Agarró un vaso con agua y lo dejó caer sobre el rostro.

—¿Qué hace, madre? —dijo Fernando despabilándose en el acto.

—¿Crees que no sé a las horas que te has acostado todos estas noches? Sólo el primer día bajaste a desayunar. Cuando no te duele la cabeza, te excusas por la diferencia de horarios. Hoy tenemos una reunión familiar.

—Hacía tiempo que no veía a mis amigos y tenemos mucho de qué conversar.

—¡No quiero oír tus explicaciones, vístete de inmediato!

—Luego los alcanzo, no puedo sostenerme en pie.

—No te eduqué para ser un bueno para nada. Acuéstate a la hora que quieras pero te quiero todos los días a la hora del desayuno sentado a la mesa, con nosotros y listo para empezar la jornada.



Los planes no resultaron como imaginaban. Después del almuerzo, el joven Antonio se disculpó alegando trabajos pendientes. Josefina le suplicó a su hermano, que antes de marcharse la dejara en Bellavista alegando un malestar.

—¿Hija, te irás ahora que el día está más hermoso? Tus primas querían

recorrer la hacienda. —Ante los reclamos de Josefina, doña María Antonia accedió a que se fuera con Antonio—. Al menos Fernando podrá acompañarlas, así le muestran a la señorita Quintero las maravillas de La Celeste.

—Me encantaría pero justo ahora tengo algo que hacer que no puedo dejar para más tarde. Además, la señorita Isabel no está acostumbrada a estos días de campo, mejor aprovechamos y nos retiramos con Josefina —se disculpó Fernando.

—No queremos quitarle tiempo, conocemos bien la hacienda. Moisés nos acompañará —le dijo Celeste resentida por su descortesía.

—¿Qué pasa con los modales de mis hijos? —dijo doña María Antonia mientras ellos se marchaban.



Las hermanas Pontevedra y Moisés acudieron al establo, escogieron cada uno un caballo y se fueron a recorrer hasta el lugar más recóndito del predio. Celeste por más que trató, no disfrutaba el paseo, iba dolida por la actitud de Fernando. «¿Por qué no tuve fuerzas para detenerlo?», pensó. Celeste había esperado en vano una palabra de él que le revelara cuán sincero había sido. El comportamiento de Fernando le demostraba que deseaba aparentar que nada había pasado, se había producido una distancia congelante entre los dos, ya no cruzaban palabras sólo miradas que él esquivaba.

Otro que estaba pensativo y distraído era Moisés. Azucena cansada de verlo así, con una actitud muy impaciente, le preguntó qué le sucedía.

—Es que vi un panal repleto de miel por aquel lado —contestó Moisés.

—Lo hubieses dicho. Entonces vamos —pidió Azucena.

—No. ¡Qué va niña! Está lleno de abejas. Si me da permiso para ir, pondré todo mi esfuerzo para traerle la miel —se ofreció.



Azucena le dio permiso y le dijo que lo esperarían más adelante. Moisés cabalgó despacio por entre los árboles introduciéndose en el monte. Se bajó de un salto del animal y lo dejó amarrado a un árbol; siguió caminando hasta una intersección entre el linde de las dos haciendas. Fernando Alvarado lo estaba esperando. Ambos se sorprendieron al verse el uno al otro, esperaban encontrarse con personas desconocidas. Al principio no dijeron nada. Hasta que el esclavo le preguntó:

—¿Qué fue lo que estudió en Francia?

—Estudié Letras.

—Usted es el letrado que mandan los... Perdone, no lo parece.

—¿Y tú eres el encargado del acaudalado señor que...? De haberlo sabido nos hubiésemos ahorrado el trabajo de planear un encuentro. Los hermanos de Oriente quieren saber cómo quedan las cosas, solo soy un emisario —le preguntó Fernando al esclavo.

—Todo sigue igual.

—¿Dónde está el cargamento?

—Oculto en el despacho del difunto, en un compartimento subterráneo. Hay que proceder de inmediato. En una de éstas el mayoral o un esclavo se ponen a estar registrando y se puede armar tremendo lío. Ahora que el difunto ya no está necesito deshacerme de las armas, para que la señora no se vea perjudicada y aquí concluye mi misión —dijo el joven esclavo.

—¿Y Federico Navarro?

—Él sabe, es un colaborador pero no se inmiscuye demasiado. Sólo

ayuda con el papeleo y a burlar a las autoridades, valiéndose de lo que sabe de leyes. Permanecerá en la hacienda hasta que se lleven la carga. ¿Usted es uno de ellos?

—No. Sólo suplo a un amigo que está asediado por los guardias y no puede encargarse. Yo solo estoy de paso, muy pronto regresaré a París.

—Es usted un gran amigo, no cualquiera se ofrecería a tan peligrosa misión. Y menos cómo está la reprimenda.

—Admiro lo que él hace y quise contribuir de alguna forma aunque sea con una pequeña obra. Me han prometido que abolirán la esclavitud y fue suficiente para decidirme. Todos los hombres tienen el derecho a ser libres. Me duele la situación de la isla pero no puedo seguir aquí, por un lado mi familia y su medio para mantener su riqueza, del otro la repulsión que siento hacia los esclavistas. No puedo luchar en contra de mi familia, así que prefiero alejarme. ¿Y tu difunto señor era uno de ellos?

—No, pero el difunto, que en paz descansa, era muy bueno para hacer dinero y ya estaba cansado de las muchas trabas que le ponían las autoridades para seguir haciendo crecer su fortuna; la competencia del azúcar de remolacha es una amenaza, es lo que decía don Diego.

—Pues aquí estamos tú y yo, que ni tenemos que ver en esto, como el último recurso para hacer que esas armas lleguen a su destino. Si contribuyen a erradicar el sufrimiento de los esclavos me doy por bien servido, es un mal que hay que arrancar de raíz.

—Señor, que no lo escuchen hablar así, puede meterse en muchos problemas.

—Agradezco tu consejo.

Fernando se quedó pensando en todo ese embrollo y no lo podía creer. Ahora estaba convencido que no se trataba de un juego. El asunto era más

peligroso de lo que se imaginaba. Don Diego había comprado las armas que tenía escondidas en su despacho, luego de las amenazas que había recibido, donde le decían que si seguía manifestando su apoyo a favor de reformas comerciales y dando evidencia de su descontento político, le iban a incendiar no sólo los cañaverales, sino también todas sus propiedades en la capital. No era hombre que se dejara intimidar sino todo lo contrario, las coacciones le daban más bríos; como acto de rebeldía había decidido colaborar aunque fuera aportando armamento y municiones.

En el último viaje que realizó antes de su muerte al Oriente del país, don Diego Pontevedra había conocido a algunos hacendados que compartían sus ideas y estaban hartos como él del monopolio comercial que les imponía España, entre otras inconformidades. Igualmente consideraba que la esclavitud se iba convirtiendo en parte del pasado en el mundo y Cuba seguía rezagada por el colonialismo, lo que no le permitía prosperar y aumentar su riqueza.

El propósito de Fernando Alvarado era traspasar a otras manos las armas y ni siquiera había sospechado, la procedencia de las mismas. Estaba supliendo a su amigo Gustavo Garcés, el que era vigilado con sigilo y no podía hacerlo en persona. Mientras Fernando discutía unos últimos asuntos con Moisés, los demás permanecían ajenos, a lo que estos tramaban.



En medio de aquel paseo frustrado, Celeste calmando su furia con el galopar desenfrenado se preguntaba qué hacía en La Celeste, qué hacía en Bellavista y por qué no se llenaba de valor, tomaba a los suyos y abandonaba la villa de una vez. Su lugar era en La Habana y no a merced de un hombre que no la trataba ni con amor ni con respeto. Azucena le siguió el paso, hasta que se detuvieron al llegar al río. Desmontaron y se sentaron en unas piedras a

humedecerse las sienes con el agua transparente que bajaba por las rocas. Al poco rato llegó Moisés con un pedazo de panal. Se lo entregó a Azucena y se fue a lavar las manos.

—Fernando me rehuye. ¿Lo viste? Es un canalla y un cobarde —le dijo Celeste a su hermana dejando de callar el motivo de su frustración.

—Creo que tendrás que casarte con el hermano —le comentó Azucena.

—Hablas como si se tratara de cambiar de zapatos. Es una situación muy incómoda. Cada vez que lo veo cerca de mí, no sé qué pasa conmigo, me pongo muy nerviosa, hasta me sudan las manos. Me da vergüenza mirarlo a los ojos.

—Calma, no pienses más en eso. Él está prometido a Isabel Quintero. Olvídalo. Disfrutemos de la vista y de la miel. ¡Qué hermoso es este lugar! —comentó Azucena para darle otro giro a la conversación. Al convencerse que su hermana no tenía ganas de dialogar, añadió—: ¿Verdad, Moisés?

—Así es, amita. Es muy romántico, es el lugar perfecto para una declaración entre dos enamorados.

—No sabía que tenías tantos conocimientos sobre el amor. —Azucena se le quedó mirando al esclavo sin poder contener la risa.

A Moisés se le ruborizaron las mejillas. Celeste que aún los estaba escuchando intervino:

—¡Te deleita incomodarlo, hermana! No sé cómo Moisés te sigue idolatrando.

Pararon de hablar del tema al notar que el río arrastraba consigo numerosas flores de diversas formas y colores.

—Esas flores no eran arrastradas por la corriente cuando llegamos —dijo Celeste y se inclinó para recoger un jazmín.

—Creo que alguien las ha arrojado al río —dijo Azucena y al ver que Fernando se acercaba a Celeste con una flor en la mano, se retiró en silencio y

se sentó en unas piedras no lejos de allí.

Celeste volteó a buscar a su hermana, al toparse con Fernando se alejó unos pasos, era la última persona con la que deseaba encontrarse, menos ahora que se sentía como un volcán a punto de hacer erupción, estaba decidida a no dejarse embaucar más por sus palabras, pero Fernando insistió:

—En estos días no he dejado de sentir la necesidad de tenerla cerca.

—Me niego a seguir escuchándolo —dijo Celeste luego de respirar profundamente para mantener la compostura.

—Créame que ha revivido en mí al adolescente que vivía embelesado por usted. No piense que juego, es complejo para mí. ¿Cómo le digo a mi hermano que con tantas mujeres en el mundo vinimos a enamorarnos de la misma? Sabe que la admiro desde que tengo uso de razón. Antonio nunca lo supo. Me ha revelado sus intenciones y me he quedado sin saber cómo reaccionar, pero ni siquiera eso ha frenado a mi corazón, que late acelerado cada vez que la miro. Usted es el mejor recuerdo que tengo de estas tierras, de mi pasado en Bellavista. Sólo esperaba las vacaciones para verla venir con su familia, fue la etapa más bonita de mi vida —por un minuto ella recordó las últimas palabras de él antes de partir: «Lo que más voy a extrañar es su sonrisa». Fernando agregó para tratar de disculparse—: Me perdí en las calles de París y me olvidé de todo. A veces así es la distancia, era un adolescente deslumbrado por la libertad.

—Se olvidó de esa libertad cuando decidió comprometerse.

—Ahora estoy seguro que lo que más deseo es que no me falte su sonrisa nunca —le reveló.

Celeste palideció al evocar la despedida, dos lágrimas gruesas bajaron por sus mejillas, justo por el efecto que causaron en ella esas palabras, las que habían quedado grabadas en su memoria, las que acababan de traer al presente, pero ya se había jurado que no iba a sucumbir otra vez. Caminó hasta

donde estaban su hermana y Moisés.

—Es hora de regresar, ya es tarde. Vámonos —les imploró.

—Concédame sólo un minuto más —le rogó Fernando.

Celeste siguió caminando hacia los caballos sin importarle que el joven le siguiera detrás. Azucena conmovida instó a su hermana para que cediera:

—¿Hermana, qué pierdes con escucharlo?

—Azucena, no quiero involucrarte en mis asuntos y menos si son tan indecorosos como estos —le dijo Celeste a su hermana.

Celeste se detuvo y se giró hacia Fernando, mientras Azucena y Moisés no se perdían ni una palabra emitida por él:

—Sé que no la merezco. Ni siquiera terminé los estudios por los que creía estar pagando mi madre, estudié una carrera que ella no aprueba y lo hice por mi propio placer, no con el afán de prepararme para acrecentar la fortuna de la familia. Soy una mentira. De no ser por la boda de Josefina tal vez nunca hubiese regresado, pero estoy aquí y no consigo dejar de pensar en usted. No la voy a engañar ni le voy a prometer lo que no puedo cumplir, sólo quiero que sepa que la necesito desesperadamente y que me di cuenta de esa necesidad el día que nos reencontramos.

—Habla muy rápido y me confunde —le dijo Celeste ante las miradas atónitas de Azucena y Moisés.

—Sólo me concedió un minuto.

—No conozco la esencia del hombre que lleva dentro. Tengo miedo de arriesgar demasiado y que después no sea como lo imaginé. No voy a tolerar de nuevo su comportamiento, por respeto a la familia déjeme en paz.

Celeste hizo gala de toda su fuerza para decirle aquellas palabras, tenerlo tan cerca, dedicándole su mirada más tierna y ofreciéndole sus cálidos brazos, era una invitación a pecar, a dejarse seducir por esos labios que ya

había probado y de los que se abstenía pese al tormento que le provocaban. Quiso recordarle la promesa de matrimonio y exigirle que fuera más claro en sus intenciones, pero el orgullo erigió una barrera ante su deseo. Fernando había reconocido delante de ella sus faltas, no era el hombre con quien Celeste quería desposarse, aunque la devorara una pasión incontrolable por él; decidió que lo mejor sería olvidarlo, por eso le exigió que se alejara y que no volviera a faltarle al respeto que le debía.



Al llegar a Bellavista, doña Angelina pidió que la llevarán de inmediato a su habitación, estaba agotada de haber sido trasladada de un lugar a otro y tosía sin parar. Vencida por la fatiga sintió como se le iba borrando la imagen que tenía delante de sus ojos y perdió el conocimiento. Moisés salió a todo galope hacia el pueblo por ayuda.

Don Isaías, el médico del pueblo, examinó a doña Angelina mientras todos esperaron impacientes el resultado de su revisión. Hizo preguntas acerca del padecimiento, las que Celeste contestó porque Azucena no hacía más que llorar:

—¿Desde cuándo está tosiendo así?

—Apenas hoy después del paseo se hizo más frecuente —dijo la hija mayor.

El pronóstico de la enfermedad podía leerse en el rostro de aquél. Con la cara larga que solían poner los médicos cuando algo no marchaba adecuadamente, le pidió a doña María Antonia que hablaran a solas. Celeste angustiada suplicó que le permitieran conocer lo que tenía su madre.

—Puede ser algo fuerte para usted —le dijo don Isaías.

—En este momento lo que me sobra es fuerza, recuerde que es mi

madre quien está en esa cama.

—¿Doña María Antonia? —dijo el médico para buscar la aprobación de ésta, la que asintió con la cabeza.

Antes que los tres se encerraran en el despacho a hablar con tranquilidad, Azucena ahogada por el llanto, le hizo prometer a su hermana que le diría absolutamente todo y se quedó haciéndole compañía a su madre.

Una vez a solas, don Isaías habló:

—Estén preparadas para lo peor. Doña Angelina está muy débil. El padecimiento respiratorio que la ha acompañado desde la niñez se ha complicado por el tiempo que lleva en cama. Las fracturas en sus costillas han respondido bien, la de su pierna lamentablemente no ha seguido el curso que yo esperaba, requiere más tiempo de reposo pero estar acostada y encerrada en sus aposentos no le favorece a sus pulmones y a sus bronquios. Por el momento lo único que les puedo aconsejar es que no esté siempre en la misma posición, eso le está agravando sus deficiencias.

—¿Se recuperará? —preguntó Celeste.

—Eso no puedo precisarlo, el tiempo lo dirá. Estaría mejor atendida en La Habana pero en estos momentos no aconsejo moverla.

—¿Y el desmayo? —indagó doña María Antonia.

—Fue por la fatiga, tanto tiempo en cama y de pronto tanto ajeteo en el paseo fue demasiado para ella. De preferencia que me consulte ese tipo de decisiones. No está mal que salga a tomar aire puro pero debe ser gradual, eso sí, con el sol matinal, aléjela de las corrientes de aire. Dejaré un remedio para la tos. Señorita Celeste, vaya a hacerle compañía, que no la vea llorar. Descanse usted también, recupérese del susto —contestó el médico y se dirigió a doña María Antonia para añadir—: Le dejaré la receta.

Al irse el médico, Celeste regresó con su madre, pero de camino a sus

aposentos recordó que olvidó la receta, así que volvió sobre sus pasos por las indicaciones, la puerta del despacho estaba abierta, se quedó paralizada al sorprender a su tía llorando sin consuelo. Ella tampoco pudo contenerse y se deshizo en lágrimas. Doña María Antonia que la vio trató de calmarse.

—¿Teme usted que no mejore? —la joven le preguntó.

—Tu madre va a estar bien. Es sólo que me espanté con lo ocurrido y necesité desahogarme. Ya no soy tan fuerte como antes para aguantar un sobresalto de estos, menos después de tantas cosas que han pasado. No llores tú también, si tu hermana te ve en ese estado se va a preocupar y no es necesario. Si le pasara algo a mi hermana no lo soportaría. Crecimos jugando en nuestra hacienda. Siempre unidas hasta el día que conoció a don Diego, se casaron y se la llevó con él. Gracias a Dios no tenemos que esperar lo peor, eso ha dicho el médico.

Celeste se limpió el rostro, extrañaba a su padre que siempre tomaba las decisiones en los momentos difíciles. No se derrumbó, prefirió ocuparse del cuidado de doña Angelina. Al llegar a la habitación de la señora, Celeste encontró a Azucena acariciándole las sienes a su madre. Ninguna de las hermanas quiso separarse de la señora por si le sobrevenía otra crisis, insistieron en pasar allí la noche velándole el sueño. Finalmente, doña María Antonia les pidió que se fueran a dormir y ella se quedó a vigilar a la enferma.

Azucena se coló en la habitación de su hermana, antes de que ésta se metiera a la cama a dormir, y cerró la puerta tras de sí, con resignación la miró a los ojos y le susurró:

—Ahora me dices la verdad.

—¿Por qué no te vas a descansar? —le pidió Celeste. Al ver que su hermana no se movería de allí sin una respuesta, Celeste tomó aire y se dejó caer en la cama—. Es mejor que tomes asiento. Te lo diré con la condición de

que pongas de tu parte y de que trates de mantenerte fuerte. Debes estar preparada para lo que vendrá, nuestra madre está muy delicada.

—¿No me digas que también se va a morir?

—Hay que tener fe en que se va a recuperar, nuestra madre nunca se ha dejado vencer. Debemos tener mucha fortaleza porque vernos afligidas no le ayudará. Lo que si nos depara el destino es un largo período en Bellavista.

—No lo voy a soportar —dijo Azucena desesperada. Celeste la abrazó con cariño.

—Lo vamos a sobrellevar, por nuestra madre, para que ella no sufra, para ayudarla a salir adelante.

Al irse su hermana, Celeste se dispuso a encerrarse en la soledad de su habitación, su espacio, donde podía ser más que ella misma. Apagó las velas y se quedó así, en penumbras, respirando el aire cálido de la noche, sentada cerca de la ventana. Percibió como las voces de todos en la casa se fueron apagando. Sintió una sed enorme, al distinguir la efigie de la jarra vacía sobre la mesa se resignó, estaba tan desanimada que no tenía fuerzas para bajar los innumerables escalones hasta la cocina. Su mundo se le hacía cada vez más pequeño, como un cerco que se cerraba en derredor de ella esperando poder aprisionarla algún día. Unos pasos afuera en el corredor la sacaron de sí, llamaron a la puerta con delicadeza. Celeste abrió sobresaltada temiendo que su madre hubiese tenido otra recaída. Al ver a Fernando palideció.

—Imaginé que esta noche no iba a poder dormir y le traje una tila. — Ella, temblorosa, sujetó la taza sin saber qué decir—. Quiero que sepa que siempre tendrá mi apoyo, sobre todo en momentos como éste.

—Váyase. Podrían encontrarlo aquí.

—Sé que tal vez no me crea, no puedo esperar menos, mi comportamiento deja mucho que desear. Por un lado le revelo lo que estoy

sintiendo por usted, por otro traigo a Isabel a la casa de mi madre y miento diciendo que es mi prometida. No lo es y ella lo sabe muy bien.

—¿Me está diciendo que esa señorita no es su prometida? ¿Y si no lo es por qué se hace pasar por...? —Celeste se llevó la mano desocupada a la boca, para luego decir—: ¿Quién es Isabel Quintero y qué hace aquí, en la casa de su madre?

—Me avergüenza explicarle los detalles.

—¿Le avergüenza? A estas alturas creo de usted cualquier cosa, excepto que tenga decencia.

—Conocí a Isabel en una casa de citas para caballeros. Comencé a frecuentarla más seguido, era amable y yo me sentía solo. Era agradable conversar con una mujer en mi idioma natal, tener ciertas costumbres en común.

—Fernando, déjeme tranquila de una vez, me decepciona cada vez más. No sé en qué momento se perdió, no es el mismo por el que aguardé durante estos años.

—Sabía que me había esperado, lo sabía, es imposible que una joven tan bella no esté casada o comprometida.

—Me arrepiento de esperarlo. El Fernando que conocí no existe.

—Le aseguro que soy el mismo de siempre. Resolveré este asunto, el de Isabel Quintero. La mandaré de regreso, nunca debí permitir que me acompañara. Luego le comunicaré a su madre mis intenciones para con usted, las que le aseguro son muy serias. Sólo le pido que me dé la oportunidad de intentar ganarme su aprecio. ¿Me promete pensarlo?

—Lo intentaré —dijo Celeste temblando. Fernando se acercó para rozar sus labios y ella lo detuvo con esta frase—: Primero cumpla sus promesas.

—Será mi esposa, como se lo juré en el pasado. Arreglaré todo este

embrollo que se ha formado por mi falta de compromiso y después la conduciré hasta el altar.

Celeste cerró la puerta sin decir otra palabra. Corrió a meterse a debajo de sus sábanas, rogando que nadie la hubiese visto, pero palpitando desde los pies a la cabeza, con la emoción atorada en la garganta, convencida de que no importaba quien fuera Fernando en el pasado, el hombre que era hoy también le había robado el corazón.

## XII



**J**uana, quien había suplido a doña María Antonia en el turno de velarle el sueño a doña Angelina, se mecía en un sillón mientras recordaba la última vez que vio a su madre con vida:

Aún no concluían las vacaciones cuando había llegado Mercedes a Bellavista, con la noticia del regreso a la capital.

—¡Qué pronto se van los señores esta temporada! Aquí ni siquiera he escuchado el rumor de que la familia Pontevedra se regresa a La Habana; yo que cuando la vi pensé que su ama le había dado permiso para venir a verme —dijo Juana a Mercedes.

—Vine a despedirme —dijo Mercedes y se le humedecieron los ojos.

—No se ponga a llorar, madre. De seguro vienen pronto.

—Ya estoy vieja, no sé si aguante otro viaje.

—No diga eso, todavía está fuerte. Estuve escuchando que el niño Antonio a lo mejor se casa con la niña Celeste. Seguro la niña se la trae a vivir con ella y vamos a estar juntas al fin.

—No sueñe, eso no sucederá —le aseguró su madre convencida.

—Imagino por qué. ¿Y entonces?

—Parece que hubo discordia en la familia. Don Diego se enojó tanto que dispuso el viaje para mañana al alba. Cuídese mucho *mi'ja* —dijo secándose las lágrimas.

—Cuídese usted madre y cuide de nuestro secreto.

—Así ha sido siempre, ésa es mi misión en esta vida.

Doña Angelina comenzó a moverse y despertó pidiendo un vaso de agua. Así que Juana abandonó sus recuerdos.

—Aquí tiene, mi ama —le dijo presurosa.

—¿Eres tú, Juana? —preguntó doña Angelina con debilidad.

—Sí, su merced. ¿Se le ofrece algo?

—Enciende una vela, detesto la oscuridad —le dijo todavía medio adormecida. Doña Angelina se le quedó observando fijamente a la mulata de facciones finas y cabellera ensortijada—. Parece que los años no pasan por ti, estás igual a diez años atrás —suspiró—. ¿Ya sabes que me voy a morir? De seguro en esta casa todos lo saben y no quieren decírmelo.

—Se va a poner bien.

—No me perdono haber roto el juramento que le hice a mi padre en su lecho de muerte y no es que cualquier cosa se le jure a un moribundo. Se lo prometí con el corazón limpio, convencida que nunca lo rompería, pero las circunstancias me llevaron a tomar decisiones en contra de esa promesa. Sé que está próximo mi fin y para poder morir en paz necesito entregarte algo que me he guardado hace mucho tiempo. Tal vez eso fue el origen de todas mis desgracias.

Doña Angelina desesperada temiendo que no le otorgaran el perdón en la otra vida, le ordenó a Juana que buscara en un baúl un sobre amarillo por los años, que a pesar del tiempo aún conservaba su sello original.

—Ábrelo y léelo, por algo mi padre te enseñó a leer.

Juana reconoció de inmediato la letra de don José, el padre de doña Angelina. Leyó aquel documento que a lo largo de toda su vida había añorado tener. Cuando sintió que el contenido del mismo la estaba haciendo débil protegió su pecho con una coraza de bronce. Miró la fecha y por un minuto sintió que se iba a derrumbar, mas no dejó entrever lo que sucedía en su interior.

—¿No dices nada? —dijo doña Angelina tratando de penetrar en aquel escudo para saciar su curiosidad.

—Es una carta de libertad —dijo apacible.

—Tu carta de libertad. Es imperdonable haberla guardado todos estos años, aunque crea que tuve motivos para ello. ¿Crees que mi padre me perdone?

—Usted la dio tarde, pero la entregó. Eso habla bien de sus sentimientos. En el mundo existe el arrepentimiento y usted está arrepentida de corazón, no veo por qué no la perdone. Siempre he sabido que usted es buena, sólo que el destino nos jugó una mala pasada.

—¿Eso piensas? Después de todo lo que has sufrido por mi culpa.

—Usted también ha sufrido y sin embargo le ha sobrado el amor de madre para darles a sus hijas. Ahí está su mérito.

—Por mis hijas que son lo que más quiero en el mundo, quiero pedirte algo muy grande. Pedírtelo es la prueba de que confío en ti y en tus buenos sentimientos. Te lo pido en nombre del cariño que mi padre siempre te tuvo y en nombre del cariño que tu madre les tuvo a mis hijas.

—Dígame de una vez.

—Soy testigo fehaciente de que las promesas a un moribundo no siempre se cumplen. Quiero que ocultes esta carta de libertad sólo un tiempo más, hasta que mis hijas se casen y tengan resueltas sus vidas, para que puedas

seguir cerca. Temo que mi hermana llegue a romper su promesa de cuidarlas como hijas propias si llego a morir.

—Doña María Antonia no les haría daño a sus sobrinas.

—Prométemelo —exigió doña Angelina.

—¿De qué sirve una promesa? Son sólo palabras que se lleva el viento. Lo haré, confíe en mí y no se preocupe más. Descanse que ya casi nos sorprende el amanecer.

No cruzaron ni una palabra más. Doña Angelina siguió el consejo de la esclava, cerró los ojos e intentó conciliar el sueño, hasta que cayó rendida. Doña María Antonia llegó cuando el sol comenzaba a clarear y la sustituyó. Juana bajó a la cocina, se enjugó los ojos y comenzó sus quehaceres pero un súbito dolor la detuvo, era una noticia muy fuerte, una que le hubiese cambiado la vida y necesitó sentarse un momento para asimilarlo.

Juana siguió contemplando la carta con lágrimas en los ojos. «¿Por qué don José quería que yo fuese libre?», pensaba en todo lo que había escuchado decir a los esclavos a lo largo de toda su vida. Especialmente recordó el comentario de una vieja esclava hacía muchos años:

—*Mi'ja* todavía no aprende, ningún amo es bueno. Mira a tu madre por todo lo que ha pasado.

—¿A qué se refiere? —le había preguntado Juana siendo aún una jovencita.

—Es más sordo el que no escucha lo que el viento grita.

—Mi padre es un cimarrón que huyó a las lomas, allá arriba es rey de un palenque.

—Eso dice tu madre pero otra cosa se murmura a su espalda. ¿Por qué eres tan pálida?

Volviendo a la realidad, Juana se dijo: «Don José era tan bueno conmigo, me enseñó a leer y a hablar bonito, se la pasaba rectificándome cada frase y cada palabra. Hasta me regalaba vestido nuevo el día de mi santo. Él era bueno con todos sus esclavos pero conmigo era especial». Acarició la medalla de oro de la Virgen María que descansaba sobre su pecho, regalo del señor.

La cocinera al verla tan pensativa se le acercó. Le palmeó el hombro, pero nada sacaba a Juana de su gran dolor.

—¿Qué te preocupa?

—Todas esas murmuraciones. Usted debe saber, vino con los esclavos que trajeron de La Celeste hace muchos años.

—Eso ya no importa.

—¿Si es cierto por qué mi madre me dejó vivir engañada?

—Así te protegía de la ira de su patrona, ninguna señora quiere saber que su marido a puesto los ojos en su esclava y menos que hay fruto de ese amorío. Cambia esa cara.

## XIII



**D**oña Angelina se había sumido en un sueño profundo. Al abrir los ojos en la mañana, lo primero que vio fue a su hermana dubitativa en un sillón.

—¿Juana? —indagó doña Angelina.

—Se fue a sus quehaceres —le dijo su hermana.

—¿Mis hijas?

—Están desayunando en el comedor.

—¿Me voy a morir? —preguntó con temor.

—Claro que no, te repondrás pronto.

—Lo escucho por los corredores. Quiero que mandes a llamar urgentemente a mi ahijado para saber cómo andan los negocios y a un notario para redactar mi testamento.

—Cuando todo esto pase te reirás de lo que dices.

—El testamento de mi esposo fue tan extraño, siempre sospeché que dejaría al inepto de Federico de albacea, hasta temí que lo dejara de heredero, como lo consideraba como un hijo y pagó toda su educación, pero que dejara

todo a mi nombre nunca lo imaginé. Pensé que les dejaría todo a sus hijas.

—Hablemos de otra cosa, no te va a pasar nada. Además, el testamento de tu difunto esposo fue muy claro, no tienes que preocuparte por tus hijas. Hablemos de la boda de mi hija —le dijo para animarla—. Ya falta poco para que se termine la casa en donde va a vivir Josefina con su futuro esposo. ¿Viste el vestido de novia tan hermoso que le trajo Fernando de París?

—¿Dónde habrá conocido Fernando a esa que se dice señorita?

—Tampoco me convence, simula tener clase pero...

—A mí se me hace que no es una señorita de familia, su ropa es demasiado imprudente; además, sus padres nunca la hubieran dejado venir sola con él.

—Toda ella es impúdica. ¿Qué puedo hacer yo? —dijo doña María Antonia.

—Exígele a Fernando que respete esta casa y la memoria de su padre.

—Él no es como Antonio al que puedo manejar. Fernando es impulsivo como su padre. Si le digo algo es capaz de no volver nunca más y no lo soportaría.

—María Antonia, no lo sobreprotejas, con eso más que un bien le haces daño. Nuevamente te estás reflejando en él. Nuestro padre no titubeaba a la hora de ponerte un castigo cuando lo merecías. Siempre ibas a refugiarte en los brazos de nuestra madre, alegando que mis castigos eran menos duros que los que te ponían a ti. Ahora pones a Fernando en tu lugar y le permites hacer lo que quiera, para que no se sienta menos querido por ti por no ser hijo de tu sangre. Nuestro padre nos quiso a ambas por igual por eso nos reprendía cuando era necesario. Haz lo mismo con Fernando, como lo has hecho siempre con los otros, lo ayudarás a madurar, con tu solapamiento lo estás perjudicando.

—Siempre insistes con lo mismo, terminaré por hacerte caso. ¿Estaré

siendo permisiva con Fernando e intento reparar mis carencias en él?

—Definitivamente.

—¿Tú nunca pensaste que nuestra madre se inclinaba más por mí por ser su hija sanguínea?

—Te juro que nunca sentí la diferencia —dijo doña Angelina.

—Claro, por un lado mi madre era un ángel de Dios, por otro don José no lo habría permitido.

—No le digas don José, que fue tu padre, nos crió de la misma forma.

—Mi madre fue igual de buena contigo.

—Si yo nunca me quejaré. Es más, en estos días la he recordado frecuentemente —le aseveró doña Angelina.

—¡Madre! —exclamó doña María Antonia—. Nadie sabe la falta que hace hasta que se pierde. Pobrecilla, sufrió mucho en su matrimonio.

—Eso no es cierto, ella fue muy feliz.

—Aparentaba no saber nada pero de seguro sabía —dijo doña María Antonia.

—¿Crees que conocía de las murmuraciones?

—¿Quién sabe? No eran simples habladurías.

—Claro que sólo eran comentarios de gente malintencionada.

—Angelina, cuando el río suena es porque piedras trae. A ti te ha afectado más que a mí porque no acabas de aceptarlo, puede ser verdad o mentira, pero existe la posibilidad. Yo no puedo evitar recordar a nuestro padre cada vez que veo a esa esclava. ¿Si no fuera cierto, por qué te pediría antes de morir que protegieras a Juana y a Mercedes?

—Él fue así de bueno con quienes eran leales a la familia.

—¡Por Dios! Nuestro padre, que en paz descansa, fue compasivo con todos sus esclavos. Con la fidelidad que le tenían estos por qué haría una excepción con esas dos. A no ser que sea cierto lo que se dice. Además, se

nota a simple vista, Juana es diferente al resto de la dotación, tiene un aire a las hermanas de nuestro padre, tiene el rostro de ellas, incluso se les parece más que tú misma, su piel tan clara, sus facciones y hasta su cabellera. Claro que la gente tenía que murmurar, sólo con verla, ella es la evidencia.

Un sofoco sacudió a doña Angelina y previno a las hermanas de dejar el tema por la paz.

## XIV



**A**ntonio que aún trataba de ganarse a toda costa el cariño de Celeste, estaba preocupado por ella. El sufrimiento de la joven, atribuido al padecimiento de su madre, era notable. Por lo que al tropezársela esa mañana, al verla pensativa, no perdió la oportunidad de dirigirle la palabra y se le acercó.

—Quiero que sepa que estoy para ayudarla en todo lo que se le ofrezca —le dijo.

—Se lo agradezco.

Y sin saber cómo, terminaron hablando del motivo que había apresurado la partida de la familia Pontevedra. Antonio le relató que aquella tarde le había pedido explicaciones a su madre acerca de la visita a la hacienda colindante, le comentó la razón por la que evitaron que se comprometieran. Celeste sorprendida le aseguró que no lo sospechaba. Antonio se hincó a su lado y apenas sin mirarla a los ojos, por timidez o por respeto, le dijo:

—No me importa que usted no me ame. Si aún está dispuesta a casarse

conmigo no me interesa el precio que tenga que pagar. No tolero verla sufrir tan sola, quiero que me deje ser parte de su vida para apoyarla en todo momento.

—Sé que tengo el cariño de todos ustedes —le dijo Celeste.

—No puedo quedarme cruzado de brazos sin hacer nada.

—Ya hace suficiente. Créame que no necesito más.

Antonio no se contentó con aquélla respuesta, fue directo a revelar a su madre aquello que sentía y que deseaba hacer. Doña María Antonia que creía ese asunto ya olvidado comenzó a sufrir de jaqueca al oírlo hablar; tomó asiento para aguantar lo que le sobrevenía.

—Madre, he estado pensando que nunca debí renunciar a Celeste y menos ahora que necesita de un apoyo como el mío —le dijo Antonio.

—Lo hecho, hecho está —dijo doña María Antonia.

—Aún estoy a tiempo de arrepentirme. Si ella continúa dispuesta a casarse conmigo aunque no me ame, es una señal a mi favor. Usted misma siempre ha dicho que el amor llega con el tiempo.

—Sí, hijo. Sin embargo no quiero eso para ti.

—Por favor, respáldeme —Antonio le rogó.

—Te aconsejo que pienses en otra como tu futura esposa. ¿Por qué te aferras a ella? Hay tantas señoritas en este bendito pueblo.

—Porque la amo.

—Igualmente hay otras tan bonitas y tan buenas como Celeste que podrías amar.

—Madre, no comprendo por qué se niega. ¿Qué mejor señorita podría encontrar?

—Porque no estoy segura que realmente estés enamorado. Antes de estas últimas vacaciones estabas muy entusiasmado con Hortensia Hidalgo.

Cambias muy rápido de parecer. Tu deber es responder por la familia. Sabes que hay un convenio entre los Santillán y nosotros. Te lo diré de una vez, lo más probable es que te cases con la señorita Valeria.

—No. Fernando es quien tiene que casarse con ella. Y ahora porque regresó dizque comprometido me quiere obligar a mí.

—No me vuelvas a hablar en ese tono, ni cuestiones el honor de tu hermano mayor —le exigió doña María Antonia.

—A él lo deja actuar libremente. A mí no, por eso se negó cuando le pedí permiso para ir a estudiar a Europa. Por más que lo sobreproteja no va a suplir la falta de su verdadera madre.

—¡Antonio, jamás me vuelvas a hablar así! Si doña Genoveva acepta, te casarás con Valeria Santillán. Ya comprometí mi palabra.

—Mi palabra también está comprometida, no puedo retractarme, soy un caballero.

—¿De qué hablas?

—Días antes de que ocurriera ese accidente en el cual don Diego perdió la vida, fui a visitarle. Todos pensaron que nos encerramos en el despacho para hablar de negocios pero no fue así. Le pedí su consentimiento para pretender a su hija y no sólo aceptó, si no que se puso muy feliz. Me dijo que quién mejor que yo.

Doña María Antonia enojada contestó:

—Ese trato quedó roto cuando don Diego partió con su familia.

—Para mí no. Estoy seguro que Celeste cumplirá la última voluntad de su padre.

—Me has decepcionado, pensé que primero confiarías en mí antes de tomar una decisión tan importante.

—Lo siento, madre, también pensé que le alegraría la noticia y que siempre respetaría mis elecciones.

—Hijo, créeme que tengo motivos muy importantes para pedirte que desistas de querer casarte con Celeste.

—Dígame los, para poder entenderla.

—Son secretos de familia que no me corresponde revelar.

—Pues a mí no me importan. Me casaré con ella y no le estoy pidiendo su permiso, se lo estoy diciendo.

—Te casarías aunque te desherede si lo haces.

—¡Madre, la desconozco! ¿Cómo puede amenazarme así? —Antonio se levantó enfadado. Doña María Antonia salió detrás de su hijo mas sólo pudo alcanzar a verlo salir a toda galope en su caballo.

«¡Los hijos! Uno se compromete con esa de dudosa reputación y el otro solo se lanza al despeñadero y yo sin poder abrir la boca, maldito secreto, así me quiere castigar la vida», pensó doña María Antonia.

## XV



**F**ernando había partido antes del alba, por asuntos que justificó como de negocios, por lo mismo, no había llevado a Isabel. Para no ir solo le había pedido a Azucena la noche anterior que le permitiera a Moisés acompañarlo. La joven Pontevedra sospechó que aquellos tenían algo entre manos pero decidió no intervenir. Fernando esperó a que estuvieran lejos de la casona, en medio del campo. Le reveló a Moisés que esa noche trasladarían las armas a un lugar más seguro. Sin embargo, no tenían hombres para hacerlo. Gustavo Garcés y su gente estaban fuertemente vigilados. Fernando sabía que se enfrentaba a un gran peligro, por eso quería rodearse de personas en las que podía confiar. Cuando en pocas palabras le hubo relatado a Moisés sus intenciones, el joven esclavo quedó desconcertado.

—¿Y está seguro que esa gente lo va a ayudar a sacar las armas?

—No tenemos otra alternativa. Tú mismo me has reiterado que el mayoral de La Celeste no es confiable, que ni siquiera don Diego confiaba en él para estos asuntos.

—No sé por qué el difunto amo me metió en esto. Si me atrapan a lo

mejor ni usted, ni las niñas podrán salvarme. Estoy de acuerdo con las ideas, pero es más fácil sentarme a esperar.

—Lo sé.

Moisés aceptó acompañar a Fernando, se adentrarían al monte donde vivían los cimarrones. Iba más como compañero de viaje porque quien conocía el camino era Fernando, ya había estado en el palenque un par de veces antes de irse a Europa. El joven Alvarado quería volver a tener contacto con unos esclavos que habían pertenecido a su padre y que él mismo había ayudado a escapar, situación que se había repetido en diversas ocasiones antes de su partida. Quería pedirles su colaboración, para que también se sumaran a la causa de Gustavo Garcés. Mientras caminaban Fernando le dijo:

—¿Por qué esa cara Moisés? ¿Qué no te agrada?

—Creo que usarán a los cimarrones como último recurso y que a los hacendados no les importará decepcionarlos si resuelven sus intereses por otra vía. A los hacendados no les interesa la libertad, ellos quieren ser más ricos y la mano de obra que tienen ya no se los permite.

—Tengo el mismo temor pero es el camino más rápido para que se acabe la esclavitud. Necesitamos hombres que nos ayuden a trasladar esas armas, hombres confiables como mis amigos.

—Hay muchos esclavos en La Celeste.

—Estarán cautivos en los barracones y no deseamos involucrarlos, eso alertaría al mayoral, y lo que es peor, a sus hombres. Queremos mantenerlos alejados de esto.

—Pues si el mayoral de Bellavista o sus hombres, nos encuentran por estos parajes van a creer que me estoy escapando.

—Veré qué inventar para salirnos de la situación —le dijo Fernando.

—Usted tiene fama de ayudar a los esclavos a fugarse, en el batey cuentan muchas historias —dijo Moisés—. A usted no le pasará nada por su

posición y yo saldré perjudicado.

—No permitiré que nada te suceda, pelearé por ti si es necesario, no será la primera vez que lo haga por un hermano.

—Yo solo soy un esclavo.

—Un hermano, un ser humano como yo, con los mismos derechos, las cadenas de la esclavitud deben caer.

Fernando llevaba una pistola consigo porque no sabía con qué se podrían encontrar. En un acto de solidaridad se la entregó a Moisés, aconsejándole que la utilizara de ser necesario.

—No es necesario, tengo mi machete. ¿Y usted? —dijo el joven esclavo.

—No te preocupes. Tú corres más peligro.

—¿Confía en que esos cimarrones lo ayudarán?

—No lo sé. No es la primera vez que pido su ayuda, la última vez que logré que se fugaran en masa los esclavos de Bellavista, estos mismos cimarrones fueron los que me ayudaron a hacerlo. Burlamos toda la vigilancia del mayoral. Mis amigos los cimarrones se mueven con tanto sigilo que parecen fantasmas.

—Usted sí que es único, imagino la cara de su difunto padre cuando vio que ya no había esclavos para trabajar.

—A mi padre le tocó en su momento, pero ésta que te narro sucedió cuando mi señor padre ya no vivía. Mi madre tomó las riendas en ese momento, más tardé yo en liberarlos que ella en volver a llenar los barracones. De inmediato me autorizó para irme a estudiar a Europa, lo que siempre le había pedido, me dejó partir con la intención de que terminara de hacerme hombre.

Anduvieron por entre los árboles, las piedras afiladas y los matorrales espinosos. A cada paso los acompañaban los latidos de sus corazones,

llevados al máximo por ritmo de avance. Fernando sabía, como Moisés, que podrían encontrarse no solo con personas que desoyeran sus inventadas intenciones, también podrían toparse con una manada de perros jíbaros, se encomendaron a Dios y siguieron andando sin mirar hacia atrás y sin detenerse siquiera para descansar. Una idea le pasó por la cabeza a Fernando, Moisés estaba acercándose a la libertad, aunque era una libertad a medias, aquellos que lograban alcanzarla tenían que vivir siempre huyendo. Se le ocurría que Moisés podría quedarse allí y ser libre. No dudó en planteárselo y se sorprendió de la respuesta de su acompañante:

—Ni pensarlo. Nunca dejaría a las señoritas.

—Nunca entenderé la fidelidad de algunos esclavos —pensó en voz alta Fernando.

—Ni yo —dijo Moisés—. Siempre sentí curiosidad por saber cómo viven los hombres bravos que renegando del yugo se refugian en el monte. Es la primera vez que estoy tan cerca de la libertad y me doy cuenta que sin las señoritas no la quiero.

Entre sus músculos que no cesaban de trabajar, las gotas de sudor, el cansancio y la fatiga, llegaron a la zona más intrincada. Caminaron unos pasos más hasta el lugar indicado. Fernando fatigado se dejó caer sobre una piedra para descansar unos instantes, mientras Moisés que parecía inyectado otra vez de energía por la fascinación de estar allí, recorrió el terreno. La naturaleza transformada: rústicas construcciones que ni llegaban a ser bohíos, piedras labradas, sembradíos, que no dejaban lugar a dudas, aquello era la obra del hombre. Habían llegado al palenque.

Fernando continuaba descansando recostado sobre un montecito verde, tenía los ojos bien abiertos y no cesaba de observar cada rincón a su alrededor. Sonreía, ante la sorpresa que se asomaba a través de los ojos de Moisés. Lo dejó recorrer el sitio a sus anchas mientras recobraba el aliento,

en espera de que sus amigos cimarrones aparecieran de inmediato. Sabía de lo escurridizos que eran para alejar a los *rancheadores*, quienes los perseguían guiados por feroces perros con las peores intenciones.

Fernando recordó que había dos grupos de visionarios, uno que quería lograr un acuerdo pacífico para el establecimiento de sus prerrogativas, otro que no quería esperar y estaba a punto de levantarse en armas. La geografía había determinado que don Diego perteneciera al primero, pero luego de las repetidas amenazas en su contra, se negó a seguir esperando. No estaba de acuerdo en que unos forasteros, como se refería a los que no habían nacido en la isla, dispusieran cómo iba a administrar sus tierras, sus bienes y su dinero. Quería marchar al paso de la civilización. Por lo que se había asociado en secreto con los que le trajeron la solución más pronta. Más tarde descubrió que había otros hacendados cercanos a él, que calladamente compartían sus añoranzas e intentó hacer algo, más su repentina muerte se lo impidió. Fernando, por su lejanía, no supo hasta después de su deceso que don Diego estaba implicado, ni siquiera su amigo, Gustavo Garcés conocía la identidad del benefactor.

Transcurrieron un par de minutos desde el arribo al palenque. Fernando alzó la vista y no encontró a Moisés. Se puso de pie ya recobrado y por un instante le invadió la duda de si la tardanza se debía a que hubiese tenido algún contratiempo. No permitió que el recelo hiciera blanco en él. Estaba impaciente y prefirió salir a explorar él también. Lo que menos se imaginó Fernando quedó revelado ante sus ojos. El palenque estaba desierto. De seguro se habían cambiado de lugar.

—No puede habérselos tragado la tierra —le dijo Fernando a Moisés que se le acercaba.

—Al parecer se fueron hace mucho. Se ve que lleva tiempo deshabitado. Recorrí toda la zona. Usted estuvo muchos años sin venir por

aquí.

—Debí suponerlo. Los cimarrones no se quedan mucho tiempo en el mismo sitio. Regresemos de inmediato. Hoy nos espera una noche larga —dijo Fernando con una sombra de gravedad en su semblante.

—¿Qué haremos ahora? ¿Cómo sacaremos las armas?

—Tú y yo lo haremos.

—¿Se volvió loco? Pero si el mayoral nos sorprende...

—Iremos armados, no creo que se atreva a dispararme y yo te protegeré con mi vida si es preciso. Federico Navarro aseguró que ayudará, tendremos que conformarnos con su ayuda.

—Creo que es mejor que le diga a su amigo cómo están las cosas.

—Lo haré, pero nada nos detendrá, seguiremos adelante. Piensa en esto, sacar las armas y entregárselas a Garcés es una causa noble, ayudará a liberar a tus hermanos, pero además don Diego al morir dejó a las señoritas Pontevedra y a su madre metidas en un problema. Si las autoridades descubren esas armas ellas podrían salir perjudicadas.

—Tiene usted razón, el difunto amo no nos ha dejado otra opción.



Cuando arribaron a Bellavista, entrada la tarde, e intentaron pasar desapercibidos, fueron descubiertos por la mirada inquisitiva de Azucena que permanecía sentada al lado de su hermana en la terraza. Fernando se les acercó con Moisés a su lado. Se les veía extenuados y no pudieron disimularlo. Azucena le reclamó a Fernando por la demora y el tiempo que le hizo prescindir de Moisés. Fernando se disculpó y aprovechó el encuentro fortuito para revelar a Celeste acerca de sus sentimientos.

—No soporto un minuto más sin poder demostrarle que soy sincero.

No sé cómo pero hoy mismo resolveré todo con Isabel.

Azucena inventó un pretexto para salir de allí con Moisés y su hermana la retuvo:

—No te vayas —le dijo Celeste sujetándola por el brazo.

—¿Se arrepiente de haberme dado la oportunidad de enmendarme? — le preguntó Fernando sin importar que Azucena y Moisés se quedaran de espectadores.

—Fernando, no sabe cuánto querría hacer las cosas como deben ser — dijo Celeste.

—Todo quedará resuelto. Lo único que necesito es saber que me corresponde y eso me dará la fuerza suficiente para comunicárselo a los demás. Quiero que sea mi esposa.

Azucena casi se atraganta con su propia saliva y Moisés no pudo disimular la sonrisa. Celeste tomó a su hermana por el brazo y antes de irse, Fernando le dijo:

—Quédense en la terraza, por favor. Nosotros nos marchamos.

Las hermanas se sentaron pero al ver que Moisés le siguió los pasos a Fernando, Celeste le dijo al esclavo:

—Moisés, ten cuidado con lo que haces. No vuelvas a alejarte de nosotras, por tu bien.

Fernando no dijo nada, se despidió de ellas y caminó junto a Moisés un trecho hasta el sitio en que el sendero se bifurcaba y cada quien continuaría a sus asuntos. Fernando palmeo con afecto el hombro de Moisés para despedirse, mientras intentaba contener, sin éxito, la sonrisa de la victoria.

—Se me eriza la piel —le dijo Moisés—. Hasta sentí más miedo que usted de ser sorprendido. Si que la tiene difícil, lo digo por su compromiso con la señorita Isabel.

—Celeste me quiere, Moisés —dijo Fernando—. Ahora es lo único

que importa. Ve a lo tuyo, nos vemos por la noche.

Antes de separarse, llegó Isabel y se les quedó observando a escasos pasos. Fernando al verla se fue con ella, despidiéndose con un gesto lleno de complicidad de Moisés. La mirada acusadora de Isabel se clavó en Fernando.

—Fernando llevo horas buscándote. No sé para qué me subí a ese barco, este lugar es el infierno, regresemos a París —le dijo Isabel.

—Debemos hablar al respecto.

—Sé que fue una mala idea venir. Hasta me estaba creyendo que en verdad era tu prometida. Debí suponer que alguien como tú no acabaría con una mujer como yo.

—No es eso. Isabel, lo siento, fui claro desde el inicio —le dijo él.

—Ya me harté de soportar a tu distinguida familia. Regresémonos a Europa, a fin de cuentas es allá donde quieres comenzar una nueva vida.

—Ya no estoy tan seguro.

Dos lágrimas recorrieron el rostro de Isabel. Fernando sintiéndose culpable la abrazó.

## XVI



**C**eleste no supo de qué hablaban Fernando e Isabel pero los vio desde lejos marcharse hacia el interior de la casa.

—Creo que debiste pensar mejor de quién enamorarte —le recriminó Azucena a su hermana mientras se levantaba.

—Créeme que ya estoy pagando por eso —le dijo Celeste.

—Te convendría alejarte de él, reconsiderar la propuesta de Antonio.

Azucena se marchó de allí dejando a Celeste sola y reflexionando. «¿Por qué los días son tan iguales desde que llegamos a Bellavista? Continúo viviendo con esa sensación incómoda que aún no logro identificar, es una mezcla de temor y de culpa», pensó. Celeste, estaba convencida de que todo lo que estaba ocurriendo entre Fernando y ella iba en contra de los valores que le habían enseñado. Se reconfortaba al saber que ya estaba pagando su osadía, aún sentía miedo de imaginar que alguien lo hubiera descubierto en la puerta de su alcoba la vez anterior. Ahogó el llanto en un suspiro, sintiendo a la culpa como su peor enemiga, sintiéndose egoísta, reconociendo que no actuaba bien;

pero estaba poseída por el amor, el que no podía arrancarse del alma por más conceptos morales que hubieran en el mundo, los que siempre había considerado y ahora no tenía fuerzas para seguir aceptando.

Se protegió con las manos del resplandor que comenzaba a darle directamente sobre los ojos. Se recostó hacia atrás procurando no pensar en Fernando y en aquella quimera que les había robado la razón a ambos. Trató de dejar su mente en blanco y no pensar.

Despertó sobresaltada mientras era sacudida por Isabel Quintero. Celeste continuaba en el sillón de la terraza a punto de ser derretida por el sol.

—¿Cómo puede dormirse así, sentada en esa silla tan incómoda y con tanto calor? ¿Acaso no durmió bien anoche? —le increpó Isabel.

—Por lo general tengo problemas para conciliar el sueño —le contestó Celeste.

—Voy a hablar claro, no me gustan los rodeos. ¿Existe algún trato entre mi prometido y usted? —dijo Isabel y Celeste palideció.

—¿Por qué me pregunta eso?

—Nada me extrañaría de Fernando, por eso no dudo que tuviera una aventura. No sería la primera ni la última. —Celeste intentó decir algo e Isabel siguió hablando—: Le advierto, Fernando siempre regresa a mi lado. Por eso dejo que juegue, que crea que está satisfaciendo su orgullo de hombre. Hemos sobrevivido muchas crisis y créame, ésta no es la peor de todas.

Azucena llegó a tiempo para concluir aquella conversación. Las interrumpió al decir:

—Celeste, mi tía me mandó a buscarte para la merienda. ¿Nos acompaña, señorita Quintero?

—Adelántense —dijo Isabel y se quedó mirando a las hermanas que se alejaban.

Durante la merienda, mientras cruzaban miradas cómplices Fernando y Celeste, ella sentía que no iba a poder permanecer sentada durante la comida. Se retiró antes que todos del comedor alegando un fuerte dolor de cabeza. Cerca de su habitación la alcanzó Fernando.

—Mañana luego de la fiesta de compromiso de Josefina, les revelaré a nuestras madres mis sentimientos hacia usted —le dijo él.

—No se le ocurra, no quiero arruinar la recepción de su hermana. Márchese, no quisiera que nos sorprendieran a solas —Celeste le pidió.

—No tiene que temer, siempre se tardan en el comedor —dijo él e intentó tomarla del brazo pero ella iba tan aprisa que no logró alcanzarla.

Al llegar a su habitación entró súbitamente dejándolo fuera con la puerta en las narices. Fernando se dispuso a llamar pero reflexionó y deslizando su mano por la madera, prefirió respetar su decisión, así que se alejó. Mas la fuerza superior a la razón que se apoderaba de su voluntad, lo hizo irrumpir en la recámara sin pedir permiso. Una vez dentro, la estrechó entre sus brazos para disipar cualquier idea que intentara separarlos.

—¿Ha perdido el juicio? Salga de inmediato antes que alguien lo encuentre aquí —le dijo Celeste aunque su voluntad la arrastraba a perderse en su abrazo. Nunca nadie había estado tan cerca de su cuerpo como él.

Fernando cerró la puerta con llave y se la entregó a ella. Su rostro ardía de pasión.

—Nadie podrá entrar si usted no abre la puerta —le dijo Fernando e intentó besarla. Celeste casi cae rendida ante sus labios, quería aferrarse a ellos para descargar todo el deseo que la consumía, pero el pudor no le permitió vencer la barrera que la instó a separarse de golpe. Él la miró suplicante, con esos ojos azules que lograban desequilibrarla.

—Ya no estoy tan segura de querer seguir adelante —dijo Celeste,

presa de una distancia que le congeló los huesos. Temía que su reacción alejara a Fernando de su lado para siempre, pero ella no sabía cómo responder ante la tentación que la hacía vulnerable, no estaba preparada para el deseo. Toda su vida había soñado con el largo camino del cortejo hasta el matrimonio y estos encuentros furtivos terminaban por desencajarla—. Esto ha llegado demasiado lejos. No quiero ser responsable del dolor ajeno. Odio en lo que me he convertido, las mentiras, los engaños, mi falta de honor.

—Su frialdad me rompe el corazón.

Se sobresaltaron al sentir que llamaban a la puerta.

—Escóndase, por favor —le susurró Celeste con la ansiedad colapsando en su garganta.

—No, no me importa que descubran de una vez lo mucho que la quiero. No le quedará más remedio que casarse conmigo —dijo y le arrebató la llave de sus manos para abrir la puerta.

—Se lo suplico, escóndase detrás de las cortinas.

—Yo también se lo suplico, no renuncie a mí. —Fernando abrió la puerta de una vez sin importarle las consecuencias.

—¡Por todos los santos!—. La esclava que aguardaba fuera de la puerta dio un brinco del susto—. ¿Niño, qué hace aquí se ha vuelto loco? —dijo Juana con la voz temblorosa.

Fernando miró a Celeste lleno de dolor, le clavó la mirada y ella sintió que le temblaban las piernas. Él susurró:

—Mañana después de la fiesta de compromiso... Discúlpeme si no me doy por vencido. Nunca había querido tanto como la estoy queriendo. —La voz se le quebró y no pudo decir más.

Fernando salió de allí cabizbajo dejando a Celeste pálida y sin saber qué hacer.

—Juana te pido que no... —dijo Celeste.

—No se angustie, no he visto ni oído nada —dijo Juana antes que Celeste terminara la frase. Su tía me mandó a prepararle un remedio para el dolor de cabeza y aquí se lo traigo, pero veo que su mal es del corazón, eso no se quita con esta tisana.

—Juana no te vayas, te lo ruego. Necesito un consejo. ¿Tú puedes dármelo?

—Niña... ¿Está enamorada? —Celeste alargó la mano para tocarla y Juana le dijo—: Pero si está más fría que una rana. Siga a su corazón, al menos así aunque elija el peor camino no podrá arrepentirse, siempre quedará el consuelo del recuerdo.

Esa noche Celeste se acostó a dormir temprano, pero hacia la madrugada despertó sobresaltada. Desde su cama miró por la ventana hacia fuera, la luna parecía una sonrisa con un coro de estrellas a su alrededor. Recordó las palabras de Fernando: «Mañana...», pensó. Le preocupaba la reacción de Isabel y más aún la de Antonio. Las imaginaba. «¿Qué dirá mi tía? Mi madre se va sentir tan avergonzada de mi conducta, yo en el medio de todo. No puedo defraudarla así y menos ahora que su salud está tan débil. Tengo que impedir que Fernando tome decisiones apresuradas que destruyan a la familia. Lo quiero y deseo ser su esposa pero es necesario esperar a que resolvamos todo lo que interfiere con nuestra felicidad».

Salió sin hacer ruido. El corredor estaba en un silencio total. Las penumbras le hicieron imaginar que sus antepasados desde sus cuadros, la iban siguiendo con la mirada a lo largo de su paso por el pasillo. Al llegar a la habitación de Fernando encontró que la puerta estaba semiabierta. Pasó pero no había nadie. Recordó la primera noche que lo había visto salir de la recámara de Isabel, también las palabras de ésta en la terraza. Un nudo le apretó el pecho. Caminó rumbo a la habitación de Isabel tratando de contener

su desesperación. Observó la puerta herméticamente cerrada y quiso poder atravesarla. De golpe se abrió.

—Sentí pasos fuera. ¿Qué busca? —Isabel la miró desafiante.

—Pasaba por aquí. Voy a la cocina —Celeste dijo lo primero que le vino a la mente.

—La cocina queda por otro rumbo. Si ya sabe lo que vino a averiguar, váyase. Fernando está con quien debe estar. —Isabel había notado la insistencia con que Celeste miraba para el interior de su habitación.

Celeste bajó las escaleras, iba destrozada y se dejó caer en el último peldaño. Lloró abrazada al barandal, sin consuelo. La noche siguió transcurriendo. Permaneció allí, pensativa, llorosa, al linde del arrepentimiento por haberse atrevido a soñar con el amor, cuando súbitamente escuchó un galope. Caballos a esas horas podían significar dos cosas, o venía el médico por la salud de su madre o regresaba Fernando de sus andanzas en el pueblo. Se asomó sin importarle las consecuencias. Vio dos jinetes que se acercaban, eran Fernando y Moisés. Venían conversando de algo que acaparaba toda su atención. Cuando por fin la notaron en medio de la oscuridad de la noche se quedaron sorprendidos.

Al ver a Fernando desmontar corrió hasta él. Celeste no supo si estar complacida, por saberlo lejos de los brazos de Isabel o enojarse por la poca madurez que reflejaba la conducta del hombre que le había pedido ser su esposo. Lo vio pálido, frío, tambaleante y supuso que era por el efecto del licor. El esclavo se llevó a toda prisa los caballos, sin decir una palabra.

—¿Qué hace fuera a estas horas? —alcanzó a decirle él mientras trataba de mantener el equilibrio.

—¡No aceptaré casarme con usted, es todo lo que quería decirle, así que no incomode a mi madre con ese asunto! —le dijo Celeste y se introdujo

en la casa.

—¿Para eso me esperó despierta?

—Dice que me ama, que desea convertirme en su esposa. La vida no se resume a vivir un romance de día y de noche irse con los amigos. Yo no puedo pensar sólo en mí. Mi madre convalece en una cama, mi hermana casi es una niña. Conservar el patrimonio de mi familia depende de mí, de hacer un buen matrimonio, con un hombre que se ocupe de administrar nuestros bienes. Mi padre no descansó, no disfrutó en vida para dejarnos una herencia, para dejarnos protegidas. ¿Acaso ha comprendido la responsabilidad que implica casarse conmigo? No lo veo como hacendado, ni como hombre de familia.

—Ni yo me veo como hacendado, como hombre de familia puedo intentarlo. Deseo más que nunca hacerlo. Sé que no soy digno de su amor pero voy a corregirme.

—Pensaba que era un caballero.

—Tiene razón. Mientras mi hermano sacaba adelante los negocios de la familia yo me divertía en Europa. Le prometo que voy a cambiar y me convertiré en un hombre de bien.

Celeste se negó a seguirlo escuchando, se fue en silencio hacia sus aposentos y lo dejó hablando solo.

## XVII



ernando se sentía destrozado, tener que ocultarle la verdad a  
**F**Celeste y encima mentirle lo desconcertaba, pero no podía  
hacer otra cosa. Cuando estuvo solo en su habitación, dejó caer  
casi sin fuerzas la capa que llevaba encima. Se tumbó sobre el sillón  
desabotonándose adolorido la camisa, para dejar al descubierto una herida  
sobre su hombro izquierdo.

Juana llegó en un instante con el corazón en la boca, había sido avisada  
por Moisés. Sin hacer ruido había logrado preparar un emplasto de hierbas,  
agua caliente y había traído algunas vendas y todo lo necesario para sacarle el  
proyectil. Trataron de no hablar para que nada interrumpiera el silencio de la  
noche. La mirada de Juana lo dijo todo y la inquietud de la que se apoderaron  
sus ojos. Con un cuchillo previamente calentado, intentó extraer el metal  
mientras Fernando llegaba al límite del dolor que podía aguantar. Apretó sus  
puños y sus dientes para no lanzar un gemido. Estaba a punto de darse por  
vencido, se le estaba agotando la fuerza cuando Juana le dijo que había  
terminado. Luego de procurarle todos los cuidados pertinentes la esclava se  
retiró para dejarlo descansar, no sin antes susurrarle que debía ser atendido  
por un médico.

Fernando se quedó acostado, sin lograr conciliar el sueño. No entendía cómo les habían tendido aquella encerrona. Lo único que le venía a la cabeza era que La Celeste estaba vigilada desde antes y que estaban esperando a que ellos acudieran por las armas para atraparlos en el acto. Moisés y él habían corrido con suerte. Aún estaba preocupado por su amigo Gustavo Garcés, quien a última hora había decidido arriesgarse y participar, debido a la escasez de hombres, lo había perdido entre el fuego y los soldados que se habían dispersado por todo el lugar.

Consideró renunciar a todo. Dejar que los más interesados resolvieran el problema porque ahora él no tenía cabeza para asuntos políticos; entonces, le venían a la mente Juana, Moisés y muchos otros en su condición. Tal vez estaba luchando en el lado equivocado, junto a unos cuantos terratenientes que buscaban cómo hacer más rentables sus haciendas, pero era la única salida que veía para llegar a la abolición, que era su verdadero propósito. Recordó cómo se había metido aquello.

Había crecido viendo el horror, viendo a los hombres desgarrar a su propia especie sólo porque los diferenciaba el color de la envoltura. Se había aguantado muchas veces, una cuando aún era niño y su padre le había prohibido jugar con su mejor amigo porque los separaba la raza, otra ante la masacre del mayoral, que había sorprendido a un grupo de seis esclavos que intentaban escapar. Aquella vez siendo un adolescente, su padre lo había hecho presenciar lo que llamaba un escarmiento para toda la dotación, para él había sido un asesinato. Y otras tantas que por lo repetitivas ni siquiera quería recordarlas.

Muchas veces intentó rebelarse contra su padre, pidiéndole más benevolencia. Aquél le había respondido con su desprecio, culpándolo de falta de hombría. Por eso odiaba todo lo que tuviera que ver con el trabajo del ingenio, por eso había querido marcharse a estudiar a Europa, para lejos de

todo aquello poder ser él mismo. Su padre se negó rotundamente obligándolo a cumplir con su obligación como primogénito.

Al morir su padre quiso cambiar las cosas, hacerlas a su manera pero le resultó difícil ponerse en el lugar del explotador, porque a pesar de que sus intenciones eran las mejores su familia lo presionaba para que hiciera prosperar la encomienda heredada. Pidió por segunda vez a doña María Antonia que lo dejara marchar a estudiar a Europa, tras el sermón que ella le dio cuando Fernando dejó Bellavista sin esclavos para la zafra, ésta muy a pesar de su voluntad lo había dejado viajar, temiendo que de no hacerlo las consecuencias fueran desastrosas. Ya no era un secreto para algunos allegados a la familia que Fernando detestaba la hacienda y la esclavitud.

En el barco en que se marchó conoció al que sería uno de sus mejores amigos hasta la fecha. Otro aventurero como él que lo había convencido que el futuro estaba en Francia. Fernando quedó fascinado cuando llegó a París y se matriculó en la universidad. Había encontrado cómo canalizar toda la pasión que llevaba dentro. Sus maestros sorprendidos por su habilidad para las letras, lo encauzaron y le abrieron la mente a nuevos ideales. Mientras su madre creía que él estudiaba disciplinadamente para un día volver, él se la había pasado viajando, conociendo el mundo, fijando su residencia en París, lugar donde encontró el progreso que perseguía y estudiando pero algo muy distinto a lo que su madre le había recomendado.

Y todo fluyó hasta que comprendió que aunque se fuera al fin del mundo, los esclavos en su isla, y más los que estaban padeciendo en su hacienda, le dolían. Decidió colaborar con los abolicionistas de diversas partes del mundo, empaparse de ese movimiento para llevarlo a su isla, la que permanecía retrasada en ese sector. La mayor parte su labor era pacífica y literaria, pero eso no significaba que no fuera riesgosa. También colaboró con los criollos exiliados, tomando en cuenta que tenían un punto en común y

reconociendo que los tiempos de la colonia debían llegar a su fin. Entre tanta labor, a duras penas terminó de estudiar. Se había acostumbrado a mentir a su familia con respecto a lo que deseaba en la vida, para poder seguir viviendo en Europa; si doña María Antonia hubiese tenido conocimiento de lo que en verdad sucedía le hubiera obligado a regresar para hacerse cargo de los negocios de la familia.

## XVIII



**L**a mañana del día del compromiso de Josefina, Celeste la percibió como la más perturbadora de todas. Ocurrieron un sinfín de contrariedades, pero la más extraña de todas fue cuando llegó un oficial del pueblo y doña María Antonia se encerró con él en el despacho. En esas estaban cuando vino a toda prisa Federico Navarro y también se confinó con ellos.

Cuando salieron, doña María Antonia les comentó a los demás de la casa, lo ocurrido la noche anterior en la hacienda propiedad de doña Angelina y que andaban buscando a los responsables, Celeste se sentó de golpe, sin saber qué pensar. Para tranquilizar a los presentes, dijeron que malhechores aprovechando que la hacienda estaba sola, habían intentado hacer de las suyas pero gracias a la guardia no habían logrado su cometido. Fue una historia más digerible que la de conspiración y de armas, sobre todo para las mujeres. El licenciado Federico Navarro se marchó con el oficial, según él a dejar en claro aquel asunto y Antonio se ofreció a acompañarlos.

Isabel no bajó a desayunar y al mediodía, cuando tropezó su mirada al

azar con Celeste, la esquivó por completo, como si no hubiese pasado frente a ella. La respuesta a eso la tenía Fernando y Celeste no necesitó explicaciones para corroborarlo. De todos modos, Fernando no tardó en buscar el momento para acercársele a Celeste, aprovechó cuando no había nadie cerca de ambos para llevarle unas flores. Celeste notó que continuaba pálido y se lo atribuyó a sus traspasadas. Él le entregó aquellos jazmines que había cortado en el jardín, a la vez que le comunicaba:

—Ya resolví todo con Isabel, se regresa en cuanto tenga listo su viaje.

—¿Por qué lo hizo? —le dijo Celeste.

—¿Qué dice?

—Es que acaso no entendió lo que le dije ayer. Mi futuro ya está decidido y usted no está en él.

—¿Qué hará? ¿Aceptaré a Antonio? Seremos infelices los tres para siempre.

—No se trata de Antonio, no podría hacerlo infeliz atándolo a mi lado sin poder darle el amor que merece. Anoche asaltaron nuestra hacienda, su hermano y el licenciado Navarro fueron a ocuparse de todo. Usted aún dormía, claro, como se acostó muy tarde, tiene cosas más importantes en las que ocupar su tiempo.

—Espere.

—No me casaré con Antonio pero él sería una mejor opción para mí, es su hermano menor pero ha demostrado que ya es un hombre, dispuesto a sacar adelante a una familia.

—Los conceptos que le han inculcado a usted no la dejan ver más allá de propiedades y herencias, de matrimonios arreglados, de caballeros indispensables para salvar y proveer, no la puedo culpar. Le deseo que sea feliz.

Celeste abrió la boca para responderle. Unos pasos en el corredor

contiguo la pusieron en alerta, salió con rapidez en sentido contrario para evitar que doña María Antonia que se acercaba, sospechara. Celeste se escondió detrás de una columna con la intención de terminar la conversación que había iniciado con Fernando una vez que su tía se alejara, tenía las palabras que le diría a Fernando atravesadas en la garganta. Fernando, cumpliendo los designios de Celeste y dando rienda suelta a lo que ella denominaba inmadurez, aventó las flores y luego intentó descargar su furia pisoteándolas. Doña María Antonia lo sorprendió por la espalda.

—¿Qué pasa, hijo? No le hagas eso a las flores.

—Ya no voy a casarme. Isabel se marchará lo más pronto posible — dijo bien alto para que Celeste a la que había visto esconderse lo escuchara.

—¿Por qué? Todo estaba tan bien entre ustedes. ¿Qué puedo hacer? Si quieres hablo con ella.

—Isabel no tiene la culpa. Descubrí que no estoy enamorado y sin amor no creo que pueda soportar el matrimonio.

Celeste se percató que doña María Antonia intentó fingir preocupación cuando desbordaba de júbilo. La señora dijo algunas palabras para calmar a Fernando y continuó su recorrido. Celeste abandonó su escondite. Contempló a Fernando, quien la miró a los ojos con descortesía, la que a Celeste le pesó en el alma. La dejó sola sin darle la oportunidad de manifestar toda su indignación.

Ella se quedó parada en el mismo sitio, abrumada por la falta de modales de Fernando ante una señorita. El desplante le dolió. Recordó sus propias palabras, reconoció que ella tampoco fue amable y sintió que ya se habían herido el uno al otro lo suficiente, como para dar por enterrado aquel amor, mucho antes de consolidarse. Celeste sabía que doña María Antonia no podría guardarse un minuto más lo ocurrido y que iría a toda prisa a contárselo a su hermana, así que decidió escuchar de viva voz de las matriarcas de la

familia, la opinión que tenían al respecto, para ver si aquello le ayudaba a aclarar sus ideas. Hubiese sido más fácil tener la confianza con su madre y contarle que Fernando la pretendía y que ella no hacía otra cosa más que suspirar por los rincones, pedirle un consejo y escuchar unas palabras sabias que le despejaran el camino, pero la barrera generacional y costumbrista estaba tan arraigada en la familia, que sería imposible.

Al acercarse con sutileza a la habitación, encontró a diferencia de otras ocasiones, la puerta cerrada herméticamente, pegó el oído a la misma pero no pudo escuchar nada, su tía y su madre habían decidido bajar la voz para que nadie, que intentara husmear, robara los secretos que celosamente guardaban.



Doña María Antonia llegó agitada hasta la habitación de su hermana y le dijo:

—¡Dios hizo un milagro! Yo sabía que Fernando no podía casarse con esa mujercuela —dijo doña María Antonia.

—Menos mal que no esperó a estar casado para darse cuenta —dijo doña Angelina.

—Hoy mismo le avisaré a doña Genoveva Santillán. Va a estar muy feliz.

—¡No lo puedo creer! ¡Tan pronto! Espera a que se vaya la señorita Quintero. No sea que Fernando se arrepienta y vuelvas a ilusionar a doña Genoveva en vano.

—Ahora a quien debo buscarle una esposa digna de él es a Antonio.

—Habías comentado sobre Hortensia Hidalgo previo a tu idea de casarlo con la señorita Santillán.

—He estado pensando mucho en algo. Antonio, aún más que Fernando necesita una esposa. Él es joven pero con tantas responsabilidades parece mayor, tal vez ya es hora de que forme una familia. De todas las señoritas que conozco la que más me agrada para él es tu hija, Azucena.

—No sería mala idea pero prefiero que no. Sabes que Antonio está ilusionado con Celeste y no quiero que Azucena sea infeliz al lado de un hombre que pretendió a su hermana —le dijo Angelina.

—Es verdad, pero con el tiempo se puede enamorar de ella, es tan bonita y dulce.

—Mejor no seguimos hablando de eso. Me trae recuerdos desagradables. Agradecemos a Dios que Celeste no corresponde a Antonio, de lo contrario no quisiera ni imaginarme el tamaño de la desgracia. ¿Y si mejor casamos a Celeste con Fernando? Ya está libre. Estando ambos sin ataduras sentimentales les será más fácil conformar una familia —propuso Angelina.

—No puedo aceptarlo. Sería una situación muy engorrosa para mí. ¿Qué explicación le daría a Antonio si me pregunta por qué se lo negué específicamente a él? ¿Qué le diría a Genoveva?

—A doña Genoveva la contentarás dándole a tu hijo Antonio. Mejor yerno no podrá encontrar, Antonio es un gran hombre. Con respecto a Antonio y a tu resolución de no aceptar su compromiso con Celeste, ¿qué te puedo decir?, mereces toda la incertidumbre por la que estás pasando.

—Ese asunto quedó en el pasado —dijo doña María Antonia.

—No seré yo quien te condene. Se lo dejaré a tu conciencia. Que se case Fernando entonces con Celeste y que no se hable más.

—¿Y mi acuerdo con Genoveva? Antonio no saldrá la deuda de su hermano.

—La deuda es tuya, deja a los muchachos en paz. Hoy se sella el

compromiso de Josefina. Sólo tenemos que quedarnos calladas hasta que se consolide. Estoy segura que esta noche Genoveva aceptará casar a su hija con Antonio, no tiene mejor opción y tu hijo aceptará porque es un pan de Dios.

—¿Fernando y Celeste? —indagó doña María Antonia.

—Es una gran tranquilidad para mí, que un hombre se haga cargo de los negocios y los bienes de mi familia. Representa poder morir en paz.

—No repitas eso, pronto estarás bien. Si te hace sentir mejor voy ahora mismo a decírselo a Fernando.

—Espera por lo menos a que se vaya la francesa.

—Te aseguro que yo misma me ocuparé de que se marche lo antes posible.

## XIX



**L**a noche llegó. Ni siquiera el alboroto en la hacienda La Celeste opacó la celebración. Los adornos florales estaban colocados por doquier. El salón había quedado reluciente. Todo combinaba entre los colores azul marino de las cortinas, los tapices y los manteles, el blanco de los lirios y los encajes, unidos al color caoba de la madera de los muebles y las puertas.

Cuando un evento importante ocurre en una familia tradicional, todos están inquietos y a la expectativa.



Doña María Antonia, aturdida con tantos líos en la cabeza, se dirigió a la cocina para ver cómo marchaban los preparativos de los platillos para la celebración que tenían en la noche. Era el compromiso de su única hija y todo debía quedar impecable. Al llegar se encontró a Juana dándole lecciones a Tula, sentadas en el suelo.

—¿Qué significa esto? —dijo doña María Antonia y Tula de un brinco se puso en pie.

—La niña Josefina me mandó a enseñarle a Tula —le contestó Juana.

—¡Por favor! Les ponen fin de inmediato a esas lecciones. Juana ve a hacerle compañía a mi hermana. ¿Y tú? —se refirió a Tula— ¿Ya le preparaste a Josefina todo lo que le hace falta?

—Sí, su merced —contestó la aludida.

—Entonces ayuda a Dora en la cocina —mandó doña María Antonia.



Tula se quedó muy triste. La cocinera la mandó por unas hierbas afuera para calmar los nervios de más de uno en la casa, incluidos los propios. Tula salió caminando arrastrando los pies y cuando se inclinó para cortarlas, no pudo evitar echarse a llorar. Tan feliz que se encontraba porque por fin iba a aprender a expresarse mejor y la señorita Josefina no iba a seguir reclamándole. Moisés que pasaba por allí, la vio y se compadeció de ella.

—¿Qué te pasa? —le preguntó.

—Su merced me regañó. La niña Josefina mandó que Juana me enseñe a *hablá* bonito y su merced no quiere.

—Si quieres yo te puedo enseñar cuando tu ama no se dé cuenta.

—Moisés *ere* lo *má* bueno del mundo.

—Nadie te puede quitar los deseos de aprender. Nunca lo olvides.



Celeste divagaba en el salón. Estaba en esos momentos de la vida en los que el camino se divide en dos y nos toca lo más difícil: decidir. Vio a Fernando acercarse a escasos pasos de sí. La observaba y podría decirse que

estaba sumamente desconsolado, pero cómo aseverarlo si no estaba dentro de él. Le habría suplicado que volviera y le pidiera una vez más que no lo abandonara, de seguro no podría volver a negársele. Lo amaba y él le correspondía, tendrían que buscar la forma de arreglar las diferencias entre ambos, no quería llegar al matrimonio con un cúmulo de rencor entre los dos.

Fernando estaba recostado a un amplio ventanal, sobre el brazo sano, aguantando el dolor del otro, no le quedaba otra opción. Un remolino de ideas se había apoderado de su cabeza. Tenía sus contrariedades y tenía a Celeste. Ambos se le unían y se le hacía una gran preocupación. La necesitaba.

Justo en el momento en que Celeste decidió caminar hasta Fernando, él hizo lo mismo. Se miraron fijamente, decididos a retomar la conversación que había quedado pendiente. Él esbozó una mediana sonrisa, complacido de verla aproximarse con esa mirada repleta de seguridad. Ella avanzó muy lento, mientras no podía evitar que su amplia falda se contoneara y provocara tal efecto, que daba la impresión que se deslizaba. Él sabía que no requería más para ser feliz, ni siquiera la fortuna de su familia, ella comprendió que nada tendría valor si Fernando no continuaba en su vida. El galopar de un caballo les irrumpió a medio camino y quebró el ambiente de silencio que se había apoderado de los dos, era Antonio que regresaba del pueblo. Antonio bajó de un salto, amarró el caballo y en menos de un minuto estaba en el salón. Al verla se acercó a su lado y Fernando se detuvo.

—¿No se aburre tan sola? —le preguntó Antonio.

—Para nada —le dijo Celeste apartando los ojos de encima de su amado.

Antonio comentó algo y Celeste no pudo escapar de la conversación.

Fernando fingiendo no verlos, se volvió a refugiar en la ventana y en la hermosa vista al jardín, procuró que tampoco los oía pero escuchaba sin poderlo evitar. Apretó los puños con fuerza sobre el marco de la ventana hasta

hacer la madera crujir. Una fuerte punzada como el fuego ardiente se apoderó de su herida y aquello vino acompañado de una fatiga. Se retiró de allí al no poder soportar los celos que lo abatían.



Josefina miraba una y otra vez el vestido que tenía para esa noche. Estaba muy feliz porque al fin su sueño se hacía realidad. Siempre había estado enamorada de Lorenzo Santillán o al menos eso creía. Su madre se había encargado de construirle esa fantasía. Para ella no existía otro pretendiente que no fuera Lorenzo Santillán, estaba decidida, si no se casaba con él, no se casaría. Estaba absorta en sus pensamientos, sus sueños y sus deseos, imaginándose esa noche mágica, cuando doña María Antonia llegó exacerbada a reclamarle por el asunto de Tula.

—No veo que tenga nada de malo que Juana le dé lecciones —le respondió Josefina.

—Eso es darle armas para que piensen —dijo doña María Antonia.

—¿Y Juana? ¿Por qué su esclava consentida sí puede, madre?

—Cuando Juana llegó, ya sabía. Ningún esclavo es mi preferido. Esto no es una beneficencia. Aquí están para trabajar.

—¿Y Moisés? Mi difunto tío le brindó educación.

—No es de mi propiedad.

—No quiero que sepa leer. Deseo que se exprese mejor para que no me haga pasar vergüenza delante de mis invitados.

—Pues hazlo tú misma. No saques a Juana de sus deberes. Hay mucho trabajo en Bellavista y más aún hoy.

—No es justo que me reprenda así. Hoy es un día muy especial para mí y nada debería empañármelo.

—Entonces no me des motivos.



A la hora indicada comenzaron a desfilan las carrozas ante el caserón de Bellavista. Uno de los primeros en llegar fue el joven señor Gustavo Garcés. Al descubrir a Fernando detrás de una columna, caminó hasta él. Fernando se llenó de emoción al ver a su amigo sano y con vida. No hablaron sobre el plan fracasado y las armas perdidas, pero ambos sabían cuan preocupados habían estado el uno por el otro. Gustavo lo abrazó como si no lo hubiera visto en mucho tiempo. Ante la reacción adolorida de Fernando, su amigo supo que había resultado herido. Con la expresión le brindó apoyo y de igual manera Fernando le dio a entender que no se preocupara. Trataron de entablar una conversación trivial.

—Pronto habrá boda. Luego le sigues tú. ¿No se te pone la carne de gallina? —dijo Gustavo.

—No hace falta disimular cuando nadie nos escucha —pidió Fernando.

—Es para darle un poco de realismo al asunto.

—Ya no es necesario. Hablé con Isabel, mañana se regresa a París.

—¡Se marcha la encantadora Isabel Quintero! Vas a notar su ausencia. No creo que las mozas del pueblo puedan ocupar su lugar. ¡Eres único, amigo! Admiro tu astucia. ¡Jamás tendría agallas para traer a una mujer como ésa a la casa de mi madre y decirle que se trata de mi prometida!

—No creas que fue por listo, ya te dije que Isabel se subió al barco sin mi consentimiento y me dio pena desconocerla.

—Ahí llega Lorenzo Santillán, parece un corderito de camino al matadero —dijo Gustavo Garcés y luego soltó unas carcajadas.

La familia Santillán no se hizo esperar. Llegaron puntualmente. Doña Genoveva lo primero que hizo al entrar al salón fue recorrerlo con la vista, de un extremo a otro. Al no encontrar lo que andaba buscando, sin darle rodeos le preguntó directamente a doña María Antonia.

—Espero conocer a la prometida de Fernando y a sus padres. ¿De qué parte de La Habana son? ¿Cómo se apellidan? Tal vez los haya oído nombrar. Tengo mucha familia por allá.

—No creo que los conozcas partieron hace muchos años a Francia — le contestó su futura consuegra.

—¿Qué dicen de estas tierras? ¿Qué les ha parecido regresar?

—Están encantados. Lamentablemente hoy no los podrás conocer. Se fueron por unos días a la capital.

—Pensé que estarían este día tan importante para nuestras familias.

—Genoveva, mejor hablemos de Josefina y Lorenzo. Hoy es un gran día para ellos.

—Quería hablarte de otro asunto. Sobre tu proposición de casar a tu hijo Antonio con Valeria. Mi esposo y yo lo pensamos, nos parece una buena idea.

—¿De veras? Eso merece un brindis.

—Ya se lo comunicamos a Valeria.

—¿Qué te dijo?

—Le agradó la noticia. Mi hija es un tesoro. Jamás da motivos de contrariedad.

Cuando doña María Antonia pudo librarse de doña Genoveva, fue en busca de Fernando y disimuladamente le advirtió sobre la plática que acababa de sostener.

—No tiene por qué preocuparse, madre. Aunque le insistí a Isabel para

que bajara al baile se negó, me dijo que ya no tenía caso, pues ya no formaba parte de esta familia —le dijo él.

—Por lo menos fue un poco sensata. ¿Qué les diría a nuestros invitados si supieran que vino sola, sin la compañía de su familia?

—Madre, confíe en mí. Este asunto quedará resuelto —pidió Fernando.

—Ya sé lo que me vas a decir, que en Europa la vida es diferente. La decencia es la misma en cualquier parte del mundo. Además, no estamos en París, estamos aquí y tenemos que respetar nuestras costumbres.



Hortensia Hidalgo recorrió todo el salón en busca de Antonio, deseaba estar cerca de él para que cuando empezara el baile, la invitara. Lo encontró hablando con las hermanas Pontevedra y Valeria Santillán. Aquello no le gustó nada, de todos modos se colocó a su lado y se unió a la conversación. Comenzó la primera pieza de la noche y no le quedó más remedio que bailar con otro. Antonio había sacado a bailar a Celeste.

Valeria que había estado esperando la misma proposición que Hortensia, se quedó desconcertada. Se disculpó con Azucena por dejarla sola y se fue a buscar a su madre. Para cuando Fernando y Gustavo Garcés llegaron, sólo Azucena esperaba en un rincón del salón.

—¿Señorita Pontevedra, me concede esta pieza? —le preguntó Gustavo Garcés.

—Pensé que nadie me lo pediría —dijo Azucena con la inocencia que la caracterizaba.

—Es un honor para mí.

Doña Genoveva veía feliz a Josefina y a Lorenzo bailando en el centro del salón. Recién comenzaba a sentir paz por haber resuelto aquel asunto con doña María Antonia. De pronto su mirada se topó con su hija, que callada se le acercaba.

—¿Qué haces aquí? Te suponía bailando con Antonio Alvarado, tu futuro prometido. ¿Acaso no te pidió que fueras su pareja de baile esta noche?

—¿Usted está segura que él desea casarse conmigo? —doña Genoveva observó a Antonio bailar con Celeste.

—Claro que sí. Su madre me lo confesó. Sólo que los jóvenes son un poco tímidos ante la señorita que en verdad les interesa.

Luego de haber escuchado los reproches de doña Genoveva, la cual se encontraba ofendida por la actitud de Antonio frente a su hija, a doña María Antonia no le quedó más remedio que disculparse.

—Realmente lo que sucede es que como hasta hoy te decidiste a confirmarme, no he tenido tiempo de comunicárselo a mi hijo. Es una noticia de mucha importancia y quería comentárselo cuando estuviéramos a solas.

—Mi hija se siente ofendida.

—Antonio es muy respetuoso, jamás la humillaría. No te preocupes lo repararé en un instante.

Doña María Antonia suspiró ante la nueva inconveniencia. Respiró hondo y caminó hasta donde estaba su hijo, temiéndose lo peor.

—Necesitamos hablar en privado. Ahora mismo —Antonio siguió a su madre hacia el despacho—. ¿Recuerdas lo que te había comentado sobre Valeria Santillán?—. Él sólo se quedó observándola—. Sus padres aceptaron nuestra petición. Por lo que te pido que seas cortés con ella y...

—¿Nuestra? Ya habíamos comentado el asunto. Le dije que no estaba

de acuerdo.

—En tus manos no sólo está tu felicidad, sino también la de tu hermana. Si no aceptas doña Genoveva en represalia podría disolver el compromiso de Josefina.

—Fernando ya está libre. Puede cumplirle.

—Doña Genoveva sabe que Fernando se piensa marchar a vivir en Europa. Ella desea a su hija cerca.

—¡Obligue a Fernando a quedarse, madre! Por una vez en su vida pídale que haga algo por la familia.

—Sabes que tu hermano es incontrolable. No se puede contar con él. Hazlo por Josefina. No termines con sus días de dicha.

—No me ponga en esa situación tan delicada. No me responsabilice por el porvenir de mi hermana. Él ya no tiene sus sentimientos comprometidos. Yo en cambio estoy enamorado.

—Te pido que sólo por hoy seas cortés con Valeria. Después veremos cómo resolver este asunto.

—Sus ‘veremos’ no llegan nunca. Haré lo que me pide sólo por esta ocasión, pero al terminar la fiesta retomaremos esta plática.

La alegría que había sentido Antonio al bailar con Celeste, unos minutos atrás, se había extinguido por completo. La buscó con su mirada y la encontró acompañada de Fernando. Se encaminó hasta donde permanecía Valeria Santillán.



Celeste observaba a Fernando, que desde su lugar también la observaba. Permanecían en silencio, escuchando la música, hasta que él se animó a decir:

—Me haría el hombre más feliz de la tierra si aceptara acompañarme.

—Estoy cansada —dijo ella.

—¿Es una negación?

Ella miró nerviosa a los lados con temor de ser escuchada, al ver que estaban solos le contestó tratando de disimular ante las personas que estaban lejos de ellos.

—No es eso. Desista de la idea de comentarle ese asunto a mi madre. Ella a esta hora ya debe estar dormida, respete su estado de salud. Si de verdad me quiere, espere a que se marche la señorita Isabel, no nos apresuremos ni tomemos malas decisiones —susurró.

—¿Como aceptar a Antonio o seguir bailando con él?

—¿Está celoso? No veo a Antonio con los mismos ojos que lo veo a usted. Fernando, solo deseo que espere un poco y que piense en la responsabilidad que implica el matrimonio conmigo. Mi lugar es junto a mi madre y a mi hermana, al menos mientras me necesiten. Mi madre no solo busca un esposo para mí, quiere alguien que se ocupe de la familia y de nuestra herencia.

—Lo entiendo —dijo él.

—Yo puedo aceptarlo, Fernando. ¿Usted está dispuesto a aceptarme con todo lo que implica, una madre convaleciente, una hermana a quien procurarle un futuro, tierras, propiedades, responsabilidades parecidas a las que abandonó cuando decidió marcharse a Europa?

—¿Es eso? Mi lugar es a su lado. La culpa de su desconfianza es sólo mía, perdóneme. Le prometí que iba a enmendarme y aún no he dado pruebas de mi buena voluntad.

—Demuéstreme que es el hombre que necesito como esposo y no dudaré en aceptarlo. Comience por cuidar de su salud. No sé que hace y no quiero imaginarlo pero se le ve muy desmejorado, pálido y ojeroso. Deseo ser

su esposa por muchos años —dijo Celeste y esbozó una tímida sonrisa para aligerar el ambiente cargado entre los dos.

—Me complace mucho saber que desea ser mi esposa, me agrada que le preocupe mi salud. ¿Entonces eso quiere decir que si me comporto a la altura de lo que espera de mí, me hará el hombre más dichoso de todo el mundo? —dijo con una pícaro sonrisa—. Me iré a dormir muy temprano, empiezo a cumplirle hoy mismo, pero no sé si tanta felicidad me deje cerrar los ojos.

Se despidieron con una mirada. Celeste regresó junto a su hermana. Fernando no pudo esperar a que todos los invitados se fueran, tuvo que retirarse. A duras penas había aguantado la conversación con Celeste. Aunque el dolor de su herida se le hacía a cada segundo más lacerante, no pudo dejarlo para otro día, era imperioso compartir con ella esas palabras y recibir su indulgencia. Ahora podía ir a descansar y ocuparse de su cuerpo maltrecho, ella le había dado esperanzas. No sólo le dolía todo el brazo, el malestar se le había generalizado, estaba fatigado y casi no podía mantenerse en pie. Sabía que inventar una disculpa no lo justificaría con su madre, así que se escabulló sin que nadie se percatara.

La noche terminó en Bellavista con la misma prestancia que inició, todos sonrientes a sus carruajes, salvo los habitantes de Bellavista que tenían motivos para no estar muy felices. Cuando se fueron los invitados, Antonio fue en busca de su madre pero ésta se negó a escuchar sus razones. Le sugirió que esperara al día siguiente para resolver el asunto inconcluso. Aquello era típico de ella. Él se negó a esperar, le rebatió, le expuso sus razones pero no consiguió que le hiciera caso. Doña María Antonia se dio media vuelta y se retiró a sus aposentos, dejándolo lleno de contrariedad.

## XX



**E**l regreso de la señorita Quintero se pospuso un día más, debido a la indisposición de Fernando Alvarado, el encargado de su viaje. Ella siguió renuente a salir de su recámara por lo que parecía que ya se había marchado. Fernando fue otro que tampoco se presentó en el comedor, a cumplir con los estrictos horarios del desayuno y el almuerzo de un día completo. Doña María Antonia que no toleraba ese desdén, considerándolo una falta en contra de las buenas costumbres, subió con el seño fruncido a sus aposentos, según ella, para sacarlo de la cama y su estilo de vida consumido por la inmoralidad y la holgazanería. Iba pensando que seguramente la noche anterior había abusado del licor. En vistas de no haberlo visto retirarse del baile en honor al compromiso de su hermana. Al contemplar al primogénito de Bellavista, pálido y ojeroso a doña María Antonia no le quedó dudas de sus suposiciones. Lo sermoneó y le comunicó que no iba a tolerar más su conducta inapropiada.



Mientras tanto, Josefina que no cabía dentro de sí por la dicha que le había ocasionado la noche anterior, no podía más que recordarlo. Quería que su boda con Lorenzo Santillán fuera perfecta. Decidió volver a revisar todo su ajuar y llamó a Tula para que la ayudara. Luego, dándose importancia, le comentó a la esclava:

—Pronto nos marcharemos a mi nueva casa. Espero que para el día de mi boda ya esté terminada.

—Siempre he *querío viví* en el pueblo.

—Será maravilloso, Tula. Todo quedará cerca, hasta la casa de mi amiga Hortensia. Extrañaré la hacienda, los paseos diarios a caballo. Afortunadamente no vamos a vivir en la casa de los Santillán; no me imagino en la misma casa con doña Genoveva, Valeria y sus otros remilgados hijos. Sería peor que estar aquí con mis primas.

—Amita será la dueña de su casa, y se hará su santa *voluntá*.

—De otra forma la felicidad sería incompleta. Lo único que me preocupa es que no hayas podido aprender a expresarte correctamente. ¡Mi señora madre es tan egoísta! Por fortuna, una vez que me case ya no tendré que obedecerla. Encontraremos el modo de remediar ese inconveniente. De lo contrario, no podría tenerte a mi servicio recibiendo a mis invitados, sería imperioso remplazarte por alguien más educado.

—No, amita, lléveme. Yo aprendo, se lo juro *po* la *Vígen* Santísima. ¿Sabe una cosa? El mulato fino de la niña Azucena me dijo que me va a enseñá.

—¿De veras? ¿Por qué no me lo habías dicho antes? Al menos para algo es bueno. Búscalos, debe estar holgazaneando como siempre. Mi madre no

podrá decir nada porque como bien dice, ese esclavo no es de su propiedad.



Tula salió corriendo escaleras abajo. Encontró a Moisés lavando la calesa afuera del zaguán. Acababa de empezar, así que le quedaba mucho por hacer. Al finalizar tendría que cepillar a los caballos. Ella se lamentó en voz alta, al darse cuenta que él no podría comenzar las lecciones porque estaba ocupado, a lo que Moisés le respondió:

—Si me esperas unos minutos con mucho gusto te enseño.

—Mil *gracia*, *Moisé*. Ahora sí que voy *aprendé pa' que* la niña me lleve con ella a su casa del pueblo. —Tula se sentó a un lado y se le quedó observando al mulato desnudo de la cintura para arriba. —Así me aburro, *mejó* te ayudo.

—No hace falta. No quiero que te vayas a ensuciar un vestido tan lindo.

—El agua no mata.

Tula agarró un poco de agua con sus manos y salpicó al rostro de Moisés. Luego comenzó a correr alrededor de la calesa. Él tomó otro tanto y le siguió detrás. Un par de minutos en los que ambos adolescentes, él dieciséis y ella diecisiete, olvidaron las penurias de la esclavitud. Rieron a carcajadas y corrieron sin dejarse atrapar por el otro, un juego inocente, pero al esclavo no le estaba permitido reír si el amo no se lo ordenaba.

En esas estaban cuando se apareció el mayoral y se les quedó mirando. Tula quedó paralizada del miedo y se llevó las manos empapadas a la espalda.

—Tula, dale a tu quehacer —rugió el mayoral.

—La niña Josefina me mandó con *Moisé*.

—¡Y tú esclavo, no me alborotes a la dotación! ¡Qué no se te olvide

que te estoy vigilando! ¡A ver cuánto te dura el consentimiento de tus amas!

Cuando el mayoral siguió su camino, Tula se dejó caer en un rincón para recuperarse del susto.

—No tienes que temerle al mayoral —dijo entre dientes Moisés.

—¡Cómo no! Ese hombre *é* malo como el diablo.

—Solamente es un hombre más.

—Lo *dice porque* tu ama *é* buena y no *tiene* que *obedecé* a un mayoral.

—Lo importante es que tienes deseos de aprender. Te prometo que te dejen o no, te daré clases y antes de lo que imaginas te expresarás con soltura, también te enseñaré a leer y a escribir.



Dos días después de la celebración del compromiso de Josefina con Lorenzo Santillán, Antonio se estaba preparando para salir en la cabalgata que había preparado su madre. Cabalgarían por la hacienda y después se deleitarían en un almuerzo a orillas del río, todo con los chaperones correspondientes, para salvaguardar el honor de las señoritas, cuyas distinguidas familias habían aceptado la invitación. No podían faltar, los amigos más cercanos de los tres jóvenes Alvarado. Antonio buscó a Celeste entre las jovencitas mientras los invitados elegían los caballos, no la encontró. Azucena le comentó que doña María Antonia le había pedido a su hermana que se quedara haciéndole compañía a doña Angelina, debido a que la madre de Antonio estaría muy ocupada y sería muy injusto que la enferma se quedara sola. Antonio salió en busca de doña María Antonia. Lo primero que pensó fue reclamarle, estaba seguro que todo era una artimaña de su madre para acercarlo a la señorita Valeria Santillán. Al tenerla en frente, cambió la estrategia, no le mencionó el asunto y actuó con naturalidad.

—Hijo, apresúrate. No sea que partan sin ti —le dijo doña María Antonia.

—¡Qué pena me da! Tenía tantas ganas de ir y acabo de recordar que no puedo.

—¿Por qué lo dices?

—Dejé muchos asuntos pendientes para hoy. Como usted todo lo planeó de improviso.

—No puedes irte. Debes atender a nuestros invitados —le pidió la madre.

—Madre, no puedo descuidar nuestras responsabilidades, recuerda que de tus dos hijos, soy el único que hace crecer la herencia que nos dejó mi difunto padre. Trataré de regresar para el almuerzo, pero no sé si lo logre, estaré muy ocupado.

—¿Y quién los guiará?

—No se preocupe, Fernando es perfecto para eso.



Azucena se le acercó a Valeria Santillán que permanecía observando a los demás y le dijo:

—¿Aún no has escogido un caballo?

—Estaba esperando a tu primo Antonio. Tu tía me dijo que él me ayudaría a seleccionarlo —contestó la señorita Santillán.

—Ven conmigo. Puedes montar el de mi hermana, ella no nos acompañará. Son de nuestra hacienda, nos lo regaló nuestro padre cuando aprendimos a montar.

Se dirigieron a la parte de atrás de los establos. Allí encontraron a Moisés que le repasaba la lección a Tula. Azucena muy ajena a lo que sucedía

entre los esclavos dijo:

—Moisés, ensilla los caballos. Ya nos vamos.

—Enseguida niña. Estaba dándole clases a Tula y se me fue volando el tiempo.

—De ser así no es necesario que me acompañes. Puedes seguir haciéndolo, solo ensíllanos los caballos. Valeria me hará compañía.

—¿Cómo cree que la voy a dejar sola? ¿Y si me requiere para algo?

—dijo Moisés.

—No lo creo. Vamos a ir muchos, si lo necesito buscaré quien me ayude.

—Mi obligación es acompañarla —reiteró Moisés.

—Te aburrirás. Nos sumiremos en una plática de señoritas que no vas a entender —le dijo Azucena.

—Por si acaso mejor le sigo detrás. Bien recuerdo que el difunto amo me decía: «Moisés, tu deber es proteger a mis hijas».

Azucena no le insistió más, lo vio disculparse con Tula y decirle que debía volver al trabajo.



Doña María Antonia, aún enojada por la actitud de Antonio, subió a la recámara de Fernando que aún permanecía acostado por la debilidad que se había apoderado de su cuerpo. Con su usual vaso con agua intentó levantarlo, le dejó caer el chorro directamente sobre el rostro. Su madre venía decidida a acabar con la rebeldía de aquél, pues según ella era el responsable del nuevo comportamiento de Antonio. Doña María Antonia creía que entre los hermanos se daba una especie de imitación, y que cuando lo que se remedaba eran las malcriadeces, los caprichos sin razón, el actuar pendenciero, la holgazanería y

un sin fin de malas conductas, era nefasto. Si era difícil enderezar a un hijo que había torcido el rumbo, dos lo sería peor. Para terminar con el mal que se había apoderado de sus hijos, incluyendo a Josefina que tampoco se quedaba detrás, la señora estaba convencida que debía extirparlo de raíz y para eso necesitaba guiar por el buen camino al hermano mayor. No le quitaría el ojo a Fernando de encima, si de ella dependía, el primogénito de Bellavista se iba a corregir y así, sus hermanos tendrían un digno ejemplo para seguir.

—Vamos, hijo. Tu hermano tiene asuntos que requieren su presencia. Tú estarás a cargo de la cabalgata —le dijo doña María Antonia sin ton ni son.

—Madre, no me siento bien. Se lo ruego. Déjeme descansar.

—No tengo otra alternativa. Tu hermano esperó para decirme justo antes de comenzar el paseo que no puede participar. No sería correcto pedirle a Lorenzo Santillán u otro caballero que guíe cuando hay dos jóvenes en la familia que bien pueden hacerlo. Es tu deber y espero que lo hagas a la altura de la familia. Se acabó tu desidia Fernando Alvarado, a partir de hoy te enmendarás, honrarás la memoria de tu padre y el buen nombre de nuestra familia.

—Como ordene, querida madre. No tengo ánimos para discutir. Me levanto y estaré con ellos en breve, déme unos minutos para adecentarme.



Desde la ventana de su madre, Celeste vio partir la comitiva con Fernando Alvarado a la cabeza. Luego se sentó al lado de doña Angelina, ni siquiera se lamentó por perderse del paseo, sabía que su madre la necesitaba, pero no pudo evitar que las horas le parecieran eternas lejos de Fernando, hubiese sido una linda oportunidad para intercambiar unas palabras con él y

saber si seguía firme en su decisión de convertirla en su esposa. Se preocupaba por la solidez de la promesa de su amado porque conocía de la facilidad que tenía para olvidar, ya lo había hecho en el pasado. Le atormentaba conocer que Isabel Quintero continuaba en la hacienda y que aunque se negaba a convivir con la familia mientras esperaba la fecha de su partida, su presencia la hacía dudar. Celeste se asomaba a cada instante, esperando el arribo de los primeros jinetes, no conseguía ver nada, hasta que regresaron al mediodía. Entonces vio desfilar a varios esclavos hacia las orillas del río, en donde su tía había dispuesto sillas, mesas y pomposas sombrillas, para que los invitados degustaran la vista del caudal profundo, y para que deleitaran su paladar con los alimentos preparados en la cocina de Bellavista. Todo un festín a la altura de la pudiente familia.

Al terminar el agasajo, Azucena corrió a relatarle a Celeste lo acontecido. Se encerraron en la habitación de la última y Celeste disfrutó con cada uno de los detalles insospechados.

—Fernando Alvarado te extrañó todo el recorrido. Se le veía en el rostro. Estaba tan desanimado el pobre, de seguro afligido por no contar con tu compañía.

—Primero me alientas para que lo escuche, luego te enojas conmigo por el daño irreparable que sufrirá la señorita Isabel. Ahora medias como reconciliadora entre él y yo.

—Sé que es importante para ti, hermana, he decidido apoyarte. Mañana todo se resolverá. Por fin se irá la señorita Isabel. Tu amado Fernando me dijo que en cuanto se vaya la francesa, va subir a la habitación de nuestra madre y con toda pomposidad le va a pedir formalmente tu mano en matrimonio.

—¿Eso te confió? —dijo Celeste a punto de atragantarse, mientras pensaba que Fernando Alvarado había perdido la cordura, pero de una forma

exquisita.

—Mañana vas a ser inmensamente feliz —le dijo Azucena.

## XXI



**F**ernando descansaba en su habitación cuando Juana llegó para recordarle la hora de la cena. Él le pidió que aprovechara para removerle las vendas porque no se sentía cómodo, el escozor era más intenso y la sangre había vuelto a brotar, por la cabalgata. Juana lo ayudó de inmediato, cuando levantó las vendas hizo un gesto desesperanzador.

—No me gusta nada lo que veo, niño —dijo Juana asustada—. Le suplico, déjese examinar por un médico.

—No puedo, Juana—. Él temía que si aquella situación se comentaba en el sitio inapropiado, las sospechas recaerían sobre él, lo relacionarían de inmediato con lo ocurrido en La Celeste.

—Su madre lo quiere en el comedor, si no baja subirá en persona. A ella no podrá convencerla de no traer un médico. ¿Todo lo que está haciendo vale su vida, niño, dígame si vale su vida?

—Ayúdame a ponerme de pie, necesito lavar la herida y detener el sangrado para complacer a mi madre y presentarme al comedor —le dijo por respuesta.

—Yo te ayudo, déjame curarte. Traeré el remedio de hierbas que he estado utilizando y prepararé una tisana para que vuelva el color rosado a tus mejillas.

Fernando Alvarado hizo un esfuerzo sobrehumano y bajó los escalones. Se apareció en el comedor con el rostro descompuesto. Su madre le tomó el rostro con una mano y lo observó de cerca, era imposible que no notara las ojeras grises que se habían formado bajo sus ojos, las mejillas hundidas y amarillentas, la falta de lozanía en la piel.

—¿Te sigues sintiendo mal? —le preguntó doña María Antonia.

—Nada complicado —dijo Fernando para evitar que su madre sospechara.

—Sería bueno que te examinara el médico de nuestra familia, ya me preocupas, hijo mío, has perdido el brillo que te hace especial —insistió la señora.

—No es para tanto, madre, sola una ligera indisposición —dijo Fernando y tomó asiento justo al lado de Celeste, a pesar de que habían otros puestos vacíos.

Estaban todos sentados a la mesa a excepción de Isabel Quintero, que había decidido cenar en su recámara y doña Angelina, que no les acompañaba por obvias razones. Sólo Josefina y su madre conversaban, los otros por algún u otro motivo habían preferido guardar silencio.

No había acabado la cena cuando Antonio se puso de pie y dijo:

—Madre, con todo el respeto que le debo le pido que me escuche. También a usted estimada Celeste —se volvió a su madre—. Le solicito su permiso para cumplir con la palabra que le di a mi difunto tío, le prometí casarme con su hija mayor y no cumplir con esa promesa es algo que me afecta en mi honor. Sé que mi tía le ha dado esa facultad debido a que ella se

encuentra imposibilitada por su delicado estado de salud. No vea mi petición como una cuestión del corazón, sino de mi dignidad como caballero, no tengo excusa para retractarme.

Los comensales detuvieron sus cubiertos y permanecieron atentos. Fernando lo primero que hizo fue mirar a Celeste y comprobar la palidez en el rostro de ella al escuchar la revelación de Antonio, se culpó mil veces por no haberle hablado de una vez a su hermano con la verdad, tal vez algo así se habría evitado. Fernando sintió que el silencio en que permanecía lo devoraba, era tal su necesidad de gritar que presionó con tal fuerza el cuchillo y el tenedor que no sintió como le cortaban las palmas de las manos.

—Es mejor que me retire —dijo Celeste temblorosa.

—No se vaya —Antonio la retuvo y volviéndose a doña María Antonia le suplicó—. Espero su respuesta, madre. ¿O acaso tiene una razón lo suficientemente válida para excusarme de mi juramento?

—Hijo, es mejor que hablemos a solas.

—He estado tratando de hablar con usted desde el compromiso de Josefina y siempre encuentra un pretexto para evadirme. Me pasé toda la tarde dándole vueltas al asunto del compromiso con Valeria Santillán. Estoy resuelto a tomar una decisión que sea escuchada —dijo Antonio.

—Calma, hermano. Sigán comiendo todos, por favor. Hablemos con nuestra madre en privado. Estamos perdiendo los estribos e incomodando a las señoritas con este asunto —dijo Fernando.

—Ahora no, Fernando —dijo Antonio.

—Mi intención es que termine la tensión familiar —dijo Fernando que lidiaba con el dolor físico y la discusión—. Antes de continuar con tu petición, te suplico que conversemos, tengo algo que decirte, es urgente que lo sepas —le dijo Fernando a su hermano.

—Si uno de ustedes no se casa con Valeria Santillán pondrán en riesgo

mi compromiso, no lo hagan, por favor —dijo Josefina con las lágrimas bañándole el rostro.

—Madre, ceda, por favor. No puede obligar a mi hermano a casarse con Valeria Santillán. Dígale eso, que no se lo exigirá y deje que Celeste atienda la petición de Antonio, es a ella a quien corresponde, junto con su señora madre, darle una respuesta —le dijo Fernando a su madre al verla tan angustiada. Fernando estiró un poco la mano, por debajo de la mesa, para sostener la de Celeste e infundirle seguridad, para que se pronunciase al respecto y frenara allí el conflicto.

—No puedo hacer nada de lo que me pides, Fernando —le dijo doña María Antonia—. Uno de los dos tiene que casarse con Valeria Santillán o pondrán en riesgo el matrimonio de su hermana.

—Madre, perdone. Somos adultos. No puede presionarnos —dijo Fernando en un tono de voz calmado para intentar frenar a su madre, a la que notó muy exasperada, y para calmar a su hermano.

Josefina lloraba copiosamente, ya sin poder atender a las buenas maneras que le habían enseñado, tal era su desconsuelo.

—Los desheredaré entonces —dijo doña María Antonia y su tono de voz fue alto y tajante.

—Madre, con su riqueza, haga lo que considere prudente. Mi padre dejó una herencia a cada uno de nosotros antes de morir, somos responsable cada uno de nuestras fortunas —le recordó Fernando.

—Lo siento, Josefina —se disculpó Antonio—, pero yo no me casaré con ella y esto no tiene nada que ver con Fernando, ni con Valeria Santillán. Me duele arrastrarte con mis decisiones, pero entiendo, no puedo casarme con la señorita Santillán solo por temor a la represalia de su familia.

—Hazlo por mi felicidad, Antonio, te lo ruego. Nunca me has hecho llorar —suplicó Josefina casi poniéndose de rodillas.

—Nuestra madre se ha opuesto a mi compromiso con Celeste desde antes de saber que Fernando no cumpliría la promesa que ella le hizo a los Santillán —dijo Antonio—. Promesa que hizo a nombre de Fernando, no del mío. Usted, madre, no tiene excusas para continuar negándose. Simplemente se empeña en creer que la señorita Celeste no es lo que espera para mí. No desistiré hasta que me dé una razón convincente, de lo contrario volveré esta casa un infierno y dejaré de ser el hijo que ha conocido.

—¿Es eso cierto? ¿Usted cree que mi hermana no es digna para uno de sus hijos? —inquirió Azucena.

—Por supuesto que no me he pronunciado en contra de ninguna de las dos. ¿Ves lo que logras con tus caprichos, Antonio? Estás ciego, no puedes ver que ella no te ama. No desea ser tu esposa, solo por eso me he negado, quiero que seas amado —le dijo a su hijo.

—Yo no deseo casarme con usted, Antonio. No insista y terminemos este asunto vergonzoso de una vez —pidió Celeste y Fernando exhaló con fuerzas, creyó que las palabras de Celeste calmarían el ímpetu de su hermano.

—Hijo, ya no insistas. Celeste ya zanjó este asunto. Ella voluntariamente decide no aceptar tu ofrecimiento —dijo doña María Antonia.

—Madre, no creo que Celeste esté dispuesta a ir en contra de la voluntad de su difunto padre. Celeste se ha negado porque usted la ofende con su desaprobación —gritó Antonio fuera de sí—. Don Diego Pontevedra partió de inmediato con su familia luego de la visita que usted le hizo. Niegue que lo que le dijo fue motivo suficiente para el viaje repentino, el que terminó en el lamentable accidente. ¡Oh, madre! ¿Hasta dónde llega su obcecación por dominar nuestras voluntades?

—Hermano, es hora de que te calmes, no me hagas sacarte por la fuerza. Mide el tono de tu voz —le exigió Fernando.

—No hay respeto de mi parte para ti, hermano mayor, no desde que me

enjaretaste el peso de las responsabilidades de la familia mientras vivías a tus anchas en Francia, no desde que profanaste nuestra morada y trajiste a tu amante parisina.

—Antonio, es suficiente —subió el tono aún más doña María Antonia—. Te ordeno que te retires a tus aposentos, hablaremos cuando estés más calmado. ¿Pero qué sucede, hijo mío, que has perdido el tino y te comportas sin una gota de decencia?

—Sucede que me he cansado, madre y estoy reclamando lo que me merezco, he dejado mi juventud por servir a esta familia, he renunciado a mis sueños, yo también deseaba estudiar en Europa pero le he cedido el lugar a mi hermano. Alguien tenía que quedarse al frente de Bellavista. ¿O me equivoco? ¿Ahora me pide que por la felicidad de Josefina también renuncie a escoger a mi propia esposa? ¿Es que no lo ve, madre? Mientras más me comporto como hijo devoto, usted apoya a los que se le enfrentan, así que me niego a seguir siendo el dulce y complaciente hijo. Déme su consentimiento para desposar a Celeste, yo me entenderé con mi madrina.

—Celeste no te ama, hijo —reiteró la señora.

—¿Y el amor a usted cuándo le ha importado? Estaba dispuesta a casarme con Valeria Santillán, usted lo ha dicho hasta el cansancio, el amor llega después de casados, antes es pecado. Exijo la mano de Celeste en matrimonio o tomaré mi parte de la herencia, la que me dejó mi padre y me iré lejos, me desentenderé de esta familia. ¡Acepte ahora, madre o admita que me ha perdido como hijo!

—No lo podrían entender, hay un secreto de familia que impide esa unión. Mi hermana está de acuerdo conmigo —dijo doña María Antonia.

—¡No es verdad! Mis padres siempre estuvieron de acuerdo con que Antonio cortejara a Celeste —irrumpió con su comentario Azucena—. Usted es la única culpable de todo, después de su visita a La Celeste, nos

regresamos a la capital y sobrevino el accidente.

—¡No me alce la voz, señorita! Se olvida que me debe respeto —la previno su tía.

—Perdóneme. Me duele demasiado aceptar que usted es la responsable de la muerte de mi padre, pensé que nos quería —sentenció Azucena y le hizo compañía a Josefina al llorar desconsoladamente.

—Y las quiero a las dos, Azucena, pero no me obliguen a revelar el secreto que por tantos años he guardado. Antonio, si supieras lo que guardo serías el primero en oponerte a esa unión. Ahora todos están en mi contra. Nunca pensé que viviría para ver tamaña ofensa —dijo doña María Antonia.

—Madre, toda la vida he hecho lo que ha querido pero hoy no puedo. He sacrificado mi juventud por sacar adelante los negocios de la familia y no es capaz de apoyarme en lo único que le pido — gritó Antonio que nada lo frenaba.

—Hijo, ya es suficiente falta de educación, hablemos a solas cuando estés más calmado —pidió la madre.

—Hermano —intervino Fernando—, escucha a nuestra madre. Ahora todos estamos muy ofuscados. Es mejor que hablen más tarde. Acompáñame. Vamos al pueblo y tratemos de tranquilizarnos. Las cosas deben resolverse con la mente clara y es evidente que ahora no puedes sincronizar tus ideas.

—Fernando, no te pedí tu opinión. No me pidas paciencia cuando tú nunca la has tenido. Tal vez por eso no te han negado nada. Nuestra madre no quiere que me case con Celeste, porque para ella, nadie que no sea Valeria Santillán es suficiente para mí. Mañana mismo me iré de esta casa, no soporto continuar bajo el techo de esta familia —les gritó Antonio descontrolado.

—Nadie se va a ir de esta casa —dijo en voz alta doña María Antonia que ahora temblaba, sin poder aguantar la situación que se le había ido por completo de las manos.

—¡Madre, me tiene harto con sus imposiciones! —Antonio continuó gritando.

—¡No voy a permitir que mezcles tu descendencia con la hija de una esclava! —soltó doña María envuelta en una nube de tensión, temblando y presa de un sobresalto. Sentía la cabeza tan caliente que pensó que se desvanecería de un momento a otro. Tomó un sorbo abundante de su copa de vino y después hiperventiló. Doña María Antonia bajó el tono de su voz al decir—. ¿Dios mío, qué he hecho? ¿Ya están todos contentos? Me obligaron a decirlo, jamás quise traicionar a la persona que me dio tal secreto a guardar.

—¿Ha enloquecido, madre? No sabe qué decir para salirse con la suya —le reclamó Antonio.

—Celeste, no quería que te enteraras jamás pero no me ha quedado de otra —murmuró doña María Antonia.

—Está mintiendo —le dijo Azucena—. Ahora mismo haré que mi madre la desmienta.

—No molestes a tu madre, sólo la alterarías y ella necesita descansar. Celeste es la hija de tu difunto padre con una esclava. Es el secreto más ignominioso de nuestra familia y continuará enterrado. Les exijo a todos no repetir jamás lo que acabo de pronunciar, el que ose hacerlo cargará sobre sus hombros el peso de la humillación de los apellidos Pontevedra y Alvarado —doña María Antonia aclaró aún afectada.

—Ahora calumnias a mi padre. Eso no lo voy a permitir, mi padre respetaba demasiado a mi madre para engañarla así—. Azucena defendió el honor de su familia y del difunto don Diego.

—Tu madre no podía tener hijos cuando descubrió que la hija bastarda de tu padre era tan blanca como ella misma, la crió como suya. Después quedó embarazada de ti —dijo la tía mientras dos lagrimones le resbalaron por las mejillas.

—Dile, Celeste, dile que es mentira —imploró Azucena.

Fernando apretó aún más la mano de Celeste y sintió cómo ella se aferró a ésta buscando soporte.

—Yo no tengo por qué mentir —gritó doña María Antonia—. Me pidieron una razón convincente y lamento que ésta no les sea suficiente.

En el comedor todos guardaron silencio, atónitos por la noticia. Fernando sintió que Celeste se desprendió de sus dedos, la vio intentar huir al no poder aguantar más la angustia. Doña María Antonia la sujetó por el brazo y dijo con firmeza borrando sus lágrimas de un manotazo:

—¿Antonio, hijo mío, aún deseas casarte con ella?

—Sí —le respondió su hijo con firmeza.

—Haz entonces lo que quieras —le dijo la madre—, pero al menos te he dicho la verdad.

—Antonio, le agradeceré eternamente su amor, pero no deseo ser su esposa —dijo Celeste.

—Si es la vergüenza la que te aleja de mí, no temas. Nada cambiará mi admiración por ti —suplicó él.

—La vergüenza me embarga en este momento, pero más que eso, es el vacío de no saber siquiera quién soy lo que me atormenta. Le aseguro que no quiero casarme con usted y no lo he querido nunca. Perdóneme. Estoy segura que mi padre donde quiera que esté, nos libera de este absurdo compromiso —dijo Celeste con la voz entrecortada.

Antonio no le dijo más y subió a encerrarse a su habitación. Fernando se puso de pie a la par de Celeste, se aproximó a ella, que estaba pálida y llena de pánico ante el futuro incierto que le esperaba. Le ofreció apoyarse en él, que por instantes se olvidaba del malestar que le causaba la herida.

—Aquí todo seguirá igual. Seguirás siendo la hija de mi hermana, mi

sobrino —sentenció doña María Antonia.

—¡Eso no puede ser, madre! —gritó histérica Josefina—. He compartido mi casa con la hija de una esclava. Me niego a convivir con ella, a compartir nuestra mesa y a que se crea igual a nosotras.

—¡Compórtate, hija! Dije que nada cambiará y se guardará absoluto silencio en cuanto a este desagradable tema. Continuará siendo un secreto de familia, quien hable de más se las verá conmigo. A partir de ahora se hará lo que yo diga. Todos a sus recámaras a dormir. —Eso último lo dijo especialmente para Celeste que tenía la intención de salir, pero nada pudo detenerla, se soltó de Fernando que la sujetaba por el brazo y prosiguió con su huída.

Azucena intentó salir corriendo detrás de su hermana, Fernando la detuvo y dijo:

—Yo la traeré de vuelta. Vaya a ver a su madre debe estar preocupada por los gritos.

Fernando sabía que doña María Antonia, consideraría prudente que él fuera por Celeste porque no sospechaba de los lazos de amor entre los dos. Corrió a buscarla y la encontró cerca de la orilla del río, de rodillas, desahogando su pena. La abrigó en su pecho y no sintió su resistencia como otras veces. Le pasó el brazo sano por alrededor de la espalda y haciendo un gran esfuerzo trató de levantar su brazo izquierdo, que permanecía medio inmóvil y terminó de abrazarla. Así se quedaron. Él cerró los ojos, para olvidarse del dolor de su herida y sólo concentrarse en ella. Cuando los volvió a abrir, hizo otra mueca por el ramalazo que le dio la herida, para ella pasó desapercibido.

—Celeste, mi bien, no dejaré que nada la lastime. Si no hablé de lo nuestro en el comedor fue para no herir más a mi hermano —él le dijo.

A Fernando le dolió verla así, llorando a puro grito, sin fuerzas, sin ser

más que un sentimiento ahogado en desconsuelo que se dejaba arrastrar por el viento. La besó en los labios y ella se dejó besar por el hombre que amaba, se dejó querer para sentir que aún latía vida en su corazón. A Fernando no le gustó lo que vio en sus ojos, ni la fuerza con que ella se aferró a él, como a la esperanza de ser algo, de tener algo que la llenara por dentro, que la alejara de aquel vacío amargo que amenazaba con tragársela en medio de la oscuridad de la noche más negra de su vida. Fernando intentó sacudirla para que reaccionara porque momentos parecía que había perdido el ímpetu de vivir.

—Celeste, diga algo, por favor.

Ella, por toda respuesta, cerró los ojos a todo lo que se le venía encima y sólo quiso ser parte de aquel instante, en que se sentía protegida dentro de la intensidad del corazón de Fernando, negándose a pensar en un día más. Fernando percibió que Celeste en cada suspiro se alejaba de la vida, y tuvo que apretarla aún más, hasta que le dolieran los huesos, para hacerla reaccionar y que eso la impulsara a tomar otra bocanada de aire.

Unos pasos tímidos pisaron la hierba húmeda. Fernando y Celeste observaron una figura alta y esbelta, aquella sombra fue haciéndose más visible hasta convertirse en un Antonio furioso, que negándose a ver más, maldijo a su hermano lleno de resentimiento:

—¡Con tantas mujeres en el mundo tenías que llevarte a la única que he amado! ¿Por qué?

Fernando no tuvo tiempo de reaccionar, recibió un golpe de su hermano con el puño cerrado, que lo hizo tambalearse, pero logró mantener el equilibrio.

—¡Defiéndete, infeliz! —le gritó Antonio dispuesto a dar pelea.

—No me voy a defender. Perdóname, hablemos cuando estemos más calmados.

—¡Te voy a matar!

Fernando no hizo nada cuando Antonio lo sujetó por la solapa con una mano, dispuesto a asestarle un puñetazo con la otra. Su resolución a no reñir hizo reaccionar a Antonio que dejó la violencia y decidió alejarse, no sin antes decirle a Celeste:

—Yo quería llevarte al altar, amarte y respetarte todos los días de mi vida —luego dirigiéndose a su hermano añadió—: Con razón tu repentino rompimiento con ‘ésa’ que acarreaste de París. ¡Jamás hubiese traído una ramera a la casa de mi madre! ¡Y tú, cómo pudiste defraudarla tanto, maldito? ¡No vales nada! Desperdiciaste nuestra fortuna dándote la gran vida en Europa, mientras yo sacaba adelante los negocios de la familia. ¡Sacrifiqué mi juventud para que tú te siguieras divirtiendo! ¡Me robas a la mujer que amo y todavía me llamas hermano!

—No confundas las cosas —le dijo Fernando antes de verlo desaparecer—. No te pedí que te sacrificaras. Cada uno eligió lo que quiso hacer con su vida. Antonio, si ya te desahogaste, permíteme ayudarla, ella también está sufriendo. Tú lamentas haberla perdido y acabas de descubrir que tu hermano es un canalla. Celeste ha abierto los ojos y se ha dado cuenta que toda su vida ha sido una mentira. Cúlpame a mí por tus desgracias, yo le hice una promesa a Celeste antes de partir a Europa, le prometí que a mi regreso pediría su mano en matrimonio, ella no ha hecho otra cosa que honrar esa promesa, la que pisoteé al traer a Isabel Quintero a la casa de nuestra familia. Al regresar y volver a verla me he dado cuenta que me debo a ella y a mi palabra.

## XXII



**L**egada la hora, Isabel Quintero no se fue tranquila como todos esperaban, lo que había escuchado la noche anterior de manera accidental, le había dado los elementos necesarios para intentar recuperar a Fernando. Sin importarle que la madre de aquél pusiera el grito en el cielo, se dirigió a la recámara del joven. Lo encontró aún medio adormecido y lo movió para despertarlo. Lo primero que hizo fue suplicar una segunda oportunidad, al ver que éste ni siquiera intentaba ponerse de pie, le soltó una palabra detrás de la otra. Aquello fue en vano, Fernando le contestó que hablarían en otro momento, debido a que no se sentía bien. Isabel pensó que era un pretexto para no tener que confrontarla. Movida por los celos y la desesperación le dijo:

—Siendo evidente la atracción de tu hermano por Celeste, no creo que te atrevas a hacer público tu acercamiento con ella.

—¿Cómo estás tan pendiente de mi vida? —dijo Fernando a media voz, sin siquiera poder incorporarse.

—Sabes que te conozco lo suficiente como para adivinar lo que estás pensando.

—¿Fuiste tú la que le contó a Antonio, verdad? De lo nuestro sólo sabían Azucena y tú. No creo que Azucena tuviera motivos para contarle a Antonio.

—Quise salvarte de casarte con la hija de una esclava.

—¿Tú hablando de prejuicios sociales?

—Me convertiste en tu prometida. ¿Crees que es tan fácil deshacerte de mí con una simple disculpa? Aún no conoces de lo que soy capaz por defender lo que quiero. Te regresarás conmigo aunque para eso tenga que revelar el oscuro secreto que ha guardado tu familia durante años —amenazó la señorita Isabel.

—Ni lo que dices sentir por mí, justifica lo que has hecho y piensas hacer —dijo furioso pidiéndole que se marchara de su habitación.

Isabel Quintero no contenta con eso, fue hasta donde estaba doña María Antonia, dispuesta a lograr por otra vía lo que se proponía. Para tal cometido, se había ataviado como correspondía a la prometida del heredero de Bellavista, con una falda que de tan amplia el peso se hacía insoportable. Afilando sus armas para la guerra que había decidido iniciar, le dijo a una muy estupefacta doña María Antonia:

—Usted va a convencer a su hijo Fernando para que regrese conmigo a París.

—¿Por qué lo haría? La mejor noticia que me ha dado es que desistió

de ese desatinado compromiso —le dijo doña María Antonia.

—¿Qué prefiere para su hijo, una mujerzuela, como sé que se refiere a mí, o la hija de la esclava que tiene por sobrina?

—¿De qué habla? —respondió doña María.

—Fue imposible no escuchar la intrincada discusión que tuvieron ayer en la noche. Es usted muy ciega y confiada si cree que sabe todo lo que ocurre bajo su techo. ¿Sabe dónde duerme Fernando por las noches?

—Ya no va a ser mi preocupación cuando usted se vaya —dijo doña María Antonia.

—¿Qué equivocada está! Cree que dormía conmigo, no. Dormía en la habitación de su sobrina. Perdón, olvidé que no lo es. Celeste es la hija de una esclava y su difunto cuñado. ¿Ahora respóndame de nuevo? ¿A quién prefiere de nuera?

—A cualquiera antes que a usted, eso es seguro —repuso—. Y ya es suficiente, no tengo por qué seguir escuchando que calumnie a una señorita decente, sólo porque quiere buscar la manera de salirse con la suya.

—Pregúntele a Antonio cómo los descubrió anoche. ¿Por qué cree que Fernando intenta deshacerse de mí? Ya tiene una nueva diversión. Si no me ayuda le contaré a todos en este pueblucho del confín del mundo, lo que aquí he escuchado. Le aseguro que no tengo nada que perder. Hasta puedo añadir todo lo que hacíamos Fernando y yo en Europa. Créame que estaba muy lejos de estudiar. En cuanto me vaya hasta olvidarán que un día existí, pero de lo que seguro no se olvidarán, es de esos pequeños secretos que puedo llevarme si usted me ayuda.



Doña María Antonia quedó sin habla; tomó asiento asombrada y confundida. Salió a punto de darle un síncope. Sabía que convencer a Fernando sería una tarea imposible, así que fue a exigirle que se llevara a esa mujer de inmediato. Buscó a su hijo por toda la casa, al no encontrarlo subió a sus aposentos y lo halló dormido. Lo llamó hasta que Fernando entreabrió los ojos. Sin saber cómo decirle aquello, le habló:

—Hijo, pensé que ya estarías listo para llevar a la señorita Isabel hasta La Habana y cerciorarte que desaparezca en un barco rumbo a París — aguardó un comentario, al no recibirlo continuó diciéndole—. ¿Hijo, me estás escuchando?

—Hablemos... luego —pidió él.

Doña María Antonia comenzó a preocuparse al ver que Fernando no le prestaba atención. Se le acercó y le sostuvo las mejillas para mirarlo a los ojos. Las palmas de sus manos se toparon con el calor desmesurado de su piel. Le tocó la frente, el cuello, los brazos; lo sacudió suavemente mientras él continuaba sin querer reaccionar debido a la debilidad. Llamó a Juana de inmediato para que mandara por el médico. Juana temerosa le reveló lo que había debajo de las vestiduras del joven señor. Le desabotonó la camisa de dormir a Fernando y le mostró a su madre las vendas. Doña María Antonia, nerviosa, se las arrancó y se quedó helada al descubrir la herida. Ningún pensamiento le vino a la cabeza, hasta que poco a poco, las ideas comenzaron a fluirle, tratando de inventarse una explicación. Su pensamiento aterrizó en un evento, recordó al oficial que días antes le había venido a relatar lo sucedido en La Celeste.

—¿Ya lo sabías? Es una estupidez que trataran de ocultármelo, de

todas formas me iba a enterar —le dijo a la esclava. Alzó la mano para golpearla y no lo hizo, la detuvo en el aire.

—Perdóneme, su merced.

Doña María Antonia intentó reclamarle, regañarla, hacerla sentir culpable por dejar que el tiempo lo empeorara todo, pero nada más le dijo que procurara que el galeno llegara lo antes posible. No se movió del lado de Fernando hasta entonces. Ella misma comenzó a colocarle las compresas y a lavarle la herida. Doña María Antonia confiaba plenamente en la discreción don Isaías.



Celeste vio arribar al médico y pensó que había llegado a atender a su madre. Corrió detrás de él y se sorprendió al verlo entrar a la alcoba de Fernando. También vio como Juana entraba y salía con todo aquello que le iba solicitando don Isaías. Celeste se quedó paralizada, sin saber qué sucedía, en vistas de que Juana se negó a darle una respuesta.

Celeste tuvo que aguantar las impertinencias de la señorita Isabel, que pasaba por ahí y se le acercó para exigirle que se alejara de su prometido. Celeste ni siquiera le contestó, estaba tratando de averiguar qué sucedía. Aunque al parecer nadie tenía la intención de revelárselo. Isabel ajena a lo que estaba pasando continuó:

—Fernando se irá conmigo y usted no podrá hacer nada por retenerlo. Esto es sólo algo pasajero.

—No sabe lo culpable que me siento con todo lo que ha pasado, mi intención jamás fue lastimarla —dijo Celeste al fin, sin apenas mirarla, la absorbía por completo la preocupación—. Lamento que todo haya terminado así, que no nos hayamos entendido. La verdad, sé que es difícil que me

comprenda desde su posición.

—Me voy a quedar sin mover un dedo. Antes de lo que imagina Fernando Alvarado va a correr a mis pies.

Juana volvió a salir y Celeste fue detrás de ella dejando a Isabel con la palabra en la boca. Le suplicó a Juana que le dijera a qué había venido el médico. La esclava trató de esquivarla, de desentenderse para no tener que inventar una mentira. Al final, le dijo que no había amanecido bien y que don Isaías lo estaba examinando. No fue suficiente para Celeste. Se quedó desesperada. Juana al ver su abatimiento, le rogó que tratara de tranquilizarse, prometiéndole que la mantendría al tanto.

—Necesito verlo para poder estar tranquila —dijo Celeste.

—Niña, eso no se va a poder. Él va a guardar cama por unos días y su madre no se va a mover de su lado.

Tula vino buscando a Celeste y ésta tuvo que dejar inconclusa la conversación. Doña Angelina mandó por ella. Le habían llegado los rumores de lo revelado la noche anterior en el comedor. Esperó en vano que Celeste fuera a pedirle explicaciones, pero la joven estaba demasiado apenada para enfrentar a su madre.

—Hija, perdóname —le dijo intentando abrazarla—. Mi único pecado fue enamorarme de ti cuando te vi pequeñita e indefensa, con un futuro denigrante, el de la esclavitud y la pobreza. Quise salvarte de todo eso.

Celeste no dijo nada. Estaba tan confundida que no sabía qué pensar, si agradecerle o reclamarle no haberle dicho nada, pero su condición no le permitió lo último. La duda le atormentaba desde la noche anterior y aunque vaciló decidió salir de ella:

—¿Quién es la que me trajo al mundo? ¿Por qué mi padre tuvo que ver con ella?

—Fue hace mucho tiempo.

—Siempre creí que mi padre la amaba tanto que sería incapaz de hacerle algo así.

Doña Angelina le prometió que le contaría toda la historia con una condición, que se marcharía con Azucena unos días a la casa de su familia paterna hasta que todo volviera a la calma. Celeste terminó por aceptar.

—Todo sucedió hace muchos años, cuando comenzó a brotar aquella epidemia que amenazó con hacernos perder la cosecha entera. Estábamos en período de zafra, tu padre estaba terriblemente furioso por las pérdidas a nuestra economía.

## XXIII



**C**eleste se dejó transportar en el tiempo, sintiendo que estaba allí, siendo parte de todo, observándolo con sus propios ojos...

—¡Mayoral este esclavo está enfermo! —dijo uno de sus hombres terminando de arrojar el esclavo al suelo.

—Sepáralo del resto, no sea que contagie a los demás.

Demasiado tarde, la epidemia comenzó a arrasarse con numerosos esclavos, justo en el momento más importante en la época de la zafra. Los hacendados de la región estaban a escasos pasos de perder sus cosechas, mientras que el sol implacable amenazaba con derretir los campos rebosantes de cañas. El tráfico de esclavos desde la lejana África se recrudeció para cubrir las manos laboriosas que tanto se necesitaban.

—¡A todos los esclavos del servicio doméstico, llévalos al campo! No puedo arriesgar toda la cosecha —dijo exasperado don Diego Pontevedra.

—¡No! —gritó afligida doña Angelina—. Mis esclavas de servicio no.

—No te estoy pidiendo permiso, querida esposa, es una orden. —Se volvió al mayoral con tono enérgico—: ¡Mayoral! ¡Llévatelos a todos al corte!

Doña Angelina se paró delante de sus esclavas y con aire amenazador se dirigió a su esposo.

—Ni pienses que te voy a rogar por estas esclavas que son de mi propiedad. —Se volvió al mayoral—: ¡No te atrevas a ponerle tus sucias manos encima!

El hombre quedó inmóvil esperando una orden final de su patrón. Don Diego luego de mordisquear un tabaco salió furioso de la habitación. El mayoral corrió detrás de su patrón implorándole una última palabra, pero éste lo ignoró.

—¿Doña, qué puedo hacer? Es una orden del señor —se justificó.

—¡No te atrevas! —le dijo doña Angelina y elevó su nariz al cielo.

El capataz salió como un perro con la cola entre la patas. Se llevó a todos los esclavos de la casona a excepción de las de servicio exclusivo de la señora, incluyendo a la cocinera. Aquéllas con las frentes casi rozando el suelo agradecieron a su ama tanta bondad.

—Gracias, mi ama —le dijo la esclava más joven.

—Prepárame mi baño.

La esclava de apenas dieciocho años, bajó las escaleras en busca de la manzanilla para refrescar el agua que reposaba en la tina de su señora. Iba con una sonrisa en el rostro, cuando una mano dura le retorció el brazo pegándoselo con fuerza a la espalda. Don Diego estaba enojado por todo lo que estaba ocurriendo y todo eso unido a su frustración permanente por no haber engendrado hijos con su esposa, lo hacían más irascible de lo que usualmente era:

—¿Estás feliz porque la señora te dejó en la casa? Yo que tú no lo estaría tanto porque a falta de esclavas en la casa, vas a tener una nueva ocupación.

—¡No, mi amo se lo suplico! Su merced se va enojar conmigo.

—¡Tu ama no se va a enterar porque no se lo vas a decir a nadie!

La esclava comenzó a llorar en silencio mientras observaba la cínica sonrisa de su amo y luego que éste se alejó, salió corriendo por las hierbas; se fue humillada pero más que eso, convencida de lo que le deparaban los siguientes días.



Esa misma noche, luego de sus quehaceres, la esclava conversaba con su madre:

—Vamos a tener mucho trabajo esta temporada.

—¡Sió la boca! Siempre quejándose *mi'ja*. Pobres los del cañaveral —le dijo la madre.

—¡Y aquí también! Todo el trabajo de la casona. Odio haber nacido esclava.

—¡SSSH! Te oirá el amo.

—Tengo mucho miedo. El amo me dijo cosas que si la doña se entera me vendería.

—¡Calla!—pero más que enojada su voz se oía temblorosa. Miró hacia ambos lados para asegurarse que nadie las había oído hablar. Iba a decir algo pero no pudo seguir hablando, la voz se le ahogó y luego de contener un mar de sal que quería salirse por los ojos, salándole a la vez el paladar y la respiración, murmuró—: Eso no.

—Le diré a su merced lo que dijo el amo. Ella me ayudará.

—No. Será peor. Se enojará contigo si sabe que su marido puso *el ojo* en ti.

Ya entrada la noche, un ruido fuera de los barracones las sacó de su conversación.

—¿Quién anda ahí? —preguntó la madre.

—¡Duérmete que no es contigo! —La agria voz del mayoral les hizo a las esclavas sentir escalofríos—. Dile a tu hija que salga que no tengo toda la noche —le dijo a la mayor de las dos—. Apúrala, que no me haga llevarla a punta de látigo.

La esclava se aferró a su madre con todas sus fuerzas.

—No iré —dijo la joven esclava.

—No te pongas rebelde que aquí no está tu ama para protegerte, así que te aconsejo que vayas por lo sano.

—Yo no quiero ir —dijo la esclava.

—¡Me vas a matar de la risa! —dijo el mayoral sin poder aguantar las carcajadas—. ¡Y desde cuándo tú haces lo que quieres! ¡Arriba andando!



Pasó el tiempo y con él, la epidemia se extinguió. Con los nuevos esclavos comprados lograron salvar lo que quedaba de cosecha y todo volvió a la normalidad. Los esclavos domésticos volvieron al servicio.

Un día en que doña Angelina hacía planes para preparar el viaje de regreso a la capital, le dijo a su esclava de compañía:

—Pronto nos iremos definitivamente a La Habana, te voy a llevar conmigo. —Al ver que estaba como ida le habló—: Ya no te noto la misma ilusión de conocer la capital. Traes una cara como si estuvieras enferma.

—Perdone, mi ama, es que no me estoy sintiendo bien.

—¿Será que brotó de nuevo la epidemia? De inmediato busca al médico, que te examine.

La esclava salió corriendo tras la orden de su señora, don Diego se la tropezó en el camino y la sujetó con fuerza.

—¿Qué prisa traes?

—Me mandó mi ama por el médico. Cree que tengo la epidemia —dijo la esclava.

Don Diego la soltó asustado, se limpió la mano con un pañuelo que desechó con desprecio al suelo y agregó:

—¡Lo que nos faltaba! Me avisas de inmediato lo que concrete el médico y si estás enferma aléjate de los otros, no sea que los contagies.

La vieja cocinera se la tropezó de camino y le dijo:

—Tu mal no se contagia. Se quita tarde o temprano. Traes al hijo del amo en tu vientre.

—¡No, no! ¡Será mejor morirme! —dijo angustiada.

—Ven conmigo, te daré una tisana para que te ayude. Si no *te las verás* negra en esta casa.

La esclava entonces no volvió a decir que se sentía enferma, por demás, se esforzó por disimular su malestar. Pero en una de esas que fue sacudida por fuertes espasmos, al no poder controlar el dolor que sentía, se sentó de golpe en el suelo, sosteniéndose con ambas manos la barriga.

—El cocimiento está haciendo efecto —le dijo la cocinera.

—¿Qué se traen ustedes? —preguntó la madre de la esclava de compañía al ver que su hija adolecía en el suelo.

—Damiana dice que mi mal se quita con la tisana de unas yerbas que trajo más allá del río.

—Remedio de los ancestros —dijo Damiana.

—Es pecado —dijo la madre que al igual que a las otras dos les habían inculcado las creencias cristianas—. ¡Sabía que algo así sucedería! —se lamentó.

—Esa yerba no falla, mañana todo habrá sido un mal sueño —dijo la cocinera.

—¡Ay, qué dolor tan fuerte! Creo que me moriré —dijo la esclava de compañía.

—Respira fuerte *mi 'ja* —le dijo la madre—. Damiana sabe de yerbas.

Esperaron dos largas horas en las que los cólicos cesaron por sí solos y no pasó absolutamente nada de lo que estaban esperando.

—No sé qué pasa. Esa criatura está fuerte —agregó Damiana.

—Mañana la tomaré de nuevo —decidió la esclava.



Como el tiempo no perdona fueron pasando los meses en los que ninguna hierba ni remedio surtió su cometido. Aunque doña Angelina no sospechaba, se fue dando cuenta que su esclava no era la misma de siempre, por lo que se enojaba a menudo con ella.

—¿Qué pasa contigo que estás tan distraída? ¡Atiende lo que haces! Mira ese peinado que mal está quedando. Apresúrate, está al llegar ni hermana con su familia. ¡Y sabes cuánto le gusta presumir a sus tres hijos! No quiero que ni tan siquiera imagine que porque no los tengo soy menos dichosa que ella en mi matrimonio.

—No se enoje su merced, la peinaré mejor que nunca —dijo la esclava.

—Más te vale, o tendré que darle la razón a mi marido cuando dice que te tengo demasiado consentida.

Cuando doña Angelina bajó, recibió halagos de sus invitados.

—Pronto marcharemos a La Habana —comentó doña Angelina—. Sabes que no estoy mucho tiempo por estas tierras. No me adapto a la quietud y la tranquilidad del campo.

—Nosotros por el contrario —añadió doña María Antonia refiriéndose a su pequeña familia—. Nos encanta vivir en Bellavista. Así mis hijos disfrutaban de una vida más saludable. Adoro la quietud.

—Son preciosos mis sobrinos —le dijo doña Angelina—. Los voy a extrañar cuando me marche.

—Son mis tres grandes tesoros.

—Es lo único que te envidio, tus tres maravillosos hijos. —La tristeza comenzó a apoderarse de doña Angelina.

—Ya llegarán los tuyos, verás que el aire del campo te sentará bien.

En ese instante la joven esclava se acercó con unas frutas y se quedó sosteniendo la charola mientras aquellas seguían conversando.

—Lo que necesitas es un hijo para que te sientas llena de vida, dice una amiga mía que si comes...

—No digas nada, por favor, ya estoy harta de tomar todo lo que me dicen. Creo que nunca va a llegar y no quiero volverme a ilusionar en vano. Ni todos los remedios que he tomado, ni el aire del campo. Nada funciona —dijo doña Angelina.

—Parece que otra en cambio para eso no tiene problema. ¿Te has fijado en su figura? —dijo volteándose hacia la esclava.

Doña Angelina se puso en pie y fue hasta la aludida; le colocó la mano en el vientre y al comprobar que estaba redondo y duro, no le quedó dudas.

—Creo que tienes razón, María Antonia, no puedo creer que me haya engañado así —dijo—. Yo dándole clases de moral y de castidad. Mira cómo

me paga.

—No exageres, Angelina. Es normal que los esclavos se reproduzcan como conejos. Para ti es mucho mejor, así aumenta la dotación, en mi hacienda hasta los juntamos para que se apareen.



Cuando su madre hizo una pausa para tomar aire, Celeste regresó a la realidad, era una historia extraña, sin pies ni cabeza, en la que aparecía su padre como un ser malvado, que había mancillado su matrimonio y había ultrajado a una joven esclava.

—No puedo seguir, es demasiado doloroso para mí, sólo basta decirte que el día que naciste, me le impuse a tu padre que quería abandonarte a tu suerte y te llevamos con nosotros a La Habana. Fingimos que eras nuestra hija —dijo doña Angelina.

—¿Y qué fue de ella? Mi verdadera madre —preguntó Celeste con un nudo en la garganta por ver manchada la imagen de su difunto padre, al que había admirado profundamente en vida y al que había considerado intachable.

—Tu verdadera madre soy yo, que te he dado todo mi amor.

—Pero ella no tuvo la culpa de nada, mi padre la obligó, era tan joven, debió sufrir mucho.

—Es cierto que tu padre fue quien se propasó, pero ella no te quería, trató de deshacerse de ti.

—Estaba asustada.

—Eso no la justifica. Se es madre ante todo. Es suficiente para que olvides el pasado y disfrutes la nueva vida que yo te he ofrecido. ¿Acaso alguna vez notaste diferencia en mi trato entre tu hermana y tú?

—Nunca, tiene razón, usted es mi única madre. Estoy muy agradecida.

Sólo quiero saber una última cosa. ¿Qué fue de ella?

—No lo sé. Marchamos a La Habana y cuando regresamos ya no estaba.

## XXIV



**A**quella noche  
mientras todos  
dormían, Celeste

salió de puntillas de su habitación, cuando se acercaba a los aposentos de Fernando se tropezó con Juana. Por más que le insistió para que la ayudara a verlo, aquélla se negó, le recordó que doña María Antonia no se había quedado tranquila y que en cualquier momento podía llegar para verificar cómo seguía su hijo. La insistencia de Celeste no trajo frutos y tuvo que regresarse por dónde había venido, sin ver a Fernando y sin tener certeza de qué mal le aquejaba.

Fue imposible que los días volvieran a la normalidad. Antonio Alvarado trataba de evitar a Celeste a toda costa y hacía lo mismo con los demás habitantes de la casa. Isabel Quintero aún no se marchaba y si Celeste la encontraba, las palabras que intercambiaban, eran similares a las de su última conversación. Celeste tenía que aguantarse, para la señorita Isabel Quintero no estaba negado el paso a la habitación de Fernando. Lo peor de todo, fue el trato de Josefina Alvarado, que no le daba tregua a Celeste, dejó de ser acomodada delante de sus primas, porque ahora se creía con el derecho

de no tener que soportarlas en su propia casa, en especial a Celeste. Así, Josefina libró una batalla contra la de dudosa procedencia. Se cambiaba de lugar cuando Celeste se le acercaba, cuando ésta se sentaba a la mesa para tomar los alimentos, Josefina buscaba un pretexto para retirarse. Celeste al darse cuenta, que Josefina lo hacía con toda la intención de rebajarla, de no aceptarla debido a su origen, intentó no volver a coincidir con su prima en ningún lugar de la casona, limitándose a tomar los alimentos en sus aposentos, bajo el pretexto de sentirse mal, aunque todos conocían la verdadera causa.

Por el ambiente minado de resentimiento entre los habitantes de Bellavista, a Celeste no le quedó más remedio que aceptar que doña Angelina tenía razón, que era necesario salir de allí. Su madre le había sugerido que Azucena y ella, se marcharan por unos días a la casa de su familia paterna. Celeste concluyó que partiría, pero que lo haría hasta que Fernando estuviera recuperado, le urgía desesperadamente saber que él se iba a recuperar, que estaría bien.

Todavía no amanecía, ni había cantado el gallo cuando Juana llegó a la habitación de Celeste y comenzó a despertarla; ésta sobresaltada abrió los ojos. La esclava le indicó que se tirara una manta por encima para proteger su honor y que la siguiera en silencio, luego le explicó que hacía unos instantes doña María Antonia había ido a acostarse, porque no podía más por las desveladas, la había dejado cuidando a Fernando y Juana conociendo la preocupación de Celeste la había ido a buscar.

Celeste terminó de desperezarse en un santiamén. Aún no lo podía creer cuando traspasó el umbral de la puerta y lo tuvo delante. Al estar junto a él, Celeste le besó las manos, le acarició la frente para cerciorarse que no ardía y dio gracias al cielo por ese reencuentro. Poco a poco Fernando también se fue despertando. El color volvió a las mejillas del joven al verla.

—Mi ángel. No sabes cuánto le pedí a Juana que hiciera lo posible por traerte. Te extrañé cada minuto, estuve a punto de ponerme de pie e ir a buscarte, estuve a nada de revelarle a mi madre cuán grande es mi amor por ti —le dijo él desde el fondo de su alma. Celeste notó que Fernando la tuteaba y se sintió más cercana a él. Fernando también reparó en ese hecho y le susurró arimándola a su pecho—: ¿No te incomoda que te hable así? Estoy cansado de tantos ornamentos que solo crean distancia entre los dos. Al menos cuando estemos solos, hablemos con el corazón, concentrémonos en nosotros.

—La señorita Isabel me hizo dudar y más porque tu madre ha tomado una actitud diferente con ella. Mi tía está más permisiva, incluso le ha permitido visitarte en tu habitación, algo que en su sano juicio no hubiese permitido.

—No te agobies con Isabel, en cuanto pueda pararme de la cama regresará a Europa. Jamás fue mi prometida, ni siquiera conozco a sus padres, nos entendíamos en la alcoba, pasábamos el rato, ya hemos quedado en que esto no puede proseguir. Isabel tendrá que entenderlo.

Fue solo mencionarlo y miles de imágenes de Fernando en su pose de amante nublaron el buen juicio de Celeste, no fueron celos, fue que cobró conciencia de su propio deseo. Reparó en el pecho firme al descubierto de Fernando, sus hombros gruesos y fuertes y tragó saliva. Los ojos de Celeste recorrieron palmo a palmo, con disimulo, la desnudez del torso de su amado. La imagen del río volvió a sofocarla y llenó los pulmones de aire con prisas antes de quemarse. La mirada inquisitiva y salvaje de Fernando la estudió sorprendido y sonriente, incluso dejó de hablar y se sumieron en un repentino silencio. Celeste notó que su amado la pilló en el acto y se ruborizó; estiró una mano para acomodarle la sábana de lino hasta cubrirlo por completo. La boca de Fernando floreció en una sonrisa indecente. Celeste bajó los ojos de golpe, recordó la amenaza de Isabel, que le había asegurado que Fernando siempre

regresaba a su lado y se desesperó. Teniéndolo así tan cerca, en un momento tan íntimo le quedaba claro que no podría vivir sin él. Se sentía poseída por su espíritu. Celeste respiró profundo otra vez, lo miró a los ojos y trató de hablar sin que la lengua se le enredara. Él, expectante ante lo que pudiera proferir su amada, la escuchó.

—He sufrido sin saber que mal te aqueja. ¿Qué es? Es un misterio para la mayoría de los habitantes de Bellavista.

—No me preguntes, me veré obligado a mentirte para no involucrarte. Te aseguro que es mejor que no sepas y lo olvides. Me pondré bien. No quiero sentirme mal por engañarte, porque las mentiras seguirán acumulándose y ya han sido suficientes —dijo él convencido del genuino interés de su amada en su salud, pero dándose cuenta que Celeste intentaba neutralizar el fuego que los estaba devorando.

—No te esfuerces en dar explicaciones si no lo consideras prudente —le dijo ella.

—Te quiero, recuéstate a mi lado —dijo decidido a aprovechar el instante.

—¿Cómo puedes pedirme eso? ¿Deseas convertirme en tu amante?

—Estoy convaleciente, mi ángel, no tengo fuerza ni intenciones de corromperte, sólo quiero sentirme abrigado por tu calor, ahora que sufro y adolezco.

—Prefiero mantenerme a distancia.

—Al menos dame un beso.

Se acercó tímidamente a él y le rozó los labios, ya no pudo escapar. Fernando con el brazo sano la asió con precisión a su pecho, le susurró cuando la amaba y permanecieron unos minutos más abrazados y besándose. Compartieron sus miedos, sus preocupaciones y se llenaron de fortaleza, al saber que aún se tenían el uno al otro. Celeste permaneció con la cabeza de su

amado en el regazo mientras pudo, besándolo de vez en vez, acariciándole el cabello y frenando los impetuosos intentos de Fernando por hacerle traspasar todos los límites; hasta que la esclava volvió para decirle que ya no era atinado que siguiera en la habitación del joven señor, comenzaba a clarear. Aquel instante fue demasiado fugaz y se les escapó entre los dedos como el agua.



Después de permanecer por un tiempo en cama, llegó el momento en que Fernando pudo abandonarla. Por primera vez, después de tantos días, volvía a bajar por las escaleras y recorría el pasillo que conducía al comedor. Cenaría con toda la familia. Se sorprendió al no ver a Celeste sentada a la mesa con los demás. Al ver a Isabel Quintero ocupar un lugar de la misma se sorprendió y se prometió que en cuanto pudiera salir de la casa se ocuparía de ese asunto.

Era una de esas veces en que Celeste cenaba en su habitación. Azucena ante la mirada de Fernando y los presentes, ordenó que le trajeran una charola y con sus propias manos colocó sus platos en ella.

—¿Adónde vas? —le preguntó su tía.

—Voy a cenar con mi hermana.

—Celeste no baja al comedor porque no quiere, ya le ordené que lo hiciera y se ha negado desde hace una semana, alegando un malestar que no ha de ser de gravedad o de lo contrario ya habría pedido a un médico.

—De todos modos es mi deseo acompañarla.

—No puede ser que en esta casa ahora se coma en los aposentos. Será mejor que Celeste baje ahora mismo y tomemos todos los alimentos en paz.

—¡No, madre! —replicó Josefina—. Si Celeste baja subiré yo.

—Josefina, por favor. Dije que no quería discordias.

—Deseo que corran los días y llegue el de mi boda para irme de esta casa —murmuró Josefina entre dientes.

—¡Basta, Josefina! —dijo Fernando disgustado—. Por lo visto en esta casa no se pude comer tranquilo. Mejor me retiro, el poco apetito que tenía se me quitó pero antes ayudaré a Azucena para que pueda cenar con su hermana.

Fernando ayudó a la señorita y subió con su charola en la mano. Azucena entró a la alcoba de su hermana. Celeste sin salir de su asombro le preguntó:

—¿Qué haces aquí?

—Vine a cenar contigo —le dijo Azucena.

—¿No te importa que mi madre sea una esclava?

—Nuestros padres nos enseñaron a querernos. Nunca te voy a dejar sola, ni a dejar de quererte, hermana —le dijo abrazándola.

—Hermanita, eres el mejor regalo que me ha dado Dios. ¿Cómo puede haber tanto amor dentro de un ser humano? Te quiero.

—Yo te adoro y sin ti, hermana, mi vida estaría incompleta.

—La mía lo sería, te lo aseguro. Siempre logras sacarme una sonrisa.

—Tengo una sorpresa para ti. ¿Estás lista?

—¿Lo dices en serio?

Azucena asintió y Fernando irrumpió en la habitación. Celeste al verlo esbozó una sonrisa.

—Cuánto me alegro que esté recuperado.

Él acomodó la charola sobre una mesa y se aproximó a ella, le tomó la mano y la besó con devoción.

—Y yo me moría por verla —confesó él.

—Si su señora madre lo encuentra aquí será un caos. No va a aceptar

que se case conmigo, por mi origen —le dijo ella.

—Mi madre no tiene poder sobre mí. No me importa que me desherede o lo que sea que se le ocurra hacer.

—Tengo miedo, si les dice a todos, si me quita mi libertad creo que me moriría.

—No lo hará, en primer lugar porque tiene buen corazón y en segundo porque no soportaría la vergüenza, tendrá que ceder. Si la tía Angelina la aceptó como hija, mi madre no podrá hacer nada y aunque pudiera, no estaría dispuesta a enfrentarse a un escándalo de semejante magnitud.

—Esperemos a que haya más calma, a que pase la boda de Josefina. Usted sabe cómo Josefina influye en sus decisiones —sugirió Celeste.

—Josefina sólo es una niña consentida. Se le pasará —admitió él.

Unos pasos en el corredor los hicieron reaccionar. Fernando se escondió a toda prisa detrás de las cortinas a tiempo para impedir que su hermana, que en ese momento abría la puerta bruscamente, lo encontrara dentro.

—Querida primita —dijo la recién llegada con sarcasmo dirigiéndose a Azucena—, no vuelvas a provocar a mi madre para intentar ponerla en mi contra.

—Prima, no vuelvas a entrar a los aposentos de mi hermana sin llamar a la puerta —le reclamó Azucena indignada.

—¡Qué pena que no te pueda complacer! No tengo que llamar a la puerta de una bastarda que por demás es hija de una esclava, menos en la casa de mi familia —dijo Josefina.

—No te permito que injuries a mi hermana. No imaginas las ganas que tengo de irme, si pudiera, ahora mismo —le dijo Azucena.

—Yo más aún, primita. Incluso te ayudaré a encontrar esposo, para que puedas marcharte pronto y te lledes contigo a tu vergüenza, ésa que te atreves

a llamar hermana después de las revelaciones de mi madre. ¡Qué condena cargarás el resto de tu vida por el pecado de tu padre! Ha manchado a toda su descendencia.

—Josefina, es mejor que te retires por las buenas o me veré obligada a sacarte como lo mereces —le exigió Azucena.

—No lo dudo, de seguro esas nuevas maneras te las enseñó Celeste, lo salvaje lo debe llevar en la sangre —dijo Josefina.

Azucena enfurecida arremetió contra Josefina, Celeste le detuvo el brazo en el aire.

—Detente —la previno Celeste—. No permitiré que te crees inconvenientes por culpa mía. Ni que digan que eres una señorita sin educación. No te rebajes a su altura.

Josefina abrió los ojos desmesuradamente ante la intervención de Celeste Pontevedra y terminó por perder los estribos, gritó en un verdadero arranque.

—Celeste, aquí no hay condición más humillante que la tuya. Yo sí que no le temo a los escándalos como mi madre. Sería muy divertido ver la cara de tus amistades de la alta sociedad habanera, cuando sepan que han recibido en su casa con los mayores honores a la hija de una esclava. Porque aunque parezcas toda una señorita, la sangre que corre por tus venas es igual a la de todos los esclavos del barracón.

Las tres señoritas fueron interrumpidas por Doña María Antonia que al escuchar los gritos llegó inmediatamente.

—¿Qué pasa aquí? —dijo con tono autoritario y todas quedaron paralizadas.

—Nada, madre querida —dijo Josefina caminando a la puerta—. Conversábamos acerca de mi futura boda y de lo feliz que voy a ser al lado del hombre que amo.

—Azucena, ve a tu habitación a preparar tu equipaje. Celeste, ve haciendo lo mismo. Angelina quiere que partan mañana mismo a casa de sus parientes. Ya les mandó una carta, las están esperando. Regresarán cuando todo esté más calmado.

Cuando por fin salieron las tres, Fernando salió de donde había permanecido oculto lleno de indignación por todo lo ocurrido, se apresuró a pasar el cerrojo para que pudieran hablar sin tanto sobresalto.

—Hablaré con mi madre —le dijo a Celeste—. No sé cómo pude aguantarme detrás de la cortina. Lo hice por ti, no quise agregar un pesar más a tu corazón. Es preciso que hable con mi madre ahora mismo, también con la tuya, impediré que te vayas lejos, dispondré mañana mismo el viaje de Isabel. Pediré de inmediato tu mano en matrimonio.

—Aguarda —ella lo detuvo—. Me iré, se lo prometí a mi madre y no puedo fallarle. Ella considera que debemos regresar hasta que todo se calme —dijo ella.

—Nada se va a aplacar. Mi hermano te pretende, Isabel Quintero aún no se marcha, mi hermana te odia. Cada día surgen problemas mayores. Ahora mismo le voy a decir a mi madrina que deseo casarme contigo.

—Como está la situación en la casa, sería una locura. Mi madre se angustiara y no quiero atormentarla más, no se merece un disgusto de mi parte. Tu madre pondrá el grito en el cielo, se opondrá.

—Eso no me detendrá. Salgamos ahora mismo de esta casa, siempre que sea contigo estoy dispuesto a perderlo todo, incluyendo mi familia.

—No quiero que lo hagas. Yo no podría dejar atrás a mi hermana y a mi madre.

—No es mi intención pedírtelo. Sólo que el alma se me deshace al verte sufrir sin poder hacer nada para devolverte la tranquilidad —murmuró

en voz muy baja, sosteniéndole las manos—. Si esa noticia se esparciera, el pueblo sería un hervidero de habladurías, sólo quiero alejarte del peligro potencial.

Ella sintió como él también temblaba, retrocedió dos pasos para escapar de sus brazos y se tropezó con la ventana.

—Debería cerrar la ventana, está comenzando a refrescar —insistió Fernando, pero en realidad se sofocaba de calor y de deseos, sólo quería cerrarla para evitar que alguien los divisara desde el exterior.

—Esta habitación es una hoguera, me gusta que esté ventilada —dijo ella captando en el aire la intención de Fernando. Trató de escapar de aquella situación y le rogó que se fuera—: Vete, es tarde y tengo que preparar mi equipaje. ¿Qué pasará si te descubren aquí?

—Imagina un instante que sólo existimos los dos

Ni las estrellas, ni la luna se habían asomado en el cielo. Fernando se aproximó a Celeste cerrando el cerco que la dejaba prisionera entre su cuerpo y la ventana, y una vez allí prendado de la belleza de su amada, olvidó cerrar el amplio ventanal. Celeste sintió que el frío que emanaba de la noche, comenzaba a entumirle los huesos.

—Tengo mucho frío, Fernando. ¿Cerrarás de una vez la ventana?

—Mi ángel, no es el frío lo que te hace temblar —le aseguró envolviéndola en el azul de su mirada y cerrando el ventanal luego de cerciorarse de que nadie los había divisado.

Fernando la abrazó con toda su fuerza. Celeste se dejó envolver por la intensidad de su amado; en todo ese tiempo había necesitado un hombro donde apoyarse y él estaba allí asegurándole que la amaba, necesitando como ella por encima de todo un poco de ternura. Celeste le entregó su tristeza y él la soportó como la más ligera de las cargas; Fernando se apropió de su alma y por ende, fueron suyos todos sus sentimientos. Ya no había vuelta a atrás, le

había entregado su corazón para siempre.

—¿Me das permiso, mi ángel? No me atrevo siquiera a volverte a besar sin tu consentimiento, no me perdonaría que me reproches no haber esperado.

Ella asintió con timidez y cerró los ojos dispuesta a dejarse seducir por sus labios que se aproximaban. Él, que se deshacía en deseos respondió a la súplica de su amada, la besó con la fuerza de los enamorados que naufragan en un amor imposible. Fernando quiso detenerse, se lo debía a su futura esposa, incluso si ella le había autorizado seguir adelante, intentó dar dos pasos hacia atrás, dispuesto a hacerse responsable del honor de Celeste. Ella no se lo permitió, lo tomó por la solapa y le susurró:

—No te vayas, nadie sospecha que estás aquí.

—Hasta hace un rato te alarmaba que me encontraran en tus aposentos.

—Tal vez porque desconocía de lo que soy capaz por tu amor.

—No quiero que sacrifiques nada.

—Bésame.

Celeste dejó de quejarse del frío, ya había entrado en calor, cerró los ojos al sentirlo como un mar trémulo que abrasaba su piel, que a veces era él mismo y de repente fluía de ella. Así se enredaron en las profundidades de la pasión, entre el temor a ser descubiertos, el calor sofocante de sus brazos, la brisa helada del mal que amenazaba con destruir su amor y el miedo de perderse el uno al otro con la llegada del amanecer. Él no tuvo problemas para desabotonarle la larga hilera de botones y para enfrentarse a los coquetos lazos que estaban dispuestos a salvaguardar la virginidad de Celeste a toda costa. Ella sonrió al verlo perder la paciencia con el encaje rosa que formaba una montaña de tela entre los dos, hasta que recordó:

—Detente, pasará Juana en pocos minutos para ayudarme a prepararme para dormir, moriré de vergüenza si te descubre aquí.

—Si golpea la puerta ya veremos cómo resolverlo, Juana es muy discreta. Creo que ya le gané la batalla a tu pérfido vestido, no te arrepientas ahora. ¿Estás segura de parar?

Después del tímido ‘no’, Fernando prosiguió a retirar del cuerpo de Celeste todos los artilugios que se oponían a su deseo, aún tenía que enfrentarse a las cuantiosas cintas de la ropa interior y decidió pedirle un poco de ayuda, antes que terminara por arrancarle hasta el último pedazo de tela. Fernando respiró profundo y enfrentó el nuevo desafío, se había propuesto ser tierno y honrar la pureza de su amada con todo su empeño, para que esa noche fuera inolvidable. Al contemplar su desnudez tras la escasa iluminación, se sintió complacido, era mejor que la imagen que se había construido en sus sueños más húmedos.

Ella no tuvo que esforzarse para desvestirlo, él desesperado se quitó una a una la prendas sin darle tiempo a Celeste de tomar parte en la empresa. Ella se deleitó al ver a Fernando liberándose de sus vestiduras, pudo ver debajo de su torso, completó en su mente la imagen de su amado desnudo, mucho más seductor que el recuerdo del río, miró más debajo de su ombligo y así pudo apreciar el cuadro completo. Jamás se hubiese imaginado así su noche de bodas, una de sus amigas casada hacía poco tiempo, le había dado una versión completamente diferente de los preliminares entre un hombre y una mujer. Fernando no sólo quería disfrutarla, se esforzó para que ella fuera poseída por su propio deseo, necesitaba instruirla en el arte de amar, para que esta noche y las futuras fueran perfectas.

Se entregaron intentando permanecer en silencio, pero era más fuerte la complicidad de sus suspiros y los penetrantes latidos de sus corazones, que confundidos por la oscuridad se intercambiaron temblorosos de cuerpos. Celeste descubrió que la pasión quemaba y no hipotéticamente; entre sus piernas el fuego se hizo cada vez más intenso por la cercanía de la virilidad de

Fernando. Él la embriagó con la miel de sus labios a la par que se introducía en su cuerpo, y lo hizo con tanta delicadeza, que ella no supo si resistirse ante el dolor de su zona pudorosa o aferrarse más al placer que se apoderaba de cada fibra de su ser. Ni siquiera consiguió pensar, siguió su instinto, se apretó con más fuerza a la dureza de su amado y se perdió completa.

—Mi futura esposa, te voy a esperar hasta que decidas regresar. Te amo demasiado —le susurró al oído sin dejar de poseerla—, pero si eres un ser piadoso no tardes demasiado, mis noches serán una tortura sino puedo volver a hacerte mía.

Fernando la estrechó con toda su fuerza, con el terrible miedo a que se le escapara de los brazos y toda su vida pasó por delante de sus ojos, todos aquellos momentos que habían compartido. Tembló ante la idea de sus días en Bellavista sin Celeste, temía que esta vez la separación sería muy diferente, estaba seguro que el dolor de no tenerla lo consumiría. El rostro sofocado de Celeste lo devolvió al presente y extasiados, se fundieron entre miles de caricias hasta el amanecer.

Aún abrazados, Fernando le dijo:

—Moriré por tu ausencia. No te vayas, te lo ruego, si abandonas Bellavista que sea a mi lado, como mi esposa.

—Será por poco tiempo. Te esperaré años y ahora que no podría vivir sin ti, estoy convencida de que el destino nos volverá a juntar.

—Me matará la angustia de no saber de ti.

—Le escribiré seguido a mi madre, a ti te tocará ingeniártelas para averiguar el contenido de mis cartas.

—Sólo te irás hasta la boda de Josefina, cuando ese asunto sea zanjado, regresarás a Bellavista como mi prometida.

—Tu madre...

—Nadie se atreverá a contradecirme.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—No sé si mi padre lo hizo por darme un bien o un castigo, pero en su testamento dejó a mi madre solo las tierras que vinieron con su dote, dejó estipulada una suma cuantiosa e inmuebles en el pueblo como la dote para mi hermana, a Antonio le dejó los cafetales, todo lo demás, incluyendo lo único que no quería, Bellavista, lo dejó a mi nombre.

—Entonces eres el señor de Bellavista.

—A mi pesar lo soy, mi madre no se atreverá a desafiarme.

## XXV



**C**eleste lo vio desde lejos mientras subía al carruaje que las llevaría al ferrocarril, trató de mantener la compostura. Sentía que si se entregaba a aquella debilidad, lloraría tanto como un coco cuando se parte por la mitad y se le escapa toda el agua abruptamente de un golpe, para luego quedarse seco y vacío. Fue un viaje largo y tedioso. Doña María Antonia había prohibido que Moisés las acompañara y su madre no hizo nada al respecto. En cambio, su tía había dispuesto de dos esclavas de servicio, una para cada una de sus sobrinas, las que estaban sentadas al frente de ellas y no cesaban de mirarlas ni por un instante. El joven Federico Navarro las escoltaba con unos hombres a caballo. El licenciado las entregaría junto con las esclavas a la señora de Pontevedra.

Azucena iba llena de miedo, recordaba la experiencia que había sufrido la última vez que había emprendido un viaje. De vez en cuando se aferraba a la mano de su hermana, ninguna mencionó una palabra durante el camino.

Todo el resquemor de las señoritas Pontevedra fue opacado cuando

entraron a la ciudad marítima, La Habana. Casas y más casas aparecieron por doquier, y se volvieron a sentir poseídas por el espíritu habanero de esa mágica ciudad salida del mar. Los castillos, las iglesias, los jardines, los teatros, las tiendas... Estas últimas avivaron el ímpetu de Azucena por las compras, no pudo evitar comenzar a hacer planes:

—Extrañaré a nuestra madre pero qué ganas tenía de salir del suplicio de Bellavista. Aquí siento que al fin puedo respirar, mi dulce Habana. Necesito consentirme comprándome una seda, un nuevo sombrero o alguna chuchería —dijo Azucena y Celeste sólo le sonrió—: Lo primero que le pediré a nuestra abuela es que nos permita recorrer el Paseo de Paula.

—Te parecerá irrisorio pero yo extrañaba los miles de quitrines y el sonido de las ruedas y los cascos de los caballos.

—Es imperdonable que nos hagan prescindir de Moisés.

—Es imperdonable sobre todo por su compañía, La Habana sin Moisés que conoce todos sus secretos y recovecos no es lo mismo.

—¿Qué será de mi dulce amigo sin nosotras? Me siento egoísta de disfrutar dejándolo sumido en ese infierno, pido a Dios que lo traten con clemencia.

—Nuestra madre velará por Moisés, aunque jamás lo acepte, doña Angelina de Pontevedra quiere a ese esclavo.

Al llegar a la residencia de su abuela doña Matilde de Pontevedra, que vivía acompañada por una de sus hijas, las recibieron amablemente. La casona ubicada en el corazón de La Habana, en la que había crecido su padre, siempre les había parecido acogedora, tenía mucha vegetación, dos jardines inmensos que llenaban el ambiente de frescura y paz. Luego de los saludos y de acomodarse en sus aposentos, por fin estuvieron a solas, Celeste le dijo a su hermana:

—Tengo la esperanza de que aquí vamos a estar mejor.

—Tenía muchos deseos de regresar a la capital pero no así, dejando a nuestra madre atrás. Ojalá se recupere pronto y se reúna con nosotras, no deseo regresar nunca a Bellavista —dijo Azucena y notó la tristeza que embargaba a su hermana—. Tú tampoco fuiste feliz en Bellavista pero regresarías por Fernando.

—No lo digas, no deseo que por casualidad alguien escuche, ese asunto será nuestro secreto hasta que...

—Hasta que pida tu mano y se conviertan en los nuevos esposos.

—Shhh. Haz silencio de una vez, hermanita.

Su tía, Nora Pontevedra, era la más joven de los hijos que habían tenido sus abuelos. El mayor había sido don Diego Pontevedra, luego le seguía una hija que había tomado los hábitos y por último Nora. Esta última, era apenas cinco años mayor que Celeste, había nacido cuando sus hermanos ya eran adultos. Por lo que la relación entre las tres jóvenes era estrecha. A la mañana siguiente, luego del desayuno acompañó a sus sobrinas a un paseo por el jardín.

—Imagino que deben estar ansiosas por noticias frescas. Tanto tiempo en esa hacienda debe haberles parecido eterno. Tantas calamidades, mis bellas niñas, pero ya están con nosotras. Mi madre le estuvo escribiendo en varias ocasiones a doña Angelina y al final aceptó nuestra petición. Su querida abuela no cesaba de preocuparse por sus dos hermosas flores de ciudad en aquel valle, temía que perdieran la gracia si continuaban encerradas en aquel ingenio. Aquí han pasado tantas cosas que no encuentro por dónde empezar —les dijo su tía.

—En Bellavista estábamos en la misma situación —agregó Azucena—.

—Pero esto no tiene comparación. Por dónde empezar... Se acuerdan

de nuestra amiga la señorita Luz María.

—Por supuesto, me estuve escribiendo con ella en varias ocasiones, hace meses dejó de hacerlo, tendremos que visitarla para averiguar el motivo.

—No la encontrarás en la residencia de sus distinguidos padres. Se rumora que cayó en desgracia.

—¡Oh no, qué terrible, pobre Luz! —dijo Celeste.

—No tengo la información exacta de cómo corrompió su alma pero se dice que su pecado es tan innoble que su padre la ha desheredado.

—¡Jesucristo! ¡Qué infortunio! —murmuró Azucena—. Me duele por Luz.

—Sólo les advierto para que se mantengan alejadas de ella, o de lo contrario se verán perjudicadas. Es lamentable sí, ¿pero qué podemos hacer? A que seguro por el rumbo donde estuvieron no se sobresaltaron tanto con noticias altisonantes.

—Estar un tiempo en el campo te sorprendería, querida tía —le dijo Azucena.

—Pronto me tocará conocer esa realidad. Muy a mi pesar. Lo segundo que les tengo que contar es que estoy comprometida y me da gusto que estén aquí para que me ayuden con los preparativos de mi boda. Me iré a vivir a una hacienda, en el medio de la nada. Está mucho más cerca que Bellavista pero nunca imaginé que ese sería mi destino. —Su tía dejó escapar una lagrimilla.

—Si lo amas no importa donde estén siempre que se tengan el uno al otro —le comentó Celeste.

Su tía comenzó a llorar, pero rápidamente se secó las lágrimas. Tomó aire, sonrió y dijo:

—No me hagan caso. Estoy feliz, mi madre arregló el matrimonio, ella cree que es un buen partido. La verdad, después de la muerte de mi hermano es lo único que me queda, casarme cuanto antes que los años se me escapen. Sé

que Diego habría dado su aprobación, mi prometido es todo un caballero.

Estar ahí, en la quietud de aquella casa en la cual había nacido su padre, le sirvió a Celeste para meditar, para pedir perdón por todos sus pecados y para tratar de perdonar la conducta de su padre. «Tengo que perdonarlo —se decía Celeste—, no pueden ser mayores sus errores que todo lo bueno que me dio. El cariño que siempre me demostró, la feliz infancia que tuve a su lado y por demás el legado de sangre que corre por mis venas. Hubiese preferido no haberme enterado jamás de esa historia donde mi padre aparece como un hombre sin sentimientos. Prefiero no pensar en lo que fue y olvidar todo lo que pueda borrar de mi memoria. Mirar sólo hacia delante, no pensar en víctimas o culpables, sea lo que sea, gracias a eso existo. Sólo me queda pedirle a Dios por todos nosotros, porque el alma de mi padre descansa en paz, porque mi madre se recupere y porque Azucena vuelva a ser feliz. Por ella también, por mi verdadera madre, que donde quiera que esté, se encuentre bien».

Celeste trató de reconciliarse con la vida, alejar los rencores y abrir la puerta a la felicidad para lograr alcanzarla. En algo sí tenía razón Nora Pontevedra, en la ciudad los días pasaban volando, lo único que le atrasaban las manecillas del reloj a Celeste, era el recuerdo de Fernando. Recordaba las últimas palabras de su madre, que justo al cumplirse un mes mandaría por ellas. Finalizado el plazo, aún sin haber recibido noticias de Bellavista, Celeste y su hermana se dispusieron a preparar el equipaje.

Mientras lo hacían, Azucena le decía:

—La verdad no quisiera regresar, si lo hago es por nuestra madre y por Moisés. De lo contrario me quedaría a vivir aquí.

—Eso no va a poder ser, en cuanto Nora se case esta casa se quedará vacía, abuela se tendrá que ir con ella. No se va a quedar sola a su edad. A no

ser que aceptemos la invitación que nos hizo de irnos una temporada a su hacienda —dijo Celeste.

—En ese caso prefiero quedarme con el aburrimiento de Bellavista, por lo menos ya tenemos amigas en el pueblo. Hasta extrañaría a la insufrible de Josefina.

Una esclava, aprovechando que las señoritas estaban solas en el salón se le acercó a Celeste y le entregó una nota.

—¿De parte de quién es esto?

—Baje la voz, niña, que su merced no se puede enterar.

—¿De quién es? ¿Sabes si está esperando respuesta?

—Me la dio el calesero de mi ama Matilde, me dijo que se lo diera cuando no estuviera la doña. El caballero que se lo dio ya se fue.

—Ten unos escuditos para el calesero y agradézcale de mi parte por su servicio y su discreción.

Celeste buscó refugio en el lugar más apartado del jardín, Azucena le siguió detrás, desesperada por saber. Ella abrió el papel con el corazón a punto de escapársele por la boca:

*Mi ángel:*

*En la oscuridad de la noche me refugio en tu recuerdo. Cierro los ojos y sueño que entro a tu habitación como un ladrón para hacerte mía y tú me aguardas con los mismos deseos, a pesar de los reparos que te sobran por pudor. Te extraño tanto que el dolor ha despedazado mi pecho. Cambiaría todo por uno de tus cálidos abrazos, por una de tus miradas repletas de consuelo, de indulgencia y de amor. Ni siquiera te nombro, para proteger tu honor, pero tú lo sabes, vida mía, eres la dueña de mi alma. Te*

*espero. Muy pronto estaremos juntos y ya nada evitará que nos desposemos.*

*Tu futuro esposo.*

—¿Qué dice? —la asaltó Azucena.

—Es de Fernando, está aguardando por mí. Sigue en la firme idea de desposarme.

—¡Dios mío! Siente mi corazón acelerado, estoy temblando. Deja de reír como una tonta hermana que alertarás a todos, disimula tu felicidad. Déjame verla, por favor.

—Sólo si quisiera condenarme ante tus ojos. No. Conténtate con saber que soy correspondida. Los secretos de dos enamorados no deben ser leídos por una niña en edad de pureza como tú.

—Muero de amor, pero si es mi hermana la que está hablando. Nuestra tía se opondrá a ese amor pero estoy segura que Fernando no le dará sosiego.

—No te agobies con mis penas.

—Sólo quiero que seas feliz. Espero que muy pronto regresemos.

De más estuvieron los planes que hicieron. Nadie llegó por ellas, su abuela al parecer sabía que así iba a ser y lo había ocultado. Una carta de doña Angelina llegó pidiendo que permanecieran otro mes más, que aún no estaban preparadas para recibir las, que la situación en la casa aún no se había calmado. La única noticia de aliento fue que su madre había comenzado a mejorar y aunque todavía no podía caminar, su salud iba en ascenso.

Celeste trató de contentarse con la nota de Fernando para no agobiarse más. El segundo mes fue desgarrador, la inicial alegría de volver a La Habana, a sus paseos y a sus amistades pasó a un segundo plano. Quedarse allí la destruyó. Había soñado mil veces con su regreso a Bellavista y el reencuentro con él. Tenía tantas ganas de volver que la espera se le hacía insoportable,

como si no supiera por dónde iba a comenzar.

Azucena por su parte, a pesar de no querer regresar a Bellavista comenzaba a sentir la separación de su madre, nunca antes habían estado distanciadas y echaba de menos en exceso a Moisés del que nunca se había separado por tanto tiempo.

—No nos pueden hacer esto —dijo Azucena a punto de llorar—. Creo que la tía no nos quiere en su casa. Encontró un pretexto perfecto para mantenernos alejadas. Lo que no entiendo es por qué nuestra madre lo permite.

Celeste no dijo nada, sólo se encerró en su dolor. Tuvo que resignarse a quedarse ahí en compañía de aquella familia que la reconfortaba, pero lejos del amor que no podía olvidar.



Días después las llevaron a visitar a su otra tía, sor Elena en el convento de Santa Clara. Desde el entierro de su padre no la habían visto. Hablaron sólo por un breve momento con ella. A Celeste siempre le había sorprendido el amor y la devoción de su tía sor Elena, estaba profundamente dedicada a «su misión en esta vida», como decía ella. Trabajaba incansablemente en sus labores piadosas y se pasaba muchas horas dedicadas a sus oraciones. Azucena, por su parte, siempre había querido hacerle una pregunta, y esa vez no dudó en manifestarla.

—¿Por qué tomó los hábitos, tía?

—Es mi vocación —le respondió sor Elena.

—Siempre pensé que las jóvenes que se encerraban en un convento de por vida, era porque las obligaban o por una tragedia amorosa —continuó Azucena.

—La verdad es que desde pequeña esto era todo lo que quería ser.

—Eso me reconforta. Por un momento pensé que había entrado usted en contra de su voluntad. Me dio pie a pensar que tal vez, querían hacer lo mismo con mi hermana y conmigo, debido a que al parecer nuestra madre se ha olvidado de nosotras. ¡Qué alivio me da!

—No lo creo —dijo sor Elena—. Aquí sólo aceptamos a las que están convencidas y vienen por su propia voluntad.

—Si usted lo dice, le tendré que creer.

—Azucena, eres es una joven muy buena. Creo que deberías preocuparte menos.

—Eso dice mi hermana. La verdad es que siempre me ha gustado tener los pies muy firmes sobre la tierra. Celeste todo lo contrario, de pasársela tanto soñando un día de estos se va a levantar flotando y sabrá Dios a dónde vaya a parar. —Ambas rieron de las ocurrencias de Azucena—. La verdad es que es una broma muy tonta. La pobre sufre de pesadillas desde que tuvimos el accidente donde murió nuestro padre.

—Se le pasará con el tiempo. Lo que sucede es que aún no se ha recuperado. No todos tenemos la misma fuerza para afrontar las adversidades del destino. Sólo la oración le dará la paz que tanto necesita.

\*\*\*

El segundo mes pasó más lento que el primero. Celeste estaba muy desgastada emocionalmente, dejó incluso de escribirle a su madre. Continuaba debatiéndose con su pensamiento. El recuerdo de Fernando seguía inalterable, unido a la duda de no saber qué sucedía en Bellavista porque las cartas de doña Angelina prácticamente no decían nada. Fernando no volvió a escribir. Al cumplirse el segundo plazo que les había dado su madre, se llenaron de emoción al recibir la visita de su tía doña María Antonia. Estaban convencidas de que venía por ellas, comenzaban a darle gracias al cielo

cuando la señora les reveló que esperaran otro mes más.

—Extrañamos a nuestra madre —dijo Azucena.

—Lo siento, niñas. Créanme que desearía llevarlas conmigo, pero la situación está peor que cuando se marcharon. Su madre y yo creemos que es conveniente que se queden aunque sea otro mes, si al cabo de éste nada mejora, vendré a buscarlas en persona.

—¿Tampoco le es posible a nuestra madre reunirnos con nosotras aquí en La Habana?

—El médico no le aconseja viajar, de haber sido una solución ya su madre estaría aquí con ustedes, se los aseguro.

—¿Cómo sigue ella?

—La tos ha vuelto, casi no se queja del dolor de las costillas, su pierna no ha soldado muy bien, tendrá que usar un bastón de por vida.

Su tía fue breve en sus explicaciones y un día después se marchó, dejándolas sin poder entender.

—Deberán tener un poco de paciencia. Nosotras les vamos a ayudar para que el tiempo se les pase rápido —les dijo la abuela—. Sé que extrañan a su madre, pero también deben considerar a doña María Antonia. Ella se ha portado muy bien con ustedes, se ha ocupado de doña Angelina, deben darle un respiro, recuerden que también tiene sus asuntos.

Celeste empezó a sentir un fuerte mareo, sofocada y llena de incertidumbre, sin darse cuenta perdió el conocimiento. Al volver en sí, su abuela estaba a su lado todavía y le dijo:

—¿Te sientes mejor? Mandaré a llamar al médico.

—No es necesario. Si me vuelvo a sentir mal, le pido que lo mande a llamar —dijo Celeste.

—Me quedaré contigo a vigilarte el sueño, no sea que me necesites. Sólo estás preocupada por tu madre. Estén tranquilas, todo va a estar bien.

Cuando su abuela se fue, Celeste comenzó a llorar deshecha de tristeza. Extrañaba a Fernando de un modo desesperante. Sentía que se partiría en dos de tanto dolor. No soportaba la lejanía, sólo le reconfortaba saber que él la esperaría, saber que el amor de ambos no tenía fin, que era un amor de toda la vida. Sintió fuertes náuseas y tuvo que recostarse. Una sospecha se coló en su mente y no la dejó salir para que no la cundiera el pánico.

En los días sucesivos los temores de Celeste se hicieron cada día más evidentes. Cabía la posibilidad de que estuviera esperando un hijo; había muchas señales que se lo indicaban así. Se desesperó sólo ante la idea y más que nunca quiso apresurar su regreso a Bellavista. Lo primero que hizo fue escribir una carta a Fernando donde le pedía que tratara de apresurar todos los planes por lo que se avecinaba. La envió sin remitente y le pidió a su tía Nora que la ayudara a enviarla, aunque no le reveló su contenido.

—¿Por qué tanto recelo con esta carta? —preguntó la tía.

—Es muy importante para mí y sí, necesito que vaya sin remitente —dijo Celeste.

—Pero la dirección es de Bellavista y va dirigida a Fernando Alvarado. ¿Qué está sucediendo?

—Te lo suplico, envíala y no me preguntes más, mi honor está en juego.

—¡Ave María purísima! ¿Qué has hecho, Celeste? —dijo alterada mientras Celeste sólo podía negar con la cabeza—. La mandaré de inmediato. No sacaré conclusiones apresuradas ni diré nada que aumente tu agonía. Roguemos a Dios que llegue a destino.

Celeste trató de guardar en secreto las sospechas de su gravidez, esperando una respuesta de Fernando mientras los días seguían transcurriendo.

Sacó sus cuentas, aproximadamente debía tener tres meses de embarazo y de seguir esperando los plazos que cada día eran mayores, lo obvio se empezaría a notar. Por eso su afán en marcharse. Casi no podía disimular sus mareos, las náuseas continuas. Al aproximarse la fecha en que se regresarían a Bellavista fue mandada a llamar por su abuela. La señora estaba muy seria.

—La verdad es que cuando las recibí en mi casa, fue por una carta que me mandó tu madre, pidiéndome que me hiciera cargo de ustedes hasta que ella pudiera regresar. Petición emitida después de mis continuas letras, suplicándole que las dejara a mi cuidado tras su convalecencia. Tu madre debió obedecerme como su suegra que soy, yo las habría cuidado con más esmero. Sin embargo, tu madre y tu tía tomaron sus propias decisiones respecto a su cuidado, erróneas al parecer, así ha quedado demostrado. No tengo reparos en recibir las en mi casa, pero hay ciertas reglas que deben cumplirse, ya no tengo edad para situaciones inconvenientes. ¿Realmente creíste que no me daría cuenta? Esperé unos días para buscar una solución sensata. Jamás hubiera leído esta carta si mis sospechas no hubieran sido tan fuertes —dijo la señora.

—Perdóneme, abuela —dijo Celeste al saberse descubierta.

—¿Realmente Nora y tú creyeron que no me daría cuenta? Nada sucede en mi casa sin que yo tenga conocimiento.

—Mi tía Nora no sabe nada. Le pedí que me ayudara a enviar esa carta pero no conoce su contenido.

—Acabo de mandar una carta urgente a doña María Antonia y te aseguro que ésta sí llegará a su destino. Ella sabrá si la salud de tu madre aguante tales noticias. Fernando Alvarado tendrá que casarse contigo de inmediato. No permitiré que el nombre de mi familia sea manchado, mientras tanto retírate a tus habitaciones y no quiero que hables del asunto con tu hermana. Espero que hayas tenido la sensatez de guardarte sólo para ti un

asunto tan indecoroso.

Celeste se encerró en su habitación llena de vergüenza, jamás podría volver a mirar a su abuela a los ojos. Se preguntaba si ella sabía de su verdadero origen. De seguro no lo sabía. Tenía miedo que se enterara y la quisiera menos, ahora que su cariño hacia ella se había resquebrajado, tras haber deshonrado a la familia. Recordó el caso de su amiga Luz María y su suerte, trepidó, se consoló en la confianza que tenía en Fernando.

Pronto tuvieron noticias de Bellavista. Doña María Antonia apareció en persona. Se encerró con su abuela en el antiguo despacho que había pertenecido a su abuelo. Celeste no podía ocultar su temor. Sabía que su tía y su abuela hablaban de su futuro matrimonio con Fernando Alvarado, pero ella no podía emocionarse ni tener la certeza de que esa boda se realizaría. Recordaba que su tía no la quería para esposa de sus hijos por su origen. Trató de aferrarse al único vínculo que podría doña María Antonia tomar en consideración, que para los efectos legales y los del corazón, era la hija de su amada hermana. Doña Angelina la había cobijado y dado un nombre ante la sociedad, para todos era una hija legítima, si Fernando no se casaba con ella en su condición, sería una vergüenza insuperable para su madre.

Más de una hora después, las señoras salieron. Ninguna aportó alguna evidencia que le diera una noción a Celeste de la decisión tomada, simplemente su tía le dijo a Celeste que dispusiera de su equipaje.

Celeste fue hasta sus aposentos y descubrió que por orden de su abuela, una esclava estaba empacando sus pertenencias. Azucena que llegó corriendo y observó lo que hacía la esclava dijo ajena a lo que estaba sucediendo:

—¿Al fin nos vamos?

—Espera no te emociones. Recuerda que la última vez nuestra tía no

nos llevó con ella —dijo Celeste con el corazón en la boca.

La esperanza de Celeste en el lazo fraterno entre su madre y doña María Antonia enfrentó un fuerte vaivén. Lo descubrió al ver que el rostro de su abuela se había desencajado tras abandonar el despacho, por eso sus recelos y su intento de prevenir a Azucena para que no cantara victoria aún. Celeste no pudo evitar que Azucena corriera a buscar quien la ayudara a empacar y así lo hizo, cuando Celeste apareció delante de su abuela y su tía, con su esclava de compañía y el equipaje listo, vio llegar a su hermana en igualdad de condiciones.

—Ya nos vamos. Las dos están muy serias —dijo Azucena refiriéndose a su tía y a su abuela—. Pero ya nos tenemos que ir. No nos pueden dejar aquí para siempre, tía Nora está próxima a casarse.

Celeste sentía un mar de nervios recorriéndole por todas partes, pero se aferró a sus conclusiones: tenía que regresar a Bellavista. En pocos minutos supo que su hermana no regresaría con ella de los labios de doña María Antonia.

—¿Por qué tengo que quedarme? —dijo Azucena al saber que ella no estaba incluida en el viaje.

—Así lo ha querido tu madre. Es temporal. Pronto vendremos por ti —garantizó doña María Antonia.

Las lágrimas de Azucena no se hicieron esperar. Fue una separación muy dura, con secretos de por medio y a Celeste no le quedó más remedio que dejar a su querida hermana menor atrás.

## XXVI



**S**alieron con el alba, el coche cerrado no dejaba penetrar los rayos del sol. Durante varias horas permanecieron sentadas una enfrente de la otra sin dirigirse la palabra, en lo que duraba el recorrido. Era de noche cuando el coche arribó a su destino. Al abrirse la puerta del carruaje, Celeste se dio cuenta que no estaban en Bellavista. Primero pensó que tal vez habían hecho una parada en el pueblo. Al recibir la indicación de entrar a una casa donde nunca había estado, presintió que nada bueno le deparaba ese lugar. Las estaba esperando una señora, a la que Celeste veía por primera vez. Parecía ser la dueña de la casa porque disponía de todo con propiedad. Apenas la trató, Celeste se dio cuenta que era estricta y de pocas palabras. Sólo decía lo necesario y no le interesaba congeniar o conversar.

—Las llevaré a sus habitaciones. Tenemos un patio bastante amplio y lleno de plantas donde podrá tomar aire y sol —dijo la señora.

—¿Quién es usted? —le preguntó Celeste.

—Celeste, mañana puedes conocer a doña Brígida. Ahora retírate a descansar, debes estar extenuada por el viaje —dijo doña María Antonia.

—Le pido que me explique qué hacemos en esta casa —le dijo Celeste a su tía.

—¿Acaso no te has dado cuenta? —Su tía tenía un tono de voz cansado que ponía a Celeste sobre alerta, era como si estuviera extenuada de la vida o de las circunstancias.

—Fernando no permitirá que nada nos ocurra —dijo Celeste al borde del pánico.

—Si él quisiera evitar este momento inconfesable estaría aquí, a tu lado —dijo doña María Antonia.

—¿Qué quiere decir con ‘si él quisiera’?

Doña María Antonia no le contestó y se encerró en una habitación.

Celeste se recostó en los barrotes de hierro que resguardaban la ventana principal, miró que no lejos de allí había otras viviendas.

—No se asome a las ventanas que dan al exterior, no queremos que los vecinos hablen —dijo doña Brígida con la seriedad que la caracterizaba—. Esperemos que el tiempo pase rápido.

—¿Cómo se llama este pueblo? —le preguntó Celeste.

—Eso no tiene importancia, lo primordial es que no las conocen. No hable con nadie excepto conmigo y con su tía.

Cuando la señora y doña María Antonia se retiraron a descansar, Celeste y la esclava que la había acompañado durante la estancia en la casa de su abuela, quedaron a solas en aquel inmenso caserón. La esclava tomó el equipaje de Celeste y lo llevó hasta la que sería su recámara. Celeste le siguió detrás queriéndole preguntar algo pero sin atreverse. Se le quedó observando a aquélla que nunca cesaba de trabajar, mientras acomodaba sus pertenencias. Sin poder resistirse más, le preguntó:

—¿Qué tanto sabes de todo esto?

—¿Yo qué voy a saber? —dijo la esclava.

Cuatro días después doña María Antonia se dispuso a regresar a Bellavista. Celeste desesperada y llena de miedo, le suplicó que no la dejara sola en aquel remoto lugar y en compañía de una desconocida.

—No puedo permanecer mucho tiempo fuera de Bellavista, sabes que me necesitan. Regresaré cuando se acerque la fecha indicada, para asegurarme de que estés bien. De todos modos no te preocupes, estás en buenas manos. Te dejo a la esclava, ella se encargará de cuidarte y de hacerte compañía.

—Se lo suplico, no me deje —rogó pero no recibió ni una frase de consuelo. Celeste se quedó con el rostro cubierto de lágrimas mientras observaba a su tía marcharse.

\*\*\*

Transcurrieron unos meses, Celeste los pasó encerrada, sin tener contacto con las personas que conocía. Sin saber de Fernando, quien de seguro desconocía del hijo de ambos. Celeste concluyó que su tía no había aceptado su unión por la procedencia de su sangre. La habían ocultado para así esconderle al mundo el único pecado del que ella no se arrepentía, su única compañía en aquel lugar de olvido. Ella había escuchado rumores en otra ocasión, sobre alguna señorita de alcurnia que le había tocado una suerte similar a la suya. Celeste sabía que no la dejarían volver con su criatura en los brazos, que los separarían después del alumbramiento y que luego tratarían de encontrarle reparo a su deshonra. Su hijo crecería lejos, sin recordar el rostro de su madre y amaría a otra mujer, si la suerte le deparaba un hogar. Lloró cada vez que la idea le surcó la mente y mil veces eligió no volver, sepultarse

en cualquier escondrijo recóndito, olvidar a los que amaba, alejarse de todos pero quedarse al lado del nuevo dueño de su alma.

La hora del parto aún no había llegado cuando apareció doña María Antonia traída por un presentimiento. Aún faltaba un mes cuando los fuertes dolores y las contracciones empezaron inesperadamente. Junto con las horas de trabajo de parto, el pensamiento de Celeste divagaba, unas veces enceguecida por el dolor, otras imaginándose poder sostener entre sus brazos al responsable de las pataditas que había sentido los últimos meses de gravidez. Mientras el alumbramiento se presentaba, se mantuvo fuerte, apoyó a la naturaleza para que todo pasara lo más rápido posible, para ayudar a su hijo a encontrar el camino, hizo lo que las otras mujeres le aconsejaron pero pudo notar en sus rostros la angustia y la desesperación, se aferró a sus creencias, se enfrentó a esa batalla que toda madre libra por su hijo y agradeció cuando todo cesó. Así, entre sábanas y paños blancos, agua caliente y una partera que apareció de la nada, nació la criatura.

—Déjenmelo cargar —murmuró Celeste aún sofocada.

—Enseguida, sólo espera a que lo limpiemos un poco —le dijo doña Brígida.

Las mujeres en su ir y venir, corrían de un lugar a otro. Lo envolvieron en un paño sin que Celeste le quitara la vista de encima. Celeste muy débil vio a doña Brígida llevar a su hijo a otra habitación. En ese momento no pudo aguantar más y perdió el conocimiento.

Cuando despertó, le vinieron aquellas imágenes a la memoria. Su último recuerdo fue el de doña Brígida llevándose a su hijo. Temió que fuera ésa la última vez que los vería a ambos. Estaba tan frágil que hasta necesitaba fuerzas para llorar. Se desvaneció de nuevo por el cansancio y por la emoción. Cuando volvió en sí, se levantó sosteniéndose el vientre con una mano, mientras con la otra se iba sujetando de todo lo que tenía a su alrededor.

Buscó a su hijo por toda la casa mientras la esclava caminaba detrás, diciéndole que debía permanecer acostada. Al no encontrar ni a doña Brígida ni a su hijo, se dejó caer ante la puerta de la casa llorando sin consuelo.

Celeste notó que doña María Antonia ya había preparado todo para el regreso e imaginó que aún no partían porque estaba esperando que se recuperara. Ella se daba cuenta que no estaba bien, que necesitaba reposar para recuperarse. Había escuchado a su tía decir que el parto había sido muy duro pero no tenía cabeza para otra cosa que el paradero de su hijo. Se sentía poseída por una sola voluntad, la de recuperarlo. Celeste permaneció ojerosa y retraída, con la mente fija en su reciente pena, no quería ponerse de pie, ni vestirse, ni hablar, ni siquiera dirigir la mirada hacia quien pasara por su lado. Tras una semana en cama, doña María Antonia la ayudó a prepararse para el viaje, pero Celeste la ignoró en todo momento. Permanecía aletargada.

—Hija, no haces bien guardándote toda esta tristeza. Sácala, llora, reclama, cúlpanos a otros al menos por tu desgracia. Tragar esta pena en silencio no es la solución —le dijo doña María Antonia.

—Entonces la culpo a usted porque le ha ocultado a Fernando que yo esperaba un hijo de los dos. Fernando me ama, él quería casarse conmigo pero imagino que usted se opuso, como lo hizo cuando su hijo Antonio me pretendió. Soy la hija de una esclava pero no culparé a mi madre por mi desdicha, ni a doña Angelina ni a la que me trajo al mundo. Solo usted es la culpable de todo. ¿Quién sabe de qué artimañas se ha valido para torcer mi destino? —dijo Celeste.

—¿Me ves como la responsable de tu infortunio? Hice lo mejor que pude para enmendar la falta que tú y Fernando cometieron. A ti te correspondía salvaguardar tu honor.

Doña María Antonia no aceptó su culpabilidad, responsabilizó a

Celeste y a Fernando de concupiscencia, de su falta de decoro y de su suerte. Tanto le dijo, que el veneno que Celeste había soltado por la boca, dio paso a una lagrimilla, luego otra, hasta que la joven se dejó quebrar por el dolor. Lloró hasta que los surcos de tristeza le quemaron las mejillas y hasta que no le quedaron lágrimas. Entonces doña María Antonia dijo:

—Ya estamos listas para partir, terminemos de empacar.

Celeste dejó que la brisa que entraba por una ventana le refrescara el rostro. Aún estaba muy acongojada pero ahora podía coordinar su pensamiento. Doña María Antonia se le acercó con un vaso de agua.

—No importa cuánto me desprecien todos, quiero a mi hijo de vuelta —le dijo Celeste mirándola a los ojos.

—¿Hija...? —doña María Antonia se conmovió. Celeste sintió el mismo vacío que le recorrió todo el cuerpo a doña María Antonia, al escucharla hablar con tanta resolución. La abrazó aunque Celeste trató de escaparse de sus brazos—. Hoy mismo nos marcharemos de aquí y todo quedará en el olvido.

\*\*\*

Abandonaron aquella casa y aquel pueblo. No sólo Celeste iba pensativa por todo el camino, doña María Antonia también. Tampoco aquella vez el destino final fue Bellavista. Al llegar a la casa de su abuela abrazó a su hermana con las pocas fuerzas que le quedaban. Azucena que creía que Celeste había estado en Bellavista, le hizo miles de preguntas sobre cómo estaban las cosas por allá y comenzó a relatarle la boda de su tía Nora:

—Es una pena que te la hayas perdido. ¿Cuéntame todo de Bellavista? ¿Es cierto que nuestra madre ha mejorado mucho?

—Azucena, ya tendremos tiempo de conversar, iré a descansar estoy

agotada —le dijo Celeste sin interés en las palabras de su hermana.

—¿Te sientes bien? Te ves tan desmejorada, tan pálida. —Al no recibir respuesta añadió—: Descansa, ya tendremos tiempo de conversar.

En los días sucesivos, Celeste no se sentó a conversar con su hermana como de costumbre. Se limitaba a decirle que todo estaba bien y si podía no salía de sus aposentos. Sus intentos por alejarla para evadir sus continuas preguntas terminaron por sembrar más dudas en Azucena.

—Hermana, creo que algo pasa y no quieres decirme. Por primera vez pienso que me mientes. Pareces otra persona —Azucena le dijo.

—Tal vez porque lo soy —le reveló Celeste.

## XXVII



**P**asó otro mes más en el que Celeste se recuperó por completo, en lo consiguiente al cuerpo porque del alma aún seguía muy enferma. Ni todas las lágrimas derramadas, ni sus continuos intentos de salir de allí, hicieron que consiguiera lo que deseaba. Hasta que nuevamente llegó la hora de regresar, el tiempo es lo único que no se detiene. Ese mismo día su abuela partiría a la hacienda de su hija. Celeste la vio despedirse con lágrimas en los ojos de la casa en la que había vivido tantos años. La señora abrazó a Azucena. Luego se acercó a Celeste y también la abrazó, susurrándole:

—Hija, ojalá algún día seas feliz y puedas comprendernos.

A Celeste ahora sí no le quedaba dudas que se dirigían a Bellavista. A lo largo de tantas horas, encerrada en aquel carruaje con su hermana era imposible esquivar sus preguntas como lo había hecho en los días anteriores.

—¿Sabes qué es lo mejor de todo? Para estas fechas Josefina debe haberse casado y se habrá ido a vivir al pueblo. Ni falta que nos hacía ir a su fiesta; imagino que para ella debe haber sido de gran alivio que no hayamos

estado presente. Por un momento pensé que te ibas a quedar hasta la boda de Josefina. Suerte para mí que regresaste antes. Te extrañaba. Esos meses sin ti se me hicieron eternos, hasta se me olvidó que estaba en La Habana.

Celeste prefirió no comentar nada, aunque a ella también le daba tranquilidad saberlo. Iba pensando: «Sé que todo va a estar bien cuando le relate a Fernando lo sucedido. Él no va a permitir que nos mantengan separados de nuestro hijo». Estaba convencida que Fernando no sabía lo ocurrido, que doña María Antonia había sido la culpable de todo, que no había querido aceptar aquella unión por el origen de su nacimiento. Al ver que su hermana se había quedado callada, rápidamente Celeste le preguntó:

—¿Me decías?

—No te preocupes, me estoy acostumbrando a hablar sola —dijo Azucena.

Al llegar a Bellavista, Moisés las esperaba en el portón. Azucena bajó del coche y corrió hasta él.

—Me da mucho gusto verte —le dijo al tenerlo frente a ella, aguantando las ganas de abrazarlo, esas palabras bastaron para demostrarle su afecto, tal como correspondía a su posición.

—A mí también, amita. La casa se sentía muy vacía sin ustedes. Casi pasa un año desde que partieron. Ya hasta pensaba que no iban a regresar —dijo Moisés.

—Por momentos yo también lo pensaba. ¡Moisés, cuántos meses sin vernos! Nunca habíamos estado separados por tanto tiempo. ¿Cómo andan las cosas por acá?

—Mejor ni le adelanto nada. Al menos le puedo dar una buena noticia, su madre ha mejorado mucho.

Nadie bajó a recibirlas, la casa estaba más sobria y más fría que cuando partieron. Al llegar al salón se encontraron a doña María Antonia, la que les dijo:

—Su madre las espera con ansia en su habitación, siente no haber estado abajo para recibirlas.

—¿Dónde están todos? —preguntó Azucena. Celeste aguardó la respuesta más impaciente aún que su hermana.

—Antonio está en el pueblo por asuntos de negocios.

—Por Josefina ni pregunto, imagino que ya debe estar en su nueva casa como la señora de Santillán —dijo Azucena y doña María Antonia ignoró el comentario.

—Suban, su madre desea verlas. Adelántate, Azucena, tengo que hablar con tu hermana —cuando aquélla se hubo alejado, le dijo a Celeste—: No importunes a tu madre con esa vergonzosa historia. Evitémosle esa pena, de todos modos ya no hay más qué hacer.

—Le suplico que me diga. ¿Qué hizo con mi hijo?

—Ve a saludar a tu madre; tendremos suficiente tiempo para hablar al respecto.

Celeste subió a ver a su madre, la encontró sentada en una silla, con muy buen semblante.

—Pensé que nunca regresarían. Me alegra que estén aquí, más ahora que me estoy recuperando. Pronto marcharemos las tres a la capital —les dijo doña Angelina.

—La tía está un poco extraña. ¿Le pasa algo? —le preguntó Azucena.

—La boda de Josefina se pospuso, sólo es eso. Cuéntenme cómo les fue. Me dijo su tía que cuando fue por ustedes no quisieron regresar y que les permitió quedarse. Casi se olvidan de su madre —dijo con una sonrisa. Por

aquello Celeste intuyó que su madre no sabía mucho acerca de lo que había pasado.

—¿Y dónde están mis primos? —dijo Azucena.

—Antonio en el pueblo. Fernando debe estar bien. Se fue con su prometida a Europa, resolvieron sus dificultades y decidieron que se casarían por allá.

—¿Hace mucho? —preguntó Azucena. Celeste quedó desconcertada y notó el asombro de su hermana también.

—Hace algunos meses.

Celeste trató de simular que todo en ella estaba bien, pero en su interior se desmoronó lentamente, como la lluvia que empieza a caer gota a gota y luego rompe con fuerza. Excusando cansancio por el viaje se encerró en su habitación a desahogar su dolor. Lloró lágrimas amargas que quemaron sus mejillas como llamas encendidas. No comprendió el talento que tienen algunos hombres para engañar y parecer tan sinceros.

Juana llamó a la puerta y le comunicó que le había traído una tila para que pudiera descansar. Celeste le permitió entrar.

—Tómesela, niña, para que se recupere del viaje. ¿No se siente bien?  
—Celeste negó con la cabeza—. Lo imaginé por eso se la traje.

—No puedes ni imaginarlo. Quisiera dormir pero no puedo. Tú misma viste a Fernando rogarme, suplicarme que no renunciara a él —le dijo sin poder esconder el dolor que la consumía y necesitando desahogarse con alguien—: ¿Por qué lo hizo?

—Sólo él lo sabe. En esta casa todos parecen fantasmas. El niño Antonio desde aquel día que se reveló su secreto parece que se le hubiera escapado el alma y la niña Josefina parece que no existiera, no sale de su habitación—. Por Juana supo que el compromiso de Josefina no se había

pospuesto sino que se había cancelado.

—¿A qué se debió el rompimiento? —preguntó Celeste.

—No se preocupe ahora por eso.

Celeste se levantó de improviso. Secándose las lágrimas de golpe, salió a toda prisa de la habitación, dejando a Juana sin saber qué decir. Buscó por toda la casa a su tía hasta encontrarla en el despacho, pensativa.

—¿Ahora podemos hablar? —le interpeló mirándola fijamente a los ojos.

—No es momento, debes reponerte del viaje. Mañana cuando estés más tranquila dialogaremos —dijo la señora.

—Lo único que necesito que me indique es dónde está mi hijo. Si no me lo dice ahora mismo, iré y le contaré todo a mi madre.

—Lo que conseguirías es darle una inquietud tan grande, que la harías recaer después de lo que le costó recuperarse. Se sentiría decepcionada, tu comportamiento fue impropio de una señorita.

—Lo reconozco y no me siento orgullosa, pero no renunciaré a lo único que quiero de vuelta, mi hijo.

—Tanto Fernando como tú me decepcionaron. Una sola palabra de ustedes hubiera bastado, si tan lejos llegaron no me habría quedado más remedio que aceptarlo. Los habría casado. Si tanto se amaban por qué no actuaron correctamente y prefirieron verse a escondidas.

—Usted se oponía a nuestro amor.

—¿A qué amor? Si a la primera oportunidad Fernando se marchó dejándonos llenos de problemas. Resígnate a tu suerte, no echarás más fango sobre nuestra familia. —Celeste la miró llena de resentimiento—. Y no te engañes tratando de culpar a nadie. No tienes justificación. Todo esto es el fruto de tu pecado. Una señorita decente jamás se hubiera entregado a un

hombre por mucho que lo amara, hubiese soportado todas las adversidades manteniéndose pura.

Celeste salió con el rostro cubierto de lágrimas, camino al jardín se tropezó con Antonio que fingió no haberla visto.

—No puede ignorarme eternamente —le dijo Celeste y él continuó su camino, apresurando el paso—. Míreme, por favor. Sé que me equivoqué, que todo lo hice mal.

—Le suplico que no me dé explicaciones, me heriría mucho más —le dijo Antonio con aquella mirada tierna que a Celeste le dolió en lo profundo, porque él sí la quería y ella no pudo corresponderle, eligió al hermano que la ayudó a hundirse en un mar de vergüenza y de pérdida.

—No quise lastimarlo nunca, tal vez debí haberle dicho la verdad desde el principio. Siempre amé a Fernando.

—No se humille, por favor.

—Usted es la única persona razonable en esta casa. ¿Dígame qué está pasando? Porque por más que me lo pregunto no hallo respuesta.

Él se le acercó y le tomó las manos. Le susurró:

—Cálmese. Vaya a su habitación y trate de descansar. Le diré a Juana que le prepare algo. No se preocupe más, estamos pasando por una etapa difícil, pero saldremos de ella, tenga fe.

—¿Cómo puedo tener fe? —dijo ahogada por el llanto.

Antonio la miró al centro de los ojos. Celeste le devolvió la mirada y notó el sufrimiento del joven, un profundo dolor que acababa con la poca luz que le quedaba en su corazón. Él le susurró:

—Si me acepta estoy dispuesto a casarme con usted, a enmendar la falta de mi hermano.

—Sólo aceptaría si quisiera hacerlo tan infeliz como lo soy yo.

—¿Aún lo ama? —Ella asintió—. Le juro que si supiera donde está Fernando, yo mismo lo traería y lo obligaría a responderle.

Celeste secándose las lágrimas, corrió a refugiarse en la casona.



Una calesa apareció por el portón. Antonio apretó con fuerzas la fusta que sostenía en sus manos, lleno de dolor, por no poder arrancarse a Celeste del pecho. Se quedó observando el coche que se acercaba hasta tenerlo delante de sí. Del interior de ésta salió Hortensia Hidalgo, la señorita le comunicó:

—Vengo a visitar a Josefina. Espero que ahora sí pueda atenderme.

—No lo creo —dijo Antonio. De todas formas mandó a una esclava a llamar a su hermana—. Está muy afligida.

—No es para menos. Sólo quiero ayudarla y que sepa que continuó siendo su amiga.

—Ella lo sabe y le agradece.

—¿Y usted? ¿Cómo se siente? Se le nota tan afligido desde hace tiempo, lleno de preocupaciones. Debería pensar en distraerse.

—En estos momentos no creo que pueda.

La esclava regresó para comunicarles que Josefina se encontraba indispuesta.

—Pobre de mi amiga, no merece por lo que está pasando. Es tan doloroso sufrir por amor —dijo la señorita Hidalgo.

—¿Hortensia aún me quiere? —soltó Antonio sin siquiera meditarlo. La miró de frente y ella asaltada por la sorpresa se quedó muda unos instantes, luego apenada bajó los ojos al descubrir que sus afectos por Antonio no le habían pasado desapercibidos—. Necesito una persona a mi lado con su

alegría para que le devuelva el sentido a mi vida. Quisiera saber si le gustaría convertirse en mi esposa. —Ella lo miró desconcertada, sin poder mencionar una palabra aún—. Soy un tonto, ¿cómo pude pensar que me aceptaría? Después de todo lo que ha pasado ya no soy el mejor partido.

—¿Está hablando en serio? —dijo al fin y él notó que ella tembló al verlo asentir—. Es que todavía me cuesta creer lo que acabo de escuchar. Acepto.

## XXVIII



**E**sa misma noche Antonio buscó las palabras apropiadas para decirle a su madre la decisión de tomar como esposa a la señorita Hortensia Hidalgo. Pensó que recibiría una negativa, debido los ánimos de doña María Antonia, pero su reacción fue desconcertante.

—Madre, no me está prestando atención—. Doña María Antonia permanecía mirando al otro extremo de la habitación envuelta en sus pensamientos.

—Perdón. ¿Qué me decías, hijo?

—Me quiero casar con la señorita Hortensia Hidalgo.

—Lo que tú quieras.

—¿No le interesa? —preguntó Antonio perturbado.

—¡Ya qué!

—¿Si le hubiese pedido casarme con Celeste hubiese aceptado igual?

—Hijo, quiero que al menos tú seas feliz. Si quieres casarte hazlo. Con quien tú quieras.

—Celeste nunca ha sido para mí. Ella le pertenece a Fernando. No

podría vivir temiendo su regreso, porque algún día tendrá que regresar. Al menos cuando se le acabe el dinero —dijo sorprendido por su recelo porque siempre había tenido a su hermano en un pedestal, sin importar lo que hiciese o dejara de hacer.

—No juzgues tan duro a tu hermano. Trata de perdonarlo. No quiero que se peleen entre ustedes. No me hagan más desdichada.

—Porque quiero ser feliz me voy casar con la señorita Hidalgo. ¿Me acompañará a pedir su mano?

—Por supuesto. Soy tu madre y es mi obligación.

—Quiero que sea mañana mismo, deseo casarme cuánto antes.



Tula estaba sentada en las escaleras de la cocina que daban al patio. Como cada noche, desde que las hermanas Pontevedra habían partido a la capital, Moisés venía y se sentaba a su lado. Se pasaban largas horas platicando hasta que todos se retiraban a dormir.

—No hay ni una estrella en el cielo —murmuró él.

—Así es —dijo poniendo especial énfasis en la s para que él notara su progreso—. Hace tiempo que una nube negra se posó sobre la hacienda y no se va.

—¿Qué quieres que repasemos hoy?

—Hoy quiero descansar.

—Te lo mereces, has avanzado mucho.

—¿Crees? —Sonrió al verlo asentir con la cabeza—. ¿Por qué no me cuentas una historia? De esas bonitas que te sabes.

—¡Ay, Tula! ¿No sé que habría sido de mí sin ti? ¿Qué habría hecho todo este tiempo? Has sido mi compañía.

—Ahora que vino su niña se va a olvidar de mí.

—Por supuesto que no —dijo Moisés pero pronunciando la última palabra, escuchó a Azucena llamándolo y sin siquiera despedirse, corrió a su encuentro.

Tula sólo se le quedó mirando convencida de que así sería.



Azucena lo esperaba en la cocina.

—Quiero que mañana bien temprano tengas listos los caballos. Tengo muchos deseos de ir a cabalgar. El de mi hermana también. Tal vez logre que nos acompañe.

—Sí, amita.

—¿Por qué no me dijiste que Fernando se había marchado? Me habrías ahorrado preguntarle a mi madre. Ahora entiendo la actitud de Celeste, era por el abandono de Fernando. Tal vez ya lo sabía y no tenía el valor de comentármelo.

—No sabía cómo decírselo, niña. Yo nunca he sido bueno para esas cosas.

—No te preocupes. De todas maneras me iba a enterar.

Cuando Moisés salió al patio en busca de Tula ya no la encontró. Le preguntó a Dora y ésta le respondió:

—Se retiró.

—¿Tan pronto?

La cocinera se alzó de hombros.



Caía la tarde del siguiente día, cuando Antonio salió en la calesa acompañado por su madre. Iban a casa de los Hidalgo. Al llegar la señorita Hortensia esperaba en zozobra y aunque por respeto a sus padres no salió a recibirlo, aguardó ansiosa en sus aposentos por la noticia. Su esclava de confianza se mantenía vigilando detrás de una columna para llevarle las buenas nuevas.

Cuando la esclava llegó a la recámara. Hortensia la abordó a preguntas.

—¿Qué dijeron?

—No escuché nada desde donde estaba escondida —dijo la interrogada.

—Pero al menos descríbeme sus gestos. Algo —insistió Hortensia.

—Los señores hablaron con su padre y luego se fueron de prisa.

—No sé para qué te mando si nunca escuchas nada.

La señora de Hidalgo llegó al poco rato con ella. La sonrisa de Hortensia con lentitud se fue desdibujando de su rostro a medida que escuchaba lo que su madre le decía con respecto a la petición de los Alvarado.

—¿Pero por qué?

—Es la decisión de tu padre.

—Pero, madre...



Antonio regresó desilusionado. Doña María Antonia aún más angustiada que su hijo, venía lamentándose. Se trataban de consolar el uno al otro.

—Perdóneme, madre. Fue una pérdida de tiempo pedirle que me acompañara. No sé que estaba pensando. Ya me doy cuenta que el dinero no lo puede comprar todo, de qué vale tener la hacienda más próspera de la región y una cuantiosa fortuna.

—No me siento humillada. Menos por ese infeliz. Verás que se arrepentirá. ¿Cómo va a preferir a ése... ni sé cómo se llama que a un hijo mío?



Un esclavo llegó a la siguiente mañana en busca de Antonio. Traía una nota consigo. Antonio a toda prisa salió en su caballo. Al llegar al linde de Bellavista se detuvo en seco. Hortensia lo esperaba hacía rato. La joven bajó de su carruaje, corrió hasta él y se le abrazó al cuello.

—Mi padre no nos puede hacer esto —le dijo sin cesar de llorar.

—Debemos aceptar su decisión.

—No me quiero casar con otro.

—Yo tampoco quiero que se case pero no podemos hacer nada —dijo y era sincero.

—Huyamos lejos. A mi padre no le quedará más remedio que casarnos para salvar su buen nombre.

—No es digno de un caballero lo que me propone.

—Cuando hay amor el honor está de sobra.

—Por supuesto que no. Jamás la irrespetaría.

—¿Podríamos casarnos a escondidas? —pidió ella.

—No sería correcto.

—¿A quién le importa?

—A mí... —Antonio se quedó sin habla cuando ella le robó un beso llenó de pasión. Cerró los ojos y se dejó llevar por sus labios, sus brazos y sus caricias. Antes de caer a su lado sobre la hierba, le dijo indeciso—. No está bien lo que hace.

—Esto se llama luchar por lo que queremos —le reiteró sin dejar de besarlo—. A mi padre no le quedará más remedio que casarnos.

—¿Está segura?

—Usted no tendrá ni que pedírselo. Él se lo exigirá y nosotros seremos felices para siempre.

Se dejaron caer sobre la hierba húmeda y se entregaron al calor de sus cuerpos medio desnudos.

Cuando se despidieron Antonio aún estaba turbado, era la primera vez que satisfacía sus deseos de hombre con una señorita de cuna noble, que lo amaba con tal pasión que dejó a un lado su honor para luchar por convertirse en su esposa. Comprendió que necesitaba a Hortensia Hidalgo, la quería todas las noches en su cama, los días en su comedor y el resto de sus años en su vida, de alguna forma su alegría lograría rescatarlo, tenía la seguridad de que era eso lo que lo salvaría, estar rodeado por Hortensia y por el aroma que emanaba de su piel y de sus cabellos.

—¿Ahora qué tengo que hacer? —le preguntó Antonio dispuesto a ofrecerle todo.

—Nada. Usted quédese tranquilo esperando en Bellavista. De seguro en unos días mi padre vendrá a buscarlo. Yo iré pensando en nuestro

casamiento.

—¿No tiene miedo a la reacción de su señor padre?

—Mi único temor es perderlo a usted para siempre.



En ese preciso instante, Moisés y Azucena estaban recorriendo la hacienda a caballo. Iban a todo galope mientras la brisa les pegaba en sus rostros sonrientes. Los caballos sofocados se resistían a seguir corriendo. Cuando ya estuvo muy fatigada, Azucena le ordenó al esclavo que se detuvieran.

—¡Estoy muy cansada! —dijo ella.

—Más lo está su caballo. Casi no lo pude sacar a correr por el campo durante su ausencia.

—¿Y eso por qué? —dijo tratando de recuperar el aliento.

—Ayudaba en la casa. No iba a estar todo el día de holgazán. Sin ustedes aquí no tenía mucho qué hacer. Tengo muchas ganas de regresar a la capital. Extrañaré la belleza de estas tierras pero ya quiero ver a los del servicio del palacete, retomar los paseos por la alameda de Extramuros con el permiso de la doña, mirar a la gente caminando por la plaza...

—Los dulces que me comprabas en el mercado.

—¿Cree que regresemos algún día?

—¿Qué pregunta? Por supuesto que sí. Mi madre está mucho mejor. Antes de lo que piensas vamos a regresar a La Habana.



Antonio esperó impacientemente durante unas semanas por noticias de

Hortensia Hidalgo. Al cabo de éstas, al no poder soportar la incertidumbre se decidió a ir a buscarla. Llamó a la casa y el esclavo que le abrió el portón fue el mismo que le había llevado la nota.

—Señor, no entre a la casa. Apúrese y váyase de aquí —le previno.

—Necesito hablar con tu amo.

—Mi amo está furioso.

—Tengo que saber de la señorita Hortensia.

—A la niña la mandaron a casa de un pariente y por allá la casaron.

—¿Estás seguro? ¿La señorita Hortensia se casó? —Antonio sintió más intenso el vacío de la pérdida que el asombro tras la inesperada noticia.

—Váyase antes que el amo lo vea y ocurra una desgracia, ha estado muy enojado con usted y con la niña.

—Al menos dime dónde la puedo encontrar.

—Yo no sé *ná*.

## XXIX



**L**os días que Celeste esperaba tener llenos de amor y alegría se volvieron sombríos. La traición de Fernando por una parte, la frialdad de doña María Antonia por otra, unido a la soledad en que se fue sumiendo Bellavista. Salvo Federico Navarro, nadie más visitaba la hacienda. Josefina parecía un espíritu tras la ventana de su habitación, hacía unas semanas que las hermanas Pontevedra habían vuelto y aún no la habían visto. Desde su llegada a Bellavista, pasaron tantas cosas inauditas, que ya no les asombraba nada. Por lo que cuando su madre y su tía les avisaron que habían decidido casar a Azucena con Antonio, no les sorprendió. De todos modos Azucena reaccionó con la rebeldía que la caracterizaba. Mas las palabras de su madre no la dejaron desobedecer.

—La familia se está desmoronando, tal vez sea la única forma de salir adelante.

Los preparativos de la boda comenzaron de inmediato, aquello logró sacar de la depresión a las madres de ambos que trataron de suplir cualquier

dolor anterior con la dicha de unir a sus hijos. Intentaron aparentar que en la casa todo era armonía, aunque Celeste se la pasaba sumida en la tristeza, Josefina se la pasaba encerrada en su recámara y los propios futuros esposos no habían cruzado ni una palabra al respecto, por el miedo a no saber qué decirse y por no estar convencidos de que debían unir sus vidas.

Azucena bajó los escalones de la entrada de la casa y se encontró a Moisés cortando una gran cantidad de leña, sus músculos se tensaban con cada movimiento; lucía extenuado por el arduo trabajo.

—¡Moisés, voy a montar a caballo, vamos! —le dijo ella.

—Lo haría con mucho gusto si no tuviera que cortar todos estos troncos. —Por primera vez Azucena lo notó diferente.

—Recuerda que estás primero que todo para servirme a mí, que otro corte la madera en tu lugar.

—Las cosas han cambiado desde que se fue la señorita a la casa de su abuela, no quiero que piensen que no quiero hacer mi trabajo.

Ella no dijo nada, salió disgustada de ahí. Moisés jamás le había negado algo, por el contrario, la secundaba en todo lo que hacía aunque para eso fuera en contra de las órdenes del difunto don Diego. Su nuevo comportamiento le resultó extraño a Azucena pero se había resuelto que nada que pasara en la hacienda volvería a sorprenderla. El esclavo la llamó cuando se alejaba y le preguntó:

—¿Niña, es verdad que va a casarse?

—Eso dicen —dijo Azucena con indiferencia.

—Debe estar muy contenta —le dijo Moisés.

—Debería, si quisiera casarme pero es un asunto en el que no debo opinar. Soy una señorita y así es la tradición.

—Todo va a ser distinto cuando se case, se acabarán los paseos a caballo —reflexionó el joven esclavo en voz alta.

—¿Por qué?

—Tendrá que atender a su esposo, cuidar a sus hijos.

—No había tenido tiempo ni para pensar en eso. Tienes razón, añoraré mucho mi libertad. De hecho la extraño desde que llegué a Bellavista. Daría cualquier cosa por regresar el tiempo uno o dos años atrás, hecho de menos los paseos en calesa por las tardes y todo lo demás. ¡Qué ironía! Mientras estuve en casa de mi abuela deseé regresar a Bellavista, sólo por mi madre que había quedado atrás y claro también por ti. Ahora me doy cuenta que en casa de la abuela pude disfrutar de la paz que en Bellavista nunca he podido gozar.

Doña María Antonia que acababa de asomarse a la terraza, los vio reír mientras conversaban. Aquello no le gustó. Llena de indignación llamó de inmediato a una de las esclavas y la mandó a buscar a su sobrina. Al tener a Azucena en frente le reclamó:

—Tratas a ese esclavo como de la familia. Debes imponer respeto.

—Moisés ha estado a mi servicio toda la vida. Su fidelidad con nuestra familia no ha tenido límites —le contestó Azucena.

—Como sea, es un esclavo más. No te quiero ver platicando con él como si fuera igual a ti. Le das demasiadas libertades.

—A mis padres nunca les pareció mal.

—Ahora te vas a casar. Ya no eres una niña para andar con ese esclavo por todas partes. Te vendría mejor una esclava, te sería más útil.

—Más que Moisés lo dudo; es muy inteligente, conoce de muchos oficios, es mi calesero; en fin, tiene virtudes. ¡Qué importa si es hombre o mujer, es irremplazable! Enseñar a otra persona las habilidades de Moisés me llevará una vida. Sabe que no tengo paciencia.

—Yo tampoco, señorita —dijo doña María Antonia, dio media vuelta

y se marchó.

—¡Estoy harta de que me diga lo que tengo que hacer! —dijo Azucena entre dientes tan bajo que su tía no logró escucharla.

Azucena fue directo a buscar a su futuro esposo. Anduvo por toda la casa hasta que lo halló en el despacho. Por primera vez intercambiaron palabras luego de haberse fijado la fecha de su matrimonio. Apenas sin mirarlo a los ojos, llena de vergüenza por el cambio repentino de la relación entre ambos, le dijo en voz baja:

—Una vez que nos casemos, deseo que nos marchemos a la capital con mi familia.

—No lo puedo hacer. Debo continuar a cargo de los asuntos de Bellavista. No puedo abandonar a mi madre y a Josefina ahora.

—¿Acaso pretende que vivamos toda la vida pegados a la falda de su madre?

—La situación de nuestra familia no es la mejor. Alguien reveló el secreto de la tía Angelina, fue un gran escándalo. Fue la causa por la que el prometido de mi hermana rompió la promesa de matrimonio.

—¿Entonces todo el bendito pueblo sabe sobre la verdadera madre de Celeste? —Azucena palideció.

—Así es, por eso los Santillán cancelaron el compromiso de su hijo con Josefina, por eso el padre de Hortensia Hidalgo me negó la mano de su hija.

—Y por eso nos desean casar a los dos.

—Dispéñeme si no fue apropiado mi comentario.

—Sé que se casará conmigo porque nuestras madres así lo han dispuesto. Tengo que prevenir a mi hermana de lo que se murmura en el pueblo.

—Mejor no le diga, así le ahorra el desconsuelo. Además de la canallada que le hizo Fernando, no necesita sufrir más.

—¿La ama? Será mi esposo, quiero saber la verdad —lo miró a los ojos.

—No, eso es parte del pasado —dijo con firmeza.

—Igual sé que tampoco me ama a mí —dijo dolida por la suerte de entrar a un matrimonio sin amor.

—¿Y usted? —inquirió él y ella esquivó la pregunta.

—Si quiere por lo menos ser feliz a mi lado, marchémonos de esta casa en cuanto nos casemos. Si la capital le parece muy lejos, podríamos ir a vivir a La Celeste, estará cerca de su madre y me evitará tener que vivir bajo el mismo techo que ella y Josefina. Es inevitable ocultar las diferencias que existen entre nosotras.

—Mi madre es buena persona. Si es un poco dura es porque se preocupa por nuestro bienestar.

—No me obligue a una convivencia que no deseo —le dijo Azucena.

—Veré que puedo hacer.

## XXX



**L**a boda no se hizo esperar, se celebró en la capilla de la hacienda. Bellavista estaba adornada con jazmines blancos que habían traído especialmente de La Celeste. El vestido de la novia era primoroso, a pesar del poco tiempo con que se había confeccionado. Se enviaron invitaciones a todas las familias acomodadas del pueblo y lugares aledaños. La hora fijada había llegado y los invitados aún no habían aparecido. Doña María Antonia insistió en esperar, a parte de la familia sólo estaban el sacerdote y el ahijado de doña Angelina. La abuela de Azucena no había podido viajar porque la distancia por recorrer era mucha para su edad y su hija Nora se había quedado a hacerle compañía. Sus felicitaciones habían llegado unos días antes.

Celeste y Josefina se encontraban sentadas en esquinas opuestas, lo más distanciadas posible. Josefina consideraba a Celeste la causa de todos sus infortunios, por lo que no toleraba tenerla cerca.

Cansadas de tanto esperar, doña Angelina le dijo a su hermana:

—Creo que no va a venir nadie.

—Claro que sí. Ten paciencia. Nadie puede aseverar que Celeste es realmente hija de una esclava, sólo son rumores —susurró doña María

Antonia.

—De muy buena fuente.

—¡Habladurías! No tienen ninguna prueba.

Con una mantilla que casi le cubría el rostro, en una pose de angustia extrema, Josefina se acercó a las señoras que seguían discutiendo.

—Creo que mejor me voy a mi habitación. Todos se van a burlar de mí —le dijo a su madre.

—Claro que no, hija. Alza la cabeza y no hagas caso de comentarios insidiosos; si das el frente todo pasará pronto, con el tiempo la gente se olvidará —dijo la madre.

—Los esclavos dicen que escucharon en el pueblo que casarán a Antonio y a Azucena, porque con todo este escándalo desatado, nadie iba a querer casar a sus hijos con alguno de nuestra familia. No vaya a ser que hayamos otros en la misma condición de Celeste —dijo Josefina y al terminar la última palabra, poseída por la ira se acercó a Celeste y le gritó—: ¡Por tu culpa me quedaré solterona toda mi vida! ¡Te odio! ¿Por qué no desapareces de una vez?

Doña María Antonia se la llevó para la casa. Josefina estaba muy irascible y despechada por todo lo ocurrido. No esperaron más, sería en vano, nadie vendría. Fue una boda muy triste, incluso para los novios que permanecieron muy apagados durante toda la ceremonia. Doña María Antonia y doña Angelina se esforzaron en aparentar que era un evento feliz, pero sólo lo fue para los esclavos, que tenían permiso para disfrutar de sus bailes en el batey y que comieron mejor que de costumbre. El banquete de la celebración había quedado intacto y se ordenó repartirlo entre la dotación.

Al anochecer, Josefina le imploró a su madre, harta de escuchar los

cantos de los esclavos:

—¡Cállalos, madre! Me molestan sus gritos —le dijo aún alterada.

—No, hoy es un día especial, se casó mi hijo. Quiero sentir alegría en el ambiente, aunque sólo pueda escuchar el sonido de sus tambores.

Josefina se tapó los oídos con ambas manos y volvió a encerrarse en su habitación.



Azucena aguardaba en la recámara nupcial que habían preparado para los recién casados. Sentía que el mundo iba a acabar para ella. La boda había sido un fracaso, ni siquiera había sido una ceremonia linda, el sueño de una novia. No sabía qué hacía vestida de encajes blancos esperando una noche que sería de cualquier cosa excepto de amor. Antonio tardó mucho en llegar, ella lo esperó sentada a la orilla de un sofá. Lo observó entrar aún vestido con el traje de la boda, se notaba que había bebido demasiado. Se miraron sin saber qué decirse o qué hacer. El se dejó caer en la cama como estaba vestido.

—¿Qué decidió —le preguntó ella— sobre irnos a vivir a La Celeste?

—Lo discutí con mi madre, ella piensa que será mejor que vivamos aquí. Dice que usted es demasiado joven y no sabrá cómo llevar una casa —dijo él.

—Eso debió pensarlo antes de aceptar casarse. Claro que sabré. Todas aprendemos.

—Aquí estaremos todos juntos en familia.

—Le suplico que vivamos separados. Nunca seré realmente la señora de la casa mientras vivamos con su madre.

—Déme unos días para dejarlo todo en orden.

Ella se acostó a su lado luego de apagar todas las velas y como una obligación o una tradición culminó su noche de bodas. Agradeció que Antonio la respetó y fue gentil con ella mientras el lazo matrimonial fue consumado. Cuando él se durmió, Azucena se permitió sollozar en silencio, en lo profundo de su ser siempre tuvo la esperanza de que se casaría enamorada.

En el transcurso de los días, Azucena comprendió que Antonio no quería tiempo para convencer a su madre, sino para que Azucena se olvidara de ese asunto. Jamás discutiría aquel tema con doña María Antonia, sabía que no estaría de acuerdo y prefería no contradecirla. En parte, eso provocó que la tragedia entrara en aquel matrimonio, pero no fue lo único, también la falta de amor de la pareja y la fuerza interior de cada uno, que no les permitía renunciar a sus sueños de solteros. Para Antonio era difícil sacarse a Celeste del corazón e incluso también a Hortensia Hidalgo. Azucena comenzó a descubrir que había un sentimiento dentro de ella al que no podía renunciar sólo con proponérselo. Aquel casamiento fue el punto de partida para que Azucena descubriera que necesitaba de alguien más.

—¿Dónde está Moisés? —le preguntó Azucena a doña María Antonia días después, luego de buscarlo por los sitios donde el esclavo acostumbraba a trabajar.

—Lo mandé al pueblo a comprar —le contestó su recién adquirida suegra.

—Usted es la dueña y señora de esta casa, lo único que es de la propiedad de mi familia en Bellavista es Moisés y no me gusta que lo utilice para su servicio particular.

—Te recuerdo que todo lo tuyo es también de tu esposo, mi hijo. Azucena, has dejado de ser la niña dulce que eras. No me veas como a tu enemiga.

—No quisiera, pero usted nos ha causado mucho dolor, tanto a mi hermana como a mí —le dijo Azucena.

—No es mi culpa que Fernando la haya abandonado, ni que ella haya dejado de lado su honor. Si fuéramos a buscar culpable lo sería Celeste. ¿No te basta el sufrimiento de mi hermana por el pecado de don Diego con aquella esclava? Si no tomas cartas en el asunto, terminarás compartiendo el afecto de tu esposo.

—No puedo compartir algo que no tengo y le recuerdo que usted insistió en nuestro casamiento.

—Si Celeste no viviera en Bellavista sería bueno para el matrimonio de ustedes.

—Si viviéramos lejos de otras personas sería aún mejor para nosotros... De hecho, ya le propuse a Antonio irnos a vivir a la hacienda de mi familia.

Doña María Antonia se ofendió por el comentario y reaccionó con esta pregunta:

—¿Acaso no te sientes bien en mi casa?

—Prefiero no responder —dijo Azucena.

—Estás muy insolente, no lo seguiré tolerando. Me retiro, no quiero pensar que me equivoqué al elegir esposa para mi hijo.

—Vivo convencida de ello.

—Voy a pensar que todo esto pasará cuando madures. Comprenderás que todo lo que hemos hecho ha sido por el bien de los dos.

—De todas formas nos iremos a La Celeste —insistió Azucena.

—¿Dejarás sola a tu madre cuando más te necesita?

—Mi madre y mi hermana se irán conmigo. Nunca nos dejó ir por el estado de mi madre, porque necesitábamos de alguien que velara por nosotras, Antonio lo hará. Celeste y yo nos ocuparemos de mi madre, ella está mejor, ya

es hora de que prescindamos de su hospitalidad. No vinimos para quedarnos eternamente.



Doña María Antonia no desistió de sus propósitos. Se dirigió hacia la recámara de Celeste donde ésta permanecía sentada, cerca de la ventana.

—No debes seguir encerrada padeciendo —le dijo.

—¿Por qué me dice eso? —preguntó Celeste.

—Ya es hora de que la vida continúe, tanto Josefina como tú deben pensar qué hacer con sus vidas.

—Si desea que vuelva a ser feliz devuélvame a mi hijo.

—Si hubiese sospechado lo que ocurría entre Fernando y tú no hubiera permitido. Hasta esa señorita Quintero vino una tarde a decírmelo y no le creí. Pensé que eran celos sin sentido. Estaba tan preocupada por Antonio que ni siquiera me percaté del comportamiento del otro. Me entristeció mucho la actitud de Fernando, no lo eduqué para eso, para que huyera de su responsabilidad.

—No sabía que le importara lo que sucediera conmigo.

—Sé que mi hermana te quiere como a una hija y lo que es importante para ella lo es para mí también. ¿Por qué crees que nadie vino a la boda? ¿Por qué crees que a mi Josefina la dejaron casi en el altar?

—Sé lo que se murmura en el pueblo, también llegó a mis oídos. ¿Quién lo reveló?

—Ninguno de nosotros, que no te quepa dudas, somos los más afectados. Apenas se había desatado el escándalo cuando Fernando huyó con su prometida. Nos dejó en el momento más difícil. Si no fuera por Antonio los negocios de nuestra familia se habrían ido a pique. Te pido que tengas

paciencia con Josefina, algún día se le pasará. Ahora lo que más me preocupa es el matrimonio de Antonio, sé que no lo amas pero él... Lo que más deseo es que sea feliz con Azucena.

—No quiero ser motivo de sufrimiento para mi hermana.

—Tal vez si se alejaran un tiempo y no te tuvieran presente; pero es imposible, Antonio tiene mucho trabajo que atender.

—¿Me está pidiendo que me vaya?

—Podrías pensar en casarte. En este pueblo dudo que encuentres pretendiente, si a Josefina que no tenía que ver con el asunto le va muy mal. Tal vez a la capital no lleguen los rumores de este último rincón del mundo.

—Ni la capital está tan lejos ni soy digna del santo matrimonio.

—Siempre hay alguna familia dispuesta a obviar una falta con tal de lograr un matrimonio ventajoso para su hijo.

—Ya amé todo lo que iba a amar en esta vida. Lo único que deseo ahora es cuidar de mi madre hasta que se recupere por completo.

—¿Qué harás con tu futuro? Eres tan joven. No has pensado en la vocación religiosa.

—Devuélvame a mi hijo y no me verá nunca más. Sólo dígame donde está —imploró pero doña María Antonia se volteó y la dejó hablando sola.

## XXXI



**F**ernando se despertó con un fuerte dolor de cabeza. Se la sostuvo entre las manos y aún medio tambaleante se puso de pie. Al contemplar el lugar donde estaba, recordó que llevaba tiempo allí y comenzó a desesperarse. La tarde que había llevado a Isabel al muelle, luego de que zarpara el barco lo habían detenido unos guardias y al no dejarse arrestar lo habían golpeado en la nuca. No sabía el motivo por el cual estaba encerrado aunque se lo imaginaba. De lo que sí estaba seguro era que no existían pruebas en su contra. Siempre había actuado concienzudamente, jamás había dejado ningún rastro ni ninguna pista que los condujeran a él.

Continuó solo durante horas, confinado en el interior de aquella celda sombría, hasta que vio pasar a un guardia por el pasillo. Lo llamó, mas aquel se negó a escucharlo.

—Exijo sea avisada mi familia y también que me digan de qué se me acusa.

—Su familia ya fue avisada —dijo el guardia sin detener su paso.

—¿Por qué no han venido? —dijo Fernando teniendo que gritar para

que el hombre, que se alejaba, lo escuchara.

—Tal vez no quieren involucrarse con un conspirador contra la corona de España.

—¿Qué está diciendo?

—Es lo que me dijo mi superior. Hay una grave acusación en su contra.

—No podrán probarlo porque no hay nada, jamás he conspirado contra la corona —dijo Fernando con firmeza.

—Ya veremos, mientras duren las investigaciones tendrá que permanecer en la cárcel.

—Pero están violando mis derechos, no pueden retenerme sin pruebas.

—Tenemos testigos —dijo luego de marcharse sin voltear hacia atrás.

Fernando se sintió desesperar, tiró con fuerza de los barrotes pero fue inútil, sólo consiguió lastimarse las manos. Lleno de ira pateó los mismos hasta que se rindió. Se sentó y trató de meditar, «¿Quién me querría acusar, quién tendría motivos?». Isabel le vino a la mente como una ráfaga de viento.

—¡No puede ser! —se dijo en voz alta—. Pero si ya se marchó no estará aquí para corroborarlo, ni tampoco para desmentirlo. ¡Dios! ¡En que líos me he metido! —Así comenzó a lamentarse al tiempo que toda la esperanza de salir de allí se le iba desvaneciendo. Trató de dejar de pensar, estaba convencido de que su familia lo ayudaría y unas preguntas se le colaban en la cabeza: «¿Por qué no han venido? ¿Acaso no tienen la intención de apoyarme? ¿No querrán comprometerse?». No consiguió quedarse calmado, se la pasó pensando, tratando de encontrar una explicación a todas sus interrogantes. «Desde que Celeste se marchó todo fue de mal en peor. ¿Será que mi madre todavía está enojada conmigo porque soy responsable de todo lo ocurrido?», recordó una de las últimas conversaciones con su madre:

—No puedes mandar a Isabel Quintero de vuelta a París, si te

comprometiste con esa señorita debes mantener tu promesa —le había dicho doña María Antonia.

—No se preocupe más por ese asunto, sé cómo entenderme con ella.

—Hasta hace poco no te importó traerla a la casa de tu familia. ¿Cómo es posible que cambies de repente tus sentimientos?

—La verdad que no la entiendo, usted desde el primer momento que vio a Isabel no le gustó para mí. ¿A qué se debe tanta insistencia?

—Hijo, este asunto se te ha salido de las manos. Esa mujer me amenazó, dice que si no te regresas con ella a París divulgará en el pueblo el secreto de nuestra familia. Les dirá a todos que Celeste es hija de una esclava. Imagínate la magnitud de este problema, será nuestra ruina. Nosotros que nunca hemos dado de qué hablar. —Hizo una pausa para secarse las lágrimas que empezaban a recorrerle el rostro—. No podría soportarlo.

—Ahora menos me regresaría a París con Isabel, lo siento. Trataré de hablar con ella, le diré que es inútil, haga lo que haga no conseguirá lo que desea.

—Hijo, has traído la desgracia a nuestra familia. ¿Por qué tenías que enredarte con una señorita de esa categoría, una mujer sin clase, sin educación?

Fernando continuó recordando cómo había ido de inmediato a buscar a Isabel, lo que él le había reclamado y las amenazas de ella:

—Mi madre acaba de contarme el chantaje del cual quieres hacerla víctima. No te lo perdonaré nunca, no debiste involucrarla en nuestros asuntos.

—Si no te regresas conmigo en este maldito pueblo todos van a saber del origen oscuro de tu amante.

—¿Pero qué te sucede, Isabel? Yo no te he traicionado. No te prometí amor, ni compromiso, ni matrimonio. Nunca te pedí exclusividad.

—Me tratabas diferente. Sé que me querías.

—Tal vez sí por un tiempo pero no prosperó, no como tú lo deseabas. Yo no te pedí que vinieras conmigo, te recuerdo que te atreviste a subirte al barco sin mi consentimiento —le había dicho Fernando.

—Pensé que si me tenías cerca no me olvidarías. Si no hubieras regresado para el absurdo matrimonio de tu hermana, aún estaríamos en París y seríamos felices a nuestro modo. Regresa conmigo, todo será igual que antes —le pidió.

—Me has mostrado lo peor de ti. Ya no podría regresar al punto de partida. No creí que tus amenazas serían ciertas, pensé que sólo hablabas por despecho, pero ya veo que hablas en serio. No te lo voy a permitir.

—¿Qué vas a hacer para prohibirlo? ¿Amarrarme? Te doy de plazo hasta mañana para que lo pienses, en dos días zarpa mi barco. Si a primera hora del día siguiente no veo tu equipaje en el carruaje, ya sabes a lo que te atienes.

—No te voy a dejar hacerlo y tampoco voy a regresar contigo.

—Te vas a regresar, lo sé. Te irás por la misma razón que lo hiciste la primera vez, cuando se te pase la pasión por Celeste Pontevedra, ésa que te tiene ciego, querrás regresar a París y ahí yo te estaré esperando.

«Hasta el último momento confié en que Isabel no cumpliría sus amenazas», se dijo Fernando lamentándose a más no poder. Volvió a observar los barrotes que resguardaban su calabozo. «Celeste me va a culpar por todo y me lo merezco, es mi responsabilidad, mil veces es mi culpa. Mi madre tenía razón en todo lo que me decía, la situación se me salió de las manos, no pude controlarla. No quiero ni pensar qué sentirá Celeste cuando lo sepa. Se va a derrumbar. No me alcanzará toda la vida para perdonarme, le he hecho mucho daño. Si al menos pudiéramos estar juntos para reiterarle mi apoyo».

Al ver que el tiempo continuaba pasando, Fernando se impacientó aún más. Temía fosilizarse con las paredes de la prisión. Comenzó a llamar a gritos al guardia. Una hora después de estar llamando, el guardia acudió hasta él.

—¿Te vas a callar de una vez o prefieres que yo te calle? —el guardia lo amenazó.

—Sólo estoy demandando mis derechos, exijo que me lleve ante su superior —le dijo Fernando.

—Está ocupado. Ahora no puede atenderte

—¿Hasta cuándo me van a tener detenido?

El guardia sin responderle su pregunta le dijo amenazándolo:

—Más pronto de lo que te imaginas te vas a ir de aquí.

Aquella noche no era igual a las anteriores, se podía oler en el aire que algo ocurriría. Fernando comenzó a sentir un temor que le congelaba todo el cuerpo. No habían pasado tres horas cuando llegaron varios guardias que se acercaron a su celda y la abrieron bruscamente.

—¿Qué harán conmigo? —dijo Fernando entre dientes presintiendo que nada bueno sería.

—¿No querías irte de aquí? Ya te vas.

—Daré informe a las autoridades superiores del maltrato de que estoy siendo víctima. —Fernando dijo con firmeza.

Después de sujetarlo por la fuerza y de amordazarlo se lo llevaron. Ante los intentos desesperados de Fernando de escaparse le ajustaron aún más las cuerdas que sujetaban sus manos y pies. Lo subieron a un coche cuyos caballos salieron a todo galope de aquel lugar directo a su destino. Al arribar, Fernando no podía creer lo que estaban viendo sus ojos, era una imponente fortaleza. Podría asegurar que estaba en San Carlos de La Cabaña, allí donde

llevaban a los prisioneros más peligrosos y a los conspiradores contra la corona. Quiso defenderse pero no se podía mover ni hablar. Le vendaron los ojos y lo llevaron por numerosos corredores que olían a muerte y abandono. Sintió cómo abrían una puerta de hierros chirriantes y oxidados. Lo desataron y lo empujaron al interior. Al intentar decir una palabra fue golpeado y cayó al suelo perdiendo el conocimiento.

Cuando logró volver en sí, estaba mareado y adolorido. Ya no encontraba explicaciones para aquella pesadilla. La oscuridad ennegecía sus ojos. Se lamentaba por su mala vida, pero sentía que era demasiado castigo: «Es tan horrible no poder disponer de la libertad. Tener que permanecer aquí encerrado, sin lograr siquiera que me escuchen. ¿Por qué mi familia no viene por mí? Claro, he sido mal hijo, mal hermano. ¡Maldición! Hasta mal amante. Al menos eso diría Isabel. ¿Qué pensará Celeste de todo esto? Debe estar tan desesperada como yo». Continuó divagando ya que era lo único que podía hacer en su encierro. «Mi madre nunca me perdonará. Le dije que lo resolvería todo y no pude hacerlo». Recordó una conversación que había sostenido con su madre, justo después de reiterarle en varias ocasiones que no iba a irse con Isabel Quintero a Europa:

—¿Es cierto que deshonraste a Celeste bajo mi techo? —le sorprendió su madre y Fernando casi da un brinco ante la seguridad con que le habló doña María Antonia.

—¿Por qué me pregunta eso? —había dicho azorado cuando doña María Antonia le hubo extendido la carta de doña Matilde de Pontevedra.

—Jamás hice diferencias entre tus hermanos y tú. No obstante me has pisoteado una y otra vez. Me has causado más sinsabores que Josefina y Antonio. Estoy muy sentida contigo. Primero traes la deshonra a esta familia al comprometerte con esa mujerzuela y ahora tienes amoríos con la hija de mi

hermana. Porque obviando los pormenores que ahora no interesan, para Angelina y para la sociedad, Celeste es una Pontevedra y Cáceres legítima.

—Perdóneme, madre —dijo Fernando siendo consciente de los errores que había cometido pero sin ánimos de explicarle que muchas de sus majaderías, como su madre le llamaba, para él eran otra cosa. Sus actos provenían de las diferentes ideas que tenía en cuanto a las costumbres con que le hicieron crecer.

—Lo que te he perdonado a ti, jamás se las hubiese pasado por alto a Josefina o a Antonio. A ellos los eduqué con mano dura y gracias a eso son dos personas de bien. Contigo me faltó coraje, nunca quise que pensaras que influía en mí haberlos traído al mundo porque los amo a los tres por igual. Te protegí de más, he aquí los resultados. No debí dejarte partir a Europa a estudiar, tu obligación era quedarte al frente de los negocios de la familia. Me equivoqué contigo, debí educarte como a tus hermanos.

—Estoy tratando de cambiar, comencé a trabajar con Antonio; aunque apenas si me dirige la palabra. Él es testigo de cuánto me esfuerzo. Lo hice por Celeste, porque la amo y quiero que sea mi esposa. Voy a reponer todo lo que he hecho mal —habló por la parte que consideraba que había fallado.

—Por supuesto que lo vas a hacer, te casarás con Celeste Pontevedra y salvarás a nuestra familia de la deshonra, pero no creas que con eso comprarás mi perdón.

—Sólo déme su consentimiento para casarme tranquilo. Por favor, madre.

—Voy a darte mi consentimiento sólo con una condición. Toma a esa ‘señorita’ que trajiste de París y desaparécela de nuestras vidas para siempre. Parte con ella al amanecer y quédense en una posada en La Habana hasta que zarpe el barco, no quiero verla más. De ti depende que el buen nombre de esta familia sobreviva.

## XXXII



**E**n Bellavista, Antonio que se había levantado más temprano de lo que acostumbraba, se disponía a arreglar unos papeles sobre el escritorio. Azucena le llevó el desayuno temprano.

—Yo misma te lo prepararé —le dijo.

—¿Seguro? No tienes que hacerlo, para eso está el servicio —mencionó Antonio.

—Bueno, tuve un poco de ayuda. Como aún no se han levantado los demás quise cerciorarme que desayunes antes de irte. No es bueno que salgas tan temprano sin probar bocado.

—De necesitarlo se lo pediría a alguien. No es necesario que te preocupes, no saldré hoy.

—Me da tanta pena contigo. Con todo el peso que tienes por Bellavista y ahora también tienes que velar por los intereses de mi madre.

—El trabajo no me da miedo. Además, Federico es de gran ayuda. Precisamente hoy viene. Por eso estoy arreglando estos documentos. Tenemos mucho de qué hablar. Mejor sigue durmiendo.

—Se me quitó el sueño. Creo que iré a cabalgar —dijo Azucena.

—¿A esta hora? ¿Quieres que te dé un resfriado?

—Lo que tengo es calor.

—Que te acompañe Moisés, para lo que se te pueda ofrecer —le recomendó Antonio.

Azucena subió a sus aposentos a prepararse. Cuando estuvo lista le dijo a una de las esclavas de servicio que buscara a Moisés. El esclavo llegó casi de inmediato y le dijo:

—¿Le sucede algo?

—Ensilla mi caballo.

—¿Quiere cabalgar ahora mismo? ¿Por qué no espera que caliente un poco el sol? El suelo está muy resbaloso por el rocío.

—No pienso correr. Sólo quiero simular que voy a escapar de este mal sueño.

Moisés obedeció sin decir más; trajo los caballos y le siguió detrás respetando su silencio.

Para cuando regresaron doña María Antonia la estaba esperando en la terraza. Azucena trató de fingir no haberla visto, pero su tía le siguió detrás al tiempo que le decía:

—¿Volviste a ir a cabalgar con el esclavo? No sé ve bien para una señora casada. Deberías estar más pendiente de tu esposo. ¿Podrías por lo menos decirme dónde está?

Azucena trató de mantener la calma, para poder contestarle:

—En su despacho. Me dijo que hoy no tenía que salir.

—No es así. Federico Navarro lleva una hora esperándolo y nadie sabe de su paradero. Tampoco sabíamos del tuyo —le reclamó doña María

Antonia.

—Iré ahora mismo a atender al licenciado mientras regresa Antonio.

—Tu hermana ya lo está haciendo.

Al llegar a dónde se encontraban, el licenciado Federico Navarro y Celeste, lo primero por lo que le preguntó Azucena fue por la correspondencia.

—¿Nada? —dijo desilusionada—. Por lo visto ya nadie me recuerda.

—No diga eso. Sólo que la vida en La Habana es muy agitada. Todas sus amigas saben que usted se casó y piensan que nunca va a regresar —dijo Federico Navarro.

—Y no se equivocan —dijo Azucena.

—Hermana, hay algo que no sabes, así que lo mejor es que te lo diga antes que te enteres por otra persona —le comentó Celeste—. Uno de los motivos por los que el licenciado está aquí es para preparar nuestro regreso a la capital. El de nuestra madre y el mío. Ella ya está mejor, no hay motivo para que sigamos aquí.

—¿Me van a dejar sola? ¿En esta hacienda? No lo puedo creer.

—La vida continúa —trató de reconfortarla Federico Navarro.



Mientras ellos lo esperaban, Antonio estaba en los lindes de Bellavista. Había llegado un esclavo con una nota para él y Antonio había salido a toda prisa, sin decir a donde se dirigía. La nota había sido enviada por la nueva señora Hortensia de Vasconcelos. Ella estaba desconsolada, recién se había enterado del matrimonio de Antonio. Al encontrarse los dos,

ella le dijo:

—Con razón mi padre me permitió quedarme en su casa en lo que regresa mi esposo del oriente del país.

—No se ponga así. Le juro que la esperé —dijo él.

—¿Cuánto? ¿Una semana? ¿Dos?

—¿Qué podemos hacer? Ambos estamos atados.

—Me casé porque me obligaron. No pude hacer nada para impedirlo. Cuando mi padre se enteró de lo sucedido entre usted y yo se puso iracundo. Me mandó con mi madre bien lejos a reparar mi honor, para que aún pudiera casarme con el que ahora es mi esposo.

—No sabe cuánto lo lamento. Debí suponer que algo así sucedería.

—Mi padre me confesó que los motivos por los que no aceptó mi compromiso con usted, fueron esas habladurías acerca de su familia. ¡No es justo! Toda la vida mi único sueño fue casarme con usted. ¡No permitiré que nada vuelva a separarnos! Estoy dispuesta a lo que me pida. Si quiere podemos huir ahora mismo.

—Mi familia depende totalmente de mí. No puedo abandonar a los míos.

—¿Está enamorado de su esposa?

—Le juro que hubiera preferido casarme con usted.

—Entonces huyamos.

—No puedo.

Ante la negativa, ella se le abrazó llorando desgarradoramente:

—¿Y todo el esfuerzo que hice para volver a encontrarlo ha sido en vano?

—Ahora estamos juntos —dijo besándola en los labios.



Para cuando Antonio llegó a la casa, Federico Navarro ya se había marchado. Azucena lo estaba esperando en la terraza.

—¿Por qué te fuiste sin avisar? ¿Pasó algo? El licenciado se cansó de esperarte. Dijo que pernoctará en La Celeste por si quieres pasar a verlo.

—Tuve asuntos urgentes que atender.

—Tardaste mucho, estábamos preocupadas.

—Lo siento. —Antonio se dispuso a volver a salir sin apenas haber entrado.

—¿Te vuelves a marchar? —preguntó Azucena.

—Voy a ver a Federico Navarro. No me gusta dejar los asuntos del día para mañana.

Ella se quedó observándolo hasta que él se perdió en el horizonte.



Celeste había subido a la recámara de su madre. Aquella permanecía sentada en una silla mirando por la ventana. Era evidente su recuperación. Se encontraban conversando cuando Celeste le reveló el verdadero motivo que la había hecho ir a verla.

—Quedémonos un tiempo más en Bellavista —le suplicó.

—Hija mía, tanto tiempo deseando marcharte y ahora me dices que no te quieres ir.

—No es eso. Sí deseo regresar pero me duele dejar a Azucena. Si nos vamos, dejaremos atrás todo lo amargo que hemos vivido aquí y a ella la dejaremos sumida en este caos para siempre. Nos va a extrañar mucho.

—Y nosotros a ella. Es por su bien. Será bueno para su matrimonio que ya no estés aquí. No estoy convencida de que Antonio te haya sacado de su corazón. Más bien creo que se casó con ella con la intención de olvidarte.

—Si es por eso, entonces no me puedo negar.

—Pronto tu hermana tendrá hijos y estará tan ocupada que ni nos echará de menos. Además, algún día iba a tener que casarse. Al igual que tú. No pensarás quedarte a mi lado para siempre.

—Lo he estado pensando, no quiero casarme, me dedicaré a cuidarla.

—No sabes lo que dices. Necesitas hacer un buen matrimonio, por eso quiero marchar a la capital, para encontrar un pretendiente digno de ti.



Ese mes estuvo lleno de mucho movimiento para los recién casados. Era evidente que cada día se incrementaba el tiempo que pasaban separados. Azucena trataba de acercársele pero Antonio siempre estaba muy ocupado para atenderla. Ella se desahogaba saliendo a galopar en su caballo, algunas veces acompañada de Moisés, aunque la mayoría de las veces prefería hacerlo sola para no tener enfrentamientos con doña María Antonia. Los encuentros entre Antonio y Hortensia de Vasconcelos se hicieron más frecuentes. Cada mañana se encontraban en el mismo lugar.

—Mi padre ni siquiera sospecha. Como no he vuelto a hablar de ti, ni de Josefina, cree que ya te olvidé. ¿Cómo sigue tu hermana? —le preguntó Hortensia.

—Igual. Encerrada en su habitación. Mi madre está desesperada. No sabe cómo levantarle el ánimo —le dijo Antonio.

—Me da tanta pena. No debe ser fácil recuperarse de tal humillación.

—Mi tía se irá en unos días. Tal vez cuando ellas se marchen de la

hacienda, Josefina al sentir más privacidad, comience a recuperarse.

—Ojalá también se llevaran a tu esposa. Por lo menos durante el tiempo que yo esté por aquí.

—Azucena es un ángel. Es una persona muy dulce, jamás me daría problemas. —Antonio la defendió con vehemencia.

—¿Te estás enamorando de ella?

—Qué más quisiera yo para encontrar un poco de felicidad y no vivir con el corazón dividido en mil pedazos.

—¿Y a mí me amas? Nunca me lo has dicho.

—Hortensia, sabes que te quiero —le dijo Antonio sin profundizar.



Aquella mañana como de costumbre, Azucena mandó a Moisés a preparar los caballos. Cabalgar era la única parte del día que le producía bienestar. Recorrieron el valle y por último observó como Moisés refrescaba a los caballos en el río. Siempre había sentido un cariño especial por aquel esclavo, conocer que él también se iba aumentó el peso de su angustia. Moisés había tomado altura en el último año y dejaba de parecer un adolescente para asimilarse más a un hombre, la voz había terminado de cambiar; ya no vestía con la elegancia habitual del calesero a no ser que tuviera un viaje al pueblo, pero su arete de oro seguía pendiendo de su oreja, dándole un aire especial. Regresó completamente salpicado, ella intentó estirar una mano para contener una gota de agua que se deslizaba por la mejilla del esclavo y él dio dos pasos hacia atrás, para guardar la distancia. Azucena intentó recomponerse y manifestó:

—¿Sabes algo, Moisés? Eres el mejor amigo que he tenido. No sé que sería de mí sin ti.

—Gracias, amita —le dijo bajando la cabeza—. Siempre estaré agradecido de lo buena que es conmigo.

—Ésta es la mejor parte del día. Me hace sentir que todavía soy libre, que todavía estoy viva.

—Pues si la hace feliz, aquí me tiene para acompañarla siempre que quiera.

—Mi madre y mi hermana se regresan a la capital, supongo que te irás con ellas. Te voy a echar de menos. Imagino que estarás muy contento, es lo que más añorabas.

—Nunca pensé que regresaríamos sin usted.

—Mi deber está aquí. Al lado de mi esposo. Claro que me gustaría que te quedaras para tener con quien conversar. De lo contrario me quedaré muy sola. ¿Te quedarías aquí conmigo? —Lo observó mientras el mulato titubeaba un ‘sí’ que no terminó de brotar de sus labios—. Sé que no es fácil lo que te pido. Te estaría exigiendo demasiado. Tendrías que renunciar a La Habana, a tus amigos y tendrías que soportar al mayoral junto con la miseria que viven aquí los esclavos.

—La niña no tiene que pedirme nada, sólo mandar y Moisés obedecer.

—No puedo obligarte a quedarte. Éste no es tu lugar.

## XXXIII



**A** la mañana  
siguiente, cuando  
Azucena intentó

buscar a Moisés para salir a su cabalgata diaria, no lo encontró por los alrededores. Tula le dijo donde encontrarlo. Azucena se cubrió la boca asustada para no lanzar un grito.

—¿Por qué? —le preguntó Azucena al esclavo que yacía acostado en el cepo sobre la tierra.

—Amita —le susurró el mulato de diecisiete—, váyase de aquí.

—Moisés —le dijo sumamente consternada—, ¿quién te hizo esto?

Él se estremeció al sentir que ella le rozaba la espalda adolorida por los latigazos.

—Fue el mayoral —le dijo Tula—. Porque ayer Moisés abandonó su trabajo *pa'* montar a caballo con su merced.

Azucena corrió a buscar una razón y a exigir que fuese liberado de inmediato. Cuando tuvo delante de sí plantado al mayoral, le inquirió sin contemplaciones, a lo que éste contestó:

—Yo lo ordené.

—Eso ya lo sé. ¡Sáquelo de allí ahora mismo! —le exigió.

—Cumplo con mis funciones. Acá todos los esclavos saben que el que deje su labor sin terminar será castigado.

—Sepa que Moisés sólo responde a las órdenes de mi madre, mi hermana y las mías. No pertenece a Bellavista, es propiedad de mi madre y en mi familia jamás se ha maltratado a un esclavo.

—Señora, que yo sé cómo funciona la hacienda contigua y los tratan de igual modo. —El mayoral rió sarcásticamente.

Doña María Antonia que los escuchó debatir, salió en defensa de su mayoral:

—Aquí esas son las reglas para todos. Moisés tiene que aprender, no puede hacer su voluntad.

—Yo le ordené que viniera conmigo a cabalgar.

—Las tareas de los esclavos las asigna el mayoral, no se puede estar desautorizándolo delante de ellos, si no le van a perder el respeto. Si quieres una esclava de compañía te daré una que se encargue de esos menesteres.

—Exijo que lo liberen de inmediato.

Si no hubiese llegado Antonio a intervenir nunca se hubieran puesto de acuerdo.

—Todo ha sido una confusión. Moisés está acostumbrado a obedecer a Azucena. Suéltelo de una vez —exigió Antonio.

Tanto doña María Antonia como el mayoral dejaron de insistir y terminaron por liberar al esclavo.

Azucena esperó a quedarse a solas con su esposo y le dijo en tono de reproche:

—¿Cuándo nos vamos a ir? Está ocurriendo lo que me temía. ¿No quiero vivir bajo las imposiciones de su madre?

—Tenga paciencia.

—Le suplico que no vuelvan a castigar a Moisés. Es propiedad de mi familia y deben respetar nuestra forma de manejarlo.



Celeste al enterarse de lo ocurrido bajó a ver a Moisés, luego de indicarle a Juana que la ayudara a curarle las heridas al esclavo, a la par que lo calmaban, ella le dijo:

—Moisés, sin mi padre todo ha cambiado. A mi madre no le gusta contradecir a su hermana y no se da cuenta que sus decisiones no son las mejores para nosotros. No puedes hacer todo lo que te pida Azucena, sino te irá peor.

—No me arrepiento —contestó Moisés con una rebeldía que a Celeste le asustó. Notó que el castigo corporal lejos de contener al muchacho lo había llenado de coraje y que la tonalidad del brillo de sus ojos había cambiado, ahora la chispa que salía de ellos no era de júbilo.

—No es justo para ti, mira como te dejaron. Te lo suplico, no abandones más tu trabajo. Te necesitamos fuerte y saludable.

—Usted no tiene que preocuparse por mí, niña. Sólo soy uno más, entre tantos esclavos.

—Hablaré con mi madre para irnos a lo sumo en un par de días y una vez que estemos en La Habana haré hasta lo imposible porque te dé tu libertad. Sé que son muchos esclavos y ahora mismo no puedo hacer más por los otros, pero tú eres mi amigo y el de mi hermana también, ha llegado la hora demostrártelo. Sé que lejos de esta hacienda, mi madre me escuchará.



Doña María Antonia quedó pensativa luego del incidente con su sobrina. Notó que la conducta de Azucena hacia Moisés era demasiado exaltada, así que consideró prudente mantener las distancias entre ellos. Le ordenó al mayoral llevar a Moisés a trabajar al cañaveral, que le diera una tarea fácil como la de aguador, para que su sobrina no se molestara. Puso de pretexto que ya no lo necesitaba en la casa, pero fue peor cuando Azucena lo supo.

—Fue decisión del mayoral, él es quien se encarga de distribuir a los esclavos donde más hacen falta, es sólo temporal hasta que tu madre se vaya y se lo lleve —le dijo doña María Antonia cuando Azucena le reclamó.

—Sabe cuánto pagarían por tener a un esclavo con las cualidades de Moisés. Puede sacar cuentas, leer, se expresa con elocuencia, asígnele una tarea donde se aproveche más —le exigió Azucena.

—Lo tendré presente. Claro que tendrá que pasar un tiempo, si desapruero las órdenes del mayoral perderá credibilidad ante los esclavos y todos querrán rebelarse.

Ni Antonio ni doña Angelina la apoyaron. Su madre lo único que dijo fue:

—Tal vez tu tía tenga razón, sólo serán unos días, cuando marchemos a La Habana lo llevaremos con nosotras y todo será como antes.



Ni las súplicas de Celeste ni las de Azucena consiguieron apresurar el viaje. Doña Angelina expuso su necesidad de completar el último tratamiento de don Isaías, con el que estaba comenzando a caminar sin tanta dificultad. Azucena intentó motivarla recordándole que en La Habana habría mejores médicos, pero su madre les dijo que los vería en el tiempo que ella había estipulado y que ya faltaba poco para el viaje.

Cada tarde al regresar Moisés del cañaveral, Azucena lo saludaba desde su caballo, le preguntaba si estaba bien y le prometía que pronto lo sacaría de ahí. Pero él le aseguraba que no se preocupara, que estaba bien. Con la inocencia propia de su edad, un día Moisés burlando a los hombres del mayoral abandonó su trabajo, fue al establo y tomó un caballo para llegar hasta donde Azucena cabalgaba. Ella se puso tan contenta, que se olvidó de los castigos que podrían esperarle a él, si lo descubrían. Se la pasaron conversando y recorriendo el valle, como si la esclavitud y las diferencias entre los hombres no existieran, como siempre se habían visto el uno al otro.

—Si usted me lo pide me quedo en Bellavista para siempre —dijo él.

—Lo dices ahora porque estamos pasando un buen rato pero no será así la mayoría del tiempo. Debes marcharte con mi familia. Aquí te irá muy mal.

—No tengo miedo. Quiero quedarme a su servicio.

—Te irás con mi madre. Éste no es sitio para ti. Quiero que prograses en la vida. Hablaré con mi hermana para que una vez en La Habana convenza a mi madre para que te de tu carta de libertad.

—Amita, su hermana ya me ha dicho lo mismo. Está esperando a que estemos en La Habana para pedírselo. No tengo palabras para agradecerse los.

—Podrías empezar por unas carreras como agradecimiento. Cuando te vayas no tendré con quien competir.

Agitaron a los caballos y a todo galope emprendieron la cabalgata, la

que al parecer no tenía fin, era hasta que uno de los dos se cansara. Después de dar rienda suelta a los caballos se detuvieron exhaustos, sin poder respirar.

—Yo seguiría pero mi potro está agotado —le mintió Azucena riendo, cuando ni podía disimular su propio cansancio.

—Por lo visto me ganó nuevamente. Ya no puedo más, tendré que descansar un rato para emprender el regreso.

—Nunca habíamos llegado tan lejos —dijo Azucena haciendo la observación.

—Acerquémonos a aquellos árboles para sentarnos debajo de su sombra.

Movieron a los animales para aproximarse a los frondosos árboles que los tentaban con su sombra, hasta que divisaron que no eran los únicos en buscar ese refugio. Azucena no se amedrentó, algo en su interior la hizo crecerse y le dijo al esclavo:

—Moisés, es mejor que te regreses aún no te han visto —su voz no tembló.

—¿Qué va hacer? No puedo dejarla sola.

—Por favor, márchate —le exigió. Tal vez en un momento similar lo normal era llorar pero a ella no le salió ni una lágrima—. No deseo pasar por esta humillación delante de ti. Vete.

El esclavo muy a su pesar obedeció.

## XXXIV



**A**zucena se les  
quedó mirando  
como reían y

conversaban, ajenos a ella que los observaba. Llena de coraje galopó hasta ellos y les echó el caballo encima.

—Detente, no es lo que estás pensando. Puedes lastimar a alguien —se defendió su esposo.

—Aún no me conoces Antonio Alvarado. Traté de que nuestro absurdo matrimonio tuviera sentido, pero nada fue suficiente para ti. Ahora entiendo. Dile que se marche ahora mismo de nuestras tierras, si no quiere que la lleve a rastras desde el caballo por todo el bendito pueblo.

—Hortensia es mejor que te vayas —le pidió Antonio a su amante.

—No voy a permitir que Azucena me hable en esos términos. Dile que me respete —le exigió Hortensia.

—Usted no se merece mi respeto, señora —dijo Azucena lanzándole el caballo encima a Hortensia.

—¡Estás loca, Azucena! No pienses que por esto voy renunciar a Antonio. Él me ama.

—Para tu información no me ama a mí pero tampoco a ti. Estás muy lejos de la verdad y creo que estás más engañada que yo misma. Su corazón le pertenece a otra mujer. Sólo has sido para él una distracción. Al menos yo soy su esposa. Tú ni siquiera eres su verdadero amor —le dijo Azucena a la otra mujer.

Hortensia de Vasconcelos, a duras penas, se subió a la calesa que la había traído y desapareció.

Al quedar a solas los esposos, él le pidió comprensión y ella desdeñó sus palabras. A Azucena no le importaron las súplicas de Antonio, estaba demasiado ofuscada. Él no entendió la reacción de su esposa a sabiendas de que no era amor lo que los unía.

—Déjame explicarte —continuó implorando Antonio.

—¿Qué? ¿Qué soy una tonta? Me arrepiento mil veces de haberme casado contigo. No sólo amas a mi hermana, ahora también tengo que soportar que a nuestra tierra, a nuestra casa, traigas a tu amante... Me voy a marchar con mi familia y ni tú ni tu madre van decir una palabra al respecto.

—No puedes irte. Eres mi esposa.

—Intenta impedírmelo —dijo marchándose a todo galope.

Antonio de un salto montó su caballo para seguirle detrás. La persiguió durante unos minutos, el potro de Azucena iba desenfrenado a una velocidad desmesurada. Trató de alcanzarla pero no lo logró, antes que pudiera detenerla el corcel de Azucena, extenuado, se precipitó sobre el suelo. Antonio corrió a socorrerla y la encontró sin conocimiento. La tomó en sus brazos y la llevó consigo, sintiéndose el hombre más miserable de la tierra.

Todos se alarmaron cuando los vieron llegar. Llamaron al médico de la familia de inmediato. Antonio era devorado por el remordimiento.

—¿Qué le sucede? ¿Por qué está sangrando? —le preguntó Antonio a doña María Antonia que salía seria de la habitación, luego de haber conversado con el médico.

—Acaba de perder a tu hijo. Ni siquiera sabíamos que estaba embarazada. Es tu culpa por no saber controlarla. Siempre me opuse a esos paseos a caballo, pero tú no le decías nada —lo culpó su madre.

—¿Ella cómo está? —preguntó Antonio mientras tomaba asiento sumamente confundido.

—Gracias a Dios no está grave. Dice el médico que debemos esperar, pero que lo más seguro es que se repondrá.

Celeste salió de la recámara de su hermana poco después. Antonio corrió hasta ella y se tomaron de la mano para mitigar el dolor que a cada uno lo consumía.

—Casi muero del susto —le dijo Celeste—. ¿Dígame cómo pasó esto? ¿Estaba con ella cuando sucedió?

—Tu hermana te lo explicará cuando se sienta mejor.

Antonio no quiso ahondar en lo sucedido. Si Azucena guardaba en secreto la infidelidad él no lo haría evidente. Decidió esperar a su reacción una vez que se recuperara. Por lo pronto, se dejó consolar por Celeste y viceversa, lo hizo sin importarle la mirada displicente de doña María Antonia, que los observó de lejos sin poder escuchar lo que hablaban pero negando con la cabeza.



Moisés de regreso había tratado de llegar desapercibido, pero los hombres del mayoral lo habían sorprendido. Entonces el castigo fue peor. Volvió al oscuro y despiadado cepo, sin poder mover sus músculos

adormecidos por la fatiga y la sed.

Un día después, Azucena lo supo gracias a Tula que no podía aguantar el sufrimiento de ver como era torturado. La esclava se lo había comunicado de viva voz tras subir a la habitación donde Azucena se reponía de la caída y la pérdida.

—Perdóneme, mi señora, por importunarla en su estado.

—No te preocupes, Tula.

—No le diga *ná* a mi ama. Si doña María Antonia llega a saberlo me castigará a mí también.

Tula le reveló dónde había permanecido Moisés desde la tarde anterior. Azucena horrorizada trató de levantarse aún adolorida, con ayuda de Tula bajó los escalones. Lo vio de lejos rehusándose a ser testigo de tanto horror. Intentó llegar hasta él pero cayó desmayada por la fatiga. Cuando recuperó el conocimiento, le pidió a su hermana que intercediera. Celeste no pudo hacer nada, por más que le reclamó y le suplicó a doña Angelina, ésta había decidido no intervenir. Las hermanas recurrieron a Antonio, pero éste amenazado por la culpa y las palabras de su madre, también se negó a escucharlas.

Moisés permaneció tres días en la tortura, al cabo de los cuales lo liberaron y lo mandaron a la plantación. No tenía fuerza para levantarse a trabajar, pero no le dieron opción, para mayor castigo le amarraron al tobillo unos grilletes, según el mayoral para que no llegara muy lejos si intentaba volver a escaparse.



Esa misma tarde llegó un esclavo con una nota para Antonio. No

necesitó abrirla, sabía que era de Hortensia, su amante. Le dio vueltas al asunto una y mil veces, hasta que tomó una decisión. Acudió a encontrarse con ella, esta vez cerca del pueblo. Antonio la vio desde su arribo, ella ya lo esperaba y sin ninguna precaución corrió a abrazarlo y a besarlo. A Antonio le sorprendió su propia frialdad. Ella le dijo:

—Estás muy distante. ¿Es por qué nos sorprendió tu esposa? Estás preocupado.

—Azucena estaba embarazada, cayó del caballo y perdió a nuestro hijo —le dijo sin reflejar ninguna emoción en el rostro.

—¿Es una desquiciada! ¿Cómo se le ocurre montar a caballo esperando un hijo?

—No lo sabía. Tenía menos de un mes. Yo me siento responsable.

—Claro que no es tu culpa.

—Esto no está bien. Debemos terminar. —Antonio sintió alivio cuando lo dijo.

—Te está manipulando sentimentalmente, quiere que te sientas culpable para separarnos.

—Por Dios, Hortensia, mi esposa acaba de enterarse. Ella... —no quiso dar más explicaciones—. Sólo vine a decirte que ya no me busques más, se acabó.

El padre de Hortensia de Vasconcelos, apareció de pronto sin darles tiempo a reaccionar. Abofeteó a su hija enfrente de Antonio, el que se quedó perplejo.

—¡Eres la vergüenza de nuestra familia! Mandé a seguirte pero no lo pude creer. Tuve que comprobarlo con mis propios ojos. Todos estos días, nos has mentado a tu madre y a mí como si fuéramos dos niños. Creí que te habías encaminado pero ya veo que sigues en las mismas. ¿Cómo le voy a responder

a tu esposo que nos confió tu cuidado durante su viaje? —le recriminó el señor Hidalgo.

—Don... —Antonio no pudo concluir la frase porque el padre de Hortensia continuó hablando.

—No diga nada, caballero —le dijo a Antonio que cerró la boca ante las amenazas del señor—. Nos veremos al amanecer en el campo de honor. Enviaré a mis padrinos. No aceptaré sus disculpas.

## XXXV



**A**ntonio contrariado maldijo su mala suerte. Se dirigió a la cantina y ordenó que le trajeran una botella y mientras bebía, mandó a un mozo con una nota para Gustavo Garcés. Cuando iba por la mitad del licor apareció su amigo.

—¡Tú por aquí! —dijo Garcés que al ver el estado de Antonio comprendió que algo no andaba bien—. ¿No crees que has empezado muy temprano? ¿Para qué soy bueno?

Cuando Antonio le contó todo lo que le había ocurrido, Gustavo quedó sin expresión.

—¿Hortensia? Siempre supe que estaba enamorada de ti.

—Quiero que seas mi padrino. ¿Aceptas?

—Sabes que los duelos están prohibido. Claro que acepto pero... ¿No es preferible que lleguen a un acuerdo? A los dos les conviene. El asunto de Hortensia de Vasconcelos no ha trascendido, manejarlo con discreción es lo más adecuado.

—El señor está renuente a tratar de llegar a un entendimiento, se

conduce a la vieja usanza. Está irascible.

—No es para menos.

—Me siento mal. Jamás pensé que tendría que herir o matar a un hombre. Menos aún de su edad —manifestó.

—No te confíes, es bueno en las armas y si sigues bebiendo te va a temblar la mano. Ni todas las clases de esgrima que has tomado te serán de utilidad.

—Si me mata dejaré a mi familia sin un sostén. No creo que Fernando aparezca para ocupar mi lugar.

—Levanta ese ánimo. No te vas a morir. Yo sé quien tiene suficientes agallas para arreglar este asunto.



La noche caía sobre Bellavista. Había llegado la hora de la cena. Sólo Celeste y doña María Antonia estaban sentadas a la mesa. Comenzaron a mover los cubiertos en silencio, sin ánimos de platicar y sin saber qué decirse. Celeste pensó retirarse y le pidió permiso a su tía. Ésta se negó rotundamente a permanecer sola.

—Tantos que somos y nadie nos acompaña en el comedor. Haré que ayuden a bajar a tu madre y a tu hermana. Angelina está recuperada, solo las escaleras son un obstáculo para ella. Azucena no está grave, no le vendrá mal. ¿A Josefina para qué? Sigue reacia. Don Isaías dice que no está enferma, ni está enloqueciendo, que sólo son berrinches, que lo mejor es ignorarla.

—Josefina terminará enfermándose si sigue encerrada. Tal vez cuando mi madre y yo nos marchemos se anime a bajar

—Ya no se irán, al menos por ahora. Pensé que tu madre te lo había dicho. Dice que no quiere dejar a Azucena sola. Está muy preocupada por ella. Aunque yo sigo pensando que lo mejor es que se vayan.

Celeste sintió como un balde de agua helada las palabras de su tía. A pesar de que al principio ella no quería dejar sola a su hermana, ya se había hecho la ilusión de regresar a La Habana y olvidarse por un tiempo de los sinsabores que para ella encerraba Bellavista. Doña Angelina y Azucena llegaron a la mesa, tal cual lo dijo su tía. Celeste le preguntó a su madre que si era cierto que ya no se marcharían.

—Nos quedaremos. Azucena no está preparada todavía para separarse de nosotras —dijo doña Angelina.

—No es cierto —dijo la aludida—. Estoy perfectamente bien. Ya no tienen nada que hacer aquí.

—Azucena, estoy de acuerdo contigo —dijo doña María Antonia—. ¿Por cierto, Azucena dónde está tu esposo que aún no ha llegado?

—No lo sé —dijo Azucena.

—¿Cómo? ¿Mi hijo no aparece y tú tan tranquila?

—Es adulto, sabe cuidarse.

—De seguro le pasó algo. Jamás ha faltado a la cena —dijo doña María Antonia.



La noche siguió transcurriendo y aún no había rastros de Antonio. Su madre caminaba de un lugar a otro del salón. Desesperada mandó al mayoral y a sus hombres que salieran a buscarlo. Luego subió a la recámara de Azucena que dormía plácidamente y la sacudió con brusquedad.

—Despiértate. Antonio aún no llega. Sé que no te importa pero es tu obligación esperarlo conmigo. Tal vez le ocurrió algo.

—No me voy a levantar de la cama. Nada le sucedió a su hijo. Debe estar mejor que nosotras.

—¿Qué insinúas?

—Antonio tiene una amante. Debe estar con ella.

—¡Jesús! No te permito que calumnies así a mi hijo. Jamás haría tal cosa. Antonio tiene un corazón puro. —Escucharon unos caballos que se acercaban—. Deben ser el mayoral y sus hombres, voy a ver si traen noticias.

Doña María Antonia bajó apresurada para ver que los hombres escoltaban a su hijo y a Gustavo Garcés. El mayoral se adelantó para decirle los pormenores y luego les ordenó a sus hombres retirarse.

Doña María Antonia al tener a su hijo enfrente no cesó de recriminarle:

—¡Me has hecho quedar cómo el hazmerreír! Pensaba que te había ocurrido algo y regresas en ese estado de embriaguez. ¡Por Dios! —Antonio sin siquiera responderle subió las escaleras tambaleándose—. ¿Y usted qué espera para retirarse? —le dijo a Gustavo.

—Tengo un asunto que tratar con usted, señora.

En pocas palabras aquél le relató todo lo ocurrido con Hortensia y el padre de ésta. Doña María Antonia se quedó espantada al escuchar las palabras: ‘duelo’ y ‘amanecer’.

—¡No voy a permitir que maten a mi hijo! ¡Aunque tenga que matar a ese maldito infeliz con mis propias manos!

—Señora, tal vez usted pueda llegar a un arreglo económico con él, en secreto, sin que Antonio se entere. Supe que la familia Hidalgo ha tenido algunos problemas financieros.

—¡Juana! —doña María Antonia llamó a la esclava que ya estaba

despierta con tanto alboroto—, ordena que preparen la calesa.

—¿Su merced va a salir a esta hora, ni siquiera amanece?

—Sí y tú vienes conmigo. Nos amanecerá en el camino.

—Yo también la acompaño —le dijo el joven Garcés.

—Usted se queda aquí. No permita que bajo ninguna circunstancia Antonio abandone Bellavista y llegue a tiempo a ese duelo.

Doña María Antonia subió a la calesa mientras Juana le traía una manta para que se protegiera del frío de la madrugada. La señora se negó a ponerlo sobre sus hombros. Estaba pensativa y nerviosa, con escalofríos que le recorrían toda la espalda. Iban a toda prisa hasta el lugar indicado, por lo que llegó poco antes de que amaneciera, el señor Hidalgo aún no arribaba, así que aguardó por él. Al encontrarla allí el caballero comenzó a mofarse:

—No tuvo su hijo suficiente valor y la mandó a interceder por él.

—Vine por mi propia voluntad, a impedir que mi hijo se ensucie las manos con su sangre —le dijo doña María Antonia.

—Ya me habían advertido sobre su carácter, señora. Dígale a su hijo que aquí le espero, que no huya como un cobarde.

—Aún no ha nacido un hombre con suficiente coraje para matar a mi hijo. Antonio está dispuesto a disculparse. Vine a evitar que su esposa reciba la terrible noticia de que ha quedado en la viudez.

—Tal vez la viuda sea otra, sé manejar las armas y no tengo miedo. Sé lo que sucede, quiere evitar otro escándalo sobre su familia.

—Nosotros no tenemos nada que perder, ya estamos en boca de todos. Usted en cambio pierde más. Si el esposo de su hija se entera, va a perder mucho.

Doña María Antonia aún estaba en el sitio cuando Antonio llegó, ella

aún intercambiaba palabras con el señor Hidalgo. Su hijo se le acercó a prisa con evidente interés en lo que hablaban. El señor se despidió con un gesto de doña María Antonia y se dispuso a marcharse. Le pasó por el lado a Antonio sin siquiera mirarlo.

Gustavo Garcés, que le seguía detrás a su amigo y enseguida estuvo al lado de doña María Antonia, le dijo a ésta:

—No pude retenerlo. Sabe cómo es Antonio.

—Madre... Estoy tan apenado que no sé cómo implorarle su perdón — dijo Antonio.

—No digas nada. Vamos para la casa. Agradece que tengas un amigo sensato y una madre capaz de cualquier cosa por ti.

—Pero quedaré deshonrado al rechazar el duelo, tengo que responder y salvar mi nombre.

—Este vergonzoso asunto no saldrá de aquí, ni siquiera al señor Hidalgo le conviene.

## XXXVI



**A**zucena estaba esperando a Federico Navarro

en la terraza. Sabía que éste venía a tratar asuntos de La Celeste con Antonio. Al verlo llegar lo interceptó y le comentó:

—Necesito tratar un asunto urgente con usted.

—¿En qué puedo servirle? —dijo el licenciado.

—Quiero que le dé la carta de libertad a Moisés.

—¿Tiene la aprobación de su madre?

—No. Sabe como es ella con respecto a ese asunto. No aceptaría —dijo Azucena.

—Me temo que sin su permiso yo no puedo hacer nada.

Después de intercambiar algunas palabras con aquél, Azucena fue en busca de Celeste, sabía que ejercía mayor influencia sobre Federico Navarro y no dudó en decirle sus ideas para liberar a Moisés. Aquélla quedó horrorizada tras la última palabra que acababa de informarle su hermana.

—Ahora sí estoy convencida que has enloquecido —le dijo Celeste.

—No encuentro otra solución. Moisés nació para ser libre; no soporto ver como se marchitan sus años de juventud encerrado en Bellavista, sometido a los maltratos del mayoral y a la voluntad de mi tía. Has visto que a nuestra madre parece que ya nada le importa.

—Hablemos con nuestra madre, tal vez ella acepte que le demos la carta de libertad.

—Lo único que haremos será alertar a todos de nuestros planes.

—Todo esto me da mucho miedo. Si nos sorprenden... Imagínate si atrapan a Moisés, es muy arriesgado para él.

—No haría nada que lo perjudicara. Sería peor que continuáramos ambos encerrados en esta hacienda, prefiero estar lejos de él. ¿Es que aún no lo entiendes?

A Azucena ya no le importó cuidarse, intentó darle a entender a Celeste el mayor secreto que le había guardado desde que arribaron a la pubertad.

—Dios mío, no digas ni una palabra más que me vienen esas sospechas enormes, de algo que siempre he querido preguntarte y que por una razón u otra me he reservado. ¿Azucena, has enloquecido? Piensa en tu matrimonio. Si llegan a descubrir que...

—No me pidas que piense. Cuando me casé con Antonio no puse resistencia porque sabía que nunca me iba a casar con el amor de mi vida.

—Mírame a mí, sin futuro. Tú al menos tienes a Antonio.

—Tengo un esposo más de título que de verdad. Antonio no me escucha, no es cariñoso, no es tierno, en fin no me ama. Me ve como lo que debe hacer para no contradecir a su madre.

—Ten paciencia, todo se solucionará.

—No quiero que se solucione, no me interesa. Quisiera escaparme de aquí, irme lejos, sería la única forma de alcanzar mi felicidad.

—No olvides que existen reglas que de transgredirlas te puede pesar.

—Te prometo que intentaré luchar contra esa fuerza que se ha apoderado de mí, como lo he hecho siempre, solo que ahora es incontrolable.

—Más te vale, si no quieres lanzarte tú misma de cabeza al abismo. No cometas mis errores, yo no respeté ninguna regla, me enamoré de un hombre que las odia o, que más bien, tiene una idea distinta de lo que son. Me entregué a Fernando, confié en que me amaba y que la fuerza del amor nos protegería. Creí que al final estaríamos juntos. Fernando me abandonó deshonrada y con su hijo en mi vientre. Su madre reparó nuestra vergüenza, me devolvió a la sociedad supuestamente intacta pero con el dolor más grande que se puede sentir. No sé dónde está mi hijo, me lo arrebataron nada más nació.

Las lágrimas de Azucena ya bañaban su rostro, abrazó a su hermana y recordó la pena de su embarazo malogrado.

—Ahora mismo iré con nuestra tía y le exigiré que nos diga dónde lo tiene —le dijo Azucena.

—No. No te embrolles más la vida. Es mi asunto y bastante difícil ya está la relación entre ustedes. Tampoco le digas a nuestra madre. Si te digo esto es para que pienses y no cometas errores que te cuesten tu tranquilidad.

—No más secretos entre nosotras, hermana.

—No más secretos. A partir de ahora lucharemos la una por la otra, como siempre ha sido pero sin ocultarnos nada.

—Al menos intentaré que Moisés sea feliz, que comience una nueva vida.

—No sé si hago bien en ayudarte pero dadas las circunstancias lo haré. Tú no puedes seguir encerrada en esta hacienda con Moisés o será la perdición de ambos.



Después de reunirse con Federico Navarro, como casi todas las mañanas, Antonio se encontraba en el pueblo arreglando asuntos de negocios. Terminó y fue por su caballo con la intención de regresar a la hacienda. Antes de subir a la montura, fue sorprendido por Hortensia de Vasconcelos que le salió al paso. Antonio se negó a detenerse, le dijo que no era prudente que los vieran conversando y más, después de todo lo acontecido. Ante la necesidad de Hortensia, tuvo que acceder a encontrarse con ella detrás de la iglesia. Él llegó primero y se quedó esperándola lleno de preocupación. Antonio tuvo que frenarla cuando ella se le arrojó a los brazos.

—Bendito sea Dios que llegaron a un arreglo, estuve muy preocupada por el duelo. No sé qué le habrá dicho doña María Antonia a mi padre pero él está tranquilo. Ahora seremos más cuidadosos, sólo quedan unos días para que mi esposo venga por mí, debemos aprovechar el tiempo que nos queda —le dijo Hortensia.

—Nuestros padres llegaron a un acuerdo en el cual lo principal que se pactó fue que yo no me volvería a acercar a usted, mi querida señora.

—¿Me vuelves a tratar con deferencia? ¿Has olvidado todo lo que nos ha unido?

—Su padre no dudará en matarme si tan sólo sospecha que seguimos encontrándonos. ¿Prefiere verme muerto o que yo tenga que matarlo a él, si no soy suyo? ¿Es eso?

—Claro que no —dijo llorando.

—Sé que realmente me ama y hará lo mejor para los dos.

Le dejó un beso en la frente, muchas lágrimas en los ojos y un profundo sentimiento que la perseguiría toda su vida. Él tampoco se fue con las manos

vacías, se llevó un intenso dolor en el pecho y algunos recuerdos hermosos.

Antonio iba resuelto a cambiarlo todo, se decía que por lo menos lo iba a hacer por su madre, estaba apenado con ella por su conducta en los días anteriores. De ser el hijo que no daba preocupaciones, había pasado a hacerle la competencia a su hermano. Se propuso a partir de ese mismo momento corregirse.



En Bellavista ese día nunca sería olvidado. Azucena que aún no cejaba en su afán de liberar a Moisés, logró acercarse al esclavo y le habló procurando que nadie la escuchara:

—Moisés, hemos llegado demasiado lejos. No quiero que vuelvas a escaparte. De todos modos ya no me encontrarás en el valle cabalgando, no quiero ser una tentación para ti. Seré como todos esperan que sea.

—No lo permita, amita. Eso es lo que la hace diferente, es su ángel, como decía su difunto padre —le dijo el joven esclavo.

—Me siento tan perdida, tan vacía; sin poder hacer valer mi palabra y decidir sobre mi propia vida.

—Niña, sabe que siempre estaré a su disposición. No importa quien empuñe el látigo, sólo me debo usted.

—Han castigado mi rebeldía en ti. Creo que llegó la hora de bajar la cabeza y obedecer. Me voy antes que alguien me vea. Es importante que nos veamos hoy en el establo, luego que termines tu trabajo, de tarde.

Ella se había dejado vencer y aceptaría la vida que se le venía encima, sin oponer resistencia. No pudo disimular ante Moisés que él era el motivo de su rendición.



Federico Navarro sólo escuchaba lo que le decían las hermanas Pontevedra. Estaba convencido que eran así, debido a la libertad con que las había educado el difunto don Diego. Después de meditar les dijo:

—Señoritas, saben que estoy en disposición de ayudarlas en todo pero esto último que me piden es demasiado. No podría colaborar en algo así, sería un delito.

—En quién más podemos confiar sino en usted. Si mi padre estuviera vivo todo sería más fácil, de seguro accedería a otorgarle la libertad a Moisés —le suplicó Celeste.

—No lo dudo, don Diego le tenía un cariño especial a ese esclavo. Deberíamos verlo por otra vía. Tal vez en mi posición de albacea pueda manejarlo de alguna forma.

—Moisés no está dentro de los esclavos que dejó nuestro padre. Le pertenece a nuestra madre, ella es quien tiene los derechos sobre él, es hijo de una de las esclavas que llevó de La Celeste para la capital —dijo sumamente angustiada Azucena.

—En ese caso lo más prudente es que hablemos con su madre, pero en definitiva todos los bienes son ahora de doña Angelina, salvo la dote estipulada para cada una de sus hijas. Usted ya recibió la suya, doña Azucena y la de usted, señorita Celeste, será entregada hasta que contraiga matrimonio. La entrega de la dote de Celeste es la última parte del testamento que me falta por cumplir. Después de eso no tengo más ingerencia en la fortuna Pontevedra y Cáceres. Salvo que la madre de ustedes continúe teniéndome a su servicio.

—Mi madre no es capaz de contradecir a la tía en nada. —Azucena suspiró—. Si no nos puede ayudar se lo agradecemos de todas formas, ya

veremos qué podemos hacer por nuestra cuenta.

—No se sienta comprometido, señor Navarro. Mi hermana y yo buscaremos otro aliado —agregó Celeste.

—¿Señorita Celeste, quiere decir que con o sin mi ayuda seguirán adelante con sus planes?

—Así es, la decisión ya está tomada. Yo estaría dispuesta a entregar mi dote si con eso Moisés pudiera ser libre.

—Su dote vale mucho más que eso —le dijo Federico Navarro a Celeste—. ¿No desea contraer matrimonio?

—Prefiero no ahondar en ese asunto del casamiento —le dijo Celeste.

—Disculpe usted por entrometerme. Si están resueltas a hacerlo con o sin mi ayuda me veré obligado a participar, para evitar males mayores. Que conste que sólo lo hago porque estoy convencido de que si el difunto don Diego estuviera vivo, hubiese estado de acuerdo con ustedes y él mismo hubiera conseguido la carta de libertad para ese esclavo.



Con la ayuda de Federico, que siempre las había apoyado, planearon una fuga para Moisés. Aprovecharían la caída de la tarde, cuando el licenciado se retirara. Éste esperaría cerca del establo para que Moisés se escondiera en su carruaje, tomando en cuenta que nadie sospecharía de él.

Llegada la hora, Azucena y Moisés se encontraron en el establo, ella le comentó sus planes y se quedó estupefacta ante la expresión de él. Moisés se veía devastado y lo expresó de inmediato:

—No me quiero ir. ¿Qué haría yo tan lejos?

—Ser libre. No te estoy mandando al medio del monte o dejando a la deriva. Irás con una persona que te encaminará. Tal vez tengas que marcharte lejos pero serás dueño de tu vida. Te conseguiré papeles.

—Eso de qué me sirve si no nos volvemos a ver.

—Lo prefiero a que sigas sufriendo los maltratos del mayoral —le dijo Azucena.

—No me importa el mayoral ni sus castigos si estoy cerca de usted — él le dijo.

—Moisés, olvídale todo. Vas a ser libre.

—Me conformo con saber que no está muy lejos y que a veces puedo voltear a mirarla. No me eche, niña. No sé vivir sin usted. No quiero estar huyendo toda mi vida y menos si me muero de ganas de regresar.

—Ya debes irte, el tiempo está calculado. De demorarnos un minuto más, podríamos perder demasiado. Sobre todo tú.

—Si es lo que la amita desea puedo hacerlo. Sólo le pido que no me olvide; yo la recordaré siempre.

Azucena lo vio caminar hacia la puerta sin mirar atrás. Parecía que ni la aventura de la libertad que se avecinaba, ni el miedo a ser capturado, ocupaban espacio en su alma. Azucena sentía que un pedazo de su corazón se le desgarraba por dentro, era el dolor que le producía tener que renunciar a ese cariño lleno de inocencia y ternura, que la invadía por completo. Al final de la angustia, quedaba una pequeña ventana de luz, que le aseguraba que aunque sangrara por dentro tenía que dejarlo ir, para que él pudiera vivir como un ser humano. Le siguió detrás y muy cerca de él le susurró:

—Moisés, te voy a extrañar tanto que no sabré cómo vivir de hoy en adelante, pero estaré feliz por ti.

—Amita.

—Ya nunca más seré tu ama, ni yo ni nadie, ahora serás un hombre

libre.

—Niña —dijo intentando rozarle sus manos pero no se atrevió. Ella quiso acariciarle el rostro y secarle las lágrimas que le recorrían las mejillas, mas igual le faltó valor—. Creo que ha llegado el momento de decir adiós.

—No llores, Moisés, te lo ruego; quiero que te vayas y si me miras así te dejaré quedarte y serás muy infeliz.

Azucena se sintió como la rama del árbol cuando se parte en dos. No podía dejar que alguien tan importante para ella, se marchará sin decírselo aunque fuera una vez. Lo intentó pero él no la dejó:

—No lo diga o me verá obligado a permanecer aquí en contra de su voluntad. Siempre lo he sabido, incluso antes de que usted se diera cuenta, también sé lo lejos que está de mí. Trate de ser feliz, quiero que lo sea.

Ella le acarició el rostro, los hombros fuertes, el pecho terso, y trató de decir algo que se convirtió en un suspiro. La naturaleza hizo su parte, les hizo recordar que somos un solo ser con ella. Con la inocencia de la primera vez, Moisés le desató el lazo de la cabellera para llevárselo de recuerdo. Se miraron vencidos por el corazón, se entregaron a un beso, dulce y adolescente, porque a pesar de todo lo que habían vivido solo eran dos jóvenes de diecisiete años. Cerraron los ojos para que la vergüenza no hiciera blanco en ellos y se entregaron a un tierno abrazo, convencidos de que sería el primero y el último. Estaban listos para decir adiós, cuando como una ráfaga de viento Antonio entró acompañado por el mayoral. Antonio quedó paralizado ante lo que estaba presenciando. El mayoral sacó su pistola, Antonio trató de impedirselo pero el disparo ya había salido, el esclavo cayó con una herida mortal. Azucena se desplomó quebrantada de dolor y lloró encima de su cuerpo mientras éste exhalaba el último aliento de vida.

Todo era confuso, Azucena consiguió ver a Antonio arrebatarse la pistola al mayoral, caminar hacia sí misma y apuntarle, decidido a ponerle fin

a su vida. Celeste llegó a tiempo para impedirlo, se interpuso entre los dos e imploró por su hermana:

—Antonio, se lo ruego.

Azucena vio a su esposo arrojar el arma al suelo y alejarse sin reparar más en sí o en el esclavo. Ella intentó moverse y salir de la nebulosa que se había apoderado de su voluntad pero no pudo, no de la forma que lo hizo Celeste, quien se ocupó de todo, primero se cercioró de que el cuerpo de Moisés en verdad permanecía inerte, después cubrió a Azucena con una manta para taparle el pecho ensangrentado y abrazándola la acompañó lejos de ahí, tras advertirle al mayoral:

—Si se atreve a volver a tocar el cadáver de mi esclavo, no respondo de mí.

Celeste le pidió a Juana a que se ocupara de Moisés y que le dieran sepultura según las prácticas religiosas yorubas que primaban en la dotación.

## XXXVII



**C**eleste ya había dejado a su hermana en sus aposentos y le había dado las indicaciones a Juana. Había actuado tan diligente, con tanta prisa y tanta energía que tuvo que darse un respiro. Se sentó un minuto en la cocina, sólo podía ver el rostro de Moisés en su mente y el dolor le explotaba adentro como una tormenta. Había mandado a llamar a Tula la que llegó a toda prisa.

—Ay, niña, vengo con el alma en un hilo. He escuchado un comentario que me dejó tiesa. Aún no lo puedo creer. Es la nube negra, una que se posó encima de Bellavista por ahí más o menos de cuando ustedes llegaron —le dijo la esclava.

Celeste le devolvió el rostro cubierto de lágrimas y le pidió a Tula que se acercara.

—Mi hermana está hecha un mar de nervios. ¿Puedes acompañarla unos minutos mientras me ocupo de todo? —le dijo y tuvo que estirar la mano para tocarla—. Estás fría y casi sin pulso, Tula —le dijo al ver que la esclava no podía reaccionar ante la inesperada y desesperante novedad—. Tú también lo querías. ¿Quién no? Vamos al establo, tienes que despedirte de él, de

camino encontraré a alguien para que se ocupe de Azucena.

Encontraron el cuerpo de Moisés mientras Juana y algunas viejas esclavas lo estaban preparando para velarlo. Celeste vio a Juana dirigirse hasta ellas y abrazar a Tula, ofreciéndole su pecho para llorar.

Nunca un esclavo fue tan amado y llorado por sus amos. Celeste formó parte de su funeral. Cuando su madre, doña Angelina, le pidió que desistiera de esa idea, se retractó antes de decir la última palabra. La señora no pudo disimular ante su hija su dolor, a pesar de encontrarse muy contrariada por lo penoso de la situación, terminó sollozando la pérdida de Moisés. Cuando doña Angelina recobró la compostura, con la voz quebrada le pidió a su hija mayor:

—Solo no se te ocurra decirle a tu hermana.

—No se preocupe, madre. Azucena está descansando y no tiene intenciones de abandonar su recámara. —Y no dijo más porque doña Angelina no iba a aguantar escuchar la verdad, que Azucena permaneció encerrada en su habitación porque había dejado una parte de su vida morir con él.

Aquella terrible noche, con la ayuda de Federico Navarro trataron de esconder lo que realmente había acontecido. Se dijo que habían sorprendido al esclavo robando un caballo para escapar y Celeste tuvo que sufrir que la memoria de Moisés fuera manchada para salvar de la deshonra a su hermana.

En los días sucesivos, Celeste comenzó a temerle a la nube negra de la que le había hablado Tula. Azucena se negó a recuperarse, se negó a comer, se rehusó a vivir. Antonio nunca más volvió a acercarse a su esposa. La familia, que se debía a las decisiones de doña Angelina y doña María Antonia, resolvió mandarla al convento con la tía Elena, la justificación fue que Azucena padecía de una profunda tristeza repentina e inexplicable. Al ver que se la llevaban, Celeste desesperada corrió hasta su madre.

—Madre, se llevan a Azucena, no lo permita. Ella no está enferma, nos necesita más que nunca.

—Ya no tengo hijas —dijo indiferente la señora sin volver la cabeza—. No quiero volver a verlas. Lo sé todo, incluso que te dejaste deshonar por Fernando. Me has decepcionado.

Celeste observó como se llevaban a su hermana y ésta no oponía ninguna resistencia. Parecía que el alma se le había escapado y sólo era materia. Quiso irse con ella pero su tía no se lo permitió. La agarró por el brazo y la llevó consigo mientras le decía:

—Trajiste la desgracia a esta familia. Si Antonio no hubiese estado obsesionado contigo, hubiera estado más pendiente de su esposa y no habría pasado esto.

Celeste puso resistencia cuando doña María Antonia la llevó a rastras hasta donde estaba su hijo.

—¿No la querías? Aquí la tienes —dijo doña María Antonia.

—¿Cómo se atreve? —se defendió Celeste—. No soy una cosa para que disponga de mí.

—Es demasiado tarde, madre. Ya no puedo ser más desgraciado —le dijo Antonio.

—Me equivoqué, hijo, al escogerte esposa; por eso quiero compensarte. Te la entrego como amante pues estás casado y ella está mancillada por tu hermano —dijo doña María Antonia a la par que Celeste quedaba desconcertada.

—¡No puede hacer eso! —le gritó Celeste decidida a defenderse.

—¿Quién me lo va a impedir? —dijo la señora.

—¡Mi madre no lo permitirá!

Celeste se soltó con fuerzas de su tía y corrió hacia al cuarto de su madre.

—Madre, sé que está enojada conmigo, pero escúcheme. Perdóneme, yo la quiero por sobre todo. Tiene que hacer algo. La tía ha perdido el juicio, me ha dicho que nadie le impedirá convertirme en la concubina de Antonio.

—Si lo que me dices es cierto concuerdo contigo, María Antonia ha perdido la razón y no lo permitiré. Ayúdame a llegar ante ella.

Celeste hizo lo que su madre le pidió y presencié, sin intervenir, el diálogo de las hermanas. Doña María Antonia miró desafiante a doña Angelina ante sus reclamos. Esta última le gritó a la otra:

—¡Que no te importe Celeste puedo entenderlo, pero Antonio es tu hijo!

—Te he engañado Angelina... y tú que pensabas que me sometías a mí. Encontré como vengarme de ti. Por fin, después de todos estos años —le respondió doña María Antonia.

—¿Qué ganabas? —dijo la madre de Celeste.

—Tú mejor que nadie lo sabes.

—¿María Antonia, cómo pudiste preferir revelar mi secreto para solventar tu mentira?

—No me quedó opción, con tus embrollos lograste que Antonio se enamorara de Celeste y me pusiste en una encrucijada.

—Has llegado demasiado lejos.

—¿Y tú no?

## XXXVIII



**D**oña Angelina quedó suspendida en una nube de pensamientos y recuerdos... Recordó la tarde en que su hermana llegó a la hacienda La Celeste armando gran revuelo, llamándola con urgencia a ella y a su esposo, el difunto don Diego, quien se quedó de espectador entre el diálogo de las hermanas.

—¿Qué sorpresa, María Antonia? —le había dicho doña Angelina al verla llegar como si no supiese a lo que venía.

—¿Cómo fuiste capaz de confabular a mis espaldas? No sabes lo dolida que estoy por eso —dijo doña María Antonia.

—¿A qué te refieres?

—Sabías que mi hijo Antonio estaba pretendiendo a Celeste y no me dijiste nada.

—No quise entrometerme, es lo más natural del mundo, son jóvenes.

—Encima de todo, los apoyaste. Si ese es el precio que tengo que pagar para tener a mi hermana cerca, prefiero que te regreses a la capital. ¿Cómo pudiste ser capaz de permitir que tu propio sobrino, mi hijo, se

ilusionara con una boda que jamás podrá hacerse realidad?

—No veo por qué, mi esposo y yo estamos de acuerdo —dijo doña Angelina.

—Por supuesto, tu esposo quiere limpiar la sangre de su bastarda a toda costa, pero tú, mi propia hermana. ¿Cómo pudiste conspirar en mi contra?

Doña Angelina también recordó cómo don Diego molesto, herido y humillado, había intervenido para ponerle un alto a doña María Antonia:

—Entonces no hay más que hablar. Es mejor concluir este asunto antes que digamos algo que luego nos pese.

—¿Qué importancia tiene el origen de Celeste, si está más que reconocida como hija de mi esposo y mía? —continuó alegando doña Angelina—. Tiene un buen apellido, una gran dote y será tan heredera como Azucena el día que mi esposo y yo dejemos de existir.

—Podrá tener nombre y dinero pero la sangre que corre por sus venas no es la que deseo para mi descendencia.

—Es mejor que se marche, cuñada. No se preocupe, no habrá compromiso entre nuestros hijos —había dicho don Diego—. Nuestras hijas no tienen prisa por encontrar esposos. Son muy bonitas, educadas, agradables, inteligentes y sobre todo, inmensamente ricas. Usted podrá tener la hacienda más grande de toda la región, cafetales y un sin fin de bienes pero mis negocios dan ganancias tan importantes como las suyas. Si usted no quiere unir a su hijo con la nuestra, lo entendemos perfectamente y le agradecemos que haya venido personalmente a decírnoslo. Espero que esto no afecte la unión de la familia. Las puertas de mi casa seguirán abiertas para sus hijos y para usted.

—Lo mismo digo.

Cuando estuvieron las dos hermanas a solas, doña Angelina le había dicho a doña María Antonia:

—Te quedó perfecto el teatrillo. Gracias.

—Sabes que no lo hago por placer como tú, no sé qué ganas con todo esto.

—Humillarlo, que se avergüence por su infidelidad y que pague por todo lo que me ha hecho pasar.

—Es la última vez que me presto a tu juego —le había advertido doña María Antonia.

—Lo harás cada vez que se me antoje, si no quieres que tus hijos se enteren que tu querido Antonio es el resultado de tu traición con mi marido.

Después de recordar este último pasaje, doña Angelina con Celeste aún a su lado, le dijo a su hermana volviendo al presente:

—Mientes muy bien. ¿Sabes lo único que me reconforta?, que tú tampoco le hayas podido dar un hijo a Diego. Era como una faja ajustando mis pulmones que no me dejaba respirar. Ya me siento mejor, odiaba que tuvieras esa ventaja sobre mí.

—Lo importante es que él lo creyera así y que se haya llevado ese pensamiento a la tumba —reveló.

—No puedo creer que le hayas dicho —dijo doña Angelina.

—Para tu conocimiento sí, aquella misma tarde. Nos citamos en el pueblo y le pedí perdón por la escena tan dramática que acababa de presenciar. Le dije que todo era producto de mi desesperación al tratar de evitar la unión de mi hijo con su propia hermana.

—¿Cómo pudiste? Ahora mismo me marchó de tu casa. Creo que mi presencia aquí nos hace perder el tiempo a las dos. ¿Qué ganabas con solventar ese engaño?

## XXXIX



Celeste aún no podía dar crédito a todo lo que estaba escuchando, era un sin fin de enredos que aún no podía entender. Se horrorizó ante el primer pensamiento que le vino a la cabeza y sin poder contenerse le reprochó a su madre:

—¡Madre, no lo puedo creer! ¡Usted autorizó el casamiento entre Antonio y Azucena aún creyendo que eran hermanos! ¡No! ¡No lo creía! —dijo Celeste teniendo un destello de claridad. Tuvo que abanicarse con la mano ante la subida de la presión. Celeste recapituló, doña María Antonia fingió tener una infidelidad con don Diego Pontevedra, producto de la cual nació Antonio. La madre de Celeste siempre creyó que Antonio era hijo de su difunto marido con su hermana. Celeste ató cabos y le reclamó a doña Angelina—: Antonio no podía casarse conmigo porque mi tía les había hecho creer que era hijo de mi padre, pero no existía ese impedimento con Azucena, ¿verdad? ¿De quién es hija mi hermana?

—¡Pobre Diego! —dijo doña María Antonia—. Murió creyendo que tenía tres hijos cuando realmente sólo tuvo una, con una esclava.

—¡Cállate de una vez! —le gritó doña Angelina a su hermana. Luego volteándose a Celeste le dijo—: Empaca tus cosas que nos vamos hoy.

—¿Acaso no sabes que tu madre le hizo creer a tu padre que estaba embarazada, cuando en realidad recogió a Azucena de una casa cuna? Ve conociendo a Angelina, querida Celeste, no es una mansa paloma como te ha hecho creer toda la vida.

—Madre, no soy quién para juzgarla. Hacía mucho tiempo que quería hacer esto, marcharme de aquí. Así que hablaremos de nuestros asuntos cuando estemos lejos de Bellavista —dijo la joven.

—¿Qué ingenua eres, Celeste! Aún me ves como a tu enemiga cuando a la verdadera la tienes delante de tus ojos al igual que a tu madre natural —dijo doña María Antonia. Celeste no dijo nada, pero la duda la tenía adentro y quedó expectante ante estas palabras—: Ahora mismo te la voy a traer.

—¡No te atrevas, María Antonia! —gritó doña Angelina poniéndose de pie para alcanzarla.

—Estoy harta de guardar tus secretos —espetó doña María Antonia.

Cuando Celeste vio a Juana delante de sí, la hija de Mercedes, no le importaron todas las historias que le había hecho doña Angelina sobre la misma. Se quedó atónita observándola como si la viera por primera vez.

—¿Juana, eres tú mi madre? —preguntó Celeste.

—Recuerda quién te dio amor y un hogar todos estos años —gritó doña Angelina—. Acuérdate que ella no te quería, atentó contra tu vida y sintió un alivio inmenso cuando te llevé conmigo. Yo soy la madre que tu padre escogió para ti. Madre es la que cría, no la que te engendra.

Celeste bajó la cabeza.

—Niña, no crea todo lo que le dicen. Yo siempre la he querido —dijo humildemente Juana.

—¡Te atreves a refutar lo que dice tu ama! —le dijo doña Angelina.

—Ya no lo es. Soy libre como lo quiso don José. Tengo mi carta de libertad, la que usted se guardó todos estos años, la que usted me entregó hace poco y me pidió que guardara para proteger a sus hijas de su hermana.

Doña María Antonia se abalanzó sobre el papel hasta hacerlo añicos. Celeste no pudo tolerar aquello y trató de rescatarlo pero fue demasiado tarde.

—¿No habíamos quedado en que Juana nunca conocería de esa carta? —le dijo doña María Antonia a su hermana.

—No te preocupes. Era sólo una carta de libertad —le respondió doña Angelina.

—Yo tengo la propiedad sobre Juana y no tengo intenciones de liberarla todavía —resolvió doña María Antonia.

—Apresúrate, Celeste. Ya nos vamos —la apuró doña Angelina.

—Sin Juana no voy a ninguna parte. No me importa lo que haya hecho en el pasado. Ya es suficiente que me hayan quitado a mi hijo. No permitiré que me separen de ella.

Celeste sostuvo que no se iría sin Juana. Tenía la voluntad de lograrlo, la solidez física no. La sacaron de Bellavista a la fuerza y esa misma noche se la llevaron para la hacienda de sus padres, La Celeste. La dejaron encerrada en sus aposentos, los que hacía un año no frecuentaba. Hacía tiempo había añorado regresar y ahora volvía en contra de sus designios y sometida. Recordaba su último arribo con sus padres, cuando llegaron a pasar unas estupendas vacaciones que terminaron en muerte, pérdida, abandono, secretos inconfesables y mucho odio. «Por Dios, sí que ha dado un giro mi vida. Un giro de desgracias y de dolor. Me he quedado sola. Todos los que quería solo son una sombra de lo que fueron», pensó. Los que se fueron: su padre, la nana Mercedes, Moisés. El que se quedó tan solo y destrozado como ella misma:

Antonio. Los que le arrebataron: su hijo, su hermana, Juana. Los que la decepcionaron: su madre, su tía, Josefina y él, al que ni siquiera en su pensamiento quiso nombrar. «Nadie se salvó de la nube negra, todos hemos sido arrasados», pensó. Celeste se la pasó llorando, golpeando la puerta, gritando, hasta que escuchó a doña Angelina pasar por el otro lado de la puerta y le suplicó:

—¿Por qué me encierra, madre?

—Sólo hasta que te calmes y entiendas todo. Estás equivocada si piensas que tuve algo que ver con lo de tu hijo. ¿En algún momento te he mencionado el tema? —Ante el silencio de Celeste prosiguió hablando—: Porque no lo supe hasta hace muy poco. De haberme enterado cuando ocurrió no sé qué habría hecho pero realmente desconocía el tema. Hija, tú eres responsable de lo que te ha sucedido, no te eduqué para que te entregaras antes del matrimonio. ¿Si abro la puerta podemos hablar con tranquilidad?

Al salir de su encierro, al ver a su madre caminando con dificultad con la ayuda de un bastón y una esclava, sintió pena por ella. Se le acercó y la escuchó en silencio.

—He vivido todos estos años llena de dolor, en ti y en Azucena hallé mi consuelo pero no ha sido fácil. Nunca pude perdonarle a tu padre sus infidelidades, debes entenderme. ¿Cómo te sentiste tú cuándo Fernando te abandonó?

—¿Por qué le mintió a mi padre diciéndole que Azucena era su hija y cómo? —preguntó Celeste.

—Eso sólo lo puede comprender una mujer estéril como yo. Me aproveché de sus largos viajes para hacerle creer que me embaracé y que tuve una hija suya. Celeste, podemos irnos a nuestro palacete en el Cerro, a nuestro hogar y recomenzar nuestra vida.

—¿Y Azucena? —le preguntó a doña Angelina.

—No puedo hacer nada por ella, ahora es responsabilidad de su esposo.

—¿Qué vamos a hacer en La Habana? —le dijo Celeste.

—Es necesario encontrarte un marido, antes que siga pasando el tiempo. Ya no podemos contar con Antonio y necesitamos un hombre que se haga cargo de los negocios de la familia. Federico Navarro nos está apoyando y le pagamos por sus servicios pero es necesario un hombre que nos dé soporte.

—No lo necesitamos. Puedo aprender, saldremos adelante.

—¿Qué cosas dices? No, no y no. Así no funciona. Conozco de arreglos matrimoniales que se hacen en estos casos. Sé de un joven de muy buena familia que está al borde de la quiebra, podríamos arreglarlo. Déjame ese asunto, yo me encargaré.

—Usted hace muchos planes, pero no me pregunta realmente qué quiero —le dijo Celeste.

—¿Qué más puedes querer que una vida decente? En tu condición no puedes pedir nada.

—Yo quiero a mi hijo, madre. Si sus planes no lo incluyen, no me interesan.

—¿Y yo qué puedo hacer? No me pidas lo que no puedo darte —le dijo doña Angelina.

## XL



**S**e quedaron en la hacienda La Celeste lo suficiente para preparar su viaje de regreso, cuando todo estuvo listo partieron hacia La Habana. Doña Angelina apresuró a su ahijado para que alistara el viaje como si estuvieran huyendo, negándose a permanecer allí un día más del necesario. Celeste pensó en lo triste que era regresar sin su padre, su hermana y sin los esclavos con los que había arribado en aquellas últimas vacaciones que nunca olvidaría. Lamentó que jamás retomaría su vida, al menos como la conocía. Por un lado la traición de Fernando, la incertidumbre del futuro que le deparaba a su hermana y lo peor de todo, el hueco que jamás se llenaría en su interior por el hijo que le fue arrebatado al nacer. Ése que era una página en blanco en su vida, el que no podía mencionar, el que ya no sería, el que no tendría lugar en su futuro cuando su madre la orillara a un matrimonio arreglado, debiendo resignarse a tragarse frente al mundo su recuerdo.

La mañana que partieron, debido a la salud de su madre, consideraron prudente hacer el viaje con más paradas que las acostumbradas. Con cada golpe de rueda a Celeste se le metía dentro, la negación a aceptar un día más

las imposiciones de doña Angelina. Aunque la señora dio todo por ella desde que la había abrigado en su hogar, su interior le gritaba que no le debía nada. De un lado la vocecilla que le decía que era una malagradecida por pensar así, del otro la que le exigía que rompiera con todo, que se fuera lejos a buscar su destino. Ya no soportaba más las cadenas invisibles con las que la tenía prisionera doña Angelina. Si Fernando se había marchado y el amor que decía sentir no había sido cierto o no había sido suficiente para quedarse a su lado, aún sabiendo que esperaba un hijo de él, en una sociedad tan opresiva, que terminaría por señalarla como la peor de las delincuentes morales, no podía seguir amándolo. «Él tenía que saber que me quitarían a mi hijo. Ni su madre ni la mía soportarían el escándalo. Con su partida, Fernando nos condenó a su hijo y a mí a la separación. Eso me duele más que su traición. Eso no puedo perdonarlo», pensó Celeste.

A pesar de su situación de salud, doña Angelina se rehusó a usar el ferrocarril. No quería encontrarse con nadie. El carruaje iba escoltado por el licenciado Navarro, esclavos y varios de los hombres de la hacienda. Recién caía la tarde, cuando se detuvieron en un pueblo con la intención de pernoctar en una posada. La señora, por cuestiones de salud, necesitaba que el avance fuera lento y requería descansar cuando se sentía agobiada.

Celeste no lo había planeado pero en la primera oportunidad que su madre se quedó dormida, tomó un caballo y trató de huir, aún sin saber hacia dónde se dirigía. Gracias a la insistencia de su hermana para que Antonio las enseñara a montar, ahora podía escapar. Agitó al caballo para que galopara con todas sus fuerzas, siguió un camino distinto al que seguiría el carruaje. No pudo evitar reír y llorar a la vez al saberse libre de las ataduras de doña Angelina. Ya no le importaba sus propios prejuicios. Era como si el espíritu rebelde de su hermana se hubiese apoderado de ella. Celeste resolvió rescatar a Azucena, sentía que ahora nada las podría detener. Se negaba a que

continuaran censurando a su hermana por haber amado, con tal inocencia, al joven con quien había convivido toda su vida. Al que su padre le había puesto detrás como un fiel sirviente, como si los sentimientos no pudieran nacer entre dos adolescentes sanos y vigorosos, solo porque los separaba el estigma de la esclavitud. Estaba decidida a ayudarle a sanar el corazón. Su compañía también le serviría a ella, Celeste requería curar las heridas que le dejó Fernando en el alma. Tenía la convicción de que juntas rescatarían al pequeño hijo de Celeste, para que creciera en los brazos del amor. Las hermanas Pontevedra volverían a estar unidas y ya nada las podría detener.

Celeste reconocía el afecto que doña Angelina les profesaba a sus hijas, aunque ese cariño fuera retorcido y estuviera empañado por mentiras y manipulación. Sabía que su partida provocaría un sobresalto en su madre, que ésta pasaría despierta la noche llena de angustia y no le importó en lo absoluto. Con lo que no contó Celeste, fue que su madre se iba a quedar sólo con una esclava de compañía y que iba a mandar a Federico Navarro y a los hombres que las escoltaban a rastrearla para traerla de inmediato.

Celeste llegó a caballo al pueblo circundante y decidió proseguir sin hacer escala en el sitio. Antes de lo que pensó fue interceptada por Federico Navarro. Ella le suplicó, le rogó que la dejara marchar argumentando que tenía motivos para querer escaparse.

—No puedo complacerla en lo que me pide. Su madre está esperando por usted y tengo órdenes de llevarla —dijo el ahijado de sus padres.

—Se lo imploro, mi madre ha enloquecido. No tiene idea de todo lo que ha ocurrido, son cosas tan íntimas de la familia y tan vergonzosas que me niego a hacerlo partícipe. Ésta es mi única oportunidad, antes de llegar a La Habana y que sea demasiado tarde. Necesito encontrar a mi hermana aunque para eso tenga que huir de mi madre —le dijo Celeste.

—No quise decírselo antes, pero su padre siempre desconfió de ella, de su buena voluntad para con ustedes. Por eso me dejó la responsabilidad de que velara por usted y por su hermana. No la culpo, doña Angelina cree que hace lo mejor para sus hijas aunque no siempre su decisión es la acertada. Ella es su madre y no puedo hacer nada por encima de su voluntad.

—No le diga que se topó conmigo. Usted no está obligado a cumplir todas sus órdenes.

—Créame que aunque lo hiciera, usted no llegaría muy lejos. Fue muy fácil dar con su paradero. Una señorita tan fina, con ese traje, sola y a caballo. ¿No premeditó su escape, verdad? —No fue necesario que Celeste siguiera insistiendo, Federico Navarro cambió su postura y agregó—: La dejaré fugarse con una condición, que me deje ayudarla para asegurarme que permanezca a salvo. Lo hago porque sé que para el difunto don Diego lo más importante era la felicidad de sus hijas. A doña Angelina todo se le ha escapado de las manos. Todas las decisiones que tomó fueron erradas. Nunca debió casar a Azucena con don Antonio Alvarado, si su padre hubiera estado vivo, nada de lo que ha ocurrido habría pasado.

—Se lo agradezco. —Fue todo lo que Celeste dijo aún sin poder creerlo.

—¿Qué tenía pensado? ¿Pedir ayuda a su señora abuela?

—No lo creo, ella siempre ha estado de acuerdo con mi madre.

—Ni siquiera pensó qué seguía. —Celeste observó al joven Federico Navarro negar con la cabeza—. Le ofrecería mi casa mas no es correcto, alquilaré una propiedad donde nadie la conozca para que se quede hasta que decida qué hacer. Pierda cuidado, me encargaré de los detalles.

—No quiero abusar de usted, ni que se busque problemas por mi causa, sólo deseo encontrar a mi hermana.

—Me ocuparé de todo pero a su debido tiempo. Siento que es mi

responsabilidad, que se lo debo a su padre por las atenciones que tuvo conmigo. Le llevaré una esclava de servicio en la que pueda confiar. En los días sucesivos debo estar disponible, su madre va a requerir de mis servicios.

Celeste partió custodiada por dos hombres de la entera confianza de Federico Navarro, una vez instalada se sintió aliviada de poder respirar con libertad. Había algo que no le había dicho al licenciado, pero ella estaba decidida también a dar con el paradero de su hijo. Cuando regresó el joven Navarro, la puso al tanto de todo lo que ocurría en la hacienda. Le dijo que al llegar ante doña Angelina sin poder darle razón de su paradero, ésta decidió suspender su viaje y regresarse a La Celeste. Una vez allí, lo mandó a organizar una búsqueda movilizándolo a los hombres que trabajaban para ella, manteniendo al margen a las autoridades porque no quería volver a estar en boca de todos. Federico Navarro también le dijo a Celeste que doña María Antonia había ido a solidarizarse con doña Angelina y que ésta se había negado a recibirla.

—Nada me extraña —dijo Celeste.

—Debo decirle que a mí sí y en demasía —dijo Federico Navarro—. Las hermanas siempre fueron muy unidas.

Celeste no comentó nada al respecto, ella misma ya ni sabía cómo era la relación entre su madre y su tía. Federico Navarro le rogó a Celeste que tuviera paciencia y que esperara a que se calmara la situación para ir en la búsqueda de su hermana. Le había prometido que movería sus influencias para sacarla de aquel convento.

—Le agradezco toda su ayuda pero a partir de ahora quisiera seguir sola. Ya se ha involucrado demasiado. ¿Hay alguna posibilidad de que yo pueda emanciparme de mi madre y recuperar mi dote para independizarme por completo?

—Señorita, qué cosas se le ocurren, es usted soltera.

—Tengo veintiún años, la mayoría de mis amigas ya están casadas. Tengo edad para valerme sola.

—La sociedad habanera no está preparada para eso. Por otra parte, su padre fue muy estricto en su testamento y yo tengo que velar porque se cumpla su última voluntad. Solo queda por efectuar la entrega de su dote y yo quedaré liberado de esa misión, pero solo se le entregará para matrimonio.

—Entonces seguiré por mi cuenta. Encontraré la forma.

—Señorita, no puedo abandonarla a su suerte, es mi deber velar por su bienestar. Tal vez si tuviera un esposo que respondiera por usted...

—No creo que alguien esté dispuesto a casarse conmigo, hay muchos secretos de familia que dispéñeme, no puedo contarle —le dijo Celeste una vez más.

—Conozco a alguien que siempre ha estado enamorado de usted en silencio y no le importarían los detalles. Ni siquiera conocerlos —dijo Federico y Celeste comprendió que se trataba de él mismo—. Un servidor —dijo luego de mucho titubear.

—Quién mejor que usted. Mi padre lo quería como un hijo. Se lo agradezco mucho, pero no puedo aceptar. No lo haría feliz.

—No me importa que no me ame. Sólo cátese conmigo. Haría hasta lo imposible por complacerla hasta en lo más mínimo. Viviría en función de sus caprichos.

—Le agradezco sus buenas intenciones y siento mucho negarme, espero que me comprenda.

—¿No me considera a su altura? Hace tanto tiempo que a mi familia sólo le queda el linaje, que de no ser por la caridad de su padre yo no sería nadie hoy. ¿Es eso?

—Son otros los motivos, si mi corazón no estuviera tan herido lo

aceptaría. Usted es uno de los caballeros más nobles que conozco. Discúlpeme si no le he sido sincera, después que ha arriesgado tanto por mí pero ya he comprometido mis sentimientos. —Celeste fue sincera pero no profundizó.

—Comprendo, me deja sin saber cómo ayudarla. Ahora me marcho, tengo muchas ocupaciones pendientes —dijo.

Celeste lo vio salir y su semblante era diferente, jamás había visto esa expresión en su rostro. Ella quiso irse de inmediato, al acercarse a la puerta e intentar abrirla se desesperó al comprobar que estaba herméticamente cerrada; forcejeó el cerrojo y luego llamó a la esclava de servicio, para preguntarle si tenía la llave de la cerradura. Al verla delante de la puerta la esclava nerviosa averiguó:

—¿Se quiere escapar?

—¿Acaso estoy prisionera? —dijo Celeste.

—No, lo que pasa es que el amo tiene la llave.

—No me mientas, te he visto salir al mercado. Ábreme ahora mismo.

—No la tengo.

—Ayúdame a huir.

—Si lo hago el amo me castiga —dijo la esclava.

Celeste desesperada buscó por donde salirse de la casa. La puerta trasera estaba abierta pero era imposible escabullirse por ahí, el patio estaba baldeado por un muro de piedras de varios metros de altura. Por las ventanas igual sería inútil, tenían barrotes tan gruesos como los de una cárcel. Se sintió atrapada y engañada, una vez más. Esperó indignada y llena de cólera a que Federico regresara. Dos días pasaron hasta que apareció Federico Navarro. Al llegar éste, Celeste le dijo exaltada:

—¿Se ha vuelto loco? ¡Mantenerme prisionera! Podría acusarlo, lo

meterían en la cárcel.

—¿Quién lo hará? Nadie sabe que está aquí —dijo él.

—Lo planeó todo.

—Aunque no lo crea no fue así, las cosas se fueron dando. ¿Qué creía? ¡Vamos a aprovecharnos del ingenuo Federico para que cumpla todos nuestros caprichos, una vez más! —dijo imitando su voz.

—Pensé que era nuestro amigo y que podía confiar en usted. —Celeste se quedó atónita con el pensamiento que le sobrevino—. Ahora lo entiendo todo, siempre me pregunté cómo Antonio había encontrado a Azucena con Moisés cuando habíamos planeado todo con tanto cuidado.

—Ha llegado la hora de pagarme todos los favores que le he hecho. Empezando esta misma noche.

—Mi familia siempre pagó con creces todos sus servicios y no sólo con dinero. Mi padre lo tuvo en su mejor estima, le dio educación, lo cobijó como a un hijo. Lo que hizo con Moisés no tiene nombre. ¡No sabe cuánto lo odio, cuánto lo detesto! —le dijo Celeste.

—Hasta a ese miserable esclavo su padre lo quería más que a mí. Llegó la hora de pagar los favores, las humillaciones, todo.

—No puedo creer lo que escucho —le dijo Celeste—. Usted no puede hacer eso, recuerde que mi padre lo quería como a un hijo. No sé de qué humillaciones habla si mi padre nunca escatimó en cariños ni en cuidados con usted. —Celeste comenzó a sentir un miedo que amenazaba con congelarla y no permitirle mover ni un músculo.

—Su padre nunca me consideró un hijo, sólo me consideró un lacayo, sólo mandaba y yo obedecía. Me pagaba por mis servicios, así que no le debo nada. En cambio él sí me debe mucho a mí. Creía que con dejarme como albacea de la herencia me estaba haciendo un favor. Usted se casará conmigo y así recuperaré lo que me pertenece, es lo que me merezco por todos los años

de servirle.

—Está mal de la cabeza. Si mi padre no le heredó nada es porque todo se lo dio en vida. Usted ha progresado mucho en la vida. ¿De qué se queja? Ni siquiera a mí ni a mi hermana nos dejó nada. Mi madre fue la única heredera, salvo por las dotes que asignó para mi hermana y para mí —dijo Celeste que no daba crédito a las palabras de Federico.

—Hoy me pagará todo lo que me debe.

—No lo haré.

—No saldrá de aquí. Con su herencia me convertiré en uno de los hombres más ricos de toda La Habana.

—Mi padre no me dejó una dote tan cuantiosa. En todo caso tendría que casarse con mi madre. Ella es la dueña de la herencia.

—Señorita, hay algo que su madre no le ha dicho, que me pidió guardar en secreto y que cumplí fielmente. Hay una cláusula en el testamento que le impide a su madre heredar o vender los bienes de la familia. A su muerte, todos los bienes de su padre pasarán a manos de sus hijas a partes iguales y yo soy la persona encargada de velar porque se cumpla. — Celeste no dijo nada, así que Federico Navarro le dio un ultimátum—: ¡Le doy hasta mañana para recapacitar! ¡Se casa conmigo a las buenas y como debe ser, o la convertiré en mi amante detrás de estas rejas!

—No me casaré con usted y se quedará sin el maldito dinero —dijo Celeste temblando ante los gritos de Federico.

—Veamos cuánto aguanta el encierro —intentó acercársele.

—No va a poder tenerme encerrada toda la vida. El día que logre salir, lo voy a acusar. Diré que me trajo contra de mi voluntad.

—Nadie sabe que tengo algún contacto con usted, el día que empiece a darme problemas la desaparezco.

Ante la cercanía de Federico Navarro que se aproximaba cada vez

más, le dijo llena de repulsión:

—Me casaré con usted, con una condición, que no me toque hasta después de la boda.

—Sabía que aceptaría. Para quien ha esperado tanto, unos días más o unos días menos, qué importancia tienen.

—Avísele a mi madre que nos casaremos.

—Por supuesto que no. Le diremos cuando estemos casados y el matrimonio haya sido consumado. Yo me ocuparé de todo.

Al marcharse aquél, Celeste se derrumbó llena de pánico. Se encerró en su habitación y estuvo varias horas llorando, asustada. La esclava que la vigilaba se plantó en la puerta de la habitación, al otro lado y tras la espera se quedó dormida. Celeste, agobiada pero decidida a no dejarse retener, salió de la habitación dispuesta incluso a usar la fuerza para liberarse del encierro. Cuando vio a la esclava dormida en el suelo y recostada a la pared, pasó por su lado sin hacer ruido. Caminó hasta la salida y al ver que la puerta estaba cerrada con llave se desesperanzó. Se regresó hasta donde estaba la esclava y comenzó a registrarla sin apenas respirar. Encontró en uno de los bolsillos la llave y la extrajo suavemente. Volvió hasta la salida y con desconcierto comprobó que la llave no embonaba en la cerradura. Intentó con otras puertas de la casa y descubrió que abría la puerta trasera que comunicaba la cocina con el patio. Salió, luego de cerrar tras de sí para que la esclava no pudiera detenerla. El muro de tres metros, le pareció imposible de escalar. Acarreó una vieja carreta y se subió a ella para tratar de alcanzar, pero lo difícil sería saltar hacia el otro extremo. Intentó descender con cuidado, apoyándose en las piedras que sobresalían de la pared. Sin poder afincarse, resbaló y no paró hasta llegar al suelo.

Sus manos estaban ampolladas y uno de sus tobillos se le había

lastimado. Aguantando el dolor siguió caminando, lo más rápido que pudo, mirando hacia los costados. Era raro que una joven anduviera sola a las horas del ocaso. Ella se cubrió lo más que pudo con su capa oscura, para no dejar ver su rostro. Con cada mirada displicente que la escrutaba, pensaba en Fernando, en su abandono y lo culpaba mil veces por ser el responsable de todas sus desgracias. Sin imaginarse siquiera que en ese momento Fernando era más desgraciado que ella misma.

## XLI



**F**ernando luchaba con la duda de no saber si Celeste ya estaba en Bellavista junto a su hijo, esperándolo. Se prometió a sí mismo que nunca más permitiría que los separasen: «Una vez que salga de aquí, no voy a permitir que nada más nos separe. Me la voy a llevar muy lejos, a donde nadie se oponga a nuestro amor. No quiero que mi hijo crezca viendo la esclavitud a los ojos».

Había algo que no entendía y que le daba vueltas en la cabeza. Sabía que aunque todos estuvieran resentidos con él, Celeste no podría estarlo, no se explicaba por qué no había insistido para que lo liberasen o por qué al menos no le había enviado una carta. «¿No entiendo por qué no ha intentado comunicarse conmigo si sabe que estoy privado de mi libertad? ¿Me culpará por nuestra suerte? Una mujer sola, con un hijo, en una sociedad tan despiadada como la nuestra. De seguro no le permiten comunicarse conmigo. Celeste debe estar tan desesperada como yo», concluyó.

Estaba agotado, desde su encarcelamiento no había dormido una noche de corrido, el aire húmedo que se respiraba en aquel calabozo comenzaba a

resfriar sus pulmones y su cuerpo ya resentía los efectos de aquello. Reflexionaba el porqué de estar inmerso en aquellos problemas. Trataba de averiguar si eran sus ideas las que lo habían llevado hasta este punto: «Mis ideas, ¿y quién es responsable de ellas?, ¿quién me las inculcó? Afortunadamente nadie. Sería terrible tener que culpar a otro de mis propios errores. ¿Errores? Si es que así puedo llamarlos», pensó. Él sólo quería que se aboliera la esclavitud, que los hombres no tuvieran que sufrir privaciones y maltratos por parte de su propia especie. Odiaba que trataran a los esclavos como animales discriminando de esa forma su humanidad. «Ni a los propios animales se les debe maltratar», se dijo. Le dolió darse cuenta que el hombre era la especie más contradictoria de todas, la más salvaje, la más impune. Continuó pensando en la libertad que tanto deseaba para los esclavos y llegó a la conclusión de que había muchos tipos de libertad, en este preciso momento esa palabra que tanto necesitaba se le volvía una fijación que se repetía una y otra vez en su pensamiento: «Libertad... ¿Por qué los hombres siempre andamos en busca de ella y cuando la alcanzamos descubrimos que aún no somos del todo libres? Pues somos prisioneros de nuestros deseos, de nuestros impulsos, de nosotros mismos», comprendió que la libertad era una guerra que no se terminaba nunca de ganar. Se dijo que cuando saliera de aquella mazmorra lucharía por la libertad pero sin encadenarla, lucharía por la vía pacífica, sin el uso de la fuerza ni de las armas.

## XLII



Celeste preguntó dónde podría encontrar un coche de alquiler. Le indicaron donde tomar uno que estaba al salir, lo tomó tratando de no mostrar lo nerviosa que se encontraba. Deseaba encontrar refugio antes que Federico Navarro o su madre dieran con ella, no quería imaginarse qué pasaría si la encontraban primero. Su destino era el convento donde se encontraba su hermana, no muy lejos de allí. En el coche iban dos señoras sentadas frente a ella, que la observaban y comentaban entre cuchicheos. Cuando Celeste fijó su mirada en ellas notó que conocía a una y era imposible pasar desapercibida. La mujer le sonrió y ella correspondió insegura:

—¿Estás bien? —le dijo aquella sin poder contener su curiosidad.

—Bien —titubeó Celeste al responder.

Celeste desvió la vista hacia otro lugar tratando de acortar aquel diálogo con la mujer que alguna vez fue de su círculo y que ahora consideraba una oveja descarriada. Se convenció por la manera en que vestían, que eran de ésas que su madre llamaba: mujeres de la vida. Todos los rumores que le habían llegado de voz de su tía Nora, sobre la desvergüenza de Luz María eran

ciertos. Ella había creído que en un inicio todo lo que murmuraban de Luz María eran embustes sin fundamentos como los que tantas veces habían entretenido a la alta sociedad habanera. La acompañante de aquélla, la de cabello rubio no se aguantó más y le preguntó:

—¿Qué hace una señorita como tú sola viajando por estos rumbos? ¿Lo saben tus padres? —le dijo la rubia levantándole la cara con su abanico para poder verla. Celeste volvió a cubrirse con su capa, sin responderle—. ¿Acaso no sabes que es peligroso?

—Sé cuidarme sola —respondió Celeste.

—¿Hay algo en lo que pueda ayudarle? —le dijo Luz María mientras a Celeste aquella situación le resultaba incómoda.

—No necesito ayuda, estoy bien —dijo Celeste.

No anduvieron mucho cuando llegaron al destino de las señoras, mientras se disponían a bajar la acompañante de Luz María le repitió a Celeste:

—Yo no apostaría ni un alfiler por ese cochero. ¿Estás segura que deseas continuar? Si estás escapando de tus padres creo que debiste escoger otro medio.

—No tengo padres, voy a casa de mi última familia —mintió Celeste a sabiendas que Luz María conocía la verdad.

—Déjala en paz —le dijo Luz María a su compañera—. Ella debe saber lo que hace. Bueno, señorita, que tenga buen viaje —le dijo sonriendo. Celeste lo prefirió así, que Luz María respetara la distancia que Celeste había marcado.

—Recuerda, no te fíes de ese canalla —le susurró la rubia a Celeste.

Cuando las señoras cerraron el portón, Celeste aguardó porque el coche reanudara la marcha. Por toda respuesta, el cochero abrió la portezuela

y le dijo:

—Bájese, señorita.

—Aún falta para llegar al convento.

—Hasta aquí llego yo, continúe caminando —le dijo el hombre.

—Pero usted me aseguró que me llevaría —se defendió.

El cochero le arrebató todo el dinero y la dejó en plena calle sin darle explicaciones. Celeste no se permitió derrumbarse sobre el camino. Miró hacia delante, el trayecto por recorrer sería bastante. Tendría que caminar a pesar del dolor de su pie que ya se había inflamado. Admiró la magnífica casa donde había entrado Luz María y se dispuso a caminar rápido para no volvérsela a encontrar, ni a ella ni a su acompañante. Odiaba cuando alguien le decía que se lo había advertido; para su suerte o su desgracia, el portón de la casa volvió a abrirse. Celeste trató de seguir de largo pero su antigua amiga le salió al paso.

—¿No le quedaba todavía mucho por recorrer? —le dijo Luz María.

—Cambié de opinión —le dijo Celeste, sin poderse librar de la mirada de Luz María que la recorrió de arriba a abajo.

—Tengo experiencia suficiente para darme cuenta que se encuentra en graves problemas. He padecido muchos sinsabores y no puedo quedarme indiferente. Si está en dificultades, podríamos auxiliarla.

—Puede ayudarme guardando silencio y no revelando mi identidad. No le diga a nadie que me vio y déjeme proseguir mi camino, por favor. —Celeste trató de alejarse y al apoyar su pie lesionado casi se cae.

—¿Está lastimada? Tal vez considera que ya no soy digna de su amistad, incluso estando en un aprieto me niega la posibilidad de socorrerla. Sé cómo se siente que nadie le tienda una mano, por eso le ofrezco la mía. Si cambia de opinión aquí puede encontrarme y no se preocupe no le diré a nadie que la vi.

—No te juzgo, Luz —dijo Celeste dejando de lado su inicial frialdad—. Sucede que me han traicionado tantas veces que ya no sé si confiar. La verdad es que estoy muy desesperada, he sido una tonta.

—Muy tonta. Ese infeliz te robó, ¿verdad?

—Efectivamente. Necesito reanudar mi camino cuanto antes.

—¿Qué te pasó en la pierna?

—Una torcedura en el tobillo —le dijo Celeste.

—Déjame verlo, conozco algunos remedios. —Al ver el estado del pie de Celeste, Luz María frunció el ceño—. Necesitas reposar. La verdad, Celeste, no entiendo nada pero no te preguntaré, si aún confías en mí me lo dirás cuando estés lista.

—No quiero desconfiar pero como te dije muchas personas me han defraudado.

—¿No habrás escapado de casa?

—Sí, me fui. No me preguntes más, no quiero mentirte.

—De acuerdo, si prefieres no decir la verdad estás en todo su derecho. Le hablaré a Carmela, la dueña de todo esto para que te deje pasar la noche, no creo que te diga que no.

Celeste dudó del ofrecimiento, pasar la noche en aquel sitio sería el fin de su reputación, es más, ni siquiera dormir en esa morada, poner un pie dentro, o que la vieran cerca de la puerta de entrada sería suficiente. Analizó en fracciones de segundos, con el pie como lo tenía no podía caminar, ya no tenía dinero para otro coche y la verdad es que no estaba convencida de que acudir por su hermana sin recursos fuera una idea sensata. ¿A dónde irían sin dinero? Su madre no tardaría en arrinconarlas. Vencida por las circunstancias entró. Dentro, prestó atención al espléndido salón de baile, adornado con vitrales; lleno de innumerables candelabros y lámparas de varios pisos. Siguió

recorriendo con la vista todo lo que se cruzaba ante sus ojos, hasta que vio bajar por una inmensa escalera a la joven señora rubia que había visto en el coche momentos atrás. Luz María se le acercó a Carmela y le solicitó que dejara pernoctar a Celeste aquella noche:

—Esto no es posada —dijo Carmela.

—La pobre fue asaltada por el cochero, la dejó sin un centavo. Sus padres fallecieron y no tiene más familia en La Habana. Viajaba a casa de su última familia y ahora por culpa de ese infeliz se encuentra desamparada — dijo Luz María.

—No sé por qué me cuesta creer en tu historia y la de tu amiga.

—No te arrepentirás. No dará problemas.

Celeste tuvo que soportar en silencio la expresión de Carmela que decía por sí misma que se lo había advertido, también aguantó la mirada de la dueña que la detalló de pies a cabeza unos segundos, como valuando una pieza, hasta que le habló:

—¿Seguro que no te escapaste de tu casa? No quiero problemas con nadie. ¿Es cierto lo que dice Luz María, que te robaron todo el dinero que traías y que necesitas un lugar donde pasar la noche? —dijo refiriéndose a la otra—. ¿Cómo te llamas?

—Inés —contestó Celeste nerviosa—, María Inés y sí es cierto lo que dice Luz.

—Te quedarás, pero sólo por esta noche —le dijo Carmela sosteniéndole las manos y observando la fina piel de las mismas, cubierta de pequeñas heridas—. ¿Estás en problemas, verdad?

—Pobre —intervino Luz María—. ¿Qué te cuesta ayudarla?

—Aquí no te puedes quedar gratis —recalcó Carmela—. ¿Qué sabes hacer?

—Sé bordar y coser, toco el piano, sé hacer los mejores postres del

mundo y además sé leer y hacer cuentas.

—¿Estás acostumbrada a trabajar para ganarte la vida? —inquirió Carmela.

Celeste se quedó sin saber qué responder, hasta que al fin dijo:

—Sí, estoy acostumbrada a los trabajos duros.

—¿De veras? Pagaría por verlo. Necesitamos una costurera, podrías pagarnos tu estancia dándole uso al hilo y a la aguja. Si lo haces bien te podrás quedar unos días, hasta que reúnas el dinero que necesitas para que te vayas. No te doy mucho tiempo. ¿Entendido? ¡Y a partir de que empiece a caer la tarde no te asomes al salón!



Cuando Celeste se retiró a la pequeña habitación que le habían indicado, Luz María y Carmela se quedaron platicando en la habitación de la última. Era una recámara adornada con muebles mandados a traer de diferentes partes del mundo, de incalculable valor, donde por encima de todo primaba el color blanco y llegaba la claridad de todas las direcciones. Luz María permanecía recostada en un sofá forrado en terciopelo color perla; trataba de convencer a Carmela que aún estaba indecisa sobre permitir o no que Celeste se quedara:

—Es muy bonita.

—Es una niña rica, quien quita y hasta su padre es cliente de nosotras.

—Te juro que no, su padre falleció. No te metería en problemas. Necesitamos renovarnos. Dale una oportunidad. Recuerda, tú y yo fuimos niñas ricas también.

—Es diferente, mis padres no me dejaron más que está casa. Todos los amigos de la familia me dieron la espalda y sabes que se necesita de cierto apoyo para conseguir un buen matrimonio.

—Eso dices para justificarte. Este caserón vale por todo tipo de transacción; hay mujeres que no nacemos para el matrimonio y tú eres una de ellas.

—No quiero conflictos con nadie. Tal vez la madre la esté buscando y no me conviene que la encuentren aquí. Ya sabes que las señoras de alcurnia intentan clausurarme el salón, la suerte es que sus esposos no piensan igual que ellas.

—Averiguaré al respecto —intentó tranquilizarla.

Luz María trató de conseguir noticias, sobre la desaparición de Celeste, mas se encontró con que no había ninguna novedad. Doña Angelina no quería hacerlo público para evitar que su familia siguiera dando de qué hablar.



En los días sucesivos Celeste permaneció en la casa de Carmela, se convenció que necesitaba dinero para que una vez que llegara a su hermana pudieran escapar. Su pie con reposo y el emplasto de unas hierbas que le preparó Luz María dio señas de recuperación. Necesitaba un trabajo donde permaneciera en las sombras y ahí, aunque le pagaban una mísera cantidad, permanecía como un fantasma. Decidió ahorrarlo para pagarse un medio de transporte seguro que las sacara de La Habana una vez que fuera por Azucena. Se había arrepentido de huir sin un plan ni dinero suficiente. Ahora sólo deseaba que aquella pesadilla acabara.

Celeste se sentía abandonada a su suerte, rogándole a Dios para que Federico Navarro no la encontrara. Ella y Luz María comenzaron a renovar su

amistad. Habían simpatizado desde que se conocieron pero la vida las había llevado por diferentes caminos hasta que había decidido volverlas a juntar. Luz María la ayudó a acostumbrarse al lugar, pasaba horas platicándole, hasta le había dado algo de ropa, teniendo en cuenta que Celeste había llegado sin nada más que lo que llevaba puesto.

Una tarde luego del trabajo, Celeste tomó su vestido, con el que había venido y lo colocó sobre la cama, extendido, lo acariciaba mientras miraba sus numerosos encajes y cintas. Luz María llegó de improviso, al ver el vestido le comentó:

—Es hermoso. ¿Quién te lo compró?

—Mi padre, antes de morir. Luego de su muerte todo cambió para nosotras —le contestó Celeste.

—Si no tienes a dónde ir no te sientas tan mal. Mientras sigas trabajando, Carmela te dejará quedarte. Han pasado varios días y no ha sucedido lo que ella temía, que apareciera la guardia buscándote. ¿Qué hace una señorita cómo tú sola en el mundo? ¿No tienes a alguien que te pueda ayudar? No creas que todas las que estamos aquí nos ha ido muy bien en la vida. Mi historia a lo mejor la conoces pero de las bocas equivocadas. Mi familia aún sigue allá en la casona de siempre. Extraño mucho a mi madre pero no puedo volver. Mi padre se enfureció cuando descubrió que estaba enamorada de uno de sus empleados y que encima esperaba un hijo de él. Me fui con ese hombre, convencida de su amor. Huimos de mi padre y el matrimonio arreglado que tenía previsto para mí. Pero no estaba tan enamorado como yo creía, me abandonó cuando conoció a otra y cuando comprobó que mi padre no cejaría en su resolución de desheredarme. Si Carmela no me llega a tender la mano, no sé que hubiera sido de mí.

—¿Y qué fue de tu hijo? —le preguntó Celeste.

—Lo perdí. No llegué al tercer mes, a veces pienso que fue lo mejor. A

mi lado no hubiese tenido una vida fácil, mi padre no me hubiese aceptado de vuelta.

—¿Y tu madre?

—Ella está desesperada pero mi padre no le da tregua. Mi madre no se atreve a desafiarlo.

—Luz María, te agradezco lo buena que has sido conmigo —le dijo Celeste.

—Eres tan bonita que mereces más que estar trajinando todo el día.

—Lo prefiero así. No me voy a quedar para siempre, no tengo a quien recurrir pero hay quien depende de mí. Azucena, no sé que ha sido de ella, está enferma y necesito encontrarla.

—Hay muchas cosas de ti que no comprendo. Imagino que tienes tus motivos para guardar silencio. Sólo quiero que sepas que en lo que pueda me gustaría ayudarte. Aquí hay la que tiene suerte y si se enamoran de ella, hasta consigue un buen marido. Hace poco una de las muchachas se casó con un hacendado de provincia que vino de visita a la capital y se la llevó con él. Allá nadie la conoce. Ahora es muy feliz, es la señora de un hombre muy rico y de su pasado ni quién se acuerde. Ese es mi sueño. Estoy segura que voy a conseguirlo. Aquí no viene cualquiera, sólo señores de mucho dinero y de alta posición.

—Lo último que busco es un esposo. ¿Renunciaste a un matrimonio arreglado por amor y ahora clamas por uno?

—Es la suerte que me ha tocado. ¿Cuál es tu sueño?

—Algo imposible, para eso tendría que volver el tiempo varios años atrás. De momento quiero recuperar lo que he perdido.

## XLIII



**H**abía sido un día de mucho trabajo para Celeste, más que los demás. Era un día especial en el salón y los trajes para ajustes y zurcidos no terminaban de apilarse. Habría una gran fiesta y vendrían muchos invitados. El ambiente le recordó a Celeste los preparativos que organizaban en su casa cada vez que se acercaba una fiesta. Especialmente recordó cuando fue presentada en sociedad, la primera vez que disfrutó de un baile y cómo brilló esa noche, orgullosa del brazo de su padre. Se escurrió hasta el piano, se sentó, acarició la madera, levantó la tapa y sus dedos volaron por encima de las teclas mientras escuchaba aquella música que había bailado por primera vez.

Al escuchar la melodía en el salón, una a una las muchachas fueron bajando y se le quedaron observando a Celeste mientras la acompañaban con aplausos.

—Muy bien —le dijo Luz María al terminar palmeándole el hombro—. Ahora intenta algo más animado como por ejemplo... —dijo colocándose a su lado y comenzando a tocar una pieza más vibrante.

—No tienes ni que enseñármela, la escucho todas las noches. —Y tocaron tan bien que las muchachas comenzaron a bailar.

Carmela ante tanta algarabía bajó de inmediato y se les quedó observando desde las escaleras. Celeste se detuvo en seco.

—No, no te detengas. Quería ver quién tocaba tan bonito, sabía que no era ninguna de mis muchachas. Sigán con la fiesta, sólo me voy a llevar a Luz María.



Carmela y Luz María subieron hacia la habitación de la primera; conversaban sobre los últimos detalles de esa noche, venían clientes muy acaudalados y no querían pasar por alto lo más mínimo.

—Presiento que hoy es el gran día. Tengo que encontrar alguien muy rico que me lleve con él—. Luz María soñaba despierta una vez más.

—Luz eso no pasa a diario.

—Presiento que ese es mi destino. Voy a estudiar cuidadosamente a todos los invitados, uno que sea soltero o viudo. ¿Quién crees que sea el mejor candidato?

—Hoy viene por primera vez el mejor amigo de don Horacio, enviudó hace poco, tiene mucho dinero —le dijo Carmela.

—¿Crees que sea el que he estado esperando?

Carmela la miró, echó a reír y añadió:

—Precisamente don Horacio me estaba diciendo que quería algo especial para su amigo. Él necesita a una muchacha dulce.

—Esa soy yo.

—No digas tonterías. Estoy pensando en María Inés, la amiga tuya que ha caído en desgracia. No creas que la dejé quedarse con otro propósito.

—¿Qué más quisiera yo que esa muchacha tuviera suerte? Me ha dicho que prefiere trabajar hasta desfallecer. Está al irse, nada más tenga lo suficiente para el viaje.

—La verdad es que el trabajo que le di me da más pérdida que ganancias; es una boca más que alimentar. Si la dejé permanecer unos días, fue pensando que tal vez considere quedarse definitivamente con nosotras. Sólo estoy invirtiendo en ella.

—No creo que la puedas convencer —le dijo Luz.

—Pero tú sí, es tu amiga, ¿no?

—Por eso mismo, no quiero traicionarla.

—No la estarás traicionando, si no ayudando —dijo Carmela.

Tanto Luz María como Carmela pensaban que extenuada por el arduo trabajo, Celeste, por su propia voluntad, desistiría de aquella labor y les pediría ayuda sobre una forma más fácil de ganarse la vida. Luz entendió lo que intentaba hacer Carmela, hostigarla para que le suplicara.



Celeste estaba acomodando los vestidos que iba a entregar mientras miraba la enorme pila de tela que recién le habían traído, Carmela pretendía renovar todas las cortinas del salón y le había dado una fecha límite. Celeste dudó de si sus habilidades eran suficientes para tal empresa, incluso creyó necesitar una ayudante pero no se atrevió a solicitarla. En esas estaba cuando apareció Luz María y le dijo:

—Hoy es un gran día, vendrán muchos señores ricos, hasta con título y todo. ¿Qué más quisiera yo que se enamorara de mí un marqués? Te imaginas, yo convertida en marquesa. ¿No tienes ambiciones? Tal vez te encuentres con

alguien que te haga cambiar tu suerte. Alguno muy poderoso, te podría ayudar a resolver todas tus penurias.

—Cuando empiece la algarabía me encerraré bajo llave, tengo mucho que hacer, las cortinas...

—Tenemos los medios para que tu reputación permanezca a salvo.

—Mis problemas son y no son de dinero. Ni aunque lo viera como alternativa puedo hacerlo. No te he dicho toda la verdad. Si quisiera casarme con un esposo pudiente me habría quedado con los míos.

—¿Qué escondes?

—Si te lo cuento, tendría que irme inmediatamente. No considerarás prudente que siga aquí.

—Querida, si consideras que no debes confiar en mí tal vez tienes razón. La verdad es que Carmela me pidió que te convenciera. Debí negarme, pero son tan diferentes nuestras convicciones a las tuyas. Hace tiempo pensaba igual que tú. Mi apuro se volvió económico cuando mi padre me dio la espalda, sin techo, sin dinero, sin protección y acostumbrada a no trabajar. Caí en picada.

—¿Sobre qué quería Carmela que me convencieras? —dijo Celeste.

—Hoy viene un amigo de don Horacio, enviudó hace poco. No acostumbra a venir a estos lugares. Por eso pensamos que sería una buena oportunidad para ti. Será muy discreto. Creo que el dinero que te dará ese señor va a ser más que suficiente y podrás continuar con el viaje que empezaste si lo deseas.

—¿Cómo crees que podría hacer algo así sin provocar un escándalo? —titubeó Celeste pero resuelta reveló—. Sabes que provengo de una de las familias más distinguidas de La Habana. Cualquiera de esos señores podría reconocerme.

—Serías noticia como lo he sido yo. Quisiera ayudarte pero no sé

cuáles son tus planes ni de qué estás huyendo.

—Después de mucho tiempo descubrí que quien yo creía mi madre, no lo era. Luego de la muerte de mi padre, para mi hermana y para mí todo se convirtió en un infierno. Casaron a mi hermana y ella estaba enamorada de otro, la descubrieron y la encerraron en un convento, alegando una locura que no tiene. Ella me necesita. No sólo a mi hermana le fue mal. El hombre que yo amaba me abandonó. Se fue con su prometida y yo me quedé sola, esperando un hijo suyo, un hijo que luego de nacer me arrebataron y al que temo no volver a encontrar nunca. —Cuando mencionó la última palabra se secó las lágrimas.

—Carmela no dejará que te quedes cuando sepa la verdad. No es mala, podrías traerle complicaciones al negocio si te andan buscando. No podré mentirle mucho tiempo más pero trataré de ayudarte. Pensaré en algo.

—Prométeme que no le dirás. Creo que fue un error quedarme aquí, será mejor que me vaya.

Celeste y Luz María dieron un brinco cuando Carmela, quien había escuchado todo detrás de la puerta, salió al encuentro de ambas.

—Tienes razón, no podrás seguir quedándote. No es nada personal, sólo que no quiero tener problemas con tu familia.

—De acuerdo, me iré —dijo Celeste.

—¿Cuál es tu apellido? Conozco a todas las familias de la alta sociedad —exigió Carmela.

—No me llamo María Inés, sino Celeste Pontevedra y Cáceres.

—¡Válgame Dios! Claro que he escuchado de tu familia, una de las más prominentes —dijo Carmela.

—Perdóneme por mentirle, luego de haberme acogido. No tenía a nadie, la persona a quien pedí ayuda me tendió una trampa. ¿Cómo podía confiar en alguien más? —dijo Celeste.

—Me ha tocado vivirlo, a mí también me dejó sola mucha gente cuando más necesitaba ayuda. El único apoyo que me ofrecieron fue encerrarme en un convento de por vida y yo no tenía vocación religiosa. Aquí cada una tiene su historia. Puedes quedarte todo el tiempo que quieras, sólo trata que no te vean desde el salón. Si cambias de opinión y quieres probar suerte, hoy es un buen día para empezar. Te explicaré cómo funciona. Parece esto un burdel pero no es lo que parece. Es una casa de citas y muy respetable. Aquí los hombres de la más exquisita posición pueden encontrar una amante con clase y con discreción. Yo hago los acuerdos de tiempo y exclusividad, pueden ser meses o años. Las chicas ganan un protector que paga todos sus gastos, las protegen y les cumplen todos sus caprichos. Los caballeros obtienen una mujer joven, hermosa, con la educación más refinada y un lugar donde pueden tener una segunda vida. El amigo de Don Horacio podría convertirse en tu protector y si te ganas su corazón, se acabarían todos tus problemas. Puedes hacerlo. Después de todo eres mayor de edad, no estamos cometiendo ningún delito. Viniste por tu propia voluntad.

Celeste reflexionó, de un lado el motivo de su huida, encontrar al hijo que le arrebataron y el que cada día tenía menos esperanzas de encontrar. De otro lado su intención de rescatar a su hermana. La última noche había estado considerando incluso darse por vencida, pedir asilo en el convento donde aguardaba Azucena, y esperar que el tiempo le revelara cómo afrontar su vida. Se consideró cobarde y se convenció que había escapado para nada, no tenía el suficiente valor para encarar el destino difuso y enfrentar lo que fuera para lograr sus propósitos. Se vio como una joven acostumbrada a que decidieran por ella, inútil para abrirse paso. Era lo mismo que le ofrecía Carmela. «Yo no necesito un protector, riqueza tendré. Un día, que ojalá no llegue nunca, heredaré la mitad de la fortuna de mi padre. Con ese dinero podré remover cielo y tierra para encontrar a mi hijo. Pero temo que sea tan tarde, que las

huellas para dar con su paradero se hayan desvanecido. Él me necesita ahora. Si acepto lo que me ofrece Carmela, condenaré aún más mi alma pero llegaré más rápido a mi pequeño», pensó. Resolvió:

—Ya no me importa lo que tenga que hacer para reunir el dinero para encontrar a mi hijo. No se trata solo de un viaje a un sitio, es mucho más.

—Necesitarás influencias más que dinero. Si tu nuevo protector se encandila contigo te ayudará en tus pesquisas. Lo manejaremos con suma discreción —dijo Carmela—. Eres muy bonita, tienes clase y un apellido con peso. Yo me encargo de los negocios, a mí también me conviene; me ocuparé de que sea bastante lo que recibas del protector.

—Bonito nombre para mi entrada al mundo de la perdición.

—A veces la decencia no contribuye a nuestra felicidad. Tu reputación estará a salvo. Tendrás un trato especial, ese señor también desea discreción. Luz te ayudará a vestirme para la ocasión —dijo Carmela.

—¿Vestirme? —dijo Celeste.

—¿No esperarás ir así cómo estás? —le dijo la dueña del lugar.

A Celeste la ropa que le mostró Luz María no le gustó en lo absoluto, era demasiado vulgar y luego el maquillaje exuberante terminó por desconcertarla. Ahora sí estaba segura que no la reconocerían. No tenía nada que ver con ella.

Al llegar la noche observó a hurtadillas a los señores que llegaron, algunos conocidos y otros no. Comenzó la música, las risas, el baile, mientras ella permanecía escondida, mirando detrás de las cortinas. Luz apareció en su búsqueda.

—¿Dónde te escondes? Ya quisiera estar en tu lugar, yo quedé sin protector porque su esposa lo descubrió y ya no quiso volver. Carmela te prefirió y yo tendré que esperar. Te voy a dar la clave para que caiga redondo

a tus pies.

Celeste respiró hondo, temerosa.

—Estás fría y pálida —le dijo retocándole los pómulos en color carmín—. Estás lista. Todo es en secreto, el señor no quiere que nadie sepa que él está aquí. Sígueme, en el último piso hay un salón privado para que puedan conocerse.

Al llegar a la habitación, iluminada por discretas velas y ver al señor de unos sesenta años esperando de pie, Celeste salió corriendo escaleras abajo antes que aquél alcanzara a verla. De camino se tropezó con un joven que intentó disculparse con ella, aún sin tener culpa alguna, mientras que Celeste siguió corriendo sin mirar atrás. Entró a su habitación y se quitó aquella ropa enfurecida sin poder contener el llanto. Se borró aquel maquillaje que reposaba como una máscara sobre su rostro. En su corazón sólo la atormentaba un pensamiento, que por su hijo debía hacerlo. De lo contrario cómo conseguiría el dinero tan pronto para buscarlo. «No puedo. ¿De qué vale haber padecido todo lo que me ha sucedido hasta ahora si cuando llega la posibilidad de sacrificarme por mi hijo, no tengo el valor?» – pensaba.

El joven caballero con el que se había tropezado, sin que ella lo hubiese notado la había seguido y la estaba observando parado en la puerta de la pequeña habitación.

—¿Está bien, señorita? —le preguntó con gran amabilidad.

Celeste sobresaltada, cerró la puerta de un tirón y se terminó de cambiar de ropa a toda prisa. Los golpes en la puerta del joven que siguió llamando con insistencia la obligaron a abrir. Estaba pensando decirle que deseaba estar sola y sin saber por qué abrió y le preguntó qué deseaba, a lo que él respondió:

—Pensé que necesitaba ayuda. ¿Por qué está llorando? —indagó y se

introdujo en la recámara sin pedir autorización.

—Nada que le incumba y por favor, déjeme. La fiesta no es aquí —le dijo.

Celeste y el joven fueron interrumpidos por Carmela, quien llegó de inmediato formando gran aspaviento y sin reparar en el joven le preguntó:

—¿María Inés, qué pasó?

—No lo haré. No puedo. No te preocupes ahora mismo me voy a ir de aquí —dijo Celeste.

—No tienes que irte. Mañana hablamos con calma, sé que es difícil al principio. Ahora tengo que regresar, el salón está lleno. Creo que hoy es un día de suerte para Luz María —Al decir esto último se dirigió al joven señor—: ¿Qué hace usted aquí?

—Sólo vi a la señorita correr, pensé que le pasaba algo y que podía ayudarla —contestó aquél.

—Vamos, que aquí lo que menos se necesita es su ayuda —dijo Carmela sonriéndole.

—¿Nos conocíamos ya? —le dijo el joven a Celeste mientras Carmela se lo llevaba por el brazo.

—No lo creo —respondió Celeste.

—¿Aceptaría que le invite a una copa de Burdeos? ¿Le gustaría acompañarme al salón? —insistió el señor.

—Vamos —le dijo Carmela arrastrándolo afuera de la habitación.

## XLIV



**A**l mediodía siguiente, Celeste ya había cortado algunas cortinas. Se había levantado temprano, siguiéndoles el paso a las dos sirvientas que llevaban años trabajando ahí. Para terminar el pedido de Carmela en la fecha acordada tendría que trabajar sin descanso. Celeste fue interrumpida por Luz que recién se despertaba y llegó a su encuentro a contarle sobre la noche anterior. Luz María venía con la felicidad reflejada en el rostro. Celeste se preguntaba cómo aquello podía resultarle tan reconfortante. Mientras para Luz la felicidad se resumía a encontrarse a un señor que le pagara una mejor vida y le ofreciera una posibilidad de abandonar la casa de Carmela, para Celeste aquello sería la peor de las torturas. Ella buscaba otro tipo de tranquilidad, no la que se produce cuando la seguridad y la economía están resueltas, si no aquélla que nace de los sentimientos. Se reconfortaba con cerrar los ojos y recordar como vivía antes que aquella marejada de acontecimientos había arrasado con su paz interior. Sus recuerdos pararon de golpes cuando Luz María muy emocionada le dio las gracias:

—Aunque sé que precisamente no lo hiciste por mí. Creo que voy por buen camino. El señor me dijo que le agradé mucho, que era lo que estaba buscando y que en estos días regresará. Fue muy generoso. Me dijo que una mujer como yo, con mis cualidades no merecía esta vida. ¿No crees que sea un paso de avance?

—Espero que consigas lo que deseas.

—¿Estás triste?

—Más bien desesperada. Creo que nunca voy a poder recuperar a mi hijo.

—No pierdas la esperanza.

—Soy un fracaso. ¿Para qué escapé si no tengo el valor de resolver yo sola mis dificultades?

—No te culpes, el mundo no es fácil fuera de la protección de la familia.

Carmela llegó pocos minutos después. Se le acercó dubitativa preguntándole a Celeste si conocía al señor del Alba. Celeste trató de retener aquel nombre en su memoria y revisar si lo recordaba. Carmela le comunicó que pertenecía a una de las familias más distinguidas de La Habana.

—No lo sé. Creo que sí. Sólo que ahora no me viene su rostro a la mente. Puede que lo conozca. Mi padre se encargaba de que ninguno de gran abolengo faltara a nuestras recepciones —dijo la joven.

—Es el que encontré ayer en tu habitación. Me juró mil veces que te conocía. Dice que tiene tu nombre en la punta de lengua y no le acaba de salir. Está intentando recordarlo. Le tuve que mentir. Le dije que eras una prima lejana de provincia, pero no se quedó muy convencido.

—¿Qué hacía el señor del Alba en tu habitación? —preguntó Luz María con una pícara sonrisa. Celeste le relató lo acontecido y Luz negándose

a creerle le dijo sonriendo—. La fama que tiene el señor no es por gusto. De seguro algo quería.

—Más que nunca tienes que cuidarte. Si él se acuerda y dice algo, tal vez puedan dar contigo y eso nos perjudicaría a ambas —le comentó Carmela preocupada.



Por su parte, Carlos Enrique del Alba decidió visitar la casa de Carmela esa misma noche. Él no soportaba que la duda anduviera rondándole en la cabeza. Llegó exclusivamente para encontrar una respuesta. Pidió ver de inmediato a la joven con quien se había tropezado el día anterior. Carmela lo recibió personalmente y le comunicó que la muchacha estaba ocupada.

—Esperaré —dijo el señor del Alba.

—Hay otras chicas —sugirió la dueña.

—Me conoce muy bien, señora, sabe que ese no es mi estilo. No pago por la compañía de una mujer.

—Lo sé, Carlos Enrique. ¿Qué quiere de ella? —indagó Carmela.

—¿Está celosa? —dijo él y Carmela frunció el ceño ante la pregunta—. Sólo quiero volverla a ver, no he podido dormir tratando de recordar de dónde la conozco.

—Muy mala memoria. ¿No recuerda a una dama?

—Memoria de caballero. Sin embargo, no me puedo olvidar de usted, del aroma de su cabello, de su suave y delicada piel. Vivo abrumado por su hermosura y por sus encantos.

—Pues mejor olvídelo, no creo que a don Horacio le guste —le dijo Carmela.

—¿Desde cuándo es una exclusividad de don Horacio? Pensé que no

se atenía a las mismas reglas que las demás.

—Me cansé de esperar a un niño que juega a ser hombre.

—Recuerdo que eso no fue lo que me dijo ayer en la tarde —le susurró muy bajo y se deleitó al verla acomodarse con prisa un mechón rubio que se había salido de control.

Carlos Enrique del Alba sabía por qué ella se había puesto nerviosa. Don Horacio, un señor de unos cincuenta y tantos años, no les quitaba la vista de encima. Desde que el señor de inmensa fortuna se había prendado de Carmela y la complacía en todo, su casa había aumentado el prestigio. El señor del Alba hizo un gesto de fastidio cuando don Horacio llegó a rescatar a Carmela de su compañía, así que se contentó con quedarse a merodear por el salón. Aprovechó que nadie lo observaba y se escurrió hasta el dormitorio de Celeste, pero no la encontró hasta llegar a la cocina. Él se desconcertó al ver que la señorita se asustó mucho al verlo.

—¿Está perdido? Los invitados no se atienden en la cocina —dijo ella.

—Buenas noches —dijo Carlos Enrique del Alba sin perder la cortesía—. ¿Está segura que no me conoce?

—Lo estoy. Me acordaría de cualquier persona que hubiese visto tan sólo una vez.

—Juraría que la he visto. ¿Me ayuda a recordar dónde?

—Pienso que me confunde con alguien —dijo Celeste.

—¿Qué hace usted aquí? Se ve que no pertenece a este lugar.

—Estoy de paso. Me iré en unos días.

—¿Cuál es su apellido, María Inés?

—Usted hace muchas preguntas. Ahora con su permiso me retiro. Le recuerdo que el salón queda en otra dirección —le indicó Celeste.

—En este sitio hay muchas mujeres educadas y bellas, usted podría pasar como una más. Ahí viene mi duda, simplemente no encaja aquí, tiene un

aire diferente con creces. Me marcharé cuando me diga por qué se esconde — insistió Carlos Enrique del Alba y no le molestó para nada que la impertinencia le hiciera quedar como inoportuno.

—No tengo inconveniente si se quiere quedar eternamente en la cocina —dijo Celeste mientras se marchaba hacia su habitación.

—Espere, sólo quería conocerla y auxiliarla si es que está en problemas —cambió la táctica.

—¿Acaso me ve pidiendo ayuda?

—Acepte mi súplica de perdón, María Inés y también mi amistad. Si tanto le incomoda no le haré más preguntas. Sólo no me prive de su presencia.

—Lo disculpo pero prefiero estar sola, así que si me lo permite me retiraré.



Un día después, Celeste recibió un ramo de rosas de parte de Carlos Enrique del Alba, con el que pretendía reiterarle sus disculpas. Luz María fue quien se lo llevó con una sonrisa en los labios. Celeste se quedó desconcertada al recibir aquellas flores.

—Quiere disculparse por su comportamiento, dice que fue descortés contigo. La verdad de él lo dudo. Es todo un caballero.

—Pregunta demasiado. Está comenzando a asustarme. Creo que lo mejor es que me vaya, antes que descubra quién soy.

—Él no es malo, lo conocemos bien.

—¿Viene a menudo?

—La verdad es muy amigo de Carmela y de don Horacio. Viene más a disfrutar de las fiestas y del ambiente que a otra cosa. Todas suspiran a su paso y él lo sabe, le gusta presumir de ello.

—Entonces es un tonto.

—Así es él. Enemigo del matrimonio y de las responsabilidades. Vive una vida sin reglas.

—Ya una vez conocí a un hombre así y no me fue nada bien.

Una de las muchachas llegó hasta ellas a decirles que Carlos Enrique esperaba para hablar con María Inés. Celeste se puso muy nerviosa y se apresuró a encerrarse en su habitación, luego de revelarle a Luz María que no deseaba verlo de nuevo.

—Él es así, de seguro se prendó de ti y por eso su insistencia. Te recomiendo que no le hagas caso, es un embustero. Se mostrará amable hasta que consiga lo que quiere, luego ojos que te vieron ir jamás te verán volver.

—¿Acaso piensas que ese presuntuoso con dos dedos de frente me puede conquistar?

—Recíbelo y le dices que no estás interesada. De lo contrario se pondrá más insistente. Él no se molestaría en venir hasta acá por gusto, es una descortesía dejarlo esperando.

—No quiero que me vea así, no estoy presentable.

—¡Y eso que no te interesa! Lo puedo entretener mientras te cambias, podrías ponerte tu vestido tan bonito...

En esas estaban cuando escucharon a Carlos Enrique del Alba acercarse y Celeste corrió a encerrarse en su cuarto. Celeste cerró la puerta tras incentivar a Luz María para que le diera cualquier excusa que lo alejara, y su amiga cumplió. Él no aceptó, argumentando que le urgía verla.

—Lo siento mucho. María Inés no puede recibirlo —le comentó Luz.

—También lo siento. Mi necesidad es imperante —le comunicó Carlos Enrique dando unos toques a la puerta—. Ya recordé de donde la conozco.

Celeste abrió tal como estaba vestida, con un vestido muy por debajo de su posición y con el peinado en vaivén sobre sus hombros cada que daba un paso. Él se le quedó observándola fijamente. Celeste contuvo la respiración.

—Después de darle vueltas al asunto, el recuerdo me vino —la miró con detenimiento—. Es imposible, creo que es una extraña coincidencia nada más. Se parece usted de una forma extraordinaria a la hija del difunto don Diego Pontevedra, pero no puede ser, de lo contrario cómo y por qué llegaría a parar aquí.

—Muchas personas se parecen —dijo Celeste.

—Sí, ahora estoy convencido. No podría ser usted —dijo y Celeste sintió los ojos de Carlos Enrique repasar de nuevo más su ropa y su peinado—. Recuerdo haber visto a la señorita Pontevedra de cerca sólo una vez, en su palacete del Cerro en una gran fiesta.

—Aclarado el malentendido me disculpo por no poder atenderlo.

—¿Le gustaron las rosas? —él le preguntó. Ella asintió con la cabeza y se encerró en su habitación.

Tan pronto Celeste quedó sola comenzó a disponer todo para marcharse. Sabía que bastaba que el señor del Alba le mencionara a una persona que había encontrado a alguien idéntica a ella, y que de ahí el comentario se dispersara y llegara a oídos de quienes estaban detrás de su paradero para que hicieran asociaciones. Cuando Luz supo que Celeste se iba le pidió que desistiera, aunque le dijo algo que la inquietó más todavía:

—También me quedé preocupada, más porque el joven del Alba pidió hablar de inmediato con Carmela, a solas. Quise escuchar de qué hablaban pero se encerraron en los aposentos de ella y fue imposible.

—Dios...

—¿Hacia dónde te dirigirás?

—No tengo idea —dijo Celeste y se sorprendió al darse cuenta.

—Hablemos con Carmela. Ella puede socorrerte.

—¿Carmela ayudarme? Ella sólo quiere una pieza más para su colección en el gran salón. Si sigo aquí terminaré enredada en una telaraña. Eso, si el señor del Alba no me delata antes. Si Federico Navarro da con mi paradero no sé qué haría conmigo. Tengo que escapar.

—Te voy a dar algo de dinero, sólo que esta vez no te fíes de nadie.

—No puedo aceptártelo. Tú igual estás reuniendo por tus propios motivos.

—Lo importante es que estés bien. Sólo prométeme que cuando hayas resuelto todo me vas a escribir —le dijo Luz.

—Has sido muy buena conmigo. Te estaré por siempre agradecida, hiciste más por mí que la gente de la que siempre esperé recibir ayuda. De todos modos agradécele a Carmela de mi parte por haberme permitido quedarme aquí unos días.

—Así será.



Luz María subió a decírselo a Carmela, como aún conversaba con Carlos Enrique del Alba esperó un rato fuera de la habitación a que terminaran de hablar. Al salir éste abotonándose apenas la camisa, Luz se dijo a sí misma: «Soy una ilusa. ¿Cómo se me ocurre pensar que realmente estaban conversando?».

—Despídame de María Inés —le dijo el señor del Alba con una amplia sonrisa al pasar por su lado.

Cuando en pocas palabras Luz María puso al tanto a Carmela, aquélla

salió al encuentro de Carlos Enrique del Alba a toda prisa llamándolo a voces.

—¿Qué haces, Carmela? Estás entregándola —le reclamó Luz.

—Carlos Enrique no se tragó ese cuento del parecido. Me prometió ayudarla si le contaba toda la verdad.

Luz dudó por unos segundos hasta que se dejó convencer por Carmela. Le contó al señor del Alba que Celeste se había marchado.

## XLV



**C**eleste lo vio acercarse en su caballo. No supo si era coincidencia o si él venía como una flecha directo hacia ella. Intentó alejarse. Al verlo desmontar ante su presencia no pudo proseguir. Su corazón latió desbocado, tanto así que si hubiese sido un caballo, se habría alejado con tanta presteza que el señor del Alba no hubiese podido retenerla.

—¿María Inés, por qué se marcha de improviso? —la asaltó a preguntas.

—Tengo asuntos urgentes que atender.

—Ya lo sé todo, permítame ayudarla.

—No le entiendo. No sé a qué se refiere.

—De acuerdo, no lo tiene que aceptar. Sea lo que sea lo que la ha obligado a huir, no la voy a delatar. Una señorita como usted no debe andar sola por ahí. Le estoy brindando mi apoyo.

—¿Por qué lo haría? —le dijo desafiante.

—Digamos que por... no lo sé... simplemente pienso que es mi deber. Ante todo soy un caballero y deseo auxiliarla. Podría venir a mi casa hasta que

todo se resuelva.

—No necesito su ayuda para llegar hasta el convento de Santa Clara donde se encuentra mi hermana.

—¿Piensa refugiarse en el convento? —Sin dejarla responder continuó hablando—: Puedo llevarla hoy mismo, sólo permítame mandar a preparar el coche y que lo envíen por usted.

—Puedo ir caminando.

—No respondió mi pregunta anterior. ¿Se refugiara en el convento?

—No lo sé, tal vez, por lo pronto deseo hablar con mi hermana.

—Supe que desea sacar a su hermana del convento y marcharse lejos. Dejaré mi carruaje a su disposición para esos fines. Sólo concédame un cuarto de hora para hacerlo llegar.

—Si es su deseo, se lo agradezco. —Celeste aceptó pero no se hizo ilusiones, la vida se había encargado de enseñarle que no podía ver más allá del caparazón de un ser humano—. Lo único que le pido es mucha discreción con este asunto. Si Federico Navarro llega a saber que estoy aquí...

—Está de más que me lo diga, Carmela me contó lo que intentó hacerle ese canalla. Caras vemos...

Justo a la hora acordada, Celeste ya estaba encima de un carruaje abastecido para un viaje, tomando en cuenta que el convento no estaba muy lejos, Celeste confió en que el ofrecimiento del señor del Alba no era un engaño. Fue por su hermana, decidida a sacarla de su encierro a como diera lugar, aprovecharía la oportunidad para marcharse juntas. Mientras escuchaban el atronador galopar de los caballos, Celeste y Carlos Enrique del Alba se observaban el uno al otro en silencio. Ella, nerviosamente, a cada ratoladeaba un poco la cabeza para ver el camino, que se extendía a cada paso.

—¿Una vez que esté junto a su hermana qué hará? —dijo él y ella

detestó que rompiera el silencio, que a pesar de ser incómodo le ofrecía a Celeste cierta seguridad.

—No insista en saber de mis planes, ya bastante engorroso es que haya insistido en acompañarme, no quiero imaginar qué ocurrirá si alguien nos ve juntos —le contestó.

—He tomado todas las precauciones. Estuve indagando sobre su familia, no sé si le moleste ese hecho. De usted y de su hermana se dice que se retiraron un tiempo a un convento. De su madre se dice que desde entonces vive en la tranquilidad de su hacienda —dijo Carlos Enrique del Alba. Ella bajó la cabeza y una lagrimilla se asomó a sus ojos—. No imagino lo que la orilló a escapar pero si usted está arrepentida, yo podría interceder ante su madre. Doña Angelina debe sentirse muy sola ahora que sus hijas no están.

—No deseo regresar, sólo lo haría si volvieran los años atrás.

—Eso es imposible. Digo, va en contra de las leyes de la naturaleza. ¿Quiere decir entonces que no volverá nunca? —le dijo mirándola fijamente a las pupilas, mientras ella lo observaba sin ver, con la vista repleta de pensamientos y recuerdos—. ¿María Inés? ¿Me está escuchando? —Al volver de su interior hacia lo que tenía delante, Celeste se encontró con la mirada profunda de Carlos Enrique del Alba y su infinita sonrisa—. No se preocupe, todo va a salir bien. ¿Sabe que cuando tenía doce años también escapé de casa? Mi madre sufrió tanto sin poder encontrarme toda una noche, que mi padre al hallarme, me dio tal paliza que nunca la he olvidado. Desde ese momento jamás he pasado una noche fuera, ni ahora que soy adulto. Mi padre tenía su manera de enseñar —dijo el joven y Celeste ante su revelación le sonrió a medias—. Pensé que me despediría de usted y no la vería sonreír.

Al llegar al convento, Celeste bajó a toda prisa hasta la entrada del mismo. La vista era imponente y ante la idea de su vida o la de su hermana

dedicada a los oficios religiosos le recorrió un escalofrío por la espalda. Solicitó ver a su hermana. La monja que salió a su encuentro se quedó muy extrañada por su visita.

—La señora Azucena de Alvarado partió hace días. Su madre mandó por ella pero a usted la estamos esperando, señorita Celeste. Pase adelante, por favor —Celeste casi cae abatida por la sorpresa, sin entender el proceder de su madre.

—No me quedaré. Necesito hablar con Sor Elena unos minutos.

—Señorita, sabe que las reglas en el convento son estrictas, veré qué puedo hacer.

Celeste observó en dirección a Carlos Enrique del Alba, lo vio impacientarse dentro del coche, esperándola como habían acordado. La tía de la joven luego de un breve espacio de tiempo arribó ante su presencia. Su rostro reflejaba alegría por volver a verla.

—No sabes el gusto que me da saber que estás bien, querida.

—Lo mismo digo, tía.

—¿Por qué te quedas en la entrada? Pasa adelante. He estado muy preocupada por ti, igual doña Angelina, mi madre y mi hermana. Tu madre ha estado a punto de romper el silencio y darte por desaparecida, ya no sabe qué hacer para encontrarte.

—Lamento mucho esta situación pero no encontré otra salida —dijo Celeste sin ahondar en explicaciones.

—Llegamos a temer por tu vida, me siento aliviada de que estés aquí, al fin.

—¿Tía, puede decirme por qué se llevaron a mi hermana?

—Doña Angelina le mandó una carta, en la que no sé lo que venía escrito pero fue decisivo para que ella se marchara. No te quedes en la puerta,

pasa, te estábamos esperando. ¿Sabes que el primer lugar dónde vinieron a buscarte fue aquí? Doña Angelina vino personalmente y habló con la Madre Superiora, le pidió que si venías te acogiera y que le avisara de inmediato.

—¿Entonces si me quedo le avisarán?

—Me temo que sí. Si no te quedas también. Debes recapacitar, estarás mejor aquí o en tu casa que en cualquier otro lugar; hemos manejado todo con suma discreción, aún puedes regresar.

—¿Tía, no comprende? Necesitaba librarme de la presión de mi madre. Sólo le pido que me diga dónde puedo encontrar a mi hijo. Dígame todo lo que sabe al respecto, se lo suplico por el amor de María a Jesús.

—Mi madre casi no me ha hablado de ese asunto. ¿Por qué cree que yo sabría? —dijo la monja persignándose nerviosa.

—Sé que mi abuela no le tiene secretos porque de alguna forma sus palabras la reconfortan.

—Lo único que podría es decirte el nombre del pueblo donde diste a luz, pero será inútil. Eso sólo fue una fachada. Sólo doña María Antonia podrá informarte al respecto, ella se encargó de los pormenores. Celeste, todas estamos preocupadas por ti. Te suplico y te exijo que te quedes.

—Solo vine por Azucena. Estar aquí me reafirma que no puedo dejar que pase más tiempo. Lo perderé y ya he perdido casi todo lo que quiero: mi padre, mi nana, mi hermana, mi libertad, hasta mi identidad; a mi hijo no lo voy a perder, no me daré por vencida. Sé que Dios va a ayudarme.

—¿Celeste, dónde puedes recibir la ayuda de Dios sino es en ésta, su casa?

—Me tengo que ir. Si me quedo, será como aceptar que no lo podré recuperar.

Su tía intentó retenerla por el brazo, temerosa de los peligros a los que se exponía la joven, pero ella logró zafarse y correr. Celeste escuchó los

gritos desesperados de su tía:

—Cuídate. Voy a tenerte presente en mis oraciones.

Cuando Celeste se subió al coche, advirtió el rostro de preocupación de Carlos Enrique del Alba. Ninguno dijo nada, él respetó su silencio y ella se olvidó de su presencia. Lloró sin consuelo, como si estuviera sola. Aquél le ofreció un pañuelo sin mencionar palabra, de lo más acongojado sin saber qué hacer para reconfortarla.

—¿Y ahora? ¿Cómo puedo ayudarla? Le ofrezco mi humilde morada, para que pase la noche y descanse. No debe quedarse en la casa de Carmela, no sé ve bien para una señorita.

—Tampoco se vería bien la casa de un hombre soltero.

—Vivo con mi señora madre. Ella entendería la situación.

—No creo que su madre acepte, prefiero quedarme donde Carmela.  
¿Qué importa una noche más?

—Déjeme ayudarla. Si quiere privacidad tengo otras propiedades, no estará sola, pondré a mis esclavas a su servicio.

—Se lo agradezco pero no puedo. Lléveme hasta la casa de Carmela; de cualquier modo no me quedaré mucho tiempo —le dijo a él.

—¿Qué piensa hacer?

—De momento deseo esperar a que pase la noche porque con esta preocupación dormir será imposible.



Al llegar a la casa de Carmela como de costumbre se escuchaban la música y las risas. Carlos Enrique del Alba puso al tanto a Carmela, quien dejó a Celeste quedarse. Él no pudo soportar verla, su rostro, su decepción y

se disculpó con Carmela por dejarla sola, escoltó a Celeste a su habitación y una vez más le ofreció su hospitalidad. No se contentó con su negativa, así que tras despedirse de Celeste se fue al salón principal a buscar a la dueña de la mansión. Carlos Enrique le dijo con firmeza a Carmela:

—Necesito hablarle a solas un instante.

—Ahora no puedo. Don Horacio no me quita los ojos de encima —le dijo ésta.

—¿Usted piensa que nunca tengo algo serio que decirle? Le conviene, son negocios. —Se alejaron un poco del bullicio.

—Quiero que atienda a la señorita lo mejor posible —pidió.

—No somos posada, ni sirvientas tampoco. La he dejado quedarse pensando que sería una buena inversión pero ya estoy arrepentida. Lo leo en su frente, me traerá problemas.

—Sólo quiero que le dé la mejor recámara que tenga. Yo corro con los gastos.

—¿Escuché bien?

—Es de una de las familias más importantes de La Habana. Conocí a su padre, era un señor estupendo, fue amigo de mi padre. Sólo pretendo ayudarla por el recuerdo de esa amistad. Sé que don Diego Pontevedra hubiese hecho lo mismo por cualquiera de mi familia.

—No tiene que darme explicaciones mientras se pague la cuenta. También lo conocí, bien recuerdo que esa amistad no era tan grande. Eran conocidos, como toda la gente pudiente, siempre se conocen pero no a la hora de ayudar. ¿Qué le ha visto a esa señorita?

—Le suplico que haga lo que le digo.

—Lo haré con mucho gusto. María Inés me simpatiza. Además, su benefactor corre con los gastos.

Carlos Enrique se marchó luego de ver que Celeste quedaba en

compañía. Carmela la fue a buscar a su habitación y le pidió a ésta que la acompañara.



Celeste se intrigó cuando Carmela reclamó su presencia. Lo primero que pensó, fue que le dejaría bien claras las reglas de quedarse bajo su techo. Estaba abrumada, aún no había deliberado con su conciencia cómo iba a hacer para llegar al lugar donde había visto a su hijo por primera y última vez. Sin controlar el flujo de pensamiento que se le venía, se dejó conducir por Carmela a una de las más grandes estancias de la casa

—Hay mujeres que con una sonrisa conseguían más que otras entregando mucho más —le dijo Carmela—. Siento que no hayas tenido suerte esta vez. Puedes quedarte. El señor del Alba insistió en que te atendiéramos como a una princesa, estos serán tus aposentos de hoy en adelante.

—No lo puedo aceptar —dijo Celeste temiendo que Carlos Enrique luego exigiera una gratificación por sus atenciones.

—No le hagas ese desaire. Dice que si no le aceptas quedarte en su casa por lo menos permitas que te ayude a estar lo mejor posible —dijo Carmela y la dejó a solas con Luz María para que se instalara.

—¿Te ofreció quedarte en su enorme quinta? —dijo Luz María sonriendo—. Dicen que comenzaron a usarla de veraneo pero tras la muerte de su padre, se quedaron a vivir ahí. Carmela en sus buenos tiempos pudo frecuentarla y menciona que es exquisita. Ni siquiera te pregunto por qué no aceptaste, conozco la respuesta. ¿No extrañas la vida al lado de tu familia?

—Prefiero no contestar. Forma parte de un pasado que ya está enterrado, sacarlo removería muchas heridas. A veces pienso en regresar. Olvidar este mundo de carencias y de miedos en que vivo fuera de la

protección de mi hogar, pero tengo que mantenerme fuerte. No puedo regresar a vivir entre mentiras e hipocresías.

—Bueno de carencias ya no va a ser. ¿Olvidas tus nuevos aposentos? Mi suerte también llegará pronto. Abajo me espera don Anselmo —dijo Luz para referirse a su protector, el amigo de don Horacio.

—¿Y tú dime, sinceramente no te arrepientes de haberte marchado de tu casa? —dijo Celeste.

—No lo pienso. ¿De qué serviría? Mi padre no me quiere de vuelta y lo último que supe es que no sólo se contentó con desheredarme, ha prohibido a mi madre y a mis hermanos relacionarse conmigo.

Celeste trasladó su escueto equipaje. Después de llevar largo rato en la cama tratando de conciliar el sueño, sintió que llamaron a la puerta. Se sorprendió al ver a Carlos Enrique del Alba y temió que viniera a cobrarle su buena voluntad.

—Lo hacía en su casa. Fue un largo día —le dijo Celeste.

—Por primera vez en la vida me ha dado insomnio. Me acosté en la cama y sólo conseguí pensar en usted. Ni siquiera el cansancio pudo hacer que el sueño me venciera. Una fuerza superior a mí me hizo vestirme y venir a todo galope. Creo que me estoy enamorando —le reveló Carlos Enrique.

—Ya tuve conocimiento de sus amores tan fugaces como intensos. ¿En realidad qué espera a cambio de sus atenciones porque de ser así prescindiré de su hospitalidad?

—¿Qué más voy a querer que ser correspondido? ¿Su corazón le ha revelado algún sentimiento hacia mí?

—Sabía que se confundiría conmigo. Me han defraudado muchas veces y aún sigo confiando en las bondades del ser humano.

—Me ofende, jamás compraría el amor. Sería reconocer que carezco

de virtudes para merecerlo. Perdóneme por ser un pobre iluso, pensé que usted también sentía lo mismo. —dijo Carlos Enrique del Alba. Celeste esquivó los ojos de él que buscaban con insistencia su mirada—. ¿Dígame María Inés no me cree merecedor de su amor?

—No me siga llamando así, mi nombre es Celeste y ya de sobra lo sabe.

—Para mí siempre va a ser María Inés, como la conocí. No me voy a ir hasta que me responda.

—Le suplico que me deje dormir. Es tarde. Usted también necesita descansar.

—Es una simple respuesta la que le pido —suplicó el joven. Celeste caminó hasta la puerta de la habitación y abriéndola en toda su extensión le indicó al joven que se marchara. Mientras le cerraba la puerta casi en sus narices, él le susurró—: Voy a quedarme aquí mismo, en pie, esperando.

—Es muy testarudo.

—No sabe cuánto.

A la mañana siguiente, al abrir la puerta lo primero que vio Celeste fue a Carlos Enrique del Alba que dormía, sentado en el suelo, recostado a la pared. Celeste se llevó tremendo susto y más al ver qué tan desconcertado se despertó él, sin recordarse por qué había pasado ahí la noche anterior. Lo vio despabilarse por completo y salir hacia su casa envuelto en una sombra de vergüenza.

Celeste desayunaba en su habitación, cuando escuchó el sonido pícaro de la voz de Luz María:

—Al menos lo hubieses invitado a desayunar.

—Salió casi corriendo como un cachorro con la cola entre las patas. Aún no me recupero del susto. Lo único que alcancé a escucharle, fue que de

seguro, su madre no habría podido dormir esperando su regreso —dijo Celeste.

—¡No lo puedo creer! ¡Pasaron toda la noche juntos y al despertarse lo primero que él recuerda es a su madre!

En ese momento se les unió Carmela que sin decir nada se limitó a escucharlas.

—Espera un momento, estás equivocada —le replicó Celeste—. Parece que durmió fuera, recostado a la puerta, no en mi habitación y menos conmigo. No quería decirlo y afectar así su reputación pero tampoco quiero rumores de un encuentro entre el señor del Alba y yo, porque no es cierto.

—No te lo creo —le dijo Luz—. Si no quieres admitirlo está bien. No insistiré. No te culparía por tener un desliz con un hombre así.

—Es cierto —le dijo Carmela—. Cuando desperté lo vi durmiendo recostado a la puerta de esta habitación. No me extrañó, pensé que eran peleas de enamorados. De él no me asombra nada. Lo único que me resultó raro fue que se quedara toda la noche. Siempre se marcha a dormir a su casa, tarde pero se va.

—Las dos han perdido la razón. ¿Creen que lo dejaría entrar a mis aposentos? —mencionó Celeste.

—¿Qué tiene de raro? —le dijo Luz María—. Es tan apuesto. Si no fuera porque de eso vivo lo dejaría dormir en la mía todas las noches. — Celeste notó que Carmela miró de reojo a Luz y ésta rápidamente se calló.

Ese día, Celeste no recibió otra visita de señor del Alba. Éste mandó un ramo de flores con una nota en la que se disculpaba por la actitud de la noche anterior y por no poder visitarla, se encontraba tan agotado por los efectos de no dormir en una cama que requirió descansar. Todo lo que dijo Luz María al ver las flores y la nota fue:

—Así es él cuando se enamora, quiere correr antes de caminar, como si la vida se le fuera a escapar en un segundo. Si tú fueras como yo, te aconsejaría que vivieras el romance mientras durara, pero eres diferente. Lo mejor para ti es que te mantengas fuerte y a pesar de sus encantos no te dejes conquistar. Muchas se han quedado suspirando por su amor. Te lo digo porque ya pasé por eso una vez y por eso perdí el apoyo de mi familia. Cuesta mucho desprenderse después de ese sentimiento. Me pasó con aquel sinvergüenza del que te conté, el que me abandonó luego que lo dejé todo por huir a su lado.

—Luz, no creo que me enamore de él porque mi corazón ya tiene dueño. A diferencia de ti, yo no lo he podido olvidar. Ni creo que algún día lo logre. He amado a Fernando Alvarado toda la vida. Por desgracia crecí amándolo, tanto que no me importó entregarme a él.

—No debes vivir toda la vida alimentando el recuerdo de un hombre que te traicionó y que te abandonó cuando más lo necesitabas.

—Lo sé. He luchado y nada me lo saca del corazón. Es como si Fernando tuviera un imán, que me atrae con una fuerza irremediable hacia sí. Todas las vacaciones, desde que tengo uso de razón las pasábamos juntos. Su sonrisa, Dios, es la más bella que un hombre puede tener y el sonido de su risa es tan melodioso... Nunca podré olvidarlo, cada temporada vacacional mi padre nos dejaba acompañarlo a la hacienda y nunca entendía por qué siempre elegíamos La Celeste, en vez de otros sitios que nos ofrecía. Yo le suplicaba a mi hermana que me secundara y Azucena era mi cómplice. Fernando sabía que yo me moría por él y él me seducía todo el tiempo cuando nuestros padres no estaban presentes. Cambió cuando se hizo hombre y sus intereses fueron más allá de un romance de adolescentes.

## XLVI



**P**asó una semana en que Carlos Enrique del Alba visitó a Celeste casi todos los días. Ella había comenzado a confiar en él desde que se había convertido en su cómplice para ayudarla en la empresa más urgente que Celeste tenía. Con cada visita éste le traía una nueva ilusión de encontrar a su hijo. Él había comenzado a indagar por su parte, moviendo los contactos que tenía debido a su posición, siendo lo suficientemente discreto para que aquel asunto continuara siendo un secreto.

—No nos va a quedar más remedio que ir a preguntarle directamente a su madre —dijo Carlos Enrique.

—Ella asegura que desconoce al respecto. Además, si voy lo más seguro es que no me deje volver a salir —dijo Celeste.

—No lo hará si voy yo de testigo. No voy a permitir que la lastimen.

—Es mi madre, tiene derechos sobre mí. Hay cosas que aún no le he podido decir, mi situación es más grave de lo que se imagina. Presiento que si regreso me encerrarán de por vida.

—Me moriría si tuviera que prescindir de su presencia. ¿No cree

poder corresponderme algún día?

—Usted sufre de una pasión incurable, está confundido, no es a mí a quien ama. Ama en mí a todas las mujeres.

—Le juro que no. Jamás había sentido lo que siento. En las noches no logro conciliar el sueño pensando en volver a verla al día siguiente. He perdido el gusto por los alimentos. No me concentro en mis negocios, ni me apasiona nada más que estar cerca de usted. Créame, María Inés, usted me ha absorbe por completo.

—No quiero ser otro más de sus amores fugaces.

—Lo que siento ahora es diferente. Por ellas sentía sólo deseo. En cambio usted me produce un dolor tan profundo en el pecho, que no importa si está cerca o lejos, nada lo mitiga.

—Mi intención no es herir sus sentimientos, si tanto daño le hago lo mejor es no vernos más.

—Deje de verme si quiere ser responsable de mi muerte —dijo con una sombra de melancolía y ella no pudo contenerlo, rió tan fuerte como hacía tiempo no lo hacía. Él también le sonrió—. ¿No me cree?

—No —le dijo sin dejar de reírse.

Celeste se sorprendió cuando de súbito él la rodeó por la cintura y se quedaron mirándose a los ojos, muy cerca. Celeste se sintió poseída por él, sin fuerzas de resistirse ante esos labios que se acercaban cada vez más. Ella se sintió susceptible ante el talento innato para el arte de la seducción que poseía Carlos Enrique, así que rompió de golpe con aquel momento de embeleso antes que fuera irremediable dejarse vencer. Huyó del cerco de esos brazos cálidos que se cerraron y no lograron estrechar nada.

—No me va a creer nunca y la comprendo. Sé cuantas cosas le han dicho de mí y lo peor de todo es que son ciertas. Al menos déjeme ayudarla a encontrar a su hijo —pidió él.

—Ya estoy perdiendo las esperanzas de hallarlo. No tengo por dónde empezar.

—Podría mandar a investigar en el pueblo que le dijo la monja.

—Recuerde que le dije que sólo era una fachada.

—Siempre debe quedar alguna huella, alguna pista, nadie se esfuma sin dejar rastros.

—Me devuelve las esperanzas. En ese caso preferiría ir personalmente, no podría quedarme tranquila esperando.

—Nada me gustaría más que viajar con usted.

Esta vez el viaje tardó más pero no fue tan abrumador. Iban por todo el camino hacia el poblado de Artemisa como dos pájaros parlantes. Aunque los embistes seductores de Carlos Enrique la descolocaban tampoco le resultaban incómodos. Celeste se preguntaba cómo antes no lo había conocido a profundidad, tal vez se debía a que no eran de la misma generación, él era ocho años mayor pero como compañero no tenía par. Era tan agradable hablar con él como con un amigo cercano y mientras mantuviese a raya el fervoroso deseo del señor del Alba de poseerla, podría considerarse a salvo. Celeste iba casi feliz, tenía mucha fe en que este viaje no sería en vano.

Al llegar y bajar en Artemisa, lo primero que hicieron fue buscar un lugar donde hospedarse. Luego buscaron, sin perder tiempo, la casa donde Celeste había aguardado hasta el nacimiento de su hijo. Trató de encontrarla sin tener en su memoria el retrato de la misma. La había contemplado escasos segundos desde el exterior, aquella vez que habían llegado con prisa, porque a la hora del regreso iba tan acongojada que ni siquiera había reparado en ella. Cuando la tuvo en frente, no estaba segura, de todas las que vio era la que más se le parecía. Llamaron incansablemente pero nadie contestó, parecía estar abandonada.

El resto del día se la pasaron haciendo indagaciones pero nadie parecía conocer en aquel pueblo a doña Brígida. Por lo que no les quedó más remedio que indagar sobre la partera, para ver si de esta forma tenían mejor suerte. Preguntaron por la partera de la zona y les dijeron de dos o tres que se dedicaban a esa función. Fueron a casa de cada una hasta que Celeste reconoció a la que la había atendido a ella. La mujer al verla palideció.

Celeste le rogó que le dijera dónde encontrar a doña Brígida y a su hijo. La mujer negó reconocerla, Celeste llena de coraje le respondió:

—Usted bien sabe de lo que le hablo. Usted trajo a mi hijo al mundo.

—He traído a muchos niños, no me acuerdo de todas las caras.

Celeste comprobando que su estado emocional ponía a la partera más nerviosa, le susurró a Carlos Enrique del Alba que intercediera y sin decir nada más para coaccionar a la partera lo escuchó intentarlo:

—No creo que tenga tan mala memoria, doña Brígida no debe haberle pagado mal. Si me dice dónde puedo hallar a esa señora le aseguro que le pagaré el doble.

La partera se asustó a punto de comenzar a llorar.

—Le juro que yo no sé el nombre de la señora. Es verdad que me pagó mucho dinero pero a mí quien me recomendó fue la señora de Pontevedra. Yo jamás había visto a esa doña Brígida. Sólo hice mi trabajo como siempre — dijo la mujer.

—¿A qué señora de Pontevedra se refiere? —dijo Celeste exaltada.

—La dueña de la casa, doña Matilde de Pontevedra.

—Es evidente que esta mujer no sabe nada más —añadió el señor del Alba—. Parece que la monja no le dijo todo lo que sabía.

Cuando supieron que la casa era propiedad de su propia abuela, Celeste se quedó perpleja. No pudo salir de su asombro. Se sintió muy mal tan sólo de pensar que doña Matilde había tenido más que ver en el asunto de lo

que se imaginaba. Insistió en partir en ese preciso instante en su búsqueda. Lo que no pudo ser posible puesto que los caballos estaban muy agotados y necesitaban reponerse. Celeste sintió que no tendría tranquilidad hasta que encontrara respuestas a sus interrogantes.

—Le dije que encontraríamos alguna pista —le dijo Carlos Enrique—. Es sólo el principio, seguiremos atando cabos sueltos hasta que demos con el final de todo esto. Ahora trate de descansar, ha sido un día muy fatigoso.

—Usted también lo necesita.



Al siguiente día emprendieron la marcha, no era necesario regresar a La Habana, se dirigían a Bahía Honda y estaban encaminados hacia el rumbo. Esta vez el silencio se había apoderado de Celeste y el joven señor respetó su silencio. Para ella, conocer que la casa donde la encerraron para ocultar al mundo su pecado y donde padeció el dolor más grande que había sentido, pertenecía a su abuela, le había causado una enorme desilusión. Otra persona que amaba que la defraudaba. Cuando Celeste y Carlos Enrique del Alba arribaron a la hacienda donde ahora vivía su tía Nora, con su esposo y doña Matilde de Pontevedra fue recibida de inmediato. Carlos Enrique aguardó en el carruaje a petición de Celeste. Desde el amplio recibidor donde Celeste tomó asiento, escuchó a una esclava anunciarle a doña Nora que la señorita Pontevedra estaba en la casona. Tanto su tía como su abuela salieron a recibirla.

—Bendito sea Dios —dijo doña Nora—. Le agradezco que te haya puesto en nuestro camino y hayas venido hasta nosotras a pedir refugio. ¿Por qué tardaste tanto? ¿Por qué huir si con una palabra tuya hubiésemos corrido en tu auxilio? Pequeña —dijo su tía y Celeste se refugió en sus brazos

extendidos con amor—. El espíritu de mi difunto hermano ya ha de estar en calma de saberte aquí con nosotras.

—Tía querida, gracias por tu recibimiento —dijo Celeste.

La abuela se santiguó e igualmente le abrió los brazos para resguardarla. Luego de la conmoción del reencuentro, Celeste escuchó a su abuela preguntarle:

—¿Por qué huiste de tu madre? ¿Qué ha pasado?

Celeste no le ofreció explicaciones a su abuela, en cambio le pidió:

—¿Dígame dónde está mi hijo? Ya sé que la casa donde me despojaron de él es de su propiedad, abuela.

—¿Es eso? Doña Angelina me previno que querías encontrar a tu criatura. ¿Has pedido el juicio? ¡Y todavía tienes la poca cordura de venir a exigirme! No sabes cuán preocupadas hemos estado pensando lo peor. Tu madre está muerta en vida. Ahora mismo mandaré a preparar todo, yo misma te llevaré con ella —le advirtió doña Matilde.

—Perdóneme pero no iré —dijo Celeste.

—¿Con quién has venido? ¿Quién aguarda por ti en el carruaje? —dijo la señora mayor.

Doña Matilde caminó hasta el coche, al tiempo que Carlos Enrique del Alba se hacía presente. La señora quedó horrorizada,

—¿Por qué llegas acompañada del señor del Alba? Celeste, si Diego viviera se avergonzaría de ti —dijo doña Matilde. Celeste bajó la cabeza apenas al escuchar nombrar a su padre—. Este distinguido señor no es la mejor compañía para una señorita. Con todo respeto, señor —le dijo a aquél—. Sabe que nuestra familia le estima a usted y a su madre pero no es correcto que mi nieta haya viajado a solas con usted.

Celeste se turbó al percibir que las mejillas de su abuela se enrojecieron de golpe, la señora retrocedió a punto de darle un soponcio,

hasta que perdió el conocimiento. Celeste gritó para llamar a su tía e intentó socorrer a su abuela. Todo quedó en un susto, no pasó a mayores. Su abuela comenzó a volver en sí. Tras dejar a su abuela descansando en sus aposentos, doña Nora y Celeste acudieron a hacerle compañía a Carlos Enrique del Alba que se había quedado solo en el recibidor. Celeste se tranquilizó al ver que su tía fue amable con Carlos Enrique y que éste le ofreció sus respetos. La joven aún afligida expresó:

—No quise provocar esto.

—Ya está mejor —le susurró doña Nora.

—¿Celeste, qué tan desesperada estuviste para hacer tantas locuras? Mi madre aún insiste en llevarte con doña Angelina. Te suplica que no te vayas. Intercederá ante mi esposo para que te deje quedar esta noche. Afortunadamente está en el pueblo y no presencié este lamentable incidente.

—Sin mi hijo no regresaré —contestó.

—¿En qué mundo crees vivir? Jamás se aceptará que una madre tenga un hijo sin esposo. ¿Y por qué hablas sin prudencia de tu falta delante del señor del Alba? Doña Angelina ha sido muy prudente con lo de tu desaparición, si igual has sido cuidadosa podrás regresar a la familia —luego se volvió a Carlos Enrique—. Señor, mi madre le pide encarecidamente que se marche y que no se encuentre aquí para cuando llegue mi esposo. No le va a exigir nada en relación con mi sobrina, dadas las circunstancias. Sólo le ruega discreción.

—En cuanto a eso último su madre puede estar tranquila. Le doy mi palabra. En relación a mi partida si la señorita Pontevedra ya no me necesita, me retiraré.

—Nora. No me voy a quedar, te ruego que me digas que más sabes que aún no me has dicho. Eres mi amiga antes que mi tía, no olvides que crecimos a la par y nos juramos amistad por siempre. —Celeste le pidió a su nuevo

amigo que les diera espacio y éste accedió de buena manera.

—Te suplico, no me preguntes más y si no quieres nuestra ayuda será preferible que te vayas de una vez. Mi esposo no tarda en llegar. —Celeste palideció ante lo escuchado. Ni siquiera el dolor tan evidente en Nora, al comprobar la tristeza que invadía a Celeste le permitieron ir más allá de sus temores y prejuicios. Nora titubeó y añadió—: No sé mucho de lo sucedido, mi madre ha querido mantenerme al margen de los detalles. Con tu desaparición fue que tuve conocimiento de algunas cuestiones relacionadas con tu desgracia. Mi madre me dijo que le exigió a doña María Antonia que se encargara de resolver lo que había ocurrido bajo su techo. Fue doña Angelina quien, a través de su hermana, se ocupó de todo. Mi madre supo que mi cuñada pretendía que te llevaran a una casa donde las señoritas que habían dado un mal paso, tenían a sus hijos y luego regresaban a sus casas como si nada hubiera pasado. Tu abuela se horrorizó y le pidió que no hiciera eso contigo. No quiso que una Pontevedra pisara un lugar semejante, así que compró aquella casa en ese pueblo alejado y ya sabes el resto de la historia.

—¿Dónde puedo hallar a doña Brígida?

—Te juro que no lo sé. Doña María Antonia se encargó de traer a esa señora y todo lo demás.

—No puede ser. Mi madre me aseguró que no sabía nada.

—No la culpes. ¿Qué querías que hiciera, qué aceptara que te despojó de tu pequeño? Es tu madre, Celeste, igual le duele pero era imposible que te quedaras con él. Recapacita, por favor.

—No puedo estar como al principio, sin saber por dónde empezar — se lamentó.

—Querida, trato de comprenderte pero no puedo ayudarte más, si mi esposo descubre que te estoy apoyando en semejante falta de honor...

Celeste se le quedó mirando a doña Nora que no pudo seguir

pronunciando aquel discurso, observó unas lágrimas en sus ojos y no dudó de su cariño, no podía si le llegaban a la mente los recuerdos de las dos, de niñas, jugando y soñando con un futuro que no resultó como lo habían deseado. Miró a su tía y le dijo:

—No te puedo presionar, sabes que te quiero.

Se quedó esperando a que Nora dijera algo. Ésta por todo comentario tomó un papel, escribió en él un nombre y se negó a darle explicaciones.

—Vete, por favor y no regreses si no es para que te regresemos con tu madre, no volveré a recibirte. Bastante tendré con soportar los regaños de mi madre cuando sepa que te dejé ir —dijo Nora.

Celeste abandonó la casa y se acercó a Carlos Enrique que la estaba esperando fuera. Él le abrió la portezuela del coche y le extendió la mano para recibir el papel que ella le estaba entregando. Aquél lo revisó pausadamente sin notar lo más mínimo que le revelara algún indicio. No obstante, sus palabras la llenaron de fuerza:

—Ahora todo depende de mí. Encontraré este lugar.

## XLVII



**B**ajo el pretexto de mantenerla informada de sus pesquisas, Carlos Enrique del Alba visitaba con frecuencia a Celeste. No desaprovechaba la oportunidad de dejar entrever sus sentimientos por ella. Aunque Celeste le soltaba un sutil desplante cada vez que él se lanzaba con sus galanterías, el señor del Alba no perdía la esperanza. El hecho de que Celeste se había negado a aceptar la protección de su familia y seguía arropada por él, le daba una inmensa satisfacción. Independientemente de verla ansiosa, esperando que con cada visita suya le trajera noticias definitivas sobre la ubicación de ese lugar, Carlos Enrique no perdía ni la calma ni el interés en Celeste.

Carlos Enrique del Alba llegó a buscar a su nueva amiga y aún era mediodía, con la primera que se encontró fue con Carmela, la que le preguntó:

—¿Qué hace tan temprano por aquí?

—Sabe de mis asuntos con María Inés. Es algo urgente.

—¿Puede acompañarme antes a mis aposentos? Necesito decirle algo.

—Llevo prisa, voy... —intentó disculparse el caballero.

—Carlos Enrique no se lo está pidiendo una desconocida.

—De acuerdo, no se enoje. Hoy sí puede hablar conmigo, días atrás me decía que estaba ocupada con don Horacio.

—Dígame la verdad. ¿Se está enamorando de ella?

—¿Está celosa? —preguntó y se rehusó a responderle.

—Bien sabe que eso no me afecta —le contestó sin mirarlo a los ojos.

—No me convence.

—Le hice una pregunta, tenga la delicadeza de contestar.

—¡Ah! ¿Qué si estoy enamorado? ¿Lo parece? —dijo titubeando.

—Hace días que no lo veo enfrascado en otro asunto que no tenga que ver con María Inés. Nunca había tenido tantas atenciones con nadie; aunque no lo crea me alegro por usted, es justo lo que se merece, es una buena mujer.

—¿Me dice todo eso de verdad, sin una pizquita de celos?

—Cuando se quiere bien a una persona se le desea lo mejor y si a usted le hace feliz...

—Es tan buena conmigo. Nunca me voy a perdonar haberme portado como un sinvergüenza con usted y que encima de todo me haya perdonado y siga siendo mi amiga.

—Hace mucho tiempo que eso está olvidado.

Se despidió de Carmela y continuó hasta la habitación de Celeste, ella se puso eufórica al verlo.

—Me llegó su mensaje. Me dijeron que deseaba verme con urgencia —le dijo él.

—Creo que resolví el misterio. Es en La Habana y tal vez está más cerca de lo que imaginamos, por eso no lo hemos encontrado —le dijo ella.

—No quiero desanimarla. Su tía no iba a venir tan lejos para resolver las cosas, luego de haberla sacado de la casa de su abuela... Tampoco sabría

en que otro lugar más buscar. Para que esté tranquila, mandaré que busquen también en La Habana. En vistas de que no he tenido noticias en todos los pueblos aledaños a Bellavista o circundantes a La Habana. ¡Qué no haría por usted! Le aseguro que estoy profundamente enamorado, María Inés, pero insiste en no creerme. Sólo respóndame por última vez. ¿Su corazón le ha dado señales de algún sentimiento que se esté despertando por mí?

—Puede ser. Usted me ha ayudado como nadie lo ha hecho. Siento gran admiración y afecto pero no me puedo permitir sentir nada más. Usted se conoce mejor que nadie. ¿Por cuántas ha sentido lo mismo? ¿Y cuánto tiempo le ha durado ese idilio que cree que es amor?

—Lo que siento por usted jamás lo había sentido. Pídame lo que sea, haré lo que me diga para probárselo. Espéreme aquí.

Carlos Enrique buscó a las que estaban esa tarde en la casa, a Carmela, a Luz y al resto de las muchachas. Luego arrodillándose ante Celeste como todo un caballero, mientras le sostenía la mano le dijo con la emoción haciendo eco dentro de su pecho—: Mi vida dio muchas vueltas hasta que la conocí. Pensé que el matrimonio era para aquellos que habían perdido la cordura, estaba muy equivocado. Le pido que acepte desposarse conmigo, acudiré ante su señora madre si me da autorización y seguiré al pie de la letra todas las tradiciones con tal de convertirla en mi esposa. Para darle seguridad de mis palabras, le prometo que no tocaré uno solo de sus cabellos hasta que no salgamos de la iglesia como esposos.

En el salón todos contuvieron el aliento, sobre todo ellas que jamás pensaron escuchar aquello de los labios del señor del Alba. Permanecieron unos segundos en silencio esperando una respuesta de ella, mientras Luz asentía con la cabeza mirándola fijamente.

—No me responda todavía. Quiero llevarla a un lugar especial y después podrá decirme.

La llevó a una propiedad en la que no había más personas que el ama de llave y los esclavos de servicio. Era una casona colosal, llena de esculturas y plantas, donde el sol se colaba por los grandes ventanales que abrieron inmediatamente luego de entrar. La había obtenido la madre de Carlos Enrique como herencia de sus padres. Aquélla la conservaba casi intacta, sin modificar el decorado antiquísimo y precioso, con la esperanza de que algún día su hijo se casara y viviera ahí.

—Este es el sitio que se convertirá en nuestro hogar si decide ser mi esposa. Mi madre se pondrá muy contenta cuando sepa la noticia, le va a encantar que sea usted la dueña de mi corazón —él le dijo y se sorprendió porque nunca pensó escucharse decirlo.

—Es hermosa —dijo Celeste.

—Si no le gusta, lo entenderé. Podríamos construir algo vanguardista, donde quiera y a su propio gusto, un palacete o irnos a vivir en la quinta de mi familia.

—No es eso. La propiedad es perfecta. No es lo que me hará o no feliz.

—Si lo dice por su hijo, seguiremos teniendo como lo más importante encontrarlo. Una vez casada su madre no tendrá autoridad sobre usted.

—Y una vez casada con usted no podré reconocer a mi hijo ante la sociedad, tendrá que crecer en las sombras y no me lo perdonaría.

—Acaso no me conoce, la única vez que me adhiero a los convencionalismos es ahora, para conseguir que me ame. Si prefiere que nos marchemos lejos, lo haría, si eso la complace.

—Son muchas las cosas que necesito para ser feliz y también muchos los secretos que encierra mi familia, que tal vez de saberlos lo harían cambiar de opinión. ¿No cree usted que está tomando una decisión apresurada? —le

dijo Celeste.

—Puede ser, pero nuestras vidas no están como para vivirlas con demasiada calma. Me desespero sin usted; no la quiero por un rato, la quiero para toda la vida. Además, no voy a vivir con su familia ni con sus secretos. Sólo quiero tenerla a usted, María Inés, la joven que conocí en el salón de Carmela. Para mí nació ese día, no me importa su pasado.

—Usted me está ofreciendo más que matrimonio. Me está ofreciendo una salida y no puedo negarme. —Ella le extendió la mano. Él se la besó fervientemente y luego reposó su frente sobre la misma arrodillándose ante ella.

Regresaron a la casa de Carmela. Iban en el coche y Carlos Enrique sentía esos enormes deseos de besarla, que se calmaban cuando ella le sonreía y le hacía recordar todas sus promesas. Al acercarse a la casa de Carmela, se encontraron a Luz María que los esperaba en la esquina anterior a la casa. Luz les hacía señas llena de misterio. Pasaron por su lado y ésta se subió al coche con ellos dando gracias al cielo porque los había encontrado a tiempo. Carlos Enrique y Celeste desconcertados le pidieron explicaciones por su extraño proceder.

—Amiga, no puedes regresar. El sinvergüenza que intentó abusar de ti acaba de marcharse. Dice que trae órdenes de tu madre para llevarte. Nosotras nos negamos. Le dijimos que no te conocíamos, amenazó con utilizar sus relaciones para cerrarnos el salón. El muy testarudo, no sabe que esos mismos señores son nuestros clientes.

—Seguro tiene que ver con la visita a mi abuela —dijo Celeste.

—Si dan la vuelta por la entrada de la casa, verán que al frente dejó a un hombre vigilando pues no creyó en nosotras —dijo Luz.

—Tendrás que quedarte en otro lugar, querida futura esposa —le dijo

Carlos Enrique.

—¿Se casarán? —preguntó Luz y al verlos asentir les dijo—: Me alegro por ustedes. Sobre todo por ti, amiga, de todo corazón. Recuerda mantenerte firme, Carlos Enrique del Alba nunca ha cumplido una promesa de amor.

—Esta vez es diferente —dijo él alejando los malos comentarios sobre su persona.

Ante aquello que había surgido de improviso, Carlos Enrique le ofreció refugiarse en la casona que recién habían visitado. Cuando la vio aceptar, supo que lo hizo porque no le quedó otro remedio pero le dio gusto que ella aceptara su hospitalidad. Él le ofreció la propiedad para ella sola, sin más compañía que el ama de llaves de toda la confianza de la familia del Alba y los esclavos.

Cuando Celeste le reveló a Carlos Enrique que primero se concentrarían en encontrar a su hijo y después se casarían, él no se sorprendió aunque sí se desesperó. Sabía por qué ella había tomado la decisión, porque temía que de hacerlo a la inversa los anhelos de éste por complacerla disminuyeran y cesara su búsqueda. A él le pareció justo. Mandó a sus hombres que continuaran con sus indagaciones. Días después cansado de que aquellos no encontraran ni rastros de aquel lugar, decidió encargarse personalmente, como creyó que debía haberlo hecho desde que les encomendó la tarea. No había pasado una semana y ya llevaba noticias favorables.

—Le dije que para mí no había imposibles. Usted tenía razón. Debí empezar a buscar por La Habana —le dijo él.

—¿Encontró a doña Brígida? —le preguntó Celeste sin dar crédito.

—Sí —dijo Carlos Enrique y disfrutó al ver a Celeste tan emocionada que no podía contenerse.

Después de convencerla de no acompañarlo a encarar a doña Brígida por considerarlo imprudente, Carlos Enrique fue al establo por su caballo, lo montó y galopó para encontrarse con la señora, resuelto a sacarle todo lo que sabía. Aún era de mañana, al arribar a aquella casa que servía para encubrir a las chicas que como Celeste tenían que purgar su desgracia con una triste despedida, una esclava le abrió la puerta. Él entró sin anunciarse y sin pedir permiso. Pidió hablar inmediatamente con doña Brígida. La esclava le dijo que aquélla ya no se encontraba en la casa, que se había marchado al amanecer. Exasperado a punto de perder los modales le gritó:

—¿Y piensa que le voy a creer? Quiero ver a esa señora ahora mismo.

—La mulata asustada llamó a su patrona, la dueña de aquel lugar.

—Señor, tranquilícese. Quisiéramos ayudarlo pero en verdad desconocemos su paradero —dijo la señora.

—Insisten en que se fue. Bien, en vistas de que no me deja otra alternativa, entraré personalmente a verificarlo con mis propios ojos —dijo Carlos Enrique.

—No se lo puedo permitir. No puede entrar un hombre. Dentro sólo se encuentran mujeres —dijo la dueña del lugar.

—Claro. Dígame donde se encuentra esa señora y regresaré sobre mis pasos —exigió él.

—Huyó. Supo de sus averiguaciones, quedó recelosa; así que me dijo que lo mejor que podía hacer era desaparecer. No quiso tener que dar explicaciones.

—Por supuesto. Debe de tener mucha cola que le pisen. Queremos saber sobre un caso particular que atendió doña Brígida fuera de estas instalaciones. Estoy buscando el paradero de un niño menor de un año.

—Si doña Brígida lo atendió fuera de aquí, no tenemos registros.

Actuó por su cuenta. Se lo suplico, señor. Retírese. No lo puedo ayudar.

—No le creo nada. Dígale a doña Brígida que no regrese, que se cuide de mí, porque le seguiré la pista y sufrirá cuando la encuentre.

Aún con la sangre hirviendo Carlos Enrique del Alba regresó derrotado. Iba cabalgando lentamente y hablando consigo mismo, dubitativo hasta llegar a donde Celeste lo esperaba. Al tenerla delante de sí no supo como decirle que había fracasado. Vencido, sin hallar las palabras la abrazó y sufrió junto a ella. Sintió que ya se había apropiado de aquella lucha. Tanto batallar para luego quedarse con las manos vacías lo llenaba de impotencia. No podía creer que volvieran a estar en el principio. Por unos instantes creyó que todo estaba perdido, pero encontrar a ese niño se había convertido en su guerra. No sabía por qué tomaba ese asunto con tanto coraje, tal vez porque no soportaba considerarse insuficiente para lo más mínimo. Mirándola a los ojos le dijo resueltamente:

—He tomado una decisión, mañana mismo iré a ver a su madre. Quiero que sepa que nos casaremos. Como su futuro esposo le exigiré que me diga dónde está su hijo.

## XLVIII



**C**eleste había advertido al señor del Alba que su madre era una mujer de fuerte temperamento, con muchos hombres y esclavos a su servicio y que si no iban prevenidos podría retenerla a la fuerza, por eso no habían acudido solos, los hombres de su futuro esposo los escoltaban. Celeste iba con miedo de no saber que le esperaba al final del camino, Carlos Enrique le daba fortaleza con la mirada. Ella iba entretejiendo en su mente cada palabra que diría. Tenía muchos deseos de ver a su hermana, pero sentía que el corazón se le apretaba sólo de pensar en encontrarse con doña Angelina, aún no había podido perdonarla. A medida que se acercaba, se le encogía el alma y todos los recuerdos comenzaban a latir dentro de su pecho con más fuerza que su propio corazón.

Se acercaron a sus tierras, por unos segundos creyó que se había equivocado de lugar. El sol estaba completamente cubierto por una nube gris. Todo permanecía mustio, desierto, como si estuvieran aproximándose a la morada de la desolación. Los árboles habían perdido sus hojas y ni siquiera estaban en época de sequía. Era insólito porque el valle de Güines es una de

las regiones de Cuba, que tiene uno de los climas más agradables, lo que favorece el verdor en la vegetación. La tierra estaba árida reclamando por la lluvia y todo era silencio. No se escuchaba el murmullo de los pájaros, ni de los insectos del monte, como si la vida hubiese desaparecido. A Celeste le deprimió ver tanta sequía y tanta ausencia del color de la esperanza. Solo el cañaveral se mantenía en pie, debió ser por el acueducto y porque el esfuerzo se concentró en mantener la plantación a toda costa, el principal medio que proveía a la familia. Al llegar a la entrada y ver el portón, la señorita le pidió a Carlos Enrique que se detuvieran unos instantes. Se quedó observando su nombre grabado sobre el dintel. Más que labrado sobre aquél, parecía dormido, atrapado entre el espacio y el tiempo, como si Dios hubiese hecho ese lugar para ella o viceversa.

Cuando detuvieron la marcha ante la casa, el esclavo que salió a ayudarles les informó que su madre los recibiría en el salón, ya le habían avisado que un coche se estaba aproximando. Celeste entró primero y él le siguió detrás. Vio a Doña Angelina más delgada, más sombría y de nuevo postrada en una silla.

—Hija... —dijo levantándose lentamente y dando dos tímidos pasos hasta ella—. Mi mayor alegría es tenerte aquí. Ya estoy mejor, sigo caminando poco a poco... Sólo que a veces no me acompaña la fuerza. ¿Te escolta el joven del Alba? Tu abuela me mandó una carta, me puso al tanto.

—Mis saludos, señora —dijo él al ver que Celeste no hablaba—. Su hija y yo nos vamos a casar. Quería que usted tuviera conocimiento de ello.

—¿Ni siquiera me piden mi aprobación, ni hay una petición formal? ¿Aún estás enojada conmigo, Celeste? No sabes lo angustiada que estuve sin saber de ti. Me alegro que hayas encontrado a un caballero que te ofreciera matrimonio. Nunca tuviste problemas para que todos te amaran. Lo heredaste de tu padre. Aunque no me la han pedido les doy mi bendición. —Después

dirigiéndose a Carlos Enrique añadió—: Pensé que usted nunca se casaría, señor, me alegra que sea con mi hija.

—Estoy dispuesto a hacerla feliz —dijo él.

—Hija, te pido que me perdones. Quiero que volvamos a ser la familia que antes éramos. He sufrido inmensamente con tu ausencia.

—No le creo, lo dice porque no quiere quedarse sola —habló Celeste.

—Nunca comprendí en el afán de vengarme de tu padre, lo importante que eran para mí, tanto Azucena como tú. El tiempo que estuve sin ustedes me sirvió, no sólo para saber que me hacen falta sino también para comprender que muero de angustia por todo lo que han sufrido. Ahora estoy convencida que lo primero para mí es el bienestar de ustedes dos. Son mis hijas, lo más grande que tengo —dijo la madre de Celeste.

—No creo en su arrepentimiento y se lo debo a usted. Recuerde que me arrebató lo más preciado para mí, mi hijo, cada día se desvanece en mí el recuerdo de su primer llanto —le reclamó Celeste.

—¿Él sabe? —dijo doña Angelina.

—Madre, dígame dónde está si de veras está arrepentida.

—Perdóname, hija. Pensé que hacía lo mejor para ti. —Celeste observó a su madre tragar en seco y hacer todos esos gestos para dar a entender que tenía un real agobio—. Por más que quiera no puedo decirte dónde está. Le pedí a María Antonia que ella se encargara de ese asunto y que no me lo revelara.

—No se esfuerce en mentir ya la conozco. Todavía hay muchas cosas que no me ha dicho y que seguro no me dirá. Todo en usted siempre ha sido lleno de oscuros secretos, los que han acabado con esta familia. Al menos dígame dónde está mi hermana.

—Está en sus aposentos.

—¿Por qué no ha bajado a recibirme?

—Es mejor que subas tú a verla, ella aún no sabe que estás aquí. Se va a alegrar mucho, le has hecho mucha falta.

Celeste subió hasta las recámaras. Encontró a su hermana con el semblante pálido y la mirada caída; estaba acostada sobre su cama sin peinarse y aún con la ropa de dormir. Azucena, al verla se levantó y corrió hasta ella pasándole un destello de alegría por el rostro. Se abrazaron fuertemente.

—¡Pensé que no te vería nunca más! Hasta llegué a pensar lo peor. Me tranquiliza saberte en buenas condiciones —dijo Azucena.

—Estoy bien. Perdóname haberte dejado sola —dijo Celeste.

—Sin ti esta familia se ha vuelto nada. Sin Moisés, sin nuestro padre, sin la nana Mercedes. Es muy triste haberlos perdido a todos. Uno tras otro —dijo Azucena y el corazón de Celeste languideció al ver la sonrisa de su hermana transformarse en lágrimas. Celeste no pudo evitar llorar ella también —. ¡Al menos ya estás de vuelta!

—Lo siento pero no vine para quedarme, ya no podría vivir bajo el mismo techo que nuestra madre, me ha herido mucho. Voy a casarme con el hombre que me ha ayudado todo este tiempo a buscar a mi hijo, creo que se merece mi amor.

—Tienes derecho a rehacer tu vida. Yo contribuí a deshacer la mía. A veces me imagino que Moisés está vivo, que vive lejos, libre y que espera por mí en algún lugar, pero sé que no es verdad. Moisés está muerto por mi falta de cordura. Fui la causante de su pérdida.

—No eres culpable de nada. La vida les jugó una mala pasada.

—Él no se lo merecía. Siento que jamás voy a poder olvidar lo que le hice.

—¿Has sabido de Antonio? —le preguntó Celeste.

—No. Él no quiere saber de mí y yo tampoco de él. Nunca lo perdonaré. Antonio pudo impedirlo. Una orden suya hubiese bastado para que su capataz no hubiese disparado.

—Antonio lo intentó, me lo dijo, trata de recordarlo, tampoco es responsable. Todo ocurrió tan rápido que no hubo tiempo para nada. Debes olvidar. Quiero que te vayas conmigo y que vivamos juntas. Te ayudaré a que te repongas.

—¿Y nuestra madre? —Azucena inquirió y le clavó los ojos ignorando el silencio de Celeste—. No puedo dejarla sola. Está enferma y no tiene a nadie más. Siempre ha sido buena con nosotras, me perdonó y me comprendió. Ella sabe que el amor es incontrolable e impredecible. No la puedo dejar sola, es mi madre.

—Te comprendo —dijo callando la verdad sobre el origen de su hermana que tanto daño podía agregarle al corazón lacerado de Azucena—. Entonces ya me tengo que marchar. ¿Me acompañas hasta la puerta?

—Prefiero no despedirme de ti —dijo llorando todavía con más dolor.

—Por lo menos ven para que conozcas a mi futuro esposo. Está abajo, esperándome.

—No quiero que me vea así. Discúlpame con él. De todas formas nos vamos a volver a ver, ¿verdad? Tenemos que ir a tu boda. Somos tu familia.

Celeste bajó las escaleras con el corazón destrozado, contemplando hasta la idea de quedarse por tal de no abandonar a su hermana. No pudo evitar reclamarle a su madre por el estado de Azucena.

—Mire hasta dónde llegaron sus caprichos. Nunca debió casar a Azucena con Antonio.

—Pensé que era lo mejor para ambos, para la familia. No fue mi culpa que se enamorara de... —dijo doña Angelina.

—Le dio la espalda cuando más la necesitaba. Siendo una adolescente perdió a su padre, se casó con un hombre que amaba a otra, malogró su embarazo, perdió a alguien que amaba en un trágico episodio y entre tanto abatimiento tampoco pudo contar con su apoyo.

—La perdoné y fui a buscarla. ¿Qué más podía hacer?

—¿Está segura que no la buscó porque comprendió que se estaba quedando sola? Le voy a pedir que regresemos todos a al palacete del Cerro. Allá tal vez Azucena pueda recuperarse.

—Para mí sería maravilloso que regresáramos las tres a La Habana, ¿pero qué le vamos a decir a nuestras amistades cuando pregunten por qué Azucena no está viviendo con su esposo?

—¿Su hija se consume en la tristeza y usted se preocupa por lo que piensen los demás? ¿Es que nunca cambiará? Cree que nadie guarda secretos inconfesables, todas las familias en silencio perdonan. La gente no va por el mundo exponiendo los pecados que se pueden resolver en la intimidad del hogar.

—Tienes razón, regresaremos. Debo estar allá para los preparativos de tu boda con Carlos Enrique del Alba. No se vería bien que una señorita esté sola en compañía de un hombre aunque sea su prometido.

—Quiero que sepa que todo lo que hago es para que se recupere mi hermana, exclusivamente. Vayan haciendo los preparativos, será mejor que vuelvan con nosotros. Ahora voy a ir a Bellavista, tengo un asunto urgente que atender.

—Creo que es mejor que te acompañe, conoces a María Antonia — sugirió la madre.

—No es necesario. Puedo ir sola.

—Has cambiado mucho, Celeste.

## XLIX



**C**eleste fue hasta la caballeriza y mandó a que le ensillaran dos caballos, porque Carlos Enrique se rehusó a esperar por ella y quiso escoltarla. Salieron a todo galope. El recorrido entre La Celeste y Bellavista, a caballo, le encogía el alma y se la zarandeaba al compás de la cabalgata. Celeste no entendía por qué no podía dejar de llorar. El aire que chocaba con su rostro le arrebatava las lágrimas y las desaparecía. Ya no sabía si le dolía Fernando, o los seres amados que quedaron enterrados en esa porción del mundo, o su hijo, o todo mezclado. Lo que no pasó desapercibido, en ese caos de dolor y sufrimiento, fue que en cada paso que se acercaba a Bellavista, la sombra del recuerdo de Fernando Alvarado, ese amor que la había rechazado dejándole el corazón sin ánimos para volver a sentir, la envolvía, reclamando su derecho a poseerla por encima de aquel jinete que la perseguía con la intención de apoderarse del terreno vacío, que Fernando dejó en el corazón de Celeste.

—María Inés, sé que todo esto es difícil para usted y que le cuesta trabajo olvidar, pero su madre está siendo sincera. Debería perdonarla. Le

suplico que no llore si no quiere que me derrumbe yo también —le gritó Carlos Enrique desde su caballo.

—No tiene que sufrir mi pena —ella le respondió desacelerando el trote para poder escucharlo con claridad.

—Va a ser mi esposa, todos sus problemas me conciernen.

—¿Cree que estoy haciendo bien al reconciliarme de cierta forma con mi madre?

—Haga lo que le dicte su corazón.

Agitaron a los caballos y continuaron a todo galope hacia Bellavista. Celeste notó que ya estaban a punto de traspasar el linde. Al comenzar a llegarle el aroma de aquellas tierras, se le fue metiendo cada vez más adentro el recuerdo de Fernando Alvarado. Comenzó a galopar con tanta fuerza que el viento le pegaba en el rostro obligándola a llorar para robarle las lágrimas. Ella resistió la embestida, decidida a reconstruir su presente al lado de Carlos Enrique pero no pudo y el dolor le ganó la partida. Lloraba e imaginaba a Fernando cabalgando en el prado, persiguiéndola a la par que Carlos Enrique. Vio de lejos el río, los árboles y comenzó a verlo en cada piedra, en cada flor. Se lo imaginó sentado en la terraza y hasta abriéndole la puerta para recibirla.

Celeste se plantó en la entrada principal, con los ojos húmedos. Doña María Antonia se quedó tan estupefacta al verla, que no logró articular palabra. Los invitó a pasar pero Celeste se rehusó diciéndole:

—No vengo a quitarle su valioso tiempo. Sólo vine por dos cosas. Quiero que me venda a Juana, voy a casarme y deseo llevármela conmigo.

—¿Así que te vas a casar? Imagino que con este caballero. Me alegro por ti, aunque no lo creas. Con respecto a la propiedad de la esclava, no puedo hacer eso ni aunque quisiera. Juana ha estado siempre a mi servicio y no podría prescindir de ella —dijo doña María Antonia.

—Usted sabe los motivos por los que deseo comprársela.

Celeste no pudo evitar que Carlos Enrique del Alba y doña María Antonia debatieran sobre la venta de Juana. Él intervino aunque desconocía la razón del interés de Celeste por la esclava, ofreció pagar lo que la señora quisiera por la misma. Celeste se quedó en suspenso aguardando la respuesta de doña María Antonia. Justo en ese momento llegó Antonio Alvarado y Celeste se quedó sin la ansiada contestación.

—¿Celeste? —dijo Antonio y ella pudo ver el brillo de sus ojos, el que el joven no pudo disimular—. No sabe que tranquilidad me da saber que está bien. Estuve desesperado al conocer de su desaparición. Me ofrecí personalmente para encontrarla pero su madre se negó. No quiso aceptar nuestra ayuda. ¿Todo está bien? —preguntó y ella asintió—. Le suplico que antes de hacer otra locura como esa, acuda a mí para intentar ayudarle.

Celeste le iba a contestar pero se quedó con la frase atorada, doña María Antonia lo interrumpió para decirle:

—Ya no necesitará de tu apoyo, hijo, el señor es el prometido de Celeste

—Disculpe usted que no lo haya saludado, es que estábamos tan preocupados con la desaparición de Celeste, que verla de vuelta nos absorbió por completo —dijo Antonio. Celeste lo vio palidecer ante la noticia de su compromiso y odió la forma en la que su tía se lo soltó, pero su primo que seguía siendo la estupenda persona que ella conocía, haciendo aplomo de su dolor, saludó cortésmente al señor—: ¿A quién tengo que agradecer que nos haya traído a nuestra prima sana y salva?

—Soy Carlos Enrique del Alba. Créame que no tiene que agradecerme, para mí ha sido un placer haber encontrado a la que será mi futura esposa —dijo el aludido.

—¿Y bien? Con respecto a lo que vine. ¿Me venderá la propiedad de

Juana? —insistió Celeste.

—Me temo que no puedo. Mi padre dispuso que Juana perteneciera siempre a esta familia. ¿Qué garantía me ofreces de que a tu lado va a estar mejor que conmigo? —dijo doña María Antonia.

—Recuerdo muy bien lo que mi abuelo dejó estipulado para Juana. ¿Acaso necesita garantías de mis buenas intenciones? ¿Con quién estaría mejor? —dijo Celeste.

—No sé cuáles son tus propósitos. Debo consultarlo con Juana, será lo que ella decida. No quiero que en un futuro me reclame no haberle brindado protección bajo mi techo.

Celeste comenzó a sospechar que todo era una trampa de su tía, como siempre lo hacía. Al verla, Juana se le acercó con lágrimas en los ojos.

—¿Por qué lloras? Vine por ti —le dijo a la mulata.

—Lloro de felicidad. Por saber que está bien —dijo arrodillándose hasta el borde de su vestido.

—Juana, no hagas eso nunca más —dijo levantándola.

—Niña, usted tiene un corazón muy grande. Dios se lo pague, pensé que no se iba a acordar de esta pobre esclava —dijo Juana.

—Quiero que vengas conmigo para que estés siempre a mi lado. No importa que haya sucedido hace muchos años —le ofreció Celeste a su madre de origen, asunto que permanecía oculto para Carlos Enrique.

—Niña, me da una dicha enorme pero no puedo ir. Ahora usted va a comenzar una nueva vida y yo sólo le estorbaría. Me conformo con saber que va a ser feliz, que se va a casar. Ya estoy acostumbrada a vivir aquí, no me adapto fácilmente a los cambios. Siempre he estado en el campo, acá están mis recuerdos —le contestó Juana.

Celeste se sintió sumamente decepcionada. Quiso decirle que si venía por ella era porque la necesitaba, porque añoraba todos los años que se

habían perdido de estar juntas, pero se le hizo un nudo en la garganta y sólo dijo con voz entrecortada:

—Si así lo quieres —Celeste se volvió a su tía para terminar su cometido—. Por lo otro que vine es para que me diga de una vez qué hizo con mi hijo.

—¡Madre Santísima del amor más fervoroso! ¿El señor conoce de...? —dijo al ver que éste escuchaba sin inmutarse.

—No tenemos secretos —dijo Celeste aunque sabía que aún no le había revelado a Carlos Enrique sobre el origen de su propio nacimiento.

—Me desconciertas. Ese asunto es muy penoso para mí, mejor pregúntale a Angelina —respondió doña María Antonia.

—¿A qué está jugando? Mi madre me dijo que usted se encargó personalmente de todo, que ella desconoce del paradero de mi hijo.

—Celeste —dijo doña María Antonia—, no te puedo ayudar. Angelina puede explicarte.

—Ella asegura que usted es la única que sabe. Ya no me importa quién mienta o no pero de una cosa estoy segura, usted sí sabe donde está. Le exijo me dé razón de inmediato.

—Angelina y yo no estamos en los mejores términos, te aseguro que sabe absolutamente todo. Es tu madre, a ella le corresponde darte razones.

Cansada de pedirle y no conseguir nada, se marchó con las manos más vacías que cuando había llegado. Tuvo que consolarse con las palabras de Carlos Enrique que la instó para que no se diera por vencida, recalcándole que aún quedaba mucho por hacer, pero parecía que ni él mismo podía creerlo. Notó que él lo decía para levantarle el ánimo porque la desesperanza estaba dibujada en su rostro. También tuvo que soportar que Doña Angelina al tener conocimiento de la negativa de doña María Antonia, se mostrara ofendida por la actitud de su hermana. Celeste no le creyó una palabra de su manifiesta

consternación, hubiese preferido no contarle los pormenores a su madre pero Carlos Enrique insistía en creer en las buenas intenciones de doña Angelina.

—Hija, te lo dije, que debía ir yo personalmente. María Antonia tiene un carácter muy difícil. ¿Cómo osa calumniarme? —dijo la madre.

—No deseo su ayuda —dijo Celeste.

Celeste sintió la mano cálida de Carlos Enrique sobre la suya para alertarla sobre su comportamiento. Lo escuchó hablar:

—Creo que es demasiado dura con su señora madre. Déle una oportunidad. Tal vez tenga razón y ella pueda ayudar.

Su comentario hizo a Celeste vacilar, más al ver que el rostro de doña Angelina se encendió tras el crédito que le brindaba el señor del Alba. Aquél terminó por dejarlas a solas y retirarse a una de las habitaciones, en vistas de que pasarían la noche en la hacienda.

—¿Cómo podría usted ayudarme, madre? —le preguntó Celeste.

—Dudo que Juana te haya dicho la verdad. De seguro María Antonia le exigió que se negara —le comentó doña Angelina.

—¿Pero por qué mi tía no la deja ir?

—Por egoísmo, se ha acostumbrado a tenerla con ella. ¿Cómo Juana no iba a querer irse contigo a La Habana? Desde niña siempre fue su sueño.

—Eso es lo de menos, lo más importante es que estaría a mi lado.

—No quiero hacerte sentir mal —dijo doña Angelina—, pero ya te lo he dicho muchas veces. Los esclavos no tienen los mismos sentimientos que nosotros. La vida de penurias que les ha tocado, su falta de educación, no les permite ver más allá. Juana nunca te va a ver cómo lo que eres, para ella siempre serás la niña Celeste. No puede quererte de la noche a la mañana si nunca convivió contigo. Hija, sé que para ti no tengo perdón pero quiero que sepas que siempre voy a estar a tu lado. Azucena y tú son mis hijas, lo más importante que tengo. Si me equivoqué les suplico me den otra oportunidad.

El día del regreso, Celeste escuchó voces y ajetreo muy temprano, así que se levantó de inmediato pero sólo consiguió ver a lo lejos la calesa de su madre rumbo a la hacienda circundante. Le dijeron que doña Angelina se levantó temprano y se fue a Bellavista. Celeste se quedó esperando impaciente el regreso de su madre; mientras tanto conversaba con Azucena en la privacidad de su alcoba.

—Estoy feliz porque te vas a vivir con nosotros a la capital —dijo Azucena.

—Será hasta que me case —le recordó Celeste.

—Tienes que contarme cómo conociste a tu prometido. La vida te ha recompensado, es tan atento contigo, se ve que te adora.

—Aún no nos hemos comprometido de manera oficial. Me pidió matrimonio y acepté pero aún no puedo olvidar a Fernando.

—Lo lamento —dijo Azucena y Celeste se alzó de hombros—. Haz un esfuerzo es tan encantador.

—Me alegra que te simpatice. Ayer vi a Antonio. Se ve muy triste. Deberías intentar reconciliarte con él.

—Él me odia.

—No digas eso. Antonio tiene buen corazón. Es el único con buenos sentimientos en su familia.

—No quiero verlo nunca más, su mano no tembló al amenazarme con aquella pistola, recuérdalo.

—Eso no lo sabes. No estás dentro de él para saber lo que siente o lo que sintió en ese momento.

—Fue un hipócrita. Él nunca intentó amarme. Me engañaba con Hortensia y estaba enamorado de ti.

—Sentía admiración por mí, no amor. Ya no pienses en eso. Vamos a

tratar de empezar de nuevo. No caviles en lo que hemos perdido, piensa en lo que nos queda, en lo que hemos recuperado. Estamos juntas tú y yo.

—Y nuestra madre también.

Escucharon que se acercaba la calesa de doña Angelina. Celeste corrió deseosa de que su madre trajera consigo la respuesta que tanto añoraba, algo le decía que había ido a exigirle a doña María Antonia que le revelara donde encontrar a su hijo. Se saltó los escalones de dos en dos en su desesperación mientras su hermana y Carlos Enrique las veían desde las ventanas. Al tener a su madre delante le suplicó:

—¿Se lo dijo? ¿Le reveló mi tía donde encontrar a mi hijo?

Celeste observó a doña Angelina ponerse pálida, poco a poco las lágrimas comenzaron a brotar de sus ojos y con cada súplica de Celeste su semblante se hacía más sombrío aún. Ante las reiteradas preguntas de Celeste, la madre añadió:

—Hija, te he fallado. No lo conseguí.

—No me diga eso, madre. Tenía tantas esperanzas de que a usted sí se lo diría — Celeste rompió a llorar.

—Tienes que olvidar ese asunto de una vez. Tienes que rehacer tu vida.

Celeste sintió que ya no habría otra oportunidad, ni más nada que hacer. Estaba atada a la voluntad de una mujer. Sólo dependía de doña María Antonia, se sintió una cobarde por no poder hacer nada, por no ir y arrancárselo aunque tuviera que recurrir a la violencia.

—Sé que con esto no voy a aminorar tu pena —dijo doña Angelina y le mostró a Juana que había permanecido escondida detrás de la calesa—. Espero te reconforte en algo. Como te dije eran cosas de María Antonia, pero no le quedó más remedio que aceptar. Juana nunca hubiese rechazado su tan

añorado viaje a La Habana. La llevaré para que viva con nosotras, hasta que te cases y te marches, entonces te la podrás llevar contigo.

Celeste lloró más aún. En medio de toda esa oscuridad sintió que se le abría un rayito de luz. Corrió a abrazar a su madre, doña Angelina.

—Gracias, madre. ¿Cómo la convenció? —inquirió Celeste.

—Yo me entiendo con María Antonia.

—Dios la bendiga. Tal vez la he juzgado demasiado duro. En definitiva usted tiene razón, por algo mi padre le permitió criarme como su hija. De seguro porque confió que ninguna como usted podría hacerlo. No soy merecedora de todo su cariño, si a la primera vez que no nos entendemos desconozco todo lo que ha hecho por mí.

Celeste y doña Angelina se abrazaron fuertemente. Azucena y Carlos Enrique que las observaban desde sus ventanas, sonrieron complacidos.

## L



**F**ernando Alvarado continuaba en su encierro, había perdido toda esperanza de recobrar su libertad. Físicamente estaba deteriorado, había bajado considerablemente de peso. Pasaba los días pensando en su familia, sin poder entender el abandono que había sufrido por parte de ellos. Ni siquiera estaba cerca de otros prisioneros y no sabía si era peor o mejor. La soledad lo aniquilaba. Al igual que la humedad del lugar y el lúgubre aspecto del mismo. De no ser por un rayito de sol que se colaba por una rendija en la parte superior de la celda, habría perdido también la noción de los días y las noches. Aunque allí de qué servía saberlo, le indicaba que el tiempo seguía pasando y que él se pudría en esa mazmorra. Desde que había llegado, no había visto a ninguna autoridad superior, y ni siquiera lo habían interrogado y eso era lo que le resultaba más extraño. «¿Quién y por qué se ha ensañado tanto en mi persona?», pensó.

Había analizado su vida en aquellos meses, más que en todos los años atrás, cuando era libre. Entendió lo importante que era la libertad para una persona. «Poder hacer lo que uno desee, a la hora que lo decida», pensó.

Había recordado cada una de las veces que había besado los labios de su amada, sus cabellos, sus ojos y sobre todo su sonrisa. Pensar en ella, saber que de seguro lo estaba esperando le daba fuerza para no volverse loco en aquel encierro; lo llenaba de un poco de paciencia dentro de su desasosiego, para no desesperar aguardando. Saber que ella lo amaba lo fortalecía. Le daba resignación, para levantarse del suelo húmedo y frío a ejercitar su cuerpo, con el fin de mantenerse lleno de vigor y de luchar por su salud; de lo contrario aquella situación terminaría por aniquilarlo.

Esa mañana fue diferente, lo hicieron llevar ante un oficial que parecía ser uno de los que tenían alto rango. Aquel hombre alto, de escuetas palabras, le entregó un documento para que lo firmase. Fernando lo leyó y se negó a plasmar su firma en él.

—No aceptaré ser culpable de algo que no he hecho —usó un tono de voz acomedido.

—Es por su bien, tratamos de ayudarle. De firmar su confesión y arrepentimiento, pasará unos pocos años trabajando con otros presos de delitos menores y luego lo liberaremos. Ahí lo dice, no tiene por qué desconfiar. Digamos que lo tomaré como impulsos juveniles. Yo también fui un joven rebelde a su edad. Por eso lo comprendo. Le daremos una oportunidad y si se comporta en lo adelante no pisará más un lugar como éste. —El hombre lo miró fijamente y Fernando vaciló—. A todos no le damos ésta alternativa. Consideraremos que proviene de una familia de bien y que sus estudios en el extranjero le han perturbado.

—Exijo ver a mis familiares —dijo Fernando con firmeza.

—Precisamente vino a negociar conmigo alguien cercano a su familia. Hemos llegado a un acuerdo. Sólo necesitamos su firma.

—No lo haré hasta que hable con mi madre.

—Vamos, no querrá que su madre pise este lugar. —El oficial hizo

llamar a Federico Navarro que rápidamente se reunió con ellos.

—¿Cómo está? —le dijo aquél al tenerlo delante—. Me apena verlo en estas circunstancias.

—Pensé que mi madre se había olvidado de mí. No sabe la alegría que me da verlo, licenciado, pensé que nunca saldría de este agujero.

—Ya pronto terminará para usted esta pesadilla.

—Dígame, ¿cómo están en Bellavista? He estado muy preocupado por todos ellos, antes que me aprendieran, la situación no era muy favorable en la casa.

—Todos están bien, afligidos como es de esperar por su situación.

—¿Sabe —dijo titubeando— si las hijas de mi tía regresaron de su viaje?

—Regresaron hace mucho. De hecho una de ellas se casó con su hermano don Antonio.

—¿Cuál? —Fernando palideció. Comenzó a sentir cómo se le consumía el estómago.

—La que siempre tuvo planes de hacerlo, hacen una bonita pareja —agregó—. Hubiesen querido esperar a que usted estuviera en casa pero hay que seguir viviendo.

Fernando se cubrió con ambas manos el rostro lleno de coraje y dolor, al recordar que Antonio siempre tuvo planes de casarse con Celeste. Se sentía impotente ante el hecho de encontrarse prisionero y no poder salir corriendo a ver con sus propios ojos, lo que Federico Navarro le contaba.

—¿Cuándo voy a salir de este maldito lugar? —preguntó Fernando desesperado.

—No sabe todo lo que hemos hecho para conseguir sacarlo de aquí —intervino el licenciado Navarro.

—¡No lo parece, llevo mucho tiempo encerrado padeciendo

privaciones, teniendo que tolerar que violaran mi libertad sin un veredicto fundamentado en la justicia! ¡Se supone que la familia es para ayudarse en los momentos difíciles! ¡Parece que a nadie le importa lo que me está pasando! ¡Maldición! ¿Dónde están las pruebas de lo que se me acusa?

—¡Cálmese, se hace lo que se puede! Lamentablemente no ha sido una empresa fácil, hay fuertes acusaciones en su contra —dijo Federico Navarro.

—¿Acusaciones? Sin pruebas para fundamentarlas no podrán hacer nada. ¿Dígame quién me denunció? ¿Fue la señorita Isabel Quintero? ¿Quién puede creer en su testimonio? Es una mujer despechada que con seguridad miente. Soy inocente.

—El tiempo corre, no lo malgastemos en hablar de lo que ya pasó. La única solución es la que le ofrece el oficial. De esa forma, él se quedará con una garantía de que usted no volverá a hacerlo. De lo contrario ya nada lo salvaría.

—Exijo que se proceda conforme a Derecho.

—Le aseguro que es la única solución.

—No firmaré ese documento. Sería un imbécil si confieso algo que no he hecho, les estaría regalando las evidencias. Dígale a mi madre que necesito explicarles mi versión de este asunto.

—Veré qué puedo hacer, pero no le garantizo nada. Su madre ha sufrido mucho con todo esto.

—¡No firmaré nada que me comprometa! Sería un tonto si lo hago, estaría firmando mi sentencia de muerte en el Foso de los Laureles. Usted no parece que quisiera ayudarme. ¿Por qué insiste tanto en que firme?

—No sea obstinado, es la única forma de sacarlo de aquí.

—¿Acaso no se da cuenta que todo es una trampa? No soy responsable de lo que se me acusa. ¡Parecería que quiere perjudicarme! ¡Estoy harto de estar encerrado! —Necesitaron dos guardias para sujetarlo, porque Fernando

lleno de ira amenazaba con despedazar aquel lugar.

Lo arrojaron con violencia dentro del calabozo. Por más que gritó y maldijo a los guardias de aquel lugar, sólo consiguió volver a quedar sumido en la soledad de su celda.

## LI



**E**n La Celeste todos se dispusieron a partir, regresaron juntos a La Habana, como si nada hubiese pasado. Sus amistades al saber que estaban de vuelta, las recibieron con gran regocijo. Nadie supo de la mancha que empañaba la reputación de la ahora doña Azucena de Alvarado, menos aún sospecharon de la corta estancia de Celeste Pontevedra en un salón de dudosa reputación, ni que allí los futuros esposos se habían conocido en la clandestinidad que vivió Celeste detrás de las cortinas. María Inés dejó de existir y los que la conocieron, las muchachas de Carmela, tras la orden expresa de su patrona olvidaron su rostro.

Rápidamente doña Angelina se hizo cargo de los planes de la boda de su hija mayor. Sería todo un acontecimiento que se casara con Carlos Enrique del Alba, único heredero de una de las familias más prominentes de la sociedad capitalina, no sólo por su extensa fortuna sino por la notoriedad que lo acompañaba. Celeste no se interpuso a esa decisión de su madre. Consideró que el ambiente de festividad le haría bien a la familia y sobre todo a su hermana.

La madre de Carlos Enrique recibió con gran emoción a su futura consuegra y empezaron a disponer todo para la fiesta de compromiso. No quería perderse nada de aquel añorado evento. Estaba feliz porque su hijo al fin se hubiese decidido a dar ese paso con el que se consolidaría su vida y formaría una familia, dándole a su vez los nietos que tanto deseaba. Se unió a doña Angelina y a los preparativos de la que se decía sería la boda más importante del año.

Lo incómodo para doña Angelina fue tener que responder a las preguntas indiscretas de las señoras, al querer saber por qué Azucena no se encontraba en compañía de su joven esposo; pero astutamente ya había preparado una mentira, que no sabía si le creerían o no, pero que de momento evitaría que le siguieran preguntando. Para todos Azucena sufría de una extraña enfermedad que sólo podía ser tratada en La Habana, y su esposo a mucho pesar, se había tenido que quedar atendiendo los negocios de la familia. Añadió que lo esperaban de un momento a otro porque para él lo más importante era la salud de su esposa.



Todo parecía comenzar a encajar cuando llegó la noche en que se celebraba con una gran fiesta el compromiso de Celeste Pontevedra y Carlos Enrique del Alba. Mientras sus invitados se divertían, ella estaba en la oscuridad del jardín, lejos de todos. Estaba pensativa. Él se le acercó con una copa de vino, con una sonrisa que acentuaba aún más la felicidad que se le reflejaba en el rostro. Lo vio acercarse, seductor, inmenso desde su altura, con los ojos llenos de júbilo y quiso cómo él, poder ser tan feliz.

—Le prometo que lo encontraremos —le dijo él.

—No me jure lo imposible, por no poder devolverme a mi hijo no lo

voy a querer menos —dijo ella.

—¿Me está diciendo que me quiere?

—A usted es fácil quererlo.

—Sería la persona más feliz del mundo si me repite lo que acaba de decir. Pero no hace falta, con una vez es suficiente. —Ella se dejó envolver las manos dentro de las suyas—. Son las primeras manos que no tiemblan cuando las toco. Tal vez por eso me siento tan enamorado, termino temblando yo. —Celeste cedió cuando él la abrazó, pero cuando intentó besarla, sin poder controlarlo, ella dio dos pasos hacia atrás.

—Recuerde que me dijo que no tocaría ni uno solo de mis cabellos hasta después de casados —dijo Celeste y él se limitó a sonreír.

—Creo que me voy a morir antes de que llegue ese día. ¿No podríamos apresurarlo?

—Nuestras madres se encargaron de elegir el día en que más algarabía se podrá hacer.

—Usted se merece la mejor boda de todas. Va a ser mi esposa —le dijo besándole las manos con vehemente pasión—. Creo que lo mejor es que volvamos con los invitados, de lo contrario no podría responder de mí y usted dejaría de confiar en mi palabra.

—Soy muy afortunada por tenerlo. Vaya usted primero, enseguida lo alcanzo.

—La espero, no tarde —le dijo y soltó un beso al aire impulsado por la mano.

Celeste se quedó respirando el aire fresco de la noche, deseando aceptar aquella segunda oportunidad que le estaba regalando la vida, cuando una carcajada desagradable la sacó de sus pensamientos.

—¡Qué romántico! ¡El señor del Alba y su futura esposa! —dijo

Federico Navarro sin poder desaparecer la cínica expresión de su rostro.

—¿Qué hace aquí? Váyase, no quiero verlo.

—Se olvida que soy el albacea de la herencia de su padre. No podrá librarse de mí con facilidad, tengo que cerciorarme que se le entregue la dote correspondiente y posteriormente, cuando Dios se lleve a su santa madre de este mundo, verificar que la herencia se reparta entre su hermana y usted.

—Lo contaré todo. Le pediré a un juez que le quite esas obligaciones que mi padre le confió sin saber quién era usted realmente.

—Dudo que lo haga. De hacerlo yo podría contarle a todos lo que se murmura en una región, donde casualmente tienen ustedes una hacienda. ¿Qué dirían sus amistades si supieran, que quien sirve el cóctel, es la verdadera madre de la prometida? Más bien, usted lo que debe hacer, es ir buscando un buen pretexto para ir cancelando su boda con ese señor y comenzar a planificarla con un servidor, si no quiere que todos se enteren de los secretos que guarda con tanto recelo su familia.

Celeste salió corriendo y entró al interior de la casa. Respiró hondo para recobrar el aliento. De repente sintió que alguien se le acercaba por detrás y le susurraba unas palabras, las que no alcanzó a escuchar presa de un sobresalto. Se volteó rápidamente asustada y tomó una amplia bocanada de aire al ver que era su prometido.

—¿Qué le pasa? ¿Está helada? —preguntó él.

—Es sólo el fresco de la noche.

Acabada la recepción y antes a dormir, Juana le llevó una taza de tila.

—Juana, desde que llegamos me has cuidado como si fuera una niña — le dijo Celeste.

—¿Está feliz?

—Hasta mi límite. No recuperar a mi hijo no me permite serlo por completo.

—¿Sólo eso se lo impide?

—¿Qué más? Carlos Enrique es apuesto, caballeroso y me trata de una manera muy especial. ¿Por qué me lo pregunta?

—Por nada, sólo quería saber si ya había olvidado al niño Fernando.

—No quiero volver a saber de él jamás. Me voy a casar con un hombre maravilloso y esta vez sí es un amor puro y limpio, que me llena de dicha.

—Me alegro por usted —dijo retirándose a dormir y dejando a Celeste acompañada del fantasma de Fernando.

Al día siguiente, Carlos Enrique del Alba pasó por ella para dar un paseo, la mañana estaba preciosa y soleada. Doña Angelina se negó a que salieran solos.

—Azucena podría acompañarnos, le haría bien —sugirió Celeste.

—No lo creo prudente. Les mentí a todos diciendo que estaba enferma —dijo la madre.

—¿Madre, por qué lo hizo? Quedamos en que ya no habría más mentiras.

—Es que resulta complicado para mí, me preguntaron por qué no está al lado de su esposo.

—De acuerdo, a veces es difícil decir la verdad, pero tiene que ir acostumbrándose. Entonces iremos nosotros solos.

—Pero qué van a decir...

—Usted haga como que no sabe nada y así no sentirá que estamos haciendo algo indebido. Me llevaré a Juana conmigo para que esté más tranquila.

Celeste le había pedido a Carlos Enrique que la llevara a la casa de Carmela. Al llegar lo encontró todo como antes de marcharse. La primera que salió a saludarla fue Luz.

—Pensé que como andas de nuevo en la cumbre de las clases sociales no te acordarías de nosotras —dijo Luz María.

—Vine a traerte personalmente invitaciones para mi boda.

—No quiero arruinar tu matrimonio.

—Ustedes me tendieron la mano cuando nadie más lo hizo. Eres mi amiga Luz y fui una tonta cuando pretendí que habías dejado de serlo, quiero que estén ahí.

—No puedo creer lo dices. Creí que Carlos Enrique del Alba no se casaría jamás —tomó las invitaciones emocionada y continuó hablando—: A mí tampoco me ha ido mal. No tan bien como a ti, pero voy a estar mejor que ahora. Creo que después de todo tú me trajiste suerte. Don Anselmo no me propuso matrimonio pero sí me va a sacar de aquí. Compró una casa para que yo la viva y así no tener que venir a visitarme a este lugar. Dice que quiere compartir conmigo lo que le queda de vida y que se asegurará de mi fortuna después de su muerte.

—Me da mucho gusto por ti. Eso es lo que querías.

—Con respecto a lo de ir a tu boda, sabes que me encantaría, pero creo que será mejor que esté contigo con el pensamiento. No quiero que vayan a infartarse las señoras cuando nos vean y menos que huyan espantadas de tu ceremonia.

—A mí no me importa, sólo espero que vayas.

—Yo apoyo a mi prometida en todo lo que ella decida —dijo Carlos Enrique sin dejar de sonreír.

—Ya veremos, a Carmela le va a dar mucho gusto que nos hayas

invitado, le encanta desafiar a las señoras de la alta sociedad —le dijo Luz.

De regreso, mientras iban en la calesa, Celeste y Carlos Enrique seguían conversando. Ella lo escuchó decir:

—Hay algo que a mi madre se le ha metido en la cabeza. Se lo voy a decir pero ni tan siquiera se lo estoy proponiendo, quiero que sea libre de elegir y hacer lo que desee. A mi madre le gustaría que llevara el vestido que ella lució el día que se casó con mi padre. Piensa que aún estamos a tiempo para que una costurera le haga los arreglos que usted considere pertinentes.

—¿De veras? Es un honor, no me gustaría que cualquiera llevara el vestido de mi boda. Si pensó en mí, es porque me debe apreciar. Dígale que estoy encantada —dijo ella.

—Hay un problemita. Ya ella se lo había comentado a doña Angelina, pero su madre no estuvo de acuerdo. Dice que ella ya se había decidido por uno traído directamente de Europa.

—No se preocupe, yo me encargo. En fin es mi boda.

—No quiero que ese tema traiga discordias nuevamente a su familia.

—Lo dice como si se tratara de algo de mayor envergadura. Verá que no. Mi madre está complaciente conmigo. Acompañeme usted mismo para que lo vea con sus propios ojos y se quede tranquilo.

Al llegar ante su madre, Celeste le dijo del asunto con suma naturalidad a lo que doña Angelina le contestó:

—Lo que te haga sentir feliz, en definitiva uno se casa una vez en la vida. Lástima que no esté tu padre para verlo.

Celeste le hizo una seña a su prometido y éste le sonrió al escuchar a su futura suegra decir aquello. Cuando el joven se marchó, Celeste siguió mirando por la ventana su silueta como se alejaba.

—Ahora sí que encontraste un pretendiente digno de la familia, no es que Fernando no lo fuera pero nos defraudó al final cuando te abandonó a tu suerte. Al fin la vida te hizo justicia. Serás muy feliz con él. Se ve que está enamorado. De todos modos siempre manténle cortas las riendas, no lo descuides, tiene reputación de cascos ligeros. Pero todo estará bien, se nota por como te sonrío y te mira, se embeleza contigo... Estoy tan entusiasmada. ¿Estás contenta? —preguntó doña Angelina.

—Sí —dijo seria sin dejar de ver por la ventana.

—Hija, estoy hablando contigo, casi ni me miras. ¿Sucede algo?

—No sé si decírselo pero creo que debería. Es un asunto delicado.

—Habla de una vez, me tienes en ascuas —dijo la señora.

—Es que me da tanta vergüenza contárselo. Cuando escapé de usted, le pedí ayuda a alguien en quien yo creí que podía confiar. Luego esa persona me dijo cosas horribles y me hizo pasar muy malos momentos. Pensé que Federico Navarro nos apreciaba. Él me ayudó cuando escapé. Después me pidió que me casara con él. Quiso presionarme pero logré irme lejos de su alcance. Ahora que he regresado, ha comenzado a amenazarme. Dice que si no acepto su propuesta de matrimonio les contará a todos los secretos que conoce de nuestra familia.

—No puede ser. ¡Es un malagradecido! Nunca he confiado en él pero tu padre estaba ciego. Siempre le dije que Federico estaba detrás de su dinero. Ahora nos ha dejado a esa sanguijuela detrás.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Celeste, no sin quedarse perpleja por el lenguaje empleado por su madre. No obstante, creyó que realmente Federico inspiraba sus palabras, teniendo en cuenta todo lo que su padre había hecho por él de corazón.

El padre de Federico había trabajado en los almacenes de don Diego como administrador, donde fue acogido luego de haber caído en bancarrota. El

señor Navarro falleció dejando a un hijo pequeño. Don Diego, quien había apadrinado a Federico aún en vida del señor Navarro, se había hecho cargo de la educación de su ahijado poniéndolo a trabajar posteriormente con él, brindándole en todo momento no sólo su apoyo económico y moral, sino también compartiendo con Federico el afecto de un padre. Celeste sabía aquello que había escuchado en alguna ocasión y no entendía cómo Federico deshonraba la memoria de don Diego, quien había velado por él durante tantos años.

—Tal vez pueda decirle la verdad sobre mi origen a Carlos Enrique. Él me ha asegurado que nada lo hará cambiar de opinión.

—No, hija. Es algo que no nos conviene bajo ninguna circunstancia. Él podría decepcionarse.

—Me aceptó sabiendo que fui de otro hombre, que tuve su hijo.

—Él podría aceptarte pero su madre y el resto de su familia se opondrán. Es nuestro secreto Celeste, me sentiría humillada si por un descuido el rumor se esparce.

—Isabel Quintero reveló nuestro secreto ante algunas familias en Güines.

—Y lo refutamos, aunque no nos libramos de los rumores a nadie le consta que esa señorita haya dicho la verdad. Dijimos que por celos mal infundados quiso perjudicarte. Nadie la vio con buenos ojos y aunque hubo consecuencias para nuestra familia por las dudas, nadie se atrevió a profundizar en ese asunto. No hay nada en tu aspecto que denote que no eres hija de mi sangre, si yo aseguro que soy tu madre, nadie puede aseverar lo contrario. Si le dices a tu futuro esposo y la información se esparce, será una evidencia incuestionable.

—Seguiré su consejo.

—Además, Federico Navarro necesita un escarmiento. Sigue como si

Federico no te hubiera dicho nada, si vuelve a molestarte, yo misma arreglaré cuentas con él. No voy a permitir que se entrometa en tus planes de matrimonio y mucho menos que enlode el nombre de nuestra familia. Recuerda lo que vivimos en Bellavista sólo con el rumor, no te imaginas una historia semejante en La Habana, podría significar nuestra ruina.

Los días restantes, hasta la fecha de la boda, pasaron deprisa. Toda la vida, Celeste había soñado con el momento en que se casaría, pero en sus sueños siempre veía a Fernando. Aquel recuerdo se le había quedado clavado y parecía que nunca se lo podría arrancar de su memoria. Se acostaba pensando en Fernando y se levantaba con el mismo pensamiento. Sólo Azucena conocía lo que Celeste tenía en lo profundo de su corazón. Azucena intentaba calmarla e infundirle ánimos y era algo que Celeste valoraba. Su matrimonio, la fiesta y el retomar el camino, influía en la recuperación de su madre y de Azucena. Ver a su hermana tan reanimada con el regocijo que traía la boda consigo era algo a favor que no dejaba a Celeste indiferente. Celeste sabía que Azucena aún no había olvidado del todo el huracán de acontecimientos que la había sacudido en el pasado, pero la veía sonreír más a menudo y eso significaba que comenzaba a aceptar la vida como se le venía.

Todo ya estaba listo para la boda, sólo faltaba que llegara la fecha de la misma. Carlos Enrique llegó a buscar a Celeste una mañana y fueron a supervisar los últimos detalles de la casa donde iban a vivir.

—Todo está muy bien —le dijo Celeste.

—¿Seguro que no quiere nada más?

—Creo que me consiente de más. No necesito demasiado para ser feliz. Realmente lo que más quiero, que es recuperar a mi hijito, me estoy resignando a que nunca sucederá.

—En cuanto terminemos con el asunto de la boda, me dedicaré a buscar a su hijo. Le prometí que se lo devolvería.

—No me vuelva a dar esperanzas. No quiero volver a ilusionarme en vano.

—Tranquila, déjeme a mí las preocupaciones.

Ante la cercanía del cuerpo de Carlos Enrique y la ternura con que él le hablaba, Celeste accedió a dejarse abrazar. Ella sabía que la promesa de esperar hasta después de la boda, en poco tiempo no sería una barrera entre sus cuerpos. El futuro se le hacía evidente y tampoco era algo que le causara sufrimiento. Sólo faltaba que se arrancara el recuerdo de Fernando de un zarpazo para que Carlos Enrique se apoderara de su corazón. El cerco de los brazos del hombre se cerró aún más y sus miradas quedaron cruzadas unos segundos. Carlos Enrique le dijo más con los ojos, que todo lo que le había dicho con palabras desde que se habían conocido. Celeste bajó los párpados y sintió como sus labios se acercaron a los de él y permanecieron allí, muy cerca. Con un leve movimiento se habrían sellado en un apasionado beso; él reprimió sus deseos y ahogó todas sus ganas de besarla en un suspiro, aunque se quemaba por dentro.

—A veces me traicionan mis propias palabras —dijo él—. Maldigo la hora en que le prometí mantener la distancia entre nosotros.

—Lo libero de ellas.

—No es posible. Es lo primero que le he dicho a mi futura esposa y debo cumplirlo. No quiero que en un futuro vaya a desconfiar de mí.

—¿Está utilizando una táctica para que me enamore perdidamente de usted? Me está desesperando.

—¿Entonces también desea besarme? —dijo sin disimular su alegría y ensañándose en torturarla un poco más decidió mantener sus labios alejados de los suyos—. No lo hago a propósito, pero lo que más añoro es que usted sienta por mí, lo mismo que me hace sentir.

—¿Su amor perdurará después de la primera noche de casados? —

enfaticó ella.

—Aún no cree en mí.

—Confío en usted pero no en sus instintos.

—Pregúnteme lo mismo a mí, Celeste.

—¿Qué quiere decir?

—Pregúnteme si yo confío en usted —dijo él.

—¿Por qué no habría de hacerlo?

—Nunca habla de él, de su pasado.

—Usted me dijo que no le importaba. Recuerde que se casa con la joven que conoció en la casa de Carmela.

—Estoy empezando a sentir miedo y otras cosas que nunca había sentido, como celos de un fantasma, por ejemplo. A veces me pregunto si lo que siente por mí es mayor que lo que sintió por él o si realmente siente algo. ¿Para disipar mis dudas podría asegurarme que ya no siente nada por ese caballero?

—Jamás lo compararía con Fernando. Quiero que esté tranquilo, ya no siento nada por él —dijo Celeste y casi se le enreda la lengua al pronunciar la mentira. Recordó las palabras que le había dicho su madre, la comprendió; a veces era muy difícil decir la verdad, justo como le estaba sucediendo en ese momento.

—He conocido a muchas mujeres que me han confesado su amor por mí. Ahora las entiendo, usted me ha puesto en los zapatos de ellas.

—Está delirando. Creo que es porque la boda está cerca. Es normal que sienta miedo, yo también lo siento, pero tengo fe en que todo va a salir bien.

## LII



**C**arlos Enrique no se calmó con las palabras de su prometida. Hasta se rió de sí mismo por sentir celos. Él que tantas veces había provocado los celos de tantas otras. Tal vez por ello esa idea ahora lo amedrentaba. Dejó a Celeste en la casa de su madre y fue directo para la casa de Carmela. Ordenó que le trajeran una botella de vino y se sentó a meditar, a pensar en su destino mientras saboreaba la bebida. Luz María se le acercó.

—¿Dónde dejó a Celeste? —preguntó ella.

—Está en su casa —dijo él.

—No me diga que tan pronto va a empezar a hacer de las suyas. Aún no ha llegado al altar y ya anda dándose sus escapaditas.

—No es lo que piensa. Sólo vine a tomarme unas copas de vino y a platicar con mis amigos. A esta hora no se les encuentra en otro lugar.

—Ahora que se va a casar debería cambiar de amigos. Resulta muy raro que haya venido cuando desde que se fue Celeste, usted también dejó de frecuentarnos.

—No es lo que piensa.

—Es que de usted nada me asombra, tantas veces le he escuchado que está enamorado.

—Esta vez es diferente. Estoy seguro que es la definitiva. ¿Le puedo preguntar algo? ¿Celeste nunca le habló del señor Fernando Alvarado?

—¿Está celoso? ¿No lo puedo creer? —dijo ella.

—No, es sólo curiosidad.

—Es el padre de su hijo.

—Eso lo sé, pero necesito saber por qué se dio el romance entre ellos. Debió significar mucho para ella, de lo contrario no se hubiese entregado a ese caballero.

—Si me permite un consejo, confíe en lo que ella le diga, tal vez se está atormentando sin razón. Siempre lo creí muy seguro, si ahora titubea puede ser porque esta vez de verdad está conociendo el amor. No vaya por ese camino. Podría sufrir mucho si se aferra a los celos.

—Lo sé. Aún así, sigo temiendo que en su corazón no me pueda ser completamente fiel.

—¿No cree que sus temores se deban a que usted no se siente capaz de ser leal a totalidad y quizás mida a otros con su misma vara? —dijo Luz y lo dejó solo. Carlos Enrique se quedó sin saber qué responder, se quedó pensativo, con la botella en una mano y la copa en la otra, hasta que fue sorprendido por Carmela, quien le dijo:

—No pude resistir más sin venir a acompañarlo un rato. Pensé que ya había olvidado el camino. ¿Qué hace por aquí?

—¿Es algo extraño? —dijo él.

—La verdad no, pero como desde que conoció a Celeste Pontevedra había dejado de venir.

—Aunque vaya a casarme no tengo por qué cambiar mis hábitos. La verdad es que vine para pensar.

—¿No me haga reír? ¿En este lugar?

—Así soy yo.

—¿Sabe? No imaginé que alguna vez le propondría matrimonio a una mujer.

—Ya ve. ¿Se pregunta por qué no fue la afortunada? —le dijo mirándola a los ojos.

—¡No sea engreído! Sabe que nunca me casaría con nadie. No creo en el matrimonio y menos con alguien como usted, no podría estar tranquila cuando no estuviera en casa.

—La gran diferencia entre todas las mujeres que he conocido y Celeste, es que con ella soy yo el que no se conforma con no poseer hasta el más mínimo de sus suspiros. En las otras confío de cierta forma, porque sé que su primer pensamiento será para mí, que me desean por encima de cualquier cosa.

—La verdad es que no creo que lo suyo sea amor verdadero, es simplemente orgullo de hombre, de querer lo que se le hace inaccesible.

—Puede ser, pero aún así me está matando. Si le soy sincero, quiero amarla pero no tanto. Me siento un esclavo del amor y no sé hasta qué punto va a llegar esta nostalgia, esta agonía, este temor a perderla. No sé cuándo dejaré de perseguir ese fantasma que significó tanto para ella, a quien se entregó con tanta facilidad mientras que a mí me pone tanta resistencia. Y no me refiero al cuerpo, me refiero al alma, la piel es más fácil entregarla que el corazón —se sinceró él.

—Si lo sabré yo. Entregar mi alma de alguna forma me arrastró a lo que soy ahora. Me hizo alejarme cada día de las buenas costumbres, me hizo perder el control sobre mi cuerpo y hasta sobre mi vida —dijo Carmela.

—No sabía que alguna vez se había enamorado de verdad.

—A todos nos toca en esta vida.

—¿De quién se enamoró, Carmela?

—¿Le da celos saber que existe un dueño para mi corazón?

—Sí. Soy un desgraciado egoísta, tal vez por eso Dios me esté castigando —le dijo brindándole de su propia copa—. Mi querida Carmela, no me merezco una amistad como la suya.

—Lo sé. Es un bribón.

—¿Cree que todo esto que me sucede, pase cuando Celeste y yo llevemos algunos años de casados?

—Conociéndolo como lo conozco, me atrevería a decir que pasará tras las primeras noches que vivan juntos, tal vez en un par de meses.

## LIII



**U**n día después, doña Angelina observaba con una sonrisa a Celeste probarse el que sería su traje de novia. Había acabado de llegar la costurera y se lo estaba entallando en uno de los amplios salones. Era un traje precioso, que llevaba guardado con él recuerdos de amor y una tradición.

—Si la madre del padre de tu prometido también se casó con este vestido, imagino que tendrá muchos años —dijo doña Angelina—. Está muy bien conservado y está más hermoso de lo que pensé.

—Lo más bonito que tiene es el color perlado. Te ves muy bella hermana —le dijo Azucena.

Doña Angelina fue interrumpida por la llegada de su ahijado que venía como todos los días a ponerla al tanto de los negocios. Ella lo hizo llamar a propósito hasta allí para que observara a su hija vestida de novia. Aquél se quedó mirando con antipatía la escena.

—Estoy muy contenta con los servicios que nos presta, supervisando

nuestros negocios. ¿Cómo se siente, Federico? ¿Está contento con el pago que le proporciono?

—Por supuesto, madrina. ¿A qué viene esa pregunta? —dijo Federico.

—No quiero que por el agradecimiento que usted le tenía a mi difunto esposo acepte condiciones que no considera las mejores. No me permitiría abusar de su buena voluntad, querido ahijado.

—Descuide todo está bien —dijo él.

—Vio que precioso es el traje con el que se casará mi hija —dijo doña Angelina con una amplia sonrisa—. No permitiré que nada eche por tierra los planes de la boda —enfaticó. Federico Navarro trató de forzar una sonrisa mas sólo consiguió que una mueca se dibujara en su rostro—. ¡Hacen una pareja tan linda! Hasta tienen la fortuna de su lado porque son inmensamente ricos. Con el favor de Dios serán muy felices.

Doña Angelina con la intención de profundizar en su punto, le pidió a Federico Navarro pasar a su despacho a tratar los asuntos que su ahijado le traía, que al final de cuentas no podía eludir porque era necesario para la economía de su familia. Cuando estuvieron a solas, doña Angelina y Federico Navarro, aquélla le dijo sin rodeos, para no desperdiciar el momento:

—Lo quiero lejos de Celeste. ¿Acaso ha enloquecido? Una Pontevedra y Cáceres jamás se casará con alguien como usted. Mi hija me tiene al pendiente de todos sus asuntos, así que le advierto que no se saldrá con la suya.

—¿Me está amenazando? Porque creo que no está en posición favorable para hacerlo —le contestó Federico y doña Angelina se sorprendió de su osadía.

—No sabe de todo lo que soy capaz con tal de mantener a salvo el honor de mi familia.

—Créame que sí lo sé. Sin embargo, yo también tengo mis cartas bajo la manga.

—Nunca lo he dudado. Sé que siempre estuvo detrás del dinero de mi marido. No sabe la felicidad que me da que Celeste se case. En ese momento se cumple la condición para que usted deje de ser el albacea de nuestra familia. Recuerdo muy bien la cláusula que decía que una vez que mis dos hijas estuvieran casadas cesaría de sus funciones.

—A usted menos que a nadie le conviene prescindir de mis servicios. Más le vale mantenerme callado. Recuerde que hay otra cláusula que refiere que usted hará uso de los bienes pero no puede disponer de ellos a sus anchas. Tiene la obligación de heredarlos a sus hijas y yo soy el encargado de velar por ello.

—Yo no hago otra cosa que respetar el testamento de mi difunto esposo. ¿Para qué quiero fortuna? Para heredarla a mis hijas, por supuesto —dijo riéndose.

—De ser usted no estaría tan sonriente. No le voy a pedir que se ponga de mi lado. Sé que sería imposible, bastante ya me ha ayudado sin proponérselo. Lo que sí le voy a exigir es que no interfiera en mis planes o me verá obligado a revelar todo lo que le guardo.

—Si ensucia nuestro nombre usted también se vería afectado, no olvide que la mayor fuente de sus ingresos proviene de nuestra familia.

—Digamos que usted perdería más, arruinaría mis planes pero no perdería nada. Yo puedo buscar otros clientes —dijo Federico Navarro.

—Yo no descansaré hasta ver a mi hija casada con Carlos Enrique del Alba.

—Me temo que eso no podrá ser.

—No me sería difícil mandar a desaparecerlo de la faz de la tierra. Por mi familia sería capaz de todo. Más le vale quedarse tranquilo, viviendo

de nuestras sobras. Créame, no le conviene la guerra. Usted sólo tiene secretos. Yo tengo los medios y el poder para destruir su futuro. Podría quedar desprestigiada pero rica. Usted quedará aún más pobre. Para qué despedazarnos si podemos convivir en paz. —Luego de haberse marchado Federico, doña Angelina siguió hablando sola—: Crees que te voy a dejar salirte con la tuya. En cuanto pueda me voy a deshacer de ti. Nunca confié en tus adulaciones.

## LIV



Quedaba una semana para la celebración del matrimonio de Celeste Pontevedra con el señor Carlos Enrique del Alba. Fernando Alvarado, continuaba ajeno a ese hecho y a todo lo que había acontecido con su familia, desde que lo aprehendieron y lo privaron de su libertad. En la fortaleza donde permanecía prisionero, Fernando estaba muy enfermo, junto con la tristeza por la boda que había mal interpretado entre Celeste y Antonio, se le había colado en los pulmones la humedad de los calabozos. Padecía de fiebre y de una horrenda tos. Los guardias lo trajeron y lo tiraron ante la puerta del despacho de uno de los oficiales, sin preocuparse porque escapara por lo débil que se encontraba y además, porque era imposible fugarse de aquel lugar. En medio de su malestar escuchó lo que hablaban a través de la puerta, porque a pesar de su debilidad física aún le quedaban fuerzas para luchar por su vida. Dentro se encontraba Federico Navarro sosteniendo una charla con el oficial de la otra vez.

—La señora le agradece sus servicios y sobre todo, su discreción. Espero que la recompensa sea de su agrado —dijo una voz que a Fernando le pareció familiar, pero en medio de su aturdimiento no la reconoció de

inmediato.

—Es perfecta. Dígale a la señora de Pontevedra que ha sido un placer servirle, que puede seguir contando con mi ayuda. —Fernando escuchó el nombre de su tía, pronunciado por otra voz y se esforzó por no emitir ni un sonido ni hacer un gesto que les demostrara a los guardias que él estaba atento.

—Imáginese lo penoso que ha sido para una señora de tan buena posición que un sobrino suyo esté enredado en asuntos políticos. Ella espera que con este escarmiento se encarrile y regrese por el buen camino. El joven pretendía casarse con una de sus hijas y ella requirió ponerle un alto. ¿Qué madre cabal no lo haría? Por supuesto que la señora tuvo que intervenir, para alejarlo de ella, es una mala influencia —dijo la voz familiar y Fernando terminó por reconocer a Federico Navarro.

—Hay que tener mano dura con la juventud —dijo el otro y Fernando asumió que era el oficial.

—Déle unos dos días más. Luego lo deja en libertad, eso sí, devuélvalo por el rumbo de Bellavista. Mientras más alejado esté de La Habana, será mejor para nosotros. La señora no quiere verse envuelta en una situación engorrosa —dijo Federico en tono persuasivo.

—Lo imagino, después de lo de su marido.

—Eso es un asunto aparte. El difunto tenía sus ideas, eran desavenencias con todo lo que le prohibiera engrosar su bolsillo. La señora, en cambio, es toda una dama de bien. Eso sí, recuerde que usted no lo conoce, jamás lo ha visto ni a él, ni a ha tenido trato con nosotros.

—Descuide.

—Hágalo pasar para darle la buena noticia —dijo riendo irónicamente Federico Navarro.

Cuando introdujeron a Fernando arrastrado por los brazos, Federico

Navarro se le quedó viendo sin inmutarse. Sólo emitió una frase sin condolerse:

—Veo que no está bien.

—Es sólo un pequeño resfriado —dijo el oficial.

—¿Me escucha? —le dijo Federico Navarro a Fernando—. Creo que no está consciente.

Por supuesto que Fernando lo escuchaba y hubiese escupido el suelo que pisaba Federico sino llega a ser porque la intuición le advirtió no intentar mover ni un músculo. El guardia ante la pregunta del señor Navarro, se levantó de hombros evadiendo la responsabilidad por el estado de salud del joven.

—Esto no está nada bien. La señora desea que le sea entregado saludable a su familia —añadió Federico Navarro.

—No se preocupe. Llamaré al médico, lo llevaremos a un lugar más cálido para que se recupere. En unos días no se acordará de todo esto.

—Mientras menos testigos mejor —dijo Federico.

—No se preocupe, el médico es de toda mi confianza.

—No pierda el tiempo, devuélvalo a las inmediaciones de Bellavista, está más muerto que vivo, no queremos responder por un muerto.

Federico Navarro se retiró luego de lanzarle una última mirada a Fernando que aún permanecía tirado en el suelo frío y pedregoso. Fernando lo vio con los ojos entrecerrados y se reservó todos sus comentarios.

—¡Pobre infeliz, creo que no se salva de ésta! —dijo Federico con una cínica sonrisa antes de desaparecer por el corredor.



Dos guardias alzaron a Fernando por los brazos y lo condujeron hasta

donde estaba el médico. El joven iba tiritando de frío y estaba ardiendo por la fiebre. No obstante, se encontraba en plena conciencia para comprender todo lo que estaba sucediendo con su persona.

—¿Qué tiene éste? —dijo el médico.

—¿Qué voy a saber yo? —dijo el guardia que lo condujo.

El médico miró a Fernando negando con la cabeza.

—No creo que se salve. De todos modos acuéstalo en esa cama, veré que puedo hacer por él.

## LV



**C**omo cada noche, Celeste era visitada por Carlos Enrique del Alba. Azucena y doña Angelina compartían la sala con ellos. De repente parecía que toda la confianza que existía entre ellos se esfumaba ante la presencia de aquella señora, que permanecía atenta a todas las palabras que intercambiaban.

—Ya falta poco para la boda —dijo el prometido— Aún no puedo creer que haya aceptado casarse conmigo... —Tras una pausa sostenida, Celeste notó que él se había quedado en silencio al comprobar que ella lo miraba fijamente sin apenas decir nada. Celeste contestaba con monosílabos a sus largos comentarios. Ella intentó poner de su parte y decir algo para cortar el momento de fricción pero para él no fue suficiente, la magia se había roto y Carlos Enrique permaneció alerta ante el evidente desinterés de Celeste en la visita.

—Así es, sólo falta una semana —le contestó doña Angelina a Carlos Enrique. Celeste se dio cuenta que su madre lo hizo para mitigar la tensión y aquello la puso sobre alerta. Más de uno en la sala ya había notado su apatía

por la boda a tan poco tiempo de efectuarse—. Será una ceremonia hermosa. Me encargué de supervisar hasta los últimos detalles. La iglesia va estar toda adornada de flores blancas, exactamente como el vestido de la novia.

—Les deseo que sean muy felices. Mi hermana se lo merece — argumentó Azucena.

—Voy a poner todo mi esfuerzo para que Celeste no se arrepienta de haber tomado esta decisión. La casa ya está lista, sólo espera por nosotros. Claro que no la viviremos hasta después de nuestro largo viaje de bodas. Mi madre me dio una lista de los lugares más hermosos a los que no podemos faltar. Dice que son ideales para los recién casados. ¿Qué cree al respecto, Celeste? Si tiene algún inconveniente podríamos modificarlo a su... — Carlos Enrique hizo silencio repentinamente, Celeste cayó en cuenta que de nuevo ella había perdido el hilo de la conversación, mientras volaba perdida en sus propios pensamientos. Ni siquiera supo, cuántos segundos él se había quedado callado, observándola con la desolación en el rostro. Ella quiso reparar su descuido por segunda vez y fue incómodo verlo esforzarse para disimular su enojo—. Será mejor que me marche, estoy cansado con tanto ir y venir.

Carlos Enrique se levantó y comenzó a despedirse de sus futuras suegra y cuñada. Celeste sin saber qué hacer para retenerlo muy a pesar de su desinterés dijo:

—¿Qué me decía?

—Le indicaba que me iré a dormir, estoy muy agotado —argumentó él.

—De acuerdo, los preparativos de la boda también me tienen exhausta.

—Pero aún es muy temprano —dijo doña Angelina tratando de mitigar el conflicto. Al ver que aquello no surtía efecto, añadió—: Mi pobre hija, se está quedando dormida de la fatiga. Hoy tuvo una jornada abrumadora.

—Por eso es mejor que me retire para permitirle descansar. No me perdonaría que el día de nuestra boda no luzca el rostro lozano. Ese día debe

brillar en todo su esplendor.

—Lo acompaño a la puerta —le dijo Celeste.

Caminaron hasta la salida y antes de despedirse, él le susurró:

—¿En qué pensaba que era más importante que escuchar la aburrida plática de su futuro esposo?

—En nada —le respondió Celeste.

—Entonces debo creerle, usted no me mentiría. Pase buenas noches.

Celeste lo vio irse serio y enojado. Se sintió responsable. Ella le había mentido, le dijo que nada ocupaba su pensamiento pero no era cierto. Un dolor conocido la había sacudido una vez más y la había dejado absorta. El recuerdo de Fernando, de sus ojos azules e intensos, de sus palabras de amor, las que no podía arrebatarle del pensamiento por más traición y abandono que se interpusiera entre los dos. Era la primera vez que Carlos Enrique se marchaba así. Celeste sintió que el pecho se le apretaba, pero no de sufrimiento sino por la gran confusión que sentía. Subió directo a su habitación para evitar que su madre le reclamara. Estuvo pensativa largas horas. Deseaba casarse con él, darse la oportunidad de reconstruir su vida y tener una familia propia. «Con quién mejor que con el hombre que me proporciona protección, afecto», se dijo. A pesar de ello, en lo profundo de su alma creía que tal vez no era justo para él, que demandaba un amor lleno de pasión y de entrega.

A punto de cambiarse de ropa para marcharse a la cama, segura de que no podría conciliar el sueño, esperó a que todos en la casa se durmieran y mandó a preparar la calesa. Le pidió a Juana que la acompañara. Celeste escuchó a la esclava rehusarse y aconsejarle que no saliera a esa hora, pero no le quedó más remedio que seguirla o de lo contrario Celeste hubiese salido sola. Celeste necesitaba platicarle a alguien del asunto, decirle como se sentía

ser devorada por ese fuego, pero alguien que conociera su historia con Fernando y con Carlos Enrique.

Llegó a la casa de Carmela y entró por la puerta trasera. Juana se asombró al ver nuevamente ese lugar, donde la había acompañado días atrás y la esclava prefirió no decir una palabra, como estaba acostumbrada. Celeste tras haber mandado a buscar a Luz María, la vio acercarse sin salir de su asombro.

—¿A qué has venido? —inquirió Luz.

—Vine a conversar contigo. ¿Puedes atenderme? —pidió Celeste.

—¿Por qué vienes tan tarde? ¿No podías esperarte a mañana a primera hora? Este sitio ya no es apropiado para ti, si te ven será tu ruina.

—Mientras estemos detrás de las cortinas del salón estaré a salvo. No podía conciliar el sueño, estoy muy preocupada. ¿Crees que sea justo para Carlos Enrique que me case con él, si aún sigo amando a Fernando con todas las fuerzas de mi corazón?

—¿Por Dios! ¿Por qué te aferras a ese desgraciado que te abandonó?

—Pensé que tú me lo podías explicar. Tú pasaste por algo similar. ¿Dime si ya olvidaste al hombre con el que huiste de la casa de tus padres? —le preguntó Celeste.

—De ese canalla no vale la pena hablar.

—Sé que tal vez no lo puedas perdonar. Creo que es porque lo amas tanto que aún no has podido controlar el dolor que te causó su traición. Igual me pasa a mí. No sé por qué el corazón es tan ciego.

—De acuerdo, sin embargo no vas a vivir toda la vida de recuerdos. Te mereces otra oportunidad. ¿No crees que te puedas enamorar de Carlos Enrique del Alba? Es tan bello, tan agradable para sostener una charla, te quiere. No supone un gran esfuerzo enamorarse de él.

—Eso también me da miedo. Temo sufrir dos veces la misma agonía.

Mi futuro prometido es encantador, pero por algo que me es difícil explicar no puedo borrar lo que siento por Fernando y concentrarme en amar a Carlos Enrique. Algo me dice que mi futuro esposo me hará sufrir también si bajo la guardia. Carlos Enrique es un conquistador. No sé si pierda el interés en mí una vez que se adueñe de mi corazón.

—Es mejor que te vayas —la instó Luz—. Podríamos vernos otro día, estoy muy ocupada. Hoy es un día especial en que tengo que atender a don Anselmo mejor que nunca. Mañana bien temprano me iré de aquí y espero no tener que regresar.

—Me voy, no quiero robarte más tiempo.

—No es eso. Me agrada que vengas a verme, que confíes en mí y que no me hayas hecho a un lado como tantas otras que se decían mis amigas. Sucede que éste no es lugar para ti, ya te lo he dicho. Corriste con suerte, nadie sospecha de tu desventura con Fernando Alvarado, nadie conoció de tu paso por la casa de Carmela y has podido reintegrarte a la sociedad. No lo echés a perder. Te acompañaré hasta la puerta de atrás, no sea que alguien te vea.

—Espero que me visites, una vez que me haya instalado en mi nueva casa.

En ese momento cesó la música para darle lugar al inicio de otra pieza, Celeste escuchó una voz que a gritos pedía otra botella de vino y le resultó familiar.

—¿Por qué no me dijiste que él estaba aquí? —Le preguntó Celeste a Luz que no logró articular una sílaba—. No sabía que él seguía frecuentando este lugar, pero no tiene nada de malo, siempre ha venido. Es amigo de la casa, así que mis pensamientos son injustificados. —Celeste se levantó de la silla, dispuesta a marcharse—. Es mejor que me vaya, no quisiera que me encontrara.

—Sabes que yo no le diría.

Celeste caminó hacia la puerta y con la misma dio media vuelta.

—No puedo irme sin ver lo que está haciendo —dijo encaminándose hacia la cortina para acechar a hurtadillas.

—Creo que es mejor que te vayas, alguien te podría ver.

—¿Por qué estás nerviosa? ¿Acaso me estás escondiendo algo? —Al decir la última sílaba se quedó sorprendida cubriéndose los labios con una mano.

Carlos Enrique tenía a cada lado una muchacha del salón que parecían tratarlo con especial intimidad. Celeste tomó su capa, su bolso y salió corriendo, mientras Luz, detrás de ella, le iba diciendo:

—No es lo que piensas. Noches atrás él me estuvo hablando lo que le sucede. Se siente perturbado —le dijo su amiga sujetándola para que no se subiera a la calesa—. Él te ama. Está sufriendo porque sabe que otro es el dueño de tu corazón. Compréndelo, para él es más difícil que para cualquier otro. Siempre las ha tenido a todas a sus pies, no puede entender por qué la que realmente ama, no le corresponde de la misma manera.

—Tal vez sea mejor que no haya boda. Si vamos a estar los dos sufriendo, no voy a estar mejor que ahora.

—Lo siento mucho, Celeste. El señor del Alba me va a escuchar, ahora mismo le reclamaré por su comportamiento.

—No lo hagas, Luz. ¿Acaso no has escuchado todo lo que te he dicho? La confundida soy yo, él sólo está sufriendo por mi desinterés —repuso Celeste.

—De todos modos, él te prometió muchas cosas y sentado en esa silla está faltando a su juramento.

Celeste la observó dirigirse a Carlos Enrique, él ni se inmutó al ver a Luz María plantarse frente a su mesa, con aquel vestido inmenso lleno de

encajes. Celeste pudo oír lo que conversaban desde la cortina que la ocultaba. Luz María articuló la frase siguiente, mientras él seguía animado por la fiesta:

—Ella estuvo aquí. Acaba de verlo y salió a toda prisa muy desilusionada.

—¿De qué me habla? —dijo Carlos Enrique riendo aún por los efectos del alcohol.

—Su prometida.

Celeste agradeció a Luz no decirle a Carlos Enrique que ella aún husmeaba detrás de la cortina. Se detuvo unos minutos en el rostro del hombre que deseaba desposarla, que le ofrecía una vida juntos, una que no sabía si sería apacible o de sobresaltos. Ya no importaba dilucidar el futuro, tan sólo observó que él quedó estupefacto, consumido, que caminó tambaleante en busca de su caballo, al que subió de un salto para galopar desenfrenadamente, tratando de alcanzar una calesa que aún no había partido.

Celeste corrió a la calesa y tomaron un atajo a toda prisa hacia el palacete. Lo había visto partir por el camino tradicional, por el que usualmente andaban los carruajes, de seguro con la intención de alcanzarla antes de llegar a la residencia de la familia Pontevedra. En el camino de vuelta, Celeste se dejó consolar por Juana, aquella mujer que era su madre natural, a quien no se había atrevido a llamar de tal forma. Celeste notó la seriedad del rostro de Juana y la escuchó aconsejarle que llorara si así lo deseaba, para que desahogara su pena, pero no fue necesario porque su dolor no era del corazón. Al contrario, era su corazón el que le pedía a gritos que no se casara con Carlos Enrique del Alba. Su corazón tenía miedo, temía enamorarse de aquel hombre encantador y dejar de pertenecer a su verdadero dueño.

—No se atormente, niña. Verá que todo pasa —le dijo Juana.

—Tengo miedo, Juana. Siempre estoy tomando decisiones equivocadas en mi vida.

—Escuche a su cabeza.

—Mi mente no me da una respuesta —dijo y no dudó en abrazarse a la mujer que la había albergado durante nueve meses en su vientre. Lejos de sentirse incómoda o lejana, Celeste se sintió protegida por aquellos brazos suaves que la recibieron. Celeste en medio de la vorágine que la atormentaba vio a Juana sonreír.

Cuando arribaron y entraron al patio de la casa, escuchó unos cascos de caballo que no provenían de los corceles que tiraban de su carruaje. Carlos Enrique llegó casi al mismo tiempo que la calesa al palacete. Desde el zaguán, lo vio saltar del caballo sin haberlo detenido antes y correr hasta ella antes que le cerraran el portón principal.

—Perdóneme, se lo ruego —dijo él atropelladamente.

—No hay nada que perdonar —le dijo Celeste.

—Le juro que la amo como jamás he amado a nadie.

—No tiene que jurármelo, lo sé. Aunque también sé que no puede ir en contra de su naturaleza. Nunca va a cambiar, no es hombre de una sola mujer.

—Déme tiempo para demostrarle lo contrario. Sólo me basta usted para ser feliz.

—Seríamos infelices los dos para siempre. Creo que estuvimos soñando con un matrimonio que jamás será como esperamos.

—Porque usted no quiere. ¿Si yo fuera Fernando Alvarado me perdonaría? —dijo, él esperó en vano, ella se negó a responder—. Haré lo que me pida pero no me abandone.

—Se sobrepondrá. Otras veces ha creído estar enamorado y luego ha descubierto que con la entrega, el fervor y la pasión desaparecen.

—Esta vez no es igual. Nunca he sentido lo que usted me hace sentir. Si permanece a mi lado tarde o temprano comprenderá que estoy siendo sincero.

—Prefiero no averiguarlo. Es mejor permanecer creyéndolo así y guardar su recuerdo con mucho cariño. No seré yo quien le corte sus alas. No podría engañarlo y engañarme, nunca he dejado de pertenecer a Fernando —dijo ella y casi se arrepiente de pronunciarlo al mirarlo a los ojos y notar que Carlos Enrique languidecía.

—Sabe que sus palabras me están matando.

—Usted se levantará. Llegará otra y volverá a enamorarse. No quiero que desaparezca de mi vida. Quiero tenerlo siempre cerca, como un amigo.

Celeste y Carlos Enrique se quedaron sin habla al ver a doña Angelina delante de ellos.

—¿Qué está pasando? ¿Qué hace el señor aquí a esta hora? —les dijo a los dos que aún intercambiaban palabras—. Me desperté asustada por el ruido de los caballos. Me asomé sin saber qué pasaba y los vi. Casi se detiene mi corazón al descubrirlos a estas horas. Me puse una manta y llamé a la esclava que dormía junto a mi puerta para que me ayudara a bajar a la par que me recobraba para que no me diera un soponcio. ¿Explíquenme qué sucede?

Cuando reaccionó Celeste le dijo:

—Madre, es mejor que lo sepa ahora, pues de todas formas se lo tendré que decir. Ya no habrá boda. Decidimos cancelar nuestro compromiso.

—¿Por qué si todo iba tan bien? —dijo la madre.

—Es mejor que yo me retire —dijo él afligido—. Con su permiso, señora. —Luego dirigiéndose a Celeste le dijo—: Estaré esperando a que cambie de opinión. Sabe que estoy a sus pies y que la amo. Pídame lo que sea, lo más absurdo, haré cualquier cosa por recuperarla.

—Espere un momento, necesito una explicación. No pueden tomar una

decisión así a la ligera. Ustedes estaban tan emocionados con la boda. Puede ser que estén asustados porque la fecha se aproxima, eso siempre sucede — dijo doña Angelina.

—Señora, su hija le explicará —dijo él.

—¡Qué me explique ahora mismo, no puedo permitir que este compromiso se disuelva! —exigió la señora.

—Madre, no tiene caso discutir ahora por ese asunto. Le diré mañana con calma —dijo Celeste.

—No puedo creer que tú seas la causante de esta ruptura. Dime que no depende de ti.

—Lo siento. No quise entusiasmarla en vano. Les debo una disculpa, a usted y a la madre de Carlos Enrique; pero es necesario, por la felicidad de los dos. Juntos seríamos infelices.

—No permitiré que arruines tu vida por segunda vez. ¡Ya está decidido, te casarás! —exigió doña Angelina.

—No, señora —dijo firmemente él—. Si su hija no está convencida es mejor cancelar el compromiso. Nada más faltaba. No me casaré sin el consentimiento de mi futura esposa —dijo él.

—No se preocupe, ella se unirá en matrimonio con usted. ¿Verdad que sí, Celeste? ¿O prefieres que le cuente el secreto que guardamos? —la amenazó doña Angelina.

—Ya nada me importa. Estoy decidida —dijo Celeste—. Tal vez a usted le avergüence más que a mí. ¡Compréndame, estoy confundida! ¡No consigo pensar! Aún sigo amando a Fernando.

—¿A ese sinvergüenza que te deshonró y te abandonó? —dijo la señora.

—Carlos Enrique merece ser feliz al lado de otra que sólo tenga espacio para él en su corazón. Yo no puedo darle esa felicidad —dijo Celeste

ante la mirada atónita de la madre.

—¡He dicho que te desposarás! No me convertirás en el hazmerreír de todos, después que hasta envíe las invitaciones y... —casi gritó doña Angelina.

—Es mi última palabra —dijo Celeste con firmeza.

—Ya lo sabe, doña Angelina —dijo él—. No nos casaremos. No se preocupe por los invitados les explicaré lo que sea con tal de que ustedes no se vean afectadas.

—¡Siempre me he sacrificado por ti y nunca puedes darme una satisfacción! —le gritó doña Angelina exasperada a Celeste—. ¡Eres igual a la que te trajo al mundo! Es mejor que no te cases con él. No merece unir su sangre con la tuya. Un joven de buena familia que te ofrece matrimonio en tu condición y sobre todo que te ama —hizo énfasis en esas últimas palabras, mientras se secaba las lágrimas que se escurrían por su rostro—. ¡Me arrepiento mil veces de haberme hecho cargo de ti! ¡De haberte recogido! ¡Debí dejarte a tu suerte! ¡Eres una malagradecida! ¡Te salvé de la peor de las desgracias, de la esclavitud!

—¡Madre, ya es suficiente! —le pidió Celeste destruida por dentro por esa manía de su madre de lastimarla cada vez que Celeste no seguía su voluntad con los ojos cerrados.

—¡Yo no soy tu madre, me arrepiento de haberlo intentado! —dijo la señora llevándose a Juana hacia adentro.

—¿Adónde la lleva? —preguntó Celeste.

—La devuelvo al lugar de donde nunca debió salir —dijo dando gritos para despertar al sirviente que se encargaba de los esclavos de servicio—. Llévate a esta esclava ahora mismo para La Celeste y que la traten como se merece. Quiero que trabaje bajo el sol en el cañaveral.

—¡Se lo suplico, lléveme a mí pero a Juana no! —imploró Celeste.

—Lo haría pero llevas mi apellido y no podría aguantar tal deshonra.

Te lo he dado todo y aún no me he ganado tu respeto. Sin embargo, a Juana que nunca te quiso la veneras más que a mí —dijo llevándosela por el brazo—. Tienes suerte de que no te mande también a ti. Es lo que te mereces por tu comportamiento, pero para mi desgracia te quiero demasiado.

—Espere, doña Angelina. ¿Qué va a hacer? —dijo Carlos Enrique tratando de detenerla, sin salir de su asombro y desesperación.

—Olvídalo, hijo —le dijo doña Angelina al joven—. Si te desprecia menos aún merece que sigas sufriendo por ella. Simplemente Dios te está librando de una mala mujer. Tú que la aceptaste hasta deshonrada...

A Celeste se le llenaron los ojos de lágrimas cuando vio partir a Juana en un coche con el sirviente. Miró hacia atrás, antes de entrar a la casa, y vio a Carlos Enrique, a quien los efectos del alcohol ya no le hacían estragos, porque había quedado perplejo ante las revelaciones de doña Angelina. La amargura del joven señor entristeció a Celeste y se sumó a tantas penas que la perseguían desde el día que arribaron a La Celeste a pasar las vacaciones más funestas de todas. Lo miró por última vez subirse a su caballo con el rostro desencajado y salir a todo galope.

Celeste sintió los efectos de la hipotética bofetada que le había dado la vida. No entendió en qué momento una palabra hizo girar su mundo sobre su eje y la dejó en una situación similar a la que vivió en el pasado. Un par de esclavos, por orden de doña Angelina, encerraron a Celeste en sus aposentos. Celeste escuchó a Azucena arribar ante su puerta, arrancada del sueño por los gritos y pedirle explicaciones a su madre:

—¿Qué es todo este escándalo a esta hora de la madrugada?

—Tu hermana ha perdido el juicio. Tuve que encerrarla por su propio bien. Canceló su boda y encima quiere decirles a todos que Juana es su madre. No puedo permitirlo. Terminaría por arruinar a nuestra familia.

—Encerrarla no es la solución. —Celeste escuchó a Azucena hablarle a través de la puerta—. ¿Qué te pasa, hermana? ¿Por qué ya no te vas a casar si estabas tan emocionada? —aguardó pero Celeste no respondió—. Madre, le ruego que le abra para que nos pueda dar una explicación.

—No puedo. Te digo que ha enloquecido —dijo la madre.

—Eso es imposible. No hay nadie más cuerdo en esta casa que Celeste —dijo Azucena.

—¡Me estás faltando al respeto que me debes como tú madre que soy! Recuerda como escapó la otra vez. Eso quieres, que la deje volver a hacerlo, para que luego estemos desesperadas sin saber dónde está. Se haría más perjuicio allá afuera, sola. Todo lo que hago es por su propio bien, hasta que recupere la cordura va a permanecer encerrada. Sólo estoy evitando que se haga daño a sí misma. Lo único que ha hecho es arruinarse la vida y arruinar la nuestra. Primero con Fernando y ahora rompiendo su compromiso con un caballero que le ofrecía una vida honorable.

## LVI



**A**zucena se levantó  
de la cama en la  
mañana sin

siquiera dormir. Lo primero que hizo fue acudir a la habitación donde su hermana permanecía. La escuchó desesperada y se cansó de buscar la llave por toda la casa, así que asumió que su madre la tenía resguardada. La presencia de alguien en la casa la puso sobre alerta y acudió a averiguar de quién se trataba.

Vio llegar el enviado de doña Angelina con la noticia de que lo había asaltado una banda de delincuentes y que le habían robado a la esclava. Les escuchó hablar sobre los pormenores del atraco.

—¡Es el colmo de la ineptitud! ¿Cómo es posible que te haya sucedido eso? —dijo la señora exacerbadamente.

—Perdone usted, señora, pero como no encontraron dinero ni joyas se llevaron a la esclava —dijo el hombre.

—¿Esperas que te crea? Unos ladrones se hubieran llevado también el coche y los caballos.

—Así mismo fue, como se lo cuento. Si casi pensé que no llegaría con

vida.

—Voy a poner una denuncia y si descubro que estás involucrado, la vas a pagar muy caro, con la cárcel.

Su madre preparó todo para ir a poner la denuncia y se fue acompañada del único testigo. Así que Azucena se dijo que aprovecharía la oportunidad para buscar esa llave en la alcoba de su madre. Estaba dispuesta a encontrarla, si su madre la había dejado tras su apurada partida.

Azucena casi es sorprendida por una de las esclavas de la casa, mientras husmeaba entre las pertenencias de su madre. La esclava vino a decirle que un visitante inesperado había llegado, el señor del Alba.

Azucena le dijo a la esclava que hiciera pasar al señor y bajó a atenderle. Lo notó sumamente afligido y lo escuchó con el corazón a punto de escapársele por la boca:

—Pensé que nadie me recibiría. Vi a su madre salir, esperé cerca hasta que la calesa se alejara con doña Angelina y corrí a llamar a la puerta. ¿No me diga que su madre se llevó a su hermana para algún lugar?

—No, mi hermana está arriba —dijo Azucena.

—Necesito verla con urgencia —suplicó Carlos Enrique.

—No puede venir, está indispuesta.

—Por favor, se lo suplico. Dígale que es urgente.

—¿Está usted involucrado con la desaparición de Juana? —le dijo Azucena.

—No sé de qué me está hablando.

—Así nunca vamos a entendernos, dígame la verdad.

—Se la he dicho.

—Pues mi madre sospecha de usted. Acaba de ir a denunciar el robo de su esclava. ¿Para qué quiere ver a Celeste?

—Necesito saber que está bien. Quiero ayudarla —admitió él.

—Sólo porque la ama le diré la verdad. Mi madre la dejó encerrada en su habitación. Ella debió llevarse la llave consigo porque no la he encontrado, así que como comprenderá es imposible que Celeste pueda bajar. Sígame, lo llevaré hasta donde se encuentra. Sólo le ruego que se apure con lo que tenga que decirle, mi madre puede llegar en cualquier momento.

Azucena le dijo a su hermana que el señor del Alba estaba a su lado. Celeste le pidió:

—¡Carlos Enrique, ayúdeme a salir de aquí, por favor!

—Eso quisiera, pero la puerta está cerrada con llave y al parecer su madre se la llevó consigo —dijo Carlos Enrique y él continuó lamentándose —: Todo es mi culpa, de no ser por mí usted no hubiese regresado nunca a su casa. No me lo perdonaré jamás.

La conversación entre Carlos Enrique y Celeste se alargó. Azucena estaba impaciente porque sentía que las palabras por más buenas intenciones que tuvieran no iban a solucionar el conflicto. Dos de los esclavos de la casa, se acercaron asustados por la presencia del señor en la segunda planta y Azucena intentó calmarlos para poder ponerlos de su lado. Los alejó a tiempo, para que no presenciaran a Carlos Enrique golpear con fuerza e impotencia la puerta, en repetidas ocasiones.

—Si me promete que cuidará de ella podría ayudarlo a que se la lleve de aquí —le dijo Azucena desesperada.

—Eso no tiene ni que decirlo. Solo espero que su hermana me quiera acompañar.

Azucena bajó a buscar un hacha en el patio, se la entregó a Carlos Enrique y con la mirada le dijo todo. Él la agarró vigorosamente y arremetió

contra la cerradura hasta que colapsó. Azucena empujó la puerta y le hizo señas a su hermana para que saliera a toda prisa. Las hermanas se abrazaron y tuvieron que separarse ante la insistencia de Carlos Enrique que les previno de la llegada de doña Angelina:

—Celeste, salgamos antes que regrese su madre.

—Azucena, te ruego que vengas con nosotros —le dijo su hermana.

—¿Qué haría yo? —dijo Azucena.

—Nos iremos muy lejos. Empezaremos una vida nueva —le propuso Celeste.

—No puedo dejar sola a nuestra madre —reveló Azucena el motivo real por el que deseaba permanecer.

—Pero ella no nos deja ser felices, hermanita.

—No lo hace por maldad. Ella piensa que así nos ayudará a encontrar la felicidad, sólo que no sabe que está equivocada. ¿Es culpable por eso? —Azucena defendió a su madre.

—A su lado nunca vas a conocer la dicha —la aconsejó su hermana mayor.

—Es mi riesgo. No podría dejarla sola, a pesar de todo ella me perdonó y me recibió de vuelta sin hacerme reproches. Cree que hace lo mejor para ti.

—Yo no me puedo quedar, tengo que recuperar a Juana y a mi hijo. A su lado nunca lo voy a lograr.

—Soy su hija y no la puedo dejar. Bastante sufrimiento va a tener cuando vea que no estás. Sería muy cruel dejarla sola y enferma. Tú me debes entender mejor que nadie. A la madre se le quiere por sobre todas las cosas. Es mejor que te marches o será demasiado tarde —le dijo Azucena abrazándola—. Te deseo toda la felicidad del mundo, no dejes de escribirme. Es una bendición tenerte de hermana, no habría querido a otra más que a ti.

—Yo también te quiero con todo mi corazón, por eso no quiero dejarte aquí —le dijo Celeste sin atreverse a revelarle la realidad de su nacimiento.

—No podría hacerte compañía. Tú quieres recomenzar una nueva vida, yo sólo te contagiaría con mi tristeza —le dijo Azucena.

—Yo no soy la más feliz. ¿Qué le dirás a nuestra madre cuando llegue? Se desquitará contigo.

—No te preocupes, déjame eso a mí.

—Cuídate entonces. Cuando todo se calme haré lo posible para que nos volvamos a ver.

Cinco minutos después de marcharse Celeste, mientras Azucena pensaba qué le diría a su madre, doña Angelina hizo acto de presencia. Azucena la vio adentrarse en el salón, quitarse la capa, los guantes, a la par que un susurro gélido se le atravesaba en la garganta. Azucena le siguió detrás a la madre, sin emitir un sonido, y se quedó helada al ver la expresión de doña Angelina al percatarse de que la puerta de la habitación de Celeste había sido violentada. Azucena escuchó a su madre llena de coraje preguntar lo obvio:

—¿Dónde está Celeste?

—No está aquí —contestó Azucena.

—Eso ya lo sé. ¿Quién le abrió la puerta? ¿Adónde fue? De seguro Carlos Enrique del Alba tiene que ver con este asunto. Ha llegado demasiado lejos.

—¿Por qué ese señor la ayudaría, madre? Ella no se quiere casar con él.

—¿Entonces quién fue?

—Yo —dijo Azucena.

—Tú sola no lo harías. ¿Dime quién te ayudó? Si algún esclavo osó...

—Lo hice sola. No soportaba ver a mi hermana encerrada —dijo Azucena sin dejar a su madre terminar la frase.

—¡Serás responsable de lo que le suceda! —le dijo doña Angelina señalándola con el dedo con tono amenazante—. Pensé que habías cambiado, Azucena. Sigues siendo la misma chiquilla rebelde y desobediente.

—Celeste tiene derecho a recuperar a su hijo. ¿Acaso usted se hubiera conformado de haber estado en su lugar? —le reclamó Azucena a puro grito, sin poder entender la desidia de su madre.

—¡Ese niño está muerto! Se le murió a tu hermana en los brazos luego de nacer. No sé por qué no lo recuerda. ¿Te das cuenta de lo que has hecho? —gritó doña Angelina y Azucena quedó abrasada por la sorpresa y el dolor—. Ella nos exige a María Antonia y a mí, y no sabemos qué responder. ¿Si su mente quiso borrar ese inmenso dolor, debemos nosotras decirle la verdad?

La última pregunta le hacía eco a Azucena en la conciencia cuando vio a su madre consternada y la escuchó quejarse.

—¿Qué te sucede, madre? —le preguntó.

—Siento que se me aprieta el pecho y me falta el aire —dijo la señora a media voz.

Azucena se asustó mucho. Trató de desajustarle el vestido para que pudiera respirar y pidió que le trajeran un vaso de agua. Se sentó a su lado en un sillón y trató de tranquilizarla.

—Nadie más que tú tendrá la culpa de lo que le pase a tu hermana —dijo doña Angelina apenas sin aire.

## LVII



Celeste y Carlos Enrique llevaban tiempo en el coche escuchando el galopar de los caballos. Ella permanecía con la cabeza baja y sin mirarlo le dijo:

—No tengo cómo agradecerle lo que hace por mí.

—Lo hago de todo corazón —contestó él.

—Lo sé. Perdóneme por no haber sido honesta con usted. Soy la hija de don Diego Pontevedra con una esclava. Discúlpeme por mi falta de sinceridad. Usted tenía derecho a saber acerca de mi ascendencia. Fue un engaño imperdonable el aceptar casarme con usted sin decirle —dijo Celeste. Carlos Enrique no le refirió nada y ella sintió remordimientos al ser devorada por el silencio de aquél—. ¿Adónde me lleva?

—Ya lo verá. Un amigo se ofreció a ayudarnos —le dijo Carlos Enrique.

—¿Me guarda rencor?

—Prefiero que hablemos sólo lo necesario, su voz es una daga para mi corazón. Sobre su ascendencia no comentaré una palabra, mi comportamiento

demuestra mis sentimientos por usted. Creo que eso ya no importa, de todos modos usted no me ama.

Ella le sostuvo sus manos y apretándoselas con afecto le susurró:

—Si en algo tiene razón mi madre es que no lo merezco.

—No lo diga ni de broma. Soy quien no la merece a usted. Su amor por ese caballero es tan sublime que a pesar de todo continúa queriéndolo. Aunque me duela, la hace demasiado íntegra para un ser que no ha sabido venerar el amor como yo. Le volvería a repetir que estoy enamorado hasta la locura, ¿pero ya de qué me serviría?

Llegaron a una casona al otro extremo de la ciudad. Celeste se bajó temerosa mientras miraba hacia los lados.

—¿De seguro se puede confiar en su amigo? —insistió Celeste.

—Verá que sí —dijo mientras una esclava le abría la puerta—. Le presentaré a la señora de la casa.

Celeste esbozó una sonrisa al ver a Luz María y le dijo:

—¿Mi querida amiga? ¿Qué haces aquí?

—Tengo el honor de recibirte en mi nueva morada —luego con una sonrisa agregó—: Parece que volviste a las andadas. Esta vez te aseguro que te atenderé mejor que la última.

—De veras me sorprendieron. ¿Por qué tanto misterio?

—Ya conoces a Carlos Enrique del Alba, es un poco dramático. Respira hondo porque te tenemos otra sorpresa más grande aún —le dijo Luz.

Celeste se quedó sin habla al ver venir a Juana del interior de la casa.

—No tengo como agradecerse, Carlos Enrique —luego dirigiéndose a Juana, que tenía los ojos llenos de lágrimas, le dijo—: Me alegra que estés aquí.

—Bueno, las dejamos a solas —dijo él amablemente—. Seguro tienen

mucho de qué hablar. Yo por lo pronto voy a permanecer en mi casa. Trataré de que no me asocien con la desaparición de ambas. Vendré lo antes posible. Quiero que piense bien, Celeste, lo que desea hacer con su vida. Ahora no le conviene quedarse mucho tiempo en la capital.

Celeste se había quedado a solas con Juana. Después de acomodar el pequeño equipaje que había traído consigo, le dijo sonriendo:

—Creo que nos hemos metido en grandes problemas.

—Niña, no tenía que sacrificarse por mí —le dijo la esclava.

—Juana, creo que las dos tenemos mucho de qué hablar. No te voy a reclamar por no haberme querido cuando te diste cuenta que mi padre te había embarazado. Imagino lo desesperada que te sentiste al saber que esperabas un hijo de tu amo y más porque éste era casado.

—Le voy a contar todo lo que he callado a lo largo de todos estos años, no sé si por miedo o por amor. Déjeme darle mi versión y le aseguro que se ajustará más a la original que la que le dio doña Angelina...

Celeste lo creyó justo. Era lo que necesitaba. Oír de los labios de Juana la historia de su nacimiento, contada desde la visión de su madre de sangre. Celeste se acomodó en una silla y Juana en otra. Las palabras de Juana volaron desde sus labios y entraron desde los oídos hasta el corazón de Celeste, dejando la habitación envuelta de un manto de magia. Celeste se quedó embelesada escuchando, lo diferente que se oía todo de los labios de su verdadera madre. Cerró los ojos para tratar de recordar el olor a jazmines de la hacienda e imaginarse mejor lo que Juana le relataba...

## LVIII



**J**uana abrió la boca, temerosa de pronunciar la primera sílaba, pero empujada por la fuerza interna, que le exigía justicia para sí misma y para su hija, soltó todo lo que le habían obligado a callar. Su historia se develó delante de sus propios ojos y se sintió reivindicada por dentro con cada palabra, sobre lo que en realidad ocurrió con ella y con su criatura.



Todo comenzó con la llegada a La Celeste de un amigo de don José, su esposa e hijo, un joven apuesto y soltero. En aquel entonces las tierras de la hacienda eran más del doble que ahora, era la más grande de la región, resultado de la fusión del patrimonio de don José y su esposa. El joven visitante era don Diego Pontevedra. Hay personas que nacen con un ángel diferente al de los demás, como si tuvieran untada miel en el cuerpo y los otros como insectos no podemos evitar querer adherirnos a ellos. Así era su padre, señorita Celeste. Cuando lo vimos por primera vez, las muchachas de

la hacienda, no conseguimos evitar enamorarnos de su porte, su gallardía. Me refiero a las tres hijas de don José: Angelina la mayor, posesiva y celosa del cariño de su padre; María Antonia, soñadora y ambiciosa, quien también luchaba por el cariño del único padre que había conocido; y Juana, la hija de un furtivo amorío del patrón con una esclava, la que ni siquiera sabía quién era su progenitor. Usted también nació con ese ángel, lo heredó de don Diego. Doña Angelina rápidamente planeó casarse con él; lo que no sabía era que su hermana se imaginaba lo mismo, y menos, que yo también andaba suspirando por los corredores. Don Diego era todo un caballero, demasiado amable y gentil, por eso las tres nos ilusionamos tan pronto, pensando cada una que nos correspondía.

—¿Angelina, sabes si el joven Pontevedra se quedará muchos días en la hacienda? —le había dicho la joven María Antonia a su hermana, hacía más de veinte años atrás.

—Sé por dónde vienes, María Antonia. Te aconsejo que te vayas olvidando de él. Yo soy la mayor, a mí me corresponde casarme primero —le dijo Angelina.

—El hombre tiene la voluntad de escoger —le dejó claro María Antonia.

Desde ese momento comenzó la batalla campal entre Angelina y María Antonia para ver quien se quedaba con don Diego. Las hermanas estaban ajenas a que él ya había hecho su elección. Puso los ojos en la hija ilegítima de don José, la que no tenía derecho a amar por su condición de esclava. Cuando se aproximó la fecha de su partida, don Diego, por aquél entonces un joven enérgico y repleto de sueños, no pudo resistirse a marcharse sin revelarme aquello que le devoraba por dentro como el fuego ardiente. Me siguió hasta el río cuando iba a lavar la ropa, sin darme tiempo a reaccionar

me besó en los labios con tanta premura que quedé embelesada. Él pensó que sería un entusiasmo que acabaría luego de la primera entrega, pero la pasión se le coló tan adentro que lo llevó a permanecer en la hacienda por más tiempo de lo que había planeado. Don José pensó que don Diego estaba interesado en una de sus hijas mayores y lo propició todo para que pidiera la mano de una de ellas. Mientras las señoritas seguían decidiendo por él. Yo las oía y me tragaba lo que en verdad ocurría entre el invitado y yo.

—Padre, piensa que nuestro apuesto visitante, pedirá la mano de una de nosotras antes de marcharse —dijo María Antonia.

—No te ilusiones, hermana. He visto como me mira, de seguro me escogerá a mí —dijo la hija mayor y don José sólo sonrió.

El tiempo se fue volando y volvió a llegar la fecha de la partida de don Diego. Yo sentía que me iba a morir de tanto dolor, no tenía idea de lo que el destino estaba trazando. No era ni remotamente como nosotros lo deseábamos.

—¿Y bien, hijo? —le dijo don José—. ¿Te has sentido a gusto en mi casa?

—Maravillosamente bien —le contestó don Diego.

—Sé por qué no te quieres ir. Se nota el brillo del amor en tu mirada.

—No se lo voy a ocultar más. Estoy enamorado y temo que no será de su agrado lo que le voy a decir.

—Ya lo sé, he notado como se miran. Así es la juventud. También era apasionado a tu edad. Hasta lo hemos comentado tu padre y yo, sólo estamos esperando a que te decidas y nos acabes de decir para fijar la fecha del matrimonio —dijo emocionado don José.

Ante estas palabras el joven Diego se quedó desconcertado, supo que no hablaban de la misma persona y me dijo que no se atrevió a decirle a don José la verdad. No sabía cómo. El padre de él lo presionó para que se casara

con la hija mayor, tenía negocios con don José que se afianzarían más con ese casamiento. Don Diego obedeció a su padre. Se comprometió con Angelina antes de marcharse de la hacienda. La noche de la celebración del compromiso, luego de una larga fiesta en que los señores habían bebido demasiado. La joven María Antonia resentida por la suerte de su hermana, decidió poner fin a aquel acuerdo matrimonial a cualquier precio. Se metió en la habitación del joven Diego y se acostó a su lado, por muchos años creímos Angelina y yo, que Antonio fue el fruto de aquella noche, por más que Diego me juraba que no recordaba absolutamente nada. María Antonia lo había hecho esperando que cuando despertara, él creyese que algo había pasado entre los dos, para de esa forma obligarlo a cumplirle como caballero. Para que nada fallara planeó que Angelina los sorprendiera juntos, en la cama. Para mí mala suerte yo también acompañé a Angelina y las dos nos quedamos observándolos con el corazón destrozado:

—¿Cómo pudiste venir al lecho de mi prometido? —le gritó Angelina, sosteniendo a su hermana menor del brazo con intenciones de sacarla de la cama.

—Tendrá que casarse conmigo —dijo María Antonia—. Te dije que estaba enamorado de mí pero no me creíste.

—¡Le diré a nuestro padre inmediatamente! —amenazó Angelina.

—Hazlo. No me moveré de aquí hasta que lo traigas —dijo María Antonia con descaro.

—Eso es lo que quieres. Arruinar mi matrimonio. ¡Te odio!

Don Diego despertó sobresaltado y lo primero que vio fue a las dos hermanas en ropa de dormir peleando en su recámara y a mí al fondo, con cara de dolor y arrepentimiento.

—¿Qué hacen ustedes aquí? —dijo él aún adormecido por el efecto de la bebida, sin entender nada.

Angelina inventando una excusa llevó a su hermana fuera de la habitación, donde se amenazaron mutuamente con revelar los secretos turbios que se guardaban la una a la otra. Al parecer Angelina sabía más acerca de lo que escondía su hermana, porque don Diego Pontevedra no pudo escapar de su destino.

Mi enamorado y yo, sufrimos aquella boda en silencio pero no renunciábamos a nuestro amor. Sabíamos que era nuestra única salida. Doña Angelina se salió con la suya y su hermana no se lo perdonó jamás. Don José casó a María Antonia, casi al unísono que a su primogénita, con el dueño de la hacienda colindante, un viudo con un hijo recién nacido. Poco después don José murió. En su testamento las tierras fueron divididas para sus hijas. Doña Angelina se quedó con la casa y tierras de La Celeste; a doña María Antonia le tocó el resto de las tierras de su padre, que al unir las con las de su esposo formaron lo que hoy conoces como Bellavista, así se convirtió en la hacienda más grande de la región.

En La Celeste nos quedamos abandonados, la viuda de don José, mi madre, yo y el resto de los esclavos. Doña María Antonia residía en Bellavista con su nueva familia. Doña Angelina después de su boda, se fue a la capital con su esposo, porque el padre de don Diego lo mandó a llamar. Tu padre y yo comenzamos a alejarnos. Pensé que había dejado de amarme. Luego de la muerte del padre de don Diego, regresaron en contra de la voluntad de doña Angelina a la hacienda. Ella sospechaba lo de nosotros, por eso intentaba alejarlo de mí, pero no pudo imponerse en contra de la decisión de su marido. Traté de no volver a caer en los brazos de don Diego, por respeto a su esposa, aunque él continuaba buscándome.

Así continuamos viviendo. Ella sufriendo por la infidelidad de su marido, él por tener que ocultar a la mujer que amaba, yo por tener que conformarme con esa vida, la esclava amante del patrón. No me siento

orgullosa pero así sucedió. Todo era una mentira. Don Diego partió unos meses a Europa por negocios y nos dejó solas en la hacienda, a doña Angelina y a mí. La viuda de don José ya había fallecido para ese entonces y doña Angelina era ahora la señora de La Celeste. Me descubrí embarazada tras la partida de don Diego. Fue doña María Antonia quien lo descubrió todo. Uno de esos días que visitaba a su hermana.

—Te noto triste —le dijo doña María Antonia a su hermana mientras yo les servía unas frutas—. Si es porque no puedes tener hijos no te preocupes, ya vendrán. El aire del campo te hará bien.

—No quiero hablar de eso, por favor. Bastante tengo con aguantar tu visita —le dijo doña Angelina.

—Si te incomodo me marchó en este instante.

—Mejor quédate, sin mi esposo aquí temo desaparecer entre tantos esclavos. Es preferible conversar contigo. No veo la hora en que Diego regrese y nos marchemos a La Habana. No soporto la mediocridad del campo.

—A mí por el contrario. Me gusta para criar a mis hijos. Quiero darles una infancia similar a la de nuestra niñez —dijo María Antonia para recordarle a su hermana que la mayor parte de su vida la había vivido en ese lugar—. Hay otra que para concebir no tiene problemas. Creo que se te adelantó. Desearía ver la cara de tu esposo cuando lo sepa.

—¿A qué te refieres? —doña María Antonia me señaló y doña Angelina me palpó el vientre, lo sintió demasiado abultado—. ¡Desgraciada! ¡Eres la maldición de nuestra familia! —me gritó al descubrir mi gravidez.

—No estás sola, hermana. En momentos como estos me tienes a mí para ayudarte. Estoy dispuesta a negociar contigo. ¿Qué tal si me la vendes? Esclavas como Juana son difíciles de encontrar. La quiero para que se encargue de la crianza de mis hijos. Así Juana quedaría en la familia y no estaría molestándote por acá.

—Me encantaría hacerlo pero no puedo. Diego podría molestarse conmigo y ya bastante alejados estamos. Además, estamos casados y todo lo mío le pertenece.

—Eres muy tonta. ¿Cómo puedes dormir con el enemigo en casa? Tienes que tomar medidas drásticas y darte a respetar. No le tolere a tu esposo mantener a su amante bajo tu techo.

Cuando su hermana se marchó. Doña Angelina obligó a la buena esclava Damiana a preparar una tisana que me hiciera perder la criatura y me obligó a tomármela. Damiana y yo, nos la ingeniamos para cambiar las hierbas por otras inofensivas, para que no me hicieran mal.

El día que usted nació, mi niña, la esperaba feliz, su padre ya había regresado. Aunque los dos nos moríamos de miedo, estábamos emocionados con la llegada de nuestro bebé. Don Diego se encontraba en el pueblo, era de mañana. Traté de aguantar los dolores y esperar a que él llegara pero la naturaleza no entiende razones. Yo temía la reacción de doña Angelina sin su esposo presente.

Doña María Antonia también estaba enterada y frecuentaba mucho la hacienda para estar al tanto de todo. Más que compadecer a su hermana, le alegraba la noticia, era una especie de venganza para ella. Estuvo pendiente del nacimiento, al conocer que ya había tenido lugar, fue inmediatamente a avisar a su hermana mayor. Los esclavos de servicio me lo contaron después. Ellas fueron de inmediato a verme.

—Ya dio a luz. Es una niña —dijo doña María Antonia. Las oí conversando mientras se acercaban a donde yo estaba.

—¿No puedo creer que hayas venido sólo para eso? —le dijo doña Angelina.

—Pensé que tal vez te molestarías tanto con ella que aceptarías vendérmela.

—Ya estoy harta de lo mismo, de ti, de Juana, hasta de mi marido — dijo Angelina encaminándose a donde yo estaba. Llegó gritando, como enloquecida, que le dejaran ver a la criatura.

—No se la puedo mostrar, está enferma —dije para alejarla de ti.

—No importa, descúbrela —ordenó la señora y yo obedecí.

—¡Jesús! —dijo doña María Antonia horrorizada ante lo que veía.

Mi madre que estaba presente, trató de decir algo para justificar mi falta, ahora ya evidente por completo, con la prueba que tenía en mis brazos. Las hermanas no tomaron en cuenta sus palabras, los hechos eran más fuertes que cualquier explicación.

—¡Tiene la piel tan blanca como los jazmines que crecen en estas tierras! —le dijo doña María Antonia a su hermana.

Una bofetada de doña Angelina cruzó mi rostro y amedrentada no vi todo lo que vino después.

—¡Mercedes, trae a la criatura! —dijo doña Angelina y mi madre obedeció—. María Antonia, aquí tienes la esclava que tanto querías —dijo señalándome—. ¡Llévatela! Es un regalo para que cuide a mis sobrinos.

Doña María Antonia me dijo en voz baja:

—Juana, recoge tus cosas y espérame en la calesa. Lo que le has hecho a tu ama no tiene perdón.

—No me separe de mi hija, tenga piedad —imploré, lloré desesperada, mientras me ponía de pie, aún adolorida por el parto—. Le juro que nadie se va a enterar que es la hija de su esposo.

—¿De qué estás hablando? Mi marido jamás se fijaría en ti. Cuida como te diriges a tu ama —soltó la patrona.

Doña Angelina salió llena de cólera, con su hermana detrás compadeciéndola.

—¡Basta, María Antonia! No será el primer hombre ni el último que lo

haga. Ya debes estar feliz porque tienes lo que querías. Ahora cuídate, no sea que te haga lo mismo a ti.

—¿Y qué vas a hacer con la criatura? —preguntó doña María Antonia.

—No lo sé. Sólo quiero echarle en cara a Diego su falta. Quiero que se atreva a negarlo delante de mí cuando vea el producto de su lujuria.

—Te lo digo porque tú no tienes hijos y es tan blanca.

—¿Me estás insinuando que críe la prueba del pecado de mi marido?  
¡Te has vuelto loca!

—Es tu oportunidad de ser madre. Llevas mucho tiempo casada y ya deberías tener al menos un hijo. A lo mejor no tendrás. Quédate con la hija ilegítima de tu esposo.

—¡No digas tonterías! De ninguna manera. ¡Prefiero no tener hijos a criar a esa bastarda!

—Piensa que es un regalo de nuestro padre desde el cielo, indirectamente.

—He dicho que no lo haré. Llévate de una vez a Juana antes que me arrepienta y su castigo sea peor.

Fue lo último que escuché, antes de que me llevaran arrastrada hasta la calesa. Mi única esperanza era que todo se solucionara cuando llegara don Diego. Mi madre me contó lo que sucedió cuando éste arribó del pueblo y se cansó de buscarme por toda la hacienda.

—¿Dónde está Juana? —le preguntó a su esposa.

—Todavía tienes la falta de decoro de interrogarme —le dijo ella.

—Nunca he querido hacerte daño, Angelina, las cosas sucedieron así. Tú sabías que la quería a ella y así te casaste conmigo.

—¡Es una esclava! ¡A Juana no la vas a ver nunca más, se la regalé a mi hermana!

—Estaba esperando un hijo.

—Con hijo y todo.

Me dijo mi madre que don Diego comprendió que su esposa no estaba de ánimos para discutir. Salió a toda prisa a buscar un caballo, doña Angelina le corrió detrás y lo detuvo.

—¿Adónde vas? ¿A buscarla? —preguntó la señora.

—Perdóname. No quiero hacerte daño, pero no permitiré que ni Juana ni mi hijo sean castigados por una culpa que sólo me concierne a mí. La traeré ahora mismo —dijo él.

—Eres un canalla, no te importa sumir nuestro nombre en la vergüenza —ella le reclamó a don Diego.

—A mí me dices eso, mientras afirmas que tu padre fue un señor impecable.

—Jamás te compares con mi padre. Él fue un hombre muy bueno. ¡Y él que te creía un esposo perfecto para mí! ¡Qué lástima que se haya ido sin conocerte en realidad!

Don Diego se retiró, dispuesto a dejarla hablando sola. Sabía que pasaría mucho tiempo para que su esposa lo perdonara.

—¡Yo voy a encargarme de tu tropiezo! —le gritó—. ¡No permitiré que ensucies mi nombre, ni que todos murmuren a mis espaldas tus horrendas fechorías! Me voy a La Habana. Me llevaré a tu bastarda y la dejaré en una casa cuna, para que nadie se entere de tus andanzas.

—¿A qué te refieres? —dijo él—. ¿Ya nació? ¿Está aquí?

Mi madre, quien quedó en La Celeste fue mis ojos y oídos. Ella me puso al tanto mucho después de las cosas como fueron ocurriendo. Me dijo que don Diego entró a la casa y buscó en todas las habitaciones, hasta que encontró a la criatura. Dice mi madre que don Diego quedó cautivado con usted, niña. Su rostro se le iluminó al contemplarla y al sostenerla en sus brazos, intentó decir algo mas sólo consiguió tartamudear.

—¡No digas nada! —dijo doña Angelina que le había seguido detrás—. Ya me han herido demasiado tus palabras. ¡Eres un cínico! No te vuelvas acercarme a mí, no eres ni la mitad del hombre que esperaba tener como marido.

Dice mi madre que por primera vez vio a don Diego abrir los labios para insultar a su señora esposa. Mi madre refiere que tal vez se debió a que él ya no pudo soportar el peso de las palabras de doña Angelina.

—Mira bien a esa niña. ¿Ves que hermosa es? Porque lleva mi sangre y la de la mujer que amo. Por lo menos ella me dio lo que tú nunca has podido darme.

—¡Te odio, Diego! Ya que estás tan feliz, asume solo tu responsabilidad y limpia tu nombre, ¿o necesitas a tu pobre esposa estéril para que limpie tu apellido por ti? Me muero por ver cómo te las arreglas cuando lo sepa toda la alta sociedad habanera. Te van a destruir. Nadie va a querer tener trato contigo.

—Yo me basto solo para resolver mis problemas.

—Te perseguirán por siempre los malignos comentarios de las señoras de sociedad. Vivirás humillado de por vida.

—¡Así será!

—¡Eres vergonzoso! ¡No sabes cuánto te detesto! No te importa arruinarme contigo.

Don Diego sujetó con fuerza a su esposa por el brazo.

—Nunca te he lastimado, ni esta será la primera vez, así que será mejor que te calles y me respetes pues no estás midiendo tus palabras. Te perdono porque sé que tienes motivos para estar indignada, pero ya has dicho bastante. —La miró con firmeza, mientras doña Angelina intentó refunfuñar y terminó por guardar silencio al ver lo enojado que estaba su esposo—. No voy a permitir que mi hija, tal vez la única que tenga, viva alejada de mí con un futuro lleno de privaciones. La bautizaremos como nuestra. Juana entenderá

que es lo mejor para la criatura. Ahora voy a buscarla, la niña no puede estar mucho tiempo sin el calor de su madre.

—¡No traigas a Juana de regreso! Sólo aceptaré lo que me exiges con una condición, de lo contrario no me prestaré a tu juego. No quiero a Juana de vuelta. Decide entre Juana y tu hija. Si me prometes que nunca más te acercarás a Juana, criaré a esa niña como mía y haré todo lo que me digas. De lo contrario no cuentes conmigo.

—Pero...

—Es mi última palabra. Es un sacrificio muy grande el mío. Exijo uno también de tu parte. Tú te quedas con tu hija y yo me quedo contigo. Haré tan dichosa a tu hija como tú logres hacerme feliz.



Al terminar de narrarle el suceso a Celeste, Juana le dijo:

—Está de más decir a quién eligió don Diego y afortunadamente, doña Angelina cumplió su palabra, fue una buena madre para ti. Niña, necesito saber que me perdona.

—Hija, llámame hija porque eso es lo que soy, sin más miramientos que no soy tu ama. No tengo que perdonar nada. Tal vez nadie tuvo la culpa. Las cosas fueron ocurriendo por sí solas, pero fuiste tú sin dudas, madre, la que más ha sufrido con todo esto. Al fin estamos juntas y eso es lo que importa.

Se abrazaron y así permanecieron, por largos e intensos minutos.

## LIX



**C**arlos Enrique del  
Alba frenó su  
recorrido a todo

galope frente a la casa de Carmela. Era pleno día y el salón estaba cerrado pero Carmela lo recibió.

—Una botella de vino, por favor —pidió él.

—¿Por qué viene a mi humilde morada habiendo tantos lugares donde puede disfrutar de una copa bien servida? —le dijo ella.

—Aquí me puede acompañar una buena amiga que además sabe escuchar.

—¿Qué le aflige?

—Jamás podré comprobar si mi amor sobreviviría a la noche de bodas —dijo—. No habrá casamiento. Ella lo canceló.

—Todos estamos expuestos a sufrir una desilusión amorosa. De hecho casi todos la sufrimos —mencionó y él notó que ella quedó estupefacta por la noticia tan repentina.

—Pensé que esas cosas no nos ocurrían a personas como nosotros —admitió Carlos Enrique.

—A usted no lo sé, en cambio a mí sí —dijo ella—. No puedo creerle que hasta ahora no había sufrido una pena de amor.

—No puedo soportarlo. Me destroza. No hay nada tan duro como esto.

—El rechazo duele. ¿Pero qué le vamos a hacer? En el corazón no se manda. Estará bien. Se aprende a la fuerza. A mí no me quedó otro remedio que aceptar que no era correspondida de la forma que yo quería.

—Estimada Carmela, no me siga hablando de aquél que le robó su corazón. Sabe que me llena de cólera.

—Usted y su sentido de posesión. Eso es lo que lo hace tan vulnerable, no soporta que exista en la faz de la tierra una mujer que no sucumba ante su presencia.

—¿Me dirá quién es ese caballero? Llevo años preguntándole y usted lo protege como no debería, ese caballero no lo merece.

—¿Para qué quiere saber? Para que compare su virilidad. No. Ya no tiene importancia. Sucedió hace mucho tiempo.

—Parece que todo volverá a la normalidad. No extrañaba mi habitual vida pero...

—Sólo si usted quiere todo será como antes, podría aspirar a algo mejor —ella le interrumpió.

—No, ya no quiero seguir flotando en una nube, me vuelve indefenso. Adiós amor, adiós matrimonio, eso no es para mí. Prefiero seguir siendo el mismo desdichado de siempre, de todos modos no me iba tan mal, estaba usted para consolarme en mi vida tan vacía y sin cariño.

—Ya no seguiré siendo así. En todo el tiempo que me tuvo olvidada mientras estaba imbuido en sus planes de matrimonio, estuve pensando que realmente no me es indispensable regalarle mis servicios. Los años van pasando y no puedo conformarme con poco, no quiero ser dentro de unos años la vieja dueña de un salón de esta categoría. Voy a salirme de todo esto pero ni

se imagina cómo.

—No puedo prescindir de usted. Menos ahora. Estoy dispuesto a pagar lo que me pida por su compañía, la quiero sólo para mí. Olvídese de la protección de Don Horacio.

—¿Usted pagaría por lo que le he dado por mi propio placer todos estos años? —preguntó Carmela y él no respondió pero bajó la cabeza asintiendo mientras se abrazaba a su regazo.

—No me abandone usted también. Pensé que éramos amigos, que podía contar con su ayuda en todo momento —suplicó Carlos Enrique después de unos minutos.

—Usted nunca ha necesitado de mí para salir adelante. Ha llegado la hora de demostrarme a mí misma, que todo lo que he hecho no ha sido en vano. Tengo guardada una cantidad considerable de dinero, ya tengo comprador para mi negocio. Quiero una vida nueva, lejos de aquí, donde no me conozca nadie. Me voy a España.

—¿Ha enloquecido? Va a abandonarlo todo.

—Claro que no me iré sola. Conocí a un afamado marqués que me ha ofrecido su protección.

—¿Dígame el nombre? ¿De quién se trata?

—No puedo revelar su nombre. Sabe como soy con mis clientes, los trato con suma discreción. Lo importante es que estoy muy contenta. ¿No me felicita? Le aseguro que de no ser por él nunca me habría decidido a abandonar todo esto.

—Si es su decisión, querida Carmela, es mejor que me retire a sufrir en la soledad de mi quinta. Usted también ha contribuido a romper mi corazón. Al parecer en esta casa ya no soy bien recibido —dijo dolido en lo más profundo, sintiéndose doblemente abandonado.

## LX



**A**quella misma  
noche, Fernando  
obnubilado por los

síntomas de la enfermedad, no pudo poner resistencia a los guardias que terminaron por subirlo a un carruaje. Durante el largo trayecto, Fernando tuvo que abrigarse con sus propios brazos, la frialdad de la noche se colaba por la ventana y lo dejaba indefenso. Ninguna persona iba con él en el interior y estaba tan débil que ni siquiera pudo intentar escaparse. Cuando percibió que la marcha se detuvo, se quedó alerta para indagar sobre su destino. Amanecía cuando lo tiraron desde el coche sobre la hierba húmeda por el rocío y allí permaneció un par de horas. Cuando el alba hizo su entrada, y alzó la vista para contemplar a su alrededor, comprendió para su sorpresa que lo habían llevado justo ante la entrada de Bellavista. Quiso ponerse de pie, con todas sus fuerzas trató de pararse o al menos arrastrarse, pero el ardor que recorría su piel y la tos espasmódica que lo sacudía, no se lo permitieron. Se quedó atrapado, vencido por la fatiga. Hasta que uno de los hombres del mayoral pasó por allí. Fernando hizo todo el ruido posible para que le fuera inevitable encontrarlo. El joven Alvarado vio en los ojos del peón, el susto que se llevó

al descubrir, que ese bulto tirado en el suelo era el hijo de doña María Antonia.

Fernando escuchó a su trabajador vociferar por ayuda, mientras el individuo se esforzaba por levantarlo. Antonio llegó a toda prisa y le dio una mano tras escuchar los gritos. Entraron a la casa. Fernando fue recostado sobre un sillón y sacudido por sus rescatadores para que volviera en sí.

—Estoy consciente —dijo Fernando tan bajo como un suspiro.

—Se lo dije, don Antonio —le insistió el trabajador—, que su hermano ya me había hablado, él mismo me dijo su nombre. Me llevé un gran susto cuando lo vi, me costó reconocerlo.

Fernando no pudo evitar toser, entre el estertor de su pecho y sus continuos jadeos, terminó por interrumpir a los otros dos que se quedaron tiosos, sin poder comprender lo que estaba ocurriendo. Con desesperación, Fernando le hizo señas a su hermano para indicarle que le trajeran agua de inmediato, y aquél fue a buscarla en persona. Justo en ese momento, su madre exclamó de desesperación ante la imagen del hijo que tenía delante.

—¡Hijo mío! ¿Qué te ha pasado? ¿Háblame? —preguntó afligida acariciándole el rostro—. Todo el ruido que han hecho terminó por despertarme y tuve un mal presentimiento. Fernando, querido mío, estás ardiendo en fiebre. Antonio —le pidió a su otro hijo que venía de la cocina con el agua—, trae al médico cuanto antes, ve a todo galope.

Fernando Alvarado reparó en la cara del doctor, que revelaba más que las palabras que dijo en su presencia sobre su estado de salud. El galeno añadió:

—Está muy débil. Espero que con el sudor de violetas que le dispuse, los pediluvios de sal, las tisanas calientes con leche, el reposo y sus cuidados se recupere —recomendó el médico.

—¿Qué tiene mi hijo, don Isaías? —preguntó la madre.

—Tiene bronquitis y un desgaste físico impresionante. ¿Dónde ha estado su hijo que ha sufrido tan mala alimentación? ¿Por qué está en estas terribles condiciones?

—Me apena no saber qué decirle. Espero que al restablecerse podamos dialogar al respecto.

—Regresaré mañana. Si hubiera alguna emergencia puede mandar por mí. Necesitará muchos líquidos, está muy deshidratado y cuando tenga apetito, déle algo sustancioso que le permita recuperar peso, caldo de pollo es siempre la mejor opción.

Fernando no quiso revelar delante del médico las condiciones que le llevaron a su padecimiento. Prefirió esperar a sentirse menos cansado y a estar a solas con su familia para dar detalles. Por lo pronto, se dejó mimar por doña María Antonia que lo amaba en demasía, quien como madre ejemplar no dejó que el tiempo pasara y comenzó a brindarle al joven los cuidados que necesitaba.

—No te preocupes, ya estás en casa. No dejaré que nada malo te ocurra —le susurró doña María Antonia a Fernando.

Él quiso decir algo más que ‘madre’ pero el aire no era suficiente para sostener un discurso. Así que siguió la orden del doctor y el consejo de su madre. Descansó un par de días, bebió, comió, se medicó con cuanto remedio dejó el doctor o con las recetas familiares transmitidas de generación en generación. Su madre en cambio no se movió de su lado, la escuchó relatarle la historia de Josefina que finalmente se había casado y vivía en el pueblo con su esposo, don Lorenzo Santillán, las nuevas del pueblo, de la hacienda, de sus amigos y conocidos. Fernando también fue consentido por la nueva señora Santillán, quien llegó esa misma mañana afligida al enterarse de la noticia.

Tres días después, cuando el tratamiento comenzó a hacer efecto, el

enfermo sintió que podía respirar sin que le dolieran los músculos intercostales al inhalar. La fiebre había bajado y aunque la tos no había desaparecido por completo, el sonido sibilante ya no se percibía. Cuando estuvo lo bastante restablecido para sostener una conversación, mandó a llamar a su familia ante sí:

—¿Hijo mío, qué te ha pasado? ¿Por qué llegaste de repente sin avisar? Te hubiésemos ido a esperar al puerto. Sabes que aunque te hayas marchado con esa mujer siempre seremos tu familia —dijo doña María Antonia, deseosa por saber qué le había sucedido al joven, mientras él no entendía a qué se refería su madre.

—¿Dónde está Celeste? Quiero verla a ella y a mi hijo —dijo Fernando ignorando los otros comentarios de su madre y sin comprender por qué Celeste, Azucena y su tía no estaban ante su presencia, ahora que él había convocado a toda la familia.

—No hablemos ahora de eso. Espera a que te repongas por completo —le dijo la madre.

—Necesito verla cuanto antes. ¿Por qué se casó con Antonio si yo la amaba? —dijo Fernando intentando levantarse.

—No sé quién te habrá informado mal. Azucena fue la que se casó con Antonio. En tu estado no puedes estar haciendo esfuerzos, descansa, después hablamos —insistió la madre ante la mirada sorprendida de Antonio y Josefina.

—¡Yo lo sabía! Celeste no podría dejar de amarme. Debo verla cuanto antes —dijo Fernando.

—Celeste no se casó con Antonio pero sí con otro, un señor que conoció en La Habana —le dijo Josefina—. No deberías seguir pensando en ella.

Fernando quedó desconcertado y todos se quedaron mudos, hasta que

escuchó a su hermano decir lo siguiente, antes que el silencio terminara por arrasarlos:

—¿Qué esperabas después de haberla abandonado? Ella se quedó con su vergüenza mientras tú huías con Isabel Quintero.

—No era tan grande su amor, si tan pronto se olvidó de él —le reprochó Josefina a Antonio ante la confusión de Fernando que no entendía a qué se referían sus hermanos.

—Josefina, no la calumnies. Soy testigo de su devoción y su sufrimiento —dijo el hermano de en medio.

Las palabras de Antonio hicieron que a Fernando se le nublara la vista y sintiera que la cama le daba vueltas.

—¿Qué están diciendo? —preguntó Fernando a sus hermanos que no dejaban de discutir.

—Déjenlo descansar —doña María Antonia intervino—. Más tarde aclararemos ese asunto.

—¿Pero por qué se casó? ¿Por qué no pudo esperarme? Si lo único que he hecho es amarla y por quererla es que he caído en desgracia. ¿Madre? —le dijo Fernando llorando desconsolado—. ¿Dígame que no es cierto? ¿Cómo pudo olvidarme sabiendo que sufría encerrado en una mazmorra sólo por amarla tanto? —soltó Fernando y se quedó atónito ante la expresión de sorpresa de su madre—. ¿Dígame, por qué?

—Hijo, no sé de qué estás hablando —dijo doña María Antonia y Fernando confirmó su reciente sospecha, que su madre desconocía de su paradero.

—Estuve prisionero, acusado sin pruebas contundentes, sin un juicio. Escuché a Federico Navarro cuando decía el nombre de su hermana, madre. Ella pagó para que me encerraran todo este tiempo, dice que para corregirme, pero sé que lo hizo para separarme de Celeste. ¿De qué se trata esto? ¿Por qué

no hicieron nada? Ustedes son mi familia. ¿No estaban enterados de mi infortunio?

—Te juro que no lo sabía, hijo, de lo contrario no lo hubiera permitido. Para nosotros tú estabas en Europa con Isabel Quintero, recibimos un aviso dando cuenta de tu paradero, con un mensajero que supuestamente tú mismo enviaste. Debí imaginarlo. Esta vez Angelina ha llegado demasiado lejos. No se lo voy a perdonar nunca. Ya tendré tiempo de arreglar cuentas con ella —dijo doña María Antonia.

Fernando se levantó y comenzó a vestirse, a la vez que preparaba su equipaje

—Voy a buscarla, tengo que decirle la verdad, que no la abandoné. Tiene que saber que aún la quiero —dijo.

—Estás desquiciado si piensas que te dejaré viajar así, aún necesitas reposo. Hijo, ya no vale la pena. Ella se casó. Angelina mandó las invitaciones hace ya algún tiempo. Por lo que deduzco, se casaron hace alrededor de diez días —dijo la madre.

—De todas formas quiero volver a verla, son muchas las cosas que tiene que aclararme.

—Necesitas reponerte —insistió la señora.

—Hasta que no resuelva este asunto no podré recuperarme jamás. Quiero conocer a mi hijo. Voy a buscarlo —asumió.

—Ese asunto es tan delicado —dijo doña María Antonia y Fernando notó que ella no sabía qué hacer con sus manos— Sucede que...

—Realmente nunca estuvo embarazada. Lo descubrió después, fue una confusión —intervino Josefina.

Para Fernando no pasaron desapercibidas las miradas que cruzaron las mujeres y el descontento de Antonio. Su madre miró nerviosa a Josefina y aquélla le sostuvo con fuerza la mirada. Antonio se salió de la recámara y

Fernando que lo conocía bien, supo que lo hizo para no verse involucrado en lo que ocultaban las otras dos. Fernando se limitó a mirarlas hasta que alguna abriera la boca para justificar la complicidad entre ambas.

—Ya has sufrido demasiado, no te dejaré ir —le dijo su madre—. Te quedarás en cama hasta que estés totalmente recuperado. Después de eso podrás hacer lo que quieras.

—Hermano, nuestra madre tiene razón —le dijo Josefina—. No te sigas desgastando. No sabes la tristeza que me da verte así. Acepta la realidad, si se casó es porque no te amaba lo suficiente y no se merece tu sacrificio. Si quieres un consejo razonable, olvídala, intenta rehacer tu vida en otra dirección. Celeste se casó con un hombre apuesto, rico. De seguro debe amarlo, no se casó obligada, lo hizo por su propia voluntad.

Fernando aceptó con un gesto que no marcharía de inmediato y se quedó mirando por la ventana a la vez que lo dejaban a solas para descansar. Su madre y su hermana, entornaron sus amplias faldas para pasar por la puerta que permanecía con una sola hoja abierta.

A la semana siguiente Fernando más restablecido, se levantó temprano y preparó su equipaje. Su madre y su hermano trataron de disuadirlo para que continuara guardando reposo, a lo que él hizo caso omiso.

—¿Hijo, vas a verla? —preguntó al fin doña María Antonia.

—No. Estuve pensando en lo que me dijo Josefina y creo que es verdad. Me voy a Europa, necesito dejar atrás todo esto por un tiempo. Me estoy volviendo loco de tanto pensar. ¿De todos modos qué sentido tendría buscarla ahora? Ella se casó con otro.

—¿Vas a buscar a Isabel Quintero? —dijo la madre y no pudo disimular la intranquilidad que eso le provocaba.

—Tampoco buscaré a Isabel. Quiero hacer algo bueno de mi vida.

Antes de venir me ofrecieron trabajo en La Sorbona de París, lo reconsideraré.

—¿Y tu herencia? ¿Bellavista?

—Este ambiente no es para mí. Si tomara posesión de Bellavista mi primera resolución sería liberar a todos los esclavos, me abstengo para no crear un conflicto entre ustedes y yo. Antonio puede seguir a cargo, todo seguirá como hasta ahora. Nuestro patrimonio seguirá indivisible.

—Prométeme que vas a regresar —le dijo doña María Antonia llorando.

—Por supuesto. Regresaré cuando consiga sacarme este dolor del corazón. —Fernando buscó calmar a doña María Antonia.

Antonio negó con la cabeza y manifestó su opinión:

—Siempre huyes de las situaciones difíciles. Deberías quedarte e ir a decirle toda la verdad.

—¿Qué ganaría con eso? —dijo Fernando.

—Que sepa que sigues amándola, que no continúe pensando que la dejaste cuando más te necesitaba. No te imaginas por todo lo que pasó cuando llegó y le dijeron que habías huido con Isabel Quintero —dijo Antonio.

—Sabes que no fue así. Yo fui una víctima más.

—¿Crees que fue fácil para ella? —Antonio la defendió.

—Antonio, suelta de una vez lo que tienes adentro. —Fernando se le quedó mirando fijamente a su hermano—. ¿Aún me guardas rencor?

—De no ser por ti de seguro ella no habría padecido tanto. Si no hubieras puesto tus ojos en Celeste, esa misma noche que enfrenté a nuestra madre hubiésemos sellado nuestro compromiso y nos hubiésemos casado —dijo Antonio.

—Te he pedido perdón de todas las maneras posibles. Antonio, siempre la he amado. ¿Cómo iba a saber lo que iba a suceder? De veras lo

siento. No sabes cuánto quisiera que me perdonaras —le dijo Fernando con un tono de voz suave.

—No huyas. Ella te quiere. Tal vez se casó pero sé que te ama. Búscala y dile que no fuiste un canalla. Al menos ten la dignidad de limpiar tu nombre frente a la mujer que dices amar. No necesitas volver a disculparte conmigo, eres mi hermano y sabes que te quiero.

Fernando se le acercó para darle un abrazo de despedida y Antonio lo rechazó, atravesó la puerta y sin más salió a toda prisa. Fernando, sin perder tiempo, le siguió detrás tratando de explicarle y lleno de impotencia se le quedó viendo como cabalgaba hasta desaparecer.

—Hijo, quédate hasta que tengas listos los boletos y todo el equipaje.  
—Doña María Antonia continuó tratando de convencerlo.

—Prefiero irme hoy mismo, en Bellavista todo me hace recordar a Celeste —le aseguró.

—Al menos quédate a almorzar. Así podemos llamar a tu hermana para que también se despida de ti.

—¿Sabe qué? Llámela. Quiero abrazar a todos antes de irme, no sé cuando regrese. Ahora haré lo mismo que Antonio. Montaré mi caballo y recorreré la hacienda. Mande a que preparen mi platillo favorito si eso la hace feliz y comamos en familia. Mientras me despediré de estas tierras, no sé cuánto demoraré en volver a recorrerlas.

Fernando cabalgó por cada rincón de Bellavista. Anduvo por los lugares que había compartido con Celeste. Se humedeció las manos en el río. Respiró el aroma del campo, dulce por la caña que crecía y se dejaba mecer por el viento. Al llegar a los lindes de Bellavista detuvo el caballo. Dejó que su mirada se perdiera hacia el horizonte, pero sus ojos se encontraron con la hacienda vecina: «Celeste, que Dios te dé muchas sonrisas, tan inmensas como

tu dulzura, aunque no sea yo el que pueda disfrutarlas», murmuró al viento. Galopó a toda prisa hasta la casona antes que le brotara una lágrima. Almorzó con su madre y su hermana. Dispuesto a marcharse, se despidió de ambas con un abrazo.

—Madre, no se preocupe voy a estar bien. Dígale a mi hermano que me apena no haber disfrutado de su compañía en el almuerzo, que siento mucho que su matrimonio con Azucena no haya prosperado y que lo quiero.

El coche ya estaba listo. Lo esperaba afuera de la casa. Se subió y ordenó la partida. Al salir por el portón de Bellavista el cochero se detuvo. Fernando se asomó para ver qué ocurría y se sorprendió al ver a su amigo Gustavo Garcés.

—Llegaste a tiempo para despedirte. Me marchó a Europa —le dijo y se quedó estupefacto al ver que Gustavo sin decir una palabra subió su equipaje mal envuelto al coche—. ¿Qué debo suponer que estás haciendo?

—Acompañarte.

—¿Pero quién te dijo que me marchó? Espera. ¿Estarías dispuesto a llegar tan lejos?

—Siempre lo he querido, sólo que no lo había terminado de resolver —dijo Gustavo Garcés y luego se volvió a un esclavo para darle instrucciones acerca de ocuparse del caballo que lo había traído.

—Baja de una vez. No necesito compañía —le insistió Fernando.

—Disculpa el desacomodo, es por las prisas. Comprenderás que en pocos minutos no es fácil decidir qué voy a lucir ante las bellas francesas.

—¡Vamos, hombre, regrésate! No soy un niño para que me andes cuidando. ¿Quién te pidió que vinieras? ¿Mi madre?

—Quien me lo pidió no quiere que revele su nombre, pero te lo diré porque sé que te dará satisfacción. Fue Antonio. Teme que hagas alguna locura. Además, me dijo que quién mejor que un servidor para levantarte los

ánimos.

—Con razón salió a todo galope. Querido amigo, vamos a ver si me puedes seguir el ritmo en París.

## LXI



**E**n la amplia terraza, donde se suponía que las señoras tomaban un descanso antes de continuar con sus funciones del día, doña María Antonia escuchó a Josefina reprocharle por las palabras que casi suelta durante el almuerzo, similares a cuando Fernando los convocó como familia. La madre ya sin fuerza para controlar los arranques de su hija sucumbió ante sus reclamos:

—¿Qué le iba a decir? ¿La verdad? Se ha vuelto débil —dijo la hija.

—Ya no soporto callar. Los secretos y las mentiras han destruido mi vida. Si ya no puedo retenerlo sólo quería decirle la verdad —admitió doña María Antonia.

—¿Pero qué iba a resolver con eso? Ella se casó con otro. Como quiera que sea Celeste compuso su vida, si Fernando vuelve a rondarla a su esposo no le gustará. No queremos otro escándalo ni dar más de qué hablar.

—Fernando tiene derecho a saber, ya me cansé de presionar para que ustedes sigan mis directrices. No han sido afortunadas mis decisiones. El matrimonio de Antonio con Azucena ha sido mi peor desacierto, infelices y

separados, incapaces de perdonarse o amarse. ¿Y tú? Te casaste con quien querías pero ¿eres dichosa?

—Lo soy.

—No me convences, querida. Tienes el marido que soñaste pero como no cambies, como no dejes de ser tan caprichosa y abras tu corazón a la bondad no conseguirás la paz en tu alma jamás. Fernando es el único que se opuso a mis designios y tampoco ha sido feliz porque todos nos hemos involucrado en su vida. Tal vez nunca debió regresar. Le enviaré una carta ahora mismo explicándole la verdad, se la haré llegar con un esclavo para que se la entregue antes de que zarpe.

—Quiere arruinarle la vida a Fernando más de lo que ya la tiene. Ese niño no existe, además, no nació en matrimonio. Fernando es capaz de hacer una locura. No necesitamos más tragedias ni historias ensombreciendo aún más la reputación de la familia. ¿En qué quiere convertirnos? Si la familia de Lorenzo olvidó todo y permitió que nos casáramos fue porque ya se están calmando las aguas. No vuelva a remover todo. No soportaría otro rumor.

—No sabes lo que estás diciendo. Él debe saber. Un hijo es lo más importante.

—Entonces usted se va a quedar callada por nosotros. Pónganos en primer lugar a Antonio y a mí. No me mire así, sabe que quiero a Fernando con todo mi corazón pero no es justo que paguemos todos por sus errores.

—Me quedaré callada esta vez pero no te prometo nada. Y no me exijas más, los tres son mis hijos y nunca pondré a ninguno por encima del otro. Busca la bondad en ti, hija, te veo seguir mis pasos y terminarás cometiendo mis mismos errores.

## LXII



**E**n la capital, Celeste recibió en la casa de Luz María la visita de Carlos Enrique del Alba, quien llegó con noticias sobre lo que estaba aconteciendo entorno a la fuga. Les comentó que al igual que la vez pasada, doña Angelina por miedo a las murmuraciones, no había comentado con nadie la desaparición de su hija. También les informó que a quién sí estaban buscando era a Juana y que estaban ofreciendo una recompensa por ella.

—Es muy astuta, piensa que al dar con una llegará a la otra —comentó Luz.

—Si se arrepiente sigo dispuesto a casarme con usted —le susurró él a Celeste tan bajo que apenas alcanzó a escucharle.

—No quiero que se siga involucrando en todo esto —le dijo Celeste al buen hombre.

—No viviría tranquilo si no la auxilio —dijo él.

—Ya nadie me puede ayudar. Lo mejor que podría pasarme, es recuperar a mi hijo y ya ve que es imposible —dijo Celeste.

—No descansaré hasta hallarlo —prometió él una vez más.

—No me ilusione. No prometa lo que no puede cumplir.

—¿Adónde desea viajar? —Carlos Enrique indagó y bajó la cabeza para escuchar la respuesta.

—A Europa —dijo con seguridad.

—¿Estás delirando? ¿Qué harás sola por allá? —se entrometió Luz antes que la dejaran fuera de la conversación.

—Comenzaré una vida nueva —dijo Celeste.

—Si está decidida tendré que acompañarla —resolvió Carlos Enrique—. No imagino todo lo que pasará, sin conocidos, sin casa, sin dinero. ¿Adónde específicamente irá?

—A París.

—¿Sabe usted hablar francés? —preguntó él. Celeste no contestó y él intuyó la respuesta—. Ahora sí estoy seguro que ha enloquecido.

—Estoy resuelta. En cuanto a mi solvencia no se preocupe, traje dinero, mis joyas y mi hermana también me dio las suyas, las venderé. Me alcanzará para vivir un tiempo hasta que encuentre otros medios. —Ella les dejó claro que no retrocedería en su decisión.

—No es tan sencillo —dijo Luz—. Tampoco seas tan testaruda. Estarás sola como mujer y extranjera.

—Permítame ir sólo hasta que esté seguro que va a estar bien. Entonces regresaré —propuso Carlos Enrique.

—Puedo encargarme de todo —dijo Celeste.

—Ya lo creo —dijo él. Celeste notó el sarcasmo en su voz que denotaba que lo dudaba en extremo—. Por lo menos déjeme encargarme de los pormenores de su viaje y recomendarla a unos amigos de mi madre para que la reciban mientras se acomoda.

—Si le proporciona tranquilidad, lo haré. No se asuste, no pienso irme para toda la vida. Algún día regresaré.

Celeste corrió a decírselo a Juana. Se sorprendió al ver que ésta lejos de ponerse contenta se entristeció. Llena de desilusión por la expresión de su rostro, Celeste le reveló que había pensado que su decisión la alegraría.

—Duele dejar tantas cosas que se aman atrás —le dijo Juana.

—¿Qué dejas atrás? Una vida de esclavitud, dolores y humillaciones. Si te quedaras estarías peor que como estabas antes. Yo dejo a mi hijo, dejo a mi hermana, pero tengo que reponerme porque ahora estamos juntas. Ya no tengo esperanzas de encontrar a mi hijo. Azucena está decidida a no venir conmigo. Cree que su verdadera madre es... ¿Quién soy yo para decirle que eso no es verdad? La haría sufrir mucho y no merece continuar padeciendo. Tampoco la quiero arrastrar a mi aventura —le dijo Celeste.

—Esperé tanto poder tenerte cerca, hija mía. Recibir tu cariño, no como a la esclava buena y leal, sino como tu madre. Esperé tanto que no dudaré seguirte hasta el fin del mundo.

—Siempre sentí que me faltaba algo especial en mi vida. No te negaré que quiero mucho a mi otra madre, a doña Angelina porque sé que me quiere. Todo lo que ha hecho fue pensando que obraba correctamente.

—No tienes que explicarme nada. Sé que aunque me causó una enorme herida al arrebatarte de mis brazos, te ha visto como a una verdadera hija y siempre le estaré agradecida.

—Nos va a ir bien, tengo muchas esperanzas.

—No quiero que vayas a París con la ilusión de que vas a encontrar al niño Fernando. Es una ciudad muy grande y aunque lo encontraras, nada te garantiza que volverá a tu lado. Él se fue por su propia voluntad. Yo fui testigo —le dijo Juana.

—¿Cómo fue que se marchó?

—Para qué remover viejas heridas que sólo te harán daño.

—Nunca nadie me lo dijo.

—Fue algo tan extraño y tan sorprendente para todos en Bellavista como para ti. La verdad es que sólo Dios sabe lo que pasó por su cabeza en ese momento. Días antes de irse, pensé que se volvería loco. Aún no teníamos noticias de cuándo regresarían tu hermana y tú, llegamos a pensar que nunca. Él hasta pensó que doña Angelina las había dejado en casa de su suegra definitivamente. La señorita Isabel todavía estaba en Bellavista, doña María Antonia actuaba muy raro, parecía estar de su lado y ambas trataban de convencer a Fernando para que se casara con Isabel. Lo que en realidad ocurría era que la señorita Isabel los tenía bajo la amenaza de que si Fernando la dejaba, les contaría a todos el secreto de tu nacimiento. Luego llegó una carta de doña Matilde. Fernando no pudo callar más. Les reveló a todos en la casa que te amaba y que a tu regreso se iban a casar, con una firmeza tan sorprendente como su partida. La señorita Isabel Quintero, llena de ira salió de inmediato para el pueblo y contó a algunas de las más distinguidas familias, lo que ya sabes de sobra. Ella soltó todo. ¿Quién más en la casa estaría interesado en decirlo? Fernando la fue a buscar y la trajo antes que hiciera un escándalo mayor. La subió a la fuerza en el coche con todas sus cosas y marcharon al puerto. Dijo que la subiría en un barco y volvería por ti. Lo esperamos en vano. Él no regresó. Mandó a un hombre con un mensaje, decía que se había arrepentido, que aún amaba a la señorita Isabel, que la perdonaba porque ella había actuado por despecho y que se marchaba con ella, que trataran de perdonarlo.

Celeste suspiró. Sus ojos esta vez no derramaron una sola lágrima pero su corazón se desbordó de dolor.

## LXIII



**C**arlos Enrique regresó al salón de Carmela como se le volvía a hacer habitual. Antes de acercarse a una mesa y pedir una botella de vino, su amiga le dijo que un señor llevaba rato esperándolo. Extrañado, le preguntó de quién se trataba a lo que Carmela respondió:

—Nunca lo he visto. Dice que tiene algo muy importante que decirle. Es el que se encuentra en esa mesa, acompañado por un amigo.

—No lo conozco. En fin, veré qué desea. Llévanos una botella de Burdeos —dijo.

Se les acercó y se encontró a un joven alto, de expresión grave que se le quedó mirando directamente a los ojos.

—Buenas noches, caballeros. ¿Me invitan a tomar asiento?

—Siéntese usted —le dijo el acompañante del joven hombre que lo buscaba. Para después ponerse de pie y dejarlos a solas.

—Supe que estaba preguntando por mí. Como ya sabe quién soy le pido que me diga con quién tengo el gusto de hablar.

—Lo he buscado por toda la ciudad, hasta que al fin me dijeron donde

encontrarlo —dijo el que lo esperaba y ambos se observaron por unos segundos—. ¡Vaya lugarcito el que frecuenta! No me gusta su compañía para Celeste.

—¿Para Celeste? ¿Así sin más miramientos? ¿Es usted Fernando Alvarado? —dijo Carlos Enrique notando que aquello empezaba a no gustarle nada.

—Sí. Vengo a que me revele su paradero.

—¿Por qué se lo diría? Lo hacía en Europa. No conozco sus intenciones y no sé si la señorita Pontevedra desee verlo. —Se clavaron los ojos de forma desafiante.

—Su hermana me dijo que sólo usted podría decirme dónde encontrarla.

—Es usted un canalla. ¿Cómo se atreve a venir a preguntarme por ella después de todo lo que le ha hecho sufrir? —dijo Carlos Enrique de pie, dispuesto a dejar la mesa.

—No tengo por qué darle más explicaciones, sólo dígame dónde está. Sé los motivos por los que Celeste desistió de casarse con usted y no le voy a mentir, eso me ha dado mucha satisfacción. Ya supe que en su quinta no está, señor. —dijo Fernando. Carlos Enrique se sintió desafiado al verlo levantarse y quedar a su misma altura.

—¿Cómo se atreve a estar indagando en mis dominios? —Los dos se miraron de arriba abajo mientras los poseían los celos más violentos—. Es usted un infeliz si cree que le revelaré...

—No me importa lo que piense. Ya supe de su reputación con las mujeres. Si cree que se aprovechará de Celeste por estar sola y desesperada, ni se lo imagine. No se lo voy a permitir. He regresado y las cosas volverán a ser como antes.

—Es usted un desgraciado —dijo Carlos Enrique perdiendo los

estribos y lanzándose sobre Fernando.

Sólo consiguió a asestarle un golpe en el rostro a su interlocutor, a la par que Fernando se lo devolvía precipitadamente. Fueron separados por la orden de Carmela, que dio indicaciones para que detuvieran la pelea. Carlos Enrique del Alba se quedó observando como echaron a Fernando del salón, y a punto de exigir que sacaran también al acompañante de su agresor, lo vio seguir a los hombres que se llevaron a su amigo. El señor del Alba fue socorrido por Carmela con urgencia:

—Mira ese picapleitos como le dejó el rostro. —Ella le sostuvo las mejillas con ambas manos; él no dijo nada, sus músculos estaban tensos, tratando de contener su ira—. Ya me asombraba tanto tiempo de tranquilidad. ¿Y ese es el amante de quién? Nunca andas con mujeres decentes por eso te pasan estas cosas.

—De nadie —dijo enfurecido—. Ese miserable es el padre del hijo de Celeste, pero si cree que voy a permitirle que vuelva a jugar con ella no sabe con quién se ha topado.

—Ella debe decidir, no usted.

—Lo siento pero no puedo —dijo listo para marcharse.

—¿Adónde va?

—Ya estoy harto de darle vueltas a este asunto. Lo voy a resolver a mi modo.

—¿Pero de qué está hablando?

Se fue sin contestarle.

Carlos Enrique llegó apresurado a la casa de Luz María y antes de decir una palabra le mostró a Celeste los boletos que había mandado a comprar, para un trasatlántico que zarpaba en unos días. Celeste se sorprendió de su premura y más porque él le rogó lo siguiente:

—Déjeme acompañarla. La respetaré como siempre. Sólo permítame estar cerca de usted para protegerla y procurar que todo le vaya bien.

—¿Y sus obligaciones quién las atenderá? ¿Por qué quiere dejar todo?  
—dijo Celeste.

—La amo.

—Sabe que no le puedo corresponder.

—Lo sé. Sólo le pido que me deje velar por su bienestar.

—Voy a París a buscarlo. Si él me lo pidiera, correría a sus brazos sin importarme nada.

—También lo sé.

—¿Y todavía quiere marcharse conmigo?

—Por lo menos déjeme estar a su lado hasta que se establezca.

—Lo siento pero no puedo.

—Afortunadamente para él —pronunció Carlos Enrique y la vio mirarlo extrañada— Bueno, en vistas de que ya está decidida no tengo tiempo que perder.

—¿Por qué anda con tanta prisa?

—Voy a cumplirle la promesa que le hice.

—No vuelva a esperanzarme en vano.

—Compré un boleto adicional para mí.

—Pero ya le dije que...

—¿Si le traigo a su hijo me permitirá acompañarla? —dijo él y la observó respirar hondo—. Respóndame.

—¿Me está pidiendo que me una a usted si me devuelve a mi hijo?

—No me interprete mal. No es una condición, es que me tiene tan desesperado que ya ni sé lo que digo.

—Primero que todo en esta vida está mi deber como madre. Si usted me trae a mi hijo puede disponer de mi libertad y de mi vida.

—No se vaya sin mí —le suplicó.

—No haga una locura.

## LXIV



**E**n su palacete, en un sillón, permanecía doña Angelina y en otro su hija. Estaban en silencio, la primera bordaba y la segunda permanecía recordando. Se habían quedado solas y ya la soledad comenzaba a pesarles, los días de júbilo y armonía que doña Angelina había vislumbrado tras el matrimonio que habría hecho Celeste con Carlos Enrique del Alba se habían esfumado como muchas cosas. Doña Angelina se había resignado a vivir en un panorama yermo sin más compañía que su hija taciturna. Azucena se había conformado con esa sensación de pérdida que se había apoderado de ella desde que su esencia había muerto con Moisés.

La esclava de servicio irrumpió la quietud para avisar que acababa de llegar un coche que traía a doña María Antonia de Alvarado. Azucena inmediatamente se puso de pie.

—¿Adónde vas? —le dijo la madre con los ojos brillándole por el reencuentro.

—A mi recámara. No deseo verla —dejo en claro Azucena.

—No seas rencorosa. Quédate a recibirla, en definitiva es toda la

familia que nos queda.

—Prefiero estar sola.

—No sabes lo cruel que es la soledad. Tal vez viene a pedirnos una reconciliación para Antonio y para ti. Ya es hora de que hagan las paces.

—Si esa hubiera sido su intención habrían contestado a la invitación que les hizo a la boda de mi hermana. ¿A usted realmente le interesa que me reconcilie con Antonio para que sea feliz o para callar los comentarios?

—¡Hija, qué cosas dices!

—Estaré en mis aposentos por si me necesita, siempre que no sea para saludar a la visita.

Doña Angelina recibió a doña María Antonia gustosa, después de todo le daba alegría verla. Ante las palabras acusadoras de la recién llegada, afirmando que no la perdonaría jamás, doña Angelina se quedó aturdida mientras escuchaba a su hermana relatarle todo lo que había acontecido con Fernando. Finalmente, le contestó que no era responsable de lo que la estaba acusando.

—No te hagas la que no sabes —dijo doña María Antonia y continuó responsabilizándola por el encarcelamiento de Fernando.

—Estás en un grave error. ¿Cómo puedes pensar eso de mí? Es verdad que me enojé contigo y que el rencor ha crecido en mi pecho por tantas cosas que has hecho para lastimarme, pero no le haría daño a Fernando. ¿Cómo debía sentirme cuando me revelaste que estabas embarazada y que no era de tu esposo, sino del encuentro que tuviste con el mío aquella noche en que me comprometí con él? ¡Estuviste más de veinte años haciéndome creer que Antonio era hijo de mi marido! Pero encerrar a Fernando no, no me atrevería, lo quiero como a un hijo.

—Jamás tuve que ver nada con Diego. La noche del compromiso

estaba tan ebrio que ni se percató que me había metido a su cama. Tampoco es cierto que le dije a tu difunto esposo que Antonio era hijo suyo, sólo te lo hice creer a ti. Es verdad que deseaba herirte. Nunca te perdoné que te quedaras con Diego. Lo amaba.

—Yo también lo quería. —Ambas hicieron silencio por unos segundos —. Si Federico Navarro tuvo que ver con esto lo denunciaré ante la justicia.

—¿Te parezco ingenua? ¿Cuánto más te vas a burlar de mí? —dijo doña María Antonia.

—Tú me conoces mejor que nadie, mírame a los ojos y dime sinceramente. ¿Me crees tan cruel de hacerle padecer así a uno de los hijos de mi propia hermana? Porque sé, que aunque lo acogiste cuando te casaste con su padre, lo amas como si lo hubieses cargado nueve meses en tu vientre. Conozco ese amor, mis hijas son más mías que de nadie.

—Me voy. Antes que me convenzas de reconciliarme contigo.

—Antonio y Azucena deberían resolver sus dificultades —suplicó.

—Eso sí que ni lo pienses. Tu hija lo deshonró de la manera más humillante.

—Antonio tampoco fue un santo. ¿Se te olvida la criatura que perdió Azucena por el disgusto que él le hizo padecer?

—Lo perdió por irresponsable.

—No quieras justificar a tu hijo. Tenía una amante —le exigió doña Angelina.

—No voy a entrometerme más en la vida de Antonio, que él decida lo que debe o no hacer. Ya lo he hecho muy desdichado.

Doña María Antonia se dirigió a la puerta de salida.

—No te regreses aún. Hiciste un viaje largo, puedes quedarte a descansar.

—Me quedaré en una pensión o en casa de alguna amiga. Mañana parto

al alba.

—No lo necesitas. Tienes la casa de tu hermana. Mandaré a buscar a Federico Navarro. Quiero aclarar ese asunto cuanto antes. No te imaginas cómo han estado las cosas aquí. Celeste volvió a escapar de la casa.

—¿No se casó?

—Está enamorada de Fernando.

—Él quería venir a verla y yo le quité la idea. La hacía ya casada.

—Viendo las circunstancias, lo mejor es que esos dos se casen de una vez. Ya lo que va a pasar, pasará de todos modos.

—No será posible. Fernando se fue a Europa hace unos días —dijo doña María Antonia.

Debido a que por más que lo habían mandado a buscar no aparecía, doña Angelina y su hermana, se dirigieron a buscar a Federico Navarro para que les respondiera por lo que le había hecho a Fernando. Al ver su casa cerrada doña María Antonia pensó que tal vez estaba en La Celeste, doña Angelina la sacó de sus suposiciones asegurándole que cada vez que necesitaba viajar por asuntos relacionados con el ingenio, se lo comunicaba. Decidieron ir a buscarlo a la casa de su madre. Del interior de la residencia salió la señora a recibirlas. Le preguntaron por su hijo y se encontraron con que aquella tampoco sabía. No encontraron rastros de él en ningún otro lugar, era como si se lo hubiese tragado la tierra.

Doña Angelina temiéndose lo peor acudió de inmediato a un licenciado para que hiciera un balance de su fortuna. Lo que encontró fue devastador, había desaparecido la mitad del capital que permanecía en efectivo. Doña María Antonia trató de consolar a su hermana y con aquella actitud de Federico Navarro, no le quedó dudas de que era el único responsable de la reclusión de Fernando. Ambas quedaron de acuerdo en que

lo habían subestimado.

Doña Angelina se juró a sí misma, que el día que se volviera a encontrar con él le haría pagar con creces lo que le había robado y el daño que les había ocasionado. Por el momento, se consoló con denunciarlo y se levantó una orden de aprensión en su contra, lo que no satisfizo sus deseos de venganza pues con lo astuto que era Federico Navarro, ya se debía encontrar muy lejos de allí.



En vistas a que ya no tenía nada que hacer en La Habana, doña María Antonia decidió regresar a Bellavista. Después del extenuante viaje, al arribar a la hacienda, doña María Antonia quedó sorprendida con lo que le comunicaba Antonio. Le dio muchas vueltas a aquel asunto en la cabeza, pero no logró suponer para qué la requería Carlos Enrique del Alba. Descansó y ya recuperada mandó por él al pueblo.

Carlos Enrique del Alba había resuelto hacer hablar a doña María Antonia. Estaba harto de la prepotencia de esa familia, que tanto había hecho sufrir a Celeste. No podía ser que aquella señora con su insensibilidad se llevara aquel secreto a la tumba, mientras Celeste se consumía en el dolor de no tener a su hijo. El señor del Alba se habría resignado si no supiera por dónde empezar a buscar a aquella criatura, había una persona que lo sabía y tendría que decírselo. Cuando recibió el aviso de la señora, en la posada en la que se hospedaba en el pueblo, acudió hacia Bellavista apresurado e impaciente. Lo recibieron doña María Antonia y Antonio Alvarado. Al tenerla al frente le dijo:

—Vine a pedirle que no siga haciéndole daño a Celeste. Dígame de

una vez dónde está su hijo.

—Jamás he querido lastimarla. ¿Qué motivos tendría? —dijo doña María Antonia.

—Sé que no quería que se casara con su hijo por el origen de su verdadera madre.

—Me sorprende su intimidad con mi familia. Parece que lo sabe todo. ¿Conoce por qué no quiso casarse ella con usted?

—Porque aún ama a Fernando Alvarado, el que sin embargo no la valoró y no dudó en abandonarla.

—Fernando nunca la traicionó. El ahijado de mi hermana quería casarse con Celeste para tener acceso a la fortuna que estaba manejando pero que no podía disfrutar. Él fue quien nos engañó a todos. Le tendió una trampa a Fernando, sabiendo que habíamos reconsiderado casarlo con Celeste por el asunto del embarazo —doña María Antonia le relató todo lo acontecido mientras el joven la escuchaba con atención—. Cuando mi hijo regresó a la casa, lo primero que quiso hacer fue buscar a Celeste. Le dijimos que ya era demasiado tarde, que se había casado con usted. No conocíamos de la cancelación de la boda.

Carlos Enrique se quedó estupefacto recordando el incidente del salón de Carmela con Fernando Alvarado. Las pocas esperanzas que le quedaban de reconciliarse con Celeste se hicieron añicos. Aquella inocencia de Fernando venía a atravesársele entre Celeste y él. Sabía que si considerándolo culpable ella amaba a Fernando, al conocer toda la verdad no quedaría de sí mismo ni el recuerdo. Lleno de dolor pero convencido de que sería lo mejor para todos, dijo con la voz entrecortada.

—Entonces dígame a su hijo que no se casó conmigo porque lo ama y que me busque. Solo a Fernando Alvarado le diré donde encontrarla.

—Él se acaba de marchar a Europa.

—¿Entonces se fue? —dijo ajeno al paradero de Fernando después de la noche en que lo había conocido, pensando que se había ido después del desafortunado encuentro que tuvieron—. No lo entiendo. Es una pena. Parece que los dos están destinados el uno para el otro, la vida hará su parte con ellos. Los motivos de mi visita son otros. Dígame dónde encontrar al pequeño de Celeste.

—Espera que ella regrese con usted si le devuelve a la criatura —pronunció Antonio que había permanecido serio escuchándolos y de pronto se inmiscuyó en la conversación.

—Sólo quiero que ella deje de sufrir —dijo Carlos Enrique.

—Señor del Alba, no me corresponde aclararle ese asunto. Celeste debe tratarlo directamente con Angelina. —Doña María Antonia intervino antes que los jóvenes empezaran una discusión.

—Madre, no puedo creer que usted tiene conocimiento del paradero de ese niño. ¿Por qué no le dijo nada a mi hermano? Guardé silencio ante las mentiras que le dijeron usted y Josefina a Fernando, pensando que no tenían que ver en esto. ¿Cómo pudo involucrarse en algo tan turbio? No le bastaba con todo la consternación que había a su alrededor —le reclamó Antonio a su madre.

—Hijo, entiende que se trataba de preservar el buen nombre de la familia. ¿Qué explicación hubiésemos dado por un niño nacido fuera de matrimonio! —dijo doña María Antonia.

—Ninguna habladuría nos hubiera dejado peor de lo que ya estábamos. Quiero que me prometa que ahora mismo develará lo que sabe. Hágalo por Fernando —exigió Antonio—. Usted y Josefina siempre andan cuchicheando al respecto, ya no lo toleraré más. A partir de ahora en esta casa se seguirán mis reglas, usted sólo ha traído caos con las decisiones que ha tomado. Si desea que yo siga al frente de los negocios de la familia, yo tendré la última

palabra en todo de hoy en adelante, y lo más importante, exijo que no se me oculte ninguna información.

—Pero hijo eso que pides es inaudito. ¿Te has estás revelando ante mí? Yo soy tu madre y...

—¡Madre, hasta cuándo va a seguir decepcionándome! En medio de todos los embrollos que perjudican a esta familia está siempre usted. Hasta cuando sus discrepancias personales con su hermana van a continuar destruyéndonos. Ya han sido lo suficientemente egoístas para arrastrarnos a Fernando, a Josefina, a Azucena, a Celeste y a mí. No haga infeliz también a ese niño. Dígale al señor de una vez donde está y que él lo lleve a los brazos de su madre.

Carlos Enrique observó a un Antonio realmente enojado, que sujetó a su madre por el brazo y la instó a hablar, luego de disculparse por elevar el tono de su voz delante de la visita.

—Eres tan bueno, hijo. ¿Todavía la amas? —dijo doña María Antonia ante la sorpresa del invitado.

—Ni yo mismo me respondo a esa pregunta. Para qué seguir lastimándome. No tiene sentido —dijo Antonio.

—Tú decidirás si revelo el paradero de esa criatura, pero quiero que seas consciente de lo que puede suceder. Angelina y yo quisimos alejarlo de Celeste, buscarle un futuro lejos de la familia para librarnos de la vergüenza y la vida quiso que lo pagáramos muy caro. Si Angelina lo hubiese tenido en sus brazos, como lo tuve yo aunque ya inerte, no habría podido renunciar a él. No habría tenido valor para abandonar al primer varón nacido de la estirpe de su amado esposo. Murió a los segundos de nacer.

Carlos Enrique sintió un escalofrío recorrerle por el cuerpo, al escuchar todo lo que le reveló la señora. Apretó las piernas al suelo, para mantenerse firme mientras ella habló y él escuchó lo que doña María Antonia

le terminó de decir.

—Como ve es un asunto de familia. Yo personalmente le daré los detalles a mi prima —Antonio se pronunció al respecto.

—¿Me da su palabra? —preguntó Carlos Enrique y Antonio asintió—. Para eso tendré que revelarle dónde se encuentra y es un asunto sumamente delicado. ¿Me promete que no delatará a Celeste con doña Angelina?

—Jamás haría algo que la perjudicara.

—Sólo dígame cuánto antes. Ya no tengo nada que hacer aquí. Espero que cumpla si no me verá obligado a intervenir nuevamente —Carlos Enrique le explicó cómo podía llegar hasta ella y se volvió hacia la salida.

—¿Se va a retirar tan fácil? ¿Se quedará sin los méritos por su buena acción? —preguntó Antonio.

—Si piensa que sólo lo hago para ganarme el amor de Celeste no conoce verdaderamente ese sentimiento.

—Se equivoca —luego de una breve pausa Antonio continuó—: Imagino que piensa que mi tía o mi madre son dos mujeres insensibles. Yo prefiero creer que ven el mundo desde su posición, la postura que les ha obligado mantener la sociedad.

—No me compete juzgarlas.

Antonio terminó de decirle todo lo que sabía de aquella historia, los cabos que había amarrado desde su adolescencia hasta la actualidad y se disculpó por la imagen que tenía el señor del Alba de su familia. Carlos Enrique, aún estupefacto por lo que le habían revelado, partió de improviso hacia la hacienda vecina. Decidió que antes de desaparecer de esas tierras quería ver con sus propios ojos la última morada del primogénito de las dos heredades. Estaba más cerca de lo que se lo habían podido imaginar, en La Celeste, en el lugar donde descansaban en sus tumbas generaciones de la familia Cáceres. Se le humedecieron los ojos al contemplar la pequeña cruz,

arrancó un pedazo de la manga de su blanca camisa, se inclinó y recogió un poco de tierra. Él, que conocía de la historia a grandes rasgos y desconocía los detalles, estaba convencido que no era quién para juzgar a doña Angelina. Sólo se limitó a recordar aquella mañana, en que la señora partió temprano y regresó de Bellavista con Juana. Recordó el rostro de dolor de la señora de Pontevedra y el desconsuelo que la invadió ante el reclamo de Celeste por su hijo. Comprendió tanto, que alejó cualquier juicio de su conciencia. Sólo suspiró y no quiso evocar nada más. El hijo de Celeste siempre yació ahí, a pocos metros de ella y sin embargo, desesperada y atormentada salió a buscarlo por el mundo.

La tarde le sorprendió de regreso a la posada. Antes de prepararse para pernoctar por última vez en aquel sitio, dio la orden a sus hombres de tener el carruaje listo a primera hora para regresar.

Carlos Enrique partió llevando a los caballos a todo galope hacia La Habana. Empezaba a amanecer y todavía estaba de camino, sabía que el ferrocarril le hubiera permitido llegar con más rapidez, pero necesitaba ese viaje a solas para terminar de entender la vorágine de acontecimientos que habían dado una sacudida a su vida. Temblaba cada vez que recordaba la fecha de los boletos que había comprado, faltaba un día exacto para que Celeste se fuera en busca de su único amor, a él le tocaría olvidarla.

## LXV



**F**ue una noche muy larga, ni bien se había asomado el sol y sin poder aguantar un instante más la desesperación que lo embargaba, Fernando salió de la posada donde se estaba hospedando. A Gustavo Garcés no le quedó más remedio que acompañarlo:

—Ese infeliz sabe dónde está y me lo va a tener que decir. Ahora mismo voy a buscarlo —dijo Fernando.

—No sé por qué te empeñas. Por supuesto que ese caballero no te lo revelará. Él también tiene intereses que proteger —dijo su amigo—. Es mejor que vuelvas a la casa de tu tía. Lo haremos como la otra vez. Iré y trataré de hablar con Azucena sin que su madre se percate. ¡Anímate, hombre! Una cosa debe darte tranquilidad, si Celeste no se casó con él es porque te ama.

—Lo sé. No lo dudo. Ahora menos todavía, pero está sola allá afuera y ese hombre es su único refugio. Celeste cree que soy un canalla, que la abandoné. En esos términos si Celeste se refugia en los brazos de Carlos Enrique del Alba o en un matrimonio sin amor, yo sería el primero en perdonarla una y mil veces.

—Tal vez Azucena ya tenga noticias.

—Haré lo que me sugieres.

Fernando se dejó convencer. Al llegar al palacete de la familia Pontevedra, esperó oculto mientras su amigo acudía a intentar hablar con Azucena. En esas estaba cuando vio a Garcés salir acompañado de doña Angelina y su hija, se quedó estupefacto al comprender que caminaban hacia él. La señora lo abrazó con lágrimas en los ojos.

—¿Hijo, cómo pensaste que yo podría hacerte padecer así?

Fernando escuchó a Azucena relatarle que al volver a tener contacto con Gustavo, lo había puesto al tanto de todo lo ocurrido. Después de hacerlo, había llamado a su madre, asegurándole a Gustavo Garcés que no tenían por qué esconderse. Fernando respiró a profundidad, le tranquilizó saber que su tía no era la responsable de su encierro.

—Perdóneme usted, madrina. Caí en la trampa de Federico Navarro. ¿Entonces bendice mi amor por Celeste y acepta mis intenciones de casarme con ella?

—Pasemos al interior de la casa. Estos asuntos no se atienden en la puerta.

Los jóvenes siguieron a doña Angelina y ya adentro tomaron asiento en el amplio salón.

—Imagino que se están quedando en una pensión. Eso ya no es necesario, les ofrezco quedarse con nosotras todo el tiempo que consideren.

—Se lo agradezco —dijo Fernando.

—¿Ya desayunaron? —preguntó la señora.

—Hemos comido algo —dijo Gustavo Garcés—, pero un desayuno como Dios manda no lo hemos tenido desde que llegamos a La Habana.

—Iré a dar las instrucciones para que preparen la mesa para todos.

Cuando Fernando vio a su tía abandonar el salón, intentó decirle algo a

Azucena pero ella se le adelantó:

—Mi hermana no volverá a esta casa, no hasta que mi madre la convenza de que no tomará represalias contra Juana, amenazó con mandarla al cañaveral.

—Entiendo. ¿Cree que su madre esté hablando en serio?

—Mi madre es una caja de sorpresas. Hasta hace unos días estaba muy enojada por la desaparición de Celeste y porque mi hermana se negó a casarse con el señor del Alba. Desde que vino tía María Antonia y aclaró que usted no abandonó a Celeste, mi madre se tranquilizó. Supongo que ahora se enfocará en casarlos. Ella desea reparar el honor de la familia a toda costa.

—Y así será. Necesito encontrar a Celeste cuanto antes.

—Le haré una carta dirigida a Carlos Enrique del Alba. Espero que dé resultados. Iría yo misma a verlo pero no quiero más conflictos con mi madre. Ella está segura que yo le ayudé a sacar a mi hermana del encierro en que la tenía.

Fernando se percató que Azucena dejó de susurrar cuando se acercó su madre y él hizo lo mismo. Azucena se puso de pie y se retiró para elaborar la carta. Él se quedó vapuleado por las preguntas y los consejos de doña Angelina, mientras Gustavo Garcés le sonreía en son de burla. Para cuando ingresaron al comedor, doña Angelina aún tenía municiones en su arsenal para interrogarlo.

—¿Y bien, cuáles son tus planes de matrimonio con mi hija? ¿Dónde vivirán? ¿Si te casas con ella estás dispuesto a hacerte cargo de los negocios de nuestra familia? Tanto Celeste como Azucena un día quedarán a cargo de todo el patrimonio Pontevedra.

—Discúlpeme, primero encontraré a Celeste y después... —intentó defenderse Fernando.

—Claro que la encontrarás. ¿Qué tan lejos puede estar ella? Es

necesario hacerle saber que te encuentras aquí con nosotras y ella regresará por su propia cuenta. Por eso considero urgente que tanto su amigo como usted se hospeden en nuestra morada. Para evitar habladurías y dobles intenciones, te quedas aquí, la buscas y yo puedo ir planeando la boda.

—¿La boda? Lo que usted diga. Mañana mi amigo y yo estaremos aquí instalados.

—Mañana no, ahora mismo. Después del desayuno pueden pasar por sus equipajes. Aquí tendrán más comodidades y les permitirá tener la mente más fresca para encontrar a mi hija. Carlos Enrique del Alba sabe donde está. Es su cómplice. Por más que le he presionado se niega a darme razones. Habla con él y explícale que has regresado para cumplir tu palabra de matrimonio. Di que tienes mi consentimiento. Sólo así se convencerá. Él no tiene la menor oportunidad de ser correspondido por Celeste. Si ella no se casó con él creyéndote culpable de haberla abandonado, cuando Celeste sepa la verdad...

Fernando vio a Azucena pasarle discretamente la carta por debajo de la mesa y pidió disculpas para retirarse. Sentía que si permanecía un segundo más con doña Angelina las palabras de la señora terminarían por asfixiarlo, en sentido figurado.

—Disculpe, tía. Me tengo que marchar. Si sigo aquí conversando y engullendo estos deliciosos alimentos nunca encontraré a su hija.

—Tienes razón, ve. Ten mi bendición.

Fuera de la casa. Fernando leyó la carta de Azucena dirigida a Carlos Enrique del Alba. Ella le pedía que le revelara, sin reparos, al portador de la misma el paradero de su hermana. Fue directo a su quinta y no le dijeron que había marchado de viaje. Se dirigió al lugar donde lo había visto noches atrás, sosteniendo aún en su mano el papel que estrujaba con fuerzas. Trataron de pasar desapercibidos y se colaron en el interior. Los jóvenes atrajeron la

atención de Carmela, la que se les aproximó y les dijo:

—Ustedes de nuevo por aquí. Aún no hemos abierto. Espero que no vengan a buscar problemas porque me veré obligada a prohibirles la entrada de hoy en lo adelante.

—Lo de la otra noche fue lamentable. Me urge saber sobre el paradero del señor del Alba —le pidió Fernando.

—Afortunadamente hoy no vendrá. Así nos evitaremos problemillas inesperados. No se encuentra en La Habana.

—Quisiéramos invitarla a tomar una copa. ¿Nos concedería el honor? Necesitamos que nos diga dónde encontrarlo a la brevedad posible —la abordó con gentileza Gustavo Garcés.

—Si piensa que tiene la astucia suficiente para hacerme revelar detalles sobre el señor del Alba pierde el tiempo, no sé absolutamente nada —argumentó Carmela.

—Es urgente que hable con él, cuando lo vea dígame que Fernando Alvarado desea verlo, me estoy hospedando en el palacete de los Pontevedra.

Fernando le hizo una seña a Gustavo Garcés para abandonar el lugar de manera inmediata.

Regresaron a la pensión y empacaron sus pertenencias.

—¿Estás seguro de aceptar la hospitalidad de tu futura suegra? —le dijo Gustavo—. Estarás tarde y noche con el susurro gélido de doña Angelina detrás de tu oído. Es desesperante, un minuto más y me explota el cerebro. No soportaré tal manipulación constantemente entorno mío.

—Te ofrezco una disculpa, amigo. Tendré que acostumbrarme y ponerle frenos cuando sea prudente. Si me caso con Celeste, doña Angelina estará siempre cerca de nosotros. Tú no tienes porqué padecerlo. Puedes dejarme a mi suerte. Al parecer ya no me iré a Europa.

—Al menos tendrás tu final de cuento de hadas. Espero que tu matrimonio sea más próspero que el de tu hermano. Ustedes se aman de verdad, han luchado mucho para estar juntos. Te deseo de corazón que lo logren.

—Tú deberías pensar en lo mismo, en buscar a una buena mujer.

—El matrimonio no es para mí. Tengo otras aspiraciones y lo sabes.

—Y lamento no brindarte mi apoyo. Seré el hombre más feliz del mundo si me caso con Celeste y nos vamos muy lejos de esta isla, al menos hasta que la esclavitud sea abolida.

—Yo prefiero luchar para que eso suceda.

—Lo sé. Por eso eres mejor ser humano que yo. Me he dejado vencer, sólo quiero escapar de las imposiciones de mi herencia. Deseo emprender una aventura lejos de aquí pero con Celeste a mi lado.

—¿Y cómo le harás para dar con Carlos Enrique del Alba?

—Una vez que nos hospedemos en la casa de mi tía organizaré una partida de hombres y peinaré esta ciudad si es preciso, porque ese señor tiene que aparecer.

## LXVI



**A** media mañana arribó Antonio a la residencia de doña

Angelina Pontevedra en la capital, un impulso lo había hecho salir de Bellavista directo a buscar a Azucena. Sabía que ella era tan culpable e inocente como él mismo; eran tan jóvenes que podían olvidar y tratar de salvar su matrimonio. Convencido de que los dos merecían una segunda oportunidad llamó a la puerta. Al llegar doña Angelina lo recibió con una sonrisa.

—¡Antonio, qué sorpresa! Tu hermano estuvo aquí muy temprano. ¿Qué está sucediendo que ahora recibimos tantas visitas de Bellavista?

—¿Mi hermano en La Habana?

—Así es. Vino a buscar a Celeste.

—Me alegro tanto de que así sea —dijo Antonio con orgullo y fe en su hermano mayor.

—Él ya sabe que Celeste no se casó con Carlos Enrique del Alba y está decidido a encontrarla. Pronto tendremos una boda. Ya le escribí a tu madre y la puse al tanto de los pormenores.

—Le agradezco la gentileza, mi madre ha estado muy preocupada por

Fernando.

—Lo sé. De hecho tu hermano vendrá en un rato a instalarse. Le ofrecí quedarse aquí con nosotras.

—Es muy amable de su parte.

—Estaba segura que recapacitarías tarde o temprano. Hijo, sé que la falta de Azucena es irreparable pero ustedes son tan jóvenes, están a tiempo de recomenzar.

—He venido a hablar con ella. ¿Dónde está mi esposa? —le dijo Antonio negándose a aceptar intromisiones en su vida marital.

—Enseguida la llamo, sólo dale unos minutos para que se prepare y te reciba. Es que no se ha sentido bien.

Antonio no reparó en las palabras de doña Angelina, ni en sus convencionalismos ni en sus prejuicios. Desesperado, subió los escalones y fue hasta los aposentos de Azucena. La encontró sentada, ensimismada en los recuerdos, ojerosa y pálida. Aquella escena le caló los huesos. No tenía nada que ver con aquella joven risueña y traviesa que con picardía le había sugerido que le enseñara a cabalgar, aquella tarde que jamás pensó que entrelazaría al final sus caminos.

—¿Antonio? —dijo sorprendida.

Él se inclinó y sosteniéndole sus pequeñas manos dentro de las suyas le suplicó mirándola a los ojos:

—Perdóname.

—No merezco que me pidas perdón. Yo falté al juramento que te hice ante el altar —le dijo Azucena.

—Yo te traicioné siempre, no comprendí el regalo tan grande que Dios me daba contigo. Regresa a mi lado, eres lo único que me queda. Déjame pensar que también soy lo único que te queda a ti.

—Podría intentarlo, pero no sé si pueda sobrevivir a la convivencia

con Josefina y con tu madre. Lo siento, Bellavista es demasiado para mí. Aquí he encontrado la paz.

—Josefina ya no vive en Bellavista. Mi madre arregló su matrimonio entregándole a Lorenzo Santillán una dote demasiado considerable para ser rechazada.

—Aún así.

—Esta vez no quiero que nadie se interponga en nuestro matrimonio. Me iría a vivir contigo a donde quisieras.

—Podríamos vivir en La Celeste. Tampoco quiero alejarte demasiado de tus tierras, sé lo importante que es para ti. Le diré a mi madre que prepare su equipaje y dispondré de inmediato del mío.

—No, Azucena. Ahora comenzaremos solos, sin tu madre y sin la mía.

—Pero mi madre me necesita...

—No me hagas explicarte los motivos. Nuestras madres sólo nos causarían disgustos y a estas alturas es lo último que necesitamos —le dejó en claro lo que ella tantas veces quiso hacerle entender a él.

Azucena ordenó que le prepararan el equipaje y se dispuso a despedirse de su madre. Le comunicó que Antonio y ella habían resuelto sus diferencias y que se iban a vivir a La Celeste, por supuesto con su permiso. A doña Angelina le pareció muy bien. Quiso disponer todo para que se marcharan al amanecer del siguiente día. Se quedó pasmada cuando su hija le expresó:

—Me iré sin usted. Queremos estar solos, pensamos que es lo mejor para nuestro matrimonio.

—Así me pagas todo lo que he hecho por ti. Dejándome sola y enferma —se quejó doña Angelina.

—Usted ya está mejor. No la olvidaré, vendré a visitarla seguido y usted puede ir a visitarnos tan a menudo como lo desee. Debe estar aquí para

cuando Fernando encuentre a Celeste. Tiene una boda que preparar, además, invitó a Fernando y Gustavo Garcés a hospedarse aquí.

—Fernando puede instalarse sin necesidad de mi presencia. Regresaré cuando la encuentre y me quedaré hasta la boda pero mi lugar es contigo. Sabes que Celeste no me querrá a su lado una vez que se case. Menos ahora que se ha confabulado con Juana, esa esclava la hará volverse en mi contra. No me esperará una buena vejez con ella.

—Deje a Juana en paz, así Celeste y usted podrán reconciliarse y entenderse mejor.

—Nunca será lo mismo con Juana de por medio.

—Lo siento, madre, ya está decidido. ¿No está feliz por mí? Al final estoy haciendo lo que usted quería, estaré con mi esposo. Necesitamos un tiempo para entendernos a solas.

—¿Y se van a ser felices justo a mi hacienda, herencia de mis padres? No viene con el legado de tu padre, es mi propiedad.

—Y ya le he pedido permiso. Antonio nos ayudará con nuestros negocios ahora que no está Federico Navarro. No me desentenderé de usted.

Ante las suplicas de doña Angelina de acompañar a su hija y las repetidas negaciones de Azucena, la señora exasperada le gritó:

—¡Eres una malagradecida igual que tu hermana! No se merecen todo lo que me sacrifiqué por las dos. ¡Vete! Pero no vayas para La Celeste, no mereces vivir ahí. Es la hacienda de mi familia, de los herederos Cáceres y esa sangre no corre por tus venas. No quiero verte más. Debí dejarte en la casa cuna de donde te recogí. Creciste con todos los honores de una Pontevedra y Cáceres. Lo tuviste todo, hasta te di un padre que no pudo ser más amoroso contigo. Así me pagas, dejándome sola y enferma en este inmenso caserón. Esperando a que me muera para heredar una fortuna que no te corresponde.

Antonio escuchó cada una de las palabras pronunciadas por doña Angelina sin decir nada, pero cuando la señora volvió a abrir la boca para lastimar de nuevo a su esposa no pudo aguantar más. Sintió la sangre hervirle y tuvo que sostenerse de algo para controlarse. Vio a Azucena derrumbarse y llorar como nunca en su vida.

—Lo único verdadero que creía tener era a mi madre y ahora también descubro que no era cierto —dijo Azucena, quien por unos minutos había recobrado un poco de color en las mejillas ante la idea de irse a vivir con Antonio y ahora tras las palabras de su madre, su rostro había quedado tan pálido y frío como el hielo.

Antonio la levantó y la dejó que se recostara en su hombro. Intentó confortarla:

—Vamos, olvídalo y piensa en la vida que te espera. Tendremos hijos que te llenaran de felicidad. Construiré una casa para ti donde nadie podrá reclamarte nada porque será legítimamente tuya, regalo de tu esposo. Tengo los cafetales, todo lo mío es tuyo.

Azucena miró fijamente a su madre y le dijo:

—Madre, usted es la persona que más he querido, la que más he admirado, sin embargo nunca me ha dejado ser feliz. Siempre nos ha reclamado a mi hermana y a mí el habernos enfrentado al mundo para buscar la felicidad y ni siquiera pensó que teníamos derecho a luchar como usted lo hizo. Usted no se conformó con su suerte y salió a reclamarle a la vida las hijas que le había negado. ¿Y para esto? Sólo quiero preguntarle, si tanto nos quiere... ¿Por qué? —Azucena esperó en vano una respuesta, doña Angelina le dio la espalda y esa fue toda su contestación—. Sé que recapacitaré, cuando lo haga recuerde que la voy a estar esperando pero bajo mis condiciones. No cederé. Esta vez no. Quiero ser responsable de mis actos, para sentirme orgullosa de mis alegrías y no tener que culpar a nadie de mis fracasos. Lo que

le prometí sigue en pie, la recibiré cuando guste visitarme, me ocuparé de usted pero tendrá que ser amable conmigo y con Antonio.

Antonio no quiso siquiera intentar entender a doña Angelina. Tras la bondad de las palabras de Azucena no pudo concebir por qué cuando la joven salió, su madre ni siquiera volteó para verla. Antonio ayudó a su esposa a acomodarse en el carruaje y volvió por su equipaje. Entonces vio a la señora sollozando. Doña Angelina lloró como no lo hacía desde que era una niña y él no supo qué hacer o si debía decir algo.

—Tía, lo lamento tanto.

—No digas nada, Antonio. Consuela a tu esposa y hazla feliz. Yo recurriré a la única persona que puede confortarme en ese momento, le escribiré a mi hermana.

—Hay algo más. A pesar de todos los desaciertos alrededor del nacimiento del niño de Celeste, usted fue compasiva con el sufrimiento de mi prima. Sé que no le dijo la verdad para no lastimarla más, pero tal vez nos hubiésemos ahorrado muchos dolores de cabeza si le hubiese dicho lo sucedido desde que comenzó a preguntar.

—¿Pero qué le iba a decir? Ella estuvo ahí, lo vio, lo lloró. Si su mente creó esa ilusión de que se lo arrebatamos, para no enfrentar la pena desgarradora de perder un hijo, ¿quién soy yo para lanzarla de cabeza a su dolor?

En ese instante, Fernando Alvarado y Gustavo Garcés arribaron con su equipaje. Doña Angelina, respiró hondo al comprobar que por segundos los recién llegados no la escucharon. La señora pidió unos minutos por su indisposición y le ordenó a su esclava de confianza que acomodara a los señores.

—Tú que llegas y yo que me voy —le dijo Antonio a su hermano.

—¿Pero qué ha pasado aquí?

—Lo de siempre. Una familia complicada. Lejos de casarnos con alguien de muy lejos, insistimos y ahora tenemos una dosis de doña María Antonia al doble. Nuestra tía está algo sensible porque Azucena partirá conmigo. Vine a buscarla. Creo que aún podemos reconciliarnos.

—Bien por ti.

—Hay algo que tengo que decirte. Ya sé donde está Celeste. Carlos Enrique del Alba me dio la dirección.

—¿Por qué? A mí me lo negó.

—Supo que amas a Celeste y que nunca la dejaste.

—¿Se dio por vencido?

—Quiere que ella sea feliz. Tengo que decirte algo sobre tu hijo. Toma asiento, por favor. Agradezco que Gustavo esté aquí con nosotros, en este momento tan difícil. Sabes que te quiero, hermano.

Antonio se atrevió a decirle la verdad que él necesitaba conocer.

## LXVII



**Y**a casi al  
mediodía, Celeste  
observó su

equipaje listo. Era la fecha indicada en que el barco zarparía. Celeste le había prometido a Carlos Enrique que no partiría hasta encontrarse con él y recibir noticias sobre la búsqueda del pequeño. Como Celeste había perdido las esperanzas decidió no esperarlo. Vislumbrando la hora de partir, se despidió de su amiga y le agradeció por todo su apoyo, así como por el tiempo que la acogió en su nuevo hogar. Dijo adiós a Luz María antes que empezara a sollozar y su amiga le comentó sin reparos:

—Estoy preocupada, Carlos Enrique del Alba aún no ha llegado. Pienso que es una tontería lo que pretendes hacer. ¿Qué le diré cuando venga y vea que no estás?

—Lo esperaré en el muelle. Estoy segura que llegará a tiempo. De lo contrario será mejor así —dijo Celeste para evitar dar explicaciones, ni tener un enfrentamiento mayor.

—Todavía es temprano. ¿Por qué no esperas un poco más, aquí conmigo?

—Tal vez no tuvo valor para despedirse de mí.

—Mandé por noticias, él aún no ha llegado de viaje. ¿Y si encontró rastros de tu hijo? Su demora puede deberse a eso —insistió Luz.

—No quiero quedarme para verlo llegar con las manos vacías. No sabes cuánto lo hemos buscado. No hay posibilidades de encontrarlo.

—Entonces debes resignarte.

—¿Resignarme? Nunca. Voy a encontrar a Fernando y él tendrá que ayudarme. Sé que cuando sepa lo que hicieron con nuestro hijo no descansará hasta hallarlo, le exigirá a su madre que diga lo que sabe.

—Es más difícil que encuentres a Fernando que a la criatura.

—Lo intentaré.

—Carlos Enrique del Alba te prometió que lo traería. Espéralo. —Luz le pidió a Juana que hiciera desistir a Celeste de aquella locura pero sólo consiguió acelerar su partida—. No estaré tranquila hasta que me escribas desde allá. Por favor, acude a la casa de los amigos del señor del Alba.

—Siempre te estaré agradecida. Fui muy afortunada al encontrarte aquel día en que estaba tan desamparada. Te dejo una carta para Azucena, por favor, dásela cuando ya me encuentre navegando.

Antes que Juana y Celeste se subieran a la calesa, Luz se despidió de su amiga con lágrimas en los ojos.

Celeste se marchó convencida de la decisión tomada; llegó con antelación a la hora de partida y decidió aguardar en el puerto la llegada de Carlos Enrique, sólo hasta que indicaran abordar. Su instinto le pedía subir al barco de una vez, por temor a que ella o Juana fueran reconocidas por alguien pero decidió esperar. No dejaba de mirar de un lado a otro, tratando de percibir si todo estaba en calma y nadie representaba un peligro para ellas. Minutos después, Celeste comenzó a impacientarse. Cada segundo que

transcurría la ponía más nerviosa pero estaba decidida a no dar marcha atrás. Juana permanecía a su lado tratando de serenarla. Trató de distraerla con las bondades del puerto, que estaba más lleno de personas que de costumbre, la gente iba y venía en todas direcciones. Para no llamar la atención, ella y Juana se colocaron unas mantillas sobre la cabeza, tratando de cubrirse parte del rostro y continuaron embelezadas con la belleza de la bahía, que contrastaba con los buques, con el comercio próspero y con toda la riqueza que albergaba La Habana proveniente del café, del tabaco pero sobre todo del mercado del azúcar.

## LXVIII



**P**ara cuando Carlos Enrique del Alba llegó a casa de Luz

María, buscando apresurado a Celeste, ya era demasiado tarde. Al enterarse que aquélla ya se había marchado, no perdió tiempo. Se despidió de Luz que aún no salía de su asombro por las palabras atropelladas que alcanzó a comunicarle sobre lo acontecido en su viaje. Justo en ese momento, en que se disponía a subirse nuevamente al coche, apareció Fernando Alvarado junto con su amigo, indagando por Celeste. Fernando intentó entregarle la carta que le había dado la noche anterior Azucena, pero ante las palabras exasperadas de Carlos Enrique por la prisa que llevaba, se detuvo de inmediato.

—¿Cómo llegó hasta aquí? —le preguntó el joven del Alba al recién llegado.

—Mi hermano me dijo dónde encontrar a Celeste —dijo Fernando.

—¿No se había ido usted de viaje?

—No pude hacerlo sin hablar con Celeste. Exijo verla.

—Entonces súbase, no hay tiempo que perder.

—¿Por qué debería confiar en usted? Primero me envía a este sitio y

ahora quiere deshacerse de mí. Sé de muy buena fuente que ella está en esta casa. ¡Celeste! ¡Celeste! —Fernando comenzó a llamarla a todo lo que daba su voz.

—Fernando, entrégale la carta de Azucena y así se pone fin a esta discusión de una vez —dijo Gustavo Garcés y se acercó a su amigo para intentar quitarle el pedazo de papel al que se aferraba.

Ante los ojos atónitos de Garcés y los de Luz María, Carlos Enrique del Alba agarró a Fernando por la solapa y lo empujó con fuerzas hacia el interior del coche y le dijo a la par que el cochero agitaba los caballos:

—No siempre soy tan amable con un adversario.



Lejos de allí, Carmela acababa de cerrar el trato en el que dejaba de ser la propietaria de la casa que la había visto nacer. Le dio tristeza abandonarla y encima dejarla convertida en una casa de citas de dudosa reputación, luego de que su madre la había mantenido como una casa decente durante tantos años: «Yo no supe hacerlo como tú, madre. En fin, son sólo paredes y ventanas, simplemente materia, lo importante será lo que sigue, mi vida», fue su último pensamiento cuando entregó las llaves.



Después de ocuparse de Fernando, Carlos Enrique del Alba llegó como de costumbre al salón y pidió una botella de vino. Una muchacha salió a decirle que aún no habían abierto.

—No importa, sólo vine a beber y a conversar con una amiga —dijo

Carlos Enrique confiado en que de un momento a otro, Carmela saldría y tendría con quien desahogar su pena reciente.

—Carmela nos ha dejado. Ayer fue su despedida, fue una fiesta magnífica. Por cierto, me extrañó que usted no estuviera presente —dijo la joven.

—¿Se ha marchado con el marqués? —le preguntó.

—Sólo sé que en unos días se marchará al extranjero, ya no vive aquí.

—¿Pero qué está sucediendo que todos se quieren marchar de esta isla?

Carlos Enrique se despidió de su interlocutora y se montó en su caballo de un salto, partió a todo galope. Pensaba que era demasiada mala suerte para un solo día. Al llegar a la casa de Luz María, sin desmontarse la llamó y le preguntó:

—¿Sabe del paradero de Carmela?

—Amigo mío, por fin decídase —dijo Luz asomándose al balcón—. No he conocido a un hombre más difícil que usted. Acabo de ver como se le escapaba el alma con la partida de Celeste y ya está nuevamente corriendo detrás de otras faldas.

—¿Me puede responder la pregunta? ¿Sabe si está en compañía del tal marqués? Me contó que se marchará con él a Europa.

Luz no paraba de reírse a carcajadas.

—¿Me buscaba? —le dijo Carmela apareciendo de improviso en el balcón—. ¿En qué puedo ayudarlo? Fue muy afortunado, casi no me encuentra aquí. Como le había dicho tengo planes.

—Vengo a pedirle que no se marche. Si me deja el mundo se me derrumbaría encima. Usted es todo lo que me queda —suplicó él.

—Hace años atrás cuando sólo tenía dieciocho años renuncié a la posibilidad de casarme, aunque fuera sin amor. Lo dejé todo por un joven

amante que luego de satisfacerse en mi cama, desapareció. Sola, joven y desesperada me dejé corromper por las malas amistades que ese mismo joven me presentó —dijo Carmela.

—¿Siempre se refirió a mí? —preguntó él—. Y yo que me moría de celos. Créame que en esos años de juventud no pensaba con sensatez.

—Ahora la vida me está regalando otra oportunidad, con un hombre maravilloso. No renunciaré de nuevo. ¿De qué sirve entregar el alma si te la van a devolver hecha añicos? —dijo Carmela.

Carlos Enrique avergonzado bajó la mirada mientras trataba de mantener quieto al caballo, añadió:

—¿Qué le ofrece ese marqués, ser su amante? ¿Qué puedo darle para que sea una oferta más tentadora? —recapitó y aún suplicándole le dijo—: Tengo una casa esperando por la llegada de una esposa. Está rogando por su presencia, Carmela.

—Yo no sabría ser la esposa de alguien —dijo ella muy seria.

—Estoy seguro que sabrá ser la mía.

—¿Está delirando? ¿Por qué aceptaría? ¿Por qué dejaría a un marqués que me lo ofrece todo, por alguien tan inestable como usted?

—Porque me ama.

—Es un presuntuoso. No me casaría con usted sabiendo que sigue amando a Celeste Pontevedra.

—Usted sabe cuán grande es mi corazón. Sobra espacio para quererla a usted, a Celeste y a muchas más.

—Así menos tendrá mi aceptación. ¿Por qué renunciaría a un hombre que sería exclusivamente mío, por uno como usted que me hará sufrir más de la cuenta?

—Porque usted me comprende —le dijo sonriendo—. Haré todo lo posible porque mi corazón sólo le pertenezca a usted... y mi cuerpo también.

—¿Sabe qué significa casarse con una mujer de una reputación como la mía? —preguntó Carmela.

—No creo que sea problema para mí. Digamos que me encantaría averiguarlo.

—¿Está seguro? —le dijo Carmela.

La risa de Luz María ya no le pasó desapercibida a Carlos Enrique. Era como si ella supiera que Carmela se marcharía sola y que lo del marqués era sólo algo que había inventado para provocarle celos al señor del Alba. Carlos Enrique sospechó de pronto, no resistió la duda y les preguntó:

—¿No hay tal marqués? ¿Verdad?

Carmela lo reconoció y sin poder evitarlo ella también comenzó a reírse. Él terminó por soltar también una carcajada y por bajarse del caballo para alcanzar a las dos que le habían jugado una terrible broma.

—Lo siento, ni sé por qué lo inventé. En cuanto a lo de mi partida no hay engaño —le dijo Carmela al tenerlo enfrente.

—No tienes que irte. Te propuse matrimonio. Es una propuesta muy formal —le dijo él que tampoco podía parar de reírse.

—Acepto —dijo ella.

—Me haces un hombre feliz. No podría vivir sin tu compañía.

## LXIX



**C**eleste ya había  
abordado el  
trasatlántico al ver

que Carlos Enrique del Alba se demoraba, sentía miedo pero con Juana a su lado se terminó de convencer de la decisión que había tomado. Habían dejado el equipaje en el camarote y por segunda vez habían subido a cubierta. Celeste se quedó allí y observó como todos se despedían de sus familiares, resignada, sujetó con fuerzas la mano de su madre.

—El señor del Alba te pidió que no partieras hasta su regreso. ¿Estás segura de seguir adelante? —le preguntó Juana.

—Es mejor así. Me habría querido acompañar y ya me he aprovechado demasiado de su amabilidad —murmuró Celeste. Intentó dejar firme el brazo de la mano con la que se sostenía de Juana, para que su madre no percibiera el miedo que se le escapaba como un suave temblor.

—Dios nos proteja —dijo Juana y le susurró mientras se soltaba dándole unas palmaditas en el hombro—: Vamos a estar bien.

Juana se dirigió al camarote a acomodar el equipaje. Aún faltaban algunos minutos para zarpar, Celeste los pasó meditando, estaba enfrascada en

sus pensamientos cuando fue sorprendida por los leves movimientos del barco. Sintió enormes deseos de bajar. Pavor de nunca poder encontrar a su hijo, temor de no volver a ver a todos aquellos a los que amaba. Se sujetó con fuerza a la barandilla de la nave.

Así dejaba su tierra, quería verla hasta que se perdiera en el horizonte. Dejaba atrás un sinfín de alegrías y desilusiones. Le venían imágenes a la cabeza: de su niñez al lado de su padre, de su hermana y de las cabalgatas matutinas por el prado de Bellavista, del río, de los cañaverales, de su nana Mercedes contándole un cuento antes de dormir, de los paseos en calesa por las calles adoquinadas de la capital y veía a Moisés con su sombrero negro conduciendo a los caballos con una sonrisa llena de juventud. Así, recordando sólo momentos felices le llegaba el olor a jazmines de La Celeste, la hacienda de los Cáceres por muchas generaciones. Recordaba el dintel de la entrada que tenía grabado su nombre y se sentía feliz de ser la única mujer de su familia en llamarse así, en honor a la tierra donde había nacido. Ella, cuya sangre era la mezcla de dos razas, fue la designada por el destino y por Dios para llevar aquel nombre que conectaba su alma a esa hacienda de por vida.

—Algún día regresaré por todo lo que me quitaron—susurró.

Al decirlo, pensaba en la tierra que la había visto nacer, en el derecho de amar que le habían arrebatado y más que nada en su hijo. Sumergida en sus pensamientos no se percató que alguien la escuchaba por detrás, hasta que sintió una respiración cerca de su espalda. Una voz conocida le susurró:

—¿Te conformarías con recuperar a tu primer amor?

Celeste se giró de golpe. Al verlo se quedó en silencio y con timidez se dejó abrazar sin poderlo creer. Trepido de emoción, las palabras se le agolparon unas con otras en la garganta y no salieron, se arremolinaron. Sintió que el barco comenzaba a moverse más rápido y hasta pensó que perdería el equilibrio. Conteniendo la respiración, miró atrás la ciudad que quedaba, se

volvió a él y conmovida, no pudo contestar a aquella pregunta. Fernando le susurró abrazándola:

—Nunca te abandoné. Es un viaje tan largo que alcanzará para contártelo todo —anunció él y le extendió un envoltorio de tela blanco; Celeste lo tomó en sus manos y continuó temblando, temiendo no tener valor para sostenerlo—. Sólo tómallo en tus manos. Es la tierra que descansa a los pies de la tumba de nuestro hijo.

Celeste perdió la fuerza de sus piernas, volvió a sentir aquel tierno cuerpecito que había tenido en sus brazos tan sólo unos instantes, el que no había sobrevivido tras el nacimiento y había perdido la primera batalla importante de la vida. Fernando la sostuvo, mientras ella iba recordando aquel episodio que había decidido inconscientemente borrar. Lloró y esas lágrimas le recordaron aquéllas que había llorado cuando su hijo había exhalado su último aliento de vida. Recordó a su tía, doña María Antonia, como la había levantado del suelo en el que se había dejado vencer y había llorado junto con ella. Recordó a su madre, doña Angelina y su mirada esquiva, cada vez que inventaba una mentira para no herirla aún más con las palabras que Celeste conocía, y que obcecada por el duelo, se había negado a escuchar.

—Mi hijo no sobrevivió, no lo hizo. Nació mucho antes de lo esperado, el parto fue terriblemente complicado. Tu madre llegó como enviada del cielo y me ayudó, me ayudó tanto que ni siquiera se atrevió a sacarme de mi confusión. Dios mío. Ahora recuerdo todo.

—Todos respondemos diferente ante el dolor y créeme que nadie de la familia te lo reprocha. Para todos ha sido angustiante —dijo él.

Celeste apenas lanzó un gemido, muy cerca de los labios de Fernando, mirándolo a los ojos y le dijo:

—Pensé que estabas en Europa. Iba con la esperanza de encontrarte aunque todos me dijeran que era algo imposible.

—Casi me voy realmente pero no pude marcharme sin verte una vez más. Necesitaba decirte cómo me habías acabado la vida. No sabes la dicha que sentí cuando Azucena me dijo que no te habías casado. Ella me reveló que sólo Carlos Enrique del Alba sabía dónde encontrarte. Él fue quien me dio esto para ti —dijo sujetando la mano de Celeste que apretaba el envoltorio blanco con toda su fuerza.

—Aún no entiendo cómo me encontraste cuando fui yo la que salió a buscarte.

—Disfrutemos el silencio de este momento. Vivamos el presente y con la ayuda de Dios, el futuro.

Juntos miraron como la isla se desvanecía a lo lejos, les dio tristeza dejar su tierra pero en el fondo de sus corazones, sabían que algún día regresarían. Ahora lo importante era que estaban juntos. Juana llegó después y al verlos tampoco dijo nada, también se quedó mirando hacia la línea infinita que une al mar con el cielo, con lágrimas en los ojos. Celeste dejó que aquel pedazo de tela con su contenido y todos sus recuerdos, reposara sobre las olas y poco a poco se fuera sumergiendo en el mar.

Si miro profundamente al horizonte  
es que estoy sumergida en los recuerdos,  
despidiendo lo que no me puede acompañar,  
reconciliándome con el presente;  
pensando en el momento en que mis pies pisen tierra firme.

Advertiré el aire cargado de inmovilidad;  
me sentiré estática en una tierra extraña;  
trataré de recordar la sensación  
que solía sentir cuando mi isla

se dejaba arrastrar como este barco  
por las cálidas olas del mar Caribe.

Me quitaré los zapatos  
y aunque digan que estoy loca,  
caminaré descalza sobre el suelo mojado y frío;  
cerraré los ojos, creeré que estoy en casa  
y seguiré amando cada palmo de mi jardín  
mío, mío, mío.

## LXX



### *París un mes después del arribo.*

**U**n mes le había tomado a Celeste, tras su arribo a París, dejar de deslumbrarse con las enormes diferencias entre su ubicación actual y su país de origen. Sin dudas el clima era a lo que más le costaría acostumbrarse, pero no cambiaría su vida. Había arriesgado todo por un amor, de esos que podrían incluso haberla llevado a perder la razón. Aún no había alcanzado la paz, ni siquiera la resignación tras la ausencia de su criatura. Se confortaba en conocer esa otra faceta de Fernando Alvarado que distaba mucho del señor de Bellavista, dueño de tierras y esclavos, se quedaba con esta versión. Podía disfrutarlo a plenitud y le descubrió virtudes que ni sabía que tenía, sobre todo la bondad de su alma. Él había aceptado el trabajo en La Sorbona, la había presentado como su esposa ante sus conocidos, porque de lo contrario, si supieran que ni siquiera se había celebrado un compromiso con todos los requerimientos que la sociedad establecía, él no habría podido continuar ahí. Habían acordado renunciar a una boda pomposa, incluso a vivir

ese instante junto a sus seres queridos, y acordaron una ceremonia discreta sin más invitados que Juana y un par de amigos de Fernando, gracias a la benevolencia de un sacerdote conocido en un iglesia modesta.

Los nervios la recorrían entera mientras aguardaba con Juana entrar a la iglesia, a última hora, le dijo a su madre:

—No puedo creer lo que está por suceder, al fin seré su esposa.

—Gracias a Dios, hija mía, deseo que ese matrimonio sea muy bendecido.

Un par de lágrimas se escaparon de los ojos de Celeste; Juana, con unos lagrimones más gruesos aún recorriéndole las mejillas, le dijo:

—¿Y ahora qué te roba la felicidad, mi niña hermosa?

—Pienso en mi padre, siempre imaginé que me conduciría al altar.

—No pienses en todos los que no están. Don Diego te bendice desde el cielo igual que mi difunta madre e incluso mi mulato lindo, Moisés, que se fue en la flor de su juventud. No llores más la pena de los que no están —añadió y Celeste intuyó que también se refería a su pequeño, y que no lo había mencionado para no ocasionarle una pena mayor.

—Mi madre Angelina hubiera disfrutado tanto este día, al igual que Azucena, pero Dios quiso que tú, madre querida, que ya te habías privado de todos mis momentos fueras la que pudieras disfrutarlo.

—Sonríe, que mi niño Fernando no te vea llorar.

—Por otro lado Fernando ha estado un poco taciturno desde que comenzamos los preparativos para el casamiento y me pregunto por qué. ¿No lo has notado extraño?

—Lo que sea que le robe el sueño a Fernando te lo dirá cuando tenga que ser.

—¿Será que se ha vuelto a encontrar con Isabel?

—No te atrevas a desconfiar de tu futuro esposo. ¿Qué más quieres que

haga para probar cuánto te ama?

Antes de dar el primer paso en dirección al altar, aún secándose las lágrimas que empañaban el brillo de su rostro, una pareja hizo acto de presencia a toda prisa antes de perderse el enlace matrimonial. Llegaron por detrás y tuvieron que hablar para alertar a la novia de que los esperara.

—¿Querida prima, me concede el honor de entregarla a su futuro esposo?

Al escuchar el timbre de su voz, Celeste se giró de improviso provocando que las capas de su amplia falda le dieran la apariencia de un ángel flotando. Corrió hasta Azucena y Antonio, los abrazó con efusión.

—¿Mi hermana menor en París? —preguntó.

—Me invitaron a una boda —contestó la aludida.

—Todo tan sencillo como subirse a un barco y navegar tantísimo tiempo.

—Un hombre enamorado nos escribió, pensé que no llegaríamos a tiempo pero arribamos ayer y nos obligó a permanecer escondidos para sorprenderte. No veía la hora de abrazarte.

—Imagino que no ves la hora de conocer la ciudad. ¿Y quién ha quedado al frente de los ingenios, los cafetales y todos los negocios de la familia?

—Por el espacio de tiempo que permaneceremos, doña María Antonia se ofreció a no descuidarlos y confío ciegamente en ella —dijo Antonio con propiedad—. Tanto mi madre como tía Angelina harían lo que fuera con tal de que ustedes dos terminen de unirse en santo matrimonio, hasta creo que nos enviaron para cerciorarse de que sea cierto y que el honor de la familia quedé reparado de una vez.

Antonio le ofreció el brazo a Celeste y ella lo tomó de una vez antes de que el novio muriera de impaciencia.

Caminaron lentamente mientras la felicidad de Celeste se desbordaba por sus ojos. Fernando había logrado que aquella representación de la familia le hiciera creer que su boda tenía lugar en casa, y cuando desfiló por la alfombra y se dispuso a buscar la azul mirada de su amado, se topó con una sorpresa más, una que le hizo detenerse, a la par que las lágrimas volvieron a nublarle la vista. No entendía nada o no podía entender. De golpe todo el amor con el que vio crecer su vientre durante el embarazo la hizo sacudirse por dentro, fue un vuelco de sensaciones que le hicieron recordar las pataditas que había percibido durante su gestación. Fernando Alvarado, el mismo que le había robado el corazón, permanecía parado junto al altar y en sus brazos, tenía un rollizo bebé. Las lágrimas siguieron bajando y Celeste no podía moverse, Azucena se acercó a ella y le tomó una de sus manos, la instó a avanzar.

Celeste caminó aún con el rostro empapado, del brazo de su cuñado, hasta que se detuvo frente a su futuro esposo.

—El señor del Alba me pidió decirte que al final pudo cumplir su promesa —le dijo Fernando.

—¿No me digas que tu madre mintió? ¿Otro engaño? ¿Al final mi pequeño estaba vivo?

—No, mi madre quedó tan impresionada como tú y yo. Tras la confesión de doña Brígida, ató cabos y se dio cuenta de lo ocurrido. Resulta que el señor del Alba en su intento de encontrar a nuestro hijo dejó una amenaza dirigida a doña Brígida en la casa cuna, la mujer tuvo noticias de la intimidación y llena de miedo buscó a Carlos Enrique del Alba y confesó.

—Aún no entiendo nada, Fernando.

—Cuando nuestro hijo nació y sufrieron su terrible pérdida, mi madre quedó desorientada, se sintió culpable por el fallecimiento del bebé, lloró, se lamentó y se atribuyó toda la responsabilidad. Doña Brígida sacó el

cuerpecito inerte de la habitación y mi madre le siguió detrás. Lo depositaron sobre una cama en otra recámara mientras mi madre reorganizaba los planes, no sabía qué hacer ni cómo enfrentar la situación. Le pidió perdón al pequeño, le suplicó que reviviera, que no lo apartaría jamás de tu lado. Te habían dejado desmayada por el esfuerzo, así que cuando oyeron tus gritos ella se preocupó. Doña Brígida dijo que se ocuparía de ti. La señora refirió que imaginó que era la angustia que sentías por ver el destino de tu hijo, pero al regresar a la habitación descubrió a la partera trabajando, pensó que estabas expulsando la placenta, por lo que se quedó fría al comprobar que habías traído al mundo a una segunda criatura. Ya tenía su paga por la deshonrosa labor con que pretendía salvaguardar el honor de los apellidos Pontevedra, Cáceres y Alvarado, así que tomó a la criatura y desapareció, antes que mi madre se arrepintiera del trato y cumpliera la promesa que le había hecho al primer niño que había nacido. Tú estabas obnubilada por el dolor físico, por la pérdida, por...

—Para, para —dijo Celeste y extendió los brazos para abrigar en su pecho a ese pedazo de sí que había navegado los mares para llegar a su encuentro. Lo abrazó y lloró sin dar crédito a lo que estaba viviendo, y los recuerdos terminaron de llegar.

Fue una ceremonia doble, se casaron y bautizaron al hijo que había vuelto a sus brazos, y todo regresó al camino original como siempre había sido su destino.

## EPÍLOGO



**L**as

cálidas aguas del mar Caribe se arremolinaban delante del barco. Ni diez años habían cambiado esa sensación, de la brisa suave, cargada de gotitas de sal, que se pegan en el rostro dejando la piel oliendo a mar. La isla había cambiado en muchos aspectos, pero seguía teniendo el mismo aroma a costa virgen.

Si la vida le había robado a Celeste su primogénito, más tarde la había recompensado, en su afán de quitar y de dar, con tres hijos, un varón que ya tenía diez años años, el hermano sobreviviente y unas gemelas de cinco. Los tres eran la adoración de su abuela materna, Juana, la que los había podido disfrutar desde la más tierna edad. Celeste Pontevedra ahora la señora de Alvarado, había intercambiado miles de cartas con las personas que amaba

desde París, pero las que recordaba en el momento que arribaba a la tierra que la había visto nacer, eran las de Azucena. Todo había tomado su curso, según le había dicho su hermana, y nuevamente Bellavista era el centro del universo de su familia. Allá los estaban esperando y gracias a aquellas cartas no estaba a la expectativa, de qué les deparaba su regreso.

Doña María Antonia, al enterarse que doña Angelina se había quedado sola en su palacete del Cerro, la había invitado una temporada a la hacienda, lo que se había prolongado indefinidamente. Azucena vivía cerca de ellas, en la casa que le había prometido su esposo, junto con sus dos hijas menores. El mayor había partido hacía unos años a estudiar a Europa, bajo la tutela de su tío Fernando y ahora regresaba con ellos. A Antonio Alvarado, al fin le había llegado el amor que tanto necesitaba para darle sentido a su vida, su esfuerzo por sacar adelante a los suyos se vio recompensado, la luz de sus ojos era Azucena. Ella había logrado apaciguar su alma al lado de su dulce esposo. Josefina de Santillán, seguía viviendo en el pueblo, con la estabilidad y la familia que tanto había anhelado, la que casi estuvo a punto de arrancarle la cordura, mucho antes de tenerla. La guardia finalmente había atrapado al licenciado Federico Navarro, el que tuvo que devolver lo hurtado y responder legalmente ante las autoridades por su fechoría, terminó encerrado en una prisión para cumplir su condena. Y al tanto de todas estas noticias, Fernando y Celeste arribaban junto a sus hijos, su sobrino y Juana.

El recorrido hasta la hacienda, fue largo, tortuoso y lleno de recuerdos que iban cobrando vida mientras avanzaban. A Celeste nunca le había parecido tan largo el viaje hacia Güines, ahora se arrepentía de ignorar las recomendaciones de Fernando, que le había sugerido pechoctar en la capital y descansar ahí un par de días, para luego partir hacia la hacienda. Estaba tan ansiosa de volver a ver a su familia que no quería atrasar el momento de estrecharlos en sus brazos. Por más que quería mantener su pensamiento en el presente, a medida que seguían acercándose, rememoraba los últimos agitados momentos que había compartido con cada uno de sus seres queridos, al igual que aquellos a los que ya no vería porque el tiempo había sido demasiado largo para que su longevidad les permitiera esperarla, como doña Matilde de Pontevedra, su abuela.

Antonio les fue a recibir a la estación de ferrocarril y les condujo a Bellavista. Les reveló que todos sus familiares, hasta las tías paternas doña Nora y sor Elena, se habían dado cita en Bellavista para recibirlos. Celeste iba con el corazón dando saltos. Cuando se introdujeron en ese mágico paisaje, toda su niñez y su juventud se le vinieron de golpe, en recuerdos que cabalgaban al compás del galope de los caballos. Sus hijos la miraban y se regodeaban en la felicidad de su madre. Juana sonreía a la par de su hija. Fernando, su amado, el hombre que había logrado hacer feliz a Celeste todos estos años, le sostenía la mano.

La hacienda ya no era la misma, pero la esencia podía sentirse en cada uno de los árboles y de las edificaciones que se habían mantenido erigidas a lo largo de los años. Le sorprendió ver que los esclavos estaban mejor vestidos y calzados que antes de irse, y que una atmósfera muy diferente se podía respirar. En su recorrido pasaron cerca de una construcción nueva, la enfermería.

—¿Qué ha pasado aquí? —le preguntó Celeste a Fernando.

—Fue la condición que le puse a Antonio para seguir a cargo de Bellavista, un trato justo para cada uno de los esclavos, hasta que llegara el tiempo para abolir la esclavitud.

—¿Y ese tiempo cuándo llegará para nuestra isla?

—Más pronto de lo que imaginas —le dijo justo cuando el coche se detuvo frente a la casona.

Todos llegaron a abrazarlos, doña María Antonia, doña Angelina, Azucena, Josefina y su esposo, los sobrinos que aún no habían podido conocer, las tías paternas, e incluso, el ahora don Gustavo Garcés con su esposa.

Ver a sus familiares, tantos años después, le produjo a Celeste una sensación que no sabía explicar, la desarmó por dentro, la dotó de energía, la indujo a llorar y a reír a la vez. Esos rostros amados, de cuyas características particulares ya no se acordaba y que fueron tomando vida propia al tenerlos en

frente, la llenaron de amor. Luego de los abrazos, de los llantos y de las presentaciones de múltiples sobrinos de un lado y del otro, Azucena le dijo a su hermana:

—Las sorpresas no se acaban aún, tengo un detalle especial para ti. Pasemos al salón.

—No juegues con mi corazón, hermana mía, que ya no aguanto más.

Les esperaba su amiga Luz María, con su señor esposo, don Anselmo y sus dos pequeños hijos. La señora del Alba, la flamante esposa de su entrañable amigo, que ahora se hacía llamar doña Carmen, también llegó a estrecharles la mano, en compañía de su hijo de nueve años. Carlos Enrique, el orgulloso padre, se le acercó a Celeste con la gallardía de siempre, con aquella sonrisa afable que tanto la había calmado en sus momentos más duros y con vehemencia le besó la mano.

—Gracias —le dijo Celeste—. Al final cumpliste tu palabra y me hiciste inmensamente dichosa.

—Me enorgullece haberlo logrado —dijo Carlos Enrique con sinceridad.

Fernando Alvarado, el galante maestro de París, se puso en alerta al reconocer al señor del Alba, lo midió con la vista, aún le imponía, pero al reconocer que gracias a él había recuperado a Celeste y a su hijo, decidió

dirigirle unas palabras amables y agradecerle su presencia.

Luego de los abrazos y las lágrimas desbordadas ante el reencuentro con los amigos, cuando Azucena y Celeste se quedaron a solas, la última preguntó:

—¿Cómo convenciste a nuestra madre y a nuestra tía de recibir en la casa a Luz María y a Carmela? Es que me sorprende que hayan cambiado tanto.

—Han cambiado, la vejez les ha asentado, cada vez están más receptivas pero tampoco al grado de que dejen de lado ese tipo de prejuicios sociales. Sucede que llevan tanto tiempo enclaustradas en estas tierras, que tienen un gran atraso en las habladurías de la capital, recuerda que cuando Luz María cayó en desgracia, nuestra madre ya se había accidentado y estaba encerrada en Bellavista, a Carmela no la conocía.

—Sólo a ti se te ocurre aprovechar su ignorancia en el pasado de mis amigas, pero te lo agradezco mucho, tenía inmensas ganas de verlas. ¿Qué habría sido de mí sin el apoyo de Luz, de Carmela y de Carlos Enrique?

Celeste sorprendió a doña Angelina admirando la soltura que Juana tenía con sus nietos, que decían tres palabras en castellano y otras tantas en francés. Juana les hablaba en uno u otro idioma y los niños demostraban que se sentían muy a gusto con ella. El cambio de Juana tras su regreso de París era

admirable, seguía siendo una mujer hermosa y aunque era modesta, no escapaba de los efectos de la moda parisisna. Celeste se le acercó a doña Angelina, que permanecía al lado de doña María Antonia, conociendo la zozobra de su corazón y le dijo:

—Madre, te extrañé mucho. ¿Me perdonas si alguna vez te herí de alguna forma?

—Hija mía, perdóname tú a mí, quise lo mejor para ti y no elegí el mejor camino para conseguirlo.

—No tengo nada que perdonarte, madre, todo está olvidado. Te agradezco mucho que hayas enviado con Antonio, cuando llevó a mi sobrino a París, la nueva carta de libertad para Juana, así como el documento que la acredita como la legítima propietaria de las tierras que le heredó mi abuelo, don José.

—María Antonia y yo lo hicimos juntas, no fue sólo mi decisión, estamos de acuerdo en esto. Es nuestra forma de pedirle perdón, aunque sabemos que no lo merecemos.

Celeste le acarició el brazo a su tía doña María Antonia, en gesto de reconciliación y ésta a su vez le dijo:

—Fernando se ve muy feliz, te agradezco el amor y los cuidados que tienes con él y con mis nietos.

Los hijos de Celeste llegaron corriendo a reclamar su atención, en un

perfecto francés le pidieron a su madre algo de comer.

—¡Válgame el gran poder de la Virgen María! ¿Es que mis nietos no hablan castellano? —dijo doña María Antonia.

—Hablen en su lengua materna delante de sus abuelas, sean corteses —les dijo Juana, con dulzura y firmeza a la vez.

Los niños la obedecieron de inmediato. Doña Angelina y doña María Antonia le agradecieron a Juana por la atención que tuvo con ellas. La Cáceres mayor dijo ante la perplejidad de Celeste:

—Me alegra verte, Juana, me da gusto que también hayas venido. ¿Y qué comen nuestros nietos? ¿Cómo puedo agasajarlos?

—Son unos niños con buen diente, lo que usted les dé lo van a devorar —añadió Juana sonriente.

—Te agradezco velar porque no se vuelvan unos melindrosos —le dijo con amabilidad doña María Antonia.

Celeste las dejó ocuparse de los niños y mientras caminaba, se deleitó viendo a Tula, cuyos años habían sido generosos con ella, atendiendo a los hijos de Josefina y hablando con una soltura que le debía a Moisés. Josefina había dejado su amargura atrás y era amable con todos. Siguió su paso y se acercó con sutileza al rincón donde Fernando, Antonio y Gustavo Garcés hablaban con suma pasión, y les escuchó mencionar:

—Antonio, que Gustavo finalmente te haya hecho entender que la esclavitud es inadmisible me complace, pero a la vez me consterna. ¿Por qué le has hecho más caso a él que a tu propio hermano? Cuando me pediste que

regresara para ayudarte con todas las reformas que tienes contempladas en las haciendas, no me lo podía creer.

—Te equivocas, no fue Gustavo Garcés, fue la perorata que me diste cuando te visité en París. El viaje me abrió la mente, nuestro país no puede seguir en tal atraso mientras otros tienen formas más eficaces de hacer crecer sus patrimonios. Estamos luchando por diversas vías para que las autoridades tomen nuestras demandas en serio, a la esclavitud le queda muy poco en la isla, especialmente en La Celeste y en Bellavista.

—Antonio lucha por la vía legal, estimado Fernando, yo tengo otros medios más rápidos para conseguirlo —dijo Gustavo Garcés.

—A ti te mueven otros intereses. No menosprecies a mi hermano, Gustavo. Ni te imaginas lo que Antonio me ha propuesto, antes de lo que imaginas no habrá más esclavos ni en La Celeste ni en Bellavista.

—Ni en los cafetales —añadió Antonio ante la sorpresa de Garcés—, y lo mejor de todo es que será por la vía pacífica.

Fernando los dejó solos, compartiendo ideas sobre el progreso, cuando vio a su bella esposa escuchar diligentemente la conversación.

—No era mi intención espiarlos ni interrumpirlos.

—Me puedes interrumpir siempre que lo desees —le susurró devorándola con esa forma particular que tenía de mirarla.

—¿Qué andan tramando Antonio y tú?

—Es una sorpresa, en el momento justo tendrás todos los detalles.

—Quería que me acompañaras a La Celeste, solos tú y yo, quiero ver el lugar donde está enterrado nuestro hijo. Me complacería llevarle algunas flores.

—Casualmente estaba por pedirte lo mismo, no sabría si sería apropiado con tantos invitados, pero aprovechando que los niños están

entretenidos con sus abuelas, sus primos, sus tíos y la inmensa familia que les ha brotado de pronto...

—Los invitados están bien atendidos, no tardaremos.

—Mandaré a preparar la calesa.

—No lo hagas, prefiero ir a caballo. He extrañado cabalgar por estas tierras.

—Creo que en eso somos muy parecidos.

Partieron a todo galope y parecía que los años no habían pasado, eran los mismos que habían decidido recuperar la promesa de amor que se hicieron en la adolescencia. Dejar a los caballos a rienda suelta, por aquellos campos que permanecerían por siempre grabados en sus retinas, disparaba el corazón de cada uno, en un sonoro latir. Un suspiro quedó atravesado en el pecho de Celeste cuando pasó por debajo del arco de la entrada de la hacienda que llevaba su nombre. Cerró los ojos y evocó sus últimas palabras cuando el barco la condujo al exilio: *mío, mío, mío*. Pensó al llenarse del perfume a jazmines que provenía del jardín que había florecido para recibirla.

Dos lágrimas cristalinas surcaron el rostro de Celeste frente a la última morada de su primogénito, Fernando las detuvo antes que se precipitaran al suelo. La tomó con irreverencia, le depositó un beso casto en los labios y la envolvió en sus brazos. Él quería apoderarse de aquel dolor y sufrirlo por los dos.

—Se siente todo más real ahora, al fin puedo cerrar este ciclo y decirle a mi pequeño que descanse en paz. Hijo mío, habría dado la vida por ti —murmuró ella.

—Nuestro hijo no está muerto, vivirá por siempre en nuestros corazones. Es nuestro ángel —intentó calmarla Fernando.

—Siempre tienes la palabra correcta, profesor. Y llegas a estas tierras,

te montas en un caballo y te transformas, como si Bellavista corriera por tu sangre. ¿Continuarás huyendo de tus dominios y tus responsabilidades? No creo que sigas debiéndole a nadie determinado comportamiento.

—Precisamente de eso quería hablarte, pero no aquí. Sígueme.

Se despidieron con miradas de un amor profundo del primero de sus hijos y partieron a todo galope de regreso a Bellavista.

Mientras se acercaban, con la incertidumbre rondándole la cabeza, Celeste indagó desesperada:

—Detén el caballo, Fernando. Di lo que tengas que decir de una vez que no me gusta la intriga.

—No es intriga, adorada mujer. Quería decírtelo en nuestro lugar especial.

—¿Y cuál es ese sitio?

El agitó a su potro y a ella no le quedó más remedio que perseguirlo a través del paraje. Al llegar a esa parte de la hacienda donde el verdor se acentuaba, Fernando se detuvo y amarró a su corcel en un árbol al aproximarse al río, a Celeste se le crispó la piel de la espalda al darse cuenta hacia dónde se dirigían. Le siguió los pasos e hizo lo mismo con su corcel. Lo siguió a través de los arbustos y se llenó de coraje al cerciorarse de sus sospechas, más aún al verlo quitarse las botas y comenzar a desvestirse a toda prisa, como si la vida se le fuera a escapar si no lo hacía. Quedó como Dios lo había traído al mundo, la invitó desde su altura a seguirlo. Celeste no pudo apartar su mirada de la desnudez del dueño de su corazón, después de tantos años continuaba causándole el mismo efecto turbador. El pecho poderoso, las piernas fuertes y perfectas, el torso ancho, las caderas firmes, la piel tersa y suave al tacto, ésa que conocía con propiedad, incluso su sabor, la nariz recta, la expresión desafiante y la mirada impúdica con que la abrasaba cuando

quería poseerla. Celeste pensó a punto de derretirse: *¿Cómo no amarlo? Pero aquí no se lo permitiré.*

—¿Cómo te atreves a llamar nuestro lugar a este sitio, Fernando? —le soltó enfurecida.

—¿Ya olvidaste donde nos volvimos a ver a mi regreso de Francia? ¿Desconoces que justo aquí tus labios volvieron a ser míos?

—Por supuesto que no podría borrarlo de mi memoria. No te atrevas a denominar especial el sitio donde te encontré en aquella situación tan impropia con Isabel Quintero, justo el día que desgarraste la inocencia que me quedaba, en este río constaté que habías roto la promesa de pedir mi mano y mi agonía fue inmensa.

—No te quedan los celos, mi querida esposa, no después de haberte entregado mi corazón y mi cuerpo exclusivamente a ti, no después de haberte dado cuatro hijos e incluso hasta mi respiración. Celoso me he puesto yo al volver a tener presente al señor del Alba, es el único que ha despertado esos sentimientos oscuros y posesivos en mí. Nunca más volví a ver a Isabel mientras que tú me dejas perplejo al presumir tu imposibilidad de olvidar a dicho señor, que hasta tu hermana lo ha traído a darte tan esmerado recibimiento.

—Te recuerdo que Carlos Enrique me tendió la mano cuando nadie más de nuestro círculo lo hizo.

—Me acuerdo de las razones que tuvo para hacerlo, pero le perdono la osadía de pretender adueñarse de un amor que era sólo mío, él cumplió su palabra, halló a nuestros hijos y me dijo donde encontrarte.

—Te atormentas en vano. Es absurdo que estés celoso después de años de casados. Tú me salvaste, mi amor. Ese día que partí a buscarte con el alma rota en mil pedazos, apareciste cuando ya no me quedaban fuerzas.

—Eso es imposible. Eres la mujer más fuerte que conozco. Nadie pudo

detenerte, nada te impidió seguir amándome, aunque me creías el peor de los canallas y enfrentabas la peor de todas las pérdidas.

—Te esperarías una vida entera.

—¿Lo volverías a hacer?

—Lo único que no le perdono a la vida es el hijo que me arrebató. Todo lo demás lo viviría de nuevo con tal de tenerte al final. La forma en que me pones a hervir la sangre cada vez que me tocas ha hecho que valga la pena cada instante de dolor.

La salpicó con un poco de agua, ella lo conocía, cuando se proponía provocarla no había quien lo frenara. Celeste aceptó aplacar sus celos y perdonarle que hubiera calmado su sed insaciable de amar en el cuerpo de otra mujer, en ese preciso lugar, no se lo seguiría reprochando por siempre, menos después de haberla cubierto de besos cada uno de los días que habían compartido juntos, los besos de su boca, esos que la hacían perder el sentido, menos después de haber recorrido su cuerpo con vehemente pasión cada amanecer, y reconocerlo como el dueño absoluto de cada trozo de su piel. Fernando la miró con la mirada de siempre, ésa que la había hechizado desde niños y que la había seducido con pasión cuando comenzaron a crecer. En tres pasos él ya estaba junto a ella, exigiéndole entregarse. La tomó por la espalda y le depositó un beso húmedo en el cuello a la par que insistió en desvestirla.

Celeste lo dejó apoderarse de sus labios mientras las prendas que la cubrían iban cayendo una a una, era la magia del amor que los envolvía, ni el tiempo había podido vencer al sentimiento que los dominaba.

—Te amo —le susurró Fernando. Al tenerla entre sus brazos, completamente desnuda, la alzó y la introdujo en las cálidas aguas, volvió a besarla y después de devorar sus labios de forma insaciable, desahogó su corazón—. ¡Cuánto te quiero, mujer, me has robado la razón! Y te he traído a mi lugar preferido en Bellavista, el que insisto en compartir contigo, en un

intento de ser romántico, para proponerte que nos quedemos a vivir indefinidamente.

—¿Quedarnos? Me sorprendes una vez más y tu propuesta me hace feliz.

—¿Estás lista para que se lo comuniquemos a la familia? Tengo muchos planes para nosotros en Bellavista.

Ella asintió, mientras Fernando la seducía con sus caricias. Celeste jamás se cansaría de los juegos de él, de su forma de enamorarla, de su destreza como amante, de sus trémulos labios exigiéndole posarse sobre los suyos de una forma dulce y demandante al mismo tiempo. Se sintió subyugada por esa manera de sentir que le había arrebatado la cordura en más de una ocasión y que amenazaba con inquietarla una vez más, al descubrir lo que ocultaban los ojos de Fernando siempre que la envolvían, un deseo infinito.

—Te amo y lo haré por siempre, más si me sigues mirando así —le dijo ella.

—Nadie como tú me hace sentir tanto placer, me quedaba una fantasía por cumplir y no podía esperar. Siempre te quise tener aquí, incluso cuando mis pensamientos púberes te habrían hecho avergonzarte.

—Avergonzarme, tal vez, pero también te deseaba.

—En mis sueños te entregabas a mí —murmuró complacido al hacer realidad sus anhelos de adolescencia.

—Y en los míos, tampoco te me escapabas, aunque eran más pudorosos, tú me corrompiste.

—¿Me lo reprochas?

—¿Tú que crees, señor de Bellavista?

—¿Es normal que cada vez que te hago mía termine por desearte aún más? Jamás me saciaré de ti.

—¿A mí me lo preguntas? Yo aún no me recobro del efecto de tu

mirada, todavía tiemblo cuando me recorres con la vista.

Sus cuerpos hicieron contacto y se entregaron a la pasión que los envolvería para siempre, en un lazo interminable, el amor más sublime, el que los hizo converger en el momento exacto en que sus corazones no podían tener otro dueño y encontraron el camino hacia al hogar que compartirían por muchísimos años.



## Estimados lectores

Les agradezco permitirme acercarme a ustedes a través de la historia de amor de Celeste y Fernando. Si leerme les ha resultado agradable y han pasado unas hermosas horas de lectura, les invito a dejarme un comentario en Amazon y a compartir la experiencia de leer *Amor Sublime* con sus amigos, para que con la ayuda de ustedes, la novela llegue a cada lector que espera por una historia similar a ésta. Si desean conversar conmigo o preguntarme algo sobre éste u otro de mis trabajos, no duden en contactarme en mis redes sociales.

correo: [mileposdata@gmail.com](mailto:mileposdata@gmail.com)

Instagram: [@milebluett](https://www.instagram.com/milebluett)

Twitter: [@milebluett](https://twitter.com/milebluett)

Facebook: Mile Bluett

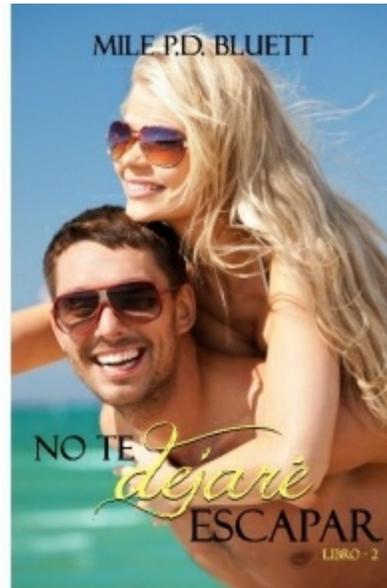
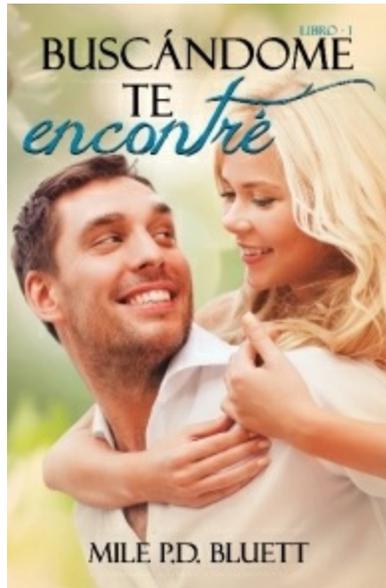
Página de Facebook: Mile Bluett Autora

Wordpress:

[www.mileposdatapsicologa.wordpress.org.mx](http://www.mileposdatapsicologa.wordpress.org.mx)

¡Muchas gracias por leerme!





## **I Buscándome te encontré (2017)**

## **II No te dejaré escapar (2018)**

**Cecilia** tiene 19 millones de seguidores en su exitoso canal de YouTube y una belleza que puede sofocar al hombre más difícil. Pero cuando apaga la cámara solo es una chica a punto de casarse, que no quiere llegar al altar con los secretos que se ha dedicado a coleccionar. Necesita con urgencia ayuda para que sus planes de boda no terminen en fracaso. Cuando acude a terapia y conoce al Doctor Huxley, alias Doctor Tentación, descubre que no cumple con su estereotipo de psicólogo: “viejo aburrido que podría escucharme por horas sin parpadear”. Un pensamiento se le queda grabado: *Debería haber una prohibición, para que los hombres guapos, no puedan ejercer como terapeutas*. Lo que ella no sabe es que **Alex**, quien la recibe en el consultorio del psicólogo, piensa algo similar sobre ella: *Preciosa y prohibida, de esas mujeres que no deseas tener de pacientes ni en un millón de años.*

Link Universal digital: <http://relinks.me/B073MC6DGW>

Link Universal papel: [relinks.me/1521754098](http://relinks.me/1521754098)



## **Saga Herederos del mundo:**

En un mundo dividido, dos grandes potencias mundiales se encuentran estirando al máximo el Tratado de Tolerancia. Paz, quien nació durante la firma del tratado, recibe un legado el día que cumple veinticinco años. A partir de ese día descubrirá que la historia de su origen no es como la conoce, que tiene una misión que cumplir y que ello implica traicionar a los que más quiere, que no acepta ninguna de las salidas que le han ofrecido y que el amor le dará la fuerza necesaria para seguir adelante.

Link Universal I. **Atrévete a sentir:** <http://relinks.me/B01HUSUB12>

Link Universal II **Tierras Inhóspitas:** [relinks.me/B06XDQ9QR3](http://relinks.me/B06XDQ9QR3)

Link Universal III **La búsqueda del arcoíris:** [relinks.me/B072KHS517](http://relinks.me/B072KHS517)

# Agradecimientos



Agradezco a cada una de las personas involucradas en este proyecto, directa o indirectamente, los que aportaron desde diversos frentes como la promoción, la corrección, diseño de portada y de banners, la maquetación, la distribución, el apoyo en la investigación, las queridas lectoras cero, los blogueros que ayudan con sus entrañables reseñas, los administradores de grupos en Facebook, la inmensa red de escritores y de amigos que ayudan a promover, o con sugerencias muy puntuales que son de mucha utilidad, a los lectores que son para quienes escribo y me hacen inmensamente feliz con sus mensajes privados de retroalimentación y con sus reseñas, las que ayudan a dar visibilidad a la obra y contribuyen a que la novela llegue a más personas. A todos, muchas gracias.

**Muy especialmente a** *Madelin Díaz, Marlene Fernández, Alberto Fernández, China Yanly, Cecilia Pérez, Roxy González, Maricela Gutiérrez, Rotze Mardini, María Basilio, Iratxe Ortiz, Claudia González, Calu Amor, Gaby Rodríguez Crucitta, Kenneth Berst, Lina Perozo, Janette Bajuelo, Irasema Fernández, Pedro Uch, Yenny Masea, Brenda Álvarez Pozo, Adriana Pacheco, Ginnys Leonor Pineda, Mónica Jiménez, Karina de la Torriente, Dora Díaz, Melina Rivera.*

# Biografía

*Mile Bluett* nació en La Habana y actualmente vive en México con su hermosa familia. Estudió dos carreras, Derecho y Psicología y un master en Psicoterapia. Escribe desde la adolescencia y el amor a la literatura ha sido una constante en su vida.

Es autora de la *Saga Herederos del mundo*, que consta de (I) *Atrévete a sentir* y (II) *Tierras Inhóspitas* y (III) *La Búsqueda del Arcoíris*. Durante varias semanas la primera parte ocupó el número 1 de la categoría ciencia ficción distópica. También es autora de *Letras de agua* (2017) y *Buscándome te encontré* (2017). *Amor Sublime* (2017) y *No te dejaré escapar* (2018). Sus obras han destacado en diversos Top 100 de Amazon.

La autora refiere: «Hay dos hombres en mi vida que son capaces de hacerme temblar el alma. Uno tiene los ojos color del amanecer y el otro de un tono de azul que aún no logro definir. Uno es mi esposo y el otro mi hijo».

«Soy una mujer orgullosa de serlo. Pienso que antes de dar un paso hacia atrás hay que dar dos hacia delante. Considero que si le pusiéramos el mismo énfasis a la inteligencia emocional que a la adquisición de conocimientos, seríamos más felices y el mundo sería menos cruel».

«Amo el agua, la cama y mi laptop. El agua porque repara y nutre cada célula de mi cuerpo, la cama porque tiene múltiples usos imprescindibles para amanecer con una sonrisa y mi laptop porque es ahí donde sucede la magia».